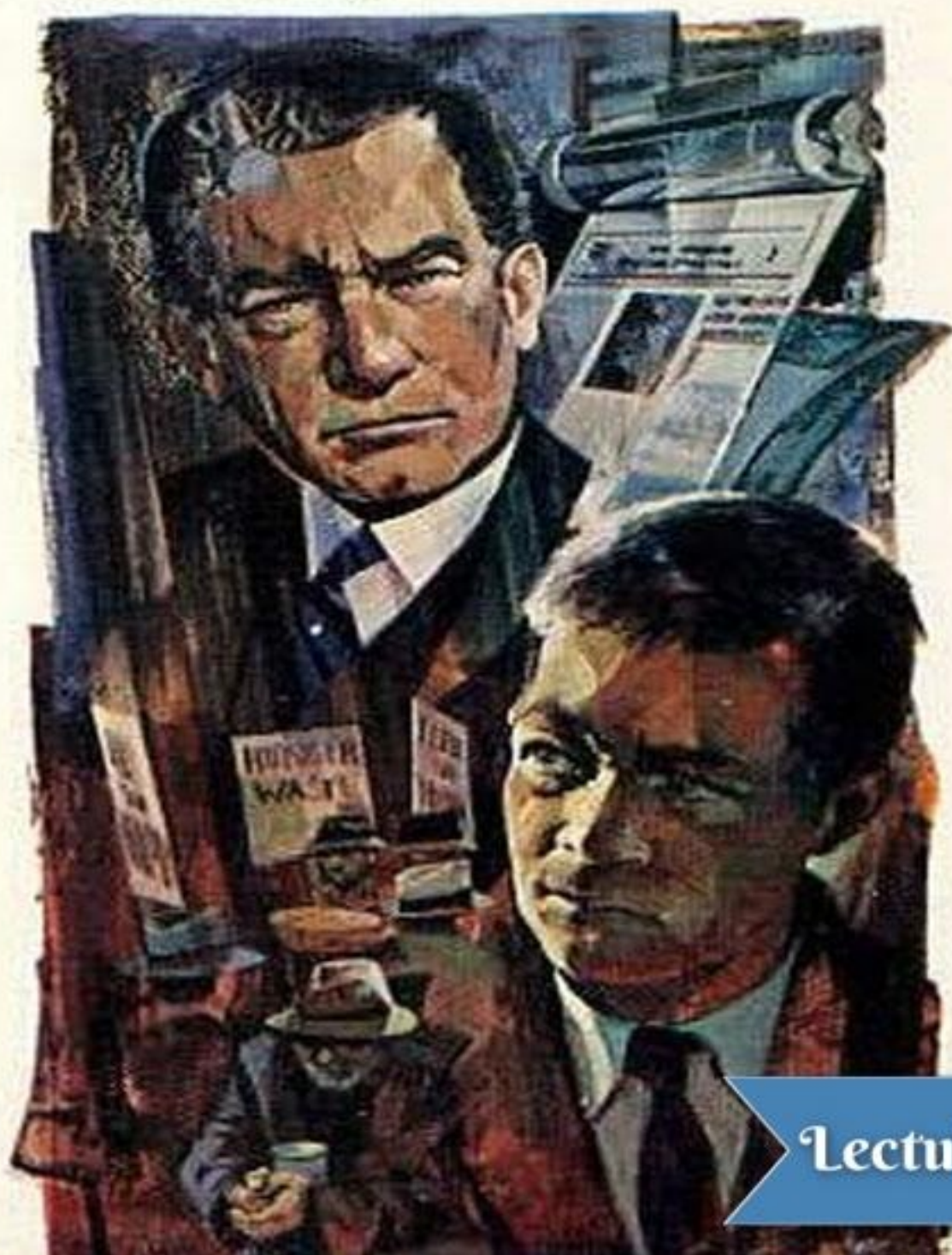


Pearl S.  
BUCK

# Hombres de Dios



Lectulandia

Dos niños americanos, hijos de familias misioneras, condicionados por su herencia espiritual e influidos por una infancia pasada en China, escogen destinos opuestos. Uno de ellos llega a ser poderoso. El otro persigue una idea sencilla, que le hace rico a pesar de sí mismo, e intenta extenderla por el mundo. Ambos vuelven a China en una época crucial para los dos, e, inevitablemente, se produce el choque.

Obra monumental, recia y penetrante, es una de las más conseguidas de la ilustre autora.

Lectulandia

Pearl S. Buck

# Hombres de Dios

ePub r1.0

Titivillus 15.02.15

Título original: *God's Men*  
Pearl S. Buck, 1951  
Traducción: Juan G. de Luaces  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

Corría una mañana de marzo del año 1950 de Nuestro Señor. Tan fuerte era el viento que, en su despacho del último piso de un rascacielos de la ciudad de Nueva York, Guillermo Lane sintió estremecerse el suelo bajo sus pies. Estaba junto al inmenso cristal de la ventana abierta en el muro, tras su mesa. La población se extendía ante él como una alfombra y en el horizonte resplandecían el mar y las montañas.

A su manera, Lane era religioso e iniciaba sus ocupados días con aquellos pocos momentos de silencio ante su ventana y el mundo que se extendía más allá. Su corazón nada tenía que pedir; nada pedía a Dios. La plegaria constituía una afirmación de sí mismo y de lo que él creía que era: un hombre de poder definitivo; un hombre, en ese sentido, sin par, al menos en su país.

Abajo, en las calles, tan distantes que las veía como meras veredas grises, se movían criaturas del tamaño de insectos. Eran las gentes cuyos pensamientos guiaba, cuyas mentes iluminaba, cuyas conciencias dirigía. Que ellos lo ignorasen y que sólo unos cuantos lo supiesen, acrecía su poder. Hacía mucho que había renunciado a la ambición de ser un caudillo popular. Porque no tenía el don de ganarse el amor del pueblo, no. Obligado al fin a saber que su aspecto, sombrío y grave, inspiraba más temor que fe, se había emparedado a sí mismo en aquel gran edificio. Desde allí esparcía sobre la nación la red de sus periódicos diarios. Para ello adquiría los servicios y los máximos talentos de los hombres. Creía, aunque no con cinismo, que no había nadie que no pudiera ser comprado. Por otra parte, nada podía persuadirle para que comprase un talento que no deseaba o que no pudiera moldear según la forma de su propia doctrina. Los mejores escritores no encontraban lugar en sus páginas si no opinaban como él. Pocos eran —cinco o seis a lo más— los que no se sentían tentados por cincuenta mil dólares. Sólo había uno al que ni siquiera le había tentado doble cantidad. Ninguno, pensaba Lane, rehusaría lo que él ofreciera si juzgaba acertado ofrecérselo. Lo que compraba no era únicamente el fluir de los trabajos de los hombres. Compraba también la calidad de sus espíritus. Un hombre hasta entonces incorruptible era valioso cuando cedía, aunque no fuese más que porque vendía a la par la confianza de las gentes en él.

Aquella mañana de marzo, mientras Guillermo se sentía en comunión consigo mismo y con Dios, notó aquel temblor bajo sus pies. Sabía que un edificio rígido, incapaz de cimbrarse ligeramente ante los vientos de una tormenta, habría podido ser derribado. Mas, cediendo sólo un poco, estaba a salvo. Con todo, aquel temblorcillo no le gustó. Le recordaba otras cosas que antaño le hicieran temblar a él.

Hacía mucho tiempo, en China, siendo muchacho, había visto un tumulto en las calles de Pekín. Un tumulto de gentes comunes, irritadas, que le odiaban a él, no por lo que en sí era, sino por su piel blanca y sus ojos claros, esto es, por pertenecer a otra raza. Su inseguridad, la inseguridad de los de su raza aquel día, le produjo un pánico

que, aunque no había vuelto a sentirlo, tampoco había olvidado jamás. Cualquier multitud, cualquier muchedumbre de caras que surgieran de malas ropas, le hacían recordar aquello, aunque ya no sentía miedo, porque nada tenía que temer. Era más rico que nadie que conociera y sus amigos figuraban también entre los individuos más ricos del mundo occidental. Entre ellos era inatocable. Por otra parte, se consideraba hombre de bondad rígida en su vida personal. Que se hubiese divorciado de su primera mujer para casarse con otra, no constituía una falta. Bastaba, para convencerse de ello, ver a Emory. Era una criatura tan delicadamente pura como una flor de nieve y su belleza inglesa, su gracia combinada con su bondad, la hacían irresistible. Comparada con Candacia —la primera mujer de Guillermo—, Emory era el espíritu en contraste con el barro.

Mientras pensaba en su mujer, la puerta se abrió a sus espaldas. Nadie, excepto su secretaria, se atrevería a entrar así, sin que le llamasen, y por lo tanto Lane esperó hasta que ella habló con su voz tímida:

—Siento importunarle, señor Lane.

—¿Qué hay? —preguntó él, con voz seca.

—No hubiera entrado a no ser por la visita de su cuñado, el señor Miller.

—¿Le habíamos citado?

—No, señor Lane, y así se lo recordé; pero él repuso que estaba seguro de que usted querría verle, porque tiene una gran idea.

A Guillermo le habría agradado contestar que no le interesaba ninguna de las grandes ideas que pudiera tener Clem Miller, mas no le placía dar a la señorita Smith motivos para andar chismorreando con el personal subalterno. Le calificaría de hombre duro, como sabía que a menudo le calificaban, sólo porque, en principio, no le gustaba confundir la justicia con la clemencia. Sin embargo, era intolerable que Clem invadiera aquellas oficinas en el curso de una mañana muy atareada, esperando que se le concediera tiempo para exponer alguna disparatada idea.

Tampoco a Lane le gustaba recordar que el marido de Enriqueta era un triunfador. Clem se había enriquecido por los métodos más absurdos, tan absurdos que Lane le creía cuando el otro afirmaba que él no se había propuesto nunca ganar dinero. Era extraño creer que Clem no deseara enriquecerse, aunque la forma en que él y Enriqueta vivían resultase hartamente extraña. A pesar de su riqueza, habitaba en una casa prefabricada, en una calle secundaria de una población de Ohio. A nadie le constaba lo que hacía Clem con su dinero.

—Diga a mi cuñado que puedo concederle exactamente quince minutos. Si permanece más tiempo, hágale salir.

—Sí, señor —murmuró la señorita Smith.

No se llamaba Smith, pero Lane aplicaba el apellido Smith a todas sus secretarias. Eso las molestaba, mas como las pagaba muy bien, no osaban decir nada.

Cuando oyó cerrar la puerta, Guillermo, apartándose de la ventana, se acomodó en su sillón, tras la mesa semicircular. Sobre el vasto rectángulo luminoso, su cabeza

recia y su figura esbelta, pero fuerte, con los hombros altos y cuadrados, se recortaban como cinceladas en piedra. Permaneció en espera e inmóvil, mirando a la puerta.

Clem, cruzando el umbral con su paso nervioso y rápido, se enfrentó con aquel hombre tan poderoso. Si sintió algún ligero terror ante los ojos de Guillermo, grises y verdosos como el líquen, no lo mostró. Era un hombre menudo y delgado, con el pelo del color de la tierra, y hasta con la piel de la misma tonalidad. En su general insignificancia sólo resaltaban sus ojos vivos y azules como los de un martín pescador.

—¡Hola, Guillermo! —dijo Clem en voz alta y animada—. En verdad que tu personal te ayuda. Temía ya no verte.

—De haber sabido que venías... —empezó Guillermo con dignidad.

—Ni yo mismo sabía que iba a venir —dijo Clem.

Se sentó, mas no en la silla que había frente a Guillermo, sino en otra forrada de cuero junto a la ventana.

—Buenas vistas tienes desde aquí —comentó—. Siempre me gusta mirarlas. ¿Cómo está tu mujer?

—Emory está muy bien —dijo Guillermo.

—También Enriqueta lo está. Hoy ha ido a ver a Candacia.

—¿Y qué es de vuestra vida? —preguntó Guillermo.

Estaba ya acostumbrado al marido de su hermana, que siempre parecía a punto de brincar como un saltamontes. Sólo la frialdad de su voz podría haber revelado, y ello únicamente a Enriqueta, el desagrado de Guillermo ante el hecho de que su hermana siguiera visitando a su antigua mujer.

—Se me ocurrió una idea, y corrí a Washington —explicó Clem—. El ministerio de Abastos de Nueva Delhi me ha escrito diciendo que hay allí una gran cantidad de trigo almacenado. No me parece seguro que sepa la verdad de lo que habla un hombre sentado en un despacho de Nueva Delhi. Con todo, creo que acierta. Por lo que he oído, hay ahora considerables cantidades de trigo en la India. No creo que esté en manos de los tratantes. Se halla escondido por los campesinos, como tú o yo podemos guardar una cuenta en un banco por si vienen las cosas mal dadas.

Guillermo no respondió. No se imaginaba a sí mismo guardando dinero ni pensando en que las cosas viniesen mal dadas.

Clem se rascó su pálida barbilla antes de continuar:

—Si yo persuadiese a nuestros propios almacenistas de Washington para que enviasen algo de trigo a la India, el grano que hay allí saldría a relucir y el trigo bajaría de precio, con lo que podrían adquirirlo las gentes que lo necesitan. Mas no sé si lograré algo en Washington, porque no comprendo a los gobiernos, y al nuestro menos que a ninguno.

—En eso estamos de acuerdo tú y yo —dijo Guillermo—. Ya me parecía bastante malo el que tuvimos en la Casa Blanca durante la guerra. Mas el que ahora tenemos

es peor.

—Sí —dijo Clem, meditando—. Claro que eso no me importa. No soy político. Yo únicamente quería obtener algún trigo.

—¿Qué dicen en Washington? —preguntó Guillermo.

—Lo de costumbre. Que sería mezclarse en los asuntos internos de la India, con lo que vienen a indicar que si la gente encuentra qué comer podría ayudar al actual gobierno.

—¿No les agrada Nehru? —inquirió Guillermo, con cierto interés. No sabía qué pensar de la visita a América de aquel hombre tan reposado.

—Hasta ahora, sí —repuso Clem—. Claro que no ha ido tan lejos como quisieran algunos republicanos, que desearían verle jurar eterno odio a los rusos y eterna amistad a nosotros. Nehru no lo ha hecho ni lo hará ningún hombre sensato. Pero eso tampoco me importa. Lo que me interesa es que la gente encuentre alimentos, aunque no sea más que porque el hambre constituye una vergüenza y una desgracia para el mundo moderno, siendo, además, totalmente innecesaria en estos tiempos. No soy partidario, entiéndeme, de usar vituallas para manejar a los pueblos. Demos de comer a todos, digo yo, y así todos empezaremos igual. Una vez con el vientre lleno, la gente no tiene que votar de tal o cual modo para poder comer. Ésa es la democracia. Nosotros no la practicamos.

La alimentación y la democracia eran los temas favoritos de Clem. Hacía mucho que con ellos venía fatigando a su cuñado Guillermo. Éste vio deslizarse una expresión soñadora en los brillantes ojos azules de Clem, mientras cierta tensión henchía su voz tenue, casi infantil. En ambas cosas reconoció lo que él llamaba el fanatismo de Clem.

—No deseo darte prisa —dijo con su voz cuidadosamente articulada—, pero dentro de quince minutos tengo una reunión comercial de importancia insólita.

Clem apartó los ojos del mundo que se extendía allende la ventana. Su expresión soñadora se desvaneció. Levantándose, se acercó a la silla colocada frente a Guillermo y, sentándose en ella, se acodó sobre la mesa. Su cuadrado rostro apareció súbitamente enérgico e incluso tajante.

—Guillermo —dijo—, he recibido cartas de China.

Guillermo se sobresaltó.

—¿Cómo?

—De alguien a quien yo conocía en Pekín.

—Vas a tener disgustos si te mezclas con los comunistas —repuso severamente Guillermo.

—Me parece que no —contestó Clem—. El viejo lo sabe.

«El viejo», en el lenguaje de Clem, era el Presidente de los Estados Unidos.

—¿Y qué dice? —preguntó Guillermo.

—Que no lo aprueba —rió Clem.

Guillermo ni contestó. Como lo previera, Clem siguió espontáneamente:



—Hay un hambre terrible en China. ¿Recuerdas? Los ríos desbordándose, los diques rompiéndose...

—Eso es bueno —manifestó Guillermo—. Así los chinos sabrán que los comunistas no pueden salvarlos.

—Pero ello, Guillermo —dijo Clem, con insistente fervor— no es todo. Es sólo la mitad. La otra mitad nos corresponde a nosotros. Lo que los rojos no pueden hacer, podemos nosotros hacerlo. Sino, la gente pensará que nosotros no podemos tampoco, y entonces, ¿de qué nos serviría la ocasión de probar lo contrario?

—Que la gente que escoge mal —dijo Guillermo— pague las consecuencias.

Viendo el enojo de su cuñado, Clem sintió piedad y repuso:

—No te complazcas tanto en castigar a las gentes, Guillermo. Te aseguro que no es digno de un hombre tan grande como eres tú ahora. Es un estilo a lo Antiguo Testamento, estilo que concluyó cuando el Nuevo Testamento vino.

—No discutiré contigo mi religión —dijo Guillermo con cierta violencia.

—Tampoco deseo yo discutir de religión —respondió Clem—. Apenas sabría decir cuál es mi credo y, como le dije a Enriqueta, si quieres ser católico, eso es cosa tuya. No me importa lo que un hombre sea, si él es bueno, y siempre lo afirmo así. Mi padre creía en la fe, pero no le salvó, ni yo le recomendaría eso a nadie. Realmente, la religión no me interesa. Cuanto digo es que si el hombre no tiene el vientre bien lleno...

—Ya sé lo que dices —atajó Guillermo, con tono de fatiga—. Vamos al grano.

Clem llegó al grano inmediatamente.

—Guillermo, yo puedo proporcionar víveres para enviar a la India y a China también. Tantísima comida tenemos almacenada aquí, que nuestros compradores pueden adquirirla por centenares de toneladas sin molestar por eso a Washington. Asimismo puedo proporcionarme buques. Ni siquiera tendría el viejo que intervenir. Le bastaría hacer la vista gorda. Pero te necesito, Guillermo.

—¿Para qué? —preguntó Guillermo, cansado.

Una luz evangélica brilló en los azules ojos de Clem. Alzó su mano en inconsciente ademán.

—Quiero, Guillermo, que difundas la idea en tus periódicos, a fin de que no me la estorben senadores y gentes por el estilo. Hay millones de personas que no leen otra cosa que tus periódicos. Y hasta a los senadores les asustan millones de personas. Deseo que digas a los lectores que si enviamos alimentos a Asia ello valdrá tanto como las bombas atómicas, y las de hidrógeno, e incluso...

La voz de Guillermo sonó con rabia.

—¡Imposible! Si ésta es la buena idea a que te referías...

—Mi idea es dar de comer a los hambrientos, Guillermo. No te pido que lo hagas. Tengo mis medios de infiltrarme en los sitios. Tengo mis amigos. Sólo pido que se lo expliques a la gente.

—¡Tus amigos deben de ser comunistas!

—No me importa lo que sean, como no me importa lo que eres tú, y sólo me preocupo de alimentar al hambriento. La gente preguntará: «¿De dónde vienen esas vituallas?». De América. América no pregunta si las gentes son comunistas. La buena América alimenta a los hambrientos. Es la mayor publicidad de nuestra democracia...

—Imposible —dijo Guillermo con acritud—. Sentimental. ¡Absurdo! Esa gente, Clem, no pide nada. Y comerá. La mayoría pensará que son los comunistas quienes los alimentan. Eres demasiado cándido.

Clem se negó a ceder.

—Aunque lo atribuyesen erróneamente a otro partido, estarán más fuertes para percibir la tiranía al fin, ¿comprendes? Un hambriento no ve ni lo bueno ni lo malo. No ve más que la comida. Cuando uno está hambriento no sabe juzgar nada. Ni rebelarse siquiera.

Clem, durante un anheloso segundo de espera, contempló el semblante de Guillermo. Éste no cambió.

—¿Nunca has estado hambriento, Guillermo? —preguntó Clem—. Yo sí.

Guillermo no necesitó responder. La señorita Smith abrió suavemente la puerta.

—Siento interrumpirlos, señor Lane, pero esos señores aguardan en la sala del Consejo.

Clem se levantó.

—Conmigo no necesita usar añagazas, señorita. Basta con avisarme de que es hora de que me vaya. Bien, Guillermo...

—No pienso hacer lo que me propones —respondió Guillermo—. No estoy de acuerdo contigo.

Clem, de pie, le miró.

—Los dejaremos hambrientos, ¿eh, Guillermo? —dijo tras una pausa infinitesimalmente corta.

—Que padezcan hambre hasta que confiesen su locura —repuso Guillermo con firmeza, incorporándose—. Adiós, Clem. Saludos a Enriqueta.

—Adiós —dijo Clem.

Y volviéndose, salió.

Ninguno de los dos se había tendido la mano, pero Guillermo no reparó en ello. Rara vez estrechaba la mano de nadie. Le disgustaban los contactos y además hacía pocos años que ciertos amagos de neuritis en las manos le hacían penoso sufrir el vigor de las de Clem. Extrajo su pañuelo, secó el sudor de la frente y se sirvió un vaso de agua helada que tomó del termo de plata que había sobre la mesa.

La más extraña manifestación del hado en su singular vida era que Clem, cuñado suyo, hubiese llegado a ser Clem Miller, a quien había conocido, más de medio siglo atrás, en una calle de Pekín, no pensando volver a verle nunca. Clem, el muchacho pálido y hambriento, de una familia misionera, que vivía en un chamizo de una calleja de la parte más pobre de la ciudad. Clem, a quien ya entonces él despreciaba. ¿Cómo habría sido eso? Hacía media centuria...

El joven Guillermo Lane, recostado en la *riksha* particular de su madre, percibió, como a un cuarto de milla de distancia, una multitud. Ello, en una calle de Pekín, significaba alguna complicación. O posiblemente nada más que alguna diversión. La gente de la imperial ciudad, acostumbrada al placer, nunca estaba tan ocupada que no pudiese perder una hora o dos para ver cualquier cosa que pasara, desde el desfile del séquito de una dama de la corte que se dirigiera al palacio de verano, hasta las habilidades de un oso amaestrado y las extravagancias de un inquieto mono. Como corría la primavera, bien pudiera tratarse de una compañía de actores callejeros que llegaran de su campaña de invierno en el sur.

Guillermo se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasa, Lao Li? —preguntó al que tiraba de la *riksha*.

Hablaba en un chino puro y hasta académico, aunque él sólo contaba diecisiete años. En realidad, no estaba orgulloso de tal cosa, que le revelaba como hijo de misionero. En el colegio de Chefú, donde pasaba como interno la mayor parte del año, los aristócratas entre los muchachos eran los hijos de diplomáticos y de hombres de negocios, y todos ellos se preocupaban de no mostrar su conocimiento de la lengua indígena. En la escuela, Guillermo hablaba en inglés a los sirvientes y fingía no comprenderlos cuando contestaban en chino. Pero entonces, estando en su casa para las vacaciones de Pascua, y habiendo nacido y criándose en Pekín, no podía fingir en nada.

—Algo extraño, señorito —respondió Lao Li.

Se despegó de los hombros su blusa de algodón y se secó el sudor de la frente. Los extranjeros pesaban, e incluso aquel muchacho tan joven pesaba tanto como un hombre maduro. Lao Li recordaba haberle llevado de niño. Los años pasaban. Él no se atrevía a aflojar el paso. Un conductor de *riksha* no puede envejecer. Un oficio seguro en una familia blanca no debe perderse, por pesados que sean los hijos.

Así, quiso aprovechar la ocasión para descansar.

—¿Nos paramos para que puedas verlo tú mismo?

Guillermo levantó altaneramente la cabeza.

—¿Qué me importa lo que haga la gente de la calle?

—No he hecho más que preguntar —replicó Lao Li.

Procuró apresurar el paso según se acercaba a la multitud, y entonces Guillermo le gritó, sobresaltándole al punto de casi hacerle caer entre las varas:

—¡Párate!

Guillermo, sentado en alto, podía ver, sobre la cabeza de la gente, un espectáculo horrible. Un muchacho blanco estaba enzarzado en lucha con un mozalbete chino. Los mirones no reían. Permanecían intensamente quietos.

—Voy a bajar —exclamó Guillermo imperiosamente.

Lao Li dejó caer las varas y Guillermo, saltando por encima, se abrió camino entre la gente.

—¡Paso! —gritó con altanería.

Los chinos, deferentes, le permitieron llegar hasta el centro. En silencio, los dos muchachos forcejeaban con la misma expresión airada en el rostro blanco y en el de color.

—¡Eh, basta! —dijo Guillermo, en voz alta, hablando en inglés.

El muchacho blanco se volvió.

—¿Qué te importa esto? —preguntó.

Era menudo y pálido, con un cuerpo desnutrido, y su vestimenta de algodón gris, encogida por los muchos lavados, se le pegaba a los huesos. Pero había cierta rudeza en su cuadrado rostro y, bajo su cabello terroso, sus ojos eran de un brillante azul.

—Me importa —contestó Guillermo.

Notaba bien el contraste entre ambos. Su traje inglés había sido hecho por un excelente sastre chino y sus zapatos —sus botas, como se había acostumbrado a decir en la escuela— estaban limpios merced a los cuidados que todas las noches les dedicaba su *coolíe*. Con gran horror vio que el otro mozo llevaba zapatos chinos de tela, abiertos por las puntas.

—Es degradante para un muchacho extranjero pelear con un chino —dijo severo—. Eso nos rebaja a todos. No tienes derecho a obrar de manera que nos desacredite.

El muchacho pálido parpadeó rápidamente y apretó los puños.

—Pelearé con quien se me antoje —dijo con voz alta y sonora.

—Pues daré parte al cónsul —declaró Guillermo.

Con ojos fríos miró de arriba abajo al joven desharrapado, de esbelta figura.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Clem Miller.

En los labios de Guillermo hubo un movimiento que no llegaba a sonrisa.

—¿De la Misión Miller?

Los brillantes ojos azules desafiaban el desprecio de Guillermo.

—En ese caso...

Y Guillermo se encogió de hombros. Volvióse para marchar, pero agregó:

—De todos modos, como americano, debías pensar en el honor de tu patria.

—Mi padre dice que nuestra patria es el mundo.

Para Guillermo Lane, hijo de un misionero episcopalista, esto es, un aristócrata de la Iglesia, nada podía ser más nauseabundo que semejante comentario. Se volvió hacia el muchacho pálido.

—¡Aunque fuese así! Hagas lo que hagas, eres americano, por desgracia para nosotros. ¿Por qué luchabas con ese muchacho chino?

—Porque dijo que mi padre era un mendigo.

—En cierto modo lo es —respondió Guillermo.

—¡No lo es! —replicó Clem.

Y, volviendo a crispas los puños, principió a dirigirlos hacia el rostro de Guillermo.

Éste retrocedió un paso.

—No seas necio. Ya sabes que tu padre no depende de ningún patronato misional, ni tiene salario, ni nada.

—Tenemos a Dios —dijo Clem en voz alta y clara.

Guillermo emitió un sonido despectivo.

—¿A eso lo llamáis Dios? Mi madre lo llama mendigar. Y asegura que siempre que os quedáis sin comida, vuestro padre viene y nos lo dice. Afirma que cuando no tenéis nada que comer esperáis que el Señor provea. Pero ¿quién provee? Por ejemplo, mi madre. No podemos tolerar que los americanos pasen hambre. Quedaríamos muy mal ante los chinos.

En aquel momento sintió en la barbilla el golpe de un puño menudo y fuerte, y, contra todo lo que entendía que debía hacer un caballero, respondió con un puntapié. Su zapato era de cuero excelente, recortado por el borde de la suela, y, alcanzando a Clem bajo la rodilla, prodújole tal dolor que le hizo caer en el espeso polvo. Guillermo no esperó a ver lo que después pasaba. Volviéndose atravesó de nuevo la expectante muchedumbre y tornó a sentarse en la *riksha*.

—Vamos —dijo a Lao Li.

A sus espaldas, la multitud murmuraba. Varias manos se tendieron hacia el cuerpo caído, y el muchacho chino se olvidó de la pendencia.

—Ese americano grandote merece la muerte —murmuró—. Sois la misma clase de personas, las dos de ultramar. Debíais obrar como hermanos.

Clem no contestó. Tras unos instantes de intenso dolor se alejó cojeando.

—Los extranjeros tienen mal carácter —comentaba la gente—. Son muy fieros. Ya veis como proceden incluso unos con otros.

Unos cuantos se volvieron al mozo chino, y le aconsejaron.

—Tú, hijo de Han, anda con cuidado otra vez. Es natural que a un ser humano no le guste oír llamar mendigo a su padre, aunque lo sea.

—En realidad, hablábamos del dios extranjero —explicó el muchacho—. El padre de ese joven pidió al mío una de nuestras hogazas. Resulta que no tenía pan en su casa y que el dios extranjero le mandó ir a casa de nuestro padre. Mi padre le dio las tres hogazas, y el padre del muchacho declaró al mío que Dios siempre proveía. Y yo dije: «¿Cómo no os provee entre los vuestros?». Ese muchacho extranjero, que estaba con su padre, me oyó estas palabras y me dijo que le siguiera, y cuando estuvimos solos empezó a pegarme, como habéis visto.

La muchedumbre escuchaba con interés. Había división de opiniones. Algunos pensaban que el muchacho había hablado bien, y otros que el silencio valía más que cualquier discurso cuando de extranjeros se trataba.

—Sin embargo —dijo uno, que parecía un intelectual por sus vestiduras largas—, es extraño que todas las familias de Jesús sean ricas menos esa que vive entre nuestros pobres.

—¿Quién puede comprender a los extranjeros? Hay muchos aquí —dijo un

carnicero.

Llevaba varias varas de tripas de cerdo arrolladas a su desnudo brazo. Ya aquello había empezado a oler por efecto del sol, recordándole que debía continuar su camino. La multitud, poco a poco, se dispersó y pronto de la refriega no quedaron más huellas que las de los pies sobre el polvo.

Guillermo Lane se detuvo a la puerta de su casa y esperó. Al intentar abrirla, advirtió que no estaba cerrada, pero no entró. A pesar de sus instrucciones, el criado de la casa no esperaba en el vestíbulo para recoger su sombrero y su sobretodo. Hubiera querido llevar también su bastón de Malaca, como en la escuela, pero no se atrevió. Su hermana Enriqueta, dos años más joven, se reiría de él y nada temía Guillermo tanto como la risa.

Tiró de la campanilla y esperó. Casi instantáneamente se abrió la puerta y Wang, el criado, le invitó a entrar, sonriendo y tomando el sombrero a la vez.

—Hoy es el día —dijo— que tu madre, la *t'ai t'ai*, recibe —dijo en chino—. Han venido muchas señoras y estoy muy ocupado.

Guillermo no respondió. Wang llevaba con la familia largos años y Guillermo se preocupaba vivamente de hacerle comprender que los antiguos días de camaradería infantil se habían disipado. Un señor joven no tiene por qué charlar con sirvientes.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó.

—El maestro aún no ha venido de la iglesia grande —replicó Wang.

Sonrió afectuosamente al corpulento muchacho a quien recordaba ver, de niño pequeño, tambaleándose por las habitaciones. Los sirvientes le llamaban «Señorito». Ahora le llamaban «Señoritón». Era triste que la familia no tuviese más hijos, salvo las dos muchachas.

—¿Dónde está mi hermana pequeña? —preguntó Guillermo.

De sus dos hermanas, siempre prefería a Ruth.

—Con tu madre y tu hermana mayor —respondió Wang—. Y, con tu permiso, joven señor, te digo que te asombrará la celeridad con que las señoras extranjeras comen y beben.

Colgó el sombrero de Guillermo en un perchero de caoba, colocó el sobretodo en el guardarropa que había bajo las escaleras y se apresuró a volver al saloncito.

Guillermo titubeó. El ruido de las voces de las mujeres, solamente apagado por la cerrada puerta que daba al ancho vestíbulo en que estaba él, a la vez le atraía y le repelía. Muchas de las mujeres eran de edad madura, como su madre, y le conocían desde la niñez. Pero podía haber una forastera o dos. En aquellos días Pekín estaba lleno de turistas y visitantes, y su padre figuraba entre los misioneros más espléndidos. Sabía Guillermo que su madre declaraba a menudo que ella no era misionera, sino la esposa de un misionero y que no quería pasar por otra cosa. Privadamente se había quejado a menudo a su hijo de la tragedia de que su marido hubiera escogido ser misionero en un país tan repulsivo como China y tan distante de

Nueva York, donde ella tenía su casa.

—Tu padre —solía decirle a menudo— hubiese llegado a donde hubiera querido. En Harvard era tan distinguido como apuesto. Todos imaginaban que se haría abogado, como su padre. Tu familia es buena, Guillermo: no lo olvides. No deseo que te echés a perder.

Y su madre agregaba una serie de privadas herejías a las que él no contestaba sino guardándolas en su corazón.

Ciertamente que nunca sería misionero. Los muchachos ingleses de la escuela lo esperaban así. Sería acaso un príncipe del comercio o un diplomático; pero todavía no lo había decidido. Aunque soñaba en América, no imaginaba habitar en parte alguna, salvo en China. Allí vivían cómodamente los hombres blancos. No le gustaban las historias que oía sobre los misioneros que tenían que hacerse la comida y lavarse la ropa. Nunca entraba en la cocina ni en los cuartos de los criados, al menos ahora que prácticamente se había convertido en un hombre. Cuando era pequeño y se sentía muy solo, porque no le permitían jugar con los niños chinos, iba a veces a las habitaciones de la servidumbre en busca de compañía. Wang, joven entonces y poco amigo de la cocina, acogía con placer a Guillermo. Y a veces le llevaba en secreto a la calle a ver alguna exhibición cómica o comprar unos dulces.

Claro que eso había sucedido mucho antes... Al recordar los dulces, Guillermo resolvió decididamente entrar en el saloncito. En la cocina se preparaban unos bollos irresistibles para los días de reunión de su madre. Solían ser de dos capas doradas, con oscuro chocolate helado, y otros consistían en dos rebanadas blancas como la nieve, cubiertas de coco fresco.

Pero algo más que el mero comer le tentaba. Desde su llegada, pocos días antes, muchas de las amigas de su madre, que no le habían visto en varios meses, elogiaban su extraordinario crecimiento. Había aumentado varias pulgadas desde las últimas y largas vacaciones de Navidad y estaba, a su entender, camino de llegar a los seis pies de altura que medía su padre. En ocasiones temía no poder alcanzarlos, porque sus manos y pies eran pequeños. Pero ahora se sentía alentado.

Abrió la puerta y entró con los hombros erguidos y la cabeza levantada. En su faz había el aspecto de una severa gravedad juvenil. Por un momento permaneció de espaldas a la puerta, esperando.

Su madre le miró. Con su vocecita argentina, de los días de recepción, le dijo:

—Entra, Guillermo. Pero deja la puerta abierta, que hace cierto calor.

Sus pétreos ojos grises, acaso demasiado juntos bajo sus espesas cejas oscuras, brillaron con orgullo. Miró en torno al cuarto, donde se sentaban varias señoras junto a media docena de mesillas de té.

—Guillermo —anunció— ha vuelto de la escuela. ¿Verdad que está enorme? Es su último curso.

El espectáculo era grato para Guillermo. La amplia estancia se hallaba iluminada y caliente. Sobre el suelo pulido había grandes alfombras pequinesas, tejidas en azul

y oro, y por doquier relucían los muebles, al parecer de oscura caoba. Pero en realidad, valían más que si fuesen de caoba, porque eran de madera negra, pesada como el hierro. Aquellos antiguos muebles chinos, robados de los palacios por hambrientos eunucos, habían sido empeñados a los mercaderes. Las casas de los americanos de Pekín estaban llenas de semejantes mesas, divanes y biombos. Diseminadas entre ellos había cómodas sillas modernas, tapizadas de raso. Flores de melocotonero y dos macetas de ciruelos enanos adornaban la estancia. Entre estos placenteros lujos las señoras bebían el té. Volvieron sus caras hacia el joven, y sus voces le saludaron.

—¡Caramba, Guillermo, cómo has crecido! ¡Ven a darnos la mano, muchachote!

Adelantándose graciosamente, Guillermo dio la mano a cada una de las señoras, olvidándose de sus hermanas. Ruth se sentaba junto al fuego de carbón. Enriqueta, acomodada en el alféizar de la profunda ventana, comía un bocadillo. No miró a su hermano, pero Ruth si le contempló con sus agradables ojos de claro azul.

—Siéntate, Guillermo, y toma el té —ordenó su madre.

Era una mujer alta, delgada y huesuda. Aunque fuese casi fea, y él no, su hijo se le parecía. Lo que en una mujer significaba falta de delicadeza, representaba fuerza en un hombre.

Cuando el joven se instaló junto a ella en una silla, Wang le acercó bocadillos y bollos. Él, silencioso, comió con apetito. Las damas reanudaron su conversación. En seguida notó él que hablaban de la misión de los Miller, diciendo exactamente la clase de cosas con que él podía estar de acuerdo. La señora Tibbert, metodista y, por lo tanto, no exactamente igual a los episcopálistas y presbiterianos, aunque mejor que una anabaptista, se salvaba gracias a ser esposa de un obispo. Era una mujer pálida y menuda, bien vestida según un modelo del «Delineator» copiado por un modista chino. Le faltaba un diente y ceceaba.

—Es realmente estúpido que éstos hablen de que confían en Dios para todo, cuando realmente todo lo sacan de nosotros. Claro que no podemos dejarlos morir de hambre. No sé si una petición al cónsul...

—¡Es que hay que ver cómo viven! —exclamó la señora Haley.

Era una adventista del séptimo día, y, por tanto, menos que una anabaptista. Resultaba confuso para los chinos decirles que el domingo era el sábado, si bien la inmersión en que insistían los anabaptistas y adventistas resultaba, según episcopálistas y presbiterianos, la más confusa de todas las prácticas. Los ignorantes chinos, no obstante, tendían a dejarse impresionar por la mucha agua y el rociarse les gustaba, especialmente cuando hacía calor.

La señora Henry Lodge, esposa del más notorio ministro presbiteriano, pasaba por caritativa, y bien podía serlo, ya que poseía una casa de las más hermosas de Pekín, y su marido era el mejor pagado de los misioneros, además de estar emparentados con los Lodge de Boston.

—¡Cuánto lo siento por los pobres niños! —dijo con suavidad.



Linda, a pesar de su cabello blanco, vestida con un traje de suave crepé chino con rosas, tenía una traza que las demás señoras, aunque cristianas, no podían dejar de envidiar. Guillermo la miró con aprobación. Aquél era el aspecto de una señora. Para llamar su atención decidió contarle lo que acababa de ocurrirle.

—Quizá le guste saber, señora Lodge, que cuando yo venía a casa...

Narró la historia bien y fue lo bastante sensato para mostrarse modesto y compasivo hacia el mal vestido mozalbete a quien en público había reprobado. Cuando terminó le felicitaron.

—Me alegra de que le ayudes, Guillermo —dijo la señora Lodge—. Fue muy cristiano y muy fraternal por tu parte. «Porque el menor de éstos...», como dijo Nuestro Señor...

—Gracias, señora Lodge —repuso Guillermo.

Clem Miller se había alejado de la multitud tan rápidamente como pudo. Con gusto hubiera corrido, pero sus pésimos zapatos y su maltratada pierna se lo impedían. De Guillermo no recordaba más que sus zapatos fuertes y bien cortados de oscuro cuero, finas suelas y ajustados puntos. Un buen puntapié con tales zapatos tenía que dejar huella.

—En cambio yo —murmuró— nunca llevaré zapatos americanos.

Sus pensamientos articulados se producían siempre en chino, y no en el chino fluido y entonado de Pekín, sino en el chino plebeyo, en el gutural dialecto de los *coolíes* de los puertos, donde vivía la gente en los barcos casas. La primera morada de Clem había sido precisamente una barca, porque su padre, anheloso de seguir exactamente los pasos de Jesús, había predicado desde las aguas del sucio Whangpoo, en Shanghai, a los que se congregaban en las orillas para escuchar. Más que escucharle le miraban, y los cristianos respetables solían ir por las noches a reprochar a los padres de Clem el que les avergonzara obrando de modo tan inferior, digno de pordioseros.

Y en verdad que como pordioseros vivían. Clem, mientras andaba sobre el polvo pequinés, no podía negar la acusación que le dirigiera Guillermo. Más de una vez había mirado a través de las verjas del *compound* en que Guillermo moraba, y comparando los hogares de los que habitaban casas grandes de ladrillo oscuro, cubiertas con palatinas tejas azules y verdes, con los cuatro cuartuchos de la calleja china en que vivía Clem con sus padres y sus hermanas, había de concluir que, en efecto, su existencia era de mendigos.

Su madre, aunque nunca quejosa y de una fe firme, se había, con todo, negado a seguir viviendo en una barca desde que Arturo, su niño pequeño, había caído por la borda, ahogándose.

Acerca de ello había habido largas disputas entre los padres de Clem.

—Diríase, Mary, que, a causa de esa prueba que Dios nos ha mandado, ya no crees en Él —había dicho Pablo Miller a su llorosa mujer.

Ella, procurando contener los sollozos con un trozo de andrajoso pañuelo que se llevaba a la boca, respondió:

—Sigo confiando. Pero no me es posible mirar más al agua.

El cuerpecillo de Arturo no había sido encontrado. Se buscó durante varios días en la ribera, pero las aguas habían apresado profundamente al niño en sus revueltas corrientes. Con lo cual, pasadas unas semanas, se prescindió de la búsqueda y la familia se dirigió hacia el norte y se instaló en Pekín. Pablo Miller, dejando a Dios la resolución del dinero preciso para el viaje en tercera clase, fue a despedirse de sus cofrades misioneros de Shanghai, como hermanos suyos en Cristo. Ellos respondieron con repentina generosidad, haciendo una colecta a su favor, y las esposas de los misioneros reunieron entre todas un equipo de ropas para la señora Miller y sus niños.

—¡Ya veis como el Señor provee cuando se confía en Él! —había exclamado el padre de Clem, con sus mansos ojos azules llenos de agradecidas lágrimas.

—Clem, tu padre tiene razón —manifestaba la madre del muchacho—. Hasta ahora siempre hemos sido provistos, aunque Dios, a veces, ponga nuestra fe a prueba.

Clem no respondió. En aquella época de su vida se encontraba sumido en una confusión que no osaba afrontar ni aun hallándose a solas. El mundo estaba dividido entre los ricos, que tenían con que alimentarse, y los pobres, que no tenían; y aunque se le había dicho a menudo aquello del camello y del ojo de una aguja, y de la dificultad de los ricos para entrar en el cielo, era el caso que Dios parecía singularmente indulgente con los adinerados y extrañamente indiferente con los pobres. Por ejemplo, Dios, que ve toda las cosas, debía ver a los chinos indigentes, pero, si así era, permanecía mudo.

Meditando en el silencio de Dios, Clem iba tornándose también cada vez más silencioso. Había ocasiones en que ansiaba abandonar a su familia y partir solo a través de las doradas llanuras, para llegar a la costa, encontrar un buque y buscar en él un empleo que le permitiera cruzar el Pacífico hasta la fabulosa tierra donde habían nacido sus padres. Ya allí, iría a pie a la granja que poseía en Pensilvania su abuelo.

Pero no se decidía a separarse de su pobre familia, y ahora, ya cumplidos los quince años, le preocupaba mucho su porvenir.

Guardaba para sí tales pensamientos, sabiendo que, si los expresaba, sus padres, incorregibles en su fe, le aconsejarían que pusiese su confianza en Dios. Lo cual estaba muy bien, pero ¿quién iba a enseñarle latín, matemáticas y gramática inglesa? Había comprado unos pocos viejos libros ingleses en una librería china de lance, pagando su importe con unas lecciones de inglés al hijo del librero, que contaba diez años. Estudió solo aquellos textos, mas experimentaba vivamente la necesidad de un profesor. Pero no quería pedir nada. Comía las vituallas que sus padres lograban de un modo u otro y se negaba a solicitar nada de los misioneros más prósperos. Al regresar de casa del señor Fong, el librero, había visto en casa del panadero a su padre y después que su padre se marchó surgió la pelea.

De no mediar eso, el día hubiera sido agradable, si bien con el anochecer llegaba cierto frío, complicado por el aire del noroeste. Mas a aquella hora la ciudad le agradaba. La gente era afectuosa con él, pese a su lucha con aquel descarado muchacho. Lucha que deploraba. Desde el punto de vista del otro, reconocía que no le faltaba razón. Los miembros de la familia Miller, aunque confiaban en Dios, eran unos mendigos.

Cruzó la puerta de su casa con tan adusto ceño que su madre, que preparaba, sobre una cuadrada mesa china algunas escudillas y palillos, se paró a mirarle. Las escudillas de barro y los palillos de bambú eran más baratos que los platos, los cuchillos y los tenedores.

—¿Te pasa algo, hijo?

La voz de la mujer era infantilmente dulce y su rostro todavía redondo y juvenil. Su cabello, antaño de un suave rubio rojizo, era ya gris como la arena. A pesar de las adolescentes dudas que sobre el buen juicio de su madre sentía, Clem la amaba por lo buena y tierna que era con él y con todos.

Pero, endureciendo su corazón, expuso sus pensamientos.

—Mamá, yo no sé cómo, he llegado a la conclusión de que somos unos pordioseros.

Ella, abriendo los brazos, se inclinó sobre la mesa.

—¡Por Dios, Clem!

Él, obstinándose más aún, prosiguió, aunque a disgusto:

—Un muchacho chino me dijo que éramos unos mendigos. Le pegué. Se interpuso Guillermo Lane y suspendió la lucha, pero me dio a entender que opinaba lo mismo. No me mires así, mamá.

—Tiemblo por ti, cariño mío. Si perdemos la fe, nada nos quedará.

—Quisiera, mamá, tener más fe.

Su cerebro, sincero y ágil, buscaba pruebas.

—No veo cómo podría papá tener más fe, monín. Nunca ha vacilado, ni aun cuando perdimos al pobre Arturito. Él me fortaleció.

Quebrósele la voz y tembló su boca, pequeña y llena. Sus lágrimas, siempre tan prontas como su risa, brotaron de sus ojos, de un dorado oscuro.

—Más fe podría demostrar —dijo Clem.

—¿Y cómo?

—No yendo a decir a la gente que el pan se nos acaba. Por lo menos, no contándolo a los misioneros.

Alzó los ojos hacia su madre, y en ellos, con gran asombro, vio claramente pintado el terror. Las redondas mejillas de su madre, siempre pálidas, se habían tornado cenicientas. Comprendió que tampoco ella se engañaba, y el amor de Clem acreció. Extendió la mujer las manos, y acercándose al taburete de bambú en que se sentaba su hijo, se acomodó a su lado, en el suelo.

—Lo que dices, Clem, lo he pensado yo a menudo.

—¿Y por qué no se lo dices a papá? —inquirió el muchacho.

No entendía por qué, a pesar de lo que quería a su madre y ella a él, no la tocaba. Temía sus caricias.

Mas ella no las inició. Levantándose, le miró cruzando las manos.

—Porque tú tampoco te atreverías —dijo—. Le desgarraría el corazón pensar que dudábamos.

—No es dudar, sino querer pruebas —insistió él.

—Pedir pruebas a Dios es dudar, queridito —alegó ella vivamente—. ¿No recuerdas, Clem, que papá nos lo ha explicado así?

Lo recordaba. Su padre, en las largas plegarias familiares del día y de la noche, se lo había enseñado, insistiendo en la bondad de Dios para con ellos y añadiendo que pedir a Dios que se probase a sí mismo era servir a Satanás. La duda era el polvo que Satán tiraba a los ojos de los hombres para así cegarlos.

—Además —agregó su madre—, yo quiero a papá lo bastante para no desear ofenderle, y tú debes hacer lo mismo, Clem. A nadie tiene en el mundo sino a nosotros, y en realidad sólo a ti y a mí, puesto que las niñas son muy pequeñas. Para fortalecerse ha de creer en nuestra fe. Y papá es muy bueno, Clem. El mejor hombre que he visto. Es como Jesús. Nunca piensa en sí mismo, sino en los demás.

Era cierto. Aunque a veces Clem aborrecía la falta de egoísmo de su padre, aunque la humildad paterna le avergonzaba, constábase que aquéllos eran aspectos de una bondad pura e inmarcesible. Cediendo a esta verdad suspiró y, levantándose, se acercó a la mesa.

—¿Ha venido papá? —preguntó.

—Todavía no. Ha ido a predicar a la Plaza del Mercado.

Pablo Miller salió de la Plaza del Mercado, adonde había ido a predicar la buena nueva de Jesús, en vista de que todos andaban muy ocupados e indiferentes. De retorno a su casa halló al doctor Lane, que volvía de su clase de catecismo de la tarde de los miércoles, en la iglesia. Ordinariamente, el alto y apuesto misionero, al cruzarse en su *riksha* con la baja figura que caminaba sobre el polvo, limitábase a dirigirle un indiferente aunque algo embarazoso signo de saludo. Mas aquel día, mandando parar el cochecillo, dijo:

—¿Pueblo hablarle dos palabras, Miller?

—Desde luego, hermano Lane.

Enrique Lane parpadeó. Espiritualmente, en verdad, era hermano de toda la humanidad, ya que creía ser un auténtico cristiano. Pero no resultaba grato verse alegremente interpelado así en plena calle por un blanco con los vestidos remendados. Enrique no alentaba a su esposa ni a su hijo cuando criticaban a la Misión Miller. Y aun les recordaba que a Cristo se le puede predicar de muchos modos. Mas, siendo sincero consigo mismo, había de confesarse que los sentimientos de su familia se parecían a los suyos. Para la comunidad extranjera de Pekín era

humillante la presencia de los Miller. Aún resultaba peor que fuesen misioneros a su modo, predicando al mismo Salvador. La Misión Miller causaba extrañeza y murmuraciones incluso en su propia y bien asentada Iglesia.

Los transeúntes chinos empezaron a agolparse en torno a los dos americanos. Aquellas repentinas multitudes parecían brotar del mismo polvo. Enrique Lane, dando por supuesto que ningún chino hablaría inglés, no se preocupó de ellos.

—Miller, quería explicarle que sospecho que va a haber turbulencias contra los extranjeros. No me agradan los rumores que oigo.

Miró al gentío. Bajo el pálido y dorado crepúsculo, nada se advertía en los rostros, salvo su acostumbrada curiosidad tranquila.

—¿Qué ha oído usted, hermano Lane? —preguntó Pablo Miller.

Apoyó las manos en el borde de la *riksha* y admiró, como siempre, la delicada espiritualidad del aspecto del otro misionero. No se le ocurrió envidiar el buen paño negro de sus ropas, ni la blancura de su cuello almidonado, ni la seda de su corbata. Lane bajó la voz.

—Uno de los cofrades de mi parroquia, cuyo hermano es ministro en la Corte Imperial, me asegura que la emperatriz viuda se inclina a favorecer a los boxers. Ha presenciado hoy una exhibición de sus estafalarias pretensiones de que son inviolables a las heridas de balas y los bayonetazos. Todo lo que ella teme son los ejércitos extranjeros. Si se convence de que esos truhanes son inmunes a nuestras armas, es posible que los exhorte a expulsarnos por la fuerza. Piense en su familia, Miller.

—¿Qué me dice de la suya, hermano Lane?

—Quiero enviarla a Shanghai. Allí están nuestros barcos de guerra.

Pablo Miller apartó las manos del pulido borde del vehículo. Miró las atentas caras chinas, pálidas bajo la creciente oscuridad.

—Yo pongo mi fe en Dios y no en los barcos de guerra —dijo sencillamente.

Enrique Lane, aunque buen cristiano, sintió como una punzada en el corazón.

—Ya está advertido —repuso—. Era mi deber.

—Gracias, hermano Lane.

—Buenas noches —dijo el otro, haciendo signo al conductor de la *riksha* para que avanzase.

Pablo Miller, hundido hasta el tobillo en el polvo primaveral, vio alejarse el cochecillo. Poseía una faz cuadrada y flaca y seguía teniendo la piel blanca y rosada como cuando, veinte años antes, oyendo la llamada de Dios en una asamblea campestre de Pensilvania y abandonando la granja de su padre, con gran consternación del viejo, marchó a China, única tierra pagana de que había oído hablar. La fe le había provisto de medios parvos pero suficientes para cruzar el continente en un coche de turistas y el Pacífico en el entrepuente de un buque. No se le había ocurrido pedir a Dios vacaciones, aunque los demás misioneros se las tomaban cada siete años. Vivía de su fe.

Tembló su boca y sus ojos brillaron. Hasta entonces nunca había temido la posibilidad de la muerte. Había, con su familia, pasado hambre a menudo, y tenido algunas enfermedades, y el recuerdo del pobre Arturín le dolía, aunque procurase no pensar en ello. Pero no se le había ocurrido jamás que María y sus pequeños pudieran morir a manos de hombres crueles. Nunca, ni siquiera las noches en que Satanás le tentaba con dudas y con añoranzas de la dulce vida en la granja que había dejado. A menudo sentía nostalgia, pero ya no se lo decía a Mary. Antes sí, y aun habían llorado los dos por ello, aunque él fuera un hombre maduro. Su madre le había seguido escribiendo hasta que murió, hacía diez años, pero su padre no. Pablo ni siquiera sabía si vivía.

Y allí, en la ensombrecida calle china, tenuemente alumbrada por faroles de aceite y velas de sebo de vaca, escuchando los sonidos de la inminente noche (madres que llamaban a sus hijos, aún en las calles; lloros de un pequeñín enfermo; una áspera disputa; portazos de los batientes de madera al cerrarse las puertas de los establecimientos; gemidos de un violín de dos cuerdas; aullar del viento nocturno), sintióse abrumado de terror. Era un extranjero en tierra ajena.

¿Debían huir él y su familia? Pensó en el tierno aspecto de su mujer, en la gentileza de sus dos pálidas hijitas, en su hijo, tan desarrollado ya. Aquello era todo lo que le había dado Dios. ¿Y qué tenían los pobrecitos? Él les había arrebatado su posible nacimiento en la granja, la seguridad de que gozarían entre los de su raza, la tranquilidad de un techo sobre sus humildes cabezas. Si hombres malvados mataban a aquellos de quienes era responsable, perdería la fe en Dios.

En la oscuridad alzó los brazos al cielo. Frías y titilantes estrellas brillaban sobre él. No había luna. Nadie le veía y, por ello, cayendo de rodillas en plena calle, oró a Dios. Después, oprimiéndose el pecho con las manos, levantó la vista a las burlonas estrellas.

—¡Dios mío! —murmuró—. Tú, que quizás en este momento miras la querida casa que abandoné, dime lo que deseas. Tú, que ves en todos los corazones, sabes si es verdad que hay hombres malos que quieren nuestras vidas. Humildemente digo que yo he notado cierta diferencia en los chinos durante los últimos meses. Nuestro casero, sin motivos, desea que nos vayamos. Siempre le he pagado, aunque a menudo cueste encontrar el dinero a tiempo. Pero Tú provees. Te ruego que salves nuestras vidas y especialmente las de aquellos que me has dado. Mas hágase tu voluntad: que ni a ellos los amaré más que a Ti.

Hundió la cabeza en el pecho, y su barbilla reposó en sus cruzados brazos. Esperaba que el flujo de la fe llegase a su corazón.

Y llegó al fin, calentando la sangre de sus venas, fortificando su corazón como el vino, convenciéndole de que cuanto hacía era razonable. Podía oír las tan conocidas palabras:

«No temas, que estoy contigo».

—Amén, Dios mío —respondió, reverente.

Y levantándose, recorrió la calle vacía, camino de los cuatro cuartuchos donde le esperaban los que amaba. Ciertamente se esforzaba constantemente en no amarlos demasiado. No eran, razonaba, todo lo que poseía. Porque tenía, además, el infinito amor de Dios.

Antes de pasar media hora abrió la puerta de su casa y contempló el espectáculo que siempre le contentaba tanto. Estaba dispuesta la mesa para la cena. María, junto a la lámpara de aceite, remendaba unas ropas y Clem estudiaba uno de sus libros. Las niñas jugaban con una muñequita de barro que les había dado una china bondadosa.

Al entrar él, todos alzaron la vista y él oyó sus saludos. Por alguna tonta razón, no supo reprimir las lágrimas que acudieron a sus ojos. María se le acercó y él celebró que la luz fuese tenue. De todos modos, al besar a su mujer, cerró los ojos para que no le cayese en la cara alguna lágrima. Luego se inclinó hacia las niñas y eludió la mirada de su hijo.

Sólo cuando hubo vencido su repentino deseo de llorar habló a Clem.

—¿Qué libro es éste, hijo?

—Un libro de historia, papá. Me lo dio el señor Fong.

—¿Qué historia?

—La historia de Norteamérica.

Pablo apenas oyó la voz de Clem. Saboreaba su alivio, la seguridad que Dios le daba. Todos estaban a salvo. No les hablaría del peligro. Era innecesario. Se había disipado. «Pondré mi confianza en el Señor». Y con estas mudas palabras recobró su sosiego.

En la casa-misión, todas las luces estaban encendidas y el doctor Lane, en el piso alto, se vestía para la cena. No alentaba las opiniones de su mujer respecto a vestirse de etiqueta todas las noches, como los ingleses, pero sí se cambiaba de camisa y chaqueta.

Cuando veinte años atrás dejó el colegio, era lo que después llamaba un soñador. O sea, que creía en el ascetismo de los hombres de Dios. Las dificultades de los años de guerra le habían moldeado, aunque en casa de su padre nadie se unió al ejército. Pero habían albergado esclavos del Sur, gastado mucho dinero ayudándolos a instalarse y buscar trabajo, y su padre había sobresalido mucho en la iglesia episcopal de Cambridge. No obstante, cuando Enrique anunció su vocación de misionero, su padre le habló con claro enojo.

—Necesario es —había dicho— que enviemos misioneros a las tierras paganas, pero no me parece que debamos emplear para eso a nuestros mejores jóvenes. Mi padre no quería que yo fuese a la guerra y no fui.

—Dios no te llamaba a la guerra —dijo Enrique.

La lucha con su padre, en la que no cedió, le fue útil cuando, pocos meses después, se enamoró de Elena Vandervent, de Old Harbor. Era la muchacha más agradable que había visto, y construida muy majestuosamente, incluso en su

juventud. Él era alto, mas ella le llegaba bastante más arriba del hombro. Pronto advirtió Enrique, además, que era mundanal y orgullosa. Él pidió a Dios de rodillas que le diera fuerzas para amansarla, no para prescindir de ella. Pero ella tardó dos años en condescender. Le amaba y así se lo dijo, mas enfriaba su amor su poca inclinación a seguir el camino que él deseaba. A esto se negó.

—No te pido —le dijo— que dejes de ser sacerdote. Sólo que creo que aquí también hay almas que salvar.

Veinte años hacía que le había hablado así, y aún recordaba él su aspecto de entonces. Alta, arrogante, con un vestido de vivo azul y una chaquetilla. Llevaba un sombrero de plumas azules, con el ala ribeteada de blanco. Era regia en su juventud, imperial en su confianza, y al impacto de su voluntad había vacilado la decisión de Enrique.

—He de ir a donde Dios me llama —le respondió, reuniendo las escasas fuerzas que quedaban en su voluntad.

Elena se encogió de hombros y durante seis meses más mantuvo su buen deseo. Día y noche Enrique robaba a Dios que, dándole a él fuerzas, y aumentando en ella su amor, se realizara lo que él quería.

Fuerzas tuvo, pero lo otro no lo encontró. Recordaba una terrible noche de verano junto al mar, en Old Harbor. Él había ido para poner a prueba el amor de Elena una vez más. Pero con mala oportunidad. Elena estaba rodeada de jóvenes a los cuales no los llamaba Dios y que, por lo tanto, podían complacerla. Al fin logró él llevársela aparte, a orillas de un acantilado sobre la playa.

—Elena —dijo—, me voy a China. Y solo, si tú no quieres venir conmigo.

No estaba seguro de que le creyera. Ella movió la cabeza caprichosamente y Enrique marchó a China, aún inseguro de si ella le seguiría o no. Pero cuando Elena se convenció de que en Pekín podría hacer una vida civilizada, le escribió manifestando su decisión de casarse. Él accedió a vivir en Pekín. Había pasado solo los dos primeros años en una población del interior, donde la vida era muy primitiva. En el fondo de su corazón, Elena no había cedido nunca, aunque se tenía por buena cristiana. Y a su modo lo era, según pensaba él. Mantenía una casa cómoda, trataba con justicia a los criados y procuraba conseguir las ambiciones que acariciaba respecto a sus hijos.

Enrique, secretamente, se preocupaba por su hijo. Temía por el porvenir de aquel muchacho altanero y duro. Guillermo reía muy a menudo, y a la par se entregaba a sombrías furias si alguien de su familia le gastaba cualquier pequeña broma.

A veces, meditando en su amado hijo, Enrique recordaba una tonta ocurrencia de su mujer, la cual, cuando el niño contaba nueve años, le había llevado a una audiencia de la emperatriz viuda, quien solía ofrecer una vez al año una recepción a las señoras americanas. Elena expuso su deseo a la primera dama de la emperatriz. La dama rió, habló a la soberana, y ésta, en uno de sus accesos curiosos, que variaban entre la puerilidad y la tiranía, dijo:



—Nuestro antecesor afirmaba que le gustaría ver a un niño extranjero. Tráele el primer día de fiesta, que es el de la iniciación de la primavera.

Así, un frío día Guillermo fue con su madre al palacio imperial, donde esperó horas enteras en una glacial antesala. Al mediodía, un eunuco de alta estatura los condujo a La Presencia. Guillermo siguió a su madre y, a una indicación del eunuco, se inclinó profundamente ante una vieja muy espectacular, sentada en un resplandeciente trono con dragones. Se había dado a la sazón por entendido que los americanos no necesitaban prosternarse.

La emperatriz estaba de buen humor. El brillante aunque invernal sol iluminaba los suelos embaldosados y el vestido de la soberana, incrustado de oro, así como las largas manos enjovadas que apoyaba sobre las rodillas. Lo que Guillermo vio primero fue el ribete bordado de un amarillo vestido de seda y luego, alzando los ojos, divisó las fabulosas manos, y el extremo del largo collar de jade, y la faz como esmaltada, y los grandes ojos lucientes, y el peinado enjovado y complicadísimo. Eunucos y damas, advirtiendo el atrevimiento de aquel niño, esperaban la furia imperial.

Pero no se produjo. En los ojos del lindo niño americano la emperatriz vio tal adoración y tan admirativo respeto que rió. Y todos los presentes rieron, menos Guillermo, que seguía mirándola sin reaccionar.

De pronto la soberana cambió. Frunció el entrecejo, movió un dedo de pintadas uñas, y volvió la cabeza.

El eunuco mayor, adelantándose en el acto, hizo salir a los visitantes.

—¿Por qué se enfadó la emperatriz conmigo? —preguntó Guillermo a su padre, ya en casa, después de que se hubo calentado y comido.

—¿Quién puede comprender a la emperatriz? —le contestó Enrique.

La señora Lane se apresuró a añadir:

—No debemos olvidar, hijo, que eres el único niño americano que ha visto a la gran emperatriz de la China. Lo importante es eso, ¿no?

A Lane no le agradó aquello.

—A los ojos de Dios, Elena, todos somos iguales —dijo.

—Ya lo sé —replicó ella—. Pero nosotros no somos dioses, ¿verdad? La emperatriz es la emperatriz y es inútil pretender que Guillermo no ha tenido un gran honor, porque sí lo ha tenido. Es algo maravilloso, y he de manifestar que, de no poseer yo el valor de pedirlo, no lo habríamos conseguido.

Lane, pensando en su hijo, suspiró, como a menudo lo hacía, sin darse cuenta. Elena no había cambiado mucho. En ocasiones, aunque ella observara exteriormente todas las formas de la religión, él temía que en su corazón fuese mujer mundana.

Guillermo —llamado así en recuerdo del padre de Elena, no del de Enrique— se había desarrollado y era listo y orgulloso. No sabía Lane si el corazón de su hijo había sido tocado por la gracia. Acaso los corazones de los muchachos no sean nunca tocados por ella en tanto que los rocíos de la juventud no los ablanden. El propio Lane se recordaba como un mozalbete endurecido hasta el día en que, cerca de los

veinte años, percibió de pronto que la vida en sus manos era un don susceptible de ser utilizado o tirado. Dios le había hablado en ese momento.

Sonó suavemente el batintín chino que anunciaba la cena. Lane aminoró la luz de la lámpara de aceite. Era un interesante objeto, que Elena había sacado de un jarro Ming. Porque tenía afición por las cosas lujosas. Fuera de Pekín aquello habría parecido impropio de la casa de un sacerdote que, en el fondo de su corazón, amaba la pobreza; pero las residencias de los diplomáticos en Pekín eran tan suntuosas que la de Lane no llamaba la atención. La fantástica extravagancia de la corte imperial daba tono a la ciudad. Con todo, la vieja emperatriz sentía ciertos escrúpulos de conciencia. El dinero sacado al pueblo para construir una armada moderna se había invertido en erigir un gran barco de mármol en un lago del Palacio de Verano. Mientras los ministros profetizaban que el occidente provocaría un desastre, mientras el joven emperador alimentaba la rebelión en secreto, ella se entregaba a concomitancias con la absurda sociedad de los boxers. Éstos, excitados por la noticia alardeaban de que eran invulnerables. Ni balas ni espadas, afirmaban, podrían herir sus carnes. Poseían una magia especial, según decían a la supersticiosa emperatriz, y ella los creía.

Lentamente, Lane bajó las alfombradas escaleras. No sabía qué hacer. Desde luego, la Embajada norteamericana tomaría precauciones. Pero ¿debía él esperar? Guillermo estaba en condiciones de ir al colegio y Elena anhelaba un descanso en América.

Penetró en el comedor donde su familia le esperaba, y se sentó a la cabecera de una mesa ovalada. La mantelería, muy fina, había sido bordada por las monjas chinas del convento católico, con un grueso anagrama. Era aquello, se dijo él, la clase de cosas que, pareciendo costosas, no lo son. Las monjas trabajaban barato y él no había tenido ánimos para negar a Elena lujo económico. Al fin y al cabo, ella, al casarse, había renunciado a muchas cosas. Todos los años echaba de menos las temporadas de Nueva York, la música, los teatros, las reuniones. No le gustaban los teatros chinos, aunque en Pekín estaban los mejores, y ello en el fondo convenía, porque a él siempre le inquietaban las encubiertas críticas que en los medios misioneros se hacían de su mujer. La mayoría de los misioneros procedían de casas menos encumbradas que la de Lane, y ello no los tornaba más clementes. Acaso Elena hubiese tenido tiempo para aprender el chino, mas él no la censuraba por no haberlo hecho. Guillermo había nacido al año escaso del casamiento y las dos niñas muy poco después. Desde el día en que Elena, al darse cuenta de su tercer embarazo, se enfureció contra su marido, no habían vuelto a tener descendencia.

Dobló la servilleta y miró, en torno a la mesa, todas las caras. Ruth se estaba poniendo muy bonita. Se parecía a la familia paterna. Guillermo y Enriqueta se asemejaban más a su madre; pero el muchacho era guapo y Enriqueta, en cambio, carecía de la distinción materna. Enrique no estaba seguro de si le gustaría que alguno de sus hijos fuera misionero. Dios decidiría. Les sonrió.

—¿Le gustaría a mi familia ir a América este verano?

Wang, vestido con una larga túnica blanca, estaba sirviendo la cena. Olía a pollo delicadamente condimentado con jengibre.

—¡Pero, Enrique! —exclamó la mujer—. Yo creía que ello sería imposible por el mucho coste de la casa de Peitaiho.

Como la mayoría de los misioneros, Lane poseía una casa de veraneo en la costa. Un huracán se había llevado la techumbre durante el invierno y costaba varios centenares de dólares chinos el repararla.

—Podríamos arrendarla —respondió él—. Ello contribuiría al pago de los pasajes. No creo que podamos pedir dinero al Patronato, porque mis vacaciones no me corresponden aún.

—Yo no quiero ir —dijo Enriqueta con voz sin inflexiones.

Hablaba mientras comía, pero Lane no la reprendió. Sentía por Enriqueta una simpatía que él mismo no acertaba a explicarse.

—¿Puede ya Guillermo ingresar en Harvard? —preguntó la señora Lane.

Y fijó los ojos en Wang, que servía croquetas.

—Puesto que se le ha educado a la inglesa, no creo que haya dificultades —respondió Lane.

Y como le disgustaba la sopa, se sirvió croquetas.

—Me agradaría ir —dijo Guillermo.

El pensamiento de no tener que soportar más a sus discípulos ingleses, que llamaban a los americanos insurrectos e hijos de perro misionero, le complacía. Repentinamente, sintió aumentar su apetito.

Ruth, con sus suaves ojos azules paseando de un rostro a otro, guardaba silencio.

—Más vale —decidió el doctor Lane— que os diga la verdad. No me gusta el aspecto que toman las cosas. En la campaña creo que se prepara algo. El joven emperador ha vuelto a tener dificultades con la emperatriz, la cual ha mandado encerrarlo. Se dice que la vieja ha resuelto matar a los preceptores del joven que le imbuyen ideas occidentales. Pero algo tendrá que hacer para contentar a sus ministros, muy disgustados con las nuevas concesiones extranjeras que se ha visto obligado a otorgar al gobierno alemán. Si entra en su ignorante cabeza la idea de exterminar a todos los extranjeros, no me gustaría que mi familia estuviese aquí.

Procuraba hablar humorísticamente, pero todos le notaron inquieto. Su tranquila y delicada faz, siempre pálida, parecía muy blanca ahora sobre su gris barba recortada y su bigote.

—Siempre he dicho que los chinos nos odian —declaró su mujer.

—No lo creo —repuso él, benigno.

—Han matado a los misioneros alemanes —arguyó ella.

Él dejó la cuchara.

—Ya te he dicho, Elena, que eso fue un accidente. Los bandidos atacaron una población donde estaban los alemanes.

—Los bandidos no tienen derecho a matar a extranjeros —replicó ella.

Nadie se fijaba en Wang. Elena dijo, casi con violencia:

—Wang, retira los platos de la sopa.

—No creo que Wang nos odie, madre —dijo Ruth cuando el chino salió de la estancia.

La voz de la jovencita, dulce y tímida, difería de las demás. Incluso Lane, aunque hecho a muchos años de prédicas, hablaba con una articulada precisión casi forzada.

—Porque le pagamos —respondió la señora Lane.

Lane se sintió, obligado por sus hijos, a establecer la verdad.

—Si los chinos se sienten xenófobos —dijo— se debe a cómo los han tratado los alemanes. Apoderarse de puertos y exigir el uso de toda la bahía, aparte de una indemnización, excusa el asesinato de los misioneros. Luego Rusia, luego Inglaterra, luego nuestro gobierno... Eso late en el fondo de todos los estallidos antiextranjeros. Naturalmente, los chinos no desean ver su patria hecha pedazos.

La señora Lane interrumpió:

—Tú siempre das la razón a los chinos. —Y, reprimiendo el intento de réplica de su marido, continuó—: Si hay algún peligro, quiero irme pronto. Pero no me iré sin ti. No permitiré que te sacrifiques por esa gente. Tu primer deber es con los niños y conmigo.

—No creo que pueda irme —dijo él—. Los cristianos chinos esperarán que me quede. Si los boxers se levantan, tanto irán contra ellos como contra nosotros. Desde luego, los soldados de la legión nos protegerán, pero no quiero que los niños y tú afrontéis un asedio, si esto ocurre. Mas no estaría bien que yo huyera. Mi conciencia me lo prohíbe. Mi deber con Dios es lo primero.

Los muchachos guardaron silencio. Por la paciente firmeza con que su padre hablaba, comprendieron que estaba dispuesto a discutir con su madre. Usualmente ella ganaba, pero cuando su padre mencionaba a Dios desde el comienzo, ya adivinaban el fin. Solo, Enrique, podía perder; pero bajo la dirección divina, triunfaba.

Unos días más tarde la señora Lane se mostró dispuesta a partir cuanto antes. Era sábado y el doctor Lane trabajaba en su usual sermón del domingo. Había escogido un tema singularmente inadecuado a los tiempos: «El malvado huye cuando nadie lo persigue». Y estaba urdiendo sus pensamientos, divinamente dirigidos, a propósito del profundo significado de aquellas palabras, cuando oyó que su mujer le llamaba a voces.

Casi inmediatamente se abrió la puerta de su despacho y vio entrar a Guillermo. Las ropas del muchacho estaban cubiertas de polvo, tenía la faz cenicienta y llevaba un corte en la frente. Permaneció mudo.

El doctor Lane, levantándose, gritó:

—¡Guillermo! ¿Qué te ha ocurrido?

Guillermo cuchicheó:

—Las turbas... un motín...

—¡Cómo! —exclamó Lane.

Corrió hacia el vestíbulo y halló a su esposa en un esculpido sillón chino. Estaba medio desmayada, al parecer.

—Elena, ¿qué...?

—¡Un motín! Creí que no nos librábamos... De no ser por Lao Li... Guillermo y yo íbamos en la misma *riksha*.

—¿Dónde fue eso? —barbotó Lane.

—En esa sastrería de la calle de Hatamen, donde siempre compro la ropa de Guillermo. Como necesitaba un traje nuevo...

—¿Qué hizo Guillermo? —preguntó Lane.

Instintivamente adivinaba que alguien había hecho algo. Los motines no surgen sin motivo.

La señora Lane sollozó:

—Nada... No lo sé. Cuando salimos había un hombre apoyado en su *riksha*... Un pordiosero. Guillermo le empujó con el pie. No es que le pegara... Y la gente salió de todas las puertas y se tiró a nosotros. ¡Ay, Enrique! Quisiera que nos fuésemos... todos.

Él procuró calmarla mientras ordenaba a Wang que preparase té.

—Elena —dijo—, estoy de acuerdo con que te vayas. Las gentes son muy especiales... Pero no vuelvas a salir, querida, porque podría haber un incidente auténtico.

—¡Fue un incidente! —insistió ella—. ¡Si vieses qué horribles caras tenían! Pero ¿dónde está Guillermo? Enrique, has de encontrar a Guillermo. Le tiraron al suelo y si Lao Li no le hubiese ayudado, le habrían golpeado hasta matarle.

—Vete a la sala y tómate el té —dijo Lane.

Estaba muy conturbado, pero no quería demostrarlo. A menudo había dicho a Guillermo que nunca tocarse a un chino. Los chinos consideraban una indignidad el ser pegados. Recordaba que un día de Año Nuevo, hallándose en la calle, adonde había llevado a los niños a ver las cosas, Guillermo, con la impaciencia de sus seis años, tiró de la coleta de un señor alto que estaba ante ellos y que se volvió hecho una furia. El doctor Lane se vio obligado a excusarse repetidas veces y sólo la poca edad de Guillermo impidió otras complicaciones.

Buscó a Guillermo y le encontró en el piso superior, cambiándose de ropa. En la frente se había puesto gasa y esparadrapo.

—¿Te has desinfectado ese corte? —preguntó el doctor Lane.

—Por completo, padre —repuso Guillermo.

El doctor Lane notó que el joven tenía aún el rostro blanco.

—Más vale —le dijo— que bajes y tomes el té con tu madre. Pareces bastante impresionado.

—Un poco, sí.

—Nunca toques a un chino. ¿Lo recuerdas? —dijo Lane con severidad insólita.

—Era un pordiosero apoyado en una *riksha*.

—No importa lo que fuese ni lo que hiciera. ¡Nunca toques a un chino! —insistió, con voz más fuerte, Lane.

—Sí, padre.

Y, volviéndose de espaldas, Guillermo empezó a anudarse una corbata limpia. Le temblaban las manos y procuraba que el doctor no lo advirtiese. ¡Aquellas ignorantes gentes bajas que se habían lanzado contra él y ni siquiera conocían su nombre! Él, americano y blanco, hijo del privilegiado, atacado por gentes pobres y sucias... Nunca volvería a sentirse seguro. Quería irse de Pekín, de China, de aquellas hordas...

—Podrían haberte matado —dijo su padre.

Guillermo no lo negó. Era verdad. Podía haber sido aplastado por puercos y viles pies. Lao Li le había levantado, escudándole hasta llevarle a la *riksha* donde estaba su madre. Los dos se habían amilanado allí mientras Lao Li, inclinando la cabeza, se abría camino entre la multitud. Guillermo había contemplado el enfurecido gentío apretándose contra las ruedas. Nunca olvidaría aquellas caras, nunca mientras viviese...

A la semana siguiente, con su madre y hermanas, partió de Pekín.

Llegaba la primavera septentrional. Las tormentas de polvo se aplacaron, reverdecieron los sauces y florecieron los melocotoneros. La fiesta de la Clara Primavera se observó con la usual libertad y alegría. Las gentes circulaban a lo largo de las calles, llevando los hombres jaulas de pájaros y las mujeres sus niños, y en las puertas de las casas colgaban, entrelazadas, ramas de sauce verde y de melocotonero encarnado. La corte imperial hizo muchos festejos y la anciana emperatriz ordenó especiales representaciones escénicas. Exteriormente, la ciudad mostraba tanta calma y estabilidad como había tenido durante cientos de años, y, sin embargo, todos los chinos adultos sabían que no era así.

La emperatriz había expresado sus sentimientos en diciembre, cuando dos misioneros alemanes fueron muertos en la provincia de Chantung. Los gobiernos extranjeros habían exigido que el gobernador, Yu Hsien, fuera destituido. A través de eunucos y sirvientes, las nuevas de lo que pasaba en palacio corrieron por la ciudad. Todos supieron que la vieja Buddha, como llamaban a la emperatriz, había rehusado al principio relevar a Yu Hsien. Sus ministros la habían rodeado hablándole del calibre de los cañones extranjeros y del número de soldados que guardaban las legaciones. Ella no creía que los extranjeros pudieran imponerse, pero la convencieron sus ministros. Mas cuando depuso a Yu Hsien y en su lugar nombró a Yuan Shih Kai, como le recomendaban sus ministros, confió la gran provincia interior de Shansi a Yu Hsien. En su rabia le había ascendido y la gente reía, con admiración.

—Nuestra vieja Buddha —decíanse unos a otros— siempre se sale con la suya. Es una mujer de una vez y una gran gobernante.

Y, aunque la odiaban, se sentían orgullosos de ella.

Nunca había sido más bella la primavera. Los americanos de la ciudad se sentían alegres por el calor del sol, el florecimiento de los árboles frutales, la amabilidad de las gentes en las calles. Las guardias enviadas el año antes para reforzar las legaciones fueron retiradas. El gobierno chino había pagado una indemnización por el asesinato de los misioneros. Shansi quedaba tan lejos que aquel Yu Hsien, aunque siguiera siendo gobernador, parecía estar desterrado, y la vida en las anchas calles de Pekín continuaba como de costumbre.

Sin embargo, los cónsules habían advertido a todos los occidentales que se mantuvieran apartados de las calles durante las fiestas, para impedir alguna pendencia que produjese nuevas complicaciones. Pero el día transcurrió en paz y, por la tarde, los extranjeros, saliendo de sus moradas, estuvieron paseando. Por la mañana los campesinos habían llevado a la ciudad ramos verdes, nabos, raíces, ajos y cebollas de sus campos, y la gente, harta del pan y las batatas del invierno, comía aquello para renovarse la sangre. Los centenares de pobres que no podían comprar comida, salían de la ciudad para coger clavo silvestre y bolsa de pastor, que extendían sobre sus trozos de pan cocido. Los niños descalzos jugaban al sol junto a sus madres.

Clem Miller, en su paseo cotidiano, no advirtió en las calles novedad alguna. Desde el día en que Guillermo Lane interrumpió su pelea, no había hablado con ningún blanco, fuera de los de su familia. Sabía, empero, que su padre estaba disgustado y desasosegado, pues en realidad siempre tenía la preocupación de que la comida escaseaba, aunque procuraba negárselo a sí mismo para evitar que Dios, a quien creía bondadoso, se enojara con el descreimiento de Pablo Miller y negara el sustento a quienes dependían de él.

Clem no poseía ninguna experiencia directa de Dios. Oraba, como le habían enseñado, noche y mañana, y a veces febrilmente a otras horas, por si ello podía contribuir a que no faltara la comida y se pagase al casero; pero no estaba seguro de que semejantes dádivas se debieran a Dios. Preguntábase si también su padre estaría inseguro y ello motivaría su inquietud. Amaba a su padre, le veía algo pueril y no reclamaba más pruebas de fe, limitándose a procurar comer menos en casa. Le era fácil manifestar que no se sentía hambriento, y se atiborraba de los dulces que siempre había sobre la mesa cuando daba lecciones al hijo del señor Fong.

Porque Fong, observando el flaco cuerpo y las hundidas mejillas del hijo de Pablo Miller, tenía piedad de él. Había dicho a la madre de sus hijos:

—¿Has visto cómo despacha los dulces ese joven extranjero? No come en su casa lo suficiente. Mañana ponle en el plato un poco de carne y huevos cocidos y pelados.

La señora Fong era budista y no comía carne ni huevos; pero, como pensaba que los extranjeros no irían al cielo en caso alguno y, en cambio, ella podía hacer méritos para su alma alimentando a quien con nada iba a pagarle, obedeció a su marido. De

manera que, todos los días, Clem encontraba algo sólido que comer, y su discípulo Yusan, aconsejado por su padre, le instaba a que yantase. Clem lo hacía pensando que acaso aquello fuera provisión de Dios. Claro que era difícil pensar que Dios se valiera de paganos para prodigar sus mercedes. Confuso, creía y no creía, pero, entretanto, su cuerpo, en pleno desarrollo, hubiera padecido de no tener aquellos alimentos.

Nadie le hablaba de la emperatriz ni de sus antojos, ni de las exigencias que a la sazón formulaban Italia y Alemania. De Italia no sabía otra cosa sino que de ella procedía Cristóbal Colón. Tampoco le hablaba nadie de los barcos alemanes, ingleses y franceses que humeaban en los puertos chinos. Su mundo estaba en el polvo de Pekín y cuando soñaba con algo, era con una granja situada en un lugar llamado Pensilvania. No sabía lo grande que Pensilvania pudiera ser, y sólo le constaba que era algo más que una ciudad. Siendo muy pequeño había aprendido a no preguntar por aquello a sus padres, porque los entristecía y a veces su madre lloraba.

Terminaron las fiestas. Un día de primavera seguía a otro y a mayo siguió junio. La gente comía grandes albaricoques amarillos y una mañana la señora Fong puso un plato de ellos en la mesa.

—Come, hermanito —dijo a Clem—. Limpian la sangre.

Él comió y, contra su sentido de la corrección, escondió dos albaricoques en el bolsillo para dárselos a sus hermanas cuando llegase a casa. Hizo que los tomasen en secreto para impedir que su padre descubriese en Fong un nuevo manantial de vituallas y fuese a pedírselas en nombre de Dios. Desde que oyó la voz despreciativa de Guillermo Lane, Clem no podía soportar la idea de que su progenitor pidiera comida a los chinos. Mas cuando vio el ansia con que sus hermanitas asieron las frutas, no pudo, al día siguiente, refrenarse, y escondió en sus bolsillos varios bollos y después dos trozos de carne. Su despierta conciencia le decía que aquello era un hurto. ¿Valía más robar que pedir? ¿No obraba él peor que su padre?

«Al menos, no cojo la comida en nombre de Dios», se dijo.

Y continuó cogiéndola.

Pero su culpa le hizo sentirse desasosegado un día que el señor Fong entró en el cuarto soleado, de suelo de ladrillos. Fong, sentándose, se alzó sobre sus rodillas su raída túnica de seda. Era un hombre alto, natural de la ciudad, con una cabeza ovalada. Como hacía calor se había quitado su gorro negro. Estaba recién afeitado, con la coleta peinada y enlazada con un cordón de seda negra.

Mirando a Clem comenzó:

—Tengo que decirte una cosa, hermanito.

—¿Qué es, hermano mayor? —preguntó Clem, con gran susto.

—Mientras yo hablo, come —dijo amablemente el señor Fong.

Y, dando una palmada, miró a su hijo con cariñosos ojos.

—Yusan —dijo—, sal a jugar.

Yusan, complacido de verse en libertad, metió su libro dentro de una cuadrada bolsa de algodón azul, la guardó en un cajón y salió del cuarto.



—Bebe té —dijo el señor Fong a Clem—. Lo que voy a hablarte no quiere indicar que me encuentre enfadado.

Aquellas palabras quitaron a Clem las ganas de comer y beber. ¿Qué haría si el amable señor Fong le ordenaba que no volviese? Se habrían acabado los libros y los víveres.

El señor Fong, levantándose, cerró la puerta y colocó la tranca de madera. Luego, sentándose muy cerca de Clem, le habló al oído.

—La anciana emperatriz —dijo— va a mandar que todos los extranjeros salgan de la ciudad... y del país.

Aquellas eran las palabras más horrorosas que Clem había oído jamás.

—¿Por qué? —exclamó boquiabierto.

—¡Oh...! ¿No sabes nada? ¿No te lo ha dicho tu padre? Tenéis que iros, o...

Y el señor Fong se pasó expresivamente la mano por la garganta.

—Pero ¿qué han hecho los extranjeros? —preguntó Clem.

Ni por un momento se le ocurrió que también él era extranjero. Por eso no empleó la palabra «nosotros».

Que sus padres eran extranjeros, bien lo sabía. Extranjeros incluso para él, todas cuyas memorias se vinculaban con la tierra china. Pero ¿con qué dinero iban a huir? ¿Dónde podrían esconderse? ¿Quién osaría acogerlos? No creía que los orgullosos misioneros los albergasen, ni se atrevía a pedir a Fong que, ocultándolos, pusiera en peligro a su propia familia.

Sintió escalofríos y le temblaron las piernas.

El señor Fong tosió ligeramente, se acarició la afeitada barbilla y reanudó su gutural cuchicheo:

—Los gobiernos extranjeros, ¿comprendes?, están cortando nuestro país como un melón. Un trozo para los *Ying*, otro para los *teh*, otro para *I Ta lee*, y otro para los salvajes *ruh* del norte.

—Mis padres son americanos —recordó Clem.

Fong agitó rápidamente la cabeza.

—Conozco a los *mei*. No nos cortarán con un cuchillo, pero vendrán después de hechos los cortes y dirán: «Ya que os habéis dejado cortar, debéis darnos algún don». Verdad, verdad es que los *mei* son mejores. No aprueban que se nos taje, pero desean dádivas.

—Yo no había oído nada —murmuró Clem torpemente.

—No es tiempo de explicártelo todo —dijo el señor Fong—. Escucha esto solamente, hermanito. Vete a casa y dile a tus padres que debéis huir a Shanghai. Los tiempos son malos. Huid antes que os corten el camino. Tengo un pariente que trabaja en Palacio y temo que la cosa esté a punto de ocurrir.

—Mi padre no se irá —repuso Clem tristemente—. Cree en Dios.

—Ésta no es la ocasión propicia para creer en Dios —adujo Fong con tono persuasivo—. Di a tu padre que ante todo salve a su familia.

Se levantó abrió el cajón y, sacando la bolsa azul del libro de su hijo, la llenó de dulces y frutas.

—Llévate esto y recuerda que no te odio —dijo—. Si me atreviese, diría que trajeras a tu familia aquí. Pero no valdría de nada y mi familia sería asesinada también. Ya hemos sido advertidos. No vuelvas, hermanito.

E hizo salir a Clem por una puertecilla trasera. Clem se encontró en un pasadizo urbano. En la calle parecía imposible creer en él sino que pendía sobre la ciudad. Era una mañana suave, como de verano. La gente de la ciudad se había levantado y lavado, había comido y puesto la cara de siempre. Como de costumbre, Clem se había levantado temprano, antes de que las tiendas abriesen, porque el señor Fong creía que el cerebro humano está más activo a la aurora. Generalmente, cuando Clem salía cruzábase con filas de escolares que, con ojos soñolientos, iban al colegio, llevando sus libros en las azules bolsas de algodón, pero recordaba que aquella mañana no había encontrado ninguno, lo que le había hecho creer que madrugaba en exceso.

A la sazón, apresurándose en su camino, comprendía que a tal hora las escuelas ya debían estar abiertas, pero no se veían estudiantes. Y también debían estar abiertas las tiendas, mas no lo estaban, aunque el sol se hallaba alto ya. Las calles que recorrió hacia su casa parecían extrañamente silenciosas. Y antes de que llegara, como a una señal que él no percibió, la ciudad cobró animación y bullicio, pero de un género insólito y terrible. Los buenos permanecían en sus moradas y los malos salían. Clem, pegándose a los muros y escondiéndose en las puertas oyó un bestial griterío, un feroz clamoreo cerca del barrio donde estaban las legaciones extranjeras. Allí vivían también los misioneros ricos, los príncipes de la iglesia.

Se apresuró hacia su domicilio. Quizás allí, entre las casas de los pobres, estuviesen más a salvo. Tal vez Dios, a fin de cuentas, acogiese a aquellos que llevaban una cruz.

En el mismo momento el señor Fong miraba a ambos lados de la calle. Vio que aquel día era distinto de otros y comprendió por qué. Su primo, al visitarle a media noche, le había dicho lo que pasaba en Palacio. Indudablemente, la mitad de la población estaba ya enterada. Muchas familias tenían parientes en Palacio, como criadas, damas de la corte, eunucos que ocupaban cargos variables, desde cocinero a ministro, y todos ellos difundían entre los moradores ajenos a la Ciudad Prohibida cuanto sucedía en ésta. El pueblo nunca ignoraba nada respecto a sus gobernantes.

El señor Fong, recordando las agitadas horas de la noche anterior, decidió cerrar la tienda durante el día. Ocurriera lo que ocurriera, no deseaba darse por enterado. Era bravo, pero no temerario. Sabía que la vieja había de perder, pero que obraría con desesperada arrogancia antes de darse por enterada de que había perdido.

El señor Fong había leído mucho respecto a la ciencia occidental. Le constaba que los boxers no sobrevivirían a las balas de hierro. Mas costaría tiempo demostrarlo. La vieja era tan obstinada que habría de ver las tropas extranjeras atravesando la ciudad y aún no lo creería.

Suspirando en la oscuridad de su tienda, Fong se alegró de haber comprado mijo y trigo para dos meses. En el patio, su mujer tenía doce gallinas y él había plantado, junto al gallinero, unas cuantas coles. No morirían de hambre.

Pero no se sentía con bastantes arrestos para hablar a su familia antes que transcurrieran una hora o dos. Quería estar solo y, como pretexto, tomó sus libros de cuentas, destapó sus tinteros y preparó sus pinceles. Su mujer nunca le importunaba cuando le veía pensando en asuntos de dinero. Mas en lo que entonces meditaba Fong era en lo que le había dicho su primo, el cual afirmaba que la ciudad estaba llena de boxers. Éstos eran lo bastante atrevidos para entrar por todas las puertas. No sentían el menor temor desde que el príncipe Tuan había convencido a la emperatriz para que los dejara entrar y pudieran exhibir ante ella sus poderes mágicos.

—¿Acaso son magos? —había preguntado ansiosamente a su primo el señor Fong, cuya cabeza no estaba tan despejada a media noche como durante el día.

—Son de carne y hueso —había replicado despectivamente su primo.

Éste no era más que un oficinista de palacio, pero poseía buen sentido y cultura. Continuó explicando que el nueve de aquel mes, al volver la emperatriz del Palacio de Verano, algunos boxers habían ido al campo de carreras, tres millas al oeste de Pekín, donde, encendiendo una hoguera, quemaron vivo a un chino cristiano. Y en palacio la emperatriz afirmaba a sus ministros que iba a expulsar del país a los extranjeros.

El día once, dijo el primo, el canciller de la legación japonesa fue asesinado extramuros de la ciudad. Había ido a la estación del ferrocarril, acaso para saber cuándo saldrían los trenes de nuevo. Porque no circulaba ninguno.

Y tras esto el primo había partido, con aire sombrío.

El señor Fong pasó otra hora sobre sus cifras, y luego guardó sus libros en el cajón. Dirigióse a los patios interiores, donde su familia esperaba. Todos estaban muy quietos, excepto la señora Fong, que preparaba la comida del mediodía.

—Desde ahora —ordenó él—, pon más agua en el mijo. Tomaremos sopa en vez de potaje.

—Con tal de salir con vida... —suspiró ella.

Él no respondió. Como nada tenía que hacer, fuese a su estancia y abrió el Libro de los Cambios, en el que, según solía él decir, todo estaba previsto si se sabía leerlo con acierto.

Después de comer en silencio, mandó que nadie de su familia saliese a la calle y encargó a los niños que jugaran sin hacer ruido en el más interior de los patios. Se fue al lecho para dormir por la tarde. Nada podía hacer, dijo a su mujer, y convenía reservar fuerzas para los días sucesivos. No se levantó más que para cenar, al oscurecer, y volvió a acostarse.

A medianoche despertó de pronto, al oír a su mujer lanzar alaridos.

—¡Fong! —gritaba—. ¡Fong, despierta!

Estaba él tan profundamente dormido, que le costó un par de minutos entender.

—¿Qué pasa? —rezongó.

—¡La ciudad está ardiendo! —respondió ella.

Él, despertando del todo, se puso las zapatillas para impedir que le mordiese algún ciempiés, y, saliendo al patio, miró. El cielo estaba enrojecido y la noche tan clara como el día.

Los niños, despiertos ya, lloraban ruidosamente. Se volvió a ellos.

—¡A callar! ¿Queréis que piensen los vecinos que estamos llorando por los extranjeros?

Todos enmudecieron instantáneamente. Y Fong, dirigiéndose al despacho, abrió un par de pulgadas la tienda y miró a la calle.

Una veintena de incendios alumbraban el cielo. Comprendió lo que ocurría. Las casas e iglesias de los cristianos estaban ardiendo. Cerró la puerta otra vez y volvió con su familia. En el cuarto principal todos se hacinaban.

—Todos a la cama —les dijo—. Afortunadamente, no somos cristianos y sobreviviremos.

Clem, tras un momento de indecisión, despertó a su padre. Los incendios no estaban próximos al barrio en que vivían ellos. Casi todos ardían en la parte mejor de la ciudad, cerca del distrito de las legaciones. Desde que Fong le avisó, Clem no había salido a la calle. Tampoco había salido su padre, salvo de noche, para pedir, según Clem suponía, en casa de algún misionero, porque volvió con tres hogazas de pan extranjero y algo de conservas. Un bote contenía manteca australiana. Clem no había probado nunca la manteca. Aquella noche comieron rebanadas de pan con manteca amarilla y Clem la saboreó golosamente,

—Nosotros hacíamos manteca en la finca —dijo de pronto su padre.

La rota voz de la madre de Clem le interrumpió:

—Por favor, Pablo: no hablemos de la finca.

Clem se acostó tan pronto como concluyeron las plegarias nocturnas. Le despertaron los incendios, que iluminaban el cuartito de en medio, donde dormía en un lecho que de día era diván. Salió al patio y luego, temerosamente, miró la calle. Nadie había cerca, pero se apresuró a cerrar la puerta. Y, sintiéndose asustado y solo, despertó a su padre.

Éste abrió los ojos en seguida, comprendiéndolo todo, pero sin hablar.

—Hay fuegos en la ciudad —cuchicheó Clem.

Su padre salió descalzo, únicamente vestido con su ropa interior, y ambos miraron al cielo.

—No digas nada a tu madre ni a las niñas —musitó Pablo—. Es un espectáculo terrible: el juicio de Dios. Voy a salir. Hay gente que sufre. Tú quédate.

—Papá —cuchicheó Clem—, no salgas. Si algo te ocurre, ¿cómo lo sabría?

—Nada ocurrirá —dijo su padre—. Ahora rezaremos, en cuanto me vista.

Pablo Miller volvió inmediatamente, llevando ya su andrajoso traje de algodón.

—De rodillas, querido hijo —murmuró con el mismo apagado tono.

Por una vez Clem se arrodilló de buen grado. Estaban desvalidos. Si alguna vez podía Dios salvarlos, era ésta.

—Dios, que todo lo oyes —dijo su padre—, ya sabes lo que pasa en la ciudad. Creo que debo ir a cuidar de tus cosas y las mías. Probablemente habrá mucha gente sufriendo y debemos ayudarla. El fuego hace padecer, como sabes. Protege a los míos mientras estoy fuera, y principalmente a mi querido hijo.

Detúvose, y con su firme voz usual añadió:

—Hágase tu voluntad, Señor, así en la tierra como en el cielo, y bendito sea tu santo nombre. Amén.

Se incorporaron. Pablo estrechó fuertemente la mano de Clem y salió.

Casi alboreaba cuando Clem, insomne sobre las tablas de su lecho, oyó las pisadas de su padre en el umbral. Sentándose en la cama vio al misionero empapado de sudor y negro de humo.

—Tengo que limpiarme antes que tu madre me vea —dijo su padre—. Ponme agua en la palangana y jabón, si lo tenemos. Me lavaré en el patio. ¿Ha despertado tu madre?

—No —dijo Clem.

Y se levantó. Yendo al pozo del patinillo, hizo bajar el cubo de madera. Encima de una viga, escondido, había un trozo de su propio jabón, procedente de una barra que su madre le había dado por Navidad. Permaneció junto a su padre mientras éste se desnudaba y lavaba.

—Los boxers están en la ciudad —dijo el misionero en voz baja—. La emperatriz nos ha abandonado. Estamos en manos de Dios. Ha empezado la persecución de los cristianos.

—¿Y los demás extranjeros? —preguntó Clem.

Por primera vez advertía que debía ponerse al lado de los que le habían rechazado. Aquel orgulloso Guillermo Lane...

—He ido a casa del hermano Lane —dijo su padre—. Es el más amable de todos. Me dio la comida que he traído y algún dinero. Es hombre de tierno corazón. Está solo en su casa, porque ha enviado su familia a Shanghai. Partieron antes de que se interrumpiera el servicio ferroviario. Lane ha tenido refugiados algunos cristianos chinos, pero están abandonándole. Se creen más seguros entre sus compatriotas.

Clem se sintió realmente asustado. Si los ferrocarriles estaban interrumpidos, Pekín quedaba aislado.

Su padre le miró con ternura.

—¿Tienes miedo, Clem? No lo tengas, hijo. El Señor es la fuerza de nuestras vidas. ¿A quién hemos de temer?

Clem no contestó. Se hallaban solos, entre enemigos. Elevó hacia el cielo, en el que el humo y el sol combatían, una iracunda plegaria.

Volvióse, entró en la casa y vio a sus hermanas hablar, en tono suave, de su

muñeca de barro. Su madre dormía aún.

El señor Fong conocía cotidianamente cuanto pasaba en Palacio. Su primo iba por la noche para decirle lo que hacía la emperatriz, a quien ahora llamaba el Viejo Demonio.

—Hay grandes altercados —declaró a Fong en las profundidades de la noche.

Los dos hombres estaban en la tienda, a oscuras. El primo no permitía que encendiera luces ni quería que la esposa de Fong estuviera presente. Su odio a la emperatriz se había hecho tan violento, que no confiaba en mujer alguna. Pero sus sentimientos familiares le obligaban a advertir a su pariente cuanto ocurría, para que los Fong vivieran seguros.

El señor Fong no osaba hablar a su primo de su auténtico peligro, que era Clem. Los vecinos habían visto al muchacho extranjero acudir día tras día a la casa.

—Sigue —dijo Fong a su primo.

—El príncipe Ching ha sido destituido. Era el único razonable. La emperatriz lo ha remplazado con ese cabezota que es el príncipe Tuan y otros que no saben nada de nada. Así prepara su unión con los locos boxers.

El 16 de aquel mes, el primo manifestó que la emperatriz había llamado a consejo a sus parientes de la tribu manchú a que pertenecía y a los representantes de los chinos que gobernaba. Habló de los males que los extranjeros venían causando y dijo que los manchúes deseaban la guerra.

Y el primo cuchicheó:

—Pero se llevó un chasco, porque incluso entre los manchúes, Natsum, hombre sesudo, le dijo que ella no podía pelear contra todo el mundo. Hsu Ching Chen, un chino, le respaldó. También el joven emperador pidió a la emperatriz que no arruinara al país. Y hubo gran disputa. El príncipe Tuan defendió a los boxers, aunque el príncipe Su habló lo contrario, diciendo que era locura creer que esos ignorantes no pueden ser deshechos a tiros.

El 18, el primo dijo a Fong que la emperatriz había visto a los boxers exhibir sus proezas, y resuelto unirse a ellos.

—Cuando el joven emperador la oyó declarar eso —dijo el primo— empezó a llorar fuertemente y salió del cuarto. Ya es tarde para tener esperanza. Prepárate, hermano mayor, y prepara a nuestra familia para lo que pueda ocurrir, porque estamos perdidos. Los fuertes de Tientsin han sido tomados ya por las tropas extranjeras, pero los nuestros no lo saben. Ni tampoco los extranjeros residentes en la ciudad, que ignoran que los ejércitos de sus países vienen a socorrerlos. Y el Viejo Demonio pone fe en esos monstruos de los boxers. Mañana, antes que los extranjeros tengan noticia de la toma de los fuertes y del avance de sus tropas, la emperatriz les ordenará que salgan de la ciudad. Pero ¿cómo pueden marchar, si son centenares y tienen mujeres e hijos? No se irán, y entonces los boxers procurarán matarlos a todos. Y ello hará que nuestro pueblo sea cruelmente castigado cuando las fuerzas

extranjerías lleguen a la ciudad. ¡Prepárate, prepárate, hermano mayor!

El 20 de aquel mes, Clem fue despertado por su madre muy de mañana. Abriendo los ojos, vio que ella tenía un dedo sobre los labios. Levantándose la siguió al patio. Había ocasiones en que, estando con sus padres, parecíale no tener vida propia. Cada uno le hacía guardar secretos al otro y cada uno procuraba sostener solo la carga o el peligro. Aunque no solo, sino con la ayuda de Clem.

—Querido Clem... —empezó su madre con voz afectuosa.

Tenía en el amanecer un aspecto pálido, fantasmal. Clem advirtió lo que hasta entonces no había observado claramente y era que ella iba derrumbándose bajo el peso de la continua espera de la muerte.

—¿Qué, mamá?

—No nos queda nada que comer, Clem, y no me atrevo a decírselo a papá.

—¿Se ha acabado todo el pan, mamá?

—Sí, y todas las latas. Tengo un poco de harina, que mezclaré con agua esta mañana, y nada más.

Clem sabía lo que ella deseaba y no se atrevía a pedirle. Se adelantó.

—Saldré y procuraré encontrar algo, mamá.

—Temo mucho que te pase algo, Clem, pero si no lo haces tú lo hará papá, y a ti te será más fácil deslizarte por los sitios sin que te noten. Es posible que él se parara a rezar.

—Yo no lo haré —repuso él, adusto.

—Ponte tus ropas chinas.

—Más vale que no salga hasta después del desayuno, para que papá no lo note.

—Es verdad. Después del desayuno, mientras él lee la Biblia.

—Sí.

Los dulces ojos de su madre se fijaban en el muchacho, anhelosa de tristeza.

—¡Ay, Clem, perdóname!

—Nada hay que perdonar. La culpa, mamá, no es tuya.

Vio las lágrimas afluir a los ojos de la mujer y con cariño e impaciencia procuró atajarlas.

—No llores, mamá. Me es insoportable.

Volvióse, sintiéndose culpable de su ira, pero protegiéndose con ella.

Permaneció silencioso durante la parva colación y nada dijo cuando su padre oró más de lo acostumbrado. La comida estaba caliente. No tenían combustible, pero él arrancó unos listones de una pared. Su casero no solía acercarse por entonces. Y todavía le estaban agradecidos de que no los echara al arroyo.

Después de comer, Clem esperó a que su padre pasara al cuarto interior y se vistió sus andrajosas ropas chinas de algodón azul, procurando que las niñas no le vieran salir. Y, sin despedirse de su madre, cuando la vio entrar en la cocina saltó la tapia para no tener que dejar la puerta abierta, y se deslizó por una calleja.

¿Adónde podía ir en busca de víveres en aquella vasta ciudad enemiga? A casa del señor Fong no se atrevía. Sólo quedaba la del doctor Lane. Antes les había dado comida y volvería a dársela, y a Clem no le importaba ir, puesto que Guillermo no estaba allí.

Por callejas y vías apartadas se acercó a casa de Lane. Ninguna de las residencias misionales estaban en el barrio de las legaciones, pero aquélla quedaba más cerca que ninguna.

Cuando llegó encontró la verja cerrada. Llamó con el puño. Abrióse sobre él un ventanillo y asomó la cara del portero. Viendo al muchacho extranjero, el hombre descorrió el cerrojo y le dejó pasar.

—¿Está en casa el maestro? —preguntó Clem, una vez dentro.

—Siempre está en casa ahora —respondió el otro—. ¿Qué quieres?

—Pedirle una cosa.

En otros tiempos el portero le hubiera rechazado y Clem lo sabía; pero en aquel trance no negaba nada a un blanco. Los extranjeros estaban en terrible peligro y él mismo hacía mal quedándose allí; no obstante, no se iba. No tenía hijos ni mujer, y no arriesgaba más que su propia vida, lo que no valía gran cosa.

Precedió a Clem hacia la amplia casa cuadrada y llamó a la puerta.

La abrió el propio Lane, que se sorprendió al ver a un muchacho extranjero.

—¿Te conozco? —preguntó.

—No lo creo —respondió Miller—. Pero yo a usted, sí. Soy Clem Miller.

—¡Ah, sí! —dijo el doctor Lane vagamente—. Conozco a tu padre. Pero no debías andar por las calles. Entra.

—Mi padre no sabe que he venido —repuso Clem, parándose.

La casa estaba fría y desolada.

—He mandado a mi familia a Shanghai —dijo el doctor Lane—. Estoy aquí como en campaña. Siéntate. ¿Conoces a mi hijo Guillermo?

—Le he visto —repuso Clem con cautela, sentándose al borde de una silla labrada.

Lane continuó mirándole con sus tristes ojos oscuros. Su rostro era bondadoso, mas no parecía escuchar.

—¿A qué has venido? —preguntó con suave voz.

—En casa no tenemos que comer —dijo Clem sencillamente.

La sangre afluyó a su pálido rostro.

—Sé que otras veces nos ha ayudado usted, doctor Lane. No habría venido si supiera otro sitio donde ir...

—Muy bien —dijo el doctor Lane—. Yo, con mucho gusto...

Clem le interrumpió:

—Otra cosa, doctor Lane. No considero que el pedirle a usted vituallas sea porque Dios lo provee así. Me consta que no. En esto no pienso como mi padre. Para mí no pediría. Pero mi madre y mis dos hermanas...



—Nada, nada —dijo Lane—. Tengo más víveres de los que necesito. Dispongo de muchas latas de conservas, porque recibimos un envío poco antes de ser cortado el ferrocarril de Tientsin.

La casa estaba polvorienta, y la cocina vacía. Lane parecía desorientado.

—No sé dónde están las cosas. El cocinero me abandonó ayer. Fue el último, y no le censuro. Es muy peligroso estar aquí.

—¿Por qué no se fue usted con Guillermo? —preguntó Clem.

Lane buscaba aún.

—Aquí hay un cesto. No me fui pensando en mis feligreses. Los cristianos chinos están atravesando una dura prueba. No puedo hacer mucho por ellos, no siento quedarme. Aquí hay botes de leche y algo de carne, y jamón en lata, me parece...

Llenó el cesto y lo cubrió con un paño de cocina.

—Más vale que no exhibas las latas. Podrían tentar a alguien. Quisiera mandarte a tu casa en la *riksha*, pero el conductor se ha despedido. Era un hombre fiel, Lao Li de nombre. Sólo se ha quedado el portero.

Se dirigió a la puerta.

—Vete a casa tan de prisa como puedas. Di a tu padre que, si ocurre algo grave, debe traeros al barrio de las legaciones. Tenemos que estar juntos. Supongo que nuestros gobiernos enviarán soldados para salvarnos. Quizás estén ya en camino.

—Temo que mi padre no quiera ir a la legación —dijo Clem.

No explicó que su padre consideraría tal cosa como una total ausencia de fe. Podría molestar a Lane.

Pero Lane comprendió.

—¡Ah! —dijo—. Tener tal fe requiere un valor mayor que el mío. Por mí, lo tendría. Por mi hijo, no.

Ya estaban a la puerta. El anciano portero esperaba.

—Adiós —dijo Lane.

—Adiós, señor.

El portero, mirando el cesto, entró en su habitación, sacó unos zapatos viejos y los puso sobre el paño, explicando:

—Así parecerán cosas viejas. Si no, te robarían.

La verja se cerró y Clem quedó solo en la calle, con el pesado cesto al brazo. Era media mañana y el sol principiaba a calentar. Había por allí unos cuantos hombres, todos soldados, vistiendo el holgado uniforme, de brillantes colores, de las tropas del palacio imperial.

Clem procuró pasar inadvertido y así esperaba que sucediera, porque el oficial que mandaba la tropa reía y bromeaba y no reparó en él. Todos miraban un fusil extranjero que el oficial tenía. Mas luego, viendo al muchacho, se acercaron.

Echó a correr. Otro día y en otro momento habría obrado con más sentido parándose a hablar con ellos en su propio idioma. Pero a la sazón sólo deseaba esconder a todos su rostro blanco y sus claros ojos de extranjero.

Por callejas apartadas llegó a la calle Hatamen, que era el límite oriental de las legaciones. Quizá pudiera franquear la puerta de la legación. En aquel momento topó con dos sillas sedán, conducidas por portadores. En las sillas había dos arrogantes, severas barbas extranjeras que nunca había visto. Antes de que pudiera escabullirse por otra calleja quedó cogido entre los dos vehículos extranjeros y los soldados. Éstos obstruyeron la calle para que los de las sillas no pudieran seguir.

Las cortinillas de la primera se levantaron y el extranjero, sacando la cabeza, gritó fieramente a los soldados:

—¡Fuera de ahí! Soy Von Ketteler, el embajador alemán, y voy a una audiencia con la emperatriz.

Abrióse el segundo sedán y hubo un gutural advertencia. Pero tardía. El oficial chino, alzando el fusil, apuntó al alemán. Clem vio el salivazo de fuego y el embajador se desplomó, muerto. Clem, deslizándose tras el sedán, con su cesta al brazo, huyó de aquel lugar terrible.

Corrió a través de calles llenas de gente. Era imposible escapar. Manos que se adelantaban arrancaron la cubierta de la cesta, revelando su contenido. Sucios dedos asieron las latas, se disputaron el cesto y al fin aferraron a Clem.

—¡Un extranjero, un diablo extranjero! —Oyó vociferar.

Deslizóse entre sus perseguidores y se abrió camino a la fuerza, aumentada su agilidad por el terror. Escondióse en una puerta abierta, mirando a un lado y a otro, hasta que, viendo el rostro de una vieja que le contemplaba desde una ventana, volvió a emprender la carrera. Se acercaba a su casa y la multitud iba en sentido opuesto, para ver al alemán asesinado. Por un momento Clem estaba a salvo, mas ¿qué podía hacer sin comida?

Comenzó a sollozar, pero procuró reprimir sus sollozos, que, agitándole, le impedían correr. Cojeando y jadeando llegó a la pequeña puerta de su casa. Tuvo que llamar, porque estaba harto débil para escalar la tapia.

¡La puerta se hallaba abierta! Se detuvo, desconcertado, y vio algo brillante en el umbral, a sus pies. Era sangre, reluciente sangre que serpeaba entre el polvo. Un nuevo y más desesperado terror le abrumó. No acertaba a pensar. Cruzó la puerta y el reducido patio. La puerta, con celosías de papel, del cuarto central, oscilaba. La atravesó.

Y se detuvo. En el suelo, de tosco ladrillo, yacía su padre, descansando en su propia sangre, que fluía lentamente de un tremendo corte en la garganta. Tan tremendo, que la cabeza estaba medió separada del tronco. Tenía los brazos y las piernas abiertos. En su rostro inmóvil, exangüe, Clem percibió la usual sonrisa paterna, la bienvenida que daba a cuantos entraban en su casa, fuesen gente propia o ajena, y con que ahora recibía a su hijo. Bajo los párpados entornados, los azules ojos parecían mirar.

Clem, incapaz de llorar, quedó contemplando a su padre. Comprendía. Había visto a menudo la muerte. En invierno aparecían en las calles gentes heladas, como

mendigos, refugiados que venían huyendo del hambre, niños dementes, esclavos fugitivos, niñas recién nacidas a las que se abandonaba. Pero aquél era su padre...

Se ahogaba. No podía respirar. Guiso lanzar un grito. Fue conveniente que no lo consiguiera, porque en el silencio hubiera sido oído y quizás, entonces, hubieran vuelto los que habían partido ya. Saltando sobre los pies de su padre, corrió al cuarto contiguo, donde tenía su madre la cama. Y allí estaban su madre y sus dos hermanas. Se hallaban acurrucadas en el ancho lecho chino. Las niñas, aferradas a su madre, no se habían librado tampoco. La misma recia espada que cortara la garganta de Pablo Miller había segado las cabezas de las niñas. Sólo el largo cabello de la mujer escondía lo que le habían hecho y estaba empapado en sangre escarlata.

Clem permaneció atónito, seca la boca, los ojos saliéndosele de las órbitas. No podía gritar; no podía moverse. No había refugio al que le cupiera huir. En toda la ciudad, ¿qué sitio encontraría para esconderse? Por un instante pensó en Lane y en la seguridad de aquella casa de sólidas paredes. Pero no, no había allí seguridad alguna. La muerte podía albergarse también en aquellos suelos. Los de su raza no le salvarían.

Salió y corrió, como antes, a lo largo de los altos muros de las callejas y por solitarios pasadizos, esquivando las calles principales, volvió a casa del señor Fong.

En el cuarto central, detrás de la tienda, Fong estaba sentado y silencioso, con su mujer y sus hijos. Ya había corrido por la ciudad la noticia de que unos alemanes habían disparado a mansalva sobre unos inocentes chinos, y de que un bravo soldado chino tomó venganza del hecho matando a un alemán e hiriendo a otro. El señor Fong dudaba de la veracidad de la historia, pero no sabía cómo conocer la realidad.

—El viento sopla y la hierba ha de inclinarse —decía a su mujer. Hemos de permanecer silenciosos dentro de casa.

Turbábale el ánimo la idea de que su hijo sabía el inglés, lo que podía ocasionar su muerte. No sólo se mataba a los extranjeros. Aquel amanecer, en su primera audiencia, la vieja Buddha había ordenado que se matase también a cuantos habían practicado la religión extranjera o conocieran extranjeras lenguas.

Fong acababa de disputar con su mujer y ello acrecía las causas del silencio de la familia. La disputa, fundada en el terror de lo que ocurría en la ciudad, debióse al hecho de que el hijo mayor hubiera aprendido el inglés.

—Ya te advertí que no dejaras a nuestro Yusan aprender el idioma extranjero —había dicho en voz baja la esposa de Fong.

El sudor corría desde sus sienes a sus oídos. Aunque se daba aire con su abanico de hoja de palma, nada secaba su sudor aquel día.

—¿Quién iba a decir que la vieja emperatriz encerraría al joven emperador en la cárcel? —replicaba el señor Fong—. Hace dos años todo se inclinaba al progreso. Todo marchaba bien y, de seguir así, el joven emperador estaría ahora en el trono y en prisión la vieja.

—Los dioses no lo hubieran permitido —había contestado la señora Fong.

Nada irritaba tanto al señor Fong como oír hablar de los dioses. Leía, de los libros que vendía, tantos como le era posible, y entre ellos muchos tomos intelectuales revolucionarios u obras traducidas de lenguas extranjeras por ellos. Así conocía muchas cosas que ocultaba a su esposa, la cual no sabía leer. También, a través de su primo, conocía no poco de lo que pasaba en la Ciudad Prohibida. Hacía mucho que le constaba que cierta compañía de actores, pocos años antes, habían sido llamados desde Shanghai para dar unas representaciones en el palacio imperial. Entre los actores estaban los famosos intelectuales revolucionarios Liang Chi Chao y Tan Tzu Tung, que incurrieron en la culpa de informar al joven emperador de que los tiempos habían cambiado y los ferrocarriles, los hospitales y las escuelas eran buenas cosas. ¡Lástima que todos sus esfuerzos fallasen! Un cortesano en quien habían confiado, Yuan Shih Kai, fingiéndoles simpatía, los traicionó, delatándoles a Jung-lu, el eunuco mayor, quien lo comunicó a la emperatriz. Así ésta resultó al fin vencedora. Liang pudo escapar con Kang Yu Wei, preceptor del emperador, pero Tan fue muerto. Desde entonces el Viejo Demonio, como la llamaba el señor Fong en su fuero interno, había ido empeorando en su locura.

Era inútil decir todo esto a la esposa del señor Fong. Él oía su voz, quejándose todavía de él, aunque para sí misma, asustándose y preocupándose y temiendo algo más de lo oportuno. Al fin, él, con expresión recia, frunció las cejas y dijo:

—¡A callar, imbécil!

Su mujer empezó a llorar y los niños, no sabiendo qué partido tomar entre sus padres, hicieron coro a su madre.

En medio de aquel barullo que Fong, tras provocarlo, intentaba calmar, oyeron llamar repetidamente a la puerta trasera. Fong alzó la mano.

—Silencio —ordenó en un murmullo.

Instantáneamente callaron todos. Oían claramente ruido de puños en la puerta cerrada.

—Son dos manos nada más —decidió el señor Fong—. Por lo tanto abriré la puerta y veré qué es. Acaso un aviso de mi primo.

Levantóse y su esposa también, espoleada por su deber, así como los niños. Fueron juntos al estrecho patio posterior. Pulgada a pulgada el señor Fong fue retirando la tranca. Cuando esto empezó cesó la llamada y al fin Fong, abriendo un tanto la puerta, miró. Volvió la cabeza hacia su esposa.

—¡Es el hermanito extranjero! —cuchicheó.

—No le dejes entrar —exclamó ella—. Si le encuentran aquí, nos matarán.

El señor Fong, sin saber qué hacer, sostenía la puerta y contra su voluntad, oía la voz de Clem dándole horribles nuevas.

—¡Han matado a mi padre y a mi madre! ¡Han matado a mis hermanas! ¡Les han cortado la cabeza! Mi padre está muerto en el suelo con la garganta rajada. No tengo adonde ir.

A despecho de sí mismo, Fong abrió la puerta, dejó pasar a Clem y volvió a cerrar velozmente. El muchacho había vomitado y llevaba las ropas manchadas. A pesar del corto tiempo transcurrido, tenía la faz demacrada y hundidos los ojos.

—¿Qué haremos ahora? —dijo la esposa del señor Fong.

—¿Qué podemos hacer? —replicó él.

Se miraron los dos, meditando. Clem, incapaz de pensar, los contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Hemos de recordar que nuestros hijos... —dijo la señora Fong.

Pero era una mujer bondadosa, y al ver al muchacho y el estado en que se encontraba, deseaba limpiarlo y consolarle.

—¿Por qué mataron a tu familia? —preguntó Fong a Clem—. Tu padre era pobre y débil, pero un buen hombre.

—No sólo han matado a mi padre —dijo débilmente Clem—. También he visto matar a un alemán y herir a otro en una pierna.

—¿No dispararon los alemanes sobre la multitud? —inquirió Fong.

Clem movió la cabeza.

—No había multitud alguna. Sólo yo.

—¿Quién disparó?

—Un militar.

—¿Qué uniforme llevaba?

—El del palacio imperial.

Clem no mentía. Fong lo vio en la desesperada sinceridad del rostro del joven.

—La vieja emperatriz se ha vuelto loca —murmuró Fong entre dientes—. ¿Se puede hacer andar hacia atrás un reloj? ¿Vamos a volver a la época de nuestros antecesores mientras el mundo avanza? Esa mujer nos va a convertir en el hazmerreír de los pueblos. Enviarán soldados y cañones y nos exterminarán por haber escuchado a una loca sentada en un trono. ¡No me asustaré!

Y así diciendo, asió a Clem por el rasgado codo de su chaquetilla y le hizo entrar en la casa. Su familia le siguió.

—Quitadle los vestidos y dejadme que lo asee —dijo la mujer de Fong.

—Sí, y que vaya al cuarto de dentro y se acueste allí —añadió el señor Fong—. Al fin y al cabo somos una familia oscura. Creo que no tenemos enemigos. Si alguien pregunta por qué trajimos aquí a un joven extranjero para enseñar a nuestro hijo, responderé que porque el extranjero era un mendigo.

Y como mendigo entró Clem en el oscuro cuartito interior, y quitándose las ropas, se deslizó bajo la colcha a cuadros de la cama. Estaba rendido hasta los huesos. No lloraba ni contraía la boca. Hasta se le había secado la vejiga y no podía hacer aguas a pesar del malestar de sus riñones. Le picaban las palmas de las manos y las plantas de los pies. Torturado por todo aquello, comenzó a tiritar con glaciales escalofríos bajo el cobertor.

Clem estuvo escondido así durante no supo cuántos días. También ignoraba lo que sucedía en la ciudad. Ni el señor Fong ni nadie de su familia cruzaron una sola vez la puerta de la tienda. El primo se presentaba a veces a media noche y por él conocía Fong lo que pasaba. Así supo que el Viejo Demonio, en su ira, había dispuesto, el cuarto día después de la muerte del alemán, que todos los extranjeros del país fueran asesinados.

Hubo otros edictos. En uno, el séptimo día del séptimo mes, la «milicia boxer» fue encomiada y exhortada a ser leal, y se ordenó a los chinos cristianos que abjurasen si querían conservar la vida.

El señor Fong, que no era cristiano, sabía también que todos los extranjeros de la ciudad se habían refugiado en el barrio de las legaciones y que se libraba contra ellos una batalla. Oía continuos tiroteos, mas no osaba salir a ver lo que sucedía. En su corazón pensaba en la forma de enviar secretamente a Clem a la fortaleza de su raza, desembarazando su casa de tal peligro, pero no se le ocurría nada.

Ni siquiera a su primo confió la presencia de Clem en la casa, porque si se descubría que su pariente era en el fondo partidario del joven emperador, y por tanto enemigo de la emperatriz, el buen hombre sería preso y torturado y acaso para salvarse delatar a su primo, acusándole de encubrir a un extranjero. Así, el señor Fong no decía nada y lo escuchaba todo.

Para Clem eran iguales las noches y los días. La puerta de su cuartito interior estaba siempre cerrada y sólo se abría cuando la mujer de Fong le llevaba vituallas, o cuando el propio Fong iba a tomar el pulso del muchacho para comprobar si tenía fiebre. Clem yacía en una especie de estupor semiconsciente, negándose a recordar lo que había visto y no pensando ni sintiendo.

Y un día, a una hora que no conocía, advirtió que no podía reprimir el llanto. La fuerza concentrada en su cuerpo, hartado mozo para aceptar un sueño continuo, excitó su desganado ánimo y de repente le hizo ver en el fondo de su memoria el recuerdo de su familia muerta, degollada a estocadas. Y rompió en lágrimas. Su embotado espíritu volvió a la vida y el llanto afluyó. Las lágrimas se convirtieron en indomables sollozos. Oyéndolos, el señor Fong se precipitó hacia el cuarto. Clem se había incorporado y, sentado al borde de la cama, se oprimía el pecho con las manos.

—No es ocasión de llorar —cuchicheó el señor Fong—. Esperaba que reaccionaras. Eres demasiado joven para morir de pena.

Se acercó a un cofre apoyado en la pared, y sacó unos calzones y una blusa corta de algodón azul.

—Hace dos noches compré esto en una prendería —dijo—. La locura de la ciudad ha disminuido algo. Se dice que los ejércitos extranjeros están muy cerca. He preparado estas ropas para este momento. Te sentarán bien. Aquí hay calzado. Te teñiremos el cabello de negro. Vístete y come en abundancia de los guisos que la madre de mis hijos está aderezando. En un paquete metido en una cesta como la que

usan los muchachos campesinos, hemos colocado pan, pescado salado y legumbres secas.

Clem reprimió los sollozos.

—¿Qué debo hacer, hermano mayor? —interrogó.

—Abrirte camino hasta el mar y buscar allí un buque.

El señor Fong hablaba en un cuchicheo. Su tersa faz, usualmente tan llena, había adelgazado y sus ojos aparecían hundidos bajo sus cejas rígidas y escasas. Llevaba días sin afeitarse, le cubría la cabeza una maraña de pelo y tenía la coleta en desorden.

—Escúchame, hermanito. Todos los de tu raza que no han muerto están encerrados tras los muros de las legaciones y se riñe con ellos una fiera batalla. En cuanto los soldados extranjeros lleguen a la ciudad, seremos vencidos. Nuestra estúpida Vieja no lo sabrá hasta que tenga que huir para salvar la vida. Sólo nos queda esperar esa hora, que no está distante. Pero los nuestros no se hallan a su lado. Podrás andar con bastante seguridad entre la gente. Elude las ciudades, hermano menor. Anda por las aldeas y cuando te cruces con alguien en el camino, baja la vista para que no se fijen en el color azul de tus ojos.

Clem se vistió las ropas chinas. Las piernas le temblaban de debilidad, pero el pensamiento de la huida le daba arrestos. Comió con apetito la carne con caldo espeso, el pan y el ajo que la esposa de Fong le puso delante. Todo se hizo en silencio.

Cuando el muchacho hubo comido, ella aportó una escudilla con tinte negro, como el que emplean las viejas para pintarse la cabeza cuando se les cae el pelo. Con una recia pluma de ganso le embadurnó su cabello de color de arena, las cejas y hasta las pestañas.

—¡Qué suerte —murmuró— que no tengas la nariz muy grande!

Cuando terminó, hízose atrás para contemplar el cambio.

—Pareces, un chino —dijo.

—Ya sabes el camino de la Puerta del Sur —cuchicheó el señor Fong—. Ahora sopla el viento del mediodía. Síguelo, camina tres días y después gira hacia el este, camino del mar. Busca algún buque que enarbole bandera extranjera y pide que te den alguna ocupación en él.

Clem permaneció un instante inmóvil junto a la puerta.

—Le debo la vida —tartamudeó.

—No nos des las gracias —respondió el señor Fong—. La estupidez de la Vieja nos ha hecho enemigos. Vuelve a la tierra de tus antepasados. Pero no nos olvides. Toma esto, hermanito. Si yo no fuese tan pobre, te daría una bolsa llena.

Colocó una bolsa en la mano de Clem, que quiso rechazarla.

—Tómala para mi tranquilidad —dijo Fong. Y Clem obedeció.

El propio Yusan, su antiguo discípulo, le hizo una dádiva. El niño no comprendía por qué Clem había de esconderse ni marcharse en secreto, pero le puso en la mano

dos moneditas de cobre. La señora Fong se pasó la manga por los ojos y dio primero una palmada y después dos en el brazo de Clem, y Fong abrió la puerta y Clem salió.

Era de noche y una hora indefinible, pero la ciudad estaba tranquila y reinaba una oscuridad profunda. Clem escuchó y oyó el suave chirrido de la tranca de madera que Fong aplicaba a la puerta. Escuchando más atentamente, percibió descargas a distancia. Mas había de marchar y, pisando el blando polvo, alzó la cara al viento y dejó que lo guiase hacia el Sur.



## II

Sobre un mar tan azul como el cielo brillaba un buque británico, tan blanco como un banco de nieve. Guillermo Lane paseaba por cubierta, tras ingerir un fuerte desayuno inglés, y llevaba la cabeza alta, porque no desconocía las miradas que suscitaba. Las señoras se acomodaban en los asientos y hacía pocos minutos que él había ayudado a su madre a instalarse con su alfombrilla, su cojín, su labor y su libro. Enriqueta escribía cartas en el salón y Ruth jugaba al ajedrez. Cuando tenía ganas de ello, Guillermo se unía a su hermana, pero prefería pasear por el puente.

Por encargo de su padre habían tomado pasaje en el primer barco de zarpaba de Shanghai. Sólo la insistencia del cónsul general los había persuadido a que partieran.

Cuando fueron a consultarle y pedirle consejo al cónsul general, éste dijo a la señora Lane, algo irritado:

—A nadie puede beneficiar quedándose aquí. Su marido está seguro, con los demás extranjeros, en la legación. Desde luego, se encuentran sitiados, pero tienen suficientes víveres y agua, y los socorros ya están en camino. Es sólo cuestión de días el libertarles.

—Entonces —preguntó Enriqueta con su voz brusca—, ¿por qué hemos de irnos nosotros?

El cónsul general miró el vulgar rostro de la muchacha.

—Para seguir su camino —respondió.

Pero quería indicar:

«Y para no estorbar el mío».

La señora Lane resolvió el asunto sin rodeos.

—Más vale que nos vayamos, a no ser que queramos esperar muchos meses —dijo a Guillermo—. Te instalaré en un colegio y a Enriqueta en un internado, y en verano estaremos con vuestro abuelo en Old Harbor. Si para el otoño se han calmado las cosas, yo volveré a Pekín. Si no, vuestro padre vendrá con nosotros. Todos necesitamos reposo y cambio. Estoy harta de China y de todo lo chino.

Y tomaron los pasajes. Como los barcos ingleses rendían viaje en Vancouver, su ruta iba a ser hacia el Norte. Hacía un tiempo fresco y bueno.

Guillermo Lane procuraba no pensar en su padre y en muchas cosas, y todas intensamente. Sobre todo estaba contento de no volver al internado inglés donde tan a menudo se había sentido desgraciado. Notábase orgulloso y a la vez avergonzado de ser norteamericano. Avergonzado, porque el ser norteamericano había hecho que en la escuela permaneciera siempre en segunda categoría; orgulloso, porque América era mayor que Inglaterra. La conciencia de una inferioridad que no creía real había nublado sus días escolares. Se había aislado a sí mismo de americanos e ingleses y vivido solo.

A la par le avergonzaba ser hijo de un misionero. Incluso los hijos de los misioneros ingleses eran gente secundaria. El único muchacho que había tenido cierta

igualdad con los jóvenes ingleses era el hijo de un embajador norteamericano, lo que había hecho deplorar amargamente a Guillermo que su padre no fuese embajador. Sombríamente y con frecuencia, pensaba que los hombres, antes de decidirse a ser algo, debían pensar en sus hijos. Aborrecía a Enriqueta porque ésta, al ir a la escuela, el año anterior, se había unido inmediatamente a las muchachas americanas y declarado que le era indiferente lo que fuese su padre.

Así, Guillermo y Enriqueta se habían dividido rotundamente a propósito de la escuela y su discrepancia no había terminado. Como amiga más íntima, Enriqueta tomó a una muchacha a quien él despreciaba intensamente y que era hija de un misionero norteamericano que vivía en una ciudad del interior y pertenecía a una vil secta anabaptista. La joven, horrorosamente pecosa, solía usar vestidos absurdos. Guillermo opinaba que no merecía haber ido nunca a la escuela y que su trato degradaba a su hermana. En su soledad veníasele desarrollando una altanería de porte y aspecto que imponía respeto a la gente sencilla. Eludía a Enriqueta, porque ella no le temía. A veces, Enriqueta se le reía en la cara.

—Cuando andas con ese aire, pareces un gallo —dijo en una ocasión, ante los demás condiscípulos.

Sonaron carcajadas que llegaron al alma de Guillermo. El capitán del equipo de *criquet*, exclamó;

—¡Justo! Un gallo, un gallo parecen.

Mas todo aquello había terminado. Nunca tendría que volver a la escuela. Con todo, se negaba a reconocer cuán hondamente habría deseado ser inglés. Lo más que se concedía a sí mismo era pensar, mientras andaba por cubierta, con la cabeza alta, que probablemente quienes no le conocieran le tomarían por inglés. Lane era un apellido netamente británico. Su acento, tras cuatro años de escuela, claramente inglés también. El más afortunado joven que conocía era el hijo de un lord británico que pasó un día en la escuela mientras su padre visitaba un crucero de batalla en el puerto chino.

Cruzó junto a su hermana Ruth, atenta a su ajedrez.

—¿Por qué no juegas conmigo, Guillermo? —dijo, quejumbrosa.

—Lo haré —repuso.

Se detuvo, reunió sus piezas y comenzó la partida. Jugaba mucho mejor que ella. La única diversión que hallaba en medirse con su hermana era dejarla ganar hasta que al fin, resolviendo que con aquello bastaba, concluía el encuentro con su propia victoria.

—¡Oh, Guillermo! —exclamaba ella, invariablemente decepcionada.

—No puedo evitarlo. Juego mejor que tú —respondióle, levantándose y alejándose con su sonrisilla seca.

Con Enriqueta no le agradaba medirse. La joven era una jugadora muy desigual, que a veces perdía en seguida y otras ganaba de repente con alguna artimaña que él no había previsto. Con ella nunca sabía a qué atenerse.

En el barco no había muchachos a quienes le gustase tratar, salvo un inglés que le llevaba cinco o seis años y con quien le satisfacía departir. El inconveniente era que el otro nunca iniciaba la conversación y a Guillermo no le complacía parecer americano. En la escuela, los condiscípulos decían que los americanos eran poco educados, porque siempre iniciaban plática con cualquiera.

Se habría aburrido considerablemente, de no mediar lo mucho que pensaba en su porvenir y la frecuencia de las comidas. Precisamente en aquel momento estaban sirviendo el caldo de la mañana, que conducían en carritos muchachos chinos vestidos de blanco y camareros de cubierta. Guillermo se acercó a uno de los carritos, tomó un caldo caliente de buey y un puñado de lo que se había acostumbrado a llamar pastas en vez de galletas, y se acomodó en una silla junto a su madre. Ésta había escogido ya caldo de gallina, por parecerle cosa más ligera. Elena siempre se quejaba del exceso de comida, pero él venía observando que su madre comía como todos. No costaba más comer lo que se quisiese; sólo que ninguno, salvo Enriqueta, osaba decirlo en voz alta.

—Parece que Enriqueta ha conquistado a un joven —observó su madre.

Y señaló hacia la cubierta superior. Guillermo vio a su hermana apoyada en la barandilla, con el negro cabello agitado por el viento. Hablaba con su usual brusquedad al joven inglés.

Guillermo, sintiendo una punzada en el corazón, renunció a la amistad que había anhelado. Quien fuese amigo de Enriqueta no podía serlo suyo.

—Enriqueta habla con cualquiera —dijo a su madre—. Ya lo advertí en la escuela.

Clem caminó por la campiña china. Conocía las costumbres y ningún ser humano era ajeno para él. De nadie esperaba clemencia, no contaba con bondades, y si no recibía nada de eso, a nadie reprochaba.

Andaba por la noche y reposaba durante el día junto a las altas cañas de sorgo, que crecían en aquella estación. Cuando, mirando entre la maleza, no veía a nadie en una larga extensión de camino, aprovechaba la oportunidad para recorrer tantas millas como podía, acercándose al mar. Las cañas le ocultaban a la vista de cualquier labriego que cultivara el campo, y no tenía que pensar más que en lo que hubiese delante, porque caminaba más de prisa que cuantos llegasen por detrás.

Un día se encontró con una vieja campesina. Había ésta rebasado hacía mucho la edad en que las mujeres disimulan por pudor ciertas cosas y se había instalado, para desahogarse, al borde del camino. La comodidad resultaba para ella más importante que nada. Eran cerca de las doce, estaban en una solitaria carretera y, por un instante, Clem temió que la mujer perteneciese a un grupo de bandidos. Cuando las cañas crecen, es la época de los bandidos, que a veces llevan consigo una anciana como señuelo.

Viendo sobresaltarse al mozo, la vieja rió.

—No tengas miedo, muchacho —dijo mientras se ceñía en torno al talle su faja de algodón.

Hablaba un dialecto campesino que Clem entendía, porque tenía sus raíces en el mismo lenguaje que oía en Pekín. Respondió:

—No te tengo miedo, abuela. ¿Qué daño podemos hacernos?

Ella rió sin causa, como hacen las campesinas.

—Tú no puedes hacerme daño, no —repuso con voz muy lozana por comparación a sus arrugas—. Hace treinta años, quizá, pero ahora no. ¿Adónde vas?

Empezó a andar al lado de Clem, que aminoró su paso. Convenía que le vieses con aquella vieja. Podían tomarle por nieto suyo.

—Hacia el Este voy —contestó.

—¿Y cómo vas solo? —preguntó ella.

Él procuraba apartar de la anciana el peligroso color azul de sus pupilas, pero, mirándola, comprendió que no tenía por qué preocuparse. La mujer padecía cataratas en ambos ojos, y, aunque todavía no muy pronunciadas, le velaban la vista lo suficiente para que no percibiera de Clem más que vagos contornos.

—Mi padre murió en Pekín —dijo él, sin mentir— y voy a buscar a mi abuelo.

—¿Dónde está tu abuelo? —preguntó la anciana.

—En el Este.

—Allá voy yo también. Hagamos el camino juntos.

—¿Adónde vas? —preguntó él, cauteloso.

Ella mencionó una ciudad pequeña, en el límite de la provincia.

—¿Y cómo andas tan sola? —interrogó Clem a su vez.

—No tengo hijos —replicó la vieja—. Y por eso no tengo nueras tampoco. Pero sí tengo una hija casada con un herrero de la población, y voy a pedirles caridad. El padre de ella y marido mío murió la semana pasada y yo vendí la casa. Poseíamos dos tercios de un acre de terreno. De haber tenido un hijo, me habría quedado en la tierra. Pero mi sino es malo. Tuve dos hijos gemelos y se me murieron cuando no contaban un año.

Suspiró, aflojóse el cuello, como si se sofocara, y dejó al descubierto su arrugada garganta, adornada con una cinta sucia de la que colgaba un amuleto.

—¿Qué llevas al cuello, abuela? —preguntó Clem.

Ella volvió a reír, ahora medio avergonzada.

—¡Qué sé yo lo que será! —respondió.

—¿Dónde lo encontraste? —inquirió Clem.

—¿Por qué quieres saberlo? —replicó ella, recelosa.

El amuleto resultaba extraño en poder de una mujer china. Consistía en un crucifijo de bronce envuelto en hilo negro.

—Parece cosa cristiana —dijo Clem.

La mujer le miró con sobresalto.

—¿Cómo un muchachuelo como tú puede saber que es cosa cristiana? —repuso,

volviendo a abrocharse.

—¿Eres cristiana? —preguntó suavemente Clem.

La vieja comenzó a maldecir.

—¿Por qué había de ser yo cristiana? Los cristianos son malos. Nuestra vieja Buddha ha mandado matarlos. Si vienes de Pekín, deberías saberlo.

—La cruz es buena —cuchicheó Clem.

Ella, parándose en medio del camino, le escuchó.

—¿Dices que es buena?

—Mi padre decía que lo era —respondió Clem.

—¿Era tu padre cristiano?

Clem resolvió arriesgar la vida.

—Sí, y ha muerto. Le mataron.

Hablaba así porque sabía que ella ignoraba que él no era chino.

Vio el rostro de la mujer tornarse más amable.

—Sentémonos —dijo la anciana—. Pero antes mira al Este y al Oeste por si hay alguien que pueda vernos.

Nadie había. El cálido sol meridional inundaba el polvoriento camino.

—¿Has comido? —preguntó la vieja.

Clem llevaba andando cuatro días y se le había agotado el pan. Le quedaban algunas legumbres secas envueltas en un papel.

—No, no he comido —dijo.

—Pues comamos juntos —propuso la mujer—. Tengo algunas hogazas que cocí esta mañana.

Compartieron sus provisiones. La vieja manifestó:

—Había rogado a los cielos que me enviasen alguien que pudiera ayudarme por el camino. Y no había recorrido la mitad del tiempo entre el despuntar del sol y el mediodía, cuando te encontré a ti. Eso se debe al amuleto.

—¿Por qué dices a los cielos en vez de Dios? —interrogó Clem.

—Lo mismo da —respondió con naturalidad la vieja—. El sacerdote me dijo que no necesitaba emplear el nombre de un dios extranjero. Y digo los cielos como he dicho siempre.

—¿Qué sacerdote era? —preguntó Clem.

—No recuerdo su nombre.

—¿Era extranjero?

—Sí, pero con el pelo negro y los ojos como los nuestros —manifestó la anciana—. Vestía una ropa larga y llevaba sobre el pecho una gran cruz de plata. Rezaba en lengua extranjera.

«Católico», pensó Clem.

—¿Qué te dijo ese sacerdote que significaba el amuleto? —interrogó.

La vieja rompió a reír.

—Me lo dijo, pero no me acuerdo. Era cosa buena, aunque... Sí, de todos modos,

buen...

La anciana, masticando el pan mientras el sol iluminaba su arrugado rostro, no parecía nada triste por su viudez. Antes bien, expresaba alegría.

—Y ese sacerdote, ¿no te enseñó oraciones? —preguntó Clem.

—Sí, me las enseñó; pero las he olvidado. Principalmente me aconsejaba que rezase el O-mi-to-fu que yo solía dirigir a Kwanyin, aunque teniendo, al orar, el amuleto en la mano, porque así la plegaria iría directamente al cielo.

Clem meditó:

«Discreto sacerdote debía de ser el que hacía aplicar al nuevo Dios las antiguas preces».

La vieja continuaba hablando.

—Ese buen sacerdote ha muerto. Si viviera, yo habría ido en su busca. Habitaba una corraliza, cerca de su templo como los de nuestro Buda, no. ¿Me comprendes? Había dioses en él, y un hombre ensangrentado colgando de un objeto de madera. Yo le pregunté: «¿Por qué sangra ese hombre?». Y el sacerdote me respondió: «Porque le mataron gentes malvadas».

—¿Y qué más había? —interrogó Clem.

—Una diosa parecida a Kwanyin, sólo que con dos brazos nada más. Como tenía la piel blanca, pregunté al sacerdote si era extranjera, y él dijo que no, pero que la imagen se había hecho en un país donde la gente tenía blanca la piel. Si la figura se hubiese hecho aquí, tendría la piel como nosotros, porque su virtud consiste en que, dondequiera que esté, es como la gente del país. El hombre que había en la cruz era hijo suyo y yo le pregunté por qué ella no le había escondido de los hombres malos. El sacerdote dijo que no pudo. Presumo que él debía de ir por su cuenta adonde quería.

—¿Y cómo es que ha muerto el sacerdote? —preguntó Clem.

La vieja respondió, alegremente:

—Unos hombres armados le hicieron pedazos y echaron los trozos a los perros. Y como los perros enfermaran, los otros dijeron que era un mal hombre. No me atreví a decir que yo sabía que no era malo. Eso pasó al día siguiente de morir mi marido y yo quedé sin nadie que me protegiera.

Sentados al sol terminaron su comida y Clem, oyendo la suerte del sacerdote, temió por la suya propia.

—Vamos y pongámonos en camino, abuela —propuso.

Resolvió guardar su secreto para sí. Pero según el día adelantaba, se le ocurrió un buen plan. Se fingiría ciego, llevaría cerrados sus azules ojos, pasaría por nieto de la anciana y así andaría más de prisa y mejor que si caminasen de noche. De paso utilizaría el dinero que le había dado el señor Fong y dormirían en las posadas, lo que hasta entonces no se había atrevido a hacer. Pero para todo eso necesitaba explicarse a la vieja, y como ella era tan simple, él no sabía si atreverse a poner su vida en sus manos.

Cuando llegó la noche y brillaron a distancia las luces de un pueblo, él resolvió explicarse. Ya sabía que la mujer era buena y ni más ni menos de lo que decía ser; y por lo tanto, pensaba que, de ir con ella, estaría exento de peligros. Si por casualidad ella le delataba diciendo que no era chino, procuraría escapar como pudiera.

Así, antes de llegar al pueblo, la llevó aparte, no sin gran asombro de la mujer, que no sabía por qué él le tiraba de la manga.

Tras un datilero desde donde podía verse todo lo que les rodeaba, habló:

—Abuela, tú me has dicho quién eres, pero yo no te he dicho quién soy.

—¿No serás un bandido? —exclamó ella, con cierto temor.

—Peor. Mi padre era extranjero, como tu sacerdote.

—¿Es verdad? —repuso ella.

Y con la mano le tocó el rostro.

—Es verdad —contestó él—, y mi padre y mi madre y mis hermanas han sido muertos, y yo voy a la costa a encontrar un buque que me lleve a mi país.

—¡Qué lástima, qué lástima! —murmuró la vieja—. Porque tú no eres viejo. Has crecido muy poco aún.

—Poco —respondió Clem—. Y estoy muy solo y me alegro de haberme encontrado conmigo.

—Es el amuleto —dijo ella—. El cielo nos vio andar solos y nos juntó.

—Abuela —siguió él—, tú no ves mis ojos, pero no son negros como los de tu sacerdote.

—¿No? —dijo ella, sorprendida—. Pues ¿de qué color son?

—Azules.

—¿Azules? Sólo las bestias salvajes tiene los ojos azules.

—Y también muchos de los míos —contestó Clem.

Ella se estremeció.

—Sí. Me había olvidado de que los extranjeros son como bestias salvajes.

—Mi padre no lo era —repuso Clem— y mi madre era muy buena. Habrías simpatizado con ella.

—¿Hablaba nuestra lengua?

—Sí.

Clem notó que no acertaba a decir más de su madre.

—Ya... —suspiró la vieja—. En todas partes hay mucho mal.

—Abuela... —empezó Clem.

—Me gusta que me llames así —dijo ella—. Nunca tendré un nieto, puesto que han muerto mis hijos.

—¿Me ayudarás? —preguntó Clem.

—Claro que sí —dijo la anciana.

Él le explicó sus planes. Ella escuchaba y asentía.

—Una vieja medio ciega guiando a un nieto ciego —repitió.

—Iremos al poblado y dormiremos bajo techo. Todas estas noches he dormido en

los cañaverales, y dos de ellas ha llovido.

—Tengo algún dinero... —murmuró la vieja, hurgando en su faltriquera.

—Yo también —dijo Clem—. Gastaremos primero el mío.

—No: el mío.

—El mío, abuela, porque en mi país no me servirá de nada.

Ella pareció extrañada.

—¿Cómo puede ser que el dinero no valga de nada?

—Porque nuestra moneda es diferente —repuso él.

Mientras caminaban comenzaron a hablar y planear. Lejos de ser estúpida como Clem suponía, la mujer era astuta y pensaba tan agudamente como él. Había estado toda su vida casada con un pobre hombre habituado a burlar a los recaudadores de contribuciones y a la policía local, y sabía parecer lo que no era y disimular lo que era.

Una hora después, Clem andaba con ella por la calle del pueblo, con los ojos cerrados, apoyando la mano en el extremo de un palo que ella sostenía por el otro. La vieja le condujo a la posada de la única calle del pueblo y pidió dos sitios para dormir ella y su nieto. El posadero accedió sin más preguntas que las usuales cuando en esos casos se trata con gente a quien antes no se ha visto. La vieja dijo una sencilla historia, verdadera en mucha parte, de cómo su esposo y su hijo habían muerto de la misma enfermedad, sin que le quedase más que aquel nieto, con el que volvía a la población donde su hija estaba casada con un herrero.

—¿Cómo se llama? —preguntó el hostelero.

—Liu el Grandote —dijo la mujer.

Un huésped intervino diciendo:

—Hay un herrero llamado Liu que vive junto a la puerta oriental de la ciudad y que me forjó un hierro para la rueda de mi carro cuando yo venía hacia el Oeste desde allí. La falta un dedo de una mano.

—Ése es —dijo la vieja—. Perdió el dedo cuando probaba una navaja de afeitar que había comprado y que le atravesó el dedo como una llama de nieve.

Noches y días pasó Clem así como nieto de la vieja, que cada vez le tomaba más afecto.

La mujer le contaba cosas propias muy curiosas y le asaeteaba a preguntas sobre los suyos y sobre por qué estaba allí en vez de hallarse en su patria. La asombraba que él no supiese nada sobre sus antepasados.

—Vosotros, los extranjeros —le dijo un día—, enloquecéis con la fiebre de Dios. Algo demoníaco debe de haber en vuestros dioses puesto que así os impulsan. Nuestros dioses son razonables. Sólo nos piden unas cuantas buenas obras. Pero a vuestros dioses las buenas obras no les bastan. Exigen que se les alabe y que se diga, que ellos son los únicos verdaderos y todos los otros falsos.

Y añadió, riendo:



—El cielo está tan lleno de dioses como la tierra de gente, y algunos son buenos y otros son malos.

Clem no discutió. Ninguna fe le quedaba, salvo la fe en la bondad de unas pocas personas. Fong y su esposa habían sido buenos con él, y la anciana también lo era, y la escuchaba con gusto mientras andaban juntos, milla tras milla. A veces, cuando estaban entre personas, él sostenía por un extremo el palo que ella empuñaba por otro.

De los labios de la anciana Clem iba aprendiendo una especie de tosca sabiduría, que encontraba verdadera en comparación con las otras cosas que había aprendido. Así, la vieja le dijo que lo malo del cielo y de sus dioses era que no hacían que todas las noches lloviese comida del cielo, de modo que todos pudiesen comer y no hubiera pependencias.

—Si tuviesen el vientre lleno y supiesen que siempre podían llenarlo —dijo— los hombres reirían y estarían ociosos, jugarían como niños, y habría paz y felicidad.

Clem pensaba que aquellas palabras eran las más discretas que había oído nunca. Si su padre no hubiese necesitado pensar en la comida, su fe habría sido perfecta. Con la comida segura, su padre habría predicado hasta convertirse en santo.

Hablando, pensando, durmiendo en las posadas por las noches, Clem y la vieja llegaron a la ciudad donde ella pensaba quedarse.

Hacía un par de días que Clem la encontraba de mal humor y la oía hablar sola.

«Y ¿por qué no?», se decía la vieja a veces.

O bien:

«¿A quién le importa que yo...?».

O:

«Mi hija ni siquiera sabe si vivo...».

Una tarde, antes de llegar a la ciudad, a raíz de una tormenta que los obligó a refugiarse en un templo al borde del camino, templo en que había dioses pero no sacerdotes, la anciana explicó lo que había estado monologando.

—Nieto, debo acompañarte hasta la costa. ¿Qué harás si te deajo? Algún pícaro te verá los ojos, y, para gloriarse ante la emperatriz, te cortará la cabeza y la llevará a la ciudad, donde le darán dinero.

Clem rehusó tal gentileza.

—Abuela —dijo—, eres vieja y estás cansada. Ayer me dijiste que tenías hinchados los pies.

Discutieron un rato. Al fin la mujer manifestó:

—Por lo menos, ven hasta la puerta de mi hija. Veremos lo que dice Liu el Grandote.

Clem accedió. Llegados a la población, la vieja no quiso entrar hasta que las puertas fueran a cerrarse, de modo que las gentes no los vieron con claridad. Al caer la noche entraron con los últimos transeúntes y, tranquilamente mezclados con la multitud, alcanzaron la puerta de Liu.

La primera impresión de Clem al ver al herrero fue casi abrumadora. La forja se abría a la calle y allí estaba aquel hombretón, con las piernas abiertas, sosteniendo con el brazo derecho un gran martillo de hierro y empuñando en la mano izquierda unas gruesas tenazas que sostenían un trozo de metal al rojo. Golpeaba el metal con el martillo, haciendo a cada golpe saltar chispas en la noche. Estaba negro de humo y sus abiertos labios dejaban ver sus dientes muy blancos. Blancos eran también los globos de sus ojos, bajo sus espesas cejas.

—Ése es —cuchicheó la vieja.

Y entrando atrevidamente, llamó:

—¡Eh, Liu! ¿Está mi hija en casa?

Liu el Grandote dejó el martillo y exclamó:

—¡Cómo! ¿Eres tú, madre de la madre de mis hijos?

—Yo soy —repuso la anciana. Y añadió, pasándose la manga por los ojos—: El padre de mi hija ha muerto.

Liu la miró.

—Pasa —dijo—. ¿Quién es este muchacho? —añadió, viendo a Clem, que seguía a la vieja.

—Mi nieto adoptivo —repuso ella. Y siguió rápidamente—: Es un pobre huérfano, y yo soy una pobre y solitaria vieja, y nos encontramos en el camino, y los dioses me lo enviaron, y me cuidó de tal modo que yo sé que no es muchacho común, sino un espíritu mandado por los dioses. Sus ojos son los ojos del cielo y su corazón es bondadoso.

Así, hablando muy de prisa, mientras Liu los contemplaba, la anciana procuraba ayudar a Clem.

Clem movió la cabeza.

—Yo te diré quién soy —manifestó a Liu el Grandote.

Pasaron al cuarto interior. Toda explicación hubo de aplazarse hasta que la vieja y su hija se saludaron, abrazaron y besaron a los tres niñitos. A la sazón Liu había reparado en que Clem no era chino, lo que le hizo adoptar un aire muy grave. Se levantó, cerró las puertas y como las mujeres lloraban, las hizo callar y se volvió a Clem:

—Eres extranjero —dijo.

—Sí —repuso Clem—. No puedo negártelo.

Y contó su historia. La anciana interrumpía de vez en cuando para señalar lo bueno que el mozo había sido con ella y para decir que había que ayudarle, y que si Liu no lo hacía, ella acompañaría al joven hasta el mar.

Liu el Grandote permaneció un buen rato silencioso. Su esposa callaba también y había hecho acercarse a ella a sus tres hijos.

Liu dijo al fin:

—No podemos tenerte aquí ni un solo día. Si se supiese que hay un extranjero en mi casa, te matarían y nosotros moriríamos también. En cuanto la puerta principal se

abra, al amanecer, tienes que marchar.

Clem se levantó.

—Lo haré —repuso.

Liu alzó su manaza negra.

—Espera —añadió—. No quiero enviarte a la muerte. Tengo un aprendiz, sobrino mío, que es mayor que tú y que te llevará a la costa. Puesto que estás aquí, lávate y yo te daré mejores ropas. Luego puedes dormir unas horas. La madre de mis hijos te hará comida. ¿Tienes dinero?

—No tiene dinero —saltó la vieja—. Ha gastado en el camino lo que llevaba. Yo le daré el mío.

Liu extendió la mano otra vez.

—Guarda tu dinero, buena madre. Yo le entregaré más.

Y así pasó todo. Clem obedecía a Liu el Grandote que tenía una voz y un aire autoritarios, aunque se expresaba con toda naturalidad. Clem se lavó en un cubo de madera y se puso unas vestiduras limpias que el aprendiz le llevó. El muchacho contemplaba la piel de Clem, muy blanca bajo sus ropas.

Clem comió dos escudillas llenas de pasta de harina y aceite de sésamo y se tendió en un lecho de bambú, en la cocina, mientras el aprendiz yacía en el suelo. Sabía que el herrero no dormía, temeroso de que alguien descubriese la presencia del extranjero, y la vieja, aunque advirtiendo a Clem que no temiera, no durmió tampoco. De vez en cuando se acercaba a ver si dormía y le aconsejaba que reposase para conservar las fuerzas. Al aprendiz no le agradaba el encargo que le hacían; pero, por otra parte, nunca había estado en la costa ni visto buque alguno, y se sentía indeciso entre la satisfacción y el temor.

Antes de amanecer llegó Liu y Clem, levantándose, se puso su blusa.

El aprendiz, despertado se levantó también, bostezó, se ciñó su faja de algodón, se anudó la coleta bajo su andrajoso gorro y avanzó con los demás hacia la puerta.

—Sal por esta puertecilla —dijo Liu—. Da a una callejuela llena de basura, pero es más segura que la calle.

Por un momento la vieja retuvo a Clem. Apoyó las manos en sus hombros, le dio unas palmadas en la espalda y luego suspiró y exhaló unos gemidos.

—Me olvidarás cuando cruces el mar extranjero —susurró.

—Nunca te olvidaré —prometió Clem.

—No tengo nada que darte. ¡Ah, espera!

Acordándose de su amuleto, rompió la cinta que lo sujetaba y lo ciñó a la muñeca del muchacho, con la cruz pendiente.

—Esto te doy —dijo—. Ello te hará andar seguro. Cuando reces di «O-mi-to-fu», porque el dios de este amuleto está acostumbrado a esa plegaria.

Lloró un rato, apartó suavemente a Clem y éste marchó con el aprendiz.

Con aquel muchacho habló muy poco durante los días que ambos caminaron y que vinieron a ser la mitad de los que ya había recorrido Clem. Andaban de día. El

joven iba silencioso también. Por las noches dormían en las posadas o en algún bancal protegido por árboles, porque el aprendiz sentía temor cuando se cruzaban con hombres armados. Mas nunca les dio nadie el alto. Clem llevaba el sombrero calado, como un mozo campesino cualquiera, y mantenía los ojos bajos.

Cerca de la costa se separaron y Clem dio al aprendiz casi todo el dinero que le quedaba. En el puerto había varios buques y él estaba resuelto a no dejarlos partir sin encontrar empleo en alguno. No tenía temor ya, porque allí había policía, y hombres y mujeres blancos andaban libremente en *rikshas* y carruajes.

No se acercó a nadie de momento, porque no deseaba que le estorbasen en su propósito, que consistía en cruzar el mar e ir a su país. Pero oyó buenas noticias. Escuchando en una posada donde se había sentado después de marchar el aprendiz, supo que la vieja emperatriz había tenido que ceder a los ejércitos blancos. Había huido de su palacio, dejando a una joven princesa que se arrojó a un pozo, y los ejércitos extranjeros, penetrando en la ciudad, la habían saqueado, matando hombres y violando mozas. Así, toda China estaba pagando las consecuencias del mal que la emperatriz cometiera.

Clem oía, pero no interrogó. Se preguntaba qué sería de los Fong y si habrían participado en tales sufrimientos, y hasta si habrían perecido, como su propia familia. Pero nada supo. Después de comer fue a los muelles y anduvo entre los marineros, y aquel mismo día pudo colocarse en un buque como chico de cámara. En cuanto al aprendiz, después de errar día y medio por el puerto, mirando los buques, regresó a su casa.

En un barco carguero americano se encaminó Clem hacia su país. La nave había llevado a China trigo y municiones y volvía cargada de pellejos y aceites vegetales. Los cueros, imperfectamente curtidos, llenaban de olores el buque, y Clem, a menudo aquejado de mareo, deseaba a veces morir.

Pero este deseo no duraba mucho. El sol se quebraba en las olas verdosas, se extinguían los vientos y cesaba la marejada. Y, comiendo enormemente en el entrepuente, con los treinta y tantos hombres de la tripulación, el muchacho sólo anhelaba llegar a su país.

Los marineros conocían su historia. La habían oído en el malecón donde, acercándose tímidamente a uno de ellos, Clem había pedido un empleo en el buque.

—No queremos chinos —le replicó el marinero.

—Yo no soy chino —dijo Clem.

—¿No? —dijo el otro, sin creerle.

Clem señaló los ojos.

—¿Ve? Son azules.

—¡Que me maten si no lo son! —respondió el marinero, examinándolos—. ¡Eh, amigos! ¿Habéis visto algún chino con los ojos azules?

—¿Cuándo un chino deja de ser chino? —repuso otro—. Cuando su madre no lo

era.

—No lo era la mía —dijo Clem, con indignación—. Era buena, y ella y mi padre eran americanos, y yo también lo soy.

Con todo, el inglés sonaba raro en su lengua después de tantos días de no hablar más que chino.

Los hombres, reuniéndose en torno suyo, aplazaron los placeres que esperaban durante sus cortas horas de estancia en la tierra, y escucharon, apiadados y maravillados, la historia del mozuelo. Mirando de una ruda faz a otra, Clem refirió cuanto había hecho para salvar la vida. Incluso narró las cosas que no hubiera querido decirse a sí mismo, y aunque intentaba reprimirse, y se apretaba la boca con los puños, acabó llorando.

Los marineros le escuchaban, contemplándose unos a otros. Un tosco sujeto tomó entre sus manos la cabeza de Clem.

—Te creemos, hijito —dijo—. Y vendrás con nosotros, aunque tengamos que meterte de matute en el barco. ¡Ea, ya ha pasado todo! El viejo es bondadoso. Te dejará entrar a bordo.

Le llevaron ante un capitán bajito y de rostro agudo. Clem repitió su historia y fue aceptado como grumete. Celebraba largas conversaciones con el capitán.

—Apuesto —decía el marino— a que después de esto no volverás a ningún país pagano.

—No sé —contestaba Clem.

Mezclaba un *whisky* con soda y lo ofrecía al capitán.

—Acaso —añadía— sintiera como usted si no fuese porque el señor Fong me salvó la vida. La gente fue muy buena conmigo los días que anduve por la carretera. Nunca olvidaré a la abuela.

No, no la olvidaría. Por la noche, tendido en su dura y angosta litera, balanceado por el mar, recordaba la caminata por la campiña china, al lado de la vieja. El verano hacía madurar los campos y las alargadas sombras del verde sorgo, proyectándose por encima de sus cabezas, les daban grato albergue.

También Liu el Grandote había sido bueno. No le hubiera costado nada hablar a la policía local de la presencia de un muchacho extranjero, y hubiera recibido una buena recompensa. Liu era lo bastante pobre para dar valor al dinero, y Clem era un extraño. Si moría, no le importaría nada a nadie, pero Liu no le había delatado. La gratitud hacia la bondad de la gente común llenaba de fe el corazón de Clem, de una nueva fe que le vinculaba a la tierra.

También los marineros eran bondadosos, aunque de una brutalidad y una ignorancia como él no había visto jamás. Se manifestaban groseros, toscos, se emborrachaban en cuanto tenían ocasión, eran puercos en sus actos y palabras, se enojaban fácilmente y siempre estaban dispuestos a la pelea. Le parecían hombres a medio hacer, no terminados, sin desbatar. No obraban, en el fondo, más que como sabían.

¿Serían así todos los hombres de su tierra? No podía juzgarlos, puesto que no estaba acostumbrado a tratar a ninguno salvo a su padre, que de un modo vago le parecía un ser peculiarísimo. La delicadeza de los chinos era agradable de evocar. Pero en el buque, y aparte de que los tripulantes eran buenos para él, por cualquier menudencia, o por ninguna, porque alguien se había emborrachado el día antes en la costa, recibía un golpe en la cara, o un palo en la cabeza, o un puñetazo entre los hombros. Era inútil irritarse, porque inmediatamente el agresor le desafiaba a combatir y él, bajo y flaco, no podía medirse con ninguno de los marineros. Una vez se quejó al capitán.

Pero sólo una vez. El otro le preguntó:

—¿Cuentas con que yo te defienda?

—No, señor —dijo Clem—, mas pensaba que usted podía mandarles que me dejen en paz.

—¿Te odian?

—Creo que no. Más bien me parece que lo hacen por divertirse.

—Entonces, pelea o cállate —dijo el capitán.

Con todo, el largo viaje por mar fue conveniente para Clem. Un interminable grito de mando sonaba en sus oídos. Estaba a las órdenes de todos. Dos veces se detuvo el buque a carbonear, una en el Japón y otra en las islas Hawai, pero nunca tuvo licencia Clem para bajar a tierra. Miraba los muelles y veía gentes extrañas, tierras desconocidas y montes que se recortaban agudamente sobre el cielo. Por la noche ayudaba a acostarse a los marineros borrachos, aspirando puercos olores, sintiendo sobre sus hombros el peso de sus rudos cuerpos. Si uno vomitaba antes de apoyarse en la borda, Clem había de limpiar para que el capitán no lo viese. Todo por la mañana tenía que estar en orden y a menudo no era mucho lo que Clem dormía. La tosquedad de aquellos hombres le daba a la vez indignación y piedad. Nada había que pudiese hacerlos mejores. Odiaban el mar, lo temían, lo maldecían, y, sin embargo, seguían viviendo en él, porque no sabían a qué otra cosa dedicarse. Durante un temporal se mostraron llenos de ciego terror. A su lado Clem se sentía viejo, viejo como su padre, y como un padre a veces los atendía, quitándoles los zapatos empapados cuando se dormían antes de desnudarse, y llevándoles café por la madrugada, cuando se hallaban harto ofuscados para encargarse de la guardia. Le pagaban con amabilidad, medio avergonzados, porque veían que él era sólo un niño y, no obstante, se sentían inferiores a él. Era un extranjero para ellos, siempre solitario incluso cuando les servía. Por piedad no los censuraba y esa piedad suya los hacía enmudecer en muchas ocasiones, cuando se acercaba a ellos. Pero él no lo sabía. Sentíase cada vez más solo y anhelaba que el viaje terminase para encontrar a los suyos.

El viaje concluyó al fin y un día Clem se encontró en tierra, en un país que era el suyo y en el que, no obstante, se sentía forastero. La tripulación hizo una colecta para

él. No lo olvidó nunca. Con ello podría viajar hacia el Este en ferrocarril, en vez de a pie, como en China. En Oriente no le había importado, porque conocía a la gente y tenía a la vieja a su lado, pero en su propia tierra, donde no conocía a las personas ni lo que se comía, hubiera sido diferente.

De manera que, aunque los marineros fuesen malos, eran buenos a la vez. El primer día que pasaron en tierra, en San Francisco, fueron a una tienda y compraron un traje para Clem. Le iba grande, pero él se lo arremangó. Le compraron también dos camisas y una corbata encarnada, un sombrero, unos zapatos, tres pares de calcetines y una maleta de cartón. Le llevaron a la estación del ferrocarril y le adquirieron un billete para Pittsburgh. No había suficiente dinero, porque no le dejaron gastar nada de los diez dólares que le habían dado, y uno de ellos empeñó una sortija de oro que había comprado en Singapur. Le dieron palmadas en la espalda, le abrazaron, le colmaron de buenos consejos.

—No hables con nadie. ¿Oyes, Clem?

—Sobre todo, con la mujeres.

—¿Te gustan mucho?

—¡Si las conocieras como yo! No les hables, Clem.

—No juegues a las cartas, Clem.

—Envíanos una postal de vez en cuando, Clem.

El tren arrancó y él los despidió agitando su sombrero nuevo hasta que los perdió de vista. Estaba solo ya y cruzaba en un tren su propio país. Iba sentado frente a un hombre de rostro enrojecido, vestido con ropas grises, que casi todo el tiempo dormitaba y sonreía vagamente al despertar.

Los marineros le habían dicho:

—No hables a nadie en el tren. La gente de tierra te quitará el dinero.

Clem, pues, callaba y sentía la cartera en el bolsillo cada vez que respiraba profundamente. Cuando necesitaba comprar comida iba al lavabo y allí sacaba un dólar cada vez, guardando entretanto la cartera en el bolsillo posterior de los pantalones.

Hora tras hora, durante todo el día, miraba por la ventanilla, examinando un paisaje incomprensible, que parecía vacío y sin gente. ¿Dónde estaban los habitantes? Las montañas parecían mayores que cuanto había imaginado, los desiertos anchísimos y la desolación horripilante. Con enorme sorpresa veía a veces hombres blancos en las estaciones haciendo trabajos propios de *coolíes* y en los pocos campos cultivados que había entre las montañas y los linderos del desierto, descubría hombres y mujeres más pobres y andrajosos, aunque blancos, que todo lo que había visto en China. ¿Dónde estaba la tierra de leche y miel de que solía hablar su padre?

Una noche, mientras dormía recostado en su asiento, penetraron en una zona de llanuras verdes. Al amanecer, cuando despertó, estaba en otro país. Campos de esmeralda, anchos caminos, grandes graneros y macizas y limpias casas campestres encantaron sus ojos. Aquello, sin duda, era Pensilvania.

Mucho antes de que Clem iniciara su viaje, Guillermo había llegado a América. El blanco buque inglés ancló en Vancouver y la señora Lane, viva y experimentada, se impuso a los corteses aduaneros canadienses y encontró excelentes asientos en el tren que, a través del Canadá, los llevó a Montreal, donde transbordaron para Nueva York.

Fue un viaje agradable, del que Guillermo disfrutó con tranquila dignidad. Solía aislarse de su madre y hermanas, y en el coche mirador, tras un periódico, oía hablar a los hombres. En Montreal no hubo dificultad alguna, y en Nueva York su madre los llevó a Murray Hill, donde a él, por ser varón, le dieron un cuarto independiente. El techo era alto y las elevadas ventanas estaban protegidas por cortinas de terciopelo rojo con anillas de bronce. Aquel cuarto lujoso con baño, le complugo. Aquello era América y resultaba mejor de lo que había temido.

En el comedor corrían fuentes y cantaban canarios, y también esto le satisfizo.

—Creo que todo saldrá bien —dijo su madre—. Papá y mamá siempre paraban aquí cuando veníamos.

Permaneció con él una semana, arreglando su ingreso en el colegio, pero a Ruth y a Enriqueta las envió directamente a Old Harbor.

No le presentó directamente en el patronato misional. En cambio, anduvo por los mejores almacenes examinando ropas idóneas para un joven. Si encontraba algo que le gustase, hacía que Guillermo se lo probara. Pero no compraba nada, limitándose a tomar nota de calidades y precios.

Llevando aquello en un librito de memorias, en su bolso, fue, en la mañana del cuarto día, a las oficinas del Patronato, donde la recibieron con una deferencia que halagó el orgullo de Guillermo.

—La esperábamos, señora Lane —dijo un funcionario de pelo blanco y cara sonrosada—. Nos ha cableografiado el doctor Lane. ¿En qué podemos servirla?

—Tengo que hacer muchas compras para mi hijo antes de que vaya a Harvard —repuso ella con voz y aspecto muy firmes.

El anciano y grueso funcionario, que era también un sacerdote retirado, pareció dubitativo.

—Tenemos arreglos especiales con los almacenes de precio medio, y nos hacen un descuento del diez por ciento —explicó.

La señora Lane, sin interés alguno por los almacenes de precio medio, interrumpió:

—Quisiera ver al tesorero inmediatamente.

—¿Cómo no, señora Lane? Venga por aquí —rogó a la señora Lane.

Mientras Guillermo aguardaba, su madre tuvo con el tesorero misional una larga conversación que dejó al hombre algo desconcertado y desde luego silencioso. Guillermo esperaba en la sala porque su madre, según decía, deseaba estar sola para tratar de los problemas financieros. El joven, impaciente, leía folletos de propaganda. Los había en abundancia, y en ellos se daban optimistas referencias sobre iglesias,



escuelas y orfanatos. Acabó hartándose de ello. Deseaba alejarse de todo lo que conocía. Cuando ingresase en el colegio, en otoño, a nadie contaría lo que era su padre ni que él procedía de China.

Cuando salió del despacho interior, su madre dijo:

—Ya está todo arreglado. Podrás ir bien vestido.

Recogiéndose las faldas con una mano, volvió la cabeza para decir al menudo tesorero de la misión:

—Gracias por sus atenciones, señor Emmons.

Emmons rompió su silencio.

—Recuerde, señora Lane, que no le he prometido nada. Tendré que hablar al Patronato de esas peticiones tan insólitas. Porque, por ejemplo, lo de los trajes de etiqueta...

—Estoy segura de que se comprenderá que mi hijo merece consideraciones especiales, después de todo lo que hemos pasado —dijo ella con voz clara y cortante—. Vamos, Guillermo. Aún podemos coger el tren de mediodía.

Él la siguió, muy erguido, sin hablar al menudo tesorero.

Llegaron a la casa de su abuelo, en Old Harbor. A Guillermo le satisfizo ver que era grande, aunque muy falta de pintura. Se elevaba en medio de anchos terrenos, no muy atendidos.

—Ya veo que papá no tiene las cosas como antes —dijo su madre.

Habían tomado en la estación un coche de punto. La señora Lane tendió la bolsa a su hijo.

—Da un dólar al cochero —mandó—. Noto que la hierba está sin segar. Ahora que papá se ha retirado, seguramente no podrá pagar un jardinero.

El coche se alejó. Guillermo miró las maletas que el hombre había dejado en el suelo.

—Creo —dijo la señora Lane, algo embarazada— que nos convendrá llevar el equipaje que podamos. No sé cuantos sirvientes tendrá papá. Antes eran un criado y tres criadas.

Cogió dos maletas. Guillermo levantó la otra, muy contra su voluntad, y siguió a su madre hasta la casa. Se abrió la puerta, y al entrar, los recibieron Enriqueta y Ruth, vestidas con goteantes trajes de baño. En un anciano descuidadamente vestido, Guillermo, no sin extremo desconsuelo, reconoció a su abuelo.

La señora Lane corrió hacia él.

—Aquí estoy otra vez, papá.

—Pareces algo mayor —dijo él, mirando la estatura de su hija.

El señor Vandervent no tenía nada de imponente. Era un hombre tripudo, de aspecto benigno, que contemplaba con timidez y temor la elevada estatura de su nieto.

—¿Cómo estás, Guillermo? —preguntó, tendiéndole su gordezuela mano.

Guillermo la estrechó con frialdad.

—Muy bien. ¿Y usted?

—Así, así —dijo el señor Vandervent—. El mar no me sienta bien, pero a tu abuela sí.

—Lo que hemos pasado... —empezó la señora Lane.

La interrumpió un gran grito. Una mujer alta y gorda, con un delantal a la cintura, apareció por una puerta.

—¡Dios mío, Elena!

Era su madre. Las dos se abrazaron y besaron.

—Estaba empezando a hacer un bollo de chocolate, suponiendo que a Guillermo le gustaría. Ahora sólo tenemos dos muchachas. ¿Cómo? ¿Es Guillermo éste? ¿Verdad que es el retrato de tu padre, Roberto? Tu bisabuelo, Guillermo, era un hombre muy guapo.

Enriqueta había desaparecido. Por la ventana, el joven la vio andar a lo largo de la orilla. Ruth descansaba alternativamente sobre cada uno de sus pies.

—Guillermo —murmuró Ruth—, ponte el traje de baño. El mar es maravilloso. Él se aferró a la excusa.

—¿Voy, mamá?

—Vete —dijo su abuela—. Tendrás tiempo hasta la hora de cenar.

¡Cenar! La palabra le dio escalofríos a Guillermo. La había oído entre los misioneros comunes, como los adventistas del séptimo día, los anabaptistas primitivos, los pentecostenses... En la escuela inglesa la cena se llamaba siempre comida de la noche y, como en su casa pasaba lo mismo, nunca se le había ocurrido otra cosa.

Subió las escaleras arrastrando los pies. La voz de su madre le hizo detenerse.

—Puesto que subes, Guillermo, podrías llevar alguna de las maletas.

Se detuvo, no dando crédito a sus oídos, y miró a su madre. Ella reía, pero en sus ojos de color gris de acero, que apartaba de los de su hijo, él leyó cierta turbación.

—Debes hacerte cargo de que estás en América, hijo —agregó Elena—. Aquí tendrás que hacer personalmente muchas cosas.

Guillermo permaneció inmóvil un instante. Luego, con apasionada energía, bajó, cargó con el equipaje y tornó a subir. Por encima de la balaustrada se volvió para ver si le miraban, pero nadie lo hacía. Su madre hablaba del asedio y todos le habían olvidado.

Nadie había dicho a Clem que telegrafíase a su abuelo y él no quería gastar dinero en telegramas. Cuando al fin llegó a Centerville nadie lo esperaba, ni tampoco había contado él con ello. Con la maleta en la mano se acercó a un hombre que miraba el tren y se rascaba la cabeza.

—¿Puede usted decirme dónde vive Carlos Miller? —preguntó Clem.

El hombre, interrumpiendo un bostezo, respondió:

—Nunca he oído hablar de él.

—Vive en una granja —dijo Clem.

—Debe de ser por ahí —manifestó el hombre, señalando hacia el sur.

—Gracias —respondió Clem.

El otro pareció sorprendido, pero no dijo nada. Clem comenzó a andar. Los días pasados en el mar le habían debilitado los pies, antes encallecidos por la larga marcha a través de los duros caminos de China. Pero sus músculos seguían siendo fuertes. El calor no era comparable con el de China y el aire estaba impregnado de dulce fragancia. Desde que salió de la pequeña población, junto al ferrocarril, no había encontrado a nadie, lo que le resultaba extraño. ¿No había gente allí? Acaso, por acercarse el mediodía, estuvieran todos comiendo. Mas ¿dónde estaban las aldeas? No se veía ninguna. Los campos se extendían en verdes ondulaciones bajo un cielo intensamente azul. Con sorpresa advirtió que los cubrían interminables maizales. ¿Sería que aquella gente sólo comía maíz?

Tras una hora de marcha se sintió fatigado y hambriento y lamentó no haberse parado a comprar comida. Cinco millas le habían parecido poca cosa en su excitación. Sentóse junto a un arroyuelo, bebió, descansó y vio acercarse un carromato tirado por dos caballos grandes como camellos. Un hombre que se sentaba en el pescante, le gritó:

—¡Eh, muchacho! ¿Quieres subir?

Clem se sintió cauteloso. ¿Por qué habían de ofrecerle subir en un carro? ¿No sería el hombre un bandido?

Respondió:

—No; gracias.

El hombre paró el vehículo.

—Pareces extranjero.

Clem no contestó. El barbero del buque le había cortado el cabello casi al rape, para quitarle el tinte negro, y Clem sabía que estaba, aparentemente, medio calvo.

—¿Adónde vas? —preguntó el hombre.

—A la finca de Carlos Miller —respondió Clem.

El hombre le miró con la boca abierta. Era un tipo sucio, vestido con una camisa empapada en sudor y unos pantalones de algodón azul. A través de su camisa abierta, Clem veía un pecho cubierto de repulsivo pelo rojo.

—El viejo Carlos Miller ha muerto —dijo el hombre.

El sol que brillaba sobre el paisaje tomó de súbito, para Clem, la forma de infinitas puntas de daga. Todo parecía puntiagudo: los bordes de las hojas, las puntas de las briznas de hierba, los extremos de las estacas de los cercados, los ojos de Clem se ofuscaron y sintió que se le doblaban las piernas.

—¿Cuándo ha muerto? —inquirió, con la boca pegajosa, como llena de polvo.

—Hace un par de años.

Y el hombre, preparándose a explicar el caso, escupió en el camino y se echó

hacia atrás su roto sombrero de paja.

—La verdad es que se ahorcó en su granero. Por desengaño, ¿sabes? Llevaba diez años procurando que los republicanos le dieran un empleo y esa vez le nombraron sheriff. El primer día tenía que echar a unos de una granja, porque vencía una hipoteca, ¿comprendes? Era demasiado bondadoso para ello el viejo Carlos. Y la noche antes se ahorcó. Sí...

El hombre, moviendo la cabeza, suspiró.

—Carlos era incapaz de matar una mosca. Vivía solo. Tenía un hijo no sé dónde...

—¡Su hijo era mi padre! —dijo Clem con una voz que parecía un lamento.

El hombre le miró, pasmado. Oscura saliva brotaba de su boca.

—¿Es posible?

Clem asintió.

—Sí, y también ha muerto. Por eso vine a buscar a mi abuelo. Pero, si no tengo a nadie, no sé... no sé lo que haré.

—Ven, hijo, y te llevaré a la granja que fue de tu abuelo. Allí hay gente. Puede que te ayuden.

No sabiendo qué hacer, Clem obedeció. Entregó su maleta al hombre, y poniendo el pie en el cubo de la rueda, subió al pescante. Permaneció sentado bajo el sol, con la maleta entre las rodillas. El hombre guió el carro en silencio durante dos millas y se detuvo ante una casa de puertas despintadas, con maltrecho vallado cubierto de hierbajos. El carro se alejó y Clem se quedó mirando una casa pequeña, de sólida piedra.

Aquél era el lugar con el que tanto había soñado. Incluso en el patio la hierba crecía larga y descuidada. Un enorme sicomoro se inclinaba sobre el edificio. Dos niños y dos niñas, vestidos de harapos, estaban bajo el árbol. Los muchachos debían de tener su edad. Las muchachas parecían más jóvenes.

Comían pan seco, que devoraban a bocados. Cuando le vieron, escondieron el pan detrás de la espalda.

—¿Qué quieres? —preguntó el muchacho mayor, con voz rezongona.

—¿Quién vive aquí? —dijo Clem.

—Papá y mamá Berger —respondió una niña.

Y, volviendo a masticar su pan, agregó:

—Mejor será que te vayas. Si no, te soltarán el perro.

—¿Sois hijos suyos? —preguntó Clem.

Y pensaba adonde iría en aquel país extraño, que era, con todo, el suyo.

El delgado mozuelo le contestó:

—No. Somos niños protegidos.

Clem los miró sin comprender.

—¿Os apellidáis protegidos?

Los niños se miraron entre sí, pasmados de aquella estupidez.

—Niños protegidos —repitió la muchacha.

—¿Qué queréis decir? —interrogó Clem.

—Somos niños protegidos. Niños que no tenemos a nadie.

Clem sintió que se le encogía el corazón. Tampoco tenía a nadie él. ¿Sería, forzosamente, un niño protegido?

Antes de que se respondiera a sí mismo, un hombre bajo y gordo salió de la puerta.

—¡Chicos! —gritó—. ¡A trabajar!

Los muchachos corrieron hacia la casa. El hombre miró a Clem.

—¿Qué quieres? —interrogó.

—Venía a buscar a Carlos Miller, mi abuelo —dijo Clem.

—Murió hace dos años —repuso el hombre—. Compré la casa y pagué la hipoteca. No sabía que Carlos tuviera nietos.

—Mi padre no se escribía con él. Vivíamos muy lejos.

—¿En el oeste?

—Sí.

—¿Y viven allá tus padres?

—Han muerto. Por eso he venido.

—Que yo sepa, no tienes aquí ningún pariente.

Y ya se volvía hacia la puerta cuando pareció ocurrírsele algo.

—¿Cuántos años tienes? —dijo.

—Quince.

—Estás muy bajo —murmuró el hombre—. Pero puedes quedarte. Podemos tener otro huérfano. El trabajo va aumentando...

Movió la cabeza y añadió:

—Ven.

Clem alzó su maleta. A alguna parte había de ir. Siguió al hombre hasta la casa.

—La primera vez que venga la inspectora se lo diré —rezongó el hombre.

Guillermo Lane, solo, andaba por la ribera. Pasaba a solas muchos ratos, porque allí no había muchachos de su edad y tratar con sus hermanas le era intolerable. A veces se bañaba con Ruth, pero únicamente si no había mucha gente en la playa. Había supuesto que ésta era de su abuelo, puesto que la casa miraba al mar, y por eso el primer día se quedó sorprendido al ver lo menos cincuenta personas en la orilla.

—¿Cómo es que el abuelo deja a esa gente usar nuestra playa? —preguntó.

Antes de que Ruth pudiera responder, Guillermo oyó la horrible risa de Enriqueta. La muchacha venía nadando, lacio el largo cabello sobre los hombros.

—Aquí nadie tiene playas privadas, estúpido —dijo con voz ruda.

Ruth la reprochó, como de costumbre.

—¿Quieres que Guillermo lo sepa, siendo el primer día que viene?

—Pues cuanto antes lo aprenda, mejor —replicó Enriqueta, volviéndose al mar.

Ahora él ya sabía la verdad. La playa pertenecía a todos. Cualquiera que quisiese, podía acudir. Todos eran americanos y de una variedad y una vulgaridad a la vez que le hacía sentirse el alma más solitaria de la tierra. Añoraba a sus condiscípulos ingleses y a la vez no deseaba volver a verlos más. No quería que ellos supiesen que Norteamérica era exactamente lo que ellos decían, esto es, un país lleno de gentes vulgares.

Levantó la cabeza con ademán arrogante y resuelto, inconscientemente en parte, pero no del todo, ya que lo había tomado del muchacho que mandaba el equipo de *criquet* el año último. Un joven alto y rubio, hijo de *Sir Gregorio Scott*, el cónsul general británico. Ronald Scott era un mozo espléndido, que no temía a nada. ¿Por qué no había de ser así, cuando lo poseía todo?

Al menos, pensaba Guillermo, la casa de su abuelo era mejor que otras que miraban al mar, y había dos criadas en ella. Sintióse ligeramente aliviado cuando descubrió que la mayoría de las casas no tenían sirvientas, aunque en China las criadas no se usaban más que como cuidadoras de los niños. Las dos sirvientas eran ya de edad y mal educadas. La primera noche él había dejado sus zapatos al otro lado de la puerta de su dormitorio, y allí los encontró a la mañana siguiente, pero sin limpiar.

—¿Quién limpia el calzado en esta casa? —preguntó a su madre.

Ella sonrió extrañamente.

—Cada uno se limpia el suyo —respondió sin más explicación.

¡Otra cosa que le hacía sentirse desolado! En Pekín siempre había podido contar con su madre, pero allí no la reconocía. A solas, siempre se ponía de lado de su hijo, pero no así en presencia de los demás. Cuando él dejaba en el vestíbulo su sombrero y su abrigo, a fin de que la criada los colgase, era su madre quien a veces lo hacía, pero su abuela había protestado:

—No hagas que te sirva tu madre, Guillermo.

—No me molesta —respondía su madre.

—No des tantos mimos al muchacho —replicaba la abuela.

—Dentro de pocas semanas va al colegio y entonces tendrá que atenderse a sí mismo.

Tal había sido la débil respuesta de su madre. Él, mirándolas con altanería, guardó silencio.

Era el aire claro y fresco como en un día de junio en Pekín y estaba el mar azul. Guillermo, saliendo de casa después de almorzar y viendo muy concurrida la orilla, se había alejado en sentido opuesto, hacia la parte más elegante de Old Harbor. No le había costado muchos días averiguar la zona en que habitaba la gente más rica. Grandes casas, con ancho césped delante, miraban a una parte de playa casi vacía de gente. Casi todos los días iba allá, siempre solo, harto orgulloso para fingir que era de aquel sitio y anhelando, empero, que quienes pasaban le tomasen por tal.

A aquella primera hora de la tarde no había nadie a la vista. El calor del sol era

muy intenso, aunque el aire fuese fresco, y era de suponer que la gente descansara en sus amplias casas. Mientras andaba al borde de un acantilado no muy alto, resolvió escalarlo. La ascensión no resultaba difícil. Apenas la empezó vio unas escaleras de madera y sintió la tentación de usarlas. Habría sido humillante que le descubriesen trepando, pero la curiosidad se sobrepuso a todo. Sin usar las escaleras subió por las arenosas rocas hasta una meseta de hierba. Siguió encontrándose solo. En una extensión de un cuarto de milla la pradera ascendía hacia una vasta casa semioculta entre los árboles. Su imaginación se expandió. Si su abuelo hubiese vivido allá, ¡cuán orgulloso de su patria se hubiera sentido Guillermo!

Se tendió en la hierba y escondió el rostro entre las manos. El sol le hería la espalda. Le sofocaba la desesperación. Anhelaba que el verano terminase para alejarse de su familia y hallarse solo en el colegio. Pero ¿qué éxito podía tener en él si resultaba que su abuelo no pensaba pasarle dinero alguno?

Su madre había preguntado a sus abuelos si darían a su nieto fondos para que se consagrara enteramente al estudio. Su abuelo respondió:

—Que trabaje todo lo que pueda. Le convendrá.

Su madre, titubeando singularmente, había dicho a Guillermo:

—Verdaderamente, creo que te convendría hasta cierto punto. —Y añadió—: Pero no en otro sentido. Estudiar así aquí viene a ser como hacerlo en China. Quisiera enviarte a Groton.

Él respondió con violencia:

—¿Y por qué no lo haces?

—Dinero —dijo con sencillez—. Falta de dinero. Todo se resume en lo mismo.

—¿No tiene dinero el abuelo? —preguntó él.

—Parece tener bastante para sí mismo, pero no para los demás —contestó la madre. Y, en uno de sus inexplicables cambios, prosiguió—: No sé por qué digo esto cuando está dándonos de comer a los cuatro. Y eso, semana tras semana, significa algo...

Si su orgullo no se lo hubiese impedido, Guillermo habría llorado. Pero permaneció quieto, como una piedra, bajo el sol, caliente la carne y el corazón helado. Su decepción se hacía insoportable. De cuanto había visto en su país nada era como él esperaba que fuese, salvo la zona de grandes casas frente al mar, zona a la que él no pertenecía.

Oyó una voz en aquel momento:

—¿Qué haces, muchacho?

Alzando la cabeza vio a un caballero anciano, apoyado en un bastón. Llevaba una gorra de tela oscura y una arrugada chaqueta de la misma clase. Su morena cara contrastaba con su barba y su bigote, blancos.

—Temo, señor, estar en un lugar que no es mío... —Y se levantó rápidamente, con las mejores maneras inglesas que le había enseñado el jefe del colegio de Chefú—. No pude resistir la tentación de trepar a este acantilado para ver lo que había

detrás. Y como me sentía cansado, me tendí un rato.

—¿Te gusta esto?

—Bastante.

Notó un aire aprobatorio en el anciano y, alzando más la cabeza, miró los azules ojos que le contemplaban. Luego sonrió discretamente.

El anciano dijo, riendo:

—Pareces inglés.

—No lo soy, señor. He venido de China.

El anciano pareció interesarse.

—¿De China, eh? ¿De qué parte?

—De Pekín.

—Hay allí muchas complicaciones...

—Por eso vinimos, señor, excepto mi padre, que está en el asedio.

El anciano se acomodó pausadamente sobre una piedra colocada allí para servir de asiento.

—Es desagradable que estén cercados tantos americanos. Habrá que darles una buena lección a los chinos, porque nos hemos portado demasiado bien con ellos. Régimen de puerta abierta y demás... ¿Qué hace tu padre en Pekín?

Aquella era la pregunta que Guillermo tanto temía. Por un instante pensó mentir, pero decidió lo contrario.

Apartó los ojos para eludir la inevitable mirada de desagrado. Pero, con gran sorpresa suya, el anciano se mostró cordial.

—Por extraño que le parezca, señor, es misionero... episcopalista.

Hubiera querido explicar, mas no acertó a hacerlo, que ser episcopalista equivalía a pertenecer a la aristocracia del cristianismo.

—¿Misionero? Es interesante. Nosotros pertenecemos a la secta de la Ciencia Cristiana. ¿Cómo te llamas?

—Guillermo Lane.

La aprobación le desconcertaba tanto como le hubiese desconcertado el desdén. Antes de que acertase a reaccionar, el anciano dijo:

—Ven a casa. La señora Cameron, mi mujer, te recibirá con gusto. Puedes hablarle de tu padre. Yo estoy muy ocupado, pero a ella le gusta charlar sobre cosas extranjeras.

Y precedió a Guillermo, jadeando un tanto según el terreno iba elevándose hacia la casa. Guillermo caminaba con gracia, olvidándose de sí mismo en su excitación. Iba a entrar en aquel edificio tan blanco y hermoso...

—Tengo un hijo —dijo el señor Cameron—. No está tan fuerte como quisiéramos y le hemos traído aquí porque en el otoño ha de ingresar en Harvard.

—También iré a Harvard yo —repuso Guillermo.

—Entonces, a Jeremías le agradecerá conocerte —dijo el señor Cameron.

Tocó una campanilla. Apareció un criado de librea, que recogió la gorra y el



sobretudo de su dueño y miró a Guillermo.

—¿Dónde está mi mujer?

—En la rosaleda, señor.

—Bueno. Dígale que quiero presentarle a un muchacho. ¿Está Jeremías con ella? Avísela.

El hombre se alejó silenciosamente hacia el extremo del vestíbulo.

Cameron dijo a Guillermo:

—En los jardines hace siempre calor. Ven.

Se dirigió hacia la puerta, seguido del muchacho. A derecha e izquierda, Guillermo divisaba habitaciones amuebladas en tonos rosado y azul pálido. Cortinas de un gris plateado pendían hasta el suelo, y había por doquier jarrones con flores. Como lo que él soñaba...

Alzando la cabeza, sonrió. Si aquellos sueños eran reales, algún día los había de realizar...

Cuando llegaron a las abiertas puertas, el olor del cálido sol sobre las flores inundaba el aire. Por sus recuerdos del jardín de la misión de Pekín, Guillermo sabía que sólo expertos jardineros podían procurar la perfección que veía. A su alrededor se extendían cuadros de flores con la precisión de alfombras policromadas. Un sendero de limpio ladrillo rojo conducía a una glorieta distante cosa de un cuarto de milla, en medio de una masa de pimpantes rosas tardías. El criado, saliendo de la glorieta, esperó respetuosamente que se acercara el señor Cameron.

—La señora está aquí, señor. Si usted lo desea, serviré el té dentro de media hora.

—Muy bien —dijo negligentemente el señor Cameron.

Entraron en el cenador, rodeado de enredaderas. Guillermo vio a una mujer esbelta, de cabello gris, y a un muchacho de su misma edad, aproximadamente. Sentada a una mesa, la mujer llenaba de rosas un cesto de mimbre. El muchacho, tendido en un diván, tenía sobre el pecho un libro con las tapas hacia arriba. Era alto, con el cabello rubio, la piel pálida y los ojos azules.

—Querida, te presento a Guillermo Lane —dijo Cameron—. Le encontré tendido boca abajo en el acantilado. Viene de China.

—¿Es posible? —exclamó la señora Cameron—. ¡Qué interesante!

Sus grandes ojos oscuros se fijaron en la cara de Guillermo.

—Celebro que le interese, señora Cameron —dijo el joven.

—Mi hijo se llama Jeremías —declaró Cameron.

Los muchachos se estrecharon las manos.

Cameron se sentó.

—También tengo una hija. ¿Dónde está?

La señora Cameron, mientras se ocupaba en sus rosas, repuso:

—¿Candacia? Ha ido al pueblo a comprar no sé qué. Le aconsejé que esperase para adquirirlo en la ciudad, pero ya sabes cómo es.

Cameron, sin responder, miró a su hijo.

—Guillermo va también a Harvard, Jeremías. Coincidencia, ¿eh? Así, os conviene conoceros.

Jeremías sonrió. Su boca, de comisuras muy acusadas, tenía una expresión dulce e incluso floja.

—Lo celebro. ¡Mira que venir de China! ¿Es interesante? Siéntate. Claro que podía levantarme yo, pero...

Guillermo se sentó.

—A mí China no me parece interesante porque siempre he vivido allí.

—¿Y no te sientes extraño en América?

—Aquí no.

—Creo que los chinos aman las flores —dijo la señora Cameron.

Guillermo meditó.

—Realmente —dijo—, no he tratado mucho a los chinos. Vivía en un *compound* y mi madre siempre estaba temiendo que los chinos me contagiasen algo. Teníamos crisantemos y recuerdo los jarros de lilas que solía traer nuestro jardinero antes del Año Nuevo chino.

Pareciéndole que no hablaba muy elocuentemente, resolvió, apremiado por su instinto, quedar mejor.

—Yo debería saber mucho acerca de los chinos, pero cuando uno es muchacho no se fija demasiado en las cosas. Los chinos corrientes son bastante sucios. Los demás están hartos de los occidentales y procuran no tratar con ellos. Incluso habría cierto peligro en hacerlo, porque a la anciana emperatriz no le gusta que...

—Creo que es una vieja malvada —intervino de súbito el señor Cameron—. ¡Mira que intentar suspender el comercio!

La señora Cameron suspiró:

—¿No les ha pasado nada a tus padres? Hemos leído en los periódicos cosas horribles. ¡Parece mentira! ¡Como si lo que hacemos no fuera sólo por su bien!

Guillermo no tuvo tiempo de contestar. Una voz clara y juvenil exclamó:

—¡Ya veo que estáis todos!

Una muchacha muy linda, de cabello rubio, se dirigía hacia ellos. Vestía enteramente de blanco, con zapatos blancos también, de tacón bajo, y llevaba en la mano una raqueta de tenis.

Se detuvo a la entrada, bajo las enredaderas. El sol, iluminando su cabellera, formaba un bello nimbo en torno a su faz. Se parecía a Jeremías, y su boca era suave también, pero con los labios llenos y encarnados.

—¡Hola! —dijo con voz dulce.

—Pasa —dijo Jeremías—. Te presento a Guillermo Lane. Mi hermana Candy, Guillermo.

Ella se inclinó.

—¿Juega usted al tenis?

—Sí, pero no tengo aquí lo necesario.

—Venga. Tenemos nosotros.

—Acaso no quiera, querida Candacia... —empezó la señora Cameron.

—Sí, y con mucho gusto —respondió Guillermo.

Se levantó. Jugaba al tenis muy bien. Lo prefería al *criquet* y siempre había experimentado una grata sensación de venganza cuando un jugador de *criquet* se oponía a él en uno de los campos, inmaculadamente cuidados por los *coolíes* de Pekín.

—Vuelve antes de irte —dijo Jeremías, sonriendo.

—Sí, ven —apoyó la señora Cameron.

El señor Cameron callaba. Recostándose en el espaldar del sillón de mimbre, se había adormecido.

Guillermo andaba junto a la muchacha, erguido y silencioso. Su instinto le decía que la joven estaba acostumbrada a que le hablasen mucho y con deferencia. A su juicio todas las mujeres americanas vivían demasiado mimadas. Hasta las criadas de su abuelo le sublevaban con sus pretensiones de independencia. En China una criada no era una mujer de independencia. En China una criada no era una mujer, sino una sirvienta.

—¿No te importa jugar en pista de cemento? —dijo Candacia, tuteándole.

De un armario del vestíbulo sacó unos zapatos de tenis y una raqueta, y se lo entregó todo.

—Nuestra pista —siguió diciendo— está anticuadísima, pero mi padre no quiere cambiarla. Yo prefiero las pistas de hierba, aunque eso no es fácil en una playa. Claro que si mi padre quisiera... Pero no quiere.

—Es igual —repuso Guillermo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Candacia, mirando el apuesto perfil del joven.

—Diecisiete.

—Yo dieciséis.

—¿Vas al colegio?

—No, pasaré un año en casa de la señorita Darrow, junto al Hudson, y luego me presentarán en sociedad.

Guillermo tenía muy vagas nociones de lo que significaba presentar en sociedad a una muchacha, pero, sabiendo que tenía un año más que ella, se sintió más seguro.

—¿Te presentarán en Nueva York?

—Claro. ¿Dónde, si no?

—Creí que quizás en Londres.

—No. Mi padre es americano hasta los tuétanos. Acaso más adelante me presenten en la corte de St. James. Un antiguo socio de mi padre es embajador allí.

—En China he conocido a muchos ingleses.

—¿Sí?

—Sí, y no me gustan. ¡Muy altivos! Como si fueran los amos del país. Sus barcos

mercantes navegan por todos los ríos del interior. Y los de guerra también. De no ser por nosotros, ya habrían convertido toda China en una colonia.

—¿Sí? De todos modos, ¿no saben hacer eso bien?

—No tienen derecho a avasallar todo —respondió Guillermo con altivez.

Candacia reflexionó.

—Supongo que no, aunque he pensado poco en esas cosas. Mi madre, Jeremías y yo hemos pasado mucho tiempo en Inglaterra. Papá no. Está tan ocupado.

—¿Qué hace tu padre?

—Tiene negocios y opera en Wall Street. O sea, que hace de todo.

Ya estaban en las pistas. Eran dos rectángulos rodeados de alambradas. En torno se extendían praderas con butacas y parasoles. No se veía a nadie.

—Como hace demasiado calor para jugar —dijo Candacia descuidadamente—, no hay nadie todavía. Dentro de un par de horas todo estará lleno.

—Pues no podré quedarme —adujo Guillermo.

—¿Por qué?

—¿Quieres que me vean con traje de baño y una chaqueta encima?

—No importa. Todos nos bañamos antes de anochecer. Y esta noche hay baile. ¿Te gusta bailar?

—Sí.

Danzaba muy mal, ya que nunca había recibido lecciones, y pensaba hablar del caso a su madre. Antes de ir a Harvard, necesitaba algunas.

Empezaron a jugar. A los pocos minutos él descubrió que podía vencer a la joven, no ya fácilmente, sino con seguridad. No obstante, y para ser una muchacha, ella jugaba bien. Su blanca figura corría ante él, enviando la pelota al desgaire.

—No veo —dijo Candacia al fin, con cierta irritación— cómo puedes devolver la pelota sin moverte.

—Sí me muevo —dijo él—. Pero me acostumbré a no correr. En China el sol quema mucho.

—También aquí.

Al cabo de una hora de juego, Candacia bajó la raqueta, estrechó gravemente la mano de Guillermo y dijo:

—Basta por hoy. Juegas bien. Tengo que ir a mudarme. Ya está viniendo la gente y estoy sudando. Deja aquí mismo los zapatos y la raqueta.

No le propuso que se quedara al té. Guillermo se sintió muy herido.

—Adiós —repuso—. Me voy.

Ella, con un movimiento de la raqueta y una sonrisa, le despidió, dejándole marchar solo. Guillermo pensó que había obrado mal jugando tan bien. Por su propio interés debía haber dejado ganar a Candacia. Las muchachas americanas estaban tan mimadas...

Alzó la cabeza. Jugaría siempre lo mejor que supiera. No cedería ante nadie.

Cruzando la amplia pradera descendió las escaleras hasta la playa, con la

chaqueta al brazo. El sol le quemaba los hombros. Ondulaba el agua sobre el suelo. Llegó a casa de su abuelo con los pies llenos de arena húmeda. Millie, la más joven de las criadas, salió, empuñando una escoba.

—¡Qué pies traes! —exclamó—. ¡Después de que he barrido! Verdaderamente, Guillermo...

Estaban solos. El muchacho se volvió hacia ella, furioso como un cachorro de tigre.

—¿Qué es eso de llamarme «Guillermo»? —exclamó.

Silbaban las palabras entre sus blancos dientes.

—¿Cómo se atreve a llamarme así? Parece usted una... una salvaje.

Y se alejó, sin volverse a mirar al asombrado rostro de la mujer. Mientras subía las escaleras oyó un portazo.

Poco rato después su madre llamaba a la puerta.

—Pasa —dijo él, con indiferencia.

Se había bañado y mudado y se esforzaba en hacer unos versos sentado a la mesa.

—¿Qué le has dicho a Millie? —empezó su madre.

Guillermo giró sobre su silla.

—Mejor harías preguntándome qué me dijo ella a mí. Me llamó Guillermo.

—No te enfades, Guillermo. Es del Maine, y allí todos...

—No me importa de donde sea. Bien puede llamarme señorito Guillermo.

—No llama señorito a nadie.

—Pues que no me hable.

—Guillermo, no es fácil vivir aquí siendo tantos como somos. Como no están acostumbrados a los niños...

—No soy ningún niño.

—Ya lo sé, pero...

—Madre, no estoy dispuesto a que las criadas me insulten.

—Lo comprendo, querido pero no son nuestras criadas.

—No toleraré que me insulte ninguna.

Su madre se sentó en una mecedora.

—Confieso que en cierto modo se vive mejor en Pekín —dijo—. Pero somos americanos, Guillermo, y has de hacerte a esa idea.

—No me haré a ciertas ideas.

Notó que su madre le admiraba a pesar de su disgusto. Se sentía orgullosa de su ánimo, de su apariencia, de su orgullo. Se meció unos minutos y dijo, levantándose:

—Ya le hablaré yo a Millie.

Salió del cuarto y él tornó a quedar solo. No escribía versos a Candacia. Candacia no le atraía. Escribía a propósito del alma de un hombre que descubre cómo es su país. Pero su escrupuloso gusto de las expresiones no quedaba satisfecho. Su poesía no era suficientemente buena. Rasgó las hojas y las arrojó a la papelera.

La granja de Pensilvania estaba tan lejana del resto del mundo como una isla en el mar. No existía nada allí cerca. Nadie iba nunca, ni nadie salía de allí tampoco. Los cinco niños, contando con Clem, formaban un grupo humano muy compacto, porque estaban a merced de un hombre y una mujer muy crueles.

Para Clem, la memoria de sus padres muertos y de las dos muchachitas que habían sido sus hermanas se tornaba vaga y distante, con una violencia tan inexplicable como la de los tifones de los mares del Sur. Pero en el encantado paisaje que divisaba la violencia era más rastrera y constante, sin posibilidad de escapar a ella.

El hombre y la mujer, como siempre él los llamaba en su pensamiento, negándose a llamarlos papá y mamá, eran de una crueldad animal. Ofendían a los muchachos, los rendían de fatiga, los despreciaban. Por ejemplo, cuando la vaca pinta tuvo un becerro en vez de una ternera, papa Berger dio un empujón a Tim.

—¡Quítate de en medio! —gritó.

Tim retrocedió para escapar al levantado puño del hombre, pero no lo consiguió y fue a parar contra el muro de piedra del establo.

Clem lo veía todo y no decía nada. Sus ojos atentos, su silencio, la singularidad de su inexplicable presencia, cohibían al matrimonio. No le pegaban. Su diligencia en el trabajo, su inteligencia, superior a la de todos los de la casa, no les daban excusa para ello.

Se levantaba temprano, lavábase en el riachuelo —la «corriente» lo llamaban allí — que había detrás de la casa, y se ponía a ordeñar. No bebía leche, por hambre que tuviera, aunque siempre la tenía. El dulzón y caliente olor animal de la leche le asqueaba y le desagradaba la aspereza de las ubres de las vacas en las manos. Pero había aprendido a extraer hasta la última gota del líquido, lo que le permitía, a escondidas, dar una suplementaria taza de leche a los niños. Escondía la taza bajo una piedra suelta del establo. Tan pronto como empezaba a ordeñar, los niños iban llegando, uno a uno, antes de que papá se levantase. Aquella taza de leche fresca reanimaba sus estómagos hasta la hora del desayuno, a base de gachas de maíz. Y pasaba el día, laborioso siempre, sin que ninguno pensase más que en la comida.

Clem, hasta entonces bajo y pálido, empezó de repente a desarrollarse. Sus huesos se ensancharon. Le obsesionaba el hambre. No quería robar a aquellos extraños en medio de los cuales había caído, y padecía de inanición. Soñaba con escudillas de arroz, pescado salado, coles verdes. En China, Dios les había dado qué comer y él había comido. Su hambre le impelía a rezar a Dios, como hacía su padre. Pero su padre solía ir a ver a personas que escuchaban sus preces a Dios. Pero por allí cerca no había, que él supiera, gentes semejantes. No se le ocurría que Dios operase a través de personas como los Berger.

Le asombraban aquellos seres humanos entre los que se encontraba. ¿Quiénes eran? ¿A quiénes se parecían? Nadie, ni parientes ni amigos, visitaban la casa. En

China todos tenían parientes y pertenecían a una familia. Pero aquel malvado matrimonio y los desolados niños no pertenecían a nadie. Clem no tenía comunicación alguna con ellos, ni ellos le decían nada, salvo las palabras necesarias para los menesteres del trabajo y la comida. Había en la casa un silencio propio de bestias. Nada mitigaba la desesperada dureza de los días, ni había cambio alguno, fuera del de los días y las noches.

Según un día seguía a otro, Clem pensaba que tenía que haber algún escape de aquello. Había caído en una red, en una trampa insospechada. Necesitaba salir de ella. Cualquier otra cosa que le esperase no podía ser peor. Los desolados niños no albergaban sueños de escapar, pero Clem descubrió en realidad que no tenían ilusión alguna, fuera de robar algo cuando Mamá Berger no los veía o de dejar de trabajar cuando Papá Berger volvía la cabeza. Eran ignorantes, y, como pronto lo advirtió Clem, también depravados. La primera vez que descubrió aquella depravación, sintió náuseas. Sus padres habían sido gente de corazón puro y de ellos había heredado Clem el amor de la limpieza moral. Fong era, asimismo, limpio en sus palabras y sus actos. En la conducta de las gentes de la campiña que circundaba a Pekín, Clem había visto sencilla naturalidad, pero a la par limpieza. El nacimiento era limpio y la convivencia de hombres y mujeres decente. Nada había en ello que Clem no conociese, porque conocía la vida. Pero allí tropezaba con la indecencia, con el furtivo manoseo de muchachos y muchachas, que se conducían como animales. Papá sonreía viéndolo, mientras Mamá Berger gritaba:

—¡Basta de eso!

Era una mujer gorda, con el cuello tan ancho como la cabeza, la cintura tan ancha como los hombros, los tobillos tan gruesos como las pantorrillas. Llevaba un vestido sin forma y con cinturón, que recordaba el corte de una caja de píldoras. Salvo cuando, a veces, iba a la ciudad con Papá, andaba descalza. Clem, hasta entonces, no había visto los pies de ninguna mujer. Las chicas siempre llevaban zapatos sobre sus vendados pies y su madre usaba medias y zapatos. En China era deshonesto para la mujer mostrar los pies, y Clem lo comprendía mirando aquellas masas de carne sobre las que se movía Mamá Berger.

Durante los primeros días Clem vivió en completo silencio respecto a los niños. Aunque hubiera querido, casi no había tenido tiempo para hablar. Papá le había llevado a un cuarto del piso superior, donde se veía un ancho lecho, una silla rota y unos ganchos en las paredes.

Unas ropas andrajosas colgaban de los ganchos. Papá, rascándose la cabeza mientras miraba el cuarto, había dicho:

—Me parece que no cabréis todos aquí. Se lo diré a Mamá.

Y, bajando la escalera de caracol, dejó solo a Clem. El muchacho se acercó a una de las ventanas abiertas en el grueso muro de piedra y contempló el hermoso paisaje. Largas y bajas colinas, con ricos campos entre ellas, se extendían hacia el horizonte. Nunca había visto el muchacho árboles semejantes. Pero, en realidad, había visto

muy pocos. El paisaje del norte de China estaba desnudo de ellos, con la excepción de algunos sauces y algún datilero en las aldeas.

El panorama invitaba a soñar, pero Clem sabía que, si alguna vez se había soñado algo en aquella casa, ello había dejado ya de ocurrir. Procuraba imaginarse a su padre, niño entonces, oyendo la voz de Dios quizás en aquel mismo cuarto. Si su padre no hubiese escuchado a Dios, Clem podía haber nacido allí y tener allí su casa. Pero eso era ya imposible.

Oyó un jadeo en las escaleras y la gruesa voz de Mamá Berger le gritó:

—¡Ven a ayudarme con estas mantas, muchacho!

Saliendo a la escalera, Clem vio el enrojecido rostro de la mujer tras un montón de sucias ropas de cama.

—¿Tengo que dormir en eso? —preguntó.

—Por supuesto —repuso ella—. Ponlo todo como te acomode.

Tiró al suelo las mantas y bajó. Él, recogiénolas, las dobló lo mejor que pudo, procurando buscar el lado más limpio para dormir encima. No pensaba, de todos modos, pasar más de un día o dos en aquella casa. Lo suficiente para conocer el nombre de alguna ciudad o alguna granja decente.

Pero no lo hizo así. La miseria de los niños le detuvo. No tenía familia alguna y de un modo singular aquellos muchachos le atraían. Se iría, sí, pero no antes de ayudarlos, de buscar a sus familias, de encontrar alguien bueno a quien explicar lo que les pasaba. Su soledad y sus andanzas le hacían confiar mucho en sí mismo. No temía a nada, mas pensaba que, si dejaba a los niños tal como estaban, los recordaría siempre.

En silencio, aquel primer día, preparóse el lecho y puso a la cabecera su maleta cerrada. Dentro había metido su ropa buena, vistiendo, en cambio, un andrajosos mono azul. Luego bajó.

La amplia cocina servía también de cuarto de estar. Mamá Berger cocinaba en una ancha marmita de hierro, que revolvía con una cuchara de metal.

—Papá dice que vayas a ese campo —indicó, haciendo un gesto—. Están cortando heno.

Él asintió, dirigiéndose a un distante terreno donde todos trabajaban. El sol, aunque caliente, no lo era tanto como en Pekín y las cosas tenían un aspecto grato. La opulenta fragancia de la tierra verde, el olor de las hierbas y los árboles, le acariciaba el olfato. ¿Qué sería el heno? No lo había visto nunca.

Acercándose, observó que era hierba. Hierba como la que los chinos empleaban para combustible.

Esperó un momento. Papá Berger lo vio.

—Ayuda a Tim —dijo.

Clem se acercó a aquel muchacho del cabello terroso.

—Tendrás que enseñarme. Nunca he trabajado en el heno.

—¿Pues de dónde vienes? —repuso Tim, sin interés en saberlo—. Anda, recoge



como yo.

Clem no contestó. Miraba las ásperas manos de Tim empuñar una horquilla y echar heno a un carro tirado por dos grandes caballos grises. Parecía un trabajo fácil, pero era duro. Sin embargo, continuaron cargando heno hasta que se puso el sol.

Desde aquel día siguió su vida así. El trabajo cambiaba de cosecha a cosecha, pero las horas eran las mismas del amanecer a la noche. Las muchachas trabajaban en la casa con la mujer.

No tardó en reparar en que se aguardaba cierto día que, vago al principio en las mentes de los muchachos, iba precisándose cada vez más. Aguardaban una visita de la que llamaban «la inspectora». Clem no pudo precisar quién sería. Hizo preguntas a Tim, el mayor y más razonable de los muchachos. A las niñas no les hablaba siquiera. Notaba en ellas un terror tan profundo, una timidez tan arraigada, que temía verlas correr si las llamaba por sus nombres: Mamie o Jen.

—¿La inspectora? —preguntó Tim con expresión estúpida.

Estaban recogiendo estiércol en el establo.

—¿La inspectora? —repitió—. Es una mujer,

—¿Por qué la llamáis inspectora?

Tim meditó durante no menos de un minuto.

—Yo no se lo llamo.

—¿Os inspecciona algo?

—No. Habla con Papá y Mamá.

—¿Qué dice?

—Cosas.

—¿Cuáles?

—Varían. Si trabajamos bien, si dormimos todos en un mismo cuarto, y así.

Y Tim sonrió.

—Papá y Mamá la temen —añadió.

—¿Por qué no se lo decís?

—¿El qué?

—Que no os dan de comer lo suficiente y que os pegan.

Tim abrió su ancha boca descolorida.

—No somos más que niños protegidos.

—¿Y eso qué es? —insistió Clem.

Tim, paciente, repitió:

—Lo que sabes. No tenemos familia.

—¿Quieres decir que no sabes dónde están vuestros padres?

Tim movió la cabeza.

—¿Han muerto? —preguntó Clem.

—Bump nunca los tuvo —respondió Tim.

Bump, el otro muchacho, llegaba en aquel momento con la carretilla, para llenarla de estiércol.

—¿No tienes parientes, Bump? —inquirió Clem.

—¿Eso qué es? —respondió Bump.

—Tíos, tías y primos.

—No tengo a nadie —repuso Bump, empezando a cargar el estiércol apilado por Clem.

—¿Nadie viene a verte?

—Nadie sabe que estamos aquí si no se lo cuenta la inspectora.

—¿Y por qué deseáis tanto que la inspectora venga?

—Porque Mamá —contestó Tim con terrible afán— hace entonces una gran comida y no nos riñe, ni siquiera mientras comemos.

Clem tiró la horquilla que manejaba.

—Si decís a la inspectora que os tratan mal, puede que os lleven a otro sitio mejor.

Hubo un silencio. Luego Tim habló.

—Estamos acostumbrados a esto. Vivimos juntos. Estamos acostumbrados también a Mamie y a Jen. Les asusta marcharse. Y yo he prometido que nunca diremos nada.

Clem percibió en aquello un terrible patetismo. Los desamparados niños habían formado a su modo una familia. Dentro de la crudeza de las circunstancias habían establecido un parentesco rudimentario. Tim, por ser el mayor, era una especie de padre, del que los demás dependían. Mamie, la niña mayor, tan apagada, tan quieta, era una madre a su modo.

Según pasaban los días, Clem fue advirtiendo cómo, dentro de la depravación que lo gobernaba todo, marchaban las cosas. El hombre y la mujer llevaban su vida propia, sin que nunca se pudiera decir lo que harían, como si fueran malos dioses. Los niños sufrían, pero callaban, porque entre sí habían creado algo que equivalía a tener un padre y una madre, un hermano y una hermana. La familia que habían organizado entre sí por necesidad les hacía temer la separación.

Clem no preguntó más. En su corazón expiró todo juicio. Algo semejante al amor empezaba a aproximarse a aquellos muchachos. ¿Cómo se uniría a ellos? ¿Lo aceptarían? Procuraba mantenerse apartado porque estaban sucios y sin lavar, porque tenían la cabeza cubierta de caspa, porque sin cesar se peleaban entre sí. Pensaba abandonarlos en cuanto pudiera. Pero pasaban las semanas y no acertaba a marcharse. Ellos eran cuanto tenía en el mundo.

Meditaba en la soledad de aquellos chiquillos. En China, estando el mundo incluido dentro de sus familias, no había niños abandonados, salvo en casos de hambre o guerra, cuando todos podían morir. Si no, si morían los padres en alguna catástrofe, quedaban siempre tíos o tías y primos carnales. Y si éstos faltaban, seguía habiendo primos segundos o terceros, o décimos, o vigésimos, y los niños quedaban siempre amparados dentro del círculo de los de su apellido.

Pero estos muchachos no tenían apellido. Había preguntado a Tim, el cual, tras su

usual momento de reflexión, respondió:

—Lo tenemos anotado en el libro de la inspectora.

—¿Y cuál es? —insistió Clem.

—No me acuerdo —dijo Tim.

Según se acercaba la visita de la inspectora, Mamá Berger se volvía más irritable.

—Necesito que se limpie la casa —dijo una mañana, en la cocina, mientras los niños comían pan y bebían café claro—. El martes viene la inspectora. Vosotras, muchachas, debéis empezar a trabajar. Hay que lavar toda la ropa.

Desde entonces hasta el temido y anticipado martes no hubo paz en la casa ni en el establo. Porque hasta el establo había que asear.

—Esa inspectora —gruñía Papá— es capaz de venir hasta a la cuadra, para andar entre las vacas. Por eso voy a decirle, Clem, que necesito más gente aquí. Que necesito otro muchacho. Eso le diré.

—¿Viene a menudo? —inquirió Clem, con voluntaria suavidad.

—La ley dispone que venga cada trimestre. Pero ella no viene tanto. Una vez al año, o dos. Siempre nos avisa su llegada. Me manda una postal con un mes de antelación.

La víspera de la inspección todos se bañaron. La mujer calentó una calderada de agua y bajo el cobertizo de madera los niños se lavaron uno tras otro, con blando jabón hecho en casa.

—Tú no estás casi sucio, Clem —dijo Tim, contemplando con admiración el cuerpo de su compañero.

—Es que me lavo en la corriente.

—Y en invierno, ¿qué harás?

—Romperé el hielo del arroyo... si sigo aquí.

Los otros, al oírle, miraron hacia la puerta. Sin apartar la vista del cerrojo, Tim cuchicheó:

—¿Piensas dejarnos?

—¿Es posible que te vayas y me dejes? —preguntó Bump, interrumpiendo el frotamiento de sus menguadas costillas.

—No soy de aquí —dijo Clem.

—Eres uno de nosotros —respondió Tim.

—¿Yo? —preguntó Clem, sintiendo en el desolado silencio que siguió un principio de calidez interna.

Tim, tiritando y desnudo, marcó una de sus acostumbradas pausas. Tenía hundidos los huesos de los hombros y el vientre formaba una cavidad entre los salientes huesos de sus caderas. En su pecho y en la pelvis empezaba a apuntar el pálido vello de la pubertad.

—Tampoco tienes a nadie —dijo.

—Así es —continuó Clem.

Tim hizo un gran esfuerzo de imaginación.

—¿No sabes?

—¿El qué?

—Suponiendo que siguiéramos en esta granja, tú serías el jefe. Como si fueses nuestro padre.

Los puños de la mujer aporrearon la puerta.

—¡Eh, afuera! Las chicas tienen que lavarse.

Todos se apresuraron, excepto Clem. Cogiendo el cubo del agua fría, se lo echó encima para quitarse el agua jabonosa con que los demás se habían bañado.

«Acaso me quede —se dijo—. Quizá sea lo mejor».

Por la noche, en la cama más limpia que había conocido desde su llegada, empezó a pensar en aquella su extraña familia. Lo que allí se necesitaba era comida. Recordaba los cuerpos de los muchachos, tal como los había visto, desnudos, con las costillas como suelas de barril, sus columnas vertebrales marcadas como sogas, sus cuellos hundidos y sus piernas flacas. La comida era lo más valioso del mundo. Sin ello la gente no resultaba humana. No podía pensar ni sentir, ni crecer, o, si crecía se desarrollaba enfermiza y sin salud. Todos debían tener alimento. La comida debía ser gratuita, de modo que quien la necesite pudiera ir y encontrarla cerca de donde estuviese; la comida debía ser tan gratuita como el aire.

Pensó en sí mismo como un hombre crecido, rico, independiente. Cuando fuese rico procuraría que todos tuviesen qué comer.

«No dependeré de Dios, como papá», decidió.

La inspectora llegó poco antes de mediodía. La habían esperado todos durante una interminable semana. La cuadra estaba limpia y la casa también. Todo lo no lavado se había escondido hasta que ella se fuera. Las muchachas llevaban unos vestidos casi nuevos que Clem no les había visto antes. Usaban calcetines y zapatos por primera vez. Papá se había puesto el traje de los domingos, pero estaba en mangas de camisa para no dar la impresión de que no trabajaba.

—Cuando te sientes a la mesa ponte la chaqueta —dijo Mamá.

—No tienes que enseñarme buenos modales —repuso él.

Ella permanecía sentada todo el tiempo porque, como se había puesto medias y zapatos, le dolían los pies. Las muchachas tenían que llevarle cuanto era menester. Vestía un traje de algodón casi limpio, Clem llevaba las ropas nuevas que los marineros le compraron. Sentados en la cocina, olían, hambrientos, la comida que hervía en el fogón.

—¡Ya viene! —exclamó de repente Papá.

Todos miraron a través de la puerta abierta. Clem vio que una mujer delgada y menuda se apeaba de un carricoche que ella misma guiaba. Atando el caballo a la puerta, avanzó por el camino. Llevaba una bolsa de raído cuero negro. Papá avanzó hacia ella, mientras Mamá se incorporaba sobre sus doloridos pies.

—¡Vaya, vaya! —exclamó papá—. No la esperábamos ahora y estábamos en

nuestro trabajo. Íbamos a sentarnos a comer. De saber que venía usted hubiésemos matado un pollo. Pero, como no lo sabíamos, no tenemos más que cerdo, patatas y legumbres. Las patatas son nuevas.

—Eso está bien —dijo la mujer, con voz no desagradable, parándose a la puerta de la cocina—. ¿Cómo anda todo?

—Muy bien —dijo Mamá Berger—. Los chicos algo flacuchos a causa de un catarro de verano. Les gusta jugar descalzos en el arroyo y no me decido a impedirselo. Ya sabe lo que son los niños. Pase y le prepararé un plato.

—Hace mucho calor —suspiró la inspectora, sentándose y quitándose su raído sombrero negro—. Veo que los muchachos crecen.

—Eso contribuye a que estén delgados —dijo Mamá Berger—. Procuro que coman mucho, aunque no consigo que engorden. Y tienen buen apetito. Ya verá de qué modo comen. ¡Exageradamente! Pero no les riño.

—Lo supongo —dijo distraídamente la inspectora, buscando unos papeles en su monedero—. Voy a tomar notas ahora, porque tengo que irme en cuanto coma. Verdaderamente me corresponde una demarcación muy grande. A ver, ustedes tienen cinco niños... ¡Ah, el libro menciona cuatro!

Papá principió, apresuradamente:

—Clem es un muchacho nuevo. Vino un día y le mandé quedarse porque no tenía adonde ir. Iba a explicárselo ahora...

—¿De dónde vienes, muchacho? —preguntó la inspectora con repentina severidad.

—Del oeste —repuso Clem, que la miraba muy fijo como todos los demás.

No había dicho a nadie que procedía de China. De China no sabían nada y no era cosa de empezar a contarle.

—Pues no debías haber hecho eso —declaró la inspectora, con los ojuelos centelleantes de indignación—. Debías haberte quedado en tu tierra. El estado no puede encargarse de casos de caridad procedentes de otros estados. Voy a tener con esto una complicación.

—Mi abuelo habitaba aquí —dijo Clem— y yo no sabía que había muerto.

—Era Carlos Miller —aclaró Papá—. El que se ahorcó cuando le hicieron sheriff. La inspectora miró a Clem.

—¿Eres nieto suyo?

—Sí.

—Di «sí, señora». ¿Qué pruebas puedes darnos?

—Ninguna —repuso Clem.

—Es nieto de Carlos —atajó rápidamente Papá—. Tiene la misma cara y los ojos del mismo color, y todo. Yo respondo de ello.

—No sé qué hacer —suspiró la inspectora.

Tenía la cara marchita y arrugada la boca. Pasado el arrebato de cólera, sus ojos parecían apagados detrás de sus lentes. No se veía anillo de casada en su mano. Como

solterona, estaba harta de los hijos ajenos.

—¿Por qué no apunta usted que son cinco? —indicó Papá—. Así no pasaría nada.

—Lo haré —murmuró ella—. Uno de los muchachos de otra casa ha muerto. Pasaré a éste su asignación.

—Eso evitará dificultades —insistió Berger.

Y así se hizo. Clem ocupó el lugar del muchacho muerto.

Se sentaron a comer. Sobre la mesa se puso la fuente de cerdo con legumbres, rodeado de patatas hervidas, y algunos platos de dulces y encurtidos. Había empanada de manzana y, menos Clem, que bebía agua, los niños tomaron leche de un cántaro.

—Debes beber leche, muchacho —dijo la inspectora—. Por eso a los niños les conviene vivir en el campo.

—No me gusta la leche —adujo Clem.

—Di «señora» —recordóle la inspectora—. Además, no me importa que te guste o no. Hágale beber leche, señora Berger.

—Lo haré —prometió la interpelada.

No había tiempo para hablar, sino sólo para comer. Los niños devoraban desesperadamente, hasta saciarse.

—Ya veo —dijo la inspectora— que a esta edad no se sienten hartos nunca.

—Hago lo que puedo para satisfacerlos —dijo Mamá.

Terminada la comida, la inspectora se levantó y se puso el sombrero.

—Todo lo encuentro bien, señora Berger —declaró—. No dejaré de alabarla. No quiero molestarle en subir. De paso que salgo, señor Berger, pasaré por el establo. Los niños son afortunados. Están mejor que en sus propias casas. ¿Qué es eso?

Tim, en la puerta, exhalaba algunos extraños ruidos. Clem dijo:

—Es que desea saber su apellido.

Los incoloros ojos de la inspectora volvieron a encenderse.

—¿Es que no sabes decir «señora» cuando hablas? —inquirió, dando un paso hacia él.

Clem no respondió. Papá intervino.

—Para la próxima vez que usted vuelva ya le habré enseñado a decirlo.

—Así lo espero —dijo la inspectora, indignada. Y olvidando la pregunta de Clem se dirigió al establo.

La conciencia en el pecho de Clem era concreta y pura como una joya. La sentía pesar noche y día. Había crecido con él y tenía facetas para él extrañas. La simple fe de su padre había sido su principio, pero habíase acrecido después, no con más fe, sino en dudas mezcladas de sufrimiento, piedad y amor, primero cuando con sus padres y hermanas había padecido hambre, y luego siempre que veía casos de necesidad doquiera que los encontraba. Allí, en la granja de su abuelo, sentía hambre también constantemente, y esa hambre no le hacía sino aumentar el peso de su

conciencia. Si él tenía hambre, ¿qué no tendrían los niños? Porque, aunque Tim fuese mayor y más alto que él era y siempre sería un chiquillo. Siempre, mientras viviera, dependería de otros para ser alimentado y estaría a merced de cualquiera que tuviese un cerebro regular. Mamie era también benigna y mansa, y Jen una niña que vivía siempre en medio de terrores recordados y de temor de terrores futuros. Bump, taciturno y más recio, seguía a Clem como un can. Por la noche, con obtusa persistencia, insistía en dormir junto al lecho de Clem.

¿Quién podía saber lo que en ellos había? Pasaban la vida obsesionados por el hambre. No osaban robar mendrugos del aparador, pero robaban al perro. Mamá Berger reunía las sobras y huesos y los apilaba en una tartera vieja de metal, junto a la puerta de la cocina. Un día Clem saliendo repentinamente del establo, encontró a los cuatro niños, como él consideraba, apiñados en espera de que el perro comiese. No se atrevían a disputarle su ración por temor a que, gruñendo, atrajese la atención de Mamá Berger. Procedían con astucia. Bump, a quien el animal quería mucho, le acariciaba y, aprovechando su distracción, mientras el perro se volvía y movía la cola, Tim y Mamie arrebataron puñados de los desechos.

Viendo fijos en ellos los ojos de Clem, se encogieron como si estuvieran ante Papá. Y la conciencia del muchacho ardió de un modo que él bien conocía, con un fuego a la par frío y consumidor. No amaba a aquellos niños andrajosos y le repelían su suciedad y su ignorancia. El lenguaje que empleaban le recordaba los gruñidos de que para comunicarse unas con otras se valen las bestias. Pero no por ello merecían pasar hambre.

Viéndolos con la comida del perro entre las manos, en tanto que le contemplaban con temor, volvióse y entró en la cuadra. Allí reanudó su tarea de desgranar maíz. Papá Berger dormía sobre el heno. Pensando en el trabajo que le esperaba, el hombre había bostezado ruidosamente después de comer y gruñido, mientras se tumbaba:

—Concluye eso, tú.

Pasada una hora Clem fue a la casa a beber. El cerdo con berza que habían comido estaba muy salado, pero él olvido su sed. En su mente bullía la resolución de fugarse.

Una vez el señor Fong le había dicho:

—Entre treinta y seis maneras que hay de escapar, la mejor es echar a correr.

Era un antiguo proverbio chino, que Clem recordaba con viveza en aquel momento. Tenía de chino más de lo que creía. La primordial sabiduría de las gentes que hacía mucho habían aprendido la manera de realizar las cosas esenciales, había arraigado en él desde que tenía conciencia de sí mismo. Aunque valeroso, y con recio valor natural, le constaba que la primera muestra de inteligencia en un hombre consiste en conservar la vida. Sólo los muertos callan, porque nada pueden hacer.

También había heredado la conciencia de su padre y de su abuelo. En ocasiones, entrando solo en el establo, Clem miraba la viga que Papá le enseñó.

—Ahí se ahorcó tu abuelo.

—¿Por qué? —preguntó Clem una vez.

—Porque tenía el corazón demasiado blando —respondió acusadoramente Berger.

Posteriormente había añadido pormenores.

—El viejo cogió una cuerda que había comprado dos días antes para conducir un ternero. Tenía la tonta idea de que cuando los hombres ocupan cargos de autoridad pueden arreglar las cosas. Por otra parte, no quería el cargo de sheriff, pero el jefe del partido se empeñó en que lo aceptase, por bien de la organización. Y lo primero que el viejo tuvo que hacer fue ejecutar un embargo hipotecario en una finca. Ésa de ahí —dijo Papá Berger, apuntando con el dedo—. Como hablé, era muy blando de corazón. Aseguró que antes de hacer el embargo prefería morir. Claro que nadie le tomó en serio. Pero en serio hablaba. Al día siguiente lo encontraron ahorcado.

Clem no contestó. Papá Berger no hubiese comprendido la única respuesta que él podía darle. Era natural que su abuelo prefiriera morir... Había sido el modo de escapar a un intolerable deber. Pensaba mucho en su abuelo y andaba por la casa buscando vestigios de aquel hombre viejo, concienzudo, escrupuloso. Por ejemplo, el establo era mayor de lo usual. Las vacas tenían sitio para tenderse cómodamente. Papá Berger se indignaba contra aquel desperdicio de espacio. El abrevadero era bastante grande para que todos los caballos bebiesen a la vez. El agua llegaba desde el pozo por una cañería de hierro, y así estaba siempre fresca. El peldaño que separaba la cocina del cuarto de estar había sido convertido en un ligero declive. La abuela de Clem, según decía Papá, se había vuelto ciega en su vejez.

Herederero de la conciencia de sus antepasados, las miserias de su vida presente no endurecían a Clem. Sentía, en vez de ello, un continuo disgusto en el corazón, el dolor de un remordimiento por pecados de los que no era culpable. Había procurado curar superficialmente aquel desasosiego procurando que los niños comiesen más... Pero no era fácil y, tras una lucha consigo mismo, resolvió, el día que vio lo del perro, robar lo que pudiera.

Le enojó ver que, en cuanto la inspectora se fue, acaso para no volver en muchos meses, el matrimonio recaía en su negligente crueldad. No se servía carne y la leche se tomaba aguada. Mas no osaba quejarse. Estaba en manos de aquella gente, que, si le veía airado, podía impedirle la fuga. Su infancia en China le había enseñado a no expresar su furia, porque la furia no es buen arma. La furia puede dar energía al ánimo, pero sólo si se reprime y domina. Por lo tanto se calló su rabia y, habiendo resuelto robar comida, hízolo con profunda astucia. Tan hábilmente, que el hombre pensaba que la mujer había cogido sobras y la mujer atribuía lo mismo al marido. No se creían y se increpaban mutuamente. Los inexpresivos rostros de los niños no manifestaban nada. Consolaba a Clem pensar que el flácido estómago de Tim tenía dentro un pedazo de carne o un poco de jamón curado al humo, y que en el de Jen se albergaba un trozo de pan con manteca. Les daba siempre su botín sin guardarse nada. En la mesa tenía el valor de comer más que los pequeños, y, como trabajaba de



firme, Papá le daba más de lo que usualmente le hubiese dado. Clem robaba la leche sin el menor escrúpulo. En el prado, tras un repliegue del terreno, los niños acudían a él en las horas comprendidas entre las comidas, y él, sacando un recipiente de lata que escondía tras una piedra lo llenaba de leche que tomaba de todas las vacas, nunca de una sola. Así cada niño bebía al día dos jarros suplementarios de leche recién ordeñada. Clem había resuelto huir con todos en cuanto estuviesen un poco fuertes. Había de ser antes que el invierno llegase.

Había supuesto que en otoño irían todos a la escuela. Tim le había dicho que la ley exigía que se les diese instrucción gratuita, y Papá Berger tenía que cumplir la ley. Esto, pensaba Clem, facilitaría su fuga. Un buen día escaparían y llegaría la noche antes de que Papá pudiera dar parte de su fuga.

Pero no había contado con la astucia de Papá, quien le dijo un día:

—No te harán ir a la escuela, Clem. Eres demasiado mayor.

Clem alzó la vista que fijaba en el montón de heno.

—Quiero ir a la escuela.

Papá rió sofocadamente.

—¿Sí? Ni siquiera sabe nadie que estás aquí.

Clem, mirándole silencioso, esperaba. Una terrible comprensión se infiltraba en su cerebro.

—¿Ves? —decía Papá, mientras, apoyado en un pesebre, se hurgaba los dientes sucios por la comida de mediodía—. Viniste aquí sin que se supiera y se desconoce que vives. El patronato escolar ignora tu existencia.

—Yo avisaré —dijo Clem con voz estrangulada.

—Prueba a hacerlo —repuso Papá.

Clem no contestó. Siguió atento al heno mientras su mente trabajaba de firme. Aquélla era la razón definitiva para marcharse. No podía seguir esperando. Crecer en la soledad y en la ignorancia era insoportable. Había soñado vagamente con hallar personas que le ayudasen, maestros de escuela a los que pudiera explicar la miseria de los niños. Quizá Papá hubiera pensado en eso también.

—No podemos decir nada a los profesores —había explicado Mamie una vez—. Papá dice que nos matará si lo hacemos, y es muy capaz.

—Es verdad —habló convencido Tim.

—¿Verdad que no dirás nada? —preguntaba ahora Papá a Clem.

—No —contestó él—. De todos modos, no he ido a la escuela nunca.

Apartó la cara y Papá no viendo más que su cuerpo inclinado sobre el heno, se alejó.

Pero Clem, cuya paciencia tenía la duración propia de los que nunca conocieron cosa mejor, había llegado a una decisión final. Huiría el sábado, cuando el matrimonio fuera a la población a hacer compras. Escaparía de aquella profanada casa de sus padres, llevándose a los niños, que sin él morirían de hambre. Más pronto o más tarde, acabarían pereciendo, porque ya estaban medio inanes, y sus frágiles

cuerpecillos luchaban para defenderse y apenas conservaban la vida, incluso cuando no estaban enfermos. No sabía adónde ir ni qué hacer con ellos. Aunque encontrara trabajo, no ganaría lo bastante para mantenerlos a todos.

Recordaba los días de Pekín, cuando no había sabido paladear la dulzura que tenía en la boca. Evocaba la agradable tienda de Fong, los buenos cuartos interiores en los que, ante una mesa cuadrada, enseñaba a Yusan, Rememorando aquella casa rica en gentilezas, sentía picor en los párpados. En sus padres no pensaba. No los recordaba vivos, sino muertos, y procuraba alejar esta idea hasta provocar el vacío en su mente. Ni siquiera se acordaba de sus rostros. En cambio, se le aparecían nítidamente el del señor Fong y el de su esposa, contraído en sonrisas, cuando le llevaba los bollos y la carne en rollos. Aquella comida le hacía soñar.

Lentamente, con la conciencia en tensión, Clem trazó sus planes. El sábado, temprano, en cuanto el matrimonio saliera de casa, él hablaría a los niños. No se atrevía a prepararlos de antemano, porque la puerilidad de los chicos le impedía confiar en ellos. Los ayudaría a recoger y atar sus ropas, Y marcharían con todos los víveres que hubiera en la casa.

La mañana del sábado amaneció clara y fresca. Por odiosa que fuese la vida que allí llevaba, Clem se sintió enamorado de aquella tierra. Despertó tan pronto como de costumbre, incluso antes de que las recias pisadas del hombre conmoviesen la estrecha escalera.

Se vistió y, por la ventana, se dejó caer sobre el tejado de un cobertizo. Desde allí bajó al arroyo, para lavarse en un remanso formado por una pequeña y superficial cascada. El lecho del arroyo era de roca, tan nítidamente cortada que, cuando descendía el agua, las piedras se perfilaban claramente, como grandes baldosas chinas. Tomando una veintena de ellas él las había puesto en el fondo del remanso, donde, cuando el sol brillaba a través del agua, como aquella mañana, relucían con tonos de húmedo ámbar, castaño y oro.

El riachuelo quedaba oculto de la vista de la casa por un seto de pequeños sicomoros, retoños de un sicomoro enorme cuyas raíces penetraban a distancia en la tierra, buscando el agua. Tras aquel muro de suave verdor, Clem se desnudó y hundiéndose en el líquido, casi invernalmente frío aquella mañana. Más allá del arroyo alzábanse dulcemente las colinas, con sus bosques verdes, aquí y allá matizados por el oro del otoño. Estaba hermoso el cielo, de un azul más suave que los cielos chinos y más a menudo variable con nubes blancas y móviles.

Clem se preguntaba a menudo dónde estaban las gentes de aquella tierra y cómo podía suceder que en una casa vivieran unos niños que a nadie preocupaban, sumidos en la ignorancia y en la brutalidad, y a merced de un hombre y una mujer irresponsables. En China no hubiera sido posible que la casa de un anciano hubiese sido vendida tan sumariamente a raíz de su muerte. Había preguntado una vez a Papá Berger cómo se había vendido la finca y Berger le respondió que fue para pagar contribuciones atrasadas. ¿Y cómo no pagaba las contribuciones algún pariente?

¿Cómo aquel viejo había vivido tan solitario, incluso admitiendo que su hijo hubiera marchado tan lejos? ¿Y por qué, por qué —y ésta era la cuestión suprema entre todas— había su padre dejado su casa e ido a un país de ultramar, donde se hablaba una lengua que no comprendía, para predicar un dios desconocido y que no le importaba a nadie?

Estas cuestiones no se podían resolver. Papá Berger había dicho lo cierto. De la existencia de Clem nadie tenía noticia.

Clem salió del agua fría del remanso y se secó el cuerpo con las manos, agitando los brazos después. A pesar de la mala alimentación estaba sano y la sangre afluía, caliente, a su piel. Vistiéndose, subió la cuesta que llevaba a la casa. Papá Berger estaba ya en el establo. Clem, sin saludarle, tomó un taburete y un cubo y comenzó a ordeñar una vaca careta.

Al principio, acostumbrado a saludar a todo el que veía, como en China, daba siempre los buenos días al hombre, a la mujer y a los niños cuando los veía por la mañana. Después notó que esto los sorprendía e incluso les inspiraba cierto desdén, porque imaginaban que quería darse importancia. Así, aprendió a seguir la norma de todos y a ocuparse en silencio de procurarse comida.

Aquella mañana no hubo los usuales alborotos y gritos. Papá Berger enganchó temprano el carro y comenzó a cargar los pocos sacos de trigo que deseaba vender y algunos cestos de manzanas. Dejó a Clem el cuidado de ordeñar y se fue a la cocina a comer y vestirse. También la mujer se apresuraba a vestirse y comer. En el espacio de una hora quedaron listos los dos y dejaron a las niñas el trabajo de arreglar la casa y fregar los platos.

Berger gritó desde el pescante del vehículo:

—¡Clem! Estercolea la tierra. Cuida las gallinas. Tim hará lo que le mandes. Ya le he encargado que te obedezca.

—Os he puesto la comida en la cocina. Tenéis bastante. No abráis latas ni nada —avisó Mamá.

Clem, saliendo del establo, asintió y permaneció muy tieso, cruzado de brazos, mirando alejarse el carromato. Pensaba cómo era posible no odiar a aquella gente, y no la odiaba, sin embargo. Eran lo que eran sin culpa propia. Su bestial ignorancia era inocente y su crueldad fruto de su ignorancia.

A veces, él había visto escenas de degenerada crueldad en las calles de Pekín. Allí las gentes sabían las cosas, se les había enseñado lo que era la humanidad, y cuando violaban lo que conocían, provocaban males inmensos. Pero al matrimonio Berger nadie les había enseñado nada. Procedían crudamente, como animales. ¿De dónde procederían?, se preguntaba él a menudo. ¿Serían los demás como ellos? No había cerca vecinos y no podía comparar a la pareja con nadie.

Terminó de ordeñar las vacas y llevó la leche al invernadero, para que se enfriase. Luego fue a la cocina en busca de vituallas. Como de costumbre, cuando se iba el matrimonio, nadie había hecho nada. La escueta mesa estaba cubierta de platos

sucios. Mamie y Jen, sentadas a ella, permanecían silenciosas, cansadas e inmóviles. Tim dormía en la rajada butaca de Papá Berger. Bump comía aún, girando lentamente en torno a la mesa para recoger migajas.

—¿Me has preparado el desayuno, Mamie? —preguntó Clem.

Ella hizo un ademán señalando el fogón. Clem abrió la puerta del horno, sacó una escudilla de maíz hervido y se sentó al extremo de la mesa.

Miró a todos. Los ojos de Tim, apagados, de un tono de oscura ágata, tenían menos expresión que los de un perro. Su boca, siempre abierta, exhibía una lengua singularmente grande tras sus dientes. Su cuerpo, largo y delgado, mera colección de huesos mal unidos, asumía las formas más desgarbadas. Mamie era pequeña y nada había en ella merecedor de atención. Jean, probablemente, moriría pronto. No crecía y las fuentes de la vida estaban exhaustas en ella.

—Ven —dijo Clem a Bump— y termina esto si quieres. No puedo con todo.

Le tendió la escudilla. Bump, cogiéndola, se sentó en un montón de leña que había tras el fogón, donde solía esconderse. Era frecuente que la mujer, empuñando el atizador, le echase de allí a golpes, pero aquel día le cabía al niño gozar de su placer.

—Escuchadme todos —dijo Clem, inclinándose hacia la mesa.

Los rostros de los niños se volvieron a él.

—¿Os gustaría marcharos de aquí?

Hablaba con claridad y concreción, porque había advertido que sólo así le escuchaban. Acostumbrados a las fuertes voces del matrimonio, no atendían a otras.

—¿Adónde? —preguntó Tim, tras una pausa.

—No lo sé. Huiremos en busca de algo mejor.

—¿Dónde dormiríamos? —preguntó Mamie.

—Llevaremos una manta cada uno y dormiremos en los pajares hasta encontrar una casa o unas habitaciones.

—¿Y qué comeríamos? —insistió la niña.

—Yo trabajaré para ganar dinero y comprar algo. Tim podría trabajar también. Y acaso tú encuentras una casa donde ayudar.

Había esperado alguna excitación y hasta algo de alegría, pero no sobrevino nada de ello. Le miraban con ojos inexpresivos. Jen no parecía haberse enterado siquiera. Parecía medio dormida, o enferma acaso.

—¿Te sientes mal, Jen? —preguntó Clem.

La niña alzó sus grandes ojos de color azul pálido hacia él. Quizá no le mirase a las pupilas, sino a la boca. Movié la cabeza.

—Estoy muy cansada —cuchicheó.

—¿Tanto como para no poder acompañarnos al aire libre, Jen? Después de andar unas millas podríamos pararnos y descansar.

La muchacha volvió a mover la cabeza.

—Si Jen no va, yo tampoco —dijo Mamie.

—Yo no voy —afirmó Tim.

Clem los miró, sorprendido.

—¡Si aquí no os gusta estar! Os tratan mal y no os dan suficiente comida.

—Somos niños protegidos —dijo Tim—. Si vamos a otra parte, nos pasará igual.

—No seréis niños protegidos —repuso Clem—. Yo arreglaré eso.

—Siempre seremos niños protegidos —contestó Tim—. Cuando uno lo es una vez, la cosa ya no tiene remedio.

Clem sintió repentina irritación.

—Pues os dejaré aquí. He resuelto irme y me iré. Podéis decirlo a esa gente cuando vuelvan esta noche. Decidles que no volveré más. Que no se molesten en buscarme.

Le contemplaron; en los ojos de Jen brillaban las lágrimas.

—¿Adónde vas? —preguntó Tim con voz débil.

—Quizás al sitio de donde vine —respondió Clem con amargura.

Anhelaba indeciblemente tornar a la casa, tan familiar, del señor Fong, a las calles de Pekín, que sólo ahora comprendía que amaba. Eso era imposible, pero dejar aquella casa sí era posible. Por el momento la ira extinguió su conciencia. Había ofrecido a los muchachos una posibilidad y la rechazaban. Les había prometido encargarse de ellos, aunque no eran de su familia, y rechazaban aquel espinoso modo de alcanzar la libertad. En lo sucesivo sólo pensaría en sí mismo.

Subió las escaleras, cogió su maleta y guardó en ella su ropa. Le quedaba algo de dinero que los marineros le habían dado y lo guardaba en una bolsita de franela que le hizo un marinero también. Llevábala día y noche atada a la cintura, para que ni el hombre ni la mujer se la descubrieran y quitasen. Por un momento meditó si cogería una manta y luego se sublevó contra la idea de sacar de aquella casa cosa alguna. Ni siquiera tomaría pan. Una vez solo estaría en libertad de morirse de hambre, si le parecía.

Bajó las escaleras, cargado con su maleta. Los niños seguían en la cocina, tal como los dejara. Ninguno se había movido. Cuando entró, todos le miraron en silencio.

—Adiós —dijo con resolución—. No olvidéis que mi deseo era que me acompañaseis.

Sacó del bolsillo su doblada gorra y se la puso en la cabeza.

—Adiós —repitió.

Le miraron, siempre sin contestar. Animado por su redoblada rabia, cruzó la cocina y por el patio lleno de hierbajos alcanzó la desgoznada verja. Saltó por encima y marchó camino abajo, alta la cabeza, para entrar en un mundo que no conocía.

La desesperación le impelía y le daba valor. La belleza del paisaje le animaba. Seguramente habría allí personas amables, como el señor Fong, que le acogerían y darían albergue. Trabajaría para pagar cuanto recibiera y algún día retornaría a ver a los pobres niños que dejaba en la cocina de la casa.

Había recorrido cosa de una milla cuando oyó ruido de pies sobre el polvoriento

camino. Volviéndose divisó a Bump, que le seguía corriendo. Le esperó.

—¿Qué quieres, Bump? —preguntó al niño de cara y cabellos terrosos, que llegaba jadeando, con la boca aún manchada de gachas de maíz.

—Me voy contigo —murmuró el otro.

Clem le miró, deplorando por un momento la nueva carga. Y en seguida su conciencia volvió a la vida. Llevaría a aquella criatura consigo, como si fuese un hermano menor.

—Bien —dijo concisamente—. Adelante.

### III

A mediados de agosto, mientras los titulares de los periódicos anunciaban el fin del asedio de Pekín, un cablegrama del doctor Lane dio noticias de que se proponía continuar en China. La Corte Imperial había huido y la anciana emperatriz se quejaba clamorosamente de sus desgracias. El día de su fuga no había podido peinarse siquiera y todo su almuerzo se redujo a un huevo cocido.

La señora Lane dijo vivamente:

—¡Bien merecido! Creo, Guillermo, que debo irme con tu padre. Pero tú podrás arreglarte solo... Siempre que te procure ropas antes de ir al colegio.

Para el examen final de setiembre, Guillermo fue a Cambridge. No había hecho los exámenes preliminares, pero la señora Lane presentó al decano un certificado de estudios firmados por el director de la escuela de Chefú. De tal modo habló, solicitó y persuadió, que el decano, impresionado, concedió a Guillermo cierta clemencia; admitiéndole condicionalmente.

Él confiaba en que, cualesquiera que fuesen las promesas hechas por su madre al decano, en cuatro años las cumpliría. Y aun prefirió no conocer lo que su madre hubiera dicho y hecho por él. Como tampoco conocía, aunque lo sospechaba, que el admirable acuerdo a que se llegó con el señor Cameron a fin de que Guillermo fuera compañero y, en caso necesario, ayo de Jeremías, se debía al fértil cerebro de la señora Lane.

En efecto, antes de volver a China, la señora Lane escogió una tarde de domingo para visitar a los Cameron. Durante el verano había trabado, si no intimidad, amistad con ellos. Guillermo iba casi todas las tardes a jugar al tenis a la casa de lo alto del acantilado. Y luego pidió a su madre que visitase a la señora Cameron, siempre que ni sus hermanos ni su abuela la acompañaran.

—Los Cameron son la clase de gente con quienes me entiendo bien —manifestó—. Deseo que sepan que tengo una madre de la que no me debo avergonzar. Los demás no interesan.

La señora Lane se sintió conmovida.

—Gracias, querido.

Todo había resultado bien. La señora Cameron explicó que habían de perdonarle que no devolviera la visita, porque en verano no hacía visitas nunca. No obstante, Guillermo y su madre fueron invitados a comer dentro del mismo mes.

Tras la velada, en la que la señora Lane habló de la emperatriz viuda y de las magnificencias de Pekín, ocurriósele a la indomable madre un idea que podía resolver un problema que le preocupaba mucho. A pesar de todos sus esfuerzos, resultaba claro que Guillermo tendría que ganar dinero, de un modo u otro, mientras estuviese en el colegio, y ella no acertaba a imaginar cómo había de hacerse aquello.

Había consultado al decano y éste la sugirió que Guillermo sirviera las mesas, como camarero, o fregase platos. Ella acogió la oferta con aparente gratitud, aunque

sabía que no era viable. Pero, recordando la deliciosa tarde pasada en la gran casa a orillas del mar, la señora Lane llegó a la conclusión de que era lamentable que el heredero de tan vasta riqueza fuese un muchacho pálido y enclenque. ¡Con lo bien que Guillermo se hubiera aprovechado, sin dejar de ser nunca un mozo apuesto y principesco!

Meditó en el caso algunas semanas y al fin decidió hacer una postrera visita a los Cameron. Escribió a la señora Cameron una breve nota, agradeciéndole todas sus amabilidades del verano, mencionando su inminente regreso a China, expresando el sentimiento que le causaba dejar a su hijo solo y sin amigos, y pidiendo permiso para ir a despedirse de ellos. Y cuando la señora Cameron le telefoneó diciéndole que estaría en su casa determinado domingo, allí se presentó a las cinco de la tarde.

El mayordomo la condujo al saloncito, donde la señora Cameron permanecía sin hacer nada, mientras el señor Cameron leía *The Transcripta*.

—Siéntese —dijo la señora Cameron haciendo un gracioso movimiento con su ensortijada mano izquierda.

—Gracias —repuso la señora Lane.

Había pasado largo rato preparándose para la ocasión. Había querido parecer sencilla, pero no pobre. Necesitaba dar impresión de buen gusto y de ser una persona civilizada.

Conociendo la impaciencia de los ricos, había abordado su tema tan pronto como el señor Cameron suspendió su lectura para saludarla.

—Por mí no deje de leer —le dijo—. Sólo he venido unos momentos para despedirme y para otra cosa, a propósito de Guillermo.

—¿Qué hay acerca de él? —preguntó el señor Cameron.

—Siempre ha ido muy bien en la escuela —repuso la señora Lane—, y era de esperar. Su padre se graduó en Harvard «summa cum laude». Pero lo que pasa es que Guillermo es muy joven y está muy solo. Nadie puede sustituir a sus padres. Sus abuelos son viejos y no le comprenden. Además, tienen la responsabilidad de las niñas. Los padres de mi marido han muerto y la familia está diseminada. Si Guillermo pudiese contar con el apoyo de ustedes... a través de Jeremías...

—Puede venir aquí cuando quiera —dijo con suave voz la señora Cameron—. Hay sitio de sobra.

La señora Lane suspiró.

—Gracias, señora Cameron. Temo mucho las vacaciones, tan largas... Mi padre dice que Guillermo debe ganarse parte de sus gastos, pero ¿qué sabe Guillermo de eso?

—No le perjudicará trabajar —dijo el señor Cameron.

La señora Lane se apresuró a mostrarse de acuerdo.

—Eso mismo dice mi padre y de seguro tienen razón los dos. Pero, señor Cameron, para el primer verano al menos, ¿no podría usted encontrar algo apropiado para mi hijo y que le evitara andar en malas compañías? Porque todavía no conoce a



los americanos, sus compatriotas...

—Puedo hacerlo —dijo Cameron—. Para los jóvenes siempre hay empleos, si son como deben ser. Por mi parte, desde los quince años empecé a ganarme la vida.

La señora Lane acometió bravamente la parte más difícil de su finalidad.

—Voy a pedirle, querido señor Cameron, algo muy atrevido. ¿No piensa que mi Guillermo podría ser útil a su hijo? ¿No podría atenderle e incluso repasarle las lecciones? Si, por ejemplo, su hijo estuviese enfermo, Guillermo acudiría a sus clases, tomaría apuntes para él... En fin, esas cosas, ya sabe...

La señora, contemplando los severos ojos de Cameron, miró a la esposa del anciano como rogándole ayuda. Con alegría notó en la otra mujer una benigna aprobación.

—Sería buena idea, Roger —expuso la señora Cameron.

—Guillermo es un muchacho orgulloso —observó Cameron.

—No tanto que no pueda ayudar a un amigo —dijo la señora Lane—. Guillermo es un muchacho cristiano, señor Cameron.

Roger frunció los labios.

—¿Cuánto querría usted que se le pagase, señora Lane?

Ella comprendió que había ganado la batalla. Moviendo la cabeza, cruzó las manos sobre el regazo.

—No me lo pregunte, señor Cameron. Confío en su criterio y en su generosidad. No hablemos de dinero. Es horroroso. Si mi marido se hubiese quedado en el país en lugar de optar por la pobreza misionera... No importa.

Sonrió tristemente y cambió de tema. Tras diez minutos de conversación animada, hablando de las recientes cartas de su esposo, se levantó para despedirse. Estrechó la mano de la señora Cameron entre la suya y sonrió animadamente.

—No saben lo tranquila que me siento por Guillermo. A su cuidado le dejo, queridos amigos.

Los esposos se inclinaron, un poco desconcertados todavía. Cuando la visitante hubo salido, los dos se sentaron exactamente igual que antes, y el señor Cameron cogió *The Transcript*. Ninguno habló durante unos minutos. Luego la señora Cameron miró el jardín a través de la ventana.

—Es conveniente que Guillermo Lane sea tan agradable —dijo—. No nos molestará tenerle. Candy asegura que es listo. Espero que Guillermo sea siempre bueno con Jeremías. En ocasiones me parece notarle en la boca una expresión cruel. Y tiene las manos demasiado pequeñas para su estatura. Siempre he juzgado que los hombres de manos pequeñas son crueles.

La mujer hablaba poco, pero cuando lo hacía, las palabras brotaban de ella como una cascada, cual si por un tiempo prescindiese de su normal reserva.

—No creo que le venga mal a Jeremías tener para asistirle a un muchacho vigoroso.

Durante un rato la señora Cameron no contestó. Luego dijo:

—En las vacaciones no debemos olvidar que Candacia está en casa. Y los dos son tan saludables... Jugarán juntos... No me gustaría que mi hija se casase con el hijo de un misionero.

—Candy se casará con quien se le antoje —replicó Cameron.

Quería mucho a su hija y estaba orgulloso de ella, aunque sentía a ese respecto un completo pesimismo. Más pronto o más tarde los jóvenes siempre traicionan a los viejos.

—Tranquilízate —siguió— porque es una buena muchacha... Este Bryan va a acabar con nosotros. No hace más que hablar, hasta los domingos, de las Filipinas. ¿Qué sabe él de los extranjeros que hay allí?

Su esposa guardó silencio. Cameron continuó leyendo furiosamente y mordiéndose las amarillas puntas del bigote.

Los exámenes pasaron con facilidad, lo cual tenía que agradecer Guillermo a la recia enseñanza de los profesores ingleses. Era también lo bastante práctico para saber que lo mismo podía agradecer a sus propios talento y ambiciones. Le era intolerable no quedar bien, y, por lo tanto, procuraba salir airoso.

Cuando Cameron le encargó que pasase a verle, al día siguiente de embarcar la señora Lane para China, Guillermo acudió con tanta calma aparente como excitación interna.

La señora Lane, sin faltar mucho a la verdad, le había dicho:

—El señor Cameron tiene la idea de proponerte que seas una especie de preceptor de Jeremías. No te muestres orgulloso ni rechaces eso, Guillermo. Recuerda que la alternativa es fregar platos o servir la mesa en el colegio. Además, nadie tiene que saber nada. Vivirás como compañero de Jeremías en unos cuartos muy buenos. No veo modo de conseguirlo si no.

Ya le constaba a él que aquellos «cuartos muy buenos» estaban en la corta y espléndida calle de la Costa de Oro. Allí los hijos de los ricos vivían como jóvenes príncipes, en pisos con dormitorios separados, baños propios y un salón compartido. Otra cosa inferior le parecía imposible a Guillermo. Resolvió aceptar cualquier cosa que el señor Cameron le ofreciera.

Y se mostró agradecido cuando se le hizo la oferta.

—Dejo en tus manos —dijo Cameron— el juzgar cómo debes atender a mi hijo. Tú le conoces ya bien, ¿verdad?

—Supongo que sí —repuso Guillermo. Y añadió con toda sinceridad—: Al menos le aprecio más que a ningún otro muchacho que conozca.

—Me alegro —dijo el señor Cameron con más cordialidad de la usual—. Presumo que le serás útil. Procura mantenerle de buen humor que es lo importante. En la medicina yo no creo. Es muy importante confiar en el poder del espíritu sobre la materia.

—Sí, señor.

—¿Te convienen cien dólares al mes? —preguntó el señor Cameron.

—Lo que le parezca, señor —repuso Guillermo.

Estaba pasmado de la oferta, pero no quería mostrar su asombro.

—Si no te parece suficiente, dímelo —continuó Cameron—. Otra cosa más: conviene que este acuerdo quede entre nosotros. Si no, podría Jeremías sentirse raro contigo. Es muy democrático y demás tontadas.

—¿Se refiere usted a que la cosa no salga de entre nosotros dos?

Porque Guillermo pensaba en Candacia. No quería que supiese que su padre le pagaba.

—Eso —repuso Cameron—. Por supuesto, mi mujer conoce el plan en principio, pero no lo dirá a nadie y además los pormenores no le interesan.

—Me agrada —contestó Guillermo—. Incluso me gustará olvidarme de ello yo mismo, para no pensar en dinero cuando se trate de Jeremías.

—Muy bien —dijo Cameron, complacido.

—Me limitaré a preguntarle si no tiene inconveniente en compartir conmigo sus habitaciones —sugirió Guillermo.

—Perfecto —dijo Cameron—. Arréglate con él y el primero de cada mes recibirás un cheque.

El desenlace de aquello fue que cuando los dos jóvenes entraron en el colegio Guillermo se encontró habitando en la Costa de Oro, con un dormitorio propio frente al agradable saloncito de Jeremías. La señora Cameron pasó con ellos una semana, amueblando adecuadamente las habitaciones. Había un pequeño piano para uso de Jeremías. Guillermo, confiando en su cheque mensual, gastó el dinero que le había dejado su madre en adquirir unas cuantas comodidades, que la señora Lane no había conseguido que el nervioso tesorero de la misión incluyera entre lo necesario, como unas buenas navajas de afeitar, varios pijamas de seda, una bata de brocado azul y unas zapatillas haciendo juego con la bata.

Así inició Guillermo sus cuatro años de colegio. Era reservado, modesto y digno y tomaba su trabajo con interior seriedad, aunque con toda naturalidad externa. Cumplía exactamente sus varias obligaciones con Jeremías, siendo a la vez amable y severo.

A veces se daba cuenta de que Jeremías no simpatizaba con él, mas ello no importaba gran cosa. La brillantez de sus propias notas académicas era lo esencial. Entre los cientos de jóvenes matriculados en Harvard aquel año, Guillermo se distinguía notoriamente. Por prudencia no hizo muchos amigos mientras corrían los meses, pero de todos modos sus amistades se limitaban a la Costa de Oro. Se fijaba de vez en cuando en gentes a quienes podía tratar más adelante. Tenía tiempo de sobra.

Hacia Navidad entabló trato con un condiscípulo que le atraía más que ninguno. Era un apuesto muchacho que vivía en Westmorly y que, harto orgulloso para preocuparse de obtener calificaciones elevadas, confiaba a la vez en sí mismo lo

suficiente para no dar importancia a obtenerlas. Contaba con amigos, tanto en las clases superiores como en las de principiantes. Se preparaba para ingresar en Groton. Hacía bien muchas cosas. Cantaba en el círculo estudiantil, era buen remero y ya estaba apuntado para ingresar en los círculos a los que Guillermo habría deseado pertenecer. Franklin Roosevelt, pensaba Guillermo, era el hombre que a él le hubiese gustado ser, con un padre rico y una madre firmemente establecida en la buena sociedad norteamericana. Como todo lo que poseía aquel jovial y arrogante joven podía decir lo que quisiera, creer lo que se le ocurriese y portarse como se le antojara.

En las elecciones de otoño se inclinó por Bryan, aunque su primo Teodoro Roosevelt aspiraba a la vicepresidencia, y para irritar a Inglaterra hacía colectas en favor de los boers. Esta manera de ser fue lo que llamó la atención de Guillermo. No se habría, por su parte, puesto contra Inglaterra, aunque aprobase a los boers o desaprobara a los ingleses, y envidiaba la facilidad con que Franklin realizaba ambas cosas, sin simpatizar con los boers ni ser adversario de los británicos. Por razones que a Guillermo se le escapaban, aquel joven, tan exuberante, tenía el infinito privilegio de creer que los miserables, los pobres y los incultos debían ser defendidos sin odiar a sus opresores.

Guillermo no conocía nada respecto a África del Sur. Para demostrarse a sí mismo que el joven a quien admiraba estaba equivocado, empezó, por primera vez en su vida, a leer periódicos y percibió, aunque vagamente, lo omnipotentes que eran. Incluso él tenía que depender de ellos para formarse opinión sobre la guerra. Por lo que leyó, quedó convencido de que los ingleses tenían razón y los boers eran unos campesinos toscos, ignorantes, e injustos detentadores de aquel país. Cuando expuso esta opinión, no a Franklin Roosevelt, sino en su presencia, le contestó una fuerte aunque no desagradable carcajada. Su antagonista, empero, no quiso discutir. La opinión de Guillermo le tenía sin cuidado.

El extraordinario joven hacía cosas más sorprendentes todavía. Ayudaba a los muchachos que vivían en el Yard, en alcobas baratas y en casas de huéspedes más baratas aún (sin olvidar a los estudiantes externos), a organizar y ganar las elecciones de clase fuera del grito que las había ganado siempre.

«Con tal de conseguir popularidad hará cualquier cosa», rezongaban los muchachos de la Costa de Oro.

Guillermo escuchaba y hablaba poco. Obraba con cautela en ese mundillo de su propio país, tan nuevo todavía para él, y, sintiéndose inseguro y poco dispuesto a cumplir el papel que pudiera corresponderle, oscilaba en torno a aquel joven Roosevelt, que no tenía duda alguna en la vida y se conducía como un príncipe de sangre real. Guillermo hacía tentativas para entablar amistad con Franklin aprovechando una conversación en el comedor del Memorial Hall, o la casualidad de andar juntos camino de sus distintas aulas...

Roosevelt le respondía sin asumir aire de superioridad y mostraba un ligero interés por el hecho de que Guillermo hubiese nacido en China. El abuelo de Franklin

se había enriquecido en China y su madre, veinte años atrás, había visitado los barrios elegantes de Hong-Kong y Cantón.

Sobre tan ligero interés basaba Guillermo sus esperanzas. De cuantos jóvenes veía y conocía, Roosevelt era el más parecido a él, el más idóneo para una amistad. Nunca pudo Guillermo precisar por qué esa amistad no se desarrolló ni porque se interrumpió el trato de ambos. Fue un capullo que no llegó a florecer. Franklin Roosevelt le saludaba con negligente atención, pero nunca tenía tiempo de nada, ni para charlar ni para andar con nadie. Y Guillermo, sensible en exceso, se replegó sobre sí mismo, atrincherándose en una fría y severa crítica. Recordaba sus días ingleses de la escuela de Chefú. Puesto que no le dejaban amar, volvía a refugiarse en el odio. Aquel sujeto, decía para sí, deseaba mandar en el colegio. Cuando los dos fueron escogidos para pertenecer a la redacción de un periódico estudiantil —*The Crimson*—, Guillermo sintió más frialdad que nunca hacia aquel joven demasiado dichoso para fijarse en él.

Un helado día de enero el padre de Guillermo se sentaba en la galería de la tienda de Fong. El doctor Lane conocía bien Pekín y el día antes había andado por las calles buscando un lugar adecuado para poder contemplar la Gran Puerta del Norte, por la cual, el séptimo día del primer mes de occidente, la anciana emperatriz y la corte imperial iban a volver a palacio.

El doctor Lane no conocía al señor Fong y fue mera casualidad lo que le hizo fijarse en aquella angosta galería a la que se llegaba por una escalera de mano, ya que no era más que un saledizo sobre el tejado. Desde allí, empero, podía presenciarse bien el gran espectáculo del día siguiente.

El doctor Lane penetró en el establecimiento y se inclinó ante Fong, que se hallaba tras el mostrador leyendo un viejo libro perteneciente a la biblioteca de un hombre fallecido hacía poco tiempo, biblioteca que Fong había comprado. Como el difunto no tenía hijos varones y sus hijas no sabían leer, de nada podía servirles la biblioteca.

—¿En qué puedo servirle, hermano mayor? —preguntó Fong.

Era siempre cortés con todos los extranjeros, porque su bondad le llevaba a deplorar cuanto había ocurrido. No celebraba que su país hubiera sido derrotado, ya que no confiaba en los gobiernos extranjeros más que en el propio, pero sentía que hubieran muerto extranjeros y chinos.

Lo que le disgustaba especialmente era la locura de la anciana emperatriz al confiar en la sociedad de ignorantes boxers. Bien merecía la catástrofe que se abatió sobre ella cuando, diecisiete meses atrás, tuvo que huir de la ciudad a toda prisa. Según había oído Fong, tan impetuosa había sido la fuga de la corte, que la guardia imperial, al sacar de la población a la vieja Buddha, había matado más gente que cuanta cayó en manos de los extranjeros. En fin, todo había terminado, no sin daño de los interesados y a costa de muchos muertos, extranjeros y chinos y de grandes

calamidades para los niños pequeños. El señor Fong encontraba grato ser amable con los extranjeros ahora que no existía en ello peligro alguno.

Lane replicó con igual cortesía:

—Quisiera alquilar unos cuantos pies de su excelente galería para poder ver mañana el retorno de la emperatriz viuda.

Fong quedó sorprendido.

—¿Es posible, hermano mayor, que usted y los demás hermanos mayores de su país se complazcan en ver su regreso?

—Yo, por lo menos sí —dijo Lane—. Creo que los pueblos deben tener un gobierno propio y confío en que la emperatriz haya aprendido esta lección y permita al joven emperador hacer reformas.

—Los hermanos mayores occidentales ponen más fe en las mujeres que nosotros —manifestó Fong—. No sé si el hermano mayor tiene razón, y es muy verosímil que yo esté equivocado. Mas no tomaré dinero por mi galería. Puede disponer de ella a su gusto.

Tras unos minutos de plática, el señor Fong aceptó finalmente dos taeles de plata, lo que era mucho, porque los extranjeros alquilaban con gran afán todos los lugares de observación.

Por supuesto, a los chinos no se les permitía contemplar el regio regreso. Todas las puertas habían de cerrarse y barrear todas las ventanas, grandes cortinas de algodón azul habían de tapar todas las bocacalles para que la gente común no pudiese ver a la vieja Buddha. No cabía hacer lo mismo con los extranjeros, puesto que habían resultado vencedores en la breve guerra.

—Hermano mayor —dijo el señor Fong una vez concluida la transacción—, tanto más me duele tomar su dinero cuanto que tuve aquí escondido un muy listo hermano pequeño de los de ustedes.

—¿Sí?

—Sí —dijo Fong, acariciándose la rala barba—. Vino a enseñar a mi hijo un idioma extranjero. No quiso tomar dinero como salario, pero sí me pedía libros extranjeros, de los cuales yo tenía algunos. Los sirvientes solían robarlos a sus señores y los vendían por unas pocas monedas, y así me hice con varias obras.

—¿Quién era ese muchacho extranjero? —preguntó Lane.

—¿Recuerda al hombre de Dios a quien mataron, así como a su mujer e hijas? ¿Aquel que andaba siempre pidiendo pan?

—Cierto que sí —dijo Lane.

Recordaba muy bien que la familia Miller había sido encontrada muerta, pero el muchacho había desaparecido y los esfuerzos de los funcionarios americanos para encontrarle habían sido estériles.

—Pues el mozo estuvo aquí —dijo solemnemente Fong.

Y con la larga uña de su índice golpeó el mostrador de pulida madera.

—En mi casa —siguió—. Venía muy de mañana a dar clase a mi hijo. Así se libró

de la muerte. Algún significado debía de haber en ello. Yo lo consideré un buen presagio para mi casa.

—¿Y qué fue de él? —preguntó, con vivo interés Lane.

—Volvió —repuso Fong— y me contó lo que había encontrado en su hogar. Estuvo con nosotros hasta que pudo escapar. Y entonces le dije que fuera al este y buscara un navío extranjero y volviera a su país y a la casa del padre de su padre.

—Muy bueno fue usted —declaró el doctor Lane—. No dejaré de referirlo a los funcionarios americanos.

Fong atajó, presuroso:

—Más vale que no lo cuente. Sería peligroso hacerlo mientras viva la vieja. Mañana la verá usted regresar sonriendo, pero ¿quién sabe lo que encubrirá su corazón?

¿Quién podía saberlo, en efecto? El doctor Lane aún no se había repuesto del largo asedio padecido en el barrio de las legaciones. El caluroso verano le había producido disentería y estaba medio moribundo cuando las tropas occidentales irrumpieron al fin en la ciudad. Al llegar de América la señora Lane, tras de dejar a Guillermo en el colegio, había procurado que su esposo renunciase a China.

—Ya has hecho bastante, Enrique.

—No es verdad.

Así contestó él, iniciando la larga pugna acerca de si China valía más que su propia vida.

—¡Fíjate en la de extranjeros que han matado! —apuntó ella.

—Centenares nos hemos salvado, gracias a seis hombres —repuso él.

Tenía razón: Jung-lu, el favorito de la emperatriz, había hecho todo lo posible para salvar de su furia a los extranjeros. Yuan-chen y Hsu Chin-chen habían cambiado deliberadamente en el edicto imperial el vocablo «matar» por «proteger». Li-shao, Liu-yuan y Hsu Tsung-hi habían sido ajusticiados por oponerse a la guerra con los extranjeros. Y existía la noble hueste, que Lane no olvidaría nunca de los miles de cristianos —más de cuarenta de su iglesia, sólo en Pekín—, que, renunciando a abjurar su fe, murieron como mártires por un dios extranjero.

Y el doctor Lane se dijo rotundamente que su mujer, aunque fuerte, no lo apartaría de su fe, no sólo en Dios, sino en el pueblo chino.

—Mañana vendré —prometió a Fong.

Y al día siguiente Lane estaba en la galería, envuelto en una manta china a cuadros, a pesar de cuya protección tiritaba. Su esposa no había querido salir de la alcoba aquella mañana, cuando, mirando las calles, las vio cubiertas del amarillo polvo de los desiertos del noroeste. Soplaba un fuerte viento, que aumentó la exasperación del doctor Lane, porque coincidía con el retorno de la corte imperial. Era antigua tradición de la ciudad que, cuando un emperador dejaba su palacio, un recio viento le acompañaba y le hacía volver. Hasta el cielo parecía ponerse de parte de la vieja Buddha.

Mientras esperaba en la galería, helado por el frío viento, pensaba en lo que Fong le había dicho respecto al hijo de Miller. El joven habría hecho de seguro lo que Fong le encargara. Y ahora podía estar en Norteamérica. Lane escribiría a Guillermo mencionándole tal posibilidad. El día antes había explicado lo ocurrido a los funcionarios americanos, aunque sin dar el nombre de Fong.

Miró con interés hacia la Gran Puerta. No había señales del séquito de la emperatriz. Acaso Elena hubiese sido discreta renunciando a ver a la vieja y esperando la gran recepción que Buddha iba a dar a sus vencedores en el palacio imperial. Él, en cambio, no deseaba asistir a tal fiesta. No le ofuscaba el arrogante y pagano esplendor de aquella mujer. Deseaba verla cuando entrase por la puerta septentrional para procurar discernir si estaba arrepentida. Había orado solemnemente pidiendo a Dios que el corazón de aquella mujer se hubiese ablandado, en bien de su pueblo. Mas no sabía si tales plegarias habían sido escuchadas.

Por el momento todo estaba preparado en la puerta. La ancha calle que atravesaba la ciudad había sido desembarazada de vendedores, puestos y tenderetes. Además la habían barrido cuidadosamente, cubriéndose el suelo de arena amarilla. Amarillo era el color imperial. Ningún hombre común se veía en la calle. La guardia imperial esperaba y príncipes y duques, con sus banderas, también. Aquí y allá, en las ventanas aparecían algunos extranjeros, ya que se autorizaba el tener unos cuantos sitios abiertos para que los visitantes presenciasen el retorno de la corte.

La cabeza de Fong apareció tras el borde de la escalera.

—Tome esto, hermano mayor —dijo, alargándole una calentador—. He puesto carbón recién encendido.

El doctor Lane tomó el calentador, sintiéndose muy reconocido. Antes de que pudiese dar las gracias, Fong desapareció.

Ya se percibían ciertos signos de actividad. Una hilera de cabezas chinas aparecía a veces en un tejado para desaparecer instantáneamente. Corría por la ciudad la voz de que la anciana Buddha estaba cerca. Acababa de apearse del tren. Por primera vez la emperatriz, con su corte, había usado el ferrocarril. Y no le agradó. El polvo era sofocante y el ruido insoportable. Al oír el silbato se indignó y aterró, y cuando supo que el maquinista estaba obligado a tocarlo, envióle orden, por un eunuco, de que no hiciese aquello sin avisarla antes.

El ferrocarril de Paoting a Pekín había sido destruido durante la guerra y los victoriosos extranjeros habían vuelto a reconstruirlo, introduciéndolo en la ciudad previa perforación de las murallas.

La vieja Buddha no quiso pasar a través de aquellos humillados muros. Ordenó que la corte se apease antes de llegar para poder entrar por la puerta, en los regios palanquines, con la debida pompa.

Mientras el doctor Lane procuraba calentarse, oyó un creciente griterío. Una pequeña hueste de eunucos a caballo atravesó la puerta. Llevaban gorros negros con plumas rojas y en sus pecheras brillaban grandes medallones bordados en encarnado



y amarillo. Los seguía el heraldo imperial, pregonando en alta voz el retorno de la corte. Cuantos funcionarios había en la calle cayeron de rodillas, hundiendo las cabezas en el polvo. Inclinandose sobre la frágil barandilla de la galería, Lane miró y quedó impresionado por la solemnidad de aquel momento. Lo examinaba todo, anheloso de recordarlo bien para explicarlo a Guillermo. Vio la guardia imperial, seguida por los dignatarios militares. Grandes gallardetes de seda amarilla flotaban al viento, y en cada uno un dragón azul devoraba un sol rojo. A los lados de los gallardetes aparecían las banderas imperiales, con las imperiales armas bordadas en ellas.

Seguía el emperador, un jovencito triste, sentado en su palanquín amarillo tapizado de seda azul. Las cortinillas, descorridas, permitían ver su rostro impasible, que miraba hacia delante. Con las piernas cruzadas, parecía un Buda.

—El sacrificio de ese joven... —murmuró Lane para sí.

En efecto, la muerte se leía ya en aquel rostro trágico.

En cambio, la muerte no parecía tener relación alguna con la emperatriz. A Lane le indignó ver su terrible figura acomodada en su gran palanquín, en medio de sus guardias, precediendo a la joven emperatriz y a las damas de la corte. En el alegre y arrugado rostro de la vieja no se leía sino alegría y vivo placer. Al reparar en los extranjeros, sus vencedores, apartó las cortinillas del palanquín y los saludó con el pañuelo. Y aún irritó más a Lane advertir que algunas extranjeras, entre las que reconoció a varias americanas, correspondían, risueñas, al saludo. ¡Qué rápidamente se había olvidado todo!

Bajando de la galería, entregó el calentador a Fong y le dio las gracias.

—¿Qué aspecto tiene la vieja? —preguntó Fong.

—No se ha arrepentido —dijo hoscamente Lane.

—¿No se lo dije yo? —repuso Fong, riendo, aunque tenía el semblante entristecido.

Repentinamente, mientras se preparaba su repaso de inglés, Guillermo Lane recordó que no había leído aún la carta de su padre. La había recibido por la mañana con otras, entre ellas una de Candacia, y leyó ésta primero. Deseaba vivamente enamorarse de Candacia y casi siempre se imaginaba haberlo conseguido. El obstáculo principal para ello era muy sencillo: la propia muchacha. Ella esperaba siempre de él una constante adoración, un continuo cortejo que Guillermo encontraba un tanto degradante. A sus ojos, la belleza en una mujer era enteramente necesaria. Despreciaba a su hermana Enriqueta por su falta de hermosura. Candacia tenía bastante belleza para satisfacerle, mas no para hacerle olvidar sus otros rasgos menos atractivos.

Con todo, su relación de momento con Candacia resultaba interesante y algo turbadora. Se sentía en desventaja porque ignoraba muchas cosas a causa de no haber vivido siempre en su país. La sorda hostilidad que siempre sintió contra su padre por

haberle hecho nacer hijo de un misionero de China, venía convirtiéndose ahora en profunda y estéril ira. Amaba y semiodiaba a su padre a la par, de singular manera, y en los momentos más sombríos de sus reflexiones preguntábase qué habría sido su progenitor de no haber escuchado la llamada de Dios. Puesto que el doctor era guapo, simpático de modales, conductor nato de hombres, Guillermo, al reflexionar, no veía motivo alguno para que su padre no pudiera haberse dedicado a la política y llegado tal vez a presidente de los Estados Unidos.

¿Qué había de maravilloso en Teodoro Roosevelt? Guillermo pasaba mucho tiempo examinando los retratos de aquel rostro anguloso y obtuso. ¡Ser presidente estaba al alcance de cualquiera!

Sacó del bolsillo la carta de su padre y, arrancando el sello chino para dárselo a Jeremías, rasgó el sobre y sacó las hojas de delgado papel llenas de la delicada y familiar escritura. Sabía que su padre procuraba comunicar con él de igual a igual, especialmente describiéndole las cosas ocurridas en la tierra que Guillermo había dejado. Guillermo era harto sagaz para no comprender los esfuerzos que en aquel sentido hacía su padre. Éste soñaba con que su único y querido hijo volviese a China, fuera mejor misionero que él mismo y procurara convertir a la fe de Dios aquel país en vías de transformación. A Guillermo le constaba que un día u otro habría de destruir ese sueño, pero no se sentía aún con valor para hacerlo. Sólo esperaba —se decía a sí mismo— el momento en que menos pudiese ofender a su padre. Rápida y descuidadamente leyó lo que su progenitor había escrito con tanto esmero y lentitud.

Te hablé del inminente regreso de la Corte. Aquí está ya. Fue un espectáculo extraño y bárbaro: una abigarrada muchedumbre de truhanes regidos por una tirana; mas, con todo, había en ella esa magnificencia, esa grandeza fiera y natural que los chinos saben mostrar cuando se lo proponen. A pesar de su monstruosa maldad, la vieja emperatriz es harto grande para no ser generosa. Reconoce su derrota, si no su culpa, y se aplica a preparar decretos de reforma. Ya antes de regresar expidió un edicto disponiendo que todos los funcionarios públicos aprendan Ciencia Política y Derecho Internacional. Les ha dado seis meses para completar ese estudio, so pena de muerte. Seis meses. La vieja ignorancia y la nueva se ven en eso. Más interesante, por más realizable, es el hecho de que haya nombrado una comisión para preparar un plan de escuelas públicas, primero que China haya tenido jamás. Algún día se abolirá el viejo sistema de exámenes y se modernizará China. Bien puede ser, hijo mío, que ello suceda antes que tú acabes tus estudios, y entonces éste será un país distinto, que puedes contribuir a reedificar.

No deseo hablar sólo de China. Dime cómo te va en el colegio. Lo que dices de Jeremías me parece bueno y agradable. ¡Qué suerte haber encontrado semejante amigo! Temía yo que te vieses muy solitario. Los jóvenes son crueles con quienes no han vivido como ellos. Salúdale efusivamente en mi nombre.

Tu madre dice que te escribirá mañana contándote la recepción dada por la emperatriz a los extranjeros. Fue una cosa en grande. Todos los diplomáticos

acudieron con sus mujeres y, por lo que afirma tu madre, la emperatriz se condujo tal y como si ella hubiese ganado la guerra y se manifestara magnánima con unos cautivos a los que libertase. Tal éxito tuvo, que muchas señoras se sintieron arrebatadas por su encanto. Yo no quise ir. No habría podido soportar el ser amable con esa encarnación femenina del Malo. Tu madre, no tan escrupulosa, parece haberlo pasado muy bien.

Las cartas de su padre siempre hacían pensar a Guillermo en China, por mucho que se resistiese a ello. Veía tímidamente la anciana figura de la emperatriz, tan dispuesta a aceptar con naturalidad la derrota sin perjuicio de seguir mostrándose poderosa e imperial. Poderosa, sí. Guillermo lo sentía y creía reconocer en él algo semejante.

Según iba desarrollándose, y alcanzaba ya los seis pies de altura, sentía la excitación de las ambiciones elevarse en su cuerpo y en su ánimo. Se notaba inclinado siempre a mostrarse pujante y altivo. Una vez que vio al famoso presidente de la Universidad cruzar el patio llevando bajo el brazo una enorme sandía, perdió gran parte del respeto que sentía por él. Por grande que fuera el genio de Carlos Eliot —y Guillermo respetaba el genio— lo amenguaba su falta de orgullo. Nadie habría persuadido a Guillermo para que llevase bajo el brazo ni un mal paquete.

Pocos de sus profesores llenaban sus secretas esperanzas. Era imposible tener gran respeto a un filósofo extranjero, de cabello enmarañado y cubierto por un sombrero caído, o a un hombre sencillo de ancha frente y descuidado mostacho.

Sólo dos hombres satisfacían su instinto de lo digno y lo serio. Uno, un corpulento y apuesto alemán, que recordaba al Káiser y enseñaba Psicología con voz de dios tonante. Otro, un español alto y esbelto, de ojos oscuros y fríos. Sólo ante Jorge Santayana sentía Guillermo una completa reverencia. Aquel hombre era un aristócrata.

El mismo absoluto y delicado orgullo había visto antaño en la emperatriz china. Una cualidad que no se doblegaba ante la gente común. Para Guillermo la democracia no significaba sino la posibilidad de que entre el pueblo pudiera levantarse un rey, un héroe caryliano, un incomprensible jefe. La gente procuraba explicar la existencia de tales personas mediante mitos de virginidades impolutas y concepciones inmaculadas. La historia china, según Guillermo había oído decir con frecuencia a su padre, abundaba en semejantes mitos. El pueblo entendía que los grandes hombres inexplicables, hijos de padres comunes, tenían que ser en realidad hijos de dioses.

En los profundos abismos de sus emociones Guillermo reconocía la posibilidad de esa explicación. ¿Cómo explicarse a sí mismo? Nadie en su familia era como él. No podía explicarse a sí mismo, como no cabía explicar a la emperatriz china, hija de un humilde oficial subalterno chino. En el sendero de las generaciones ciertos principios genéticos debían realizar algunas combinaciones invencibles. Nunca olvidaría la altanera faz de la indomable gobernanta inclinada hacia él, mero niño

americano. Había sido aquél su primer atisbo de la grandeza y en él permanecía como influencia permanente.

Así Guillermo creaba su mundo a su propia imagen. Los hijos de los dioses eran los salvadores de la humanidad y vivían en las Costas de Oro de todos los lugares del mundo.

Guillermo dobló la carta de su padre y en el dorso vio una posdata.

Quiero decirte, a propósito, algo interesante. Recordarás la familia del misionero Miller; a él y a los suyos los mataron los boxers. El muchacho pudo salvarse. Por casualidad he encontrado a un chino que le ocultó y le envió a la costa. Si allí encontró algún buque, quizás esté en América, con la ayuda de Dios.

Esta noticia no interesaba a Guillermo. Aquel breve y humillante momento en el polvoriento Pekín era repulsivo incluso para su memoria. Arrugó la carta y la echó a la papelera que había debajo la mesa.

Durante el primer año de colegio, Guillermo concluyó odiando definitivamente a Franklin Roosevelt cuando éste fue elegido director del *Crimson*. Guillermo había esperado conseguir el cargo y no acertaba a comprender cómo había fracasado. No supo encubrir su decepción ante Jeremías, siempre presto a interesarse por los sufrimientos ajenos.

—No sabes cuánto lo siento —dijo Jeremías—. Tú hubieras desempeñado el puesto muy bien.

—No importa —repuso Guillermo, haciendo una mueca.

—No tienes por qué avergonzarte de tus sentimientos —dijo Jeremías con afabilidad.

Guillermo dio rienda libre a algunos de sus internos y desilusionados pensamientos.

—En realidad, me parece injusto no haber logrado yo lo que ése ha obtenido con tanta facilidad.

—Una cosa quisiera decirte, si no te molesta, Guillermo —respondió Jeremías tras una pausa.

—¿Qué es? —respondió Guillermo con voz algo dura.

—Tal vez no convenga que nos digamos estas cosas. No lo hemos hecho nunca. Por otra parte, quizá sea preferible para los dos.

—Di lo que quieras —repuso Guillermo.

Y sentándose a la mesa, fingió llenar de tinta su estilográfica.

—Roosevelt consigue cuanto se propone porque es simpático con todos. Rebose una especie de... de afecto. ¿Entiendes?

—Pues yo no soy así —respondió Guillermo—. Y ese mozo me parece lleno de ideas estafalarias.

—Algunas de ellas lo son —reconoció Jeremías—. Pero en él todo parece tan completo, que no se puede dejar de pensar como él quiere.

Guillermo soltó la pluma, que fue a parar al suelo. Sus grises ojos irradiaban ira bajo sus negras cejas. Apretó los labios.

—Supongo que te refieres a que su padre es rico, su madre correcta socialmente, su residencia está en la mejor calle... En fin, que tiene todo lo que me falta a mí.

—Ya sabes que no me refiero a eso —contestó Jeremías—. Vale más no hablar.

No hablaron. Guillermo era hartó orgulloso para decir a Jeremías que sabía bien lo que había querido dar a entender. Porque Guillermo empezaba a conocer que entre sus ventajas le faltaba una. No sabía hacerse amar de la gente común. Ante sí mismo se decía que ello era debido a que los demás notaban su superioridad, su obvia pujanza mental, su capacidad para hacer sin trabajo lo que a los demás les requería esfuerzo. El hombre superior, se decía repasando las páginas de Nietzsche, ha de ser siempre odiado por sus inferiores. Pero incluso de esto podía sacarse ventaja, utilizando como un instrumento más de poderío ese odio.

«Debo contar con que me aborrezcan —pensaba Guillermo—. He de aceptarlo porque no me comprenderán. Lo que la gente común no comprende despierta su odio».

A veces se decía que el mismo Jeremías debía detestarlo. Pero tales momentos pasaban y él procuraba mostrar mayores amabilidades a su amigo, sirviéndole con más prontitud, mostrándose más caritativo con sus flaquezas, sus dolores de cabeza, sus caprichos.

Mientras Guillermo aún evocaba su derrota vino a conturbarle más un artículo de fondo que, con motivo de las elecciones para representantes de las clases, escribió Roosevelt, y que decía:

«Hay un deber superior al de votar por los amigos personales, y es buscar dirigentes de clase que realmente lo merezcan».

Aquél era un hombre resuelto a ser liberal a pesar de su riqueza y de todo. La Costa de Oro podría repudiar a jóvenes así, pero, en cambio, contaban con los votos de la mayoría.

Guillermo no perdonó nunca a Franklin Roosevelt. Ya hacía tiempo había empezado a creer que todas las gentes del mundo eran tontos y necios, y entonces se convenció de que acertaba. Los boers que luchaban contra Inglaterra eran tontos y necios. Los chinos que recordaba de las calles de Pekín eran tontos y necios. Y a partir de entonces no habló a nadie de Harvard, salvo a los que vivían en la Costa de Oro.

Con todo, un día oyó una conversación que tornó a aterrorizarle. Un pálido profesor de largos bigotes dijo estas palabras con énfasis demasiado ferviente para el gusto de Guillermo:

«El pueblo americano dirige sus destinos».

Guillermo se aplicó con redoblada vehemencia al estudio de la historia de su país. Con desaliento advirtió que el comentario del profesor era verdadero. Aunque fuesen una turba de necios y tontos, las gentes americanas escogían a sus gobernantes, se

burlaban de ellos, los admiraban o los despreciaban, los obedecían o los desobedecían, se agrupaban a su alrededor o los desautorizaban.

A raíz de esta conversación empezó a mirar incluso a los meros transeúntes con consternación y hasta con temor. A pesar de la ignorancia que testimoniaban sus rostros, a despecho de la crudeza de su hablar, eran aquellas gentes los que elegían a quienes debían desempeñar los poderes del Estado. ¡Monstruoso!

Durante varios meses Guillermo se sintió como en una madriguera de leones. Quiso hablar del caso a Jeremías, y éste empezó por reír y luego dijo:

—Los americanos no son personas. Son... americanos.

Guillermo no sentía análoga reverencia por sus compatriotas. Lo que veía allende la Costa de Oro le recordaba ominosamente los caminos y las calles de China. A la gente común de allá la temía. ¿No se habían, en su locura, levantado contra hombres como su padre? Un tonto ignorante había matado a Von Ketteler. Recordaba a aquel digno alemán que en las recepciones del 4 de julio en la Embajada americana, le había hablado a veces con cortesía. Las gentes ordinarias se alzaban en todas partes contra quienes valían más que ellos y hasta los mataban, salvo si se les educaba y fiscalizaba.

Pero ¿cómo fiscalizar a aquellos fanfarrones, independientes, alborotadores y bromistas que eran los hombres comunes de su patria? No tolerarían nunca a un gobernante auténtico. No respetaban a quienes los regían. Se deleitaban echando abajo a los grandes y destruyéndolos. Allí estaba el almirante Dewey, héroe de una hora, cuyo arco de triunfo, de escayola, al que debía sustituir uno de mármol, vino al suelo y fue recogido por los basureros. El capricho de la gente era la fuerza más terrible del mundo.

Guillermo meditaba en ello, conociendo ya su falta de encanto, su carencia de ese incomprensible poder de atraer a sus semejantes que el joven Franklin Roosevelt poseía tan naturalmente como la estatura, la risa fácil y la ausencia de temor. Al no poseer ese frágil don, se dijo Guillermo con orgullo, le sería menester confiar en su cerebro y buscar un medio de enseñar y dominar a las salvajes multitudes. Las dirigiría hábilmente, insidiosamente, hechizándolas sin palabras y sin hacerse ostensible.

En el tercer año de sus estudios escribió a su padre diciéndole que no pensaba volver a China.

*—Creo —expresaba— que aquí puedo ser más útil que ahí. La verdad es que la civilización norteamericana no me impresiona. Quisiera publicar un periódico, aún no sé cómo, que la gente corriente leyese o al menos mirase, para así poder ilustrar a mis compatriotas.*

Sí: Guillermo, en su fuero interno, pensaba ser algún día director-propietario de un periódico, o acaso de una serie de ellos, que le permitieran batir a cualquier hombre con quien no simpatizara o al que desaprobara. No simpatizar era tanto como desaprobar. Desde luego ganaría dinero, pero lo ganaría de cualquier modo. Hombres

absolutamente estúpidos solían hacerse ricos.

Entretanto, Franklin Roosevelt no consiguió ganar la distinción «Phi Beta Kappa», y Guillermo, que figuró entre los escogidos, se sintió vengado.

Los años de colegio iban transcurriendo y eran agradables. Guillermo, trocado casi en un miembro de la familia Cameron, pasaba sus vacaciones con ella, previas breves visitas a sus abuelos y hermanas. Ya se había aceptado el hecho de que Guillermo era independiente y distinto a los demás de su casa. Enriqueta sentía por él un callado orgullo. Ruth le adoraba tímidamente y sus abuelos procuraban, aunque en vano, tratarle como a un muchacho corriente.

Todos veían en él algo extraordinario. La misma señora Cameron lo reconocía. Le agradaba poder disponer de un muchacho que sabía vestirse y estaba siempre dispuesto a hacer lo que ella necesitaba. En el curso de una vacación, la señora Cameron creía que Guillermo se fijaba poco en Candacia y que trataba al pobre Jeremías como un hermano mayor, eficaz y fuerte.

En Navidades, la señora Cameron presentaba a Guillermo a sus amigas y omitía el mencionar que era hijo de un misionero, prefiriendo dar la impresión de que tenía alguna conexión con personas del cuerpo diplomático de Pekín. Guillermo no la rectificaba.

Sus sueños giraban en torno a las muchas semanas que pasaba en la gran casa cuadrada de la Quinta Avenida. Todos los veranos el señor Cameron le buscaba una ocupación u otra. Le hizo ir con Jeremías a Europa, en la combinada calidad de guía y secretario, y los dos compartieron un sirviente. Los dos muchachos recorrieron juntos antiguas ciudades y navegaron por el Mediterráneo. Ya se daba por hecho que, terminados los viajes, Guillermo iría con Jeremías a casa de éste. En el amplio domicilio de los Cameron disponía de dos cuartos, que comunicaban con los de Jeremías. Rara vez escribía a sus abuelos y hermanas, y tenía pocas noticias suyas. De Pekín no se acordaba apenas. Los Cameron se habían convertido en su familia.

Pensaba mucho en ellos, reflexionando en cómo por su mediación podría alcanzar las vagas alturas que imaginaba pero no veía. Entre las muchas cosas que hablaba con Jeremías no figuraba ésta. Guillermo no era de los que se expresaban con crudeza. Había convivido demasiado con los chinos, aunque sólo con los sirvientes. Sentía crudeza en su madre y retrocedía ante ella, aunque la perdonaba por la buena voluntad con que se sacrificaba por él. Sabía que «estaba por él», como Guillermo solía decir, y cuando descubría en una persona tal cualidad todo lo demás se borraba.

Le complacía, con todo, que durante los años de colegio su madre permaneciera en Pekín. No tenía la certeza absoluta de que los Cameron, y quizá ni siquiera Jeremías, «estuvieran por él». Esta incertidumbre le hacía a la vez tímido y abnegado en su trato con ellos. Gradualmente fue acostumbrándose a ahorrar a Jeremías el trabajo de subir las escaleras, fatigándose, cuando deseaba un libro de la biblioteca, y haciéndolo él de buena voluntad, pudo ir eliminando el disgusto que ello le producía.

Durante las vacaciones Jeremías hablaba a Guillermo, que le escuchaba atentamente. El muchacho se expresaba con más libertad que en el colegio y solía descubrir un alma poética, delicada, abrumada de dudas, y un espíritu turbado por su conciencia. Una vez razonó sobre el tema del dinero.

—Sé —dijo— que, de no ser rico mi padre, yo hubiera muerto. Sin embargo, quisiera deber la vida a otra cosa.

—Podrías acaso afirmar que la debes a la capacidad de tu padre para enriquecerse —sugirió Guillermo.

—No me parece —repuso Jeremías— que poseer la capacidad de enriquecerse sea algo particularmente grande.

—No todos saben hacerlo —adujo Guillermo—. Algún don natural debe de poseer tu padre.

En el semblante móvil y pálido de Jeremías se pintó una expresión de desagrado.

—El don de encontrar alguien más débil con quien entrar en competencia.

Guillermo guardó silencio. Jeremías siguió hablando:

—Presumo que los hijos de ricos siempre deben quejarse de las riquezas de sus padres. Pero algún modo de vivir debe de haber aparte de hacerlo aplastando a todos los insectos con que uno tropieza en el camino.

Guillermo no respondió. Jeremías nunca sabría vivir. Lo malo de él consistía en que jamás deseaba nada. Guillermo, en cambio, lo deseaba todo: éxito en el periódico que se proponía fundar, una rica y bella mujer, una casa en que vivir, un lugar en el mundo donde él pudiera ser único en su estilo, estilo que no conocía aún. Tenía la certeza de que lo primero para conseguir eso era el dinero. Y por ello ansiaba el dinero antes que nada.

Reflexionó, con su placidez usual, en la familia Cameron. No le costaba trabajo mantener un trato fraterno con Jeremías, a quien apreciaba sinceramente. Con el tiempo pensaría en Candacia. Tenía lo bastante de intelectual para no sentir prisa por casarse. Con la señora Cameron se entendía bien y no la temía. Sus pensamientos, revoloteando al albur, como aves de presa, vinieron a posarse cerca de la imagen del señor Cameron.

Aquel hombre era la figura central, la importante, aquella a la que él había de aproximarse con mayor cautela. Cameron conocía muchos secretos. Meditando en tal persona, borrosa y poco impresionante, Guillermo percibía que, tras su faz insignificante y su boca larga y estrecha, existía algo inmenso, esto es, un poder profundamente fuerte y reprimido. Por intuición y analogía de sus mentes adivinaba que Cameron no decía nunca sus pensamientos íntimos a la familia. De seguro que no a las mujeres y tampoco, probablemente, a su delicado y ultrasensitivo hijo. Guillermo resolvió penetrar en aquella soledad, no con argucias, sino con franqueza.

—Señor Cameron —le dijo el domingo de Pascua—, quisiera pedirle consejo.

—¿Por qué no? —repuso Cameron.

El domingo era un día que Cameron dedicaba a la somnolencia. Con todo, ya



estaba avanzada la tarde y él había reaccionado de las inmensidades de la comida. Había dormido, despertado, paseado por el jardín con su familia, mujer e hija, para ver la promesa que ofrecían unos cuantos millares de narcisos, y al fin había tornado a releer el periódico en el gabinetito contiguo al salón, que era su lugar favorito. Allí había ido Guillermo después de esperar pacientemente en su cuarto viendo a la familia errar entre los narcisos. Luego Candacia y Jeremías habían salido con su madre a visitar a sus abuelos.

Guillermo estaba sentado, a respetuosa distancia del señor Cameron, en una silla de recto respaldo. Su infancia en Pekín le había enseñado a mostrar deferencia a los mayores y no se hubiera sentido a gusto en una de las profundas butacas tapizadas de oscuro negro.

—Me gustaría hablarle de mi porvenir, señor —empezó.

—¿Y qué hay de ello? —preguntó Cameron.

Sus ojos se dirigieron al periódico que tenía a sus pies. Había estado leyendo la sección financiera y sentido contrariedad al advertir que los beneficios de una compañía rival superaban un tanto a los de la suya.

—Yo quisiera ser rico —dijo Guillermo con sencillez.

Las grises cejas del señor Cameron, apretadas sobre sus ojos, temblaron como antenas.

—¿Para qué quieres ser rico? —inquirió, mirando a Guillermo con más interés del negligente que solía demostrarle.

—He visto que en América nadie puede hacer lo que desea si no es rico —respondió Guillermo.

El señor Cameron sonrió.

—¡Tienes toda la endiablada razón!

Alejó el periódico de una puntapié y, recostándose en su asiento, buscó en el bolsillo un cigarro. Sacó uno grueso y corto, lo encendió y exhaló una nube de fragante humo azul. La vaga barrera que siempre le separaba del amigo de su hijo se desplomó. Sentía deseo de hablar con Guillermo. Le gustaba hablar a los jóvenes y explicarles las cosas que sabía. Si un hombre de edad le hubiese hablado a él cuando era mozo, él hubiera triunfado más de prisa.

Empujó el cigarro hacia las comisuras de los labios.

—Verás —dijo—. Si quieres ser rico, Guillermo, tendrás que pensar en algo. Habrás de concentrarte. Habrás de dedicarte a ello.

—Sí, señor.

Guillermo atendía, dobladas las manos sobre las cruzadas rodillas. Aquellas manos, muy pequeñas según recordaba Cameron oír comentar a su mujer, estaban ya cubiertas de un vello sorprendentemente negro y espeso. También era negro el cabello del joven, en contraste con sus ojos, pardoverdosos.

«Es un muchacho de buena presencia, aunque un poco raro», reflexionó Cameron.

Guillermo titubeó.

—A mi edad, señor —repuso—. ¿Lo había pensado usted?

—Sí —replicó Cameron—. Ahí está el quid. Hay que pensar en algo, pero no en algo que sólo interese a los ricos, sino a los muchos que tienen poco dinero. En una cosa que tengan que comprar y no les cueste demasiado. Por eso yo pensé en un negocio de almacenes estando empleado en uno.

Guillermo conocía bien los «Almacenes Cameron». En casi todas las ciudades existían sucursales. Había errado con frecuencia por ellos, mirando las pilas de ropa interior barata, los utensilios de cocina, los comestibles, los platos, el linóleo, los cochecitos de niño y, en resumen, todo lo que a una familia podía interesar y nada de lo que la esposa de Cameron hubiera deseado para su casa. Eran géneros repelentes.

—Había pensado en un periódico —explicó Guillermo.

—¿Qué periódico? —dijo el viejo, inexpresivamente.

—Un periódico barato —respondió Guillermo—. Con muchos grabados para que la gente mire primero y lea después.

—Nunca se me había ocurrido eso —reconoció Cameron.

Y miró a Guillermo, reflexionando en la nueva y notable idea.

—Hay ya muchos periódicos —añadió.

—Como el que yo planeo, no —contestó Guillermo.

—¿Y cómo lo planeas? —inquirió Cameron—. Yo creía conocer toda clase de publicaciones.

—Así debe de ser —convino Guillermo—. Pero yo pienso en algo nuevo en América. La idea la he recogido de Inglaterra, y también en parte del *New York World* y el *Journal*. Mas no pienso hacer nada hasta que no me informe de Alfred Harmsworth, el de Inglaterra. ¿Ha visto usted sus periódicos?

—No. Cuando estoy en Londres leo el *Times* y alguna vez hojeo el *Illustrated Times* —dijo Cameron.

—Mi periódico —dijo Guillermo, hablando como si ya existiera— será de tamaño de revista y contendrá cuanto pueda interesar a las masas. No será para personas como usted, señor Cameron. Tendrá muchos grabados. Incluso en el colegio he advertido que la mayoría de la gente, más que leer, mira los grabados.

—No te referirás a hacer periódicos sensacionalistas —dijo Cameron con severidad.

—No —dijo Guillermo—, algo más sutil que eso.

Se detuvo y prosiguió, fijando los ojos en los dibujos de la alfombra:

—Si usted lo aprobase, me proponía hablar de ello con Jeremías y ver si alguna vez podíamos hacerlo entre los dos.

El señor Cameron se sintió complacido. Aquello era lo indicado para Jeremías. Un trabajo fácil, despachable desde detrás de una mesa. A menudo se había preguntado qué debía hacer con su hijo, tan frágil, pero de momento se mostró prudente y no expresó su aprobación.

—Eso dependerá de lo que Jeremías quiera. Lanzar un periódico cuesta mucho dinero.

Guillermo habló con calma:

—Por eso quiero ser rico.

Y tuvo la discreción de repetir lo que su madre le había dicho siempre, incluso antes de ingresar en Chefú. Aquello había sembrado en él las semillas del sentido común.

«No debes tener sino unos cuantos amigos —afirmaba su madre— y cada uno debe valerte algo».

En la escuela inglesa él había advertido la tontería de tener amigos inútiles. Su amistad con el hijo del embajador británico le había valido más que el trato con toda la multitud de hijos de misioneros.

En el colegio había escogido entre los amigos de Jeremías tres con los que trabó intimidad: Blayne Parker, Seth James y Martin Rosvaine. De Blayne dudaba un tanto, porque escribía versos y Jeremías le había rogado que hiciera en su favor algo que Guillermo no tenía deseo alguno de hacer. Con Seth y con Martin había resuelto relacionarse siempre. De todos modos, ninguna razón impedía que los cinco siguieran siendo amigos después de salir del colegio. El padre de Seth podía proporcionar el dinero que necesitaran. Entretanto, él iba ingresando en los círculos que frecuentaban los demás.

—Conque lo has pensado todo, ¿eh? —dijo Cameron.

Una expresión admirativa afloró a su semblante, a su pesar. Si Jeremías fuese un tipo así, le habría asociado a sus almacenes. Estuvo a punto de decir:

—¿Te gustaría ingresar en...?

Pero la pregunta expiró en sus labios. Pasados diez años, cuando él estuviera muy viejo, acaso Guillermo fuera un hombre inteligente en demasía. Y esa inteligencia podía oponerse a la suya. Estaba bien abrir alguna oportunidad a los jóvenes, pero no todas las oportunidades. Por otra parte, siempre habría tiempo para meter a Guillermo en los almacenes, si él lo necesitaba. De casarse el muchacho con Candy, por ejemplo, sería igual para el caso que si perteneciese a la familia. Todo eso convenía pensarlo con calma.

Recostóse en el respaldo del asiento y cruzó las manos sobre el saliente vientre que tan poco armonizaba con su menudo cuerpo.

—Cuando el tiempo llegue —dijo vagamente—, veré si puedo ayudarte en algo, Guillermo. Digo «veré», porque de año en año cambian las cosas, dado el gobierno que tenemos en este país.

Guillermo se levantó.

—No pensaba hablarle de eso, señor Cameron —declaró con voz firme y sonora—. Creo poder arreglarme yo solo.

Era la respuesta adecuada, aunque bien sabía que podía llegar un momento en que necesitase contar con Cameron. Más valdría deberle dinero a éste que al padre de

Seth James.

Antes que el señor Cameron contestase, se abrió la puerta y entró Candacia, tan bella, según pensó cariñosamente su padre, como la estrella matutina.

Vestía de rosa y plata y llevaba un primaveral chaquetón blanco de pieles de zorro. El viento había sonrojado sus mejillas, porque se había empeñado en llevar las ventanillas del coche abiertas, y su cabello rubio, rizado sobre los oídos, colgaba en flequillo sobre su frente.

—¿Qué hacéis escondidos ahí? —preguntó—. A mamá le agradecería que salierais. Tenemos visita.

—Estábamos hablando de negocios —contestó Cameron.

Aquella era siempre su réplica instintiva a las preguntas de las mujeres.

—¡Tonterías! —dijo Candacia—. Guillermo no tiene negocio alguno.

—Pero —repuso el señor Cameron, juntando los dedos de la mano— tiene una idea. Una idea muy interesante.

Y entonces se le ocurrió una idea a él. Levantándose, se dirigió con su lento paso hacia la puerta.

—Yo iré para complacer a tu madre. Guillermo no tiene que preocuparse de nuestros amigos, salvo si lo desea. Son los Cordie, ¿no?

—Los mismos —respondió Candacia, haciendo un mohín.

—Pues no vengas, Guillermo —aconsejó Cameron—. De todos modos, no se acordarían de ti cuando volvieran a verte.

Y dejando solos a los dos jóvenes, desapareció en el interior de la casa. Se sentía complacido. Cabía confiar en Candacia. No permitiría ni aun a su marido causar a la familia ningún daño. Él estaba acostumbrado hacía mucho a comer su pastel y a la vez guardarlo. El secreto de esta maniobra había sido el cimiento de su fortuna. Eso y la resolución de ignorar los infortunios ajenos. Acaso a su debido tiempo ayudara a Guillermo. Siempre le sobraba dinero que no sabía a qué dedicar.

Una vez solo con Candacia, Guillermo permaneció silencioso. Ella se sentó en la silla de su padre, quitóse el chaquetón de piel y se apartó de la cabeza el sombrerillo de flores.

—¿De qué hablabais? —preguntó.

—Tu padre quería saber mis propósitos para cuando acabe los estudios y yo dije que quería publicar un periódico —respondió Guillermo.

Ella le miró con dulce expresión en sus límpidos ojos azules.

—¿Por qué un periódico?

Guillermo encogió sus bien formados hombros.

—¿Por qué hace uno algo, salvo porque quiere hacerlo?

—No te salgas de la cuestión, Guillermo. ¿Por qué te sientes inferior a todos?

La joven le había dado un golpe en el corazón. La sangre afluyó al rostro del muchacho. Apartó la cara.

—¿Acaso me siento inferior?

Su voz, usualmente bien articulada, sonaba con peligrosa negligencia.

—¿Lo negarás? —insistió ella.

—No lo sé.

Candacia rechazó la posibilidad de que él careciese de aquel especial conocimiento.

—Nunca contestas a las preguntas directamente. Siempre piensas lo que debes decir.

—Será por haber vivido poco tiempo en América —repuso.

Aunque despreciaba a China, a menudo encontraba conveniente utilizarla como refugio. Ello le daba una razón, ligeramente romántica, para mostrarse diferente de los demás.

—¿O sea que los chinos no responden nunca sinceramente?

—Creo que prefieren responder correctamente —contestó él.

—La sinceridad siempre es lo mejor.

—¿Sí? —Opuso Guillermo con aire de gentil superioridad y sabiduría.

—¿Acaso no?

—No lo sé —repitió él.

—Podías decidirte a aprenderlo —dijo la joven con suave impaciencia.

—No sé qué pensar —respondió Guillermo—. Muchas veces tengo que adivinar lo que me conviene hacer. A diario me encuentro con personas a quienes no comprendo. No tengo una experiencia que me ayude.

Candacia meditó un breve instante.

—¿Son los chinos tan distintos de nosotros? ¿O exageras?

—¿Exagerar el qué?

—Su diferencia.

—No creo que yo sea demasiado diferente de ti, Candy.

Era un paso atrevido. La joven retrocedió.

—No sé si lo eres. No acierto a discernirlo, Guillermo.

Él comprendió que había ido muy lejos.

—Ni yo respecto a ti. Excepto hoy, en que te encuentro encantadora. No nos comprendemos del todo... al menos por ahora. Ni tenemos prisa, ¿verdad, Candy? Quisiera que me conocieses tú porque yo, realmente, no me conozco a mí mismo. Y eso exige tiempo, mucho tiempo.

Hablaba con el culto acento inglés, del que aún no se había desprendido.

Ella contraatacó:

—¿Tiempo? ¿A qué te refieres?

Él rió silenciosamente.

—A que no quisiera que llegase de pronto alguien en un caballo encantado y te llevara.

Aquello no podía ser más claro. La joven posó la vista en la encarnada rosa prendida a su manguito blanco, y reflexionó. Cuando tornó a hablar lo hizo con suave

malicia.

—Creo que tú siempre procuras coger lo que deseas... cuando lo deseas.

Guillermo replicó con astucia:

—Pero esta vez podías tú no desear lo mismo que yo. Y confieso que tengo de chino también el que no deseo que me rechacen ni siquiera indirectamente. Prefiero no colocarme en esa situación.

—Ya reaparece tu sentimiento de inferioridad,

—Lámalo de sensatez.

—Lo llamo un mal modo de jugar.

—No hablamos de juegos.

Se expresaba con tal autoridad que la juventud de Candacia se sintió inclinada a respetar la de Guillermo. Sólo le llevaba él un año, pero parecía tener diez más.

—No sé de qué hablamos —murmuró ella.

—De ti y de mí —dijo él con gravedad—, si bien para dentro de dos o tres años.

—No quiero casarme en mucho tiempo.

—Eso deseaba yo saber —dijo Guillermo.

Hasta entonces había estado apoyado en la chimenea, con las manos en los bolsillos. A la sazón, acercándose a la joven, le cogió la mano y se la llevó a los labios. Candacia quiso retirarla, pero él no le dio tiempo. En un instante, soltándole la mano, salió de la estancia. Sus labios estaban fríos y secos, pero sus dedos húmedos. Ella cogió el pañuelo y se secó la mano. Luego la hundió en el manguito y permaneció un rato sola y pensativa.

Mientras transcurrían los últimos meses en el colegio, Guillermo empezó a temer que sus padres volviesen a América para asistir al término de sus estudios. Temor que nunca había querido confesarse hasta que su padre, en abril, le escribió desde Pekín:

Ni tu madre ni yo podremos estar para verte graduar, querido hijo. No sabes lo que lo deploramos. Hemos discutido el asunto muchas veces, y yo al principio pensaba, con ella, invertir mis escasos ahorros y pedir permiso sin sueldo. Pero luego me ha parecido que no tengo derecho a anteponer mis sentimientos personales al trabajo de Dios. Vivimos en China en una época muy especial. Hay oportunidades sin precedente para predicar el Evangelio. Muchos deploran, como yo, la forma en que hicimos humillarse a la emperatriz y sobre todo el saqueo de Pekín por las tropas occidentales, aunque desde luego ha sido una buena lección. Ahora tenemos todas las oportunidades. Dios opera por misteriosas vías y no debemos perder el fruto de la siembra. Sólo quisiera yo que la emperatriz viuda comprendiese que ha sido derrotada. Pero ¡ay!, no lo reconoce.

Dos semanas después su madre envió unas placenteras —y para ella desgarradoras— líneas:

Mi querido hijo:

No podré tener el orgullo de verte graduar en Harvard. Este año las niñas nos

cuestan mucho. La operación del apéndice de Enriqueta nos lo impide. Por supuesto el Patronato ha pagado los gastos, pero cuando solicité algún suplemento a fin de asistir a la ceremonia de tu graduación, se han negado, diciendo que ya han gastado mucho. No es cosa de censurar a Enriqueta, pero resulta extraño que todo haya coincidido con esto. Podríamos gastar nuestros ahorros —que son una insignificancia—, mas no quiero, porque en el Patronato podrían en lo futuro figurarse otras cosas. Nos deben mucho por hacernos vivir lejos de nuestra tierra. Haz, hijo mío, que te saquen muchas fotografías cuando ocurra eso. Estoy segura de que tendrás amigos, que, por mí, harán que yo pueda regocijarme con tu triunfo. Pídeselo al buen Jeremías o al señor Cameron. Diles cuánto me duele no estar contigo y con ellos.

Guillermo contestó con una epístola adecuadamente triste, y, sintiendo el ánimo libre del temor de la presencia de sus inoportunos padres, resolvió concluir el curso espléndidamente.

Una noche de junio estaba vistiéndose para ir a un baile. Faltaban pocos días para el final y la familia de Martín Rosvaine le había invitado. Los Rosvaine eran una vieja familia de Boston, si bien su ascendencia era francesa y no británica. La riqueza corregía ese defecto y en su sangre vibraba una alegría gala que los llevaba a gozar del placer más pródigamente que cualesquiera otros bostonianos.

Guillermo se sentía aquella noche tan cerca de la felicidad como podían permitírsele sus ambiciones no satisfechas. Candacia y sus padres estaban invitados y paraban en el «Hotel Somerset» hasta que se concluyese el curso. Esperaba Guillermo con satisfacción ver la linda y suave carita de la muchacha y se preguntaba si debía decirle que el nombre de él figuraba entre los pocos que habían de recibir sus diplomas «summa cum laude».

Resolvió no hacerlo, porque Jeremías había aprobado el curso a duras penas, a pesar de la eficiente ayuda de Guillermo en matemáticas superiores e idiomas modernos. Candacia no se mordía la lengua cuando se trataba de ridiculizar las jactancias, y no era cosa de que él comenzase a explicarle que todo lo debía a que sus profesores ingleses le habían educado bien, acostumbrándole a ocuparse en lo esencial. Jeremías, atendido por preceptores durante su delicada infancia, no había sido habituado a pensar que las matemáticas han de asirse como quien coge un cardo, que el alemán tiene que ser metido por fuerza en las cabezas y que el francés, con su suavidad, esquivo la mente y la lengua y puede huir por entero de la memoria. Gracias a que los maestros ingleses de un puerto de China habían golpeado reciamente las palmas de las manos y la cabeza de Guillermo con un puntero, y le habían abofeteado y le prodigaban sarcasmos dirigidos a «esos norteamericanos presuntuosos que no son más que colonos ingleses», él había aprendido a colmar, por lo menos, sus ambiciones menudas. En la acción privada y anónima era menester derrochar dureza y maestría.

No poseyendo las ventajas de tal instrucción, Jeremías, sólo por casualidad, había escapado del fracaso. A la sazón yacía en el lecho, vestido con un pijama de color de

lavándula que casaba bien con su cabello claro y su pálida tez. Según decía, el asistir al encuentro de *baseball* por la tarde le había dejado rendido. Sin moverse, miraba a Guillermo, que estaba afeitando su fuerte barba negra con una navaja anticuada. Por la ventana entraba el sol de junio y Guillermo, en pie sobre un rectángulo de luz, pensaba en cosas que no tenían la menor relación con el colegio.

Una vez concluido todo, pasaría dos semanas de vacaciones en casa de los Cameron y luego se consagraría a buscar dinero para el periódico. Había prescindido de sus primeros planes respecto a cómo juntar el capital necesario. No lo recabaría de sus compañeros de colegio ni de los padres de ellos. Lo obtendría, a ser posible, de Roger Cameron, o al menos tomaría un préstamo con su aval. Luego contrataría los servicios de Martin Rosvaine y Seth James. Pero de la mayor parte de la tarea se encargaría él.

—Tú estás pensando en el periódico —dijo de repente Jeremías.

—Es verdad —respondió Guillermo.

Con sus dedos pequeños y flexibles luchaba para anudarse la corbata.

—¿Cómo lo sabes? —añadió.

—Conozco, y temo, y venero esa expresión, igual que la de Dios Todopoderoso, que a veces te veo en la cara —dijo Jeremías perezosamente.

Guillermo sonrió sin alegría.

—Yo no soy hijo de millonario. Tengo que moverme y luchar, como hizo tu padre. Acaso mis hijos puedan limitarse a tenderse en la cama y escribir poesías.

—No imagino a un hijo tuyo haciendo tal cosa —replicó Jeremías.

Y quedó silencioso tras esa alusión a un posible hijo de Guillermo, porque inevitablemente un hijo ha de tener una madre y el joven ya no ignoraba que Guillermo quería casarse con Candacia. Se encontraba en la perpleja situación de ser confidente de su hermana y de su amigo, sin poder confiar al uno lo que el otro le decía. Los dos estaban inseguros. Días atrás, Guillermo le había dicho con franqueza:

—No sé si hago bien en enamorarme de Candacia. Me agrada que ella sea tu hermana y tú el grandísimo burro de mi cuñado. Ella está acostumbrada a tenerlo todo y me costará trabajo domarla. No me gustará que se pase la vida corriendo a papá. Si me caso, quiero mandar yo. Si no se puede comer más que puré de maíz, puré comerá y se conformará con ello.

Mientras hablaba así, el aspecto de Guillermo era muy arrogante. Acababan los dos de volver a sus habitaciones después de comer en el círculo y él llevaba el nuevo traje de etiqueta que le había regalado su madre. Para probárselo había tenido que ir a Nueva York.

La risueña respuesta de Jeremías fue:

—Te aseguro que serás tú el que no comerá puré dos veces.

Guillermo, en efecto, tenía gustos muy refinados y costosos en cuestión de alimentos. Jeremías solía decir que eso lo debía a comer en sus primeros años aletas de tiburón y sopa de nidos de pájaro allá en Pekín.



Cuando Candacia comentó sus posibilidades de matrimonio, su hermano le había advertido que Guillermo tenía duro el corazón.

—Quiere mandar él —afirmó a Candacia.

—¿Ha hablado de ello contigo?

—No, porque no tiene aún todo lo que desea.

—¿Y qué desea?

—Ante todo —dijo Jeremías, pensativo—, poder.

—Porque se siente inferior —adujo en el acto Candacia—. En el fondo de su corazón está temeroso. Es lamentable, Jeremías. Ignora que no tiene que temer a nadie ni a nada, porque es admirable él mismo. No conoce lo admirable que es.

Jeremías sonrió, fraternal.

—Sin duda le gustaría que se lo dijeras. Pero te advierto, Candacia, que una vez que te consiga habrás de ceder en todo...

Y añadió, tras un instante de silencio:

—El pensarlo me pone la carne de gallina.

Ella le miró sobresaltada.

—¿Por qué?

Jeremías movió la cabeza.

—Porque no tiene cariño a nadie.

—Acaso nunca haya tenido a nadie a quien querer —comentó ella con candor.

Fragmentos de conversaciones semejantes acudían a la mente de Jeremías mientras veía vestirse a Guillermo.

Éste le dirigió una penetrante mirada.

—Vamos a llegar tarde —dijo.

Bajo las oscuras y pobladas cejas, sus claros ojos despedían un brillo metálico.

—Mi familia está acostumbrada a mis cosas —respondió Jeremías—. Me esperarán. O quizá esperemos nosotros. Hubiera preferido que mi padre comprase un «Apperson» y no un «Maxwell».

—El «Maxwell» es mayor —dijo Guillermo.

El señor Cameron les había sorprendido adquiriendo, para las Pascuas, un automóvil «Maxwell». El vehículo se movía a vapor, lo que resultaba una cosa algo anticuada, pero los nuevos coches a gasolina asustaban a Cameron.

Llegó a través de la ventana abierta el son de una bocina que recordaba el graznido de un ganso, y se percibió también el siseo del vapor. Jeremías saltó fuera del lecho, se asomó a la ventana y gritó:

—¡Refrigera el coche, Jackson!

Y desapareció en el cuarto de baño, arrebatando toallas por doquiera que pasaba. Toallas sedosas, bordadas en Irlanda, con una grande y complicada inicial.

Una vez solo, Guillermo pensó en Candacia mientras terminaba de asearse. Luego de recortadas las uñas, hecho el nudo de la corbata, alisado el cabello y ajustada la ropa, se miró al espejo. El óvalo de su morena cara no le desagradó, aunque no le

gustase el débil parecido que tenía con Enriqueta.

Consultó el reloj. Era más tarde de lo que pensaba. ¿Habría entregado la florista los capullos de clavel y las nomeolvides azules que había encargado él para Candacia?

Por un momento sus pensamientos giraron placenteramente en torno a aquello. Había resuelto casarse con ella y, al recordarlo, cierta excitación, un tanto vaga, empezó a cobrar cuerpo. ¿Por qué no proponérselo aquella misma noche? Una noche cálida y bella; como romántico fondo, una casa rica; la sensación de triunfo que le daba su próxima «summa cum laude». ¿Qué le faltaba? No era impulsivo; la emoción no le había dominado hasta aquel momento, pero le parecía bien concluir aquella primera época de su historia dejando concertado su matrimonio.

Estaba tan taciturno y hasta tan solemne, que despertó la atención de Jeremías, el cual, mientras estaba vistiéndose, le miraba. En el coche tuvieron que callar, estorbados en su plática por las gorras y guardapolvos, mientras Jackson corría lo menos a diez millas por hora a través del campo, que iba oscureciéndose. Empezaba a levantarse el viento y cuando la puerta de la vasta casa de Boston se abrió para admitirlos, ambos jóvenes se dirigieron al tocador, a fin de limpiarse la cara.

Martin, corriendo a buscar a Guillermo, le separó inmediatamente de Jeremías.

—¡Guillermo! —exclamó con excitación—. Mi tía Rosamunda está aquí y se interesa en lo del periódico.

Empujó a Guillermo hacia un rincón, bajo la vasta oscuridad de las escaleras de roble.

—Yo no visito a la gente para pedir dinero —dijo Guillermo.

—No seas bobo —contestó Martín.

Y pasando la mano bajo el codo de su amigo, le llevó hasta el salón de baile, donde una anciana vestida de encaje negro y adornada con diamantes, se hallaba sentada en una silla de alto respaldo, junto a unas palmas.

—Tía —dijo Martin—, te presento a Guillermo Lane.

Guillermo se inclinó.

Tía Rosamunda habló en voz baja:

—Conque ¿es usted ese joven que viene de China? Aquél debe de ser un país terrible. ¡Mire que vendar los pies de las mujeres y matar misioneros!

—Creo que eso debe de haber terminado, señorita Rosvaine —dijo graciosamente Guillermo.

—No hables de China, tita —intervino Martin, con impaciencia—. Hablemos de nuestro periódico.

Por encima de la cabeza de la dama, adornada con plumas, Martin guiñó un ojo a Guillermo.

—¿Por qué ha de interesarse tu tía —repuso Guillermo— por un periódico ilustrado para gentes que apenas saben leer?

—Tía Rosamunda —dijo Martin— es una mujer inteligente. ¿Verdad, tía? ¡Si ella

misma ordena a sus agentes de bolsa lo que tienen que comprar y vender!

Tía Rosamunda rió contenidamente.

—Soy lo bastante vieja para ser madre de este muchacho —dijo con voz áspera y gruesa—. Lo bastante vieja para ser madre qué sé yo de quién. Podría ser vuestra bisabuela, aunque me alegro de no serlo. ¡Son tan picaros los jóvenes de ahora! ¿Pensáis ganar dinero con ese periódico?

—A montones —respondió Guillermo—. Por eso lo publicamos.

—Supongo —siguió tía Rosamunda, con voz cada vez más recia—, que no será ninguna sandez de esas de beneficiar a las masas, o cosa así.

—Para beneficiarnos a nosotros —contestó Guillermo—. Quiero ser millonario antes de los treinta años.

Sabía ya que el único modo de interesar a los ricos consistía en hablarles de más riquezas.

—Pues pase a visitarme —dijo tía Rosamunda con repentino interés.

Y mirándolo con sus grandes ojos negros, le hizo comprender, no sin sorpresa suya, que había sido hermosa antaño.

—Gracias —repuso Guillermo.

Buscó con la mirada a Jeremías.

—Ahí está Candacia —anunció—. Con su permiso, señorita Rosvaine...

Y se apartó, deseoso de que nadie supusiese que trataba de halagar a una vieja rica. En los ojos de Martin leyó la forzada admiración que tanto le complacía suscitar.

Mientras cruzaba el alfombrado suelo, se detuvo para estrechar la mano de la señora Rosvaine, una mujer arrogante y canosa, con un vestido bordado de plata, y del señor Rosvaine, que recordaba a su bisabuelo, el francés, cuyo retrato colgaba sobre la chimenea. Luego se acercó a los Cameron y, fingiendo no reparar en Candacia hasta el final, estrechó primero las manos de sus padres. La joven llevaba un resplandeciente vestido blanco y lucía claveles y nomeolvides de los regalados por Guillermo. Tenía el aspecto propio de una muchacha, el aspecto que a él le agradaría que tuviese su esposa. La profunda y secreta naturaleza celosa que le caracterizaba brotó a torrentes de su corazón. Era intolerable que nadie, fuera de él, poseyese a aquella gentil criatura, tan llena de dotes y gracias. Aunque buscase por todo el mundo no encontraría otra mujer tan idónea para él. Y además, asequible.

—Pareces una princesa —dijo a Candacia.

—¿Te sientes poético? —repuso ella, dedicándole una sonrisa semiindiferente.

—No, sino que me gustan mucho las princesas —protestó él—. Crecí en las cercanías de un palacio, en Pekín, y en él vivían y jugaban las princesas. Por eso las conozco.

La señora Cameron, acercándosele, preguntó con cierta aspereza:

—¿Asistirán tus hermanas a la ceremonia de graduarte?

Él, desconcertado por la inesperada pregunta, repuso con no mucha suavidad:

—Llegarán mañana.

—¿Sabes que eres un idiota y un callado? —Saltó Jeremías—. ¿Cómo no me dijiste que llegaban?

Guillermo contestó con aparente franqueza:

—Enriqueta es fea. Y, aunque Ruth es bonita, no encuentro en ella nada interesante.

—Los hombres nunca encuentran nada en sus hermanas —manifestó Candacia.

El interés de los Cameron por aquello que no les afectaba directamente, se desvaneció en seguida. «Como todos los ricos», pensó Guillermo.

—Vamos a pasar calor —quejóse la señora Cameron.

—No tanto tendrás tú con tu ropa como yo con la mía —alegó su esposo.

—No sé —dijo ella—. Porque como tengo que usar cor...

—Ahórranos explicaciones, mamá —interrumpió Candacia.

—Con Guillermo tenemos confianza —repuso la señora Cameron.

—Gracias, señora —respondió él—. ¿Nos sentamos? Confío en que habrá encargado usted a Candacia que me reserve el primer baile. Porque, aunque siempre me lo promete, nunca lo cumple.

—Es una chica muy mala —dijo la señora Cameron, con vaga indulgencia, mientras se sentaba.

—Ya lo he prometido —dijo la joven—. Y, además, nunca falto a mis promesas.

La orquesta comenzó a tocar. El salón pareció llenarse de repente. Guillermo, respondiendo con una sonrisa, tomó a Candacia entre sus brazos. Danzaba bien y sabía que la gente le miraba. Suponía que le consideraban con interés; le gustaba despertar sentimientos admirativos.

Bajando la vista, la fijó en la tranquila y serena faz de Candacia. La muchacha tenía la piel fina y suave, de una blancura cremosa, y los labios dulces y bien diseñados. ¡Qué fortuna sería para él poder casarse pronto con ella! ¿A qué venía un noviazgo largo? Necesitaba a Candacia en seguida, tanto por ella misma como por lo que podía procurarle. Aquella noche misma se declararía.

Vio los ojos de Jeremías fijos en él. Pero casarse y con quién casarse era cosa de cada cual. Y, entregado a esta mezcla de sueños, fue pasando la noche para el joven, eludiendo a Jeremías, bailando con Candacia una vez y otra, y no invitando a danzar a nadie más cuando ella no estaba libre. De pronto, y con horror, la descubrió bailando con Seth James. Sintió una punzada interna. Seth era de la misma clase que Candacia. Su padre todavía tenía más dinero que Cameron.

Se dirigió a Candacia y le solicitó el último baile.

—No puedo tolerar que Seth te mire de ese modo —le dijo mientras bailaban.

Ella sonrió soñadoramente, sin contestar, y él reparó en sus blancos hombros y en su rubio cabello, brillante a la luz de las lámparas. Imaginando que la muchacha pensaba en otra cosa, resolvió atraer hacia sí sus pensamientos.

—No te diré —murmuró, como al descuido— que estás muy hermosa, porque supongo que ya te lo habrá dicho Seth.

—Sí.

Figurándose que ella se apartaba, la estrechó más contra sí y dijo:

—Has perdido el compás.

—Es que tocan este vals muy lentamente —replicó ella.

Pero se dejó atraer por Guillermo. Su mejilla casi rozaba su hombro. Él no se sentía satisfecho aún.

Detúvose, pues, y los dos quedaron parados en medio de la multitud que giraba.

—Salgamos de aquí —dijo el joven repentinamente—. Toda la noche estoy deseando comunicarte una cosa.

Y, cogiéndole la mano, la llevó consigo. Para un joven enamorado parecía demasiado adusto. Desde el otro lado de la estancia Jeremías los vio cruzar la abierta puerta. Como en aquel momento no bailaba, se aproximó a sus padres, que danzaban tranquilamente en un rincón y que se detuvieron al verle.

—Quiero anunciaros —susurró— que en este preciso momento Guillermo está pidiendo a Candacia que se case con él.

—¡Oh! —exclamó su madre.

Roger Cameron asumió un grave aspecto.

—No veo cómo podremos mezclarnos nosotros en eso —murmuró tras un instante de reflexión.

Y ante los pasmados ojos de Jeremías, los dos esposos se miraron y reanudaron los lentos pasos de su vals. Tras un momento se alejó y fue a servirse un generoso vaso de *whisky*, que apuró hasta el fondo.

En el jardín, dentro de una glorieta alumbrada con faroles chinos, Guillermo inició su declaración. A menudo se había preguntado cómo procedería, formando media docena de planes, a ninguno de los cuales se atuvo al fin. Ella parecía tan serena, tan rebotante de suave sentido, que a él le pareció conveniente obrar de modo análogo.

—Candy —principió—, supongo que sabes hace largo tiempo que, si tú quieres, yo me casaré contigo.

Tales fueron las palabras que pronunció casi inmediatamente después de sentarse ella. Candacia manejaba el abanico chino que le había regalado él. Era una monería de sándalo y seda que su madre, por Navidad, le había mandado de Pekín. Oliendo a palosándalo, en el aire caliente de la noche, una porción de memorias de la niñez acudían a la mente de Guillermo: sándalo, incienso, suave olor a cerrado de los viejos templos de las colinas, a los que las familias de los misioneros solían acudir para celebrar sus meriendas a escote en los largos y ardientes veranos septentrionales... Alejó aquellos inútiles recuerdos.

Candacia no contestaba.

—¿Qué me dices? —preguntó él, con cierta impaciencia.

—No esperaba que me lo propusieses aún —respondió la joven.

Por su acento sereno y frío resultaba difícil discernir si Candacia estaba contenta o no.

—Tampoco lo esperaba yo —declaró él, siempre en el mismo tono que había determinado utilizar—. Acaso hubiera debido esperar a tener alguna fuente de ingresos. Pero estos últimos días me he preguntado a mí mismo a qué venía la espera. Preferiría recordar en lo futuro, cuando yo haya construido un palacio y lo llene de esclavos a tu servicio, que me declaré no teniendo un penique y que me aceptaste.

Ella rió.

—¡Buena idea!

Y agitó el abanico. El mismo aroma de antes acarició el olfato de Guillermo. Se apartó, medio contrariado.

—¿Qué dices, Candy?

—¿De qué?

—¡No bromees, Candy!

—Todavía no me has dicho que me quieres.

—¡Claro que te quiero!

Era la primera vez que profería tales palabras y sonaron en su lengua como un entrechocar de guijarros.

—¡De qué modo tan raro lo dices! —comentó la joven.

—Porque no tengo costumbre. Nunca lo había dicho a nadie.

Observó que aquello no la conmovía. Candacia le miró singularmente, alzando sus largas pestañas. Guillermo creía tener la pasionalidad corriente, aunque no la había ensayado nunca. Jeremías era limpio y delicado, y aunque Martín frecuentaba extraños lugares, los jóvenes con quienes Guillermo solía tratar no eran físicamente groseros. La lascivia no constituía uno de sus pecados naturales. Pero en él, de súbito se alzaba el deseo de tocar a aquella bella mujer, y guiado por el instinto, la rodeó con sus brazos. Sintió bajo su mejilla el cabello de ella.

—¡Amor mío!

La frase brotó espontáneamente de sus labios. Había oído a su padre emplearla con su madre una o dos veces. Como solían mostrarse cariñosos ante los extraños, tales palabras se habían fijado mucho en la mente del joven.

—¿Serás bueno para mí, Guillermo?

—Sí. Te lo juro.

La sintió suspirar, la sintió apoyarse en él, cayó al suelo el abanico. Súbitamente le pareció quererla con todo el cariño de que era capaz.

Sobre la hierba, iluminada por la claridad mixta de la luna y los faroles, llegaron las notas de música de un vals más vivo. Candacia se retiró un poco.

—¿Vamos a bailar?

—Pero ¿somos novios, Candy?

No la soltaba, ciñéndole el talle con el brazo. Deseaba cerciorarse de que era suya antes de volver a los salones repletos de jóvenes.

—Creo... que sí —dijo ella, entre tímida y contrariada.

—¿Sí?

Volvió a aferrarla y la besó larga y apretadamente. Cuando la soltó, ella lanzó un gritito:

—¡El abanico! Me lo has roto.

Y así era. Al recogerlo, era en su mano como una flor quebrada. El joven había partido las varillas con el talón y el aroma que exhalaban aquéllas era más intenso que nunca.

—No importa. Encargaré otro a Pekín, y no será de palosándalo, sino de marfil, ni de seda, sino de plumas de martín pescador.

—El marfil no tiene perfume —dijo ella—. Dámelo, Guillermo. Nunca me gustará otro abanico tanto como éste.

Él se lo entregó, algo resentido. Volvieron a la casa y comenzaron a bailar, en silencio. Guillermo se notaba molesto consigo mismo y contra la muchacha. El instante que deseaba perfecto había terminado mal. Desde luego él pudo estar torpe, pero ella, a su vez, se había mostrado muy poco indulgente. Mas se había declarado y Candacia lo aceptaba... Siguieron danzando.

El día que iba a graduarse, Guillermo se levantó y se desayunó antes que Jeremías despertara. Desde el comedor se dirigió al Yard, bajo cuyo corpulento olmo estaba citado con sus abuelos y hermanas, los cuales, acudiendo temprano a la ciudad, habían tomado un coche y desayunándose en un hotel de segunda categoría.

Los vio esperándole. Por un momento le parecieron algo aislados y nítidos, como la fotografía de un grupo familiar.

Enriqueta estaba más fea que nunca y sus abuelos tenían más aspecto de gente de clase media que cuanto Guillermo creyera posible. Ruth, desarrollada, bonita, gentil, le inspiró un nuevo y repentino afecto. Ella no le avergonzaba.

Sin mostrar el menor desagrado, adelantóse, sonriente, y estrechó las manos de sus abuelos.

—¿Cómo estás, abuelo? Muy agradecido por tu presencia, abuela. ¿No te ha sentado mal el viaje?

Besó la mejilla de Enriqueta y oprimió con las manos los finos hombros de Ruth.

—Venid, que quiero que cojáis buenos asientos.

El Yard renacía a la vida. Estudiantes de los cursos superiores, con gorra y toga, se movían de un lado para otro.

Guillermo condujo a sus parientes a través de las anchas puertas del salón, donde ya se hallaban unas cuantas personas. Afanóse en buscar asientos desde donde pudieran verle bien.

—Ruth —dijo— puede sentarse junto al pasillo, para que me distinga bien cuando desfilemos.

Ella correspondió con una sonrisa.

Enriqueta no había dicho una palabra. Llevaba un vestido liso, de lino azul oscuro, y un sombrero rígido que subrayaba la angulosidad de su rostro. Tenía los ojos como los de su padre, pero muy hundidos y vivos, mientras los de él quedaban a flor de piel y eran muy dulces. En eso reparó Guillermo, no en el silencio de la muchacha. Tenía prisa por acabar el asunto y concluir con su familia.

—Cuando esto acabe, nos veremos otra vez bajo el olmo.

Correspondió con una sonrisa a sus miradas solemnes y deslumbradas y se alejó. Pero sus habitaciones estaban vacías. Jeremías se había marchado. Tomó su gorro y su vestidura, se los puso, miróse al espejo, y se unió a la muchedumbre, cada vez más densa. Notaba que le miraban mientras se dirigía al Yard; pero fingía no notarlos. Confianza, excitación, seguridad en el éxito se escondían tras su faz, hermosa y compuesta. Sabía que el honor que le esperaba era el primero de una serie de ellos. Ocupó su lugar entre los condiscípulos, y así empezó el importante día, fin y propósito de los cuatro tediosos años de estudios.

Y de pronto pareció perder la noción de todo, como había de ocurrirle en muchas ocasiones de su vida. Todo se tornó irreal para él. Era como si su mente abandonase a su cuerpo. Se imaginó en los años venideros, planeando, luchando, conquistando, ganando cuanto anhelaba. ¿Cuándo se satisfaría? ¿Cuándo llegaría a saberlo y en qué consistía la satisfacción?

Resolvió retrotraerse a la hora que estaba viviendo y que ya no le parecía un fin, sino un principio. Sentía vagamente la impresión de perder el goce de aquellos instantes y esforzábese en recuperarlo. Porque ya se trataba de una parte de su satisfacción, del primer paso en su integración total, de un fragmento de una vida ya completa. Quiso pensar en Candacia y se acomodó entre sus compañeros, procurando escuchar su nombre entre la lista de los sobresalientes.

—Guillermo Lane, «summa cum laude».

Mas ya había cesado de valorar lo conseguido, en su afán por lo que debía venir después.

Cuando concluyó la larga mañana, marchó a reunirse con sus hermanas y abuelos. Lo esperaban bajo el alto olmo. Su abuela murmuraba palabras de afecto.

—¡Qué orgullosa se sentirá tu madre! —decía, con los ojos empañados por las fáciles lágrimas de los viejos.

—Mi padre tuvo las mismas calificaciones —dijo modestamente Guillermo— y se me figura que entonces apretaban más. Él estudió mucho más griego que yo.

Ruth le tendió un paquetito, que el joven tomó con afectada sorpresa.

—No es nada que valga la pena —dijo la joven—. Una cadena para tu reloj.

—Yo te he comprado un libro —manifestó Enriqueta—. Envuelto en un paquete encarnado, como en China.

—Y tu abuela y yo te traemos un chequencillo —añadió su abuelo, dándole un sobre.



—¡Es demasiado! —dijo sutilmente Guillermo.

Ruth exclamó con suavidad:

—Vayamos a ver si hay carta de papá y mamá. Yo sé que ella quería que tuvieses carta suya hoy.

—Pasaremos por mis habitaciones cuando vayamos camino del hotel —propuso Guillermo.

Mas en su buzón no había carta alguna de China. Sólo unas facturas que tenía que pagar y una carta escrita con una letra desconocida. Una letra tosca, apretada, y, sin embargo, singularmente personal. En el sobre se leía el matasellos de una ignorada población de Ohio, y en las señas del remitente rezaba: «Clem Miller».

—No hay carta —dijo él—. Quiero decir, de nuestros padres.

Rasgó el sobre. Dentro encontró una sola hoja de papel rayado, con la misma letra desigual, pero clara.

Decía:

Querido Guillermo:

Tú no debes de recordarme. Una vez aconsejaste que dejara de pelearme con un muchacho chino, en las calles de Pekín. No te he vuelto a ver. Ahora estoy aquí, en una tienda de comestibles. Un buen empleo. Lamento, con todo, no tener la posibilidad de una buena educación, como tú. De todas maneras, voy abriéndome camino. Tu padre me ha dado tu dirección. Escribí a un amigo mío, un tal Fong, de Pekín, pero resulta que se me ha olvidado mucho el chino, y dirigí la carta a su hijo Yusan, pensando que acaso supiera leer en letra de imprenta. Yusan enseñó la carta a tu padre, que me ha escrito dándome tu dirección y diciéndome que terminabas ya tus estudios. Yo no he tenido esa suerte. Tu padre me dice que me ponga en contacto contigo, y así lo hago en recuerdo de los antiguos tiempos.

Sinceramente tuyo,

Clem Miller.

—¿De quién es? —preguntó Ruth, mientras salían a la calle.

Guillermo buscaba un coche con la mirada. El sol calentaba mucho.

—¿Recordáis la Misión Miller, de Pekín?

Ruth negó con la cabeza.

—No me acuerdo de Pekín apenas.

—Yo sí me acuerdo —dijo Enriqueta de pronto—. Déjame ver la carta.

—Puedes guardarla —repuso Guillermo con indiferencia—. No hay razón alguna para que la conteste.

Divisó un coche de punto, lo llamó, y subieron. Él ocupó el asiento más pequeño e incómodo, aunque Ruth se ofrecía a ocuparlo ella.

—Hoy sois mis invitados —dijo el hermano, con su más agradable sonrisa.

Y transcurrió el día sin que Guillermo abandonase su sonriente corrección. Habló del colegio a su familia y se lo mostró. Su abuela dijo que le gustaría ver sus habitaciones. Él dio de lado esta propuesta. Enriqueta exclamó, con repentino enojo:

—Me parece que no quieres presentarnos a esas personas que...

Entonces, con reprimida rabia, los condujo a sus habitaciones, temiendo la posibilidad de que los Cameron estuvieran presentes. Pero los cuartos se hallaban desiertos y la abuela, sentándose en la butaca de Jeremías, se quitó los zapatos.

—Los he comprado para hoy —dijo, excusándose—. Ya sabéis lo que pasa con los zapatos nuevos.

Guillermo no contestó a tan hórrida ocurrencia y no se sintió tranquilo hasta que su familia se levantó para irse. Mas no a tiempo, porque, cuando iban a salir llegó Jeremías, y Guillermo no pudo dejar de presentarlos. Jeremías, con su gracia habitual, habló a los abuelos. Ruth se unió a la plática.

La cosa duró un momento. Luego Guillermo condujo a sus parientes hacia la puerta y subieron al coche de punto. Y cuando los vio irse se sintió rendido, mas tenía que disimularlo, porque personas a quienes no conocía le paraban para felicitarle por haberse graduado. Aceptaba las alabanzas con modestia, como si aquello no tuviera importancia para él. Con todo, imaginaba que ellos leían en su alma, y esto le hacía sentirse lacónico y altivo, a la vez que lastimado y hartado.

Media hora después, solo en su cuarto, se tendió en el lecho, con las persianas corridas para alejar el sol. Y cuando creía ir a pensar en Candacia, se halló pensando en Tía Rosamunda. Sería fácil sacar dinero, y acaso mucho, a una vieja como aquélla. Reflexionando, se dijo que esto debía avergonzarle. Mas no le avergonzaba. No tenía quien le ayudase. Ni una persona de su familia podía servirle más que de estorbo y cuanto antes se separase de ellas, mejor. Meditó en la invitación de Tía Rosamunda. Claro que no significaba nada. Ya sabía que los ricos dicen a veces frases agradables, con la misma facilidad y dándoles tan poco significado como cuando van a beber un vaso de agua. Duro resultaba ser amigo de los ricos y de sus hijos, mas lo necesitaba para asegurar su propia independencia. Algún día, cuando consiguiese todo lo deseado, les haría ver lo que los despreciaba.

## IV

Sola en su caliente cuartito de la casa de arrabal, Enriqueta estaba escribiendo a Clem Miller. Se sentía desesperadamente fatigada, y, como siempre que hablaba con Guillermo, la abrumaba la melancolía. La primera mirada de su hermano le había bastado para comprender que seguía considerándola fea y todo lo demás que ella no deseaba ser. Era un signo de grandeza en ella no reconocer que quería a Ruth tierna y humildemente, a pesar de la preferencia que Guillermo dedicaba a la muchacha. ¿Por qué, volvía a preguntarse, le importaba tanto lo que pudiera pensar Guillermo?

Pero le importaba y le importaría siempre. La cosa había comenzado en los antiguos días de la misión, en Pekín, cuando la vieja criada que las atendía le había enseñado que las muchachas debían siempre humillarse ante el único y precioso hijo de la familia.

—Porque vosotras —decía Liu Amah— no sois más que mujeres. Y Guillermo es hombre. Las muchachas no valen tanto como los muchachos. Los hombres valen más que las mujeres.

Enriqueta suspiró. Era tarde y debía haberse acostado, pero no lo había hecho. Sus abuelos y Ruth estaban durmiendo ya, sin duda, porque, si no, su abuela habría llamado a la puerta para preguntarle por qué tenía la luz encendida.

Desolada por la insondable tristeza de la juventud, Enriqueta, en la noche, había pensado en Clem. Llevaba su carta en el bolso y la leyó dos veces cuidadosa y calmadamente. Luego comenzó a escribir:

Querido Clem:

Tú no me conoces, pero yo soy la hermana de Guillermo Lane. Guillermo es demasiado orgulloso para escribirte. Siempre ha sido un muchacho muy orgulloso, y ahora más que nunca, aunque no sea muchacho ya. Se considera un hombre. Al parecer, lo es desde que ha terminado los estudios. Es muy elegante y listo. Se graduó ayer con los máximos honores. Siento decir que no creo que te escriba nunca. Pero, como pienso que alguien debe hacerlo, puesto que os conocéis de Pekín, lo hago yo.

No sé gran cosa respecto a ti, de manera que te hablaré de mí. Tengo dieciocho años y el próximo otoño espero ingresar en el colegio. No soy nada guapa y creo lo mejor decírtelo de antemano. Y es raro, porque me parezco mucho a Guillermo y a él le consideran muy guapo. Supongo que el aspecto de un hombre no es adecuado para una muchacha. Mi hermana Ruth es bonita.

Se detuvo y notó que no tenía nada que decir. Ésta era otra de sus desgracias. Sentía tanto y de tal modo le angustiaban sus vagos disgustos, anhelos y soledad, que ello mismo le impedía expresarlo con palabras. Ella y Ruth iban a una escuela pública, ya que todo el dinero disponible había que destinarlo a Guillermo, pero ella no encontraba amigas allí. Las compañeras la miraban como a un ser raro, por aquello de haberse criado en China. Y acaso lo fuese. Mordió el mango de madera de su pluma y continuó:

¿Piensas alguna vez en Pekín? Yo sí, y a menudo. Desde la ventana de mi cuarto, en la casa de mis padres, yo solía contemplar una preciosa pagodita. Una dagoba, me parece que la llamaban. Tenía campanitas en los ángulos y cuando yo estaba en la cama, con la ventana abierta, y soplaban el viento, las oía tintinear.

Dime si te acuerdas de esas cosas. ¿Piensas volver allí algún día? A mí me gustaría, pero no sé cómo ganarme la vida, porque no quiero ser misionera.

No supo qué más poner y se limitó a firmar con su nombre tras un «sinceramente tuya». En cuanto la carta estuvo concluida, se le ocurrió que debía depositarla en correos, aunque ya corriese la medianoche. El relojito que tenía en la chimenea le hizo esta grave advertencia, pero ella no lo entendió. Se colocó un vestido sobre la bata de noche y, sin quitarse las zapatillas, bajó las escaleras y por la puerta de servicio salió a la calle, donde encontró un poste de correos.

Sabía que a las siete recogían y que mientras llegaba la hora del desayuno, ya el escrito estaría camino de la poblacioncita de Ohio que parecía tan remota como Pekín. Oyó el suave deslizarse del sobre en el buzón y regresó a su casa y a su cuarto. Se acostaría. Había tendido una mano en la oscuridad. Acaso alguien la cogiera...

Consolada por esta esperanza, se arrojó en el lecho y se durmió soñando, lo mismo que en su niñez, con el *compound* de Pekín, en una grande y sombría casa misional, donde criados de silenciosos pies iban y venían, llevando afables confortaciones a una tímida y fea niña americana.

La carta le llegó a Clem cuando estaba en la tienda de comestibles. Era media mañana y Owen Janison, el patrón de Clem, volvió de su diaria expedición a Correos. Clem tenía poca correspondencia, y hasta la fecha se reducía a sobres con matasellos de China.

—Una carta de Nueva York, me parece —dijo Janison.

Era un hombre alto y delgado, cuyos marchitos bigotes caían sobre una descuidada barba rubia. Llevaba traje gris y camisa almidonada con cuello de celuloide.

Clem, en mangas de camisa, partía carne tras el mostrador. Cogió la carta y la examinó cuidadosamente, sin abrirla.

Cortó un pedazo de carne de buey sobre el bien fregado mostrador y retiró un tanto su porosa grasa.

—¿Me dijo una libra, señora Bates? —preguntó.

La parroquiana titubeaba.

—Mejor será libra y media —dijo al fin—. A mi marido eso le gusta mucho, aunque yo no como más que una chispa.

Clem no respondió al comentario. En los años transcurridos desde que él y Bump llegaron a New Point, en Ohio, se había acostumbrado a vivir en dos mundos; el inmediato y el real. La señora Bates, aunque era inmediata, no era real. Ni tampoco el señor Janison, a pesar de su inmediatitud y a pesar también de que de él dependía

el sustento de Clem y de Bump. Era real lo pasado y real lo futuro; ambos estaban muy claros para Clem. Para recordar el pasado había escrito a Yusan, el hijo de Fong, y recibido la carta del doctor Lane. Yusan, olvidado del inglés, tuvo que dar la carta de Clem al misionero. El doctor Lane escribió una misiva muy amistosa, casi toda dedicada a Guillermo y muy escasamente a Yusan. Lane daba por descontado que un joven americano llamado Clem Miller debía interesarse por su hijo Guillermo.

Leyendo las ligeramente altisonantes frases de la carta —porque Lane, en cuanto escribía, se inclinaba a emplear un tono de prédica—, Clem había sentido todas las antiguas realidades. A los dieciséis años, Yusan se había comprometido para casarse con una muchacha de la misión, aunque el matrimonio no se hubiera consumado todavía. Se había trocado en un joven serio, cuya alma aspiraba ganar el misionero. Pero Yusan no quería hacerse cristiano. Era real el recuerdo de Yusan, el niño aún sin formar que iba convirtiéndose en joven. Reales las horas que Clem había pasado con él en casa del señor Fong. Real la memoria de las calles de Pekín, con la nieve que, arrastrada por el viento, cubría en invierno las techumbres de casas y palacios. Reales los fabulosos cielos de verano...

Clem evocaba todos los pormenores de su niñez, como el placer de poseer tres moneditas con las que adquiriría cacahuetes envueltos en un cartucho de papel de estraza, blando como el papel secante. Real era también la alegría de devorar una batata caliente en una mañana fría, adquiriéndola a un vendedor callejero de los que tenían un hornillito de barro. Real la satisfacción de cortar una roja sandía en un cálido día de julio. Reales las caravanas de camellos que caminaban sobre el polvo, conducidas por un mogul que iba tejiendo, mientras avanzaba, la lana que le serviría para abrigarse en invierno. Reales los monos encadenados, los osos bailarines, los cómicos ambulantes, los hechiceros públicos y cuanto había hecho de las calles de la ciudad un lugar de placeres para un niño extranjero.

Impelido por la necesidad de aproximar más a sí mismo la realidad de aquella remota tierra que era la de su nacimiento, pero que no podía reclamar como tal, ni reclamaba, Clem había escrito a Guillermo, a quien recordaba tal como lo viera aquel día en que él peleaba con un mozalbete chino que acusaba de mendigo a Miller por pedir pan en nombre de Dios.

Clem suponía que la carta recibida era de Guillermo. Pero, para abrirla, aguardó a la hora del almuerzo, que consistía en cortar una rebanada de pan duro y comerla con un pedazo de queso, en el mismo almacén. Janison iba a casa a comer, al mediodía, y Bump, como entonces no había escuela, trabajaba en una granja.

Porque Clem se había obstinado en que Bump fuese a la escuela. Había renunciado a la esperanza de frecuentarla él mismo algún día, para saber algo distinto de las cosas comunes, no geografía ni aritmética, que podía aprender leyendo libros. Lo que deseaba conocer eran cosas más importantes, tales como la manera de alimentar a millones de gentes. Aunque su propio apetito era muy frugal, la idea de la comida le obsesionaba. Si era flaco y menudo de muchacho, se había convertido en el

mismo tipo de hombre. Tenía los hombros cuadrados y huesudos, estrechas las caderas, poquísima carne. Incluso su cuadrado rostro estaba muy delgado, con las mejillas hundidas y profundos los ojos en sus cuencas.

Había prescindido de la fe de su padre y no recitaba otras plegarias que las que a su propia alma dirigía. Creía que para vivir bien sólo hacía falta unas cuantas cosas esenciales y antes que nada, una comida nutritiva y barata.

Por las noches siempre preparaba a Bump una buena cena, que le veía comer en el cuarto que compartían. La tal cena solía consistir en un trozo de estofado de vaca hervida con col, y abundancia de pan y manteca. Una vez satisfecho su escaso apetito, gozaba viendo como Bump saciaba su hambre infinita. Él le proporcionaba el alimento y en eso consistía su satisfacción. Nadie les regalaba nada. Clem trabajaba para ganarse el sustento. Compraba comida barata porque eso era suficiente. No deseaba manjares caprichosos, y severamente vedaba a Bump los bollos y las empanadas. Si todos, solía decirle, comiesen cuanto necesitaran, a base de alimentos sencillos y buenos, no habría ninguna complicación en el mundo.

Estaba educando a Bump a su modo y para él, inexorablemente a veces, pero en conjunto con amabilidad, desarrollando así el instinto profundamente paternal con que, sin saberlo, miraba el mundo. Cuando un beodo, una noche de invierno, penetraba en la tienda y pedía «un níquel para una taza de café», Clem cortaba dos gruesas rebanadas de pan duro, introducía entre ellas un trozo de queso y con juvenil autoridad decía:

—Coma esto y no se emborrache en algún tiempo, hombre.

Pasando a la trastienda, porque al establecimiento no iban clientes al mediodía, sentóse en un envase y sacó del bolsillo la carta. Sin perder tiempo en curiosidades, rasgó el sobre y quedó sorprendido al ver las primeras palabras. Nunca había recibido cartas de muchachas, ni escrito a ninguna. Había pensado poco en las mujeres, pendiente sólo de ganar su vida y educar a Bump. Y ahora le escribía una joven...

Leyó la carta cuidadosamente, pareciéndole muy sensata, y volvió a leerla. ¿Conque también ella recordaba Pekín? Se sintió muy excitado, no porque el escrito procediese de una mujer, sino porque ella, como él, había nacido en otro mundo del que nadie sabía nada en aquel sitio. Ciertamente se había acostumbrado ya a vivir en América, pero aquel otro mundo seguía existiendo para él... y para algunos más. Con todo, no hablaba de él a los americanos, que no querían enterarse de su existencia. La gente americana se conformaba con saber lo que sucedía en sus propias calles.

Permaneció meditando hasta que el sonido de la campanilla le anunció la entrada de un cliente. Volvió a la tienda. Respondería a la carta cuando, el domingo siguiente, enviase a Bump a la escuela dominical.

Así, dos semanas más tarde, una mañana de jueves, Enriqueta recibió la carta que tanto esperaba, al punto de ir siempre ella a abrir al cartero. En cuanto la vio, cogióla y la guardó en un bolsillo de su delantal.

Aquel día le correspondía limpiar la buhardilla, por encargo de su abuela. Era un

sitio polvoriento y sucio, muy caluroso y lleno de trastos viejos. Allí se encaminó para leer la carta de Clem.

La cual rezaba:

Querida Enriqueta:

Mucha sorpresa ha sido ésta para mí, pero prefiero tener una carta tuya a otra de Guillermo. Soy mayor que tú, pero sé que no puedo ir al colegio, pues tengo que ganarme la vida. Soy huérfano y he de alimentar a otro huérfano. Ni siquiera conozco su nombre completo. Le llaman Bump, pero no creo que ése sea su nombre real. No puede recordar a familia alguna, sino que siempre ha sido un niño protegido. No sé por qué te hablo de él. Algún día te diré cómo lo recogí.

Redacto muy mal y no tengo tiempo, pero quiero decirte que me agrada saber que también tú recuerdas a Pekín. Mucho me gustaría hablar de eso contigo; porque con nadie se puede hacer aquí. ¿Quién sabe si algún día llegaré a verte, aunque no será desde luego hasta que Bump esté educado? Tengo muchas ideas sobre lo que pueda hacer yo cuando termine esta tarea y pueda pensar en mí mismo y en mi propia vida.

Me gustaría tener más noticias tuyas.

Tuyo sinceramente,

Clem Miller.

Así comenzó la correspondencia entre una pequeña población de Ohio y un suburbio de Nueva York. Durante dos años aquellos muchachos no se vieron, pero una red de sueños se tejió entre los dos. Tan profunda era su necesidad de soñar, que ninguno de ellos invertía el tiempo en contar al otro las escuetas realidades de su vida. Ni lo hacía Enriqueta, que había terminado sus estudios en la escuela pública sin llegar a entablar amistades, porque las compañeras la consideraban demasiado orgullosa por no hablar con ellas de bailes y muchachos; ni Clem, que estaba arruinando su juventud tras el mostrador de una tienda provinciana.

Ninguno de los dos consideraba importantes estas cosas. Los dos urdían el tejido del pretérito preparando el del futuro. Pasaron años antes de que Enriqueta conociese los hechos escuetos de la vida de Clem.

Los hechos eran éstos: se había vuelto cierto día al oír a sus espaldas las pisadas de Bump. Por la noche durmieron en un pajar, procurando no despertar al labrador ni a su familia, y desde allí continuaron levantándose temprano.

Al siguiente día Bump preguntó:

—¿Crees que la inspectora nos perseguirá?

—Creo que le tendrá sin cuidado lo que sea de nosotros —respondió Clem.

Brillaba el cielo sobre sus cabezas. Aquel día comenzó él a comprender lo que era su país. Había andado interminables millas por la campiña china con una mujer a la que desconocía, enlazando con sus pisadas aldea tras aldea. Ahora caminaba millas y millas con un niño ajeno, a lo largo de un paisaje ajeno a él también. Había pocas aldeas y las casas de labor estaban diseminadas y solitarias. Clem las eludía, salvo si

necesitaban alimento. Entonces, llamando a las puertas de las cocinas, solicitaba trabajo. Se mantenía firme ante las bondadosas amas de casa que le ofrecían vituallas gratuitas y se empeñaba en pagarles en trabajo. Igualmente enérgico se mostraba con los hombres hoscos que le decían que no podían emplearle en nada. Tenían que darle trabajo, afirmaba, porque ellos necesitaban comer.

No contó ni le importó contar los días que anduvieron así durante aquel espléndido otoño. Poco a poco se acostumbró al aspecto de aquella tierra, incluso en sus espacios sin cultivar, en sus descuidadas rutas secundarias, en sus desperdigadas viviendas.

Aprendió a temer a los vagabundos y a buscar los caminos desviados que ellos eludían. En los caminos apartados y en las granjas remotas encontraba buena gente. De todos modos, sus compatriotas no eran gregarios. No formaban grandes linajes, como los chinos. Dos familias en una sola casa eran suficientes, y aun a menudo excesivas. Más corriente resultaba hallar que un matrimonio y sus hijos vivían solos bajo un techo. Los niños, que solían ser muy cabezotas, estaban quemados por el viento y el sol y, al ver a unos extraños, solían correr como hacían los niños chinos. Pensaba en los moradores de su tierra como en gentes medio salvajes e incivilizadas, y, sin embargo, tenía que permanecer entre ellos.

Según pasaban los días, Bump interrogaba:

—¿No vamos a quedarnos en ninguna parte?

—Pronto. Pero tienes que ir a la escuela —decía Clem.

—¿A la escuela? —quejábase Bump.

—Sí —decía Clem con gravedad.

Al fin llegaron a una población que le agradó, aunque no difería mucho de las demás. Pero estaba en Ohio, país que a él venía agradándole hacía días porque la gente era decorosa y leía la Biblia. Esto le hacía recordar a sus padres, que leían la Biblia también y unían la bondad a una severidad rígida. Las calles de la población estaban limpias y había una escuela de madera, pintada de blanco. La iglesia, la casa de correos y los almacenes se alzaban en torno a una plaza llena de verdor y ornada con una tosca estatua de Abraham Lincoln. Por estas razones Clem escogió New Point y se acercó a una tienda de comestibles. Dentro encontró a un hombre alto y flaco, que le admitió tras alguna vacilación y le alquiló un cuarto en el piso alto descontándole el arriendo de su jornal semanal. Clem, a crédito, compró para Bump un traje, unos zapatos y dos pares de calcetines, y le llevó a la escuela al lunes siguiente.

Al finalizar aquel lunes tuvo que pegar a Bump por primera y única vez. El muchacho volvió de la escuela muy sombrío y, sin decir palabra, se dirigió a su cuarto. Clem, ocupado con un cliente, subió en cuanto quedó libre, las escaleras que arrancaban de la trastienda. Vio allí al niño, que guardaba sus cosas en un saco de harina.

—¿Qué haces? —le preguntó.



—No quiero seguir contigo —dijo el muchacho, con una voz sin inflexiones, mirándole con ojos sombríos bajo su frente quemada por el sol.

—¿Por qué no? —preguntó Clem.

—Porque no quiero ir a la escuela.

Clem contempló al muchacho que se había convertido en su única familia.

—¿Por qué no? —dijo.

—Porque no me gusta.

El alma de Clem se colmó de rabia. No querer ir a la escuela, no aprovechar la oportunidad que a uno se le ofrecía, no aceptar el don del sacrificio ajeno, le pareció una ingratitud tan inmensa, que la tierra no podía tolerarla ni el cielo admitirla. Cogió a Bump, lo levantó en el aire por la parte trasera de los pantalones, le hizo arrodillarse en el suelo y con la mano abierta le azotó hasta que el chico rompió en alaridos.

Janison, al oírlos, subió.

—¡Alto! —bramó—. ¿Quieres matar a ese niño?

Clem se volvió a su jefe, con la cara pálida y los músculos apretados.

—Ha de aprovechar su oportunidad aunque yo tenga que matarle —replicó, concluyendo su castigo.

Una vez acabado, señaló a Bump con el dedo el saco de harina. El niño, entre sollozos, sacó todos sus efectos y volvió a desnudarse.

Janison esperaba, con una extraña expresión tras sus bigotes. Clem interpeló solemnemente a su patrón.

—Quiero educar a ese muchacho como si fuese hermano mío. O sea, que ha de recibir una buena educación, como yo hubiera querido tenerla. Ha de ser un hombre y no un indigno hijo de perro.

Janison se tiró de la perilla.

—Pues a ello —dijo—. Ha sido una azotaina de las buenas.

Bajó otra vez y Clem se sentó en la cama.

—Bump —dijo con gravedad—, espero no tener que volver a pegarte. Ni me agrada ni quiero hacerlo. Pero si te atreves a repetir lo mismo y a desperdiciar la oportunidad que te ofrezco, te perseguiré y te daré de golpes donde te encuentre. ¿Oyes?

Bump sollozó:

—Sí.

—Pues entonces...

Clem no sabía cómo continuar.

—Entonces, baja y te daré galletas y queso, y un poco de regaliz.

No dijo más. Lo que el chico necesitaba eran alimentos y algo dulce.

Durante los años siguientes, mientras Bump se convertía en un muchacho razonable, Clem pensaba en los orígenes de su protegido. Que no tenía padres era obvio, al menos en el sentido no meramente animal. Mamá Berger le había dicho una noche a Clem que todos los demás muchachos eran hijos del amor.

—Excepto Bump —agregó.

—¿Pues qué es? —preguntó Clem.

—No sé cómo llamarle —dijo ella misteriosamente.

Con una turbación que resultaba ridícula en su crasa persona, la mujer, frunciendo los labios, guardó silencio. Y entonces Papá Berger continuó la ominosa historia.

—Ese Bump —explicó, tras unos momentos de meditar, mientras mordía una gran pella de tabaco— fue concebido en una violación.

Clem se ruborizó.

—¿Quiere usted decir...?

—Sí —dijo lentamente Papá Berger, deleitándose en las odiosas referencias—. Su padre violó a una muchacha en las calles de Filadelfia. La historia apareció, en los periódicos.

Mamá Berger añadió, desde junto al fogón:

—Así fue. Una violación auténtica. Porque si una mujer no quiere, la violación, o al menos la violación auténtica, no es fácil.

Papá reanudó la historia por su cuenta.

—Sea como sea, el padre de Bump fue llevado ante los tribunales por violación, y tuvo que indemnizar a la muchacha con cien dólares.

—Unas mujeres se ganan la vida de un modo y otras de otro —dijo Mamá.

E hizo sonar la tapa de una cazuela para advertir a Papá que ya se había dicho demasiado.

Si la historia era verdadera, había reflexionado Clem, compasivo, entonces Bump no tenía ni padre ni madre. No era huérfano, porque un huérfano al menos ha tenido padres. La extraña concepción del muchacho conmovía cuanto de paternal había en el alma de Clem y que era precisamente la mayor parte de ella.

No se vio abandonado en lo que hizo por Bump y por sí mismo. Con el afecto tan fácil de encontrar en cualquier pequeña ciudad americana, los ciudadanos observaban al solo y ambicioso jovencito. No sabían sino que era huérfano y presumían que Bump sería hermano suyo. El que hubiera huido de un estado del este no hacía sino favorecerle ante sus ojos.

Pronto Janison comenzó a esparcir noticias de las extraordinariamente buenas cualidades de Clem. Su diligencia pasmaba a su patrón. Mientras los demás mancebos de la ciudad parecían enloquecer con la temporada de *base ball*, en la primavera, Clem seguía detrás de su mostrador, quedándose a barrer la tienda, como de costumbre, una vez acabada la tarea del día. Su llegada al campo de *base ball* y el frenesí de los que le esperaban, no contribuían sino a hacerle más apreciado. A pesar de su mediana estatura, Clem tenía los brazos muy fuertes y enviaba las pelotas con la rapidez de la imaginación.

New Point decidió:

«Ese muchacho es bueno. Se abrirá camino».

Dos personas reservaban sus pensamientos sobre Clem. Mira Bean, la profesora,

a quien fue Clem a visitar después de la zurra a Bump, comprendió que el muchacho era algo más de lo que New Point creía. Lo comprendió en cuanto le vio a la puerta, limpio, cepillado, con la gorra en la mano.

—Pasa —dijo con la usual brusquedad con que trataba a los jóvenes.

Clem entró en el reducido piso de dos habitaciones.

—Me llamo Clem Miller.

—Siéntate.

Los pequeños cuartos estaban abarrotados de muebles y libros. Había poco espacio para sentarse y Clem se acomodó al borde de un sofá de crin. La señorita Bean era una de las muchas mujeres maduras que circulaban por las calles de New Point, cetrina, delgada, con el pelo liso y los ojos grises.

—¿Qué quieres, Clem? —preguntó.

—Quisiera hablarle a propósito de Bump...

Y le explicó que había tenido que azotarle. Concluyó:

—Pero no quiero volver a pegarle. Convendría, señorita, que usted procurase que la escuela le gustara, para que pudiera instruirse...

—Tiene que asistir a la escuela, le guste o no —respondió ella con cierta rudeza—. La ley lo manda.

—No creo —dijo— que deba usted aprovecharse de eso. Desde luego, tiene usted la ley de su parte. Pero ni la ley puede hacer que un muchacho se instruya. Lo más que puede conseguir es que esté a determinadas horas en determinado sitio. Para que se instruya necesita que el sitio le guste.

La señorita Bean no tenía nada de estúpida y le sorprendió tanta discreción en un muchacho que aún no podía ser llamado hombre.

Pensó un instante y dijo:

—Tienes razón.

Y procuró ayudar todo lo posible, no sólo a Bump, sino a Clem, prestándole libros, orientándolo en lo que debía leer, hablando con él los domingos horas enteras. Porque, si bien Clem instaba a Bump a que fuese a la escuela dominical y le ensalzaba las ventajas de frecuentar la iglesia, él mismo no iba a ella jamás.

—¿Por qué no vas tú, si tan buena es?

Clem, que se ocupaba en limpiar los maltrechos zapatos escolares de Bump, contestó con sinceridad:

—Porque no puedo. Y tampoco —agregó— tengo que decirte por qué. Una vez me ocurrió cierta cosa en un sitio...

—¿Qué fue? —preguntó Bump.

Clem movió la cabeza.

—Sería largo de contar.

Nunca hablaba de sí mismo. Además, hubiera sido prolijo. ¿Dónde empezar y cómo explicar sus orígenes? ¿Cómo decir a los moradores de aquella pacífica población de Ohio que él había vivido en China y había visto asesinados a los suyos?

Hay cosas que resultan interminables de contar. Sólo se las diría a Enriqueta, y eso porque ella las conocía desde el principio.

La campana de la iglesia vino en su ayuda.

—¡Apresúrate! —dijo vivamente a Bump.

Los zapatos estaban limpios. Clem se lavó las manos en la jofaina de loza. Luego hizo el nudo de la corbata de Bump, le trazó la raya en el pelo y lo peinó.

—Procura aprender el texto sagrado —dijo con severidad.

El sacerdote de la iglesia anabaptista era la otra persona de New Point que guardaba secreta su opinión sobre Clem. A veces se paraba en la tienda para visitar al laborioso muchacho e invitarle a que frecuentara la casa de Dios. Era un hombre joven, pecoso y de pelo encarnado, de voz y modales vivos, y nada había en él que excitase antipatía. Pero Clem le temía, aunque el joven ministro era persuasivo y fervoroso.

Un día, ante el mostrador de la carne, le exhortó así:

—Ven a adorar a Dios con nosotros, joven amigo.

Había comprado una libra de vaca para el estofado. Clem, cogiendo un trozo de carne, buscó el cuchillo.

—Apenas tengo tiempo, señor Brown —respondió con suavidad—. Realmente, tengo necesidad de mis domingos.

—Más tiempo cuesta después no ser cristiano. ¡Más tiempo en la eternidad!

Clem, sin contestar, sonrió. Cortó la carne, la pesó y después agregó otro trozo.

—Diga a la señora Brown —manifestó— que le ponga un poco de más.

Era su respuesta usual a aquellos a quienes les negaba algo. Darles comida gratuita.

Según pasaban los años, Clem comprendió que servir en aquella tienda no debía ser su destino final. Iba aprendiendo mucho sobre lo que era comprar y vender, y también sobre el carácter de sus compatriotas. Viviendo entre los amables moradores de la población, fue recobrándose de la impresión que le produjeran la granja y el matrimonio que la ocupaba.

Pensaba a veces que, en cierto sentido, la impresión había sido tan tremenda como la sufrida cuando halló a sus padres muertos en Pekín, un día de verano.

Rebosaba energía nerviosa, no descansaba jamás y en ocasiones no podía comer sin sentir náuseas. Elevaba un altar a la comida, pero la comida no armonizaba con su propio estómago. No podía tomar leche ni manteca, porque le desagradaba el olor vacuno, y aborrecía los huevos. Apenas probaba la carne, quizás, en parte, porque no estaba acostumbrado a ella. Se olvidaba de sí mismo. Su imaginación se centraba en torno a los alimentos y en ellos cifraba todo su poder creador. Bajo la dirección de la señorita Bean, leía temas de economía, y así conocía la teoría de Malthus, que le hizo perder los estribos. Malthus debió de ser uno de esos ciegos pensadores que, sentados en su despacho, juegan con cifras en lugar de salir a ver lo que realmente sucede en el

mundo. La gente padecía hambre, sí, pero la comida se pudría por falta de posibilidad adquisitiva. Había comida de sobra y no eran muchos los hombres, mas el mal radicaba en que la gente no paraba mientes en la sencilla tarea de organizar la distribución de víveres. Debían adquirirse las subsistencias donde fuesen baratas y abundantes para llevarlas a donde la gente necesitara comprarlas.

Cuando esta idea se le ocurrió, en el cerebro de Clem se produjo algo semejante a una conversión religiosa. Sin saberlo todavía, se sintió iluminado como su padre se sintiera antaño, si bien no por la satisfacción de alimentar cuerpos humanos, sino por el interés de salvar las almas de los hombres. Clem no tenía inclinación alguna a salvar las almas, porque le parecían bastante buenas tal como las hiciera Dios, a no verse asediadas por los males de la tierra. Males —estaba convencido de ello— que dimanaban ante todo del hambre, porque del hambre nacían la enfermedad y la pobreza y todas las demás miserias que forzaban a los hombres a la desesperación y a entablar contiendas sin sentido. Las almas se degradaban y perdían a causa del hambre clamorosa de los cuerpos. Tan sencillamente como su padre había dejado su casa y seguido la llamada de Dios hasta ultramar, Clem creía igualmente en la posibilidad de curar las penas de hombres, mujeres y niños.

No pensaba abandonar su patria, como había hecho su padre. Haría su trabajo entre sus compatriotas, y si estaba en lo cierto, como tenía la certeza de estarlo, extendería su pan de salvación a otras tierras y otros hombres, empezando, desde luego, por China. Otras personas, observando su éxito, le imitarían. Si ganaba dinero, no lo guardaría, sino que lo dedicaría íntegro a predicar el evangelio de la buena alimentación a todo el género humano.

Los domingos, mientras Bump estaba en la escuela dominical, y en la población reinaba una quietud sabática, Clem, solo en su cuarto o paseando por el campo, más allá de la Calle Mayor, planeaba el gran negocio de su vida. En cuanto Bump saliese de la escuela superior, lo comenzaría, y Bump habría de ayudarle.

El señor Janison le había ofrecido asociarlo a su tienda cuando transcurriesen tres años más. Lo aceptaría. Necesitaba un centro, dondequiera que fuese. Convertiría a New Point en foco de una vasta red de mercados, comprando toneladas de vituallas en lugares donde abundasen y abriendo lonjas de venta donde hubiese escasez.

Entretanto, debía prepararse. Había de aprender contabilidad y técnica directiva tanto como especializarse en compras. Aprendería la geografía del país hasta conocerla palmo a palmo, para ver qué cosechas podían esperarse de sus diversas regiones.

Vasto era el plan, razonaba, y noble también; y creyó conveniente explicárselo a Enriqueta. Durante muchas semanas fue esclareciendo su mente merced al desarrollo de sus ideas ante la muchacha.

«Guarda mis cartas, Enriqueta —le decía—. No tengo tiempo de sacar copias. De vez en cuando me convendrá cotejarme conmigo mismo y ver cómo han resultado mis ideas».

Y Enriqueta guardaba reverentemente aquellas epístolas. Compró una caja de lata, la pintó de rojo y la guardó oculta en su cuarto. Llevaba la llave al cuello y cuando escribió esto a Clem, él le envió un amuleto de sucia apariencia, colgado de una cinta, y le contó como una vieja se lo había dado en China.

La boda de Guillermo se celebró en el setiembre siguiente a su salida del colegio.

No había pensado en tan pronto casamiento, e incluso propuso a Candacia que esperasen un año, y aun dos, hasta que él supiese dónde iba a encontrar los doscientos mil dólares que consideraba el capital mínimo indispensable para comenzar su periódico.

Candacia, muy resuelta cuando se trataba de decidir una cosa, protestó ante la idea de la dilación.

—Si sólo es por dinero...

—No sólo por dinero —repuso Guillermo—, sino porque quiero elaborar cuidadosamente mis planes. No basta empezar una publicación, sino que hay que preparar una serie de cosas, hacer un modelo, anunciar...

—Lo mismo puedes hacer eso —repuso ella— antes de casarnos que después. Yo le hablaré a papá.

Guillermo, al oírla, estuvo a punto de prohibírselo, mas no lo hizo. Todo el verano trabajó de firme y hasta tarde en la ciudad, y lo realizó todo. Durante los calurosos meses en que, uno a uno, Seth James, Martin Rosvaine y Blayne Perry desfilaron hacia las suntuosas mansiones que poseían junto al mar, montañas o lagos, Guillermo vivió completamente solo en un piso barato de dos habitaciones en la parte baja de Nueva York, trabajando día y noche en un modelo tras otro, hasta conseguir exactamente el tipo de periódico que buscaba. Una vez al mes visitaba a Candacia.

En una de aquellas visitas hablaron así:

—No seas tonto —decía Candacia, con ruda naturalidad—. Papá hará por mí lo que le pida.

—También yo —dijo él sonriendo.

—Pues déjame que hable a papá —insistió Candacia.

—Pero no le pidas dinero. Puedo encontrarlo por otra parte.

No obstante, le tentaba mucho la antigua posibilidad que había tras las palabras de Candacia, porque en realidad su deseo de aplazar la boda se debía a la necesidad de encontrar dinero antes. Sonriente amable y determinantemente suave, había hecho entre los ricos tantas amistades como pudo. Si no era rico, él sabía cómo serlo. Durante aquel verano sudó tras su mesa, noche tras noche, desnudo como un *coolíe*, sólo con una toalla a la cintura. En cambio, otras noches vestía de modo tal que no tenía que temer a ningún criado cuando iba a bailar con los ricos. No tenía facilidad de palabra, pero aquel defecto lo sustituían bastante bien su erguida cabeza y su correcta cortesía. Su silencio tenía, según halló, el valor de que cuando él hablaba los otros le escuchasen.

En la última visita antes del casamiento, Roger Cameron pidió a Guillermo que pasase a su biblioteca particular. Era de noche, después de la cena. Guillermo conocía la estancia bien, porque la había utilizado durante las vacaciones. Los libros, singulares y heterogéneos, eran claro indicio de lo que había sido la educación autodidacta de Cameron. Se veía todo un anaquel lleno de libros sobre la Ciencia Cristiana, y, en años posteriores, se agregó otro acerca de las religiones de la India.

—Siéntate —dijo Cameron—. Candacia me ha hablado.

—Le dije que no lo hiciera —respondió Guillermo con cierta energía.

Pero se sentó.

—Candy —repuso blandamente Cameron— nunca obedece a nadie. Y me ha anunciado, Guillermo, que quiere casarse y que tú deseas aplazarlo un año o dos.

—Quisiera ver claro mi camino antes de cargar con el sostenimiento de una mujer y una casa —dijo Guillermo.

—Eso es razonable —asintió el señor Cameron—. Muy razonable y justo. Me conduje yo en mis tiempos de otra manera. Y tuve que esperar. El padre de mi mujer no atendía a razones por mucho que ella llorara o rabiase yo. Y esperamos. Acordándome de ella, no quisiera que mi hija pasase por lo mismo que mi mujer. ¿Cuánto dinero necesitas, Guillermo?

—No sé exactamente —dijo él con aparente repugnancia.

—Ya sé que no —repuso Cameron con benigna impaciencia—. Pero lo pregunto.

—Me parece que serían menester unos doscientos mil dólares —contestó Guillermo.

Cameron se pellizcó el labio inferior.

—Todo no lo necesitarás de una vez.

—No, pero sí la seguridad de poder disponer de ello.

Guardaron silencio durante un rato. Los paneles de roble oscurecían el cuarto y las luces se perdían en el artesonado.

Roger Cameron habló al fin:

—¿Y si me hablastes algo más acerca de ese periódico? ¿Por qué tienes esa idea? ¿No preferirías asociarte conmigo en los almacenes?

—Lo agradezco, señor Cameron —dijo Guillermo muy correctamente—. De verdad que sí. Pero me he empeñado en iniciar un tipo nuevo de periódico. Si resulta bien, publicaré una red de ellos. El ejemplar lo venderé a dos centavos y contendrá más noticias que cuanto por dos centavos se tenga hasta ahora.

—Necesitarás mucha publicidad —apuntó Cameron.

—Ahí está la ganancia —contestó Guillermo—. Pero aquí no se trata de dinero únicamente.

—Pues si no se trata de dinero, ¿de qué se trata? —preguntó Cameron con cierta sorpresa.

—Quiero hacer algo más que ganar dinero.

Y Guillermo no vaciló en decir la verdad al señor Cameron. Su cuerpo delgado y

erguido, su cabeza levantada, sus manos pequeñas, tensamente enlazadas, vibraban de energía.

—Yo veo las cosas así, señor Cameron: la mayor parte de la gente es vulgo. Y vulgo estúpido e ignorante. Lo que aprenden en la escuela no los ayuda a pensar. No saben pensar. Hay que decirle lo que conviene que piensen. Como no saben lo que es justo y lo que no, hay que explicárselo.

—Es verdad que a la gente no le gusta pensar —concordó Cameron.

—Lo sé —dijo Guillermo—. Y por eso, u obran sin pensar en nada, o escuchan a socialistas u otros agitadores y proceden neciamente, poniendo a las personas decentes en peligro. Yo deseo formar el pensamiento de la gente vulgar, señor Cameron, y por eso me propongo publicar un periódico.

Cameron lo miró de soslayo.

—¿Cómo sabes que la gente va a aceptar tu pensamiento? —inquirió Cameron.

Estaba muy asombrado. No sabía cómo juzgar a aquel joven de ojos claros como el liquen.

—No me refiero a mis pensamientos —respondió Guillermo—. Sería una cosa como lo de los almacenes de usted. Usted tiene hombres encargados de averiguar lo que se vende mejor y adquiere en cantidad lo que la gente necesita. Y entonces señala a la gente lo que debe comprar. Yo haré lo mismo. Mi periódico estará lleno de las cosas que al público le gustan. Habrá multitud de crónicas con grabados sobre cosas extrañas, asesinatos, accidentes. Mas también existen en el mundo hechos y casos que la gente debe conocer.

—¿Cómo expresarás tus ideas? —preguntó Cameron.

—En la forma en que todo se debe decir. O no decir —añadió rápidamente.

Cameron le dirigió una certera mirada.

—Eres inteligente —murmuró—. Muy inteligente. Deseo que siempre tengas razón.

—No siempre la tendré —contestó él—. Pero procuraré tenerla.

Era más de lo que había dicho a nadie, ni siquiera a sus amigos. Ellos sabían que iba a editar un periódico, mas ignoraban que se proponía planear por sí mismo todos sus aspectos y las secciones, y escoger las noticias que daría y las que no daría. El periódico debía ser una proyección de su mente y seguiría la dirección de su propia alma. Cuando hubiese hecho las primeras ediciones, iría a las grandes empresas y diría a sus dirigentes:

«Ésta es vuestra salvación. Anunciad aquí y me ayudaréis a influir sobre la gente en favor nuestro y contra nuestros enemigos».

—¿Verdad que no simpatizas con la gente? —preguntó de pronto Cameron.

Guillermo no sabía qué contestar. Optó por la verdad.

—La gente me inspira una profunda piedad —dijo.

—La piedad engendra desprecio —dijo Cameron, sentencioso.

—Acaso —repuso Guillermo—. Pero usted opina lo mismo, señor Cameron.



Cameron se pellizcó otra vez el labio inferior.

—En cierto modo, sí —respondió.

—Lo comprendí en cuanto vi sus almacenes —explicó Guillermo—. Si no despreciase usted a la gente, no les vendería esas cosas.

—Vamos, vamos... —murmuró Cameron.

—Pero yo le admiro por ello —agregó Guillermo—. Sólo que soy algo más idealista que usted. Creo que puede inducirse a la gente a mejores cosas.

Cameron le miró de soslayo.

—Puedes engañarte, Guillermo. La gente es muy bruta.

Guillermo no dio su brazo a torcer.

—En todo caso, se los puede inclinar a una cosa u otra. Como en sus almacenes... Si decide usted que el púrpura es el color de moda esta temporada, la gente comprará cosas purpúreas.

—Me tiene sin cuidado —repuso Cameron— lo que me compren.

—A mí me tendrá sin cuidado —contestó Guillermo.

Hablaron poco más. Pasados diez minutos, Cameron se incorporó.

—Bueno, Guillermo, cualesquiera que sean tus razones, una cosa te puedo decir: pondré a tu disposición cien mil dólares, que es la mitad de lo que necesitas, y adelante con la boda.

Guillermo se ruborizó.

—Nada me alegrará tanto como eso.

El día del casamiento amaneció tan brillante como si el joven tuviese a sus órdenes el sol. Cuando la luz penetró por su ventana, recordó una historia de su infancia que solía contarle su madre. Una vez, al amanecer, él había despertado en el antiguo templo donde solía veranear su familia, en una de las peladas y oscuras montañas de los contornos de Pekín. Una luz perlina asomaba por el horizonte. El niño, incorporándose, gritó:

—¡Sal, sol!

En el mismo momento, como obediente a su mandato, asomó el sol en el borde del horizonte. El niño no tenía más que cuatro años.

Con análogo impulso repentino había salido el sol aquella mañana, mientras él pensaba en el significado de lo que iba a suceder. Todo estaba dispuesto y él debía limitarse a cumplir el papel de novio. Como estaba solo, no dudaba nada. Durante unos meses había pensado en la cuestión de sus hermanas y sus abuelos, y al fin acabó prescindiendo de su conciencia. Sus hermanas se encontraban en el colegio y su abuelo no se sentía bien. El viejo se recobraba lentamente de un ataque apoplético y tenía paralizado todo un lado de su rostro. Guillermo no los invitaría a la boda.

Cuando Candacia le habló de ellos, su novio movió la cabeza.

—No deseo que acudan —repuso.

Ella le miró con extrañeza, pero no contestó nada.

Las damas de honor eran seis compañeras de colegio de Candacia. Jeremías apadrinaba a Guillermo, con la asistencia de Martin, Blayne y Seth. Era todo lo que se necesitaba.

Abrióse la puerta y entró el criado, hombre de edad mediana, con atildado acento inglés.

—¿Preparo el baño, señor?

—Si quiere...

—La señora Cameron opina que debo traerle ya la bandeja con el desayuno.

—Sí; gracias.

La ceremonia era a las doce y los novios debían zarpar para Inglaterra inmediatamente. Roger Cameron les pagaba el viaje. Y les regalaba una casa. No grande, no. Era un pequeño edificio de ladrillo, de color de crema, cerca de Washington Square. Guillermo no quería más lujos que los que podía pagar a su mujer.

—Algún día podré hacer yo obsequios semejantes a Candy —declaró graciosamente, al admitir los presentes.

—Desde luego que sí —repuso Roger Cameron.

El agua del baño dejó de correr y el criado, volviendo la cabeza, ofreció a Guillermo una bata de seda. Guillermo, saltando del lecho, se la echó sobre los hombros.

—Traiga el desayuno dentro de media hora —dijo con la brusquedad con que desde la niñez se había habituado a tratar a los sirvientes.

El criado desapareció y Guillermo entró en el baño. Podía permanecer aquella mañana en su cuarto, aislado de todos. Se había ensayado lo oportuno el día anterior y no parecía faltar nada. Se contaba con que Candacia durmiera hasta la hora de vestirse para la ceremonia. Y él no quería ver antes a Jeremías ni a nadie. Podía disponer de un par de horas de completo descanso.

Hubo una llamada a la puerta. Ordenó que pasasen. Un lacayo entró empujando una mesita con ruedas en la que había una bandeja grande con varios platos tapados. En el centro se alzaba un gran jarrón de rosas.

—El desayuno, señor Lane —murmuró el sirviente.

—Déjelo junto a la ventana, Barney —respondió Guillermo.

El hombre tenía pocos más años que el propio Guillermo. Era irlandés, como su semblante, casi informe, indicaba, y tenía unos ojos inocentes y humildes, como deben tenerlos los pobres y los ignorantes. A Guillermo le era simpático y por eso a veces lo incitaba a hablar.

—Buen día para la boda, señor —dijo Barney.

Colocó la mesa junto a la ventana, más allá de la cual se veían los árboles del parque, con su verdor ligeramente matizado por el inminente otoño.

—Cierto —repuso Guillermo.

Se había puesto la bata nueva, a rayas negras y azules, que armonizaba bien con

su negro cabello y con sus ojos, grises como la piedra. Quizá hubiese debido reservarla para el día siguiente, cuando se desayunara con Candacia, pero le parecía que aquella magnificencia a solas poseía también su encanto especial.

Barney se movía en torno a la mesa.

—Los huevos, señor, están preparados como a usted le gustan y las tostadas las he hecho yo mismo.

—Gracias.

—Señor —añadió Barney—, mi sincera felicitación.

—Gracias —repitió Guillermo.

Barney se retiró con mucha compostura. Cuando Guillermo hubo comido, pasó un rato fumando un cigarrillo y apurando una segunda taza de café. Le quedaban dos horas de inacción. No acertaba a estar sin hacer nada. Pensó en acostarse, pero no podría dormir. No quería pensar en Candacia. Ya habría tiempo sobrado para ello. Y no tenía ganas de leer.

Dos horas. ¡Un valioso espacio de tiempo! ¿Cuándo volvería a estar solo?

Levantándose bruscamente, se dirigió al escritorio que había al otro extremo del cuarto y se sentó ante él. Durante dos horas trabajó intensamente, hasta que una llamada en la puerta le anunció a Jeremías. Era tiempo de acudir a la boda.

La ceremonia resultó tan perfecta como él esperaba. Otra cosa le habría parecido deficiente. Menos Jeremías, todos los testigos salieron airoso de su cometido.

Durante la ceremonia, él pareció extrañamente pensativo al punto de vacilar demasiado cuando llegó el momento de colocar el anillo de boda. Candacia le miró con asombro. Pero resultó que el anillo estaba en el bolsillo de la levita de Jeremías, el cual se lo entregó a Guillermo con expresión velada y suplicante.

Guillermo no lo advirtió. Estaba absorto en proceder correctamente por su parte. Así, deslizó el anillo en el dedo de Candacia e hizo las promesas del caso. Pocos minutos después, recorría la nave del templo, al compás de la música, con la cabeza alta, orgulloso como solía.

La elegante iglesia estaba atestada. Él no miraba a nadie y, sin embargo, veía a cuantas personas estaban presentes. A su lado, Candacia caminaba con tanta altivez como él, pero era Guillermo quien marcaba el paso. Había iniciado la majestuosa marcha de su vida.

Las relaciones de Clem con Enriqueta se produjeron de un modo repentino y algo desmañado. Las primeras cartas que cambiaron los llevaron más lejos de lo que pensaban. Se trataba de comunicaciones secretas entre dos personas igualmente solitarias. Aunque Enriqueta, al parecer, había pasado normalmente por la escuela pública superior y vivía con Ruth, con sus abuelos, y con las dos maduras criadas, se sentía tan abandonada como si estuviese en una isla desierta.

Ruth era popular y bonita y hubiera podido casarse muy joven, incluso antes de ir

al colegio.

Que no lo hiciera así y que aplazara su casamiento hasta después de ingresar en el colegio, se debió en gran parte a las visitas que hacía a Guillermo. Las vacaciones para ella no llegaron a significar más que pasar unos pocos y apresurados días con Enriqueta, preparar sus ropas e invertir mucho tiempo, incluso todo el estío, en compañía de Guillermo y de Candacia.

De que Enriqueta la acompañase no se habló siquiera. Ruth había aprendido a oscilar delicadamente entre su hermano y su hermana, dando a cada uno la impresión excusatoria de tenerle más afecto que al otro.

—No me parece bien —decía a Enriqueta una vez— irme y dejarte al cuidado de los abuelos.

—Me gusta hacerlo —repuso Enriqueta.

Ruth suspendió su tarea, que consistía en plegar un tejido de seda.

—Si tratases a Candacia simpatizarías con ella. Es muy natural: les gusta a todos.

—Probablemente me sería simpática Candacia si no estuviera Guillermo de por medio —repuso Enriqueta con su terrible sinceridad.

—Es tu hermano —persistió Ruth tímidamente porque le asustaban por igual Enriqueta y Guillermo.

—Eso no puedo evitarlo —replicó Enriqueta—. No olvides que le conozco antes que tú y mucho mejor. Pasamos juntos dos años en la escuela de Chefú, mientras tú estabas con papá y mamá.

Cuando Ruth se fue, Enriqueta, saludando con la mano a la muchacha de linda carita que, bajo el sombrero de flores, se veía a través de la ventanilla del tren, se sintió, sin poder reprimirlo, muy sola. Las líneas de su rostro como las de Guillermo, eran severas y su cuerpo anguloso. Interiormente se parecía a él, pero ¡qué distinta resultaba! Tanto se asemejaban que ella veía en sí misma las faltas de él. Ni Enriqueta ni Guillermo tenían sentido del humor. Pero espiritualmente no se parecían en nada. Ella poseía una sinceridad y una sencillez profunda, que asustaban a todos menos a los bravos, y bravos hay muy pocos entre los jóvenes. Los muchachos la temían y las muchachas la evitaban. Quedaba Clem, a quien ella no había visto nunca, ni él a ella. Y en las largas y silenciosas tardes estivales expresaba sus sentimientos a Clem, casi sin restricción alguna. Él respondía a sus cartas los domingos mientras Bump estaba en la iglesia. No disponía de otras horas libres durante la semana. Incluso los domingos tenía que llevar los libros del señor Janison.

Enriqueta fue a un colegio de niñas pequeñas, muy barato, mientras Ruth, iba al Vassar. No deseaba Enriqueta tratar con su hermana, porque ya veía claramente que se había adscrito a Guillermo en definitiva, optando por la clase de vida que él llevaba. Rechazada y solitaria, la hermana mayor escuchaba los relatos que hacía Ruth sobre semejante existencia. El flotante cabello rubio de Ruth, sus dulces ojos azules, su blanco cutis y su delicado cuerpo le permitían ser bien acogida en la vida de su hermano.

Guillermo residía en una hermosa casa, ni grande ni pequeña, en la Quinta Avenida. Candacia la había amueblado en tonos de rosa, gris y dorado. Tenían un amplio salón donde daban las reuniones. Primitivamente habían existido dos cuartos, pero Guillermo mandó derribar el tabique que los separaba. Guillermo trabajaba mucho y su periódico iba a tener éxito. Todos lo decían.

—Debemos sentirnos orgullosos de él —afirmaba Ruth.

Enriqueta no respondía. La miraba con inmutable expresión, y nadie hubiera sospechado que en el fondo de su corazón estaba prescindiendo ya de aquella hermana, a la que amaba tan tiernamente.

Cuando Ruth regresó al finalizar un largo verano pasado con Guillermo, Enriqueta se sentía dispuesta a contarle lo de Clem. Había pensado muchos medios para ello. Por ejemplo: «No creas, Ruth, que estoy enamorada, pero...». O bien: «¿Recuerdas la Misión Miller, de Pekín? Pues ahora conozco a Clem». Quizá fuera mejor mostrar a Ruth algunas de las cartas en que Clem expresaba sus propósitos de montar una red de mercados, extendiéndola por todo el país, para que la gente pudiera encontrar comida barata e incluso, si lo necesitaba, gratuita. «La gente no pide sin necesidad, al menos la mayoría de la gente», escribía Clem. Tenía una fe profunda en la bondad de los hombres. Creía que no les gustaba pedir ni que les regalasen las cosas. El corazón humano era independiente.

A Enriqueta le conmovía la grandeza de la fe de Clem. En su desolación, deseaba desesperadamente pensar que él acertaba. Pero cuando Ruth hablaba de Guillermo, Enriqueta no osaba hablar de Clem. Eran dos nombres que no admitían conexión entre sí.

Un día advirtió algo nuevo en el rostro de Ruth, un estremecimiento de los dulces labios, cierta timidez en los mansos ojos. Y Ruth, notando la expresión cariñosa de Enriqueta, rompió en lágrimas, le echó los brazos al cuello y apoyó su cuerpo en el regazo de su hermana.

—¿Qué te pasa, pequeña? —murmuró con cariño Enriqueta.

No había usado ese nombre desde que, siendo niñas, jugaban a las casitas. Ella, entonces, era siempre la madre y la hija Ruth. Pasó ahora los brazos en torno a la jovencita y le acarició pensando cuánto hacía que no acariciaba a nadie. En los últimos años, Ruth y ella no se habían demostrado exteriormente su afecto y no había otros a quien prodigarlo.

—Estoy enamorada —sollozó Ruth—. Terriblemente enamorada.

—No llores —dijo en voz baja Enriqueta—. Eso no está mal. Está bien. Pero ¿quién es el que...?

—Jeremías —musitó Ruth.

Enriqueta no la soltó. Procuraba evocar la faz de Jeremías tal como le había visto cuando Guillermo se graduó. Recordaba un rostro agradable, delgado, muy pálido. Rememoró después sus lentos y cuidadosos movimientos, tales como si interiormente le doliera algo, y sus manos pálidas, delicadas, huesudas y nada pequeñas.

—¿Lo sabe él?

—Lo sabe —dijo Ruth.

Y, deslizándose al suelo, se recostó en las rodillas de su hermana y se limpió los ojos con el borde de la falda de Enriqueta.

—Fue él quien me lo dijo. Yo no hubiese osado...

—¿Sois novios? —inquirió Enriqueta.

Ruth asintió.

—Sí... en cuanto él se atreva a decirlo. Candacia lo sabe, pero con Guillermo tenemos miedo...

—¿Por qué? —exclamó reciamente Enriqueta—. ¿Hay alguna razón para que eso le importe?

—Al parecer, sí —alegó Ruth.

—¡Tonterías!

Y la mente de Enriqueta voló a Clem. ¿No era el momento propicio para revelar que también ella empezaba a enamorarse?

—Yo se lo diré a Guillermo —declaró.

—¡No lo hagas! —atajo Ruth—. Jeremías quiere decírselo él mismo. Lo hará uno de estos días. No sé por qué, imagina que a Guillermo no va a agradecerle.

—Ya sé por qué —respondió sombríamente Enriqueta—. A Guillermo no le agrada que la gente con quien trata se figure que tiene familia. Nadie está a su altura, y...

—Eso no es verdad del todo —protestó Ruth—. Generalmente, Guillermo es muy amable conmigo.

—Porque siempre haces lo que él quiere —arguyó Enriqueta.

—Es que no veo razón para hacer lo contrario —dijo Ruth—. En cualquier caso esto ha de guardarse secreto por ahora.

Levantóse, se acercó al espejo y se recompuso los rizos. Había pasado el momento de intimidad. Guillermo lo había interrumpido, como lo interrumpía todo, y Enriqueta no habló de Clem.

Se reanudaron las clases y las hermanas se separaron.

Las cartas de Clem llegaban a Enriqueta los miércoles. Las tardes de esos días ella practicaba en el laboratorio químico, y entre tubos de ensayo solía leer las cartas, de apretada letra, que guardaba junto a sus notas.

Una semana llegó una misiva inesperada. Los jueves no solía esperar correo, pero aquella tarde pasó por secretaría, por si había carta de su madre, y encontró una de Clem.

—¿He de volver a casa temprano? —preguntó Bump.

Era un muchacho crecido y comenzaba a usar gafas. Hacía mucho que había desistido de rebelarse contra Clem.

Clem miró su grueso reloj de a dólar.

—Puedes estar fuera hasta las once. Pero no vayas a jugar a las cartas.

—Iré a oír música. Cuesta un níquel.

—Bien.

Así, Clem se quedó solo la tarde del lunes y pudo escribir a Enriqueta. Acaso fuera su soledad lo que le incitó a pedirle que se casase con él. Quizá su constante deseo de consolarla en su desolación. En cualquier caso, experimentaba un inmutable deseo de unión con ella, aunque nunca le había visto el semblante. Era la sola persona del mundo que le comprendía cuando le hablaba de su infancia y de aquel otro mundo de donde no podía arrancar sus raíces, por lo profundamente que se habían aferrado a la tierra.

A la sazón escribía:

Tú y yo no nos hemos visto nunca. Puede parecer...

Se interrumpió para buscar la palabra en el diccionario.

... Puede parecer presuntuosa esta idea en mí. Pero, puesto que la tengo, te la digo. Paréceme que tú y yo estamos hechos para casarnos. No nos hemos visto nunca, repito, mas doy por sentado que ni a ti ni a mí nos importan nuestros respectivos aspectos. Hay algo que nos une. Y es que comprendemos las cosas o nos parece comprenderlas. Confío en que tú sientas como yo.

Aquí se interrumpió durante largo rato. Luego siguió:

No me agrada la idea de declararme por escrito. Si accedieras a ello, iría a verte. El señor Janison me debe algo y yo tengo algunos ahorros. Bump puede trabajar en la tienda después de las horas de clase. Me sería fácil marchar por un par de días y pasar una tarde entera contigo.

Una vez escritas estas palabras, pasó a explicar las cosas acostumbradas de su vida. Bump había acabado tomando cariño a la escuela e incluso hablaba de ir al colegio. Tenía que abrirse camino. Por su parte, Clem había renunciado a recibir una instrucción adecuada, pero leía libros, de acuerdo con los consejos de la señorita Bean. Recientemente había terminado «La Riqueza de las Naciones»; era una obra enérgica, plena de sensatez. Y después agregaba grandes noticias. El señor Janison, que no tenía hijos, le había ofrecido cederle algún día el almacén.

Cuando terminó de escribir esto, Clem mordió el mango de la pluma. Luego siguió explicando a Enriqueta lo que sentía y lo que nunca hubiera dicho a nadie salvo a ella.

Si me quedo con esta tienda, no me contentaré con dirigirla. Abriré sucursales para vender alimentos baratos en otros sitios.

Aunque el plan no está rematado, creo que puede hacerse como te he dicho. Los campesinos, si venden directamente, venden barato. Mucha gente necesita comer más y mejor. Incluso pienso enviar algunos barcos con víveres a China, o bien, cuando sepa cómo compraré vituallas allí para distribuir las. Mi idea me parece algo de alcance mundial.

Volvió a interrumpirse, frunció el entrecejo y suspiró.

Enriqueta —continuó—, supongo que no creerás que sólo pienso en cosas materiales. Yo opino que si todos tuviesen bastantes alimentos, de modo que no tuvieran que preocuparse por la comida siguiente, procurarían pensar en cosas mejores. Como no tengo instrucción, no puedo educar a la gente, pero sí puedo darle de comer. Creo que la comida debe estar al alcance de todos, como el agua y el aire. No se debe pedir ni trabajar para ello, porque todos tienen derecho a vivir.

Tras una nueva pausa, concluyó la carta con estas palabras:

Confío en que perdonarás la actitud que mantiene hacia ti tu hermano Guillermo, porque ya sabes lo que pasa y espero compensarte yo si me lo consientes.

Tal carta fue leída muchas veces antes de que Clem la aceptara como buena. Finalmente, decidió que no tenía nada que cambiar en ella, aunque le hubiese gustado redactarla mejor, puesto que Enriqueta estaba en el colegio y... Como no veía forma de mejorar su estilo, cerró el escrito, lo selló, puso la dirección en el sobre y lo llevó al buzón más cercano. El reloj del Ayuntamiento le hizo notar que eran las once y cuarto. Ya comenzaba a pensar en mostrarse severo con Bump cuando vio encenderse luz en el cuarto del piso superior de la tienda. Así, el muchacho estaba en casa. Todo marchaba bien. Calle abajo se dirigió hacia el almacén, silbando, sin afinación un aire cuyo nombre no conocía.

No otra fue la carta que Enriqueta recibió el jueves. Toda la noche la tuvo en su poder, y dos veces despertó para releerla a la luz que había protegido con una pantalla para no molestar a su condiscípula más próxima.

Por supuesto, accedía a casarse con Clem. Nunca un hombre la había pedido en matrimonio, ni muchacho alguno la había sacado a bailar. Pero quería ir despacio en lo de amar y casarse, porque aquélla sería su única novela de amor y no habría más en su vida. Era maravilloso sentir en el seno aquella carta, una cálida y viviente promesa de cariño. Confiaría en el amor de Clem como no confiaba en el de sus padres, ni en el afecto, tan suplicante, de Ruth.

Al día siguiente, en la biblioteca, donde tenía para sus ensayos un rinconcito propio en el que hacía ciertos experimentos nuevos, escribiría a Clem diciéndole que, si cuando se vieran, pensaban los dos igual que ahora...

Mientras, tal como había proyectado, escribía exactamente aquellas mismas palabras, una compañera llegó, sofocando la risa.

—Enriqueta, un hombre quiere verte.

La joven se mostró incrédula.

—¿Un hombre?

—Un joven, muy flaco, cubierto de polvo...

En el acto comprendió que era Clem. Sin una palabra más bajó a la carrera las estrechas escaleras de hierro, cruzó el vestíbulo, atravesó el jardín y se dirigió a la salita de las alumnas. Era tarde y nadie estaba allí, excepto Clem, quien, de pie en medio de la estancia, esperaba a Enriqueta.



—He resuelto venir —dijo él, estrechándole con fuerza la mano—. No debí hablarte de eso por carta. Si un hombre quiere casarse con una joven, debe ir a decírselo.

—¡Oh! —contestó ella, asombrada—. Todo está bien. No me importa.

Se miraron el uno al otro, bebiéndose con la mirada. Los dos eran feos, los dos solitarios, los dos leales, y cuando contemplaban la cara del otro creían verse reflejados en ella.

—¿Sientes lo que yo, Enriqueta? —preguntó Clem, con voz temblorosa.

Enriqueta se sonrojó. Así, a él no le importaba el aspecto de ella, su cabello negro y lacio, su fea nariz, sus ojos grises y pequeños, su boca grande...

—¿Sigo gustándote... después de conocerme? —murmuró a su vez, con voz insegura.

—Todo lo que eres, se te ve en la cara —dijo él—. Eres la clase de mujer que necesito. Una en quien pueda poner confianza. ¡Porque necesito fe!

Ella exhaló un suspiro que terminó en un sonido ahogado.

—Creo que no he agradado nunca a nadie —dijo—. ¡Ay, Clem!

Torpemente se echaron los brazos al cuello, y sus labios se unieron en un beso sin pasión, del amor sin experiencia.

Él permaneció allí el resto del día y ella olvidó sus tareas. Anduvieron por las cercanías. Enriqueta describió a Clem los edificios y le señaló su ventana. Luego le llevó al laboratorio químico, vacío por haber acabado las clases, y él la escuchó, esforzándose en comprender las combinaciones de los elementos.

—Me gustaría tener instrucción —dijo con tal anhelo que a ella le pareció insoportable verle privado de lo que tanto deseaba.

—¿Por qué no te despides de la tienda, Clem, e ingresas en un colegio? Mucha gente se paga los estudios, o casi todos, trabajando.

Él movió la cabeza.

—No puedo permitírmelo. Ya he adelantado mucho en mi camino. Además, no tengo tiempo para eso. Lo que necesito es aprender cosas útiles para mí. Por ejemplo, la química. Tengo la idea de que podría inventar muchos nuevos alimentos. ¿Ha emprendido eso alguien?

—Que yo sepa, no.

Tomaron el tren de las ocho, fueron a la población y comieron unos bocadillos en un restaurante barato. Cuando terminaron, el aire estaba caliente y la noche era muy oscura. Pasearon juntos por el andén, cogidos de la mano, temiendo separarse ya que se habían conocido.

Enriqueta preguntó:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—No lo sé —dijo él—. Supongo que tendré que escribir a tu padre. ¿No es lo que se debe hacer en estos casos?

Ella exclamó apasionadamente:

—¡Nadie tiene por qué saber nada! Quiero que tú y yo nos pongamos de acuerdo sin necesidad de avisar a nadie.

Él dijo, con acento persuasivo:

—Creo que no procederíamos correctamente. Yo me sentiré más a gusto si escribo a tu padre diciéndoselo. Y acaso a Guillermo, tu hermano.

—¡No! —gritó Enriqueta.

Frotó con el borde del zapato el suelo cubierto de negra ceniza.

—Quiero que lo callemos todo... hasta que estemos casados.

Clem asumió un aire grave.

—¿No deseas que se lo advirtamos a Guillermo?

—¡No! —repitió Enriqueta, con la misma apasionada voz—. A Guillermo, por lo menos, no tenemos por qué decirle nada.

—Lo sabrá más pronto o más tarde —observó Clem.

—Pues que lo averigüe él —replicó ella.

Llegaba el tren clamoroso, sofocando sus voces.

Volvieron a unirse en un rápido beso, sin reparar en la gente, como si todos les fuesen extraños. Y luego Clem subió al vagón.

Enriqueta permaneció de pie, mirándole, con las manos en los bolsillos de su chaqueta verde, hasta que el tren hubo desaparecido.

## V

—Tienes carta de tu madre —dijo Candacia a Guillermo. Nunca abría las cartas que él recibía desde que, durante la luna de miel, descubrió que ello no le agradaba. A veces la joven se preguntaba si no sería una necia, porque nunca sabía lo que a su marido le gustaba y lo que no. Pero cuando conocía una cosa no la olvidaba ya.

Corría diciembre y estaban en su casa de la ciudad. A la semana siguiente, Candacia tenía que organizar las Navidades. Aquellos últimos días del año pasaba las horas meridianas en una vasta galería rodeada de cristales. Estaba embarazada y en agosto había de dar a luz otro hijo: el segundo.

Por entonces Guillermin contaba unos dos años. Cinco largos llevaba ella casada. Ahora yacía en una cómoda silla extensible, sintiéndose algo cansada, quizá a causa de su largo paseo a caballo por el parque. No había dicho a Guillermo que el médico la prohibía montar, porque no pensaba cumplir tales órdenes. Y Guillermo hubiera insistido en que obedeciese.

Él, sentado junto a una mesilla metálica, rompía a la sazón un sobre recargado de sellos chinos. Dos cartas cayeron al suelo. Una tenía la letra de su padre; otra, la de su madre.

Cogió primero la de su madre, que solía ser más pródiga en noticias de lo que acontecía en Pekín. Su madre narraba los incidentes, mientras su padre los comentaba. Guillermo se interesaba mucho en lo que sucedía allí, porque era un preliminar de lo que debía ocurrir en toda Asia, esto es, un levantamiento de la gente común, cosa que él temía y que le disgustaba. El tumulto en las calles de Pekín había quedado grabado en su cabeza. El único poder capaz de sobreponerse a tal locura era el de la indomable emperatriz. Recordaba la valerosa faz de la vieja, impaciente y arrogante, inclinada hacia él cuando era un niño. Evocaba los tiempos en que trepaba al Monte del Carbón para mirar los tejados de los palacios imperiales. Ahora que había visto muchas suntuosas moradas sabía que la anciana emperatriz poseía magnificencias que ningún millonario podría comprar. Sus palacios estaban vedados a todos, pero nadie podía impedir a un niño americano escalar una colina y mirar desde arriba los tejados de porcelana azul y dorada y las mismas columnas de mármol. Tampoco a ningún transeúnte cabía prohibirle que viera las cerradas puertas de esmalte bermejo.

A primeros de julio, la madre de Guillermo había escrito hablando de una reunión que iba a darse en setiembre, en el palacio de Verano, y a la que se había invitado a todos los diplomáticos y sus amistades. Pero ahora Guillermo leía que la fiesta no llegaría a darse. La anciana emperatriz —escribía su madre— había enfermado un brillante día de comienzos de otoño.

El joven emperador había sido interrumpido en su tarea por un eunuco, que llegó clamando:

«¡La vieja Buddha ha muerto!».

Sin decir palabra, sin esperar un instante, el joven emperador empezó a escribir en una hoja de papel, donde con su pincel se preparaba a componer un poema. Y en lugar del poema redactó una orden disponiendo la muerte del político que le había traicionado en favor de la anciana emperatriz diez años antes, cuando él soñaba en renovar su país.

Antes de que pudiera sellar el papel, el eunuco volvió, gritando aun más reciamente.

«¡La vieja Buddha ha revivido!».

Se había recobrado, en efecto, y había de vivir varias semanas más.

Guillermo guardaba silencio, porque Candacia no podía saber lo que la anciana emperatriz significaba para él. Siguió leyendo. La vieja se había repuesto varias veces más, resuelta a sobrevivir al joven emperador, a quien detestaba por su empeño en cambiar en sentido moderno las cosas antiguas. Él también estaba enfermo y ella siguió subsistiendo mientras le supo vivo. Cuando oyó que al fin él había expirado, exhaló un gran suspiro y se dispuso a esperar la muerte.

En su último mensaje al pueblo, la altanera vieja escribía:

A pesar de mi escaso mérito he llevado las riendas del gobierno, sin descansar, noche y día. He dirigido a los jefes provinciales y metropolitanos y a los comandantes militares, luchando afanosamente para conservar la paz. He empleado en los cargos a los virtuosos y he atendido las exhortaciones de mis consejeros. He ayudado al pueblo en las hambres e inundaciones. Por la gracia del cielo he reprimido todas las rebeliones y del peligro he sacado la paz a salvo.

Guillermo sonrió adustamente. ¡Vieja emperatriz, valerosa hasta el final! No había muerto hasta ver morir a aquel débil y degenerado jovenzuelo, juguete en manos de los revolucionarios, que habrían desencadenado todas las locuras del pueblo.

Candacia le miraba sin que él lo advirtiese. Nunca acertaba a leer en la faz de su marido, pero, notando su fugaz sonrisa, quiso conocer su causa.

—¿Qué hay, Guillermo? —dijo—. ¿Sucede algo?

—Siempre sucede algo —respondió Guillermo.

Curvó ligeramente los labios hacia abajo. Estaba leyendo la carta de su padre, insólitamente corta y concluida, como de costumbre, con una cita de los clásicos chinos:

Su padre escribía:

Ahora que esa vieja cruel ha muerto, estamos en puertas de acontecimientos maravillosos. Como Mencio dijo cuatrocientos años antes de Cristo: «Las gentes son el fundamento del Estado, los altares nacionales les siguen en importancia y el monarca es lo menos importante de todo». Quisiera, hijo mío, que hubieses pasado la vida en China, que yo sé que ha de ser el centro del mundo futuro, aunque pocos lo entiendan así.

Guillermo volvió a sonreír, aunque ahora con una sonrisa diferente. Ni por un

momento creía que China pudiera ser el centro del mundo, ni estaba de acuerdo con Mencio.

Candacia, contemplando el rostro de su marido, sintió una de sus usuales ráfagas de inquietud. ¿Por qué temía a Guillermo? Antes de casarse no lo había temido y no podía pensar en razón alguna, y menos en ningún incidente, que explicara su sensación de que aquel hombre era cruel.

De parte de ello tenía Jeremías la culpa. Jeremías se había entregado excesivamente a la bebida. La joven procuró decírselo a su padre, que se negó a creerla. Su religión era un parachoques contra cuanto no le agradaba, y se refugiaba tras ella sin bochorno alguno. Era inútil para Candacia hablar a su madre y no se atrevía a explicárselo a Guillermo. Ya era bastante que tuviese que soportar a Jeremías en la oficina. Y, además, a Seth James.

Seth James era el director literario y Jeremías, como administrador, estaba entre Guillermo y Seth. Guillermo insistía en inspeccionarlo todo y Seth había de desarrollar la política que imponía Guillermo a su personal a propósito de cuanto sucedía en el mundo.

«No tenemos que pensar nada —solía decir Jeremías, con su humor, tan vivo—. Es maravilloso no tener que pensar, Candy. ¡Queda tanto tiempo libre así!».

Seth no parecía tan alegre. Rehusaba hablar acerca de Guillermo y se mantenía muy correcto ante Candacia. Ésta preguntó a Jeremías qué le pasaba a Seth.

«Que es una mentalidad independiente —respondía Jeremías, con su inmutable buen humor—. Demasiado. Y no nos hace falta tal cosa. Para eso ya tenemos a Guillermo».

Nadie osaba contradecir a Guillermo. El fantástico éxito de su periódico era la respuesta final a cualquier discrepancia. En cinco años el periódico comenzado en Nueva York se había convertido en cuatro: otros tres se publicaban en Chicago, San Luis y San Francisco. Con una hábil combinación de fotografías, caricaturas y texto, Guillermo había trazado algo que terminó haciéndose indispensable a millones de personas a las que no había visto jamás. Sus periódicos eran lo bastante pequeños para leerlos cómodamente en el metropolitano, o mientras la gente comía bocadillos en los abarrotados mostradores.

Él daba exactamente lo que la gente quería: noticias financieras y mercantiles en breve espacio, media columna escasa de predicciones y consejos; grabados cuidadosamente elegidos de intensos dramas, con las fotografías recortadas de modo que no mostrasen sino concentrada acción; informaciones en cápsulas de texto esmerada y sencillamente escrito, adecuadas a millones de personas que leían con dificultad y pensaban muy poco y que anhelaban constantes diversiones a causa de su vacío interior.

Guillermo era demasiado despierto para predicar. Lo que deseaba inculcar, se hacía mediante la elección de las noticias que daba y la forma en que lo hacía. La mitad del secreto de su poder consistía en la eliminación que practicaba. En los

titulares residía lo demás. Sólo los titulares bastaban para decir al público lo que le convenía pensar.

Jeremías, Martin Rosvaine y Seth James se reunían a veces para hablar de los periódicos de Guillermo. Su genio les impresionaba y cada día se sentían más temerosos ante él.

Martin acostumbraba a decir:

—Dentro de diez años Guillermo dictará al mundo su pensamiento sin que nadie se dé cuenta. Tía Rosamunda, por supuesto, está encantada con ello. No quiere que le devuelva sus cien mil dólares.

Porque en cuanto Tía Rosamunda supo que Roger Cameron había dado a Guillermo cien mil dólares, se obstinó en aportar otro tanto. Guillermo devolvió el dinero a Roger y era cierto que Tía Rosamunda no quería que a ella le pagase.

—El interés es una buena renta para mí —afirmaba con su voz cascada y áspera.

Estaba ya semiciega. De vez en cuando insistía en que Guillermo la visitase. Él la trataba casi con afecto. Había un no sabía qué, que le agradaba en aquella ruda implacable y egoísta vieja que gozaba con su éxito y se burlaba de sus periódicos.

«¡Qué maravillosa porquería!», decíale cuando estaban solos, dándole un golpe en las costillas con su descarnado codo.

El monstruoso y creciente éxito de Guillermo principiaba a hacer efecto en los tres jóvenes. Martin tenía accesos de remordimientos de conciencia, motivados por la codicia de Tía Rosamunda. Seth amenazaba rebelarse contra la intromisión de Guillermo y Jeremías se había entregado al alcohol.

Su larga indecisión respecto a Ruth, los meses en que estuvieron medio prometidos, los meses en que no deseaba casarse más que con ella, los meses en que rechazaba a Ruth, habían terminado convirtiéndose en años. Mas ella, con inmutable paciencia, incommovible dulzura y fiel amor, no le había dejado escapar. Y al fin Ruth ganó.

Hacía un mes que Candacia notaba dulcificado a Jeremías. El joven se parecía más al niño que ella había conocido, y que era un muchacho caprichoso, con una alegría que a ella le desagradaba, pero capaz a la vez de una pensativa gravedad. En ocasiones hablaba con ella y otras le enseñaba montones de versos para que su hermana se los elogiase. Había pasado años enteros sin escribir poesía, pero volvía a recaer en ello. Candacia lo deseaba, porque creía que al joven le era conveniente componer poemas. Algo en él debía cristalizar y trocarse en permanente.

Pensó comprender el cambio de su hermano cuando éste le dijo que había resuelto casarse con Ruth. En realidad, había terminado enamorándose de ella, pensó Candacia, aunque Jeremías alegaba como motivo el que Ruth era precisamente opuesta a Guillermo en todo, por lo que él no podía dejar de estimarla.

—En el colegio simpatizabas con Guillermo —alegó Candacia.

—Tenía que depender de él —dijo Jeremías— porque, si no, yo no hubiera aprobado. Y ahora me ocurre algo parecido.

—No debieras trabajar en nada —repuso Candacia—. Ruth y tú podríais vivir tranquilos en cualquier parte. A papá no le importaría.

Él la miró con desconcertados ojos.

—No sé por qué —murmuró—, pero me considero incapaz de eso.

Sólo entonces comenzó ella a pensar seriamente en Ruth.

—Creo, Jeremías, que no te he felicitado. Pero te felicito. ¿Qué crees que opinará Guillermo?

Jeremías se sentó en el césped.

—No le agradará. Lo mismo opina Ruth.

—¿Y por qué no?

—Porque él tiene el instinto de despreciar a todos menos a sí mismo. Le agrada pensar que no es un hombre de carne y hueso. Le placería vivir del mito de que no es descendiente de padres carnales, sino puro hijo de Dios.

Candacia se impresionó.

—¿Por qué vienes a decirme eso cuando sabes que estoy encinta de él?

—El niño será otro hijo de Dios —repuso ligeramente Jeremías.

Estaba tendido de espaldas en la hierba, relajado el cuerpo, perezosa la voz, mirando retazos de cielo entre las hojas de los arces.

Candacia no le respondió.

Guillermo —murmuró ella ahora—, tengo una cosa que decirte.

Guillermo plegó las cartas de China.

—¿Qué es?

—Jeremías y Ruth son novios —dijo ella atrevidamente—. Y me alegro. Hace años que hablaban y él no acababa de resolverse.

Volvió la cabeza hacia Guillermo y vio que su rostro se había tornado de un rojo amoratado.

—¿Cuándo ha sido eso? —preguntó él.

—Hace cosa de un mes.

—¿Y lo sabías?

—No del todo.

Esperaba que Guillermo se irritase, pero ello no ocurrió. El tono violado de su tez se convirtió en lívido.

—¿No te parece bien? —preguntó ella.

Él se incorporó, las cartas en la mano.

—No me parece nada —contestó—. No creo que eso tenga importancia alguna.

—¿No querrás que se case aquí?

—No.

—Me gustaría hacer una hermosa boda. Y pronto. Antes de que yo esté demasiado deforme. Ellos no quieren esperar.

—Haz lo que quieras —repuso Guillermo.

Vaciló un momento y luego dijo bruscamente:

—Estas cartas me dan la idea de un artículo de fondo que pienso escribir mañana. Espero que me perdones si no vengo a comer.

—Te echaré de menos —dijo ella, con lisonjera sonrisa.

—Lo siento —respondió él con seriedad.

No obstante, se inclinó hacia su mujer y le besó el cabello antes de marchar.

Candacia le miró alejarse y, viendo su cabeza inclinada y cruzadas a la espalda las manos con que sostenía las cartas, pensó repentinamente que su marido tenía aspecto de un sacerdote. Acaso hubiera debido serlo.

Ruth se casó la víspera de Año Nuevo, amadrinada por Enriqueta. Ruth insistió en ello. De elegir los vestidos de boda se encargó Candacia. Ruth vestiría de raso blanco. Para Enriqueta, Candacia escogió una espesa seda de color amarillo con banda verde. La morena faz de Enriqueta había de animarse un poco con aquel color.

Enriqueta no protestó. Escondiendo en el pecho el inefable secreto de Clem, se dejó vestir, por primera vez en su vida, con el fin de parecer hermosa.

Había estado dos veces en casa de Guillermo y la primera fue después de que le confeccionaron el vestido. Candacia había invitado a almorzar a las dos hermanas. Guillermo no estaba, pero Jeremías, sí. Había salido descaradamente pronto de la oficina, sin avisar a nadie.

—¿De qué me sirve ser cuñado de Guillermo si he de tenerle miedo? —dijo a las mujeres—. No puede despedirme.

—A Jeremías no hay modo de tomarle en serio desde que se ha hecho hombre —explicó Candacia a Enriqueta—. En cambio, de niño era muy serio.

Se sentaron a la larga mesa del comedor. La caoba brillaba a través de los encajes de Italia. Se sentaron de dos en dos, Enriqueta estaba junto a Candacia. Las cabeceras de la mesa se hallaban vacías, aunque el mayordomo había puesto cubierto para Guillermo. Se presentara él o no, siempre se le preparaba plato.

Jeremías, agitando su vaso de vino tanto como podía, sin derramarlo, manifestó:

—De niño era serio porque temía morir. Y ahora sé que he de vivir. Cuando se sabe que no puede uno evadirse a la vida, hay que estar alegre, ¿eh, Ruthilla?

—No sé de qué hablas —exclamó ella, satisfecha.

La boda resultó perfecta. Guillermo actuó como padrino de la joven, puesto que su padre estaba en Pekín. Con la dignidad de su hermano, la blanca dulzura de Ruth contrastaba como la de una rosa sobre una roca.

El casamiento se celebró en casa de Guillermo, aunque Ruth hubiera preferido en una iglesia, y hasta había pensado que en la de San Juan, a la que Candacia y Guillermo acudían regularmente todas las mañanas dominicales. Así se planeó. Pero en Navidades, entre Guillermo y el rector del templo surgió un extraño conflicto, que aquél nunca llegó a explicar y se retiró de la congregación. No había razón alguna —explicó Guillermo a Candacia— para que ni sus amigos ni los de ella fueran invitados



a la boda de una joven de cuya existencia no tenían noticias más que de un modo accidental.

El ancho salón se acomodó muy agradablemente. El florista erigió un altar al extremo y el predicador del colegio de Ruth ofició en el enlace. Guillermo se mostró amable incluso con Enriqueta, y con sus abuelos fue casi gentil. Los dos americanos habían envejecido mucho. Enriqueta correspondió a la amabilidad de su hermano y pensó continuamente en Clem, aunque no se decidió a pronunciar su nombre.

Ninguno permaneció en la casa después de la boda. Acompañaron a Ruth y a Jeremías al muelle y asistieron a su embarco en el buque que los llevaba a Francia. Guillermo no estaba con el grupo. Un aviso de su oficina le había obligado a retirarse. Y luego, con su vestido de color de narciso cuidadosamente guardado en una maleta, Enriqueta volvió a casa con sus abuelos.

Aquella noche les contó lo de Clem. Los tres permanecieron juntos en el ancho y ahora un tanto raído salón de la casa.

La joven trató de hacer comprender por qué deseaba casarse con Clem.

—Es la única persona del mundo que me conoce en realidad —dijo.

La escuchaban con calma, conociendo al fin que, en efecto, debía de haber en su nieta mucho que ellos no conocían. China era una tierra inimaginable para ellos y les parecía monstruosa e inexplicable.

—Espero que no volveréis a China —murmuró la abuela.

—No sé lo que Clem hará. Siempre está pensando en las cosas del mundo. Si va allí, desde luego le acompañaré —dijo Enriqueta.

El anciano matrimonio había tenido un día muy ajetreado, y no les interesaba el mundo. El señor Vandervent bostezó y tocó la campanilla. Cuando Millie, que nunca se acostaba antes de retirarse la familia, acudió, le pidió un vaso de leche.

—Pero caliente, Millie, y un poco de vino de jerez —explicó.

—Sí, señor.

Pocos minutos más tarde, mientras bebía la leche con jerez, el anciano, soñoliento, movió la cabeza, mirando a Enriqueta.

—Es natural; debíamos esperar esto —dijo vagamente.

Los ancianos subieron a acostarse sin preguntar más a la joven y ella, sentándose ante el pupitre, escribió a Clem una larga carta:

Clem, quisiera abandonar el doctorado y casarme ya...

Después de graduarse en el colegio, Enriqueta había decidido seguir el doctorado en química, con la esperanza de poder ser útil a Clem. Eso se debía a algo que él había dicho en una ocasión:

—Quisiera que estudiases química, monina —había afirmado—. Coge, por ejemplo, semillas de soja. Los chinos comen algo parecido, ¿recuerdas? Apuesto, monina, a que sabes bastante para ayudarme...

—Tendré que aprender más —dijo ella.

Aún se sentía algo lastimada al recordar que él había exclamado vivamente:

—Conque tienes que aprender más ¿eh?

Pero no se ofendió con Clem. Conocía su grandeza. Nunca pretendería él ser el primero.

Después de concluir sus estudios en el colegio «summa cum laude», honor que desdeñó comunicar a Guillermo y que Clem no comprendía del todo, aparte de que sorprendió bastante a su familia, Enriqueta, ingresó en la Universidad de Columbia, para seguir cursos de química. Y ahora, a mitad de camino, quería suspenderlos súbitamente.

Explicó sus arrebatados argumentos a Clem, diciendo que nadie la amaba y se sentía muy sola. Ya en el colegio se había sentido así porque, no habiendo vivido siempre en América, no acertaba a hablar con las otras muchachas. Deseaba estar con Clem, sola con él y no abandonarle nunca.

Clem contestó con graves y prudentes palabras acerca de que a ella le convenía completar su instrucción y no lamentar después haberla suspendido. Agregaba algo sobre lo que él sentiría que Enriqueta se sintiera disgustada más tarde.

Pero cuando recibió un torrente de cartas de su novia diciéndole siempre lo mismo, comprendió que era verdad que la muchacha iba a morir de desolación, porque tenía, como él, una hambre espiritual que alargaba sus raíces buscando tierra donde sustentarse. Era ocasión de que los dos se uniesen.

Un día de junio fue a verla y visitó a los abuelos de la joven para tranquilizar su conciencia, ya que no podía hablar con el padre de Enriqueta, ni ella le permitía informar a Guillermo de su amor.

El anciano matrimonio quedó desconcertado y muy afanoso de no cometer alguna torpeza. Pero después de que Clem les hubo hablado algún rato, quedaron convencidos de que nada podían hacer en aquel caso. Los dos jóvenes estaban absolutamente resueltos.

—Podéis escribir a papá y mamá y decirles que no podéis evitarlo —apuntó Enriqueta.

El abuelo suspiró.

—No escribiremos, Enriqueta. Encárgate de ello tú.

Y la abuela murmuró:

—Eso os corresponde a vosotros, muchachos. Nosotros hemos hecho lo que hemos podido.

Enriqueta besó a los ancianos por primera vez en su vida. Se sentía una criatura nueva desde que había conseguido convencer a Clem, de que les convenía casarse sin tardanza. Estaba casi alegre. No había motivo para una boda ostentosa, dijo. ¿A quién iban a invitar?

En cuanto Clem recabó la licencia de matrimonio, él, ella y los abuelos fueron a la rectoría de la más próxima iglesia presbiteriana y se casaron. Enriqueta llevaba su vestido amarillo y unas rosas encarnadas que le compró Clem. Éste compró también un anillo de boda, grande y anticuado, el único anillo que ella había tenido. Cuando

Clem se lo puso en el dedo, Enriqueta pensó que permanecería allí para siempre, incluso bajo el polvo, cuando estuviese muerta.

Fueron a la casa y comieron plácidamente un bizcocho hecho por Millie. Brindaron con vino de Borgoña, de una botella que el abuelo abrió. Luego ella se puso su traje de seda azul marino, única prenda nueva que se había comprado, y experimentó la extraña sensación que, aunque sus abuelos sentían su marcha, por otra parte les satisfacía verla marchar, desembarazando otra vez de jóvenes su vieja casa. Estaban fatigados y deseaban dormir.

## VI

Enriqueta estaba cosiendo en el gabinetito de su casa. No cosía bien. Sus torpes dedos hacían nudos en el hilo de vez en cuando, pero no se le ocurría prescindir de la costura simplemente porque no le gustase, de suerte que proseguía su tarea, mirando de vez en cuando a través de la ventana.

La escena era harto simple. Una calle de casas baratas muy semejantes a la que Clem había alquilado, cerca del almacén. Si alguna gracia tenía la calle, procedía de dos hileras de arcos que ahora empezaban a tomar los tonos del otoño. Estaba avanzada la tarde y, bajo los árboles y sobre las hojas, jugaban los niños, corriendo de un lado a otro, sin que nadie los cuidase, al parecer, salvo cuando una pendencia hacía surgir en una puerta a alguna madre.

—¡Eh, Dottie! Deja de dar puntapiés a tu hermanito.

—Yo no he sido.

—No me importa quién haya sido. ¡Basta ya!

Enriqueta se preguntaba si Clem desearía tener hijos. Por razones inexplicadas, nunca hablaba de niños. Ni siquiera ella misma estaba cierta de que le gustasen. No acostumbrada a vivir en América, ignoraba cómo se crían los hijos. En China estaban para eso las niñeras. Pero en América ella habría tenido que lavar sus ropitas y atenderlos cuando lloraran. Además, ya era bastante cuidar a Clem. Con todos aquellos grandes planes en su cabeza, era como media docena de hombres. Ya sería bastante que ella viviese para vérselos realizar.

No dudaba de que su marido triunfaría. Desde que lo vio en la sala del colegio confió en él y por esa razón no quería a nadie, en realidad, más que a su padre y a Clem.

Mientras viviese, no perdonaría a Guillermo la ira a que se entregó cuando supo que ella se había casado con Clem. Enriqueta había escrito a Ruth diciéndoselo y al principio Ruth no se atrevió a decir a su hermano la verdad entera. Dejó que Guillermo pensara que el matrimonio no estaba consumado todavía. Él procuró impedirlo, creyendo que se trataba de un mero noviazgo. Incluso cablegrafió a Pekín, a su madre, hablándole del asunto. Cuando Enriqueta abrió el cable en que su madre le prohibía casarse con Clem, comprendió que Guillermo había mediado en el asunto.

«¡Ese ignorante!», había dicho Guillermo, refiriéndose a Clem. Y Ruth no dejó de contarle a Enriqueta.

La propia Ruth se sentía disgustada.

—Debiste decírnoslo, Enriqueta —afirmaba—. No te has portado bien. Ese hombre no es de tu categoría. No podrás presentarlo en casa de Guillermo.

—No deseo ir a casa de Guillermo —respondió Enriqueta.

Nunca temería a Guillermo, por muchos periódicos que éste tuviese. Clem era tan inocente, tan bueno... Ni siquiera le agradaba que su mujer hablase mal de Guillermo.

—Es tu hermano, monina, y no debieras reñir con él —le dijo.

Y nada más. Cuando ella le explicó la actitud de Guillermo respecto a su enlace, él se limitó a asumir un aire solemne.

—Él no comprende el caso, monina. Y la gente suele engañarse cuando no comprende las cosas.

Enriqueta no consiguió que se irritase.

Por su parte, escribió a sus padres una vehemente carta proclamando su independencia y la bondad de Clem. Su padre, benignamente sorprendido ante tal tumulto, le contestó:

«No sé por qué no habías de casarte con Clem Miller. Me disgustaría verle en las circunstancias de su padre, pero ahora nadie vive sólo de la fe».

Su madre, mostrándose sorprendentemente amable, le envió como regalo de boda un mantel de lino bordado por monjas chinas. Enriqueta, sagazmente, adivinó que a su madre le tenía sin cuidado con quien se casara.

Clem, por su parte, admiraba sin ambages el éxito de Guillermo.

—¡Cómo progresaría mi idea de eso de la comida, si Guillermo se interesara por ella! Haría pensar a la gente ¡y hay que ver las cosas que pasarían entonces!

—Guillermo no desea que piense nadie —repuso Enriqueta.

—Vamos, vamos... —dijo Clem.

Dieron las seis y sonaron, arriba y abajo de la calle, las campanas llamando a la cena. Enriqueta, levantándose, examinó el asado con patatas que había en el fogón, cortó pan y vertió leche en los vasos. Clem no tardaría y querría comer para volver a la tienda. La joven se movía despacio, con una gracia algo torpe, de la que no tenía la menor conciencia. Su inmóvil rostro, grave bajo el trenzado de su negro cabello, rara vez cambiaba de expresión. Pero desde que estaba con Clem sus ojos eran más hermosos y grandes que nunca y estaban profundamente engastados bajo su frente clara. A veces, empero, ofrecían una expresión de interior desconcierto, como si estuviese insegura de algo, de sí misma, o acaso del mundo. Y el desconcierto que se revelaba no era pequeño, sino vago y amplio como su mente, porque aún no sabía qué pensar de la existencia humana.

La puerta lateral del estrecho pasillo se abrió lentamente y el ambiente de la casa cambió. Había entrado Clem.

—¿Estás ahí, monina?

Siempre decía lo mismo, aunque bien le constaba que ella estaba allí.

—Aquí estoy —dijo ella, con voz fuerte y profunda.

Él fue a la cocina, con paso ligero y rápido. Sus ojos se encontraron. Ella estaba de pie junto al fogón, sosteniendo en la mano el asa de una olla, y él se dirigía al lavadero para limpiarse. Hízolo, como todo, con nerviosa rapidez, y se secó la cara, el cabello y las manos con una toalla oscura que colgaba de la pared.

Acercóse a su mujer y la besó en la mejilla. Era algo más bajo que Enriqueta.

—¿Está preparada la comida?

—Ya la iba a servir.

Él nunca hablaba de cena, sino de comida. Sentóse ante el asado que ella le presentó y principió a trincharlo, limpiamente, con la velocidad con que lo hacía todo. En un plato dispuso dos finas tajadas para Enriqueta, situó a cada lado de ambas una patata y le alargó el plato. Después se cortó un trozo, más pequeño y fino, para él.

—¿No comes un poco más, Clem? —preguntó Enriqueta.

—Hoy no me atrevo, monina. Me está esperando un hombre...

—¿Por qué no le trajiste a casa?

—Porque hubiéramos hablado de negocios mientras comíamos y se me habría revuelto el estómago. Quiero tener un poco de tranquilidad contigo.

Ella, en silencio, le sirvió tomates crudos y limas. Se sirvió a sí misma después. Mientras comían no hablaron. Ella, ya acostumbrada a esto, se sentía feliz porque le constaba que él hallaba reposo en el silencio. Solos ante la mesa, sentíanse en comunión. Cuando él concluyese principiaría a hablar. Comía muy de prisa, pero ella no se lo recordaba. Le conocía mejor que a sí misma. Clem estaba hecho de alambre, azogue y electricidad. Hiciese lo que hiciese, ella no se permitía formularle el menor reproche. A veces la torturaba el temor de que él muriera joven, agotado prematuramente por el enorme plan que había trazado, pero ella sabía que no estaba en su mano impedirlo. Clem seguiría su camino, único que existía para él, y ella habría de seguirle.

En su propio país, Enriqueta seguía sintiéndose extranjera y su único apoyo era Clem. Todo lo demás resultaba diverso de Pekín y de su niñez, y sin Clem no habría sabido cómo vivir. Cuando a veces, por la noche, ella procuraba explicárselo así, Clem, tras escuchar hasta que ella había terminado, solía responderle:

—La gente es igual en todas partes, monina.

Pero no sucedía así. Nadie en América era como los chinos que ella había conocido en Pekín. No podía hablar a nadie en New Point de... Bueno, de la vida. Todos trataban de «cosas» y a ella no le importaban las «cosas».

«Todo bajo el cielo...», solía empezar la anciana señora Huang cuando Enriqueta iba a su morada.

La joven sonrió, mirando a Clem.

—¿Recuerdas que los chinos empiezan a hablar diciendo «Todo bajo el cielo...»?

—¡Y siguen hablando de todo lo que hay bajo el cielo!

—Veo que lo recuerdas también.

—Quisiera no tener prisa, monina, pero he de irme.

—Lo sé. No acierto a pensar cómo se me habrá ocurrido eso.

Guardaron silencio de nuevo, mientras él concluía. Ella reflexionaba en la singularidad de los hombres y en las cosas por las cuales se sacrificaban. Guillermo, en sus espléndidas oficinas de Nueva York, era tan esclavo de su plan como Clem del suyo y, sin embargo, ¡cuán diferentemente y con qué diversos propósitos! Ella no se hubiera consagrado a Clem de haber éste deseado enriquecerse para obtener poder. Él

no pensaba en el dinero más que como un medio de ampliar sus fines, fines tan enormes que Enriqueta hubiera esquivado decir a nadie de qué se trataba, por temor a que creyesen loco a su marido.

Clem soltó el tenedor y cuchillo.

—¿Qué hay de postre?

—Manzanas cocidas. Hubiera hecho una empanada, pero como me dijiste la otra vez...

—Las empanadas me empachan. Cuando tengo que trabajar, no me conviene sentir molestias en el estómago.

Ella se levantó, cambió los platos y sirvió la fruta. Él comió la suya en unos pocos bocados, se levantó, instalóse en una mecedora y cerró los ojos. Durante diez minutos dormitó.

Enriqueta permanecía inmóvil, sin moverse para alzar los manteles ni reanudar la costura. Había aprendido a estar así para que ningún sonido turbase el sueño de Clem. Él tenía el oído tan agudo, que el menor movimiento o murmullo le despertaba. A su mujer no le importaba estar quieta mirándole mientras dormía. Estaban tan cercanos y tan unidos, que el sueño de Clem parecía hacerla descansar también. Sólo su mente, vagamente despierta, divagaba.

Clem abrió los ojos tan repentinamente como los cerrara, y, levantándose, volvió a ocupar su asiento junto a la mesa ante su esposa.

—Me parece, monina, que estoy estropeando tu vida.

Ella no supo responder, ignorando lo que él quería indicarle.

—Me he casado con una mujer espléndida, educada en el colegio, y todo lo que ella hace es prepararme la comida y zurcirme los calcetines.

—¿No es esa la misión de las mujeres?

—La de la mía, no.

Ella le miró tiernamente y se ruborizó. Ya había aprendido que no llegaría a oír nunca las palabras de amor que las mujeres anhelaban oír a los hombres. Clem no las conocía. Enriqueta incluso dudaba de que él hubiese leído un libro que las contuviera. Pero como a ella no se las habían dicho nunca, tampoco las echaba de menos. Conocía perfectamente que Clem era la única persona que la había amado, y de ese amor se sentía segura, no ya por las palabras, sino por el mero aspecto de él cuando se sentaba a su lado. La transparencia de su ser era tanta, que el amor brillaba a través de él como la luz. Brillaba sobre ella ahora al mirarla Clem, semisonriente. Vio en sus ojos chispear los recuerdos de su infancia en Pekín.

—¿Te acuerdas del pan moreno de Pekín, monina? El que cocían pegado a las paredes de los hornillos, salpimentado con semillas de sésamo.

—Recuerdo... Aquellos panes chatos...

—Sí.

—¿Y qué, Clem?

—No sé. A veces me apetecería volver a probarlos. ¿Qué dirías si volviéramos?

—¿A China, Clem?

—Nada más que a dar un vistazo. Yo lo olvidaría todo si viera cómo está Pekín ahora.

Estaba muy pálido y demacrado. A Enriqueta se le abatieron las alas del corazón. ¿Por qué tenía ella siempre la premonición, indefinida e irrazonable, de que era más fuerte que él, más duradera? Ninguna llama como la de él ardía en su interior, ni la consumiría.

—Sería agradable volver, Clem.

—¿Lo crees, monina? Bueno, veremos.

Clem se alzó con su usual viveza y la premonición se disipó. No había razón para pensar... en nada. Pero cuando él salió, ella siguió pensando, sin moverse. Bien recordaba los bollos de pan de sésamo recién salidos del horno del viejo panadero tuerto. Enriqueta, a menudo, se había deslizado por la abandonada puerta trasera, para, siguiendo el muro del *compound*, esperar al extremo de la tapia, oculta en un seto de bambúes enanos.

Aún le parecía oír el pregón sonoro del panadero mientras bajaba por la calle, siempre a la misma hora, mediada la mañana de los sábados, cuando se suponía que ella y Ruth estaban repasando sus lecciones del lunes.

El hombre atisbaba entre los bambúes, buscando a la niña, y al descubrirla sonreía con su boca desdentada.

—Démelos calientes —decía ella.

—¿Crees que no lo sé? —respondía él.

Y, metiendo la mano en el horno de barro, sacaba los bollos de pan de sésamo y le alargaba dos, de aquellos de los lados... Tenía siempre las manos sucias. Harina y masa ennegrecidas llenaban todas las grietas de sus manos y sus uñas eran como zarpas negras; pero ella, en sus deseos del pan, no pensaba en eso. Le pagaba dos peniques y volvía corriendo al *compound*, escondidos los bollos bajo la blusita.

Ruth no quería comerlos, porque el vendedor tenía las manos sucias, y Enriqueta devoraba los dos, deliciosamente fragantes, con un delicado sabor a nuez procedente de las semillas de sésamo.

Clem también había comido aquel pan, mas Guillermo nunca. Como Ruth, Guillermo pensaba en las desaseadas manos del expendedor, pero ella y Clem pensaban en el pan recién salido de los carbones. Un pan muy bueno.

Levantóse y principió a limpiar la mesa. Lo que Clem estaba haciendo era tan sencillo como lo que el viejo vendedor hacía. Dos panecillos a penique la pieza. El vendedor los fabricaba e iba vendiéndolos. Si eran buenos, la gente los compraba y nada más. Y eso no pasaba sólo con el pan. Si las cosas eran buenas y baratas, la gente las adquiría. A eso se reducía todo. Lo que Clem intentaba era sencillo y tremendo, tan sencillo que la gente no sabía que estuviera haciendo nada y tan tremendo que no lo hubiesen creído de poderlo saber. Sólo cuando vieran la cosa terminada y el pan, la carne, y toda la comida lista para ser comprada, buena y a



precio barato, creerían. Y aun creyendo, no podrían comprender.

A veces, por la noche, Clem resolvía leer la Biblia. No iba ninguno de los dos a la iglesia, ni solían rezar salvo si se sentían inclinados a ello. Pero algunas veces él deseaba leer a su mujer algo en alta voz.

La noche anterior, estando ambos en el lecho, él había encendido la lámpara y tomado la pequeña Biblia que había en el anaquel de la mesilla de noche. Buscó el pasaje en que Jesús, tomando los panes y los peces, alimentó a todos los hambrientos, y lo leyó lentamente, como para sí, mientras ella escuchaba.

Cuando Clem llegó a lo de los cestos que se llenaron con los sobrantes, cerró el libro y se recostó en la almohada, las manos tras la cabeza, los ojos fijos en el techo.

—Esto es lo que quiero hacer —dijo—. A mi modo, por supuesto. Pero me agrada leer de vez en cuando la forma en que otro lo hizo. Los dos tuvimos la misma idea: dar de comer al hambriento. He de encontrar la manera de abaratar la comida, monina. Quisiera darla gratuitamente. Debiera buscarse un medio de que los hambrientos se alimentasen sin pagar. Tiene que haber un modo, sí...

Una vez limpia la mesa y quitados los platos, Enriqueta volvió a aplicarse a la costura. El sol vespertino estaba muy bajo sobre la tranquila calle. Era una escena tan pacífica y estable como la que cualquier mujer pudiera contemplar. Millones de mujeres presenciaban escenas análogas en muchísimas pequeñas villas de toda América. Allí esperaban pasar sus vidas, criando a su hijos y atendiendo a sus nietos. Pero Enriqueta, alzando los ojos, sabía que para ella la calle era sólo una escena momentánea. Clem deseaba que ella fuese con él, y no había camino limitado una vez que Clem lo emprendía.

A la sazón, Clem era propietario del almacén de comestibles. Después de haberse casado con Enriqueta, se lo había comprado al señor Janison y Bump era su socio con plenitud de derechos.

Clem estaba inmensamente orgulloso de Bump y, viéndolo graduado en el colegio, le trataba con algo semejante a la reverencia.

Porque para Clem era un milagro que aquel niño abandonado se hubiera convertido en un hombre joven, serio, con gafas, honrado y capaz de trabajar hasta rendirse... aunque desgraciadamente careciera del sentido del humor. Bump escuchaba cuanto Clem decía y prestaba la misma intensa atención a sus insensateces y a sus mandatos, a sus sueños y a sus cálculos. Ofrecía consejo sólo si Clem lo pedía, lo que ocurría a menudo, y procuraba mostrarse ofendido si Clem no lo seguía. Clem era un individuo de arraigadas convicciones y a su manera egoístamente altruista. No prestaba atención a plan alguno en beneficio de la humanidad, salvo al suyo. Estaba más convencido que nunca de que todo gobierno fracasaría mientras a cada ciudadano no se le diese primero un régimen continuo de comidas suficientes. Añadía que resolver esto estaba en manos de casi todos los gobiernos y lo predicaba como un evangelio.

Con Bump, siempre provisto de cuaderno y lápiz, al lado, Clem recorría el país en

uno de los más primitivos coches «Ford». En aldeas y lugares apartados, donde se pudrían las cosechas porque los granjeros no eran servidos por los ferrocarriles, encontraba medios de conducir las vituallas en coches de alquiler, carromatos y, con el tiempo, en camiones hasta los ferrocarriles o mercados. Establecía sus lonjas donquiera que había compradores y comida suficientemente cercana para ser trasladada al lugar donde se requería. Llegaban viajeros y montaban grandes y horribles armazones en medio de las tiendas de los obreros emigrantes, y también en los barrios míseros de las grandes ciudades. Algunas de las instalaciones eran permanentes, otras se reducían a inmensas barracas de chapa ondulada, listas para desmontarlas cuando la gente se trasladase de allí.

A pesar de sí mismo, Clem empezaba a ganar dinero. Algunas veces miraba a Bump con el entrecejo alzado y le tendía media docena de cheques a través de la gran mesa de pino, en la trastienda del almacén, convertida en despacho central.

—Más dinero para el Banco, Bump. Tendré que pensar algún modo de gastarlo. Me basta con lo suficiente para montar el próximo mercado, pero los fondos crecen sin cesar. Creo que voy a tener que empezar con el resto del mundo.

En aquel instante, una añoranza soterrada, hecha rescoldo, convirtiéndose en llama. Con el dinero que iba acumulando volvería a China al fin. No deseaba permanecer allá, no. No quería sino retornar para andar por las calles polvorientas, entrar en casa de Fong, y ver las tumbas de sus padres y hermanas.

Porque Yusan, ya recobrado el dominio del inglés, le había escrito hacía mucho diciendo que su padre había ido en secreto a buscar los cadáveres, enterrándolos en su propio cementerio familiar, en las colinas exteriores de la población, al occidente... En dos pesados ataúdes chinos, en cada uno de los cuales una niña acompañaba a uno de sus progenitores y de los que se habían sellado las tapas, el señor Fong, mintiendo a los guardias de las puertas de la ciudad, fingió que los muertos eran su mujer y su hermano, fallecidos a causa de una fiebre contagiosa, y dio tierra a los llagados cuerpos.

Clem no sólo quería ver las tumbas de sus amados muertos, sino también las caras de los vivos, amistosas y afables tal como las recordaba. Y entonces una secreta carga en la que no había querido pensar se alejaría de él. Ya no sentiría la nostalgia de país alguno.

Pero no se iría sin Enriqueta. En un viejo «Ford» reconstruido de modo que pudiera remontar igualmente las cuestas de la Virginia Occidental y las arenas de Nebraska, salía solo y pasaba semanas enteras. Pero no le importaba mientras su mujer y él estuvieran en el país. Mas no acertaba a pensar que los separase el océano.

Un día de fines de noviembre leyó una noticia en el periódico local, único que compraba. No había ninguna titular extensa, ni siquiera estaba la nueva en la primera página. Mas era una información cuya importancia nadie, salvo él mismo, podía comprender en la población, ni en el estado, ni quizás en la nación entera. La emperatriz de China había muerto. Aquello bastaba para cambiar el ambiente de la

vivida memoria de Clem.

Sentado sobre, un barril, leyó y releyó la noticia. Había muerto al fin aquella mujer espléndida y malvada, cuya leyenda ella misma había incubado como monstruoso y policromo pájaro de presa. Pensando en ella desaparecida, en Pekín libre de su presencia, en su palacio vacío, cayeron las ligaduras que sujetaban el corazón de Clem. Sus padres y sus hermanitas estaban vengados. No pensaría más en ellos. El pasado había concluido para él.

Y viendo aquellos cheques ante sus ojos, pensó que había llegado la ocasión de ir a China.

—¡Bump! —exclamó—. Encárgate de esto. Yo me voy a mi tierra.

Bump asintió. Los jóvenes empleados miraron a Clem. Pero él no veía nada. Dirigióse a su casa a su paso vivo, de trote, y abriendo la puerta frontera, gritó:

—¡Monina, vamos a China!

La voz de Enriqueta llegó lejana, desde el patio posterior, donde estaba recogiendo ropa puesta a secar en las cuerdas:

—Muy bien, Clem.

Balanceándose en un tren que corría al norte de Nankín, Enriqueta se entregaba a la nostalgia. Clem, meditando, miraba a través de las ventanillas del reducido departamento. Era consolador contemplar los buenos campos verdes de coles, y de trigo primerizo de invierno. Los chinos sabían alimentarse. Su estómago, siempre presto a la protesta, se suavizó. Clem se volvió a Enriqueta...

—¿Verdad, monina?

—¿Verdad qué? —dijo ella con un pliegue en sus labios graves, que era para él una sonrisa.

—Que cuando lleguemos a Pekín iremos a uno de aquellos restaurantes mahometanos para comer una buena cantidad de carnero hervido. Apuesto a que me sentará bien.

—Si crees que te sentará bien... —respondió ella.

Hacía semanas que no recibían correo, pero Enriqueta presumía que en aquella época del año sus padres estarían en Pekín, donde pronto podría encontrarlos.

Su comportamiento con ellos dependería de cómo acogieran a Clem. Sabía que su padre se mostraría amable porque su naturaleza y su religión le compelián a ello, pero no acertaba a predecir las reacciones de su madre.

Para prepararlos, les había telegrafiado desde el mediocre hotel donde paraban en Shanghai. Y mientras esperaban que les llevaran la ropa lavada que habían confiado a las lavanderas del hotel, aguardó Enriqueta un telegrama que no llegaba.

Veinticuatro horas bastaron para el lavado, pero un celoso planchador almidonó el cuello de Clem, en términos que la delgada garganta de éste no soportaba y hubo que quitar el almidón otra vez. El lavandero se declaró incompetente para planchar cuellos sin almidón y Enriqueta, pidiendo prestada a un criadito una plancha de

vapor, se pasó un día planchando, mientras Clem erraba por las calles de la ciudad china.

Al día siguiente marcharon sin esperar el telegrama. El padre de Enriqueta podía estar en uno de sus viajes de prédica y acaso, entretanto, su mujer hubiera ido a hacer visitas en Tientsin.

Pero en Nankín llegó un telegrama a manos de Enriqueta. Procedía del hotel de Shanghai y era indignante en su concisión:

«El doctor Lane y su esposa han marchado a los Estados Unidos».

—¿Por qué será? —preguntó ella a Clem.

Él respondió:

En Pekín nos lo dirán. Hemos viajado más de prisa que los correos, monina.

Y sentándose en su departamento, contemplaron el paisaje. Las ondulosas colinas iban trocándose en las grises planicies del norte.

Clem estaba insólitamente silencioso. Su mujer comprendió que al fin él estaba enfrentándose con sus recuerdos. Los dos eran muy tiernos uno con el otro, se preocupaban mutuamente de sus menudas comodidades y de vez en cuando se miraban y sonreían sin hablar cuando les saltaba a los ojos alguna escena o sonido muy conocidos: un mofletudo niño descalzo en una senda, la nota clara y triste del gongo de un ciego... Ella no preguntaba a Clem cuáles eran sus pensamientos y retrocedía ante toda intrusión y ante todo amor para no entremeterse en la gravedad de su esposo.

El país se tornaba más pobre según iban hacia el norte. Los campesinos, cuyas casas habían sido saqueadas por los bandidos, se hacinaban en los andenes pidiendo limosna. Reunidos en grupos, alzaban los brazos y tenían un aspecto semejante al de una colección de jarros rotos mientras gemían al contar los desastres que les habían acaecido. Unas pocas monedas caían por las ventanillas de los coches de segunda y tercera. Una vez ella sacó las manos llenas de billetes menudos y vio una increíble alegría en los rostros de aquellas gentes.

—¡Americanos, americanos! —gritaban, suplicantes.

—Me alegro de que hayas hecho eso, monina —dijo Clem.

—Es inútil de todos modos —respondió Enriqueta.

Y, levantándose, fue al coche salón. No acertaba a permanecer quieta. De espaldas a la ventanilla, a la aldea arruinada, a los campesinos mendicantes, un joven chino ataviado con una larga túnica de brillante seda de brocado azul examinaba un ejemplar de uno de los periódicos de Guillermo.

Enriqueta se preguntó cómo habría conseguido el chino aquel periódico, pero no osó preguntarlo. Indudablemente algún viajero americano lo habría dejado en un hotel, y el joven lo habría recogido ansiosamente, como hacían todos con los periódicos americanos.

Se acercó a él. Pasados unos minutos, el chino señaló las fotografías.

—¿Es éste su país?

—Sí —dijo ella—. La tierra de mis antepasados.

—¿Cómo habla usted chino?

—Viví aquí siendo niña.

—¿Y cómo ha vuelto usted, pudiendo estar en su tierra?

—Allí no es todo como usted lo ve.

—Pero esto, ¿es verdad?

Y los ojos del joven se fijaban en grabados de ricos interiores de casas de millonarios, en grandes automóviles, en vastos graneros y maquinarias que él no acertaba a comprender.

—Esas cosas se encuentran allí —admitió ella.

Hubiera querido explicarle que en América era verdad todo, tanto lo que allí se veía como lo que no se presentaba. Pero comprendía que era inútil empezar, porque él creería sólo en lo que tenía ante los ojos. Entonces Enriqueta comprendió que Guillermo hacía aquello deliberadamente y que nunca en sus periódicos habría nada más que lo que él quisiera que la gente viese o leyera. Así, nadie conocería nunca realmente a América y para ella lo mejor de América no estaba allí, porque no consistía lo mejor en las riquezas, en el esplendor, en los graneros repletos y en las máquinas.

Como no quería hablar más con el joven, se levantó y volvió a su pequeño departamento. Clem se había dormido y su cabeza oscilaba sobre su delgado cuello. Una aterrada mirada de ternura llenó el corazón de la mujer. Clem era demasiado bueno para vivir mucho. Un santo y un niño... y luego se consoló. Seguramente la bondad de Clem era la misma de millones de hombres americanos corrientes, ricos o pobres, y Clem realmente no era rico, porque no sabía gozar de las riquezas, salvo para emplearlas en sus sueños de alimentar a la gente. A él le gustaba su sencillo lecho de bronce, en su casa, aunque rechinaba y se le clavaban a veces los alambres del colchón de muelles, y seguía creyendo que una mecedora constituía el asiento más cómodo que un hombre podía inventar. Era angosto y limitado y en algunos sentidos ignorante, pero toda la belleza de América estaba en él, porque hablaba a todos exactamente de la misma manera, y nunca se le ocurría comparar a dos hombres entre sí, ni siquiera con él.

Ella se sentó a su lado. Suavemente le ciñó con el brazo e hizo que su cabeza descansase en el hombro de ella. Clem no despertó.

En Pekín, Clem continuó taciturno. Contra su voluntad, el horror de los antiguos recuerdos volvía a él. Allí había sido un niño paria, no respetado por los americanos ni por los chinos, a causa de la fe y la pobreza de su padre.

Por casualidad, el hotel donde se alojó con Enriqueta estaba en la misma calle donde tuvo su pendencia con el hijo del panadero, y donde Guillermo había descendido de la *riksha* particular de su madre.

Clem, diez minutos después de entrar en su cuarto, señaló a Enriqueta el lugar

exacto del lance y por primera vez le contó su historia. Escuchándole, ella discernió, mediante aquella intuición suya que solamente respecto a Clem operaba, que el antiguo disgusto aún se agitaba en él.

Guillermo era un muchacho aborrecible.

Clem movió la cabeza. No le gustaban los juicios.

—Me parece que yo debía de ser un tipo poco recomendable... —Y prescindiendo de sí mismo, añadió—: Me parece, monina, que debemos ir a preguntar por tus padres.

Salieron del hotel y anduvieron por la ancha calle, seguidos por clamorosos conductores de *rikshas* que se sentían defraudados en su derecho a ganarse la vida cuando dos extranjeros iban a pie.

—Yo había olvidado cómo son los pobres —dijo Clem—. Creo que nunca lo supe antes de llegar yo mismo a verme tan pobre.

—Ésta es la puerta de servicio del *compound* —advirtió Enriqueta—. Yo solía salir por aquí para comprar rollos de carne caliente y pan de sésamo.

Entraron por la puertecilla y se dirigieron, a la fachada de ladrillo de la cuadrada casa misional.

—Una vez estuve aquí —dijo Clem—. Todo me parece más pequeño.

La casa estaba cerrada, pero un portero corrió hacia ellos.

—¿Dónde está Lao Li? —preguntó Enriqueta.

El portero se inclinó, sonriente.

—Se ha vuelto a su pueblo. ¿Cómo lo conocía?

—Porque me he criado aquí —dijo Enriqueta—. Soy la hija mayor de los Lane. ¿Dónde están mis padres?

El portero se inclinó, sonriente.

—Han vuelto a su país, hermana mayor. Su honorable padre se ha puesto delgado y enfermo. Ha ido en busca de su hijo mayor, que ahora es hombre rico y grande en América.

—¿Es posible? —murmuró Enriqueta, hablando a Clem.

—Ya lo ves, monina... ¿Volvemos?

Ella, tras un momento de meditación, habló:

—No... Ya que estamos aquí... ¿Acaso les pedí que me esperaran, Clem? Ciertamente que no. Además, mamá habrá ido directamente a ver a Guillermo y no a mí.

Clem escuchó esto sin contestar y los dos se alejaron. El tranquilo *compound*, florecido por la primavera, era como una isla aislada y olvidada en el centro de la ciudad. El único signo de vida lo daban dos mujeres y un niño que, al extremo del pradillo, se ocupaban en coger trébol y bolsa de pastor para acrecer su comida de aquella noche.

—Todo parece muerto —dijo Enriqueta.

—Y lo está, monina —replicó Clem—. En cierto modo toda esta vieja vida ha

muerto y lo que sobrevive no lo sabe... ni tu padre siquiera, tal vez... ¿Vamos a ver a los Fong?

El señor Fong había prosperado durante los años de la guerra civil. Apartado de las maniobras políticas de los militares y sin hacer caso de los tumultos callejeros de los estudiantes, había ido almacenando en su librería otras cosas que la gente deseaba comprar, como hilos y agujas, hilados de lana brillantemente coloreados, platos, relojes, chalecos y calcetines de punto, zapatos de cuero y guantes de invierno, libritos de notas, estilográficas, zapatos de tenis, lápices y botellas de goma para el agua caliente. La mayoría de sus géneros procedían del Japón y esto le desasosegaba un poco, porque los estudiantes jóvenes a menudo asaltaban las tiendas, apilaban las mercancías, les prendían fuego y pegaban carteles en las puertas diciendo que aquel comerciante era un traidor, amigo de los japoneses.

Cada año, el señor Fong hacía dos sigilosos viajes al Japón para comprar mercaderías, y, tras de consultar con los negociantes nipones con quienes hacía tan provechosos tratos, había acordado con ellos que en lo sucesivo sus géneros llevaran la inscripción «Made in USA».

Con ese objeto, una poblacioncita del Japón había sido llamada Usa. Y Fong seguía prosperando sin tener sensación alguna de pecar, ya que consideraba que la guerra era insensata e incomprensible para los comerciantes. En otro sentido, tenía mucha paz de ánimo, porque su familia compartía su riqueza y prosperidad y su hijo mayor continuaba progresando en el inglés que Clem le enseñara tanto tiempo atrás.

Yusan era a la sazón un joven alto, casado ya con una muchacha que sus padres le habían escogido y que inmediatamente había quedado embarazada.

Un fresco día de principios de primavera, Fong estaba pensando que el mundo sería enteramente bueno si los políticos y los estudiantes fuesen arrojados al mar. Crecía su contento al aspirar el grato olor del azúcar caliente que su esposa mezclaba para preparar unos bollos, con ayuda de su hija mayor, ya comprometida con el hijo de un tratante en granos. Los hijos menores de Fong, Yuming y Yuwen, jugaban con piedrecillas en el patio, porque habían empezado las vacaciones de la Presencia de la Primavera.

A aquel agradable hogar llegaron Clem y Enriqueta. Abrió la puerta Yuwen, nacido después de la marcha de Clem. Pero el americano se había convertido en una leyenda entre los Fong, y Yuwen, reconociéndole, lo acogió con alegre sonrisa. Dejó la puerta entornada y corrió a decir a su padre que el señor Mei había vuelto. Fong, dejando la pila, dio una voz a Yusan, que estaba en la parte de la casa que le correspondía, y se apresuró hacia la puerta.

Saludó a Clem extendiendo las manos.

—¡Has vuelto, has vuelto! —balbuceó—. ¿Es ésta tu mujer? Entrad, entrad... ¡Habéis vuelto!

—He vuelto —dijo Clem.

Y, con Enriqueta a su lado, penetró en aquel fragmento del viejo mundo de su niñez y aspiró de nuevo los familiares olores de un hogar chino, mezcla de carnes dulces, incienso y velas de sebo de vaca. También se notaba el ligero hedor de orina indicador de que Fong no se había modernizado y salía, cuando lo necesitaba, a evacuar en la calle, junto a su puerta. Olían las paredes a cal, las vigas a madera vieja y el patio a losas húmedas. Todo era lo mismo. Había crecido más el granado y las doradas del cuadrado estanque parecían muy grandes y gordas, bajo el sol.

Clem miró el estanque, tan superficial.

—¿Los mismos peces?

—Los mismos —dijo el señor Fong—. Aquí todo es lo mismo.

Un alarido los hizo volverse. La señora Fong llegaba corriendo a través de las puertas abiertas de la estancia central.

—¡Has venido, has venido!

Tomó entre las suyas las manos de Clem.

—Es como mi hijo —declaró a Enriqueta.

Y su rostro fingía una red de sonrientes arrugas.

—A ésta debe usted considerarla como su nuera —dijo Clem—. Es la hija del maestro Lane.

—¡Buen hombre, buen hombre! —exclamó Fong.

Yusan apareció y él y Clem se estrecharon las manos al modo extranjero. Luego Yusan puso la suya sobre la de Clem.

—A menudo —manifestó— hemos pedido a los dioses que volvieras.

Y añadió, dirigiéndose a Enriqueta con gran cortesía:

—Mi íntima pide que pases para conocerte. Está ahora grávida con nuestro primer hijo y no le gusta presentarse ante hombres a quienes no ha visto nunca.

—Ven conmigo —dijo la mujer de Fong.

Enriqueta cruzó bajo el alto dintel de madera.

—Sentémonos al sol —propuso Fong a Clem—. Contigo no tengo por qué ser cortés. Yuming, Yuwen, no estéis ahí mirando como pasmarotes. Traed té y merienda.

Los tres hombres se acomodaron en el patio, en unos taburetes de porcelana, y el señor Fong miró cariñosamente al que había regresado.

—Estás muy delgado —dijo a Clem—, tienes que comer más.

—Tengo el estómago flojo, hermano mayor —dijo Clem.

—Entonces es que algo te preocupa —respondió Fong—. Dime lo que es. No te conviene agitarte.

Y así invitó a Clem a que hablara, como siempre lo hacía, antes o después, de su esperanza de vender comida barata incluso en China.

Fong y Yusan escuchaban. Yusan no hablaba nunca antes que su padre. Fong dijo:

—Lo que has aprendido rebasa las capacidades de cualquier hombre. No me maravilla que tengas el estómago débil y estés tan delgado. El hombre sabio mide su habilidad particular y procura no rebasarla. Lo que estás haciendo es más que lo que



un rey puede hacer y ciertamente más de lo que hizo la anciana emperatriz. En cuanto a los hombres nuevos, que tenemos ahora, no piensan en cosas tales como alimentar al pueblo.

—¿Son peores gobernantes que la vieja? —preguntó Clem.

El señor Fong miró a los cuatro puntos cardinales y luego al vacío cielo. Acercó después su asiento a Clem y le cuchicheó al oído:

—En los antiguos días sólo teníamos ciertos gobernantes. Había la vieja Buddha, y en cada provincia el virrey, y después los magistrados locales. Cada uno participaba en las ganancias. Pero ahora surgen por doquier gobernantes minúsculos. Hay el hombrecillo tal o el hombrecillo cual, y todos obran en nombre del gobierno y todos quieren dinero. Estamos peor que antes.

Los dos muchachos llegaron con una criada vieja. Traían té y unos bollos recién hechos.

—Come —dijo Fong—. Aquí estás en paz y tu estómago no dirá nada.

Hacía años que Clem no había probado una rica carne endulzada, y repentinamente sintió ansia de aquellos bollos de su niñez. Cogió uno y lo paladeó lentamente, bebiendo té caliente a cada bocado.

—Cuando se come cerdo caliente y azúcar —dijo Fong—, el té debe envolver la comida... También cuando se comen cangrejos hay que beber vino.

Clem dijo:

—Es curioso que yo sienta aquí una paz que no encuentro en sitio alguno. A pesar de las guerras y de los nuevos gobernantes, en esta casa encuentro la paz.

El idioma chino le acudía fácilmente a la lengua. Hablaba con la antigua fluidez y facilidad. Sus pensamientos se expresaban en blandos y ricos sonidos vocalizados, con tonos que alternativamente se elevaban y descendían.

—Estamos en paz aquí —asintió Fong—. Las perturbaciones externas no tienen nada que ver con nuestra paz interior. Quédate con nosotros, vive aquí y te haremos sentirte a gusto.

En un rincón, Yuming y Yuwen comían gustosamente sus bollos delante de un perro muy gordo, que olfateaba y parpadeaba con sus redondos ojos marmóreos, aspirando la fragancia de las deliciosas vituallas, fragantes y calientes. A ninguno de los dos muchachos se le ocurría compartir su bollo con el perro. Dar a un animal comida hecha para seres humanos hubiera sido una locura, y los Fong no cometían locuras. Una recia y antigua sabiduría los informaba. Clem miraba, muy descansado, aunque no por eso dejaba de sentir todo lo que gravitaba sobre su conciencia. Era dulce la paz y dulce no encontrar cambio alguno. En aquel lugar del mundo no se había modificado nada.

En el pequeño cuarto central de los tres que el señor Fong cediera a su hijo, Enriqueta se sentó entre la esposa de Fong y Flor de Jade, esposa de Yusan. Cada una de las chinas le había cogido una mano y, acariciándosela gentilmente, le hacían preguntillas íntimas.

—¿Cómo es que no tienes hijos? —inquiría la señora Fong.

—Nunca me he quedado embarazada —repuso Enriqueta.

Había temido al principio no acordarse del idioma chino, pero le bastaba para acordarse ver aquellos rostros de mujeres chinas. Una cosa cálidamente delicada, la antigua humana comprensión que ella recordaba tan bien y había echado tanto de menos, la enlazaba con aquellas dos mujeres.

La señora Fong exclamó, compasiva:

—Y entonces, ¿qué harás tú por él?

«Él» significaba marido. La señora Fong era hartamente educada para usar la palabra.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó Enriqueta.

La anciana se acercó más a ella.

—Tenéis que fortaleceros. Estáis los dos muy delgados. Quedaos con nosotros y yo os alimentaré con azúcar moreno y morcilla de sangre. Es cosa muy buena para las mujeres jóvenes que no quedan pronto embarazadas. Cuando lleves un mes con nosotros, te garantizo que quedarás encinta. En menos tiempo que ése quedó la mujer de mi hijo.

—En catorce días —dijo Flor de Jade con vocecilla menuda, conteniendo una risita.

La señora Fong frunció el entrecejo. Y luego, sonriendo, volvió a cuidarse de Enriqueta.

—¿Llevas más de un año casada?

—Mucho más.

La anciana pareció alarmarse.

—No debíais haber esperado tanto. Debisteis venir antes con nosotros. ¿No saben en tu país cómo se hacen las cosas?

—Acaso no tengan muchos deseos de hijos —replicó Enriqueta.

No podía explicar a aquella mujer, toda maternidad, que Clem era su hijo tanto como marido, y que a ella no le importaba no tener hijos porque no deseaba dividirse. La señora Fong no la hubiera comprendido. ¿No era por el bien del hombre por lo que una mujer concebía hijos?

—Quizá valga más que él tome una segunda esposa y así tendréis hijos los dos —opinó la señora Fong.

—En nuestro país no se permite eso —repuso Enriqueta.

La señora Fong abrió mucho los ojos.

—¿Pues qué otro remedio les queda a las mujeres sin hijos?

—Se pasan sin ellos —dijo Enriqueta.

Flor de Jade soltó un gritito.

—¿Y él qué dice?

—Es muy bueno conmigo —respondió Enriqueta.

—Muy bueno debe de ser —convino la señora Fong.

Y, volviendo a acariciar la mano de Enriqueta, dijo:

—Pero no es prudente contar con la bondad de nuestros hombres. Hermanita, bebe azúcar moreno con agua caliente y yo mataré un ganso y te haré una morcilla de sangre. ¿Podrás —y miró a Enriqueta—, con tal de tener hijos, beber la sangre fresca y caliente?

—No puedo —se apresuró a contestar Enriqueta.

—Pues yo lo hice —aseveró Flor de Jade—. La bebí un día y en seguida tuve felicidad en mí.

La señora Fong miró con ceño a su nuera y sonrió a Enriqueta.

—No la hemos de obligar —manifestó—. Todas las mujeres no son iguales. Algunas no pueden beber sangre, ni siquiera tener hijos. Si la beben, la vomitan. Haré una morcilla con ella. Dos o tres morcillas, una para cada día. Y luego veremos, veremos...

Y acarició la mano de Enriqueta.

—Te preocupas demasiado sin motivo —dijo el señor Fong.

Llevaban varios días en Pekín, viviendo en casa de la familia Fong. Clem digería sin dificultad y tenía más paz mental que había tenido en muchos años.

—¿De qué me preocupó? —dijo.

Estaban en la sala familiar. Un cuarto cómodo, algo raído, no muy limpio, donde entraban y salían perros y donde los gatos se instalaban en las zonas caldeadas por el sol. Llegaban los niños de los vecinos para mirar como pasmarotes a los americanos, y la señora Fong se afanaba de un lado a otro. Enriqueta estaba deshaciendo un viejo chaleco de punto destinado a una chaquetita y un gorro para el nieto de los Fong, que estaba a punto de nacer.

El señor carraspeó, escupió en un trozo de papel de estraza y lo tiró debajo de la mesa.

—¿Crees que tú, un hombre solo, puede alimentar al mundo entero? Es un sueño peligroso. Sólo te sirve para provocarte las molestias de estómago de que me hablas. Nada es más arriesgado para un hombre que imaginar que puede hacer el trabajo de todos.

Clem sintió que se le ponía carne de gallina al escuchar tal crítica. Estaba secretamente orgulloso de su sueño, que tanto había procurado realizar. Siendo en el fondo un hombre sinceramente modesto, tenía, con todo, ese orgullo que el modesto experimenta cuando se ve a punto de conseguir algo.

El señor Fong, vestido con una antigua toga de seda negra, descolorida ya y desplegada por los ribetes, comprendía perfectamente los sentimientos de Clem. Mirándole sobre sus gafas de bronce dijo, subrayando las palabras con los movimientos de su índice:

—Es presuntuoso que el hombre se considere un dios. La cabeza que mucho se yergue, aunque sea con buena voluntad, pronto es cortada. Cada uno debe atender a lo suyo. Fuera de eso no hay responsabilidad alguna.

Cogió un gato que allí cerca estaba y lo suspendió, incómodamente para el animal, por el vientre.

—Este animalito es ciego. Yo no doy de comer a gato alguno, ni siquiera a éste. Están aquí para coger ratones. Pero los demás gatos traen cada día un ratón, por lo menos, a este gato ciego.

El viejo gato, molesto por la forma de sujetarlo, arañó a su dueño con las patas traseras y delanteras, y maulló. Inmediatamente, tres gatos penetraron en el cuarto y miraron suplicantemente a Fong. Éste soltó al gato viejo y se limpió la sangre en la túnica.

—Sírvase seguir instruyendo a mi marido —dijo Enriqueta—. Yo deseo que viva muchos años.

El señor Fong inclinó la cabeza. Era mucho más viejo que Clem y sabía que podía decirle muchas cosas. En cambio, nada de lo que Clem decía le impresionaba a él. Yusan, como más joven que ninguno, escuchaba con deferencia, pero no deseaba desempeñar el papel que Clem se obstinaba en atribuirle.

«Yo procuraré que mi familia coma y también los que de nosotros dependan, pero nada más».

Tal era la conclusión de Yusan. Aquellos días andaba continuamente de la tienda a la casa, anheloso de oír algún penetrante chillido, en los tres cuartos que eran su hogar en aquella casa, y las preocupaciones de los demás le dejaban, en su paternidad, frío.

Una tarde Clem paseaba con Enriqueta por la muralla de la población. Desde aquella altura divisaban los tejados de las casas y los verdes árboles de los patios. Paróse y miró el vasto rectángulo de la ciudad.

Los tejados de los palacios brillaban bajo el sol de otoño. Los remates de los templos eran de un egregio azul.

—Me parece que Yusan no comparte mis ideas —dijo con tanta tristeza que atrajo la dispersa atención de su mujer.

—¡Bah! —Consolóle ella—. No parece que haya muchos hambrientos aquí. Será por eso... Hasta los mendigos están gordos.

Amaba a Clem con toda la fuerza de su naturaleza, pero nunca había compartido su sentido misional. Acaso debiese esto a aquella ciudad donde había pasado los años de su niñez y donde había aprendido desde muy pronto que las mujeres eran de muy poco valor. Lección que convenía aprender temprano, porque debía durar toda la vida. Nada en América le había enseñado cosa alguna más, ni diferente. Ella era útil a Clem y, mientras él la necesitase, su femenina vida tendría un significado.

—Me gustaría hablar a Sun Yatsen —dijo de repente—. Creo que él me comprenderá si charlamos un rato.

—¡Cualquiera sabe donde está! —observó Enriqueta.

Clem meditó.

—Creo que Yusan lo sabe.

—Pues pregúntaselo —indicó Enriqueta.

Pero Clem decidió preguntárselo al señor Fong. No creía que hubiese secretos entre padre e hijo.

Fong le escuchó con calma.

—Aún no está el tiempo maduro para que Sun Yatsen vuelva —dijo.

—¿Por dónde anda? —preguntó Clem.

—Acaso en Europa, acaso en Malaya... Está reuniendo sus fuerzas.

—Pero ¿no se halla en China?

—Claro que no —dijo Fong, con firmeza.

Clem no habló. Reinaba en Pekín una atmósfera expectante, ni ansiosa ni tensa. El imperio había desaparecido en todo, salvo nominalmente, y la gente no sabía lo que vendría después. Pero había paz. Nunca los chinos habían contado con sus dirigentes y sus gobiernos. En su interior conocían la autodisciplina. Los padres mandaban en los hijos y los hijos no se rebelaban. Todo estaba en orden y seguiría estándolo mientras se mantuviese la relación debida entre las generaciones. Y el pueblo vivía y gozaba de la existencia.

La insólita relajación mental de Clem se convirtió en inquietud. La paz del hogar de los Fong comenzó a gravitar sobre él. Había nacido un nieto, afortunadamente varón, y Yusan quedó inmediatamente absorbido por su paternidad. El anciano señor Fong se envanecía de ser abuelo. Clem y su mujer podrían haberse quedado allí el resto de sus vidas, pero estaban convirtiéndose meramente en dos miembros más de la familia.

La estancia allí terminó el día en que el señor Fong y Yusan alquilaron cuatro *rikshas* y llevaron a Clem y a Enriqueta a las tumbas de las colinas, extramuros de la ciudad. La visita se había aplazado muchas veces, porque Fong decía que Clem no debía sufrir disgusto alguno hasta que se le normalizara la digestión. Repentinamente, decidió escoger cierto día para la visita. Yusan se lo contó a Clem la noche antes.

—Hermano mayor, mi padre ha preparado la visita a la tumbas de tu familia. ¿Te parece bien mañana?

—Estoy dispuesto —dijo Clem.

Salieron y una hora de camino los llevó ante dos altas y puntiagudas tumbas. Clem inclinó la cabeza mientras Fong y Yusan arrojaban al suelo varillas de incienso y las prendían fuego. Enriqueta recogía flores silvestres y las depositaba sobre los hierbajos. No hubo más plegarias. Clem tomó la mano de Enriqueta y ambos permanecieron juntos unos minutos, él recordando con triste gravedad lo que hacía tanto tiempo había ocurrido y ella consolándole.

Cuando volvieron a las *rikshas*, Clem, acercándose al señor Fong, quiso expresarle su gratitud.

—Ha cuidado usted las tumbas de mis parientes como si fuesen las de su propia familia.

—¿No somos todos, bajo el cielo, una sola familia? —repuso Fong.

Pero bien percibía la desazón de Clem. Un día le invitó a entrar en su despachito privado, un cuarto cuadrado y pequeño detrás de la tienda, con cerrados anaqueles en los que se guardaban los libros de cuentas de los quinientos años de ejercicio comercial de la familia Fong.

El señor Fong cerró la puerta cuidadosamente y señaló un asiento a Clem. Luego, abriendo un cajón del escritorio, sacó una hoja de papel en que se veía una dirección trazada con pincel en caracteres chinos.

—Vete aquí —indicó Fong— y encontrarás al que buscas. Dile que yo te envío y si te pide más pruebas descríbele este cuarto. Él se ha sentado en la misma silla que tú ocupas.

Clem miró el papel. Llevaba unas señas de San Francisco.

—Más vale que vayas en seguida —agregó el señor Fong—. Él va a volver pronto. Este mismo mes sucederá algo en esta ciudad. Tanto si fracasa como si triunfa, él regresará. Si triunfa, tomará el poder. Si fracasa, vendrá a confortar a sus partidarios.

Clem se levantó.

—Gracias, hermano mayor —dijo al señor Fong—. Espero poder recompensarle por su fe. Confío en que él me escuche.

Al día siguiente salió de Pekín. Enriqueta le acompañaba, aunque no comprendía los motivos de tan rápida marcha.

—Ya te lo explicaré, monina —decía Clem—. En cuanto tenga tiempo.

No hubo tiempo hasta que Clem se halló en el mar. En Shanghai gastó el dinero con la esplendidez que le permitía su riqueza para conseguir literas en un buque que partía al amanecer siguiente al día de su llegada. Era capaz de regatear el precio de un abrigo y nunca había llevado en su vida un traje a medida, pero cuando se trataba de conseguir lo que deseaba, creía que el dinero se había hecho para gastarse. Consiguieron su propósito y Clem, estudiando el itinerario, buscó la ruta más rápida de Vancouver a San Francisco.

—Con el tiempo volaremos, monina —dijo Clem a su mujer—. Espero verlo antes de morir.

—Supongo, claro, que volaremos al cielo —dijo Enriqueta con una sonrisilla.

—Bastante antes —repuso Clem—. Molesto sería para muchos tener que esperar a volar al cielo.

Casi a regañadientes, al segundo día explicó a Enriqueta por qué deseaba ver a Sun Yatsen.

—Va a volver a China ¿sabes? Tengo la certeza íntima de ello. Esa gente está esperando alguien que los salve y él ha surgido del modo que surgen siempre los salvadores. Salen como si fuera de la tierra ¿eh? Dan una idea, una gran idea, y con ella basta. La idea de Sun es dar al pueblo de China un gobierno propio. Y lo hará si consigue que crean en él. La gente, monina, necesita tener fe. Él también la tiene.

Todo el que hace algo necesita tener fe en una gran idea. Así, voy a hablarle y a decirle que si da comida a la gente tendrán fe en él. ¿Cómo efectuarlo? Unos hacen de una manera; otros de otra. Pero nadie sigue a un tercero si éste no les da comida. Acordémonos de Jesús y de los panes y los peces.

Se apoyaba en la barandilla, de espaldas al mar. Enriqueta se recostaba en una silla extensible que él había colocado junto a un bote de salvamento en la cubierta superior, lejos de todos, como a ella le gustaba. Entornando los párpados, miró a su marido y le pareció, viendo sus ojos, aquel día muy azules, que el mar brillaba a través de sus pupilas. El color de los ojos de Clem era el barómetro de la magnitud de sus esperanzas. Cuando estaba muy esperanzado sus ojos eran de un intenso azul marino y cuando abatido, como le pasaba a veces, se tornaban casi grises.

—Te escucharé —dijo Enriqueta—. Estoy segura de que te escucharé.

El tren de Vancouver llegó a San Francisco poco antes de ponerse el sol. Clem dejó en la estación a Enriqueta.

—¿Verdad que irás sola al hotel, monina? Toma un coche de alquiler y mete en él el equipaje. Creo que la «Cliff House» está muy bien. Espérame allí. No salgas sola.

Clem tenía la obsesión de que Enriqueta no debía salir sola después de oscurecer, porque podían molestarla.

—Más vale que me expliques adónde vas —dijo Enriqueta—. Si no vuelves, conviene que sepa dónde has ido a parar.

—Sí volveré —dijo Clem—. Yo creo que todos los chinos me conocen.

Se apartó, presuroso, y saltando a un coche de plaza, dio instrucciones. Y se sentó, muy inclinado hacia delante, mientras el cochero guiaba a lo largo de calles de irregular pavimento.

Clem iba a buscar al chino en una de las miserables barracas erigidas entre las ruinas del antiguo Barrio Chino después del gran incendio. La vieja y sombría ciudad dentro de una ciudad; el barrio pequeño y engastado como una gema en el corazón de San Francisco; las bulliciosas calles angostas que eran el centro de una vida china trasplantada y fomentada por generaciones consecutivas de añorantes chinos, habían sido arrasadas. Los que quedaban vivos habían improvisado albergues como podían y andaban ofuscados, y como perdidos, por las calles. De las cenizas no brotaban bellezas nuevas.

Pero Clem no incluía la belleza entre las necesidades vitales. Sin reparar en la circundante fealdad, despidió al carruaje y anduvo vivamente por las calles, en busca de las señas que, a fuerza de tanto leer, conocía de memoria. Hasta el olor de la vieja ciudad china se había disipado. No, no existía ya aquel aroma mixto de hierbas y vino, de sándalo e incienso, más la triste dulzura del opio y la excitante fragancia del cerdo asado, del ajo y de la pasta frita con aceite de sésamo. Se había desvanecido el son de las campanas de los templos y no había vendedores ambulantes. El estrépito de los címbalos del teatro habíase extinguido y el teatro mismo se hallaba en ruinas.

El aire nocturno olía acremente a cenizas, algas marinas y humo del carbón de los fuegos que las familias encendían fuera de puertas.

En la antigua calle de los Jugadores, con sus cancelas de hierro herrumbrosas y retorcidas, Clem encontró la dirección que buscaba. Estaba cerrada la puerta, frágil rectángulo de madera. Llamó. No le abrieron en seguida. Dentro se oía hablar.

—¡Abrid la puerta! —exclamó una voz recia—. ¿Acaso tengo algo que temer?

Abrióse la hoja y una cautelosa cara amarilla espió en la penumbra.

—¿Qué quiere usted? —preguntó la cara.

—Busco al hermano mayor —dijo Clem en chino.

Y, alzando la mano izquierda, trazó sobre la palma, con el índice de la derecha, el signo ideográfico de Sun.

—Pase —dijo la cara.

La puerta se abrió lo suficiente para dar acceso a Clem. La cabaña sólo comprendía un cuarto, dividido en dos por una cortina, y era obvio que pertenecía a un lavandero. El rostro pertenecía al lavandero también. El hombre se dirigió a una mesa en la que había ropas apiladas, y siguió planchándolas, sin prestar más atención a Clem.

Dos hombres estaban sentados ante una mesita un poco mayor que un taburete. Uno era Sun Yatsen. El otro, un americano corcovado.

Clem habló a Sun.

—Vengo de parte del señor Fong, el librero de la calle de Hatamen, de Pekín.

—Le conozco —dijo Sun con voz plácida.

—Tengo una idea que puede serle útil —manifestó Clem.

—No puedo ofrecerle asiento —advirtió Sun—. Ocupe el mío.

Levantóse, pero Clem rechazó la invitación. El lavandero aportó un tercer escabel. Clem se sentó. Sun no presentó al americano giboso.

—Continúe —dijo con su voz singularmente quieta—. En breve pienso embarcar para mi país y estos últimos días, y hasta las horas, tienen valor para mí.

—¿Son —preguntó Clem— las noticias buenas o malas?

—Malas —respondió Sun—. Estoy acostumbrado a ellas. Pero he de regresar.

El jorobado interrumpió, con voz fuerte y práctica:

—Las noticias siempre serán malas mientras no tenga usted un ejército. Ninguna revolución triunfa mientras no se tiene un ejército.

—Acaso —dijo Sun Yatsen, sin que su voz ni su rostro se alterasen.

—Yo no vengo a hablarle de ejércitos —afirmó Clem.

Se sentía desasosegado en presencia del jorobado de blanco rostro. Odiaba las intrigas y no creía necesarias las revoluciones. La gente luchaba cuando se sentía hambrienta. Entonces se desesperaba. Pero, una vez concluida la cosa, todo dependía de que los nuevos gobernantes alimentasen a la gente o no. Si no, todo empezaba otra vez.

—Quisiera hablarle a propósito de comida —dijo Clem bruscamente—. Deseo



explicarle lo que creo. Los pueblos nunca gozarán de paz permanente hasta que se les suministre comida regular y asegurada. Y he elaborado un plan que...

Inclinóse hacia delante y comenzó a hablar en chino. Así se aislaba del jorobado. Tenía la sensación de que aquel giboso era un enemigo. Su amargado rostro blanco, torturado por una vida de dolor e infortunio, rebosaba crueldad y violencia.

Pero si había creído aislarse del hombre por hablar en chino, se engañó. El jorobado atendía inmóvil, velados los ojos como si se hubiera dormido. El lavandero, planchando, escuchaba las palabras de Clem, rápidas y persuasivas.

—Cierto, cierto... —murmuraba, sin dirigirse a nadie.

Los ojos de Clem se fijaban en el semblante del revolucionario. Estudiaba su alta frente, su orgullosa boca, las anchas ventanillas de su nariz, el ancho y potente cráneo. No acertaba a saber si estaba transmitiendo o no su fe a aquel hombre.

Sun Yatsen era un oyente ideal. No interrumpía. Cuando Clem esclareció que deseaba organizar en China un medio de distribuir alimentos que garantizaran la satisfacción del pueblo, Sun Yatsen movió la cabeza.

—Sólo dispongo de determinado dinero. Puedo escoger entre un ejército que combata a los enemigos del pueblo y establezca un gobierno justo del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, o puedo, como usted sugiere, meramente alimentar al pueblo.

—Su gobierno se sostendrá si la gente come —dijo Clem.

Sun Yatsen esbozó su célebre sonrisilla, tan simpática.

—Todavía no tengo gobierno alguno. Lo primero es lo primero, amigo mío...

—La gente no creerá en usted más que si les da de comer —afirmó Clem—. Y cuando crean en usted podrá usted formar el gobierno que quiera.

—Es cuestión de puntos de vista —dijo Sun en inglés—. Una vez asentado mi gobierno, podré alimentar a la gente.

El jorobado volvió a la vida. Abrió sus ojos estrechos, de serpiente.

—Exacto —manifestó—. La fuerza es lo primero.

Clem se incorporó.

—Es una desgracia no haberle encontrado solo —dijo a Sun Yatsen—. Me parece que he fracasado. Pero usted también fracasará. Fracasaré su gobierno y se alzarán otros que le derrotarán ofreciendo comida al pueblo. Y acaso no necesiten ni darla. Puede llegar un momento en que la gente esté tan hambrienta que las promesas le basten.

Sun Yatsen calló durante un momento. Y luego, incorporándose, murmuró con la mayor cortesía:

—Gracias por su visita, señor, y por su interés por mi pueblo. Me ha emocionado usted, aunque no convencido.

Hablaba un inglés admirable, con cierto acento de Oxford. Mucho mejor que el de Clem, que se expresaba toscamente y con cierto deje propio de las llanuras de Ohio.

—Buenas noches —respondió Clem—. De todos modos le deseo suerte. No

olvide lo que le he dicho, aunque no esté de acuerdo conmigo, porque estoy seguro de tener la razón.

## VII

Candacia notaba enojado a Guillermo. Él se inclinó para besarla como de costumbre, pero ella había aprendido a conocerle después de sus años de matrimonio y advertía una glacial quietud en las espesas cejas y la firme boca de su marido.

Guillermo habló con voz formularia:

—Siento haberme retrasado.

—¿Te has retrasado?

Y bostezó discretamente, tapándose la boca con la mano.

—Yo también estoy cansada: volví tarde de la función.

—¿Una buena comedia?

—A ti no te lo parecería.

Se levantó del diván donde había estado dormitando y se acercó a la ventana. Abajo, el parque yacía en sombras, aunque salpicado de luces.

—Supongo que los niños habrán venido. Nannie los tiene fuera hasta muy tarde... Padece la obsesión del aire libre.

—En el pasillo del cuarto de los niños había una corriente muy fuerte —dijo Guillermo—, de manera que supongo que están en casa.

—¿Por qué el primer impulso de Nannie ha de ser siempre abrir las ventanas en cuanto llega?

Formuló la inútil pregunta mientras volvía a ponerse las zapatillas de raso que se había quitado para tenderse en el diván. Guillermo, acomodándose en una silla a su lado, asumió su postura característica. Juntó sus manos fuertes y morenas; cruzó sus piernas, largas y delgadas. Cualquiera que fuese la moda masculina, siempre llevaba trajes de su color favorito, esto es, gris oscuro, con una tenue rayita encamada, y corbata azul marino.

No respondió a su mujer. También esto era usual en él. Candacia hacía muchas preguntas con la seguridad de no obtener respuesta. Eran meras expansiones de su mente ociosa. Antes, él las había atendido, hasta que descubrió su inanidad.

Candacia se alisó la falda, y acercándose al tocador, comenzó a peinar su rizado cabello. Algo le pasaba a Guillermo. Si ella esperaba, él se lo diría. Acaso a su marido le hubiera molestado el olor a comida que salía de la cocina del sótano. A pesar de sus órdenes, las criadas dejaban las puertas abiertas. Tal vez, pensó, mientras se peinaba, Guillermo estuviera molesto porque, contrariando sus deseos, su esposa se había dejado el cabello corto.

—He recibido carta de mi padre —dijo Guillermo de pronto.

—Ya me parecía que te pasaba algo —repuso ella, no volviéndose a mirarle porque le veía perfectamente en el espejo.

Su rostro, siempre cetrino, no lo estaba más que de costumbre. El médico había dicho que quizás el pasar la infancia en China, o acaso la disentería que Guillermo sufrió a los cuatro años, habían dejado su intestino lleno de bacterias, inofensivas ya,

pero más numerosas de lo conveniente.

—Han decidido tomar sus vacaciones al fin —agregó.

Ella, siempre atenta al rostro de su marido, siguió peinándose.

—Buenas noticias, ¿eh? Yo nunca he visto a tu padre y los niños ni siquiera conocen a tu madre.

Guillermo arrugó el entrecejo. Las espesas cejas oscuras, que siempre daban a su rostro un aspecto adusto, parecieron proyectar su sombra sobre sus ojos, profundamente hundidos.

—Pues para mí es mal momento. Había resuelto sacar ahora el nuevo periódico en vez de esperar a la primavera.

Candacia giró en redondo.

—¡Guillermo! ¿Vas a empezar otra cosa?

—¿Por qué no?

—¡Si apenas te queda tiempo para vernos!

—No tendré que trabajar tantas horas como con los demás periódicos.

—¿Acaso no ganamos bastante dinero? Estás sacrificándote y sacrificándonos para nada, querido.

Dejó caer el peine al suelo, corrió al lado de su esposo, se arrodilló junto a él, apoyó los codos en sus piernas y principió:

—Siempre tengo que sacar sola a los niños. Durante todo este verano en la costa, no fuiste más que cada final de semana... cuando ibas. Eso no está bien. Los niños no son ya tan pequeños. Nada te decía cuando estabas empezando, pero ahora... ¡Ni siquiera podemos ir juntos al teatro alguna vez que otra!

Él advirtió la hermosa faz tan cercana a la suya. Hubiera dado cualquier cosa por atenderla, pero no lo hizo. Una resistencia interior le apartaba de todo, incluso de su mujer. No sabía lo que era. Experimentaba la impresión de una faja de hierro que le rodeara el corazón.

No se entregaba a nadie, ni siquiera a sus hijos. Le hubiera gustado jugar en el suelo y rodar por la alfombra, como hacía Jeremías con sus hijitas, pero no llegaba a ello. Se sentía más en su centro sentado tras su amplia mesa de la oficina, dando órdenes a los hombres que trabajaban para él.

—La semana pasada fui al teatro contigo —le recordó.

—Pero era noche de estreno y ya sabes a lo que va entonces la gente: a ver y a ser vista. Yo quisiera que fuésemos algunas veces pensando sólo en nosotros y en la obra.

A Guillermo no le gustaba el teatro, mas nunca se lo había dicho a Candacia. El interés de un escenario no podía conmoverle cuando a diario le absorbía el interés de su propia vida, aquel secreto poder que sentía crecer bajo la fuerza de las palabras impresas que daba en sus páginas. Sólo él elegía las palabras. No permitía imprimir lo que no deseaba que la gente conociera. Sólo se informaba su público de lo que seleccionaba él. A veces, meditando en su responsabilidad, se sentía predestinado a ejercer sobre los hombres un poderío no alcanzado todavía. Había sido educado en el

calvinismo y la predestinación, pero en su rebelión contra su niñez, había rechazado cuanto le enseñara su padre. Mientras estaba en el colegio, casi se había convertido en ateo. Mas su extraordinario éxito le había tornado casi religioso.

En los pocos años transcurridos desde que lanzara su primera publicación, había vendido millones y millones. Pero no se sentía satisfecho. Si viajaba en un tren, le molestaba vagamente ver tirados y arrugados en los asientos los ejemplares de sus periódicos. La gente debería guardar lo que él confeccionaba con tanto cuidado. Luego empezó a sentirse orgulloso. Por cada ejemplar de otro periódico cualquiera se vendían dos de los suyos. Tan colosal éxito no significaba nada. Había, después de todo, un Dios... y la predestinación.

—¿En qué piensas? —preguntó Candacia.

La interrogación se le había escapado sola. Hubiera querido rectificarla, pero ya era tarde. A Guillermo le desagradaba que se tratase de inquirir sus pensamientos. Era una intrusión contra la que siempre se prevenía, aunque procediese de su mujer, y ella no lo ignoraba. Habíale costado tiempo y muchas lágrimas a solas el aprenderlo. Sólo que ya sabía también que las lágrimas irritaban a su marido. Por eso no lloraba ya.

—No me contestes —dijo, tapándole impulsivamente la boca con los dedos.

Pero él le cogió las manos con suavidad y dijo:

—Pensaba, Candy, que es una gran responsabilidad para un hombre la de nutrir las mentes y las almas de tres millones de personas.

—¿Tres millones?

—Ése es ahora el número de nuestros lectores. Rawlston me dio las últimas cifras poco antes de volver yo a casa. De aquí a un año habremos duplicado tal número. Presumo que tengo más de un millón de dólares.

Candacia estaba acostumbrada a la eterna broma de su padre:

«¿Un millonario? ¡Nada! Siempre con la cabeza alta y nunca mirando hacia abajo».

—Has tenido un gran éxito, Guillermo.

Adivinó que no había dicho lo oportuno y las siguientes palabras de su marido se lo ratificaron.

—No pienso desde el punto de vista del éxito personal. Es fácil triunfar en América. Cualquiera que tenga cabeza puede ganar dinero.

—Pero a ti te gusta el dinero.

Su impresión de haber desacertado la impelía a justificarse. Además, era verdad. Guillermo daba al dinero mucho más valor que ella.

La voz de Guillermo sonó seca. Sus ojos aparecían grises y severos.

—Tener dinero es cosa de sentido común. Sin dinero, uno es un pelagatos. No hay libertad sin dinero.

Ella recordaba una frase de su padre: «El hombre necesita sitio para hacer nadar a un gato».

Y el dinero «daba sitio». Una gran casa en que habitar, meses de ocio junto al

mar, vivir invernalmente durante el verano y estivalmente durante el invierno, comprar sin preguntar el precio de las cosas...

—No me parece que goces mucho de la vida, Guillermo —dijo ella con cierto sentimiento.

Por su parte, poseía una gran capacidad para el goce, sin experimentar por ello ninguna impresión culpable. Su padre había disfrutado francamente de su riqueza y no le agradaba practicar la caridad. Ella le embromaba a veces diciéndole que había entrado en la Secta de la Ciencia Cristiana para ignorar cómodamente los sufrimientos ajenos.

Él, sonriendo, había rechazado la broma.

—Puede que tengas razón, hija. ¿Quién sabe por qué hacemos las cosas?

Pero luego se tornó adusto.

—Si veo a alguien, con mis propios ojos, pasar hambre, le daré a comer. Pero no daré dinero para lo que no vea. Sólo sirve para fomentar la vagancia. Si todos trabajasen como yo trabajé...

Incluso ir a la iglesia, aunque fuese un deber social, no le inclinaba a dar su dinero al prójimo. Roger Cameron no había cultivado la conciencia de sus hijos y Candacia había crecido creyendo que el placer era su ocupación normal, una vez preparada la comida y atendidos los niños. Pero ninguna diversión que proyectara convención a Guillermo, ni le apartaba de lo que había en su alma. Si Candacia planeaba un baile, con tanta ilusión como un niño entra en una reunión de cumpleaños, a Guillermo le ponían fuera de sí los detalles. Un plato mal servido le echaba a perder la comida. Un sirviente mal enterado de su deber... Pero de los sirvientes ella no se preocupaba. Él exigía a los que trabajaban en la casa un grado de obediencia, respeto y aparente decoro que la hacía padecer. Tanto, que un día su padre la encontró llorando.

Roger solía ir a verla a solas, cuando sabía que Guillermo estaba en la oficina. Tomaba un coche en Wall Street y llegaba a las once de la mañana o a las tres de la tarde.

En una de tales visitas, él, advirtiendo huellas de lágrimas, que no habían podido borrar el carmín ni los polvos, dijo:

—No encontrarás americanos que sirvan a Guillermo como él quiere. Nosotros nos respetamos mucho a nosotros mismos. Tenemos el prurito de mostrar que somos independientes y no obedecemos a nadie. Además, somos sinceros, y, si odiamos a alguien, obramos de mal modo. Debes llenar la casa de sirvientes ingleses, Candy. Esa gente te tratará con finura incluso mientras te llenen de veneno la copa. Un criado inglés sabe limpiar los zapatos con tanto ahínco como si ello le encantara. Aunque no le encanta, claro.

Así, Candacia «llenó la casa» de servidores ingleses. Un mayordomo y una ama de llaves atendían a Guillermo.

A la sazón, Guillermo dijo:

—La vida no se ha hecho sólo para gozarla.

Ella seguía acurrucada a su lado. Había tomado una de las manos de su marido y, jugueteando con sus dedos, advertía la extraña rigidez de sus coyunturas.

—Pues ¿para qué se ha hecho? —dijo ella, sin esperar respuesta—. Yo no sé ni creo que lo sepa nadie. Estamos aquí y eso es todo.

—Para algo más que para divertirse.

Y, molesto de que Candacia jugara con su mano, la apartó so pretexto de encender un cigarrillo.

Ella, notando el disgusto de su marido, se incorporó grácilmente, cogió la cabeza de Guillermo entre las manos y le besó en la frente.

—¡Pobrecito! Eres tan serio...

—No necesito tu compasión.

—No te molestes, Guillermo. Pero a mí me gusta tanto gozar de la vida...

Retrocedió. Notaba en su esposo la expresión resentida que tanto temía. ¿Cuándo aprendería lo pronto que aquel hombre se daba por ofendido? Exclamó:

—Somos unos necios. No hablamos más que de tonterías y entretanto no me has dicho nada de lo importante. ¿Cuándo llegan tus padres?

Guillermo celebró poder cambiar de asunto.

—He recibido esta tarde un cablegrama. Embarcaron el trece.

—Entonces, dentro de quince días...

—Poco más o menos. Precisamente cuando yo esté más ocupado.

—No importa, yo los atenderé. Papá también tendrá tiempo, porque está medio retirado del negocio y puede irse del despacho cuando se le antoje. Y, además, Jeremías y Ruth...

—No me hace ninguna falta Jeremías.

De los jóvenes con quienes había iniciado el periódico, sólo Jeremías seguía a su lado. Uno a uno, los demás le habían abandonado. Martin Rosvaine se dedicaba a la producción de películas y Blayne había ingresado en el Departamento de Estado, con la esperanza de conseguir un puesto de embajador.

No había echado de menos a ninguno de los dos, pero sí le disgustó que Seth James riñera con él. Daba mucho valor a la brillante y efervescente mentalidad de Seth, cuyas ideas saltaban como las chispas de un cohete. En su mayor parte eran inútiles, pero siempre surgía alguna, y aun dos o tres, que Guillermo podía aprovechar. Habían hecho buena pareja, aunque lo malo de Seth consistía en que no acertaba a distinguir entre las ideas buenas y las estúpidas, con lo que el periódico hubiese fracasado de tener él autoridad en su dirección. Por esa razón, discurría Guillermo, había tenido él que dirigirlo todo e incluso comprando acciones a fin de ejercer el dominio total.

Jeremías no llegó nunca a constituir una amenaza. Trabajaba cuando quería y Guillermo incluso le había dado un despacho aparte. Pero seguía lamentando la falta de Seth, de quien se separó airado, sin volver a tratar con él.

La disputa había surgido a propósito de una minucia tal, que Guillermo ni siquiera se tomó el trabajo de ser cortés al respecto. No había hecho sino pronunciar entre dientes unas palabras bruscas, volviendo la cabeza sobre el hombro, cuando trabajaba con Seth en la oficina, largo rato después de medianoche. Seth había hablado algo sobre unos niños desvalidos que habitaban en una solitaria granja de Pensilvania. El granjero se había enfurecido con un muchacho —que muchacho era, aunque hombre por la edad— y el mozo, aterrorizado, había empuñado una horquilla para defenderse, atravesando con ella una pierna del granjero. La herida era leve, pero el campesino, cogiendo el hacha, dio tal golpe al muchacho que éste expiró antes de una hora.

Sobrevino un escándalo. Seth corrió impetuosamente al lugar del suceso para conocer bien lo ocurrido, y volvió furioso ante las circunstancias que había encontrado en la granja: dos muchachas hambrientas y desmedradas, una mujer gorda y cruel, y el muerto apresuradamente enterrado sin que nadie investigase nada. El granjero yacía en la cama y balbuceaba palabras acerca de que no había hecho más que defenderse. Seth había apelado a la policía y ésta sacó a relucir una asustada y flaca mujercilla que alegaba ser una simple empleada de la organización que había colocado allí a los muchachos, añadiendo que ignoraba si tenían parientes. En fin, la publicidad local se extendió hasta Ohio, y Clem Miller acudió a Pensilvania. Llevóse con él a las dos muchachas y dijo a la policía que aquel sitio no era propio para muchachos de ninguna edad.

Con colérico ceño, Clem había dicho a Seth:

—Espero que encargue usted a Guillermo que dé a esto la difusión debida. Toda América debe conocer el hecho. Es cosa lamentable, singular... La casa fue de mi abuelo. Se ahorcó en ella porque era demasiado tierno de corazón y no quiso denunciar a un vecino por no sé qué de una hipoteca. Vine aquí siendo niño, sin saberlo. Ya vivían acá esas gentes. Huí y quise que los otros niños me acompañaran, pero sólo uno vino conmigo.

Cuando oyó el mensaje de Clem, Guillermo respondió:

—Es un incidente local sin importancia.

—La muerte del muchacho tiene importancia —insistió Seth—. El mero hecho de que niños huérfanos puedan ser instalados así y con tales personas, sin que nadie se cuide...

—Nadie se cuida, no. ¿Y qué? —replicó Guillermo.

La respuesta de Seth tardó buen rato en producirse. Guillermo, absorto en el artículo de fondo, no se volvía. Al fin, la respuesta llegó.

—Tú, desde luego, no te cuidas —dijo la voz tranquila de Seth—. No te cuidas de nadie, ¡maldito seas!

Se dirigió a la puerta.

—No volveré más —anunció.

—No seas necio —dijo Guillermo.



Pero se sintió muy enojado cuando Seth abandonó la oficina. Durante aquella noche de insomnio —que justificó diciendo, a Candacia que le había sentado mal la salsa del faisán que había tomado en la cena— resolvió que, si Seth volvía por la mañana, lo daría todo al olvido. Pero Seth no volvió. Guillermo no había tornado a verle más y, por lo que sabía, su excompañero no se ocupaba en nada provechoso. Había respaldado dos o tres quijotescas revistas que fracasaron. Afortunadamente para Seth, su padre, el viejo Mackenzie James, y una tía le habían dejado abundancia de dinero. Cuando Guillermo pensaba en la disputa —y lo hacía a menudo— sentíase convencido de haber tenido razón. Un homicidio local no era importante en sí. Pero Seth le había ofendido profundamente y Guillermo nunca olvidaba tales cosas. Eso sí era importante.

Se sentía mal comprendido por todos. Seth era el que le había entendido mejor. Porque Guillermo no pensaba sólo en sí mismo. Cuando hacía su monstruoso esfuerzo, su infatigable trabajo, tendía, a su juicio, a hacer que las gentes conociesen la verdad. ¿Por qué examinaba toda fotografía que había de publicarse, por qué leía y releía las galeradas sino sólo para cerciorarse de que al público se le decía la verdad y nada más que la verdad?

Un día había tratado de expresar algo así a Seth, que rió.

—La verdad es una palabra tan grande, que ningún hombre debe usarla —declaró Seth—. Aunque sólo sea por decoro, dejemos que cada uno exponga la verdad como la vea.

Guillermo no había contestado a aquello. La verdad no era tal como él u otro pudiesen verla. La verdad, a buen seguro, era cosa absoluta. Era un ideal, era lo justo, y lo justo era absoluto también. Los hechos tenían poca relación con ambas cosas. Los hechos, como solía advertir Guillermo a sus jóvenes subdirectores, equivalían a árboles en un bosque, inútiles y desconcertantes hasta que se usaban, escogían, cortaban y empleaban. Había que establecer lo que era justo, como si se tratara de construir una casa.

—Nuestro material son los hechos —afirmaba Guillermo, con frecuencia, a su personal, dirigiendo la vista de una tensa faz juvenil a otra.

Le admiraban por su éxito, rápido e inmenso. Aquella admiración le realzaba. Sólo Seth insistía en apuntar la confusión que adivinaba tras los ojos de todos.

—Cuando conozcamos lo que deseamos probar, vayamos en busca de hechos, que nunca faltan —concluía Guillermo.

Al desertar Seth —porque deserción consideraba Guillermo lo hecho por su compañero— sólo le quedó Jeremías de entre los antiguos. El resto de su personal lo integraban muchos jóvenes, cuyos nombres procuraba recordar si tenían puestos de categoría. A los demás no les prestaba atención. Iban y se marchaban y él los juzgaba por las fotos que le enviaban o los artículos que le escribían. Sus juveniles subdirectores confeccionaban el periódico, pero él era director general, y, si no aprobaba lo que los otros hicieran, las mañanas resultaban una pesadilla. Nadie se iba

a casa hasta que él daba el ejemplo, excepto Jeremías que era infiscalizable. Jeremías era el único que a medianoche se ponía el sombrero y empuñaba el bastón. Cojeaba siempre un poco y procuraba exagerar la cojera cuando entraba en la oficina de Guillermo.

—Buenas noches, Guillermo. Estoy cansado.

Guillermo no respondía. De no ser Jeremías hijo de Roger Cameron, le hubiera echado a puntapiés y cerrado la puerta.

Ruth y yo atenderemos a tus padres —decía Candacia—. Supongo que los alojaremos aquí.

—Supongo —respondió Guillermo, levantándose—. Tengo que volver a la oficina esta noche, Candacia. Más vale que comamos ya.

Después de la comida, Candacia hizo acostarse a los niños, molestando a Nannie, la niñera, con su no solicitada ayuda. La casa estaba intensamente silenciosa. Candacia fue a su alcoba, encendió todas las luces, sombreadas por pantallas de color de rosa, y trató de leer. Pero no pudo. Pensaba en Guillermo, a quien quería a pesar de las frecuentes decepciones que la producía en su vida en común. Candacia no era necia, aunque su educación hubiese sido absurda, como bien advertía ahora. Una escuela y algunos viajes sueltos habían sido todo lo hecho hasta el día de su boda, y desde entonces su vida se había acomodado a las exigencias de aquella existencia de Guillermo absorbida por los periódicos.

Ella no podía comprender semejante absorción. Su padre había trabajado también, pero sólo cuando era necesario. Otras personas trabajaban para él, y él las despedía si no cumplían sus órdenes. Unas pocas horas en sus oficinas bastaban para obtener cataratas de dinero de los centenares de sus almacenes, diseminados por todo el país. Hubiera sido agradable que Guillermo hubiese ingresado en el negocio de los «Almacenes Cameron», pero él se había negado. Candacia no conocía lo que su marido deseaba realmente. Cuando se casaron, supuso que aspiraba a ser rico, ya que, desde luego, sólo los ricos triunfaban en el mundo. Con todo, se habría enriquecido casi de golpe en caso de aceptar la asociación que Roger Cameron le brindó más adelante.

Así descubrió Candacia que su marido ambicionaba algo más que dinero. Pero ¿qué más podía haber que una casa buena y cómoda, una mujer tal como ella procuraba ser y era sin duda, y unos niños guapos y sanos?

Un día, poco después de casarse, en la época en que todavía se consideraba capaz de ser útil a su esposo, le dijo que sus periódicos le parecían pueriles y él replicó fríamente que la mayoría de las personas eran pueriles también y que el descubrimiento de este hecho le había dado la primera idea de sus publicaciones.

—Yo amo a la gente y tú la odias —exclamó ella, en uno de sus arrebatos.

—Ni la odio ni dejo de odiarla —respondió Guillermo.

Con todo, ella creía que su marido la amaba, y le constaba que ella le amaba a él.

No sabía plenamente por qué. ¿Puede haber razones que expliquen el amor? Seth James, antaño, había querido casarse con ella. Desde niños hablaban de lo mismo. Seth era bueno hasta los tuétanos, amable y sincero... pero ella no le amaba.

Extraño resultaba no conocer mejor a Guillermo después de años y años de matrimonio. Conocía, sí, todos los pormenores de su cuerpo, su cabeza, noblemente perfilada; sus ojos remotos y profundos bajo sus cejas pobladas en demasía. Guillermo tenía una bien cortada nariz y una boca bonita, aunque de expresión dura. Su figura era soberbia: ancho de hombros, delgado, alto... Sin embargo, cuando le veía desnudo, Candacia apartaba la mirada, por lo muy peludo que Guillermo era. Negro vello cubría su pecho, sus hombros, sus piernas, sus brazos. Aunque le amaba, a Candacia no le agradaban las manos de su esposo. ¡Qué poco amor revelaban! ¿Y qué había en el ánimo de Guillermo? A veces los dos pasaban en silencio horas enteras. ¿Qué anhelaba él sobre todo lo demás? No a ella ni a los niños, aunque le complacía que fuesen varones. Las niñas no le gustaban, cosa que ella no comprendió hasta que un día Ruth le dijo que en China la gente compadecía al hombre que tenía hijas. Eso era signo de fracaso doméstico. En cuanto a hijos, por muchos que un chino tuviera siempre deseaba más.

—Pero Guillermo no es chino —repuso Candacia, con una mueca.

Ruth soltó su agradable risa. Y luego, moviendo la cabeza, dijo:

—Ni tampoco americano, Candy.

¿Quién era realmente americano? Éralo Jeremías, a quien Ruth se había adaptado por completo, llegando incluso a imitarle en la manera de hablar. Tenían dos niñas y eran completamente felices. Ruth se había sentido absurdamente satisfecha cuando vio que Jeremías, en rigor, prefería las niñas a los varones. Amaba a Jeremías con todo su bonito ser y no pensaba en nadie más, salvo en Guillermo. Se sentía orgullosa y temerosa de su hermano. Su única disputa con Jeremías se originó un día en que ella le pidió que procurase no enojar a Guillermo. Pero Jeremías no temía a nadie, ni a Guillermo siquiera.

Con todo, Guillermo amaba a su patria. En ocasiones pronunciaba largos y súbitos discursos americanistas. Una vez, en un banquete dado para celebrar el haberse alcanzado la cifra de un millón de lectores, Guillermo habló durante cerca de una hora. Todos le escuchaban como hipnotizados, incluso la propia Candacia. El gran comedor del hotel estaba silencioso. De repente, ella empezó a reparar en la fragancia, que antes le pasara inadvertida, de las lilas y las rosas que ornaban las mesas. Las palabras brotaban de Guillermo como si él las hubiese guardado enjauladas para aquel instante. Aún oía Candacia los ecos de sus frases:

«Es la hora del destino americano.

»Hemos sembrado y hemos de recoger.

»Veo la cosecha en términos que abarcan el mundo entero.

»El mundo escuchará nuestras voces, que dirán la verdad.

»Jóvenes somos, pero hemos aprendido desde la mocedad a dominar las fuerzas

del agua y del aire, las fuerzas contenidas en el carbón y el mineral.

»Los países viejos agonizan y mueren. Inglaterra, debilitada por la edad, es un antiguo imperio, gobernado por gente fatigada. Francia está hundida en sueños e Italia dormita. Pero en América estamos despiertos. El nombre de América será oído entre todos los pueblos. Es nuestra era, nuestra hora. Nosotros escribiremos la historia de los siglos venideros...».

Candacia había escuchado, alarmada, semiavergonzada y, a la vez, fascinada. ¡Así era Guillermo, su marido!

Aquella noche, en el silencio de su casa, sintióse a su vez insólitamente silenciosa. Guillermo le había parecido exhausto, con el rostro pálido como el agua bajo un cielo gris. Y no le hablaba,

—Muy elocuente has estado, Guillermo —le dijo ella al fin, pensando que alguna cosa debían hablar los dos—. Debes de haber heredado algo de tu padre.

—Yo no predico —respondió él ásperamente—. Digo la verdad.

En aquel momento, sonó el teléfono colocado sobre la mesilla de palo de rosa que había junto al lecho de Candacia. Cogiendo el auricular, percibió la nasal voz de su padre.

—¿Está Guillermo?

—Está en la oficina, papá. Sólo yo estoy en casa.

Roger vaciló.

—¿Te has acostado?

—No. He subido porque no me gusta quedarme sola abajo.

—Puede que vaya ahora. Tu madre tiene jaqueca y se ha ido a dormir.

—Ven, papá. Te esperaré.

No eran insólitas semejantes visitas nocturnas. A su padre le gustaba andar en la oscuridad, cuando las calles estaban desiertas, y una o dos veces al mes solía acudir, tocar el timbre y, mirando el vestíbulo, preguntar: «¿Está Guillermo?».

Era siempre su primera pregunta, aunque Candacia ignorase el motivo, ya que, estuviese Guillermo o no, Roger iba cuando se le antojaba para pasar con su hija unos momentos o una hora. Pero era su delicadeza la que hacía al viejo preguntar, al poner el pie en el umbral, si su visita era oportuna.

Candacia, aquella noche, se sintió muy complacida, porque tenía ganas de hablar y con nadie hablaba tan a satisfacción como con su padre. Tampoco le disgustaba platicar con su madre si se trataba de los niños o de la servidumbre, pero en aquel momento Candacia deseaba tratar de otras cosas, aunque no sabía exactamente de qué.

Cuando sonó el timbre, corrió escaleras abajo para abrir ella misma la puerta, ya que las criadas se habían acostado. Su padre estaba sobre la ancha alfombra de la puerta, frío, canoso, y a la par alegre, con la punta de la nariz muy enrojecida y muy vivarachos sus pequeños ojos.

—Vaya —dijo, mientras ella le quitaba el gabán— tenía ganas de un ratito de charla. Creo que va a llover; tengo las rodillas rígidas.

—No debiste salir con semejante noche —reprochóle ella cariñosamente.

—No voy a vivir pendiente de mis rodillas —repuso él.

En la chimenea del saloncito ardía un fuego de carbón. Roger empuñó las tenazas. Era muy diestro en prender el fuego, colocando las brasas bajo el carbón no encendido y haciendo brotar llamas de los menores trozos. Aquélla constituía una de sus economías menores predilectas, recuerdo de sus tiempos mozos, cuando recogía carbonilla en las vías férreas de una ciudad minera de Pensilvania.

Una vez que hubo estimulado el fuego, se sentó, limpiándose las manos con su blanco pañuelo de seda.

—¿Cómo van las cosas?

—Muy bien —respondió ella—. Guillermin tiene muy buenas notas en la escuela. Guillermo está muy satisfecho. Pero lo importante es que los padres de Guillermo vienen de China.

—Pensé que habían resuelto quedarse otro año.

—También yo.

—Será cosa de ella —dijo él, pensativo, mirando al fuego—. ¿Está contento Guillermo?

Candacia rió.

—Más bien enojado.

A Roger Cameron le gustaba oír reír a su hija. Alzó la mirada y sonrió. Era aquél un momento placentero. El ancho aposento quedaba en penumbra en los rincones, menos donde lo iluminaban el fuego y la lámpara. Candacia, vestida con una bata de lana de color de rosa, estaba muy bonita y parecía feliz. Algún tiempo después de su matrimonio, su padre se había preguntado si su hija sería dichosa y había concluido que sí, principalmente porque digería bien y carecía de ambiciones. Él había procurado educarla, que no se situase en un ambiente de mujeres ambiciosas. En los Almacenes había algunas así, y parecíale que ninguna era dichosa. Su secretaria Minnie Forbes, que le servía desde los veintiún años de edad, estaba devorada por la infelicidad, acaso porque a ella misma le hubiese sorprendido saber que estaba enamorada de su patrón. Roger comprendía bien lo que a ella le ocurría y se sentía satisfecho de que ella no lo notara. Amaba a su mujer de un modo manso y no deseaba amar a nadie más. Los pocos meses en que, de joven estuvo apasionadamente enamorado de ella, los recordaba como extremadamente desagradables, porque no podía fijar la mente en sus negocios. Se tranquilizó al descubrir que ella no era la extraordinaria criatura que su fantasía había imaginado, y desde entonces se aplicó al doméstico y antirromántico amor conyugal, del que había disfrutado durante cuarenta pacíficos años. Él y su mujer sentían un mutuo y profundo apego, pero a ella no le disgustaban los viajes de negocios de Roger, y él los verificaba gozando de la perspectiva de ampliar sus asuntos.

—Guillermo no sabe a punto fijo qué hacer con su familia —dijo Roger.

—¿Tan estrafalarios son, papá?

Los azules ojos de Candacia rebosaban siempre franqueza.

—Ni siquiera recuerdo bien a su madre —añadió.

—Todo el que vive en países extranjeros es estrafalario en cierto sentido —respondió él—. La gente corriente se queda en su patria. Lo que no quita para que se dediquen a hacer colectas en la iglesia y cosas por el estilo. El padre de Guillermo no es otra cosa que un predicador que ha ido más allá de lo que se considera el deber medio de tales gentes. «Id y predicad al mundo...», etc.; pero nadie, salvo unos pocos, lo toma en serio. Claro que siempre hay hombres buenos...

—¿Y mujeres no?

—No creo que tu suegra fuera a China por su gusto. Fue porque su marido se empeñó. Y, que yo sepa, no debe de haber entre los dos mucha simpatía.

No quería decir que recordaba a la señora Lane como una mujer muy amiga de meterse en todo y sacar algo en limpio. Acaso no lo fuera. La gente, cuando trata con los ricos, suele tender a eso. Estaba acostumbrado... En cualquier caso, ella pertenecía ya a la familia.

—Mollie, la pequeña de Jeremías, es muy mona —dijo, sonriendo.

—Lo es —concordó Candacia—. Ruth asegura que se pasa el tiempo parlotando. Pero cuando viene aquí está muy cohibida y no dice palabra.

—A mí sí me habla, si me encuentra solo. Es admirable asistir a los primeros balbuceos de la mente de un niño.

—Ruth y yo atenderemos a los suegros. ¿Sabes que Guillermo prepara un nuevo periódico?

—¿Quiere cargarse con más trabajo? —dijo Roger, retirándose la pipa de la boca.

No había empezado a fumar en pipa hasta hacía poco tiempo y aún la manejaba con poca soltura. Pero deseaba ocupar las manos en algo.

Notó un relámpago en los cándidos ojos azules de su hija y comentó:

—El duque de Gloucester se entretiene haciendo punto. Eso está bien en un inglés. Los americanos no hemos llegado a ello todavía. No me gusta fumar así, pero encender la pipa y vaciarla ocupa bastante tiempo. Es un modo como otro cualquiera de procurarse distracción.

—¿Qué quieres decir con eso de que los americanos todavía...? —inquirió Candacia, con los ojos brillantes y una seria expresión en la boca.

—Que a los ingleses no les importa que se rían de ellos —replicó Roger—. Se limitan a pensar que el que se ríe es un tonto. Pero los americanos no queremos arriesgarnos a despertar la risa. Yo, por lo menos, no quiero. Tosco como soy, no sabría hacer punto, aunque me gustase. ¡Qué no me gusta!

—Tampoco te gusta fumar —mofóse ella.

Él sonrió con mansedumbre y prosiguió sus maniobras con la pipa. Candacia le miraba, presta a reír.

—Debe de ser que me gusta jugar con fuego —dijo Roger al fin, mientras empezaba a lanzar humo y se le llenaban los ojos de lágrimas—. Lo que mejor encuentro es el instante de encender.

Candacia bostezó ligeramente.

—¡Vaya, vaya! No creas que tengo sueño. Estoy pensando en los padres de mi marido. ¿Por qué no me ayudas a entretenerlos? Quizá pasen todo el invierno en casa.

—Que hagan lo que quieran y tú atente a lo tuyo —replicó él—. Sé amable con ellos y déjalos libres. La mayoría de los viejos no quieren otra cosa. No te preocupes.

—¿Nunca te has preocupado tú por nada?

—Claro que sí. Siendo joven me herí el vientre con una máquina de planchar. Los médicos dijeron que moriría antes de un año. Pero resolví no morir. Claro que tuve que preocuparme del vientre... Suerte que los Almacenes marchaban solos ya... Por entonces fue cuando comprendí que Jeremías no podría encargarse del negocio. Tampoco le necesitaba, ni a nadie, según se demostró. Es gran cosa poder dirigir el negocio de uno. Luego conté con que Guillermo lo hiciese, pero todo quedó en nada. Guillermo no piensa más que en lo suyo.

—¿Imaginas lo que Guillermo desea en realidad, papá?

Rara vez le hacía ella una pregunta seria sin que su padre, con aire sobresaltado, colocara la pipa en la mesa para que no le estorbase.

—¿Qué quieres decir, Candy?

—Tenemos mucho dinero...

—Creo que lo que ha conseguido es maravilloso...

—Pero no está contento. Si damos alguna comida, no parece complacerse en ella. Algo más que una reunión necesita para satisfacerse. De vacaciones es inútil hablar. Cuando fuimos a Francia el verano pasado, pasó todo el tiempo preparando una edición europea del periódico. Tuve que andar sola de un sitio a otro hasta que encontré en París a algunas antiguas compañeras de escuela.

—Guillermo es ambicioso —dijo Roger, como pesaroso.

—¿Ambicioso de qué?

—No creo que él lo sepa —dijo Roger—. Acaso sea eso lo que le preocupa. Ni él mismo sabe lo que quiere.

Había en la observación algo tan sutil, que Candacia prefirió variar de tema.

—Me gustaría enseñarle unos cuantos juegos y que se acostumbrara a montar.

—Monta bastante bien.

—Todo lo hace bien y a nada da importancia. Le quiero, pero no le comprendo.

En su voz sonaba un asomo de temor. Sólo un asomo, mas a Roger no le agradaba percibirlo. Envejecía y no deseaba sinsabores. Ya ni siquiera podía soportar la lectura de un libro triste. Cuando la tristeza empezaba, solía cerrarlo. Había visto hartas cosas dolorosas que no podía evitar. O que no quería.

—No tienes por qué comprender a las gentes —dijo en el más seco de los tonos—. Se habla demasiado de comprender esto y lo de más allá... Pero la mayoría de las

veces nadie comprende nada. Si quieres a tu marido, no te preocupes de comprenderle. Tómale como te parezca, por sus actos.

Empezaba a sentir la inquietud que siempre le asaltaba al olfatear complicaciones. Tenía un maravilloso instinto para olfatearlas y en cuanto percibía su acre olorillo se iba a otro sitio. Así, ahora, a pesar del cariño que sentía por su hija, se irguió y guardóse en el bolsillo la pipa apagada.

—Me voy a casa.

Inclinóse y besó a la joven en el cabello.

—No te inquietes, hija. Trata a los viejos con amabilidad y déjales hacer lo que quieran.

—Buenas noches, papá, y gracias.

Roger salió del cuarto. Candacia permaneció sola unos instantes. Era sagaz dentro de su candidez y conocía cuando su padre quería alejarse de complicaciones. Y ella se le parecía lo bastante para simpatizar con él. Lo que le había dicho era tranquilizador. En suma, valía más no ocuparse en comprender a las gentes, limitándose a quererlas, hicieran lo que hiciesen, siempre que no fueran crueles en presencia de uno... Y Guillermo no era cruel con ella ni con los niños. No les pegaba nunca, por mucho que lo impacientasen. Jeremías, en uno de sus arrebatos de rabia, ponía sobre sus rodillas a una de las niñas, le levantaba las faldas y le daba un par de azotes. Luego, ya desahogada su furia, alzaba a la pequeña y le daba un beso. En cambio, Guillermo no besaba a sus hijos. No los tocaba nunca.

Sí, se alegraba de amarle. Bastaba con amar, como su padre decía.

En cuanto Guillermo vio bajar a su padre del tren, comprendió que aquel anciano volvía a su patria a morir. El adivinarlo así le dejó abrumado. Como siempre que se conmovía, no acertó a hablar palabra. Ruth estaba a su lado, y Candacia y Jerry al otro. No habían llevado a los niños porque era tarde y habían de presumirse aglomeraciones. Las luces de la estación daban de lleno en la blanca cara del doctor Lane y en su cuerpo esquelético. Se había dejado la barba, cuya blancura no atenuaba la palidez de su rostro. En cambio, su esposa, más gruesa y más envejecida, estaba tan recia como siempre.

Ella fue quien vio primero y saludó a los que los esperaban. Guillermo sintió en la mejilla el firme beso materno.

—¡Guillermo!

—¡Mamá!

Pero no dejaba de mirar a su padre. ¡Aquel viejo, aquel delicado fantasma, aquellos ojos hundidos que brillaban y ardían, aquellos pálidos labios, plegados entre la barba blanca...! Tomó la mano de su padre y no sintió más que unos crujientes huesos.

—¡Padre! —exclamó, pasándole los brazos por los hombros.

Se volvió a Jeremías.



—Cuídate de las mujeres y de los equipajes, Jeremías. Yo voy a sacar a mi padre de aquí.

—Está ya mucho mejor —afirmó su madre.

—No me lo parece —respondió Guillermo.

Sentía una extraña rigidez en la boca y parecíale estar a punto de llorar. Sin dejar de rodear con el brazo el enflaquecido cuerpo, empujó a su padre hacia fuera.

—Ven, papá. Nos espera el coche.

Y pensaba: «¿Por qué no me habrá dicho la verdad mi madre?».

El chófer esperaba, de pie junto a la portezuela. Guillermo ayudó a su padre a entrar y le cubrió las rodillas con una manta.

—A casa, Harvey —dijo por el tubo acústico.

El pesado vehículo avanzó lentamente, sorteando el tráfico. Guillermo miraba a su padre.

—Dime la verdad. ¿Cómo te encuentras?

El doctor Lane sonrió de un modo que no disminuía su aspecto espectral.

—¿Esperabas que siguiera siendo el mismo después de tantos años?

Era la primera frase que pronunciaba. Su voz sonaba suave y chillona, como la de un niño.

—Pero ¿estás bien?

Aunque se hallaba solo con su padre, quería dominar su inesperada ternura.

—No del todo.

Lane parecía tan paciente, tan puro, que Guillermo tenía la sensación de verle por primera vez. Notó, con sorpresa, que deseaba oprimir la mano de su padre, pero sintió vergüenza y se contuvo.

—¿Has visto al médico? —dijo, ya con su usual brusquedad.

—Sí, y por eso he venido de Pekín tan de repente. Le pareció mejor que me reconociesen aquí.

La sonrisa del doctor Lane exteriorizaba una infinita dulzura.

—¿Y qué diagnosticó?

—Parece que hace mucho que tengo, sin saberlo, una enfermedad que destruye los glóbulos rojos —dijo el doctor Lane, sin mostrar interés alguno por sus glóbulos.

Guillermo, oyéndole, resolvió inmediatamente buscar al mejor especialista del mundo en enfermedades tropicales. Si era necesario, le haría llegar de Londres. Una imperiosa ira le atenazó el corazón.

—¡Bien podía mamá haberme avisado!

—Yo creo que cuando se convive en una casa durante muchos años no se notan estas cosas —replicó su padre—. Ni siquiera lo notaba yo. Me sentía fatigado, sí, pero lo atribuía a la vejez.

—Ahora descansarás —dispuso Guillermo.

—Mucho me gustará —dijo su padre.

Su voz había ido debilitándose hasta convertirse en un cuchicheo. Guillermo

empuñó el tubo.

—¡Todo lo de prisa que pueda! —dijo al chófer—. Mi padre está muy fatigado.

El coche aceleró la marcha sin que se notase apenas. El doctor Lane apoyó la cabeza en la tapicería del carruaje, y, cerrando los ojos, pareció dormirse. Guillermo le contemplaba con profunda ansiedad. En cuanto llegasen a casa avisaría a su médico para que acudiera aquella misma noche. No podría dormir tranquilo mientras no viera a su padre un tanto fortalecido.

El coche se detuvo ante la puerta. Guillermo se apeó el primero y, con una ternura que a él mismo le pasmaba, ayudó a su padre a subir los peldaños y entrar en el vestíbulo. El mayordomo, que esperaba, les cogió los sombreros y los abrigos. Al pie de la gran escalera, el doctor Lane miró los peldaños como una imponente montaña que no se sintiese capaz de trepar.

—Yo te llevaré —murmuró Guillermo.

—No —dijo su padre—. Dentro de un instante estaré bien.

Guillermo no le escuchaba. En un impulso de amor como no había sentido jamás por ninguna criatura humana, alzó a su padre en brazos y, horrorizado por la levedad del peso que sostenía, subió las escaleras. El viejo, sintiendo en torno a su cuerpo los brazos de su hijo, cedió, suspiró y cerró los ojos.

Lo que le acaeció a Guillermo en las semanas siguientes nunca llegó a comprenderlo del todo. Sus efectos no se hicieron ostensibles hasta pasados muchos años. Sentía la impresión de estar solo en el mundo con su padre, y a la par aquel santo moribundo le parecía algo mucho más grande que un mero progenitor. Mientras aquella presencia estuvo en su casa, Guillermo apenas salió del cuarto del enfermo. Con una percepción inédita en él, descubrió que aquel espíritu que se preparaba a partir, sólo se hallaba a gusto en la soledad, y, por lo tanto, procedió incluso brutalmente con su madre. Dijo a Candacia y a Ruth:

—Mamá no tiene por qué acercarse a él. Ocupaos en hacerla salir de casa con cuantos pretextos se os ocurran.

Trataba con ruda crueldad a los médicos americanos, acusándolos de incompetentes. Cablegrafió al gran especialista inglés en enfermedades tropicales Sir Enrique Lampher, pidiéndole que se pusiera en camino inmediatamente. Bajo las tumultuosas olas del océano Atlántico duraron las comunicaciones hora tras hora.

La réplica de Sir Enrique a la llamada de Guillermo fue tan típicamente británica como obstinada:

Consultado con su médico, doctor Bartram. Obvio mis servicios, llegan tarde. Depauperación resultante de destrucción de tejidos. Inyecciones pueden prolongar vida.

Guillermo respondió imperiosamente:

Marque usted mismo honorarios.

Sir Enrique, impacientándose, contestó con altanera irritación, transmitida bajo

las revueltas corrientes atlánticas:

Ningún precio posible, locura dejar importantes pacientes aquí. Aconséjole consulte sus propios médicos.

¿Se propone dejar morir a mi padre?

*Sir Enrique*, rechazando el reproche, cablegrafió:

Todo está en manos de Dios. Su padre es viejo y padece enfermedad mortal.

Guillermo respondió:

Mí padre procede familia miembros largos años vida y gran resistencia espíritu.

*Sir Enrique* respondió fríamente a esta afirmación:

Diagnóstico claro. Inyecciones emetina, dieta suave, leche, plátanos, si acaso fresas, extracto hígado, descanso absoluto. Consulte Bartram.

Los cablegramas ascendían a un coste de centenares de dólares. Según iba recibiendo respuestas, Guillermo sentía que toda la rabia de su mocedad invadía su sangre. La condenada superioridad de los ingleses, su serena determinación de no doblegarse, su rígida y descorazonadora cortesía... Bien conocía todo aquello desde Chefú, cuando el hijo del cónsul general inglés era el primero de clase.

Ciego de furia, Guillermo prescindió del océano Atlántico y de las Islas Británicas y del resto del mundo. A la sazón, estaba en su despacho, habiendo dejado solo a su padre por una hora, con dos enfermeras tituladas y con Ruth encargada de cuidar que aquellas necias no le abandonasen. Llamó a su redactor jefe, sin soltar la mano del timbre telefónico, hasta que Brownell llegó a la carrera, con los ojos aterrorizados.

—Retenga de momento el nuevo modelo de periódico —dijo—. Mi padre está muy enfermo. He intentado hacer venir a Lamphier, pero no quiere. «Un americano más o menos», pensará. ¡Típicamente inglés! No sé cuándo volveré. Queda usted a cargo de todo. Si hay algo muy importante, avíseme, pero si lo hace y no es esencial, le echaré a la calle.

—Haré todo lo que pueda, señor Lane.

—Muy bien.

Guillermo empezó a ponerse sombrero y abrigo. Brownell corrió hacia él.

—Permítame ayudarle.

—Vaya usted a su trabajo —respondió Guillermo, saliendo presurosamente del cuarto.

Con todo, sabía que *Sir Enrique* estaba en lo cierto. Y eso, después del hecho de la muerte en sí, era lo peor de todo. Día tras día se sentó junto al lecho de su padre, silencioso en el silencio de la casa, con orden a las enfermeras de que permaneciesen en el tocador por si las necesitaba, y con instrucciones de no dejar pasar a nadie, excepto al doctor Bartram. *Sir Enrique* hubiera hecho una tontería acudiendo, pero, con todo, debió marcar un precio. Todo hombre tiene su precio y Guillermo lo hubiese pagado. Su padre era un hombre de importancia, como progenitor de Guillermo Lane, aquel astro que tan de prisa ascendía en América. Aquel insulto era

imperdonable, y él lo agregaría a la montaña de insultos recibidos en su niñez. Sentado al lado de su moribundo padre, pensaba en aquella montaña y en la manera de arrasarla y con qué fines. Aquellas islillas que dominaban medio mundo, aquellos hombres arrogantes que se sentaban, vestidos de etiqueta, ante sus solitarias mesas de las junglas, siendo servidos por millones de hombres de color... Era monstruoso. Su país, su hermosa y joven América, era despreciada y se burlaban de ella, como a él lo habían despreciado y reído de él estúpidos chiquillos ingleses que no sabían ni escribir. En aquellos tiempos le había avergonzado ser hijo de un misionero, pero ahora el tal misionero era el padre de Guillermo Lane. El misionero, remontándose sobre su humildad y pobreza, pasaba a ser el padre de un hombre cuyo primer millón se duplicaba rápidamente.

Las lágrimas punzaron los ojos de Guillermo. El dinero no aplazaría ni por una hora la muerte de su padre, ni siquiera la suya. Se inclinó hacia el lecho y tomó entre sus manos las del misionero. Aquellas manos no se parecían a las suyas, pequeñas y huesudas, aunque ahora se hubiesen tornado consumidas y débiles.

—Padre... —murmuró. Y por un instante le creyó ya muerto.

Pero Lane no había muerto. Volvió la cabeza, aquella noble cabeza que legara a su hijo cuando lo engendró.

—¿Guillermo? —dijo una voz débil pero clara.

—¿Sabes que hago por ti todo lo que puedo?

—Sí, hijo mío, sí. Pero voy a morirme, ¿sabes?

—No puedo dejarte morir.

—Eres muy bueno, Guillermo, y te agradezco que no quieras dejarme morir.

—¡Es que te necesito, papá!

Había dicho las palabras espontáneamente, mas en el acto comprendió que eran la verdad. Nunca había hablado sinceramente a su padre, y, sin embargo, comprendía que sólo a su padre podía hablarle de sus cosas y de la inmensa inquietud que noche y día le colmaba. Ahora que había puesto en marcha el vasto y afortunado mecanismo que le proporcionaba dinero con su intervención o sin ella, ¿qué esperaba para después? En aquel momento tenía poder y millones de hombres miraban y leían lo que él mandaba imprimir y escribir. Pero ¿y después?

—Padre, si realmente me abandonas... Si crees que...

—Lo sé. Dios me lo ha dicho.

—Entonces, aconséjame antes de que te vayas. ¿Qué debo hacer?

—¿Con qué?

Los oscuros ojos de su padre se abrieron con final energía.

—Haz lo que te dicte tu conciencia, Guillermo. Ella es la voz que hace sonar Dios en tu pecho. «Recuerda a tu Creador en las horas de tu mocedad». Cuanto tienes, con tus grandes dotes, hijo mío, dedícalo a Dios. Te agradezco, Dios mío... que me hayas... devuelto a tiempo... al lado de mi hijo...

La débil voz se extinguió y el anciano se durmió como siempre que hacía el

menor esfuerzo. No volvió a hablar más.

Guillermo pasó a su lado horas y horas. Entraron las enfermeras, cumplieron sus deberes. El médico vino.

—Temo que esto no dure, señor Lane. En cualquier momento...

Guillermo no respondió. A las doce y veinte de aquella noche, su padre, sin haber despertado, cesó de respirar.

Clem había vuelto a sumirse en su propio país. Aun fracasado en China, no se sentía desanimado: tal era su fe en aquello en que creía. Había dicho muy poco a Enriqueta acerca de su breve visita a la barraca de San Francisco, pero ella comprendió su decepción y adivinó que, como siempre en tales casos, Clem se sentía más animoso después del tropiezo.

—Algún día, monina, verán todos que yo acierto —le dijo.

«Todos», eran los potentes, los que no creían en su fe, los ávidos, los egoístas, los políticos, los mezquinos de ánimo. Pero no los odiaba ni los despreciaba. Le poseía, en cambio, una vasta paciencia, una fuerte sabiduría. Procuraría esperar.

Entretanto, trabajaba. Decidió abrir en Dayton el mayor y más barato de sus mercados. Cada uno de ellos tenía su nombre propio. A éste le denominó: «A elegir lo que gusten».

Bump le habló de la conveniencia de dar un nombre general a toda la red de lonjas.

—No —respondió Clem—. Quiero que la gente piense que mis establecimientos son suyos. Cada uno debe ser distinto y adecuado a cada población y sus habitantes.

«A elegir lo que gusten» fue su primer mercado en una ciudad. Lo erigió en las afueras, al extremo de una línea de tranvías, porque allí la tierra era barata.

El día de la apertura, Enriqueta acudió a ayudarlo. Clem había atraído a miles de personas anunciando que el primer día se darían comidas gratis. A las diez, los tranvías estaban enormemente llenos y gentes bien alimentadas se apretujaban entre sí para alcanzar los mostradores donde se servían panecillos, bollos y cestos de fruta. Hacía un día frío y despejado y por los grandes cristales de las ventanas el sol daba de lleno en los hacinados mostradores y en los montones de cajas. Clem había tratado de producir un efecto a la vez moderno y clásico, y pendían del techo racimos de plátanos.

—Sírvanse, amigos —gritaba jovialmente Clem—. Llévense una calabaza y preparen en casa una empanada. Miren, miren la melaza. Sírvanse, sírvanse. Si cuesta eso caro, amigos, es por los envases. ¡Cinco centavos cada uno, figúrense! En Nueva Orleans la he comprado para ustedes. Por barriles y en abundancia. Ahí hay... Cojan, cojan... Y manteca de Wisconsin. Directamente adquirida a los granjeros. Y por eso puedo darla hoy sin cobrar. Mañana pagarán ustedes por ella menos que en cualquier otra tienda de la ciudad. Si alguno tiene hambre, puede coger un pan sin pagarlo. Dad y se os dará. No lo cojáis si no estáis hambrientos, pero si lo estáis y no podéis

pagarlo, siempre os lo daremos. Aquí no hay caviar, amigos, ni refinamientos, sino alimentos sencillos, directamente comprados a quienes los producen.

Y avanzaba entre las pasmadas gentes, sonriendo, alta la cabeza del color de la tierra, brillantes sus pequeños ojos azules, que todo lo veían a la vez. Llevaba un mono, como sus dependientes y peones, como él los llamaba. Peones que procedían de todas partes: dos muchachos chinos que querían pagarse los estudios, un negro con quien había simpatizado en Luisiana, varios jóvenes campesinos de Minnesota. Había escogido y enseñado él mismo a sus hombres, diciendo que los dependientes de otros comercios no le convenían.

Su negocio era poco ortodoxo y lleno de riesgos. Cuando un hombre se sentía inquieto porque tenía hijos pequeños y una mujer nerviosa, Clem iba a verle, hablaba a los niños, y principalmente al menor, casi siempre el más travieso. A veces mandaba de repente a Bump a California o Florida, a comprar naranjas baratas; a Virginia Occidental, para adquirir un cargamento de nabos que estaban saturando el mercado; a Massachusetts, para hacerse con una partida de pescado que amenazaba la estabilidad de los precios en las lonjas de Nueva York. En todas partes donde había comida de sobra, comida a punto de ser tirada, como pasó el verano anterior, cuando los labradores del Maine se hallaban a punto de tirar la mitad de su cosecha de patatas, allí aparecían Bump o Clem. Clem no confiaba para sus compras sino en sí mismo, porque en el angosto margen entre los precios de compra y los de venta estaban sus beneficios, y en esos beneficios radicaba la posibilidad de expandir sus mercados y su fe. Había heredado de su padre una invencible creencia en la bondad. Clem creía más que nunca que un hombre con el estómago repleto optaría por ser bueno. Por lo tanto, la tarea de los justos, entre cuyo número se consideraba, era procurar que todos comiesen.

En sus horas de ilusión (porque no trabajaba los domingos y sus mercados se cerraban rígidamente ese día) se entregaba a las mayores fantasías sobre la posibilidad de nutrir a todos los hambrientos del mundo. En su fea y pequeña casa de New Point (Ohio), donde vivía con Enriqueta en completa felicidad, imaginaba a las gentes de la China y la India llenando sus mercados. Su fracaso con Sun Yatsen en San Francisco y su seguridad del éxito futuro hacían sus sueños más ricos y más reales.

Recordaba el largo viaje que hizo a pie desde Pekín al mar. La antigua agonía del momento en que vio a sus padres asesinados, habíase mitigado y oscurecido. Recordaba, en cambio, los serpenteantes caminos, empedrados de guijarros, que enlazaban entre sí las aldeas, las polvorientas pistas de los lados del enguijarrado, los campos verdeantes de trigo primaveral, el alto sorgo que crecía en verano. Algún día, en aquellas aldeas y mercados chinos se pondrían a la venta sus mercancías.

«A elegir lo que gusten» prometió desde el primer día tener un gran éxito. Clem se enriquecía cada vez más. Según toda regla, no debía haberse enriquecido. No deseaba ser millonario, como Guillermo, y casi le avergonzaba ver crecer el volumen

de sus cuentas bancarias. Pero nunca daba dinero. Un hondo prejuicio contra la caridad organizada, contra las religiones de cajón y el idealismo vago, le hacían guardar las manos en los bolsillos. Ayudaba a cualquier hombre, mujer o niño que llevase ropa andrajosa o necesitase un médico, y unas palabras escritas en un pedazo de papel o en un sobre usado proporcionaban comida en su más cercano almacén a cualquiera, ya fuese un estudiante hambriento, un beodo o un vagabundo que fuera de camino. Pero no daba grandes cheques a obsequiosos tesoreros o presidentes de colegio, y las iglesias, incluso las de su propia población, no podían esperar de él más que diez dólares, depositados en el cepillo de las limosnas, por Navidad.

Bump, joven cauteloso y discreto, acordándose de su grado escolar de técnico en economía y dirección de negocios, advertía a su amigo que, más pronto o más tarde, los intereses organizados de los negocios de abastecimientos le atacarían.

—No puedes vender más barato que ellos sin riesgo de que te dañen —le decía.

La relación de Bump con Clem permanecía nebulosa. Honda sí, más inexpresada. Clem era demasiado joven para ser su padre adoptivo y nunca se le había ofrecido como hermano. El sagaz Bump reconocía en Clem un genio inexplicable. Había en él una osadía absurda, una candidez risible, una ignorancia casi analfabeta, y, con toda su ignorancia, candidez y loca osadía, Clem triunfaba en todas sus empresas. Había encontrado una fórmula tan sencilla que sólo un hombre tan sencillo como él podía hacerla valer.

Lo declaró así a millares de boquiabiertos individuos el día de la apertura de su nuevo mercado. Seis trompeteros, alquilados para la ocasión, lanzaron una tremenda clarinada al sonar las doce. La atónita muchedumbre volvió la cabeza hacia donde sonaba el fragor y en el centro de los relucientes bronces, sobre una especie de tinglado de tablas sujetas con cuerdas, vieron a Clem, vestido con mono, empuñando una bocina.

—¡Gentes! —gritó—. Esto es algo más que un mercado. Es un signo de mi creencia, una manifestación de mi fe. «Es la evidencia de las cosas en que se espera», dice la Biblia, y también «la evidencia de cosas no vistas». Lo que yo espero es que no vuelva a haber hambre en el mundo. La comida es lo más importante de la tierra. La comida forma una trinidad con el aire y el agua. Si yo fuese presidente de los Estados Unidos, aunque por otra parte celebro no serlo, haría que el pan y la carne, la leche y los huevos, la fruta y las verduras fuesen gratuitas para todos. Entonces no tendríamos más guerras. Resultaría más barato alimentar a la gente que mantener una guerra como la que en Asia se organizará algún día, y todo porque la gente se muere de hambre.

La gente escuchaba, inmóvil, preguntándose si aquel hombre estaría loco. Clem respiró profundamente y continuó:

—No me confundan. Yo no creo en la caridad, ni hemos de esperar que el gobierno haga una cosa de ese estilo. Yo no soy Presidente, ni espero serlo, ni quiero serlo. Pero hago lo que puedo. Ya lo ven ustedes, ¿no? Si es cosa buena y los

beneficia, todo lo que les pido es que crean en la idea. Gracias, amigos, y nada más. Permítanme advertirles que encontrarán paquetes gratuitos de merienda en el extremo meridional del mercado. También son gratis los helados y la leche y la soda. ¡Pásenlo bien, amigos!

Sentía un frenesí de felicidad. A las personas que anduvieron a su alrededor toda la tarde les hablaba con un torrente de explicaciones, consejos, reproches.

—Aquí no encontrará toda clase de víveres, sino los esenciales, pero éstos muy baratos. Compró siempre los excesos de producción, o sea, todo lo que hay en la estación, y, por lo tanto, muy económico. Por ejemplo, el invierno pasado, cuando las muchas escarchas estaban helando el ganado en el Oeste, compré muchos bueyes y pude vender carne barata. Así, la carne bajó. Y era buena carne. Al helarse la carne se hace más tierna.

»En este mercado no encontrarán pepinos de enero. Pero los hallarán a montones en verano, cuando los quieran para hacer ensaladas. Y también proporciono recetas culinarias. ¿Quién me las da? Personas como ustedes. Cuando aderecen ustedes algo bueno, escriban la receta y démenla. Ahí hay hojas impresas en abundancia. Cójnlas y denlas también a sus amigos. En ellas verán lo que se puede preparar con los pepinos cuando van baratos, y el modo de hacer dulce con las mondas de las manzanas en lugar de tirarlas a la basura. Compren barato y no malgasten. Con lo que tiramos nosotros podría alimentarse el mundo. Nadie en el mundo tiene por qué pasar hambre.

La gente le escuchaba y reía.

—¡Parece usted un predicador!

Clem sonreía.

—Puede que lo sea. Predico un nuevo evangelio: el de que nadie tiene por qué pasar hambre.

En medio de tales arengas, a cosa de media tarde corrida, vio a Enriqueta, con su traje y su sombrero oscuros, sentada en un rincón, apretando en la mano un papel amarillo. Clem estaba acostumbrado a telegramas que sus representantes le mandaban de todo el país, anunciándole la existencia de una partida de naranjas en el sudoeste, o de maíz en Indiana, o de unos camiones de hortalizas en Nueva Jersey. Como había que actuar inmediatamente, suspendió sus discursos y se abrió paso entre el gentío, apartándolos suavemente con sus descarnados codos.

Al llegar ante Enriqueta, cogió el telegrama que ella le tendía y vio que no era lo que había pensado.

El despacho, firmado por la señora Lane, rezaba:

Tu padre falleció anoche. Entierro jueves. Disgustadísima. Guillermo portóse maravillosamente. Cariños de tu madre.

En el acto Clem olvidó a la multitud y su gran éxito de aquel día. Como en el enorme edificio, económicamente construido, no había sitio para hablar a solas, ya que sólo cristales y pilastras de ladrillos daban la impresión de un recinto cerrado, él



mismo, poniéndose ante Enriqueta, sirvió de pantalla para encubrir a los demás las lágrimas que afluían a los ojos de su mujer.

—Vete al hotel en seguida. Wong te acompañará. Él te dejará en el tren de Nueva York. Si necesitas ropa negra o lo que sea, cómpralo. Mañana estaré allí. Siento mucho que vayas sola hoy, pero espero que no me censures por ello.

—Si al menos le hubiera visto antes de morir... —murmuró Enriqueta, enjugándose los ojos al amparo de los hombros de su marido.

Era más alta que él, pero Clem quedaba ahora ligeramente más elevado porque se había puesto encima de una hundida caja de cartón.

—Guillermo debió escribirme. O Ruth... Aunque no: la culpa fue enteramente mía.

Decíalo porque se había mostrado fría con sus padres al ver que iban a casa de Guillermo y no a la suya. Nadie la había dicho cuán enfermo estaba su padre. Las cartas de su madre no hablaban de la posibilidad de la muerte. Claro que pudo imaginárselo al no recibir carta alguna de él... Por otra parte él casi nunca escribía a sus hijas, aunque sí a Guillermo. Y Ruth nunca pensaba en lo peor.

—Esto es vergonzoso —comentó Clem—. ¡Bien podía tu familia haberte avisado!

—Ya no podré verlo vivo —repuso ella—. Es muy propio de Guillermo eso de llevarlo adelante todo por su cuenta, como si no existiéramos los demás.

—Anda, vete pronto —dijo él.

Llamó con la mano a Wong, uno de los estudiantes chinos. Era un muchacho alto y esbelto, oriundo de una población cercana a Pekín.

Hablándole bajo para que nadie le oyese ni se extrañara de escuchar una lengua extraña, Clem le dijo en chino:

—Wong, haz el favor de acompañar a mi mujer al hotel para que recoja su equipaje. Llévala a la estación y cómprale un billete para el coche cama del primer tren que salga hacia Nueva York. Su honorable padre ha muerto.

Wong había oído hablar del venerable doctor Lane, el más benigno de los misioneros. Hizo chascar la lengua contra el paladar.

—El día de la muerte de un padre —dijo con suavidad— es el peor en la vida de un hombre.

Quitóse la chaquetilla blanca y se puso la que llevaba fuera del mercado. A la media hora, Enriqueta estaba camino de la estación en su viejo «Ford». Guiando diestramente entre tranvías y vehículos, Wong procuraba consolar a Enriqueta contándole lo que había oído hablar de su padre.

—Hemos oído afirmar en nuestra ciudad que su honorable padre no temió acercarse a la vieja emperatriz y decirle que hacía mal favoreciendo a los boxers. Y por mi parte sé, porque yo era muy pequeño para acordarme de nada, que cuando ella volvió a la capital, fingiendo que nada malo había ocurrido, el padre de usted no acompañó a los demás extranjeros a las fiestas que la vieja daba, y permaneció solo.

Su padre amaba al pueblo, no a los gobernantes.

—Hace muchos años que no veía a mi padre —dijo Enriqueta—. Y no volveré a verlo más.

—Por amor a nosotros se aisló él de su país —dijo Wong, con la voz entrecortada.

En la estación compró el billete para Enriqueta y un cestillo de fruta. Cuando la hubo instalado en el asiento y dispuesto la cortinilla, bajó al andén y allí permaneció, con el sombrero sobre el pecho, hasta que arrancó el tren.

Enriqueta no conocía la nueva casa de Guillermo. Como no había telegrafiado anunciando su llegada, tomó un coche y llegó a la hermosa casa de piedra gris que se alzaba entre dos, más pequeñas, en la parte alta de la Quinta Avenida.

Tocó el timbre. Abrió la puerta un criado inglés.

—Soy la hermana mayor del señor Lane —dijo ella con su voz un tanto fría.

La sorpresa del sirviente dio a entender que no tenía noticias de su existencia.

—Pase, señora.

La condujo a una vasta estancia y desapareció. Gruesas alfombras silenciaban sus pisadas. Enriqueta se hundió en una butaca cubierta de terciopelo de color de coral. El cuarto la asombraba. En colgaduras y alfombras de terciopelo se repetían tonos coralinos, grises, azules. Era una estancia demasiado muelle, demasiado rica, demasiado opulenta. Candacia había ornamentado así los macizos muebles adquiridos por Guillermo y que a ella no le complacían. En el centro del cuarto, sobre una redonda mesa de caoba se erguía un gran jarrón chino de arcilla plateada, con vetas de un gris más acusado. Lo colmaban rosas de un tono amarillo pálido. Por la forma en que vivía, Guillermo debía de ser monstruosamente rico. O acaso fuera así como vivía Candacia y ella fuese la enormemente rica...

Enriqueta pensó en Guillermo tal como le recordaba de Pekín. Su memoria no se debilitaba por lo que veía. Guillermo había sido un muchacho huraño, de negro entrecejo, que respondía con gruñidos cuando ella le hablaba. ¿Por qué había sido siempre desgraciado? En la escuela de Chefú rara vez hablaba con ella, ni siquiera cuando se cruzaban en los pasillos. Si su madre enviaba un recado para los dos en una carta a Enriqueta, ésta había de transmitirlo a su hermano mediante una nota enviada por un sirviente chino. Ruth, demasiado pequeña entonces para ir a la escuela, no conocía estos aspectos malos de Guillermo, el cual, si desagradable en casa, era insoportable en la escuela.

Pero Enriqueta creía comprenderle de una manera vaga, mientras se sentaba, meditativa, junto a la ventana de aquella sala. Guillermo no consentía que nadie le superase, y, sin embargo, en aquella escuela nunca un americano llegaba a ser lo que un inglés. Y Guillermo se sentía injustamente preterido. Además ella misma le superaba en los estudios y, según iba creciendo, hábíale ocultado, no sin trabajo, las ventajosas calificaciones que hubieran acrecido el aborrecimiento de su hermano.

¿Por qué Guillermo había sufrido tanto cuando, de contentarse consigo mismo,

podía haber sido dichoso? Siempre fue un muchacho muy apuesto y su mentalidad, aunque desarrollándose más despacio que la de su hermana, era excelente y brillante, y verosímilmente hubiese rebasado a la de Enriqueta. Le había envenenado el alma su intolerable, su amargo y ardiente orgullo, orgullo fomentado por la necia niñera china que, sólo porque él era hombre y ellas muchachas, le había preferido a todas, alabándole siempre y haciendo que todas le adoraran como si fuese algún joven dios de la familia. Orgullo que también incitaba el hecho de ser un americano y vivir entre chinos. Pero en América no había principios.

Se abrió la puerta y penetró Candacia, arrastrando los plisados encajes de su salto de cama. Era casi mediodía, mas ella no se había vestido aún. Pero con sus encajes y sus tonos de rosa estaba tan inmaculada, tan exquisita y era tan suave, rubio y ondulado su corto cabello, que Enriqueta advirtió mucho más su suciedad, muy propia de una noche pasada en el tren.

Candacia le tendió las manos. Resplandecían de anillos.

—¿Cómo no nos advertiste que venías, mala?

—Pensé que contaríais con mi venida —dijo Enriqueta.

Recibió el perfumado abrazo de su cuñada y volvió a sentarse.

Candacia suspiró. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Guillermo está inconsolable —manifestó—. Ha permanecido junto a su padre día y noche. No come ni descansa. Tu madre duerme. Está muy fatigada. Ruth ha ido un momento a casa, con las niñas. Nada cabe hacer sino esperar.

—Clem vendrá mañana —dijo Enriqueta.

—Es una muestra de delicadeza en él —opinó Candacia.

—Lo hace por mí —repuso Enriqueta.

No sabiendo qué más decir, guardó silencio. Candacia daba vueltas a sus sortijas. Enriqueta se decidió. No se achicaría por aquella casa, ni por nada de aquella casa, ni por el propio Guillermo.

—Quisiera ver a mi padre, Candacia. No he llegado a verle vivo.

Candacia pareció desasosegarse. Su boca suave, roja y llena, adquirió un aspecto infantil. Mordióse el labio inferior.

—No sé si Guillermo querrá...

—Guillermo me conoce —respondió Enriqueta—. No te reprenderá.

Se levantó Candacia, y sometiéndose como de costumbre, condujo, silenciosa y dubitativa, a su cuñada, a través del vestíbulo, a un vasto cuarto: la sala de música. Así lo juzgó Enriqueta al divisar un gran piano y un gramófono incrustado en un mueble labrado. Por un pasillo llegaron a un invernadero y, al fin, a unas pesadas puertas de bruñido roble. Candacia, deteniéndose, entreabrió una de las hojas de la puerta. Por encima de su hombro, Enriqueta divisó una inmensa biblioteca en cuyo centro se elevaba un féretro. Allí estaba Guillermo, sentado en un sillón de cuero puesto de modo que le permitía ver la cara de su padre.

Al pie del ataúd había un alto jarrón de lirios. Por una ventana rasgada que miraba

al mediodía penetraba el sol, alumbrando la escena.

Enriqueta, apartando suavemente a Candacia, entró en la biblioteca.

—Aquí estoy, Guillermo.

Guillermo la miró, sorprendido. Se levantó.

—Pronto llegaste, Enriqueta —dijo su voz de siempre, profunda, algo áspera y reprimida.

—Tan pronto como recibí el telegrama de mamá me puse en camino.

Candacia, cerrando la puerta, se había alejado. Los dos hermanos estaban solos. Acercándose al ataúd, Enriqueta miró la faz de su padre, blanca como la de una figura de nieve. Las largas manos delgadas, cruzadas sobre el pecho, tenían la misma mortal blancura.

—Celebro que no le enviaras fuera de tu casa —dijo Enriqueta.

—Aquí se ha hecho cuanto se ha podido.

—Está delgadísimo.

—Llevaba enfermo dos años —dijo Guillermo—. Ni mamá lo advertía ni él se quejaba. La enfermedad le devoró los intestinos. No había remedio.

Ninguno de los dos lloraba. Ni esperaba que llorase el otro.

—Me alegro de que haya venido a morir aquí —dijo Guillermo.

—Acaso él hubiese preferido morir en China —respondió Enriqueta—. Quería mucho a los chinos.

—Con ellos malgastó su vida —opinó Guillermo.

Hablaba sin emoción, pero ella sentía el terrible dolor de su hermano. Y en aquel dolor se revelaba tal como ella nunca le había visto: un pobre hombre solitario, joven aún, lleno de un orgullo que se mostraba en su cara amargada, en su porte altanero, en los bruscos movimientos de sus manos.

—Es un consuelo para ti que haya muerto en tu casa —añadió ella, con repentina piedad hacia Guillermo.

—Es más que un consuelo. Ha sido su última misión.

Enriqueta, apartando la cara de la serena faz del muerto, contempló a su hermano. En sus ojos de un gris de piedra advirtió una expresión tan profundamente extraña, que por primera vez en su vida se sintió casi asustada de él.

Guillermo no sentía impulso alguno de contar a Enriqueta las últimas palabras de su padre, aunque les daba una importancia profética. Por su madre sabía que el doctor Lane, durante su último año pasado en Pekín, tenía la premonición de su próxima muerte. Se negaba a volver a América diciendo sencillamente que deseaba morir en China y ser enterrado allí. Pero al ver la inminencia de su muerte, cambió de opinión.

—Quiero ver a Guillermo —dijo una noche, al despertar, como solía, mucho antes de amanecer—. Quiero ver a mi hijo y hablarle. Necesito decirle muchas cosas.

Su madre, en este punto, se había interrumpido para secarse los ojos y preguntar, curiosa:

—¿Qué te dijo, Guillermo?

Mas él no podía compartir con ella la solemnidad de las últimas palabras que su padre consiguiera pronunciar. Habían sido pocas, muchas menos, a juicio de Guillermo, que las que el misionero se hubiera propuesto decirle, de no impedirlo la gravedad de su dolencia, en aquellas postreras semanas.

Con todo, en muy pocos vocablos lo esencial había sido expresado. Comprendía que su padre había recorrido miles de millas de mar y tierra para ver a su amado hijo, y así todo se lo perdonaba: la vergüenza de ser hijo único suyo, la desgracia de la bajeza de nacer descendiente de un pobre misionero... Con su muerte y su amor a su hijo, el doctor Lane se elevaba ante Guillermo hasta la santidad. Había en ello un simbolismo que, a su manera, rayaba tan alto como el de la Cruz. Era el único engendrado por su padre que se complacía en él...

—¿Te sientes bien, Guillermo?

La ansiosa voz de Enriqueta fue como un toque de hielo en el ardoroso corazón de su hermano. Con su irritación antigua, respondió:

—Claro que me siento bien. Aunque, naturalmente, fatigado. No pienso descansar hasta mañana, después del entierro. Anda, vete a ver a mamá.

—Candacia dice que está durmiendo.

—Pues ya es hora de que despierte.

Y, tomando a su hermana por el codo, la hizo salir de la estancia. En el vestíbulo apretó un botón. Apareció el criado.

—Lleve a mi hermana al cuarto de mi madre —ordenó Guillermo.

—Sí, señor. Por aquí, señora.

Las puertas corredizas se cerraron tras Enriqueta, que se vio obligada a seguir al hombre. Sus pies se hundían en las gruesas alfombras del vestíbulo y las escaleras. Se halló en otro vestíbulo al que daban media docena de puertas cerradas.

El hombre llamó a una. Enriqueta oyó la voz de su madre:

—¿Qué hay?

—Gracias —dijo Enriqueta, despidiendo al criado con un movimiento de cabeza.

Y abrió la puerta. Su madre, sentada ante una mesita, vestida cuidadosamente y con el cabello, de un gris de acero, arrollado en un moño, escribía. Dejó la pluma y volvió la cabeza.

—¡Querida Enriqueta! —exclamó, alzándose majestuosamente y tendiéndole los brazos—. ¡Querida hija mía!

Enriqueta se dejó abrazar y besó la seca mejilla de su madre. A la primera ojeada advirtió que, aunque la señora Lane había envejecido y se había marchitado, adquiriendo una seca rubicundez en los últimos años que ella llevaba sin verla, no había cambiado en lo demás. Nada nuevo existía en su personalidad. Su madre seguía planeando siempre lo que debía decir y hacer y sabía cómo conducirse.

Enriqueta, apartándose, se quitó el sombrero y el abrigo.

—¡Qué raro me pareció, mamá, encontrar que papá y tú os habíais ido cuando llegamos a Pekín!

—Si nos hubieses avisado tu viaje —dijo la señora Lane— te habrías evitado todo ese camino.

Enriqueta se reprimió para no decir las razones que habían aconsejado a Clem aquel viaje a China, súbitamente decidido.

—Cuéntamelo todo, mamá.

Su madre no le dijo más cosas de las que ella podía imaginar que habían ocurrido.

—En Pekín todo se ponía peor —empezó la señora Lane—. No era, ni mucho menos, como antaño. ¿Recuerdas, Enriqueta, qué sencillo era antes todo? Siendo tú niña, yo era acogida con gran cortesía doquiera que iba, meramente por ser extranjera. Después, claro, vino la rebelión boxer. Mas, a pesar de ella, Pekín era entonces un encanto. Yo llegué a tomar cariño, verdadero cariño, a la vieja emperatriz. La señora Conger y yo visitábamos a veces a Su Majestad y ésta hacía que una de sus damas me explicase (porque la señora Conger no entendía el chino) cuán disgustada estaba por lo ocurrido, puesto que sabía que todo lo que hacíamos nosotros era por el bien de China. Luego alargaba su mano y acariciaba la mía. Tenía mano de vieja, pero bellísima. Tan delicada, tan llena de sortijas, con las uñas esmaltadas... Realmente, era maravilloso verla. Creo que la mayoría de las personas no la comprendían. Yo solía decírselo así a tu padre, pero él nunca confió en ella, dijese lo que dijese.

—¿Cuándo enfermó papá? —preguntó Enriqueta.

—Poco después de que ese Sun Yatsen empezó a soliviantar al pueblo. Tu padre se disgustó mucho. Yo le dije que nada íbamos a ganar con disgustarnos, pero no me atendió. Ya sabes que no me hacía caso jamás. A su manera era terriblemente testarudo. Y las cosas empezaron a ponerse mal. Después de morir la emperatriz, terminó la maravillosa cortesía que sabes reinaba allí siempre. Hasta la gente en la calle empezaba a ser brusca con nosotros. No les agradaba nuestra presencia en Pekín. Un domingo por la noche, yendo a la capilla, tu padre fue apedreado.

—¿Apedreado? ¿Por qué? —inquirió Enriqueta.

—Por nada. Por ser extranjero. Luego mejoró la situación. Has estado tanto tiempo fuera, querida, que resulta difícil explicarte las cosas. Pero ha habido no sé cuántos cambios, una revolución constante... Yo avisaba a tu padre de que estaba adelgazando mucho, pero él insistía en quedarse allí.

—Y cuando rectificó, ¿quiso ver a Guillermo?

—Tuvo de repente la idea de que Guillermo le necesitaba. Recuerdo que dijo una cosa muy rara cuando estábamos en el puente del vapor, al zarpar de Shanghai. Estaba mirando hacia la costa y murmuró: «¿De qué aprovechará a un hombre ganar todo el mundo si pierde a su hijo?».

Enriqueta no contestó. Ya no escuchaba la voz de su madre. Extraña cosa aquella proferida por su padre. ¿Qué querría indicar?

Enriqueta fue a la estación a esperar a Clem. Con su usual destreza, aguzada por

sus constantes viajes, Clem había conseguido alcanzar un tren en el último momento posible, para llegar al sepelio. De haber surgido un retraso de media hora, hubiese llegado tarde. Pero Enriqueta había acabado creyendo que bastaba que Clem tomase un tren para que éste no se retrasara. Porque su marido vivía en un nimbo de suerte.

Enriqueta, esperando en el andén, vio llegar el convoy a la hora en punto. Clem era siempre el primero en apearse. Le vio salir, denegar con la cabeza al ofrecimiento de un mozo y aproximarse llevando un maletín. El chófer de Guillermo quiso cogerlo, pero Clem se resistió.

—Gracias. Tengo la costumbre de llevar mis maletas yo mismo.

Dirigió al hombre una mirada animada y abstraída, y después le olvidó.

—¡Dios mío, Enriqueta, cómo me alegro de verte! ¿Qué tal te va, monina?

—Vamos, Clem. Hay prisa.

—El entierro no es hasta las cuatro. Tenemos tiempo de sobra.

—Quizá sea temprano si...

Pero él, viendo los ojos de su mujer llenos de lágrimas, procuró seguirle el humor.

Entraron en el enorme coche que Guillermo había importado de Inglaterra. Clem, alzando sus cejas de color de arena, no dijo nada, pero Enriqueta comprendió su mudo reproche.

—No te extrañe. Guillermo odia a Inglaterra, pero adora lo inglés.

—Es igual. ¿Tienes algo que contarme, monina?

—Ahora, no. Después.

Recorrieron en silencio las brillantes calles de Nueva York. Por vez primera veía Clem a Enriqueta vestida de negro. Le sentaba bien, pero él tuvo el buen sentido de callárselo. Se esforzaba en compartir el disgusto de su mujer, mas no lo conseguía. Pensando en la muerte del doctor Lane recordaba con renovada intensidad a su padre, con la cabeza medio separada del cuerpo, junto a los demás cadáveres. Ansiaba hablar animadamente de cualquier otra cosa, explicar a Enriqueta el éxito de la inauguración del mercado de Dayton, mas comprendía que en aquellos momentos no debía hablar de aquello ni de nada. Para eludir el inolvidable recuerdo, procuraba fijarse en las calles, tratando de recoger en los escaparates ideas de propaganda, de presentación, de difusión. Y se sentía culpable al pensar que no lograba hacer suyo el disgusto de Enriqueta. Ella quizá no comprendiese, aunque él se lo dijera, que, si no se evadía a las memorias que le asaltaban, habrían de gravitar siempre sobre su vida. Tenía que alejar hasta la menor posibilidad de que le dominaran. Y si lo conseguía era merced a su constante actividad, a su incesante planear, a sus increíbles realizaciones.

—¡No paras un momento! —dijo ella, con súbita y extraordinaria impaciencia.

Él la miró, sorprendido.

—¡Oh, Clem!

Y le estrechó una mano entre las suyas.

Clem vio de nuevo lágrimas en los ojos de su mujer.

—Ya, Enriqueta... No acierto por qué, pero no puedo estar quieto un minuto.

Su humildad la desarmó.

—No te preocupes. No sé lo que siento.

—Es natural.

Haciendo un sobrehumano esfuerzo, Clem pudo permanecer tranquilo, forzando a la inmovilidad la mano que ella apretaba entre las suyas, impidiendo a sus pies agitarse, negándose a admitir la picazón de su nariz y de sus mejillas, rechazando el dolor nervioso de su brazo y su pierna, refrenando las innumerables exigencias menudas de su tensa estructura corporal.

Ella se sintió agradecida. Anduvieron en silencio mientras el coche los llevaba a la monumental iglesia de la Quinta Avenida donde Guillermo había decidido que reposase su padre.

Enriqueta y Clem subieron los escalones de mármol. En el atrio los recibió un acólito que los condujo, sin hablar, a un grupo de bancos enlutados, donde se hallaba la familia. Con sorpresa, Enriqueta vio a Roger Cameron y a su esposa. Roger, flaco y envejecido, tenía el aspecto permanente y duradero de una momia. El asiento de Enriqueta y el de Clem quedaban junto al de Guillermo. Se sentó.

Clem miró los ojos de su cuñado, grises bajo sus pobladas cejas. Sintió agitarse su corazón. El muchacho alto y adusto que conociera en las calles de Pekín se había convertido en un hombre adusto y alto. En una breve mirada, mientras hacía con la cabeza un signo de saludo, Clem vio la cara larga y recta, la pálida piel, los ojos profundos en sus cuencas bajo las cejas negras, y la boca contraída.

Se sentó, olvidando al muerto. ¡Era Guillermo tan desgraciado! El disgusto de las pocas semanas últimas no podía haber bastado para trazar en su rostro tal expresión. ¿Por qué podía Guillermo sufrir y ser desgraciado? La infelicidad era una cosa profunda, que impregnaba hasta las mismas fibras del alma de un hombre.

«El Señor nos lo dio y el Señor nos lo toma». La voz pulida y llena del oficiante brotaba junto a la cancela del altar. Clem respiraba con fuerza y procuraba no mover los pies. Las flores eran demasiado fragantes: la iglesia demasiado caliente. En el ataúd vio una estatua de rostro blanco, bien vestida y diestramente rodeada de flores que parecían formarle un marco ideal. Aquella estatua no recordaba en nada al doctor Lane, a quien Clem recordaba como un santo melancólico, siempre reservado, aunque amable. Aquel hombre muerto parecía orgulloso e incluso soberbio. Sus facciones eran demasiado nítidas, las cejas tenían un toque de negro, los labios brillaban con un rojo apagado, la nariz era perfecta, los párpados acusados. La cabeza tenía una inmensa dignidad marmórea. Clem recordaba ver al doctor Lane andar siempre ligeramente encorvado, la cabeza baja y humilde, bondadosas las facciones, pero borrosas, como perdidas en las dudas que asaltaban al hombre que ve todos los lados de las cosas.

Supuso que Guillermo había procurado que se hiciera todo lo posible para mejorar el aspecto del doctor Lane. A Clem le disgustaba lo que veía. Sintiendo que el impulso de moverse se tornaba indomitable, empezó a mover rítmicamente los



pies, a rascarse las palmas y las muñecas y hasta a frotarse la nariz con el índice, mientras una mujer con alta y clara voz de soprano cantaba un himno:

«Por cuantos santos ahora de sus labores descansan...».

Enriqueta oprimió con la mano el brazo de su marido, Clem recobró la inmovilidad.

El sacerdote inició un panegírico del doctor Lane, a quien ni conocía. Clem escuchaba. Suponía que todo debía de ser verdad, como, por ejemplo, que el doctor Lane, progenitor de Guillermo Lane, una de las grandes figuras de América, descendía de una distinguida familia de intelectuales. Aunque su familia no aprobó del todo el que se convirtiese en misionero, él había persistido en su noble determinación a la que se unió la joven de una familia no menos buena. No era usual que dos jóvenes de su posición lo abandonasen todo para predicar a Cristo en un país pagano. Los esfuerzos del doctor Lane, además, resultaron singularmente afortunados. No sólo se acreditó en el campo misional, sino en su interpretación de la mentalidad china durante las crisis políticas de los años últimos.

«Este hombre no habla de lo verdaderamente importante», díjose Clem.

Era extraño que Guillermo no hubiese indicado al sacerdote que su padre amaba a los chinos y que no siempre se había empeñado en convertirlos. Por eso ellos le apreciaban. Bien podía Guillermo haber indicado las buenas cosas menudas que su padre hacía, como llevarse siempre la mano al bolsillo en cuanto veía un menesteroso...

El doctor Lane, por ejemplo, habría comprendido como el propio Clem, la necesidad de ofrecer a la gente comida fácil de encontrar y barata. A Clem le hubiera encantado hablarle de sus lonjas y de sus planes para encontrar algo que resolviera el problema de la alimentación en el mundo. Todo esto hubiera podido explicárselo al doctor Lane... Cosas que ni siquiera había dicho a Enriqueta, aunque ella siempre le apoyaba en todo, creyese o no en la eficacia de las cosas que decía. Pero quizá el doctor Lane hubiese creído...

Clem miró de soslayo el perfil de Guillermo. Ya todos se levantaban. Había concluido la ceremonia. Quizá hablase a Guillermo cuando las exequias concluyeran. Faltaba dar tierra al cuerpo.

Junto a la abierta fosa permaneció entre aquella familia a la que no conocía y a la que pertenecía, sin embargo, por su enlace con Enriqueta. Vio a todos, incluso a Jeremías, a Ruth y a sus dos hijitas, menudas muchachitas vestidas de blanco y no de negro, con sombreritos y abriguitos de blanca piel. Nunca había visto Clem a Ruth, ni a Jeremías, ni a la señora Lane. Eran esa clase de gente con la que nunca se trataba.

Mientras el ministro pronunciaba solemnes y ampulosas palabras y echaba tierra sobre el ataúd, Clem, abstraído e inconsciente por entero, reflexionaba en los varios milagros de su vida, el primero de los cuales consistía en que Enriqueta hubiese querido casarse con él. Viendo aquella familia, no lo comprendía, aunque no tuviese, por otra parte, nada de humilde. El milagro era que, naciendo entre aquella gente, ella

hubiese tenido suficiente seso para comprender quién era Clem y lo que sabría hacer. Y ello antes de haberlo hecho.

La contempló. Enriqueta había crispado, juntas, sus manos enguantadas de negro, y su fuerte perfil se acusaba mientras dirigía los ojos al suelo. Clem la amaba intensamente. La amaba como amaba su trabajo, como amaba su sueño. Era una de sus grandes cosas. Pero ella era entera y de una pieza sin necesidad de él. No podía imaginarla como parte de él, porque pensaba en sí mismo. No conocía cuál era su aspecto, ni en qué clase de hombres se le podía clasificar. Tenía tan poca carne como una cigarra.

Le alegraba que Enriqueta no le hablase nunca de tener hijos. Había visto muchos niños muertos de hambre. En su larga y desolada marcha de Pekín al mar tuvo ocasión de ver incontables niños sucios, haraposos, risueños, hambrientos. Sobraban niños en el mundo. Al pensar en los niños, pensaba siempre en sus hermanas tal como las había visto por última vez, y su mente se apresuraba a alejarse del tema. Tenía que estar libre para cumplir la tarea a que se había consagrado y los niños debían ser guardados en casa, como tesoros en estuches. Si sus hermanas hubiesen estado así, todavía vivirían... No, no quería hijos.

Tim, Jen, Mamie... Cuando corrió a la granja tras leer la lúgubre historia, ya Tim estaba muerto y enterrado. Papá Berger se hallaba en cama, enfermo, y lloraba cuando le hablaba alguien. Un policía hacía guardia junto al lecho y había corresponsales por todas partes. Mamá Berger, con las muchachas, estaba en la cocina, cerradas las puertas. Había allí un periodista de enérgico rostro, que se llamaba Seth James. Después de saber que Clem se llevaba a Ohio a las dos mocitas, se fue.

—Usted es la única persona decente que he encontrado aquí —dijo James, estrechando reciamente la mano de Clem media docena de veces.

Clem no sabía, al principio, qué hacer con Jen y con Mamie. Cuando se las llevó, las dos lloraron. Pero Enriqueta las acogió con cariño y en poco tiempo las dos aprendieron a despachar en el almacén. Y en cuanto engordaron un poco y cobraron mejor aspecto, se casaron con dos mozos de labranza. Mamie murió al dar a luz a su primer hijo, pero Jen, de la que Clem siempre había creído que no viviría mucho, engordaba y se hizo muy parlanchina. El milagro, claro, lo había hecho la comida. Abundancia de buena comida.

Reaccionó bruscamente cuando Enriqueta apoyó la mano en su brazo. Había terminado el sepelio y a Clem le avergonzaba no haber reparado en nada. Volvióse obediente al contacto de su mujer, y se unió a la solemne procesión familiar que se dirigía a los coches de duelo.

El cortejo se detuvo frente la casa de Guillermo y la familia se apeó y cruzó la ancha puerta principal, que mantenía abierta un lacayo en cuyo rostro se pintaba la apropiada expresión de condolencia. Roger Cameron y su mujer habían seguido hasta

su casa, dejando atrás a los demás coches. Cuando Candacia pidió a su padre que se quedara aquella noche con ellos, su padre rehusó.

—Juré hace diez años —dijo— que no iría más a entierro alguno, no siendo al mío propio, y si he venido hoy ha sido porque me obligó tu madre. Así, hija, arréglate como puedas el resto del día.

Candacia, en el piso alto, cambió su ropa de luto por un vestido blanco a cuyo cuello prendió una cinta negra. Luego corrió escaleras abajo para ver si el té encargado por Guillermo estaba dispuesto en la mesa. Pero un té bastante distinto del usual. Enriqueta y Clem partían en un tren mañanero, y Jeremías y Ruth tenían que volver a casa con las niñas. Había en el aparador jamón y tajadas de pollo fiambre y Candacia sabía que el cocinero había preparado un flan. Por orden suya no había flores en la mesa. Tantas flores había visto aquel día que no deseaba ninguna más. Acaso la semana siguiente mandara poner unas rosas rojas...

Por extraño que pareciera, ella no sentía disgusto alguno. Acaso una suave tristeza, como la que siempre provoca la muerte, pero disgusto no. Era imposible condolerse de un viejo al que apenas había hablado. Un buen hombre, desde luego, según pudo advertir en el curso de su enfermedad. Mas lo que la turbaba era su incapacidad para compartir el dolor de Guillermo. Un dolor que él atesoraba, que guardaba para sí, que soportaba con una magnanimidad tal, que ella se sentía repelida por él y se indignaba contra sí misma. Temía el día siguiente, cuando nadie estuviera allí con ellos... salvo, naturalmente, su suegra. Por primera vez se alegró de que la madre de Guillermo fuera a pasar el invierno con ellos. Acaso las dos juntas pudieran comprender a Guillermo mejor y hacerle más feliz.

En aquel momento, mientras se movía por el comedor, el marido de Enriqueta llegó al umbral y miró. Candacia le comparó con un pájaro, por lo ligero, animado de rostro infantil y por su modo de hacer continuos movimientos. Difería completamente de Enriqueta, y, sin embargo, se notaba entre ellos una cierta similitud. Candacia no comprendía el motivo de que a Guillermo le hubiese irritado el casamiento de Enriqueta con Clem.

—Pasa, Clem —dijo con dulzura.

Él entró con las manos en los bolsillos, en los que se agitaba algo ruidoso. ¿Acaso llaves o monedas? No: un frasco de píldoras que acabó sacando.

—¿Podéis darme un poco de agua? Todo esto ha agravado mi gastritis nerviosa.

Candacia tomó del aparador una garrafa labrada. Clem, al cogerla, soltó un tenue silbido.

—Es sólida, ¿eh?

—Un regalo de boda. ¡Si vieses la cantidad de cristal labrado que me han regalado, además de esto!

—¡Gran boda debió de ser! En Guillermo es natural. ¿Te ha contado alguna vez cómo nos conocimos?

—No. ¿Cómo fue?

Clem echó unas píldoras en la palma de la mano, se las llevó a la boca, vertió agua en un vasito y la apuró.

—Quizás él lo haya olvidado, pero yo no. Un muchacho chino y yo dábamos vueltas uno alrededor del otro, amenazándonos con los puños, y vino Guillermo y nos separó.

—¿Te conocía entonces?

Clem sonrió pícaramente. Bajo su blanca piel, Candacia vio marcarse sus pecas.

—No, pero sabía quién era yo.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo era de otra clase.

—No creía que hubiese clases en Pekín.

—¡Ya lo creo! Comparados con nosotros, los Lane eran aristócratas. El doctor Lane ganaba un salario mensual. Su familia vivía en un *compound*. Mi padre no tenía sueldo. Vivía sólo de su fe.

Hablaban a media voz, no sin cierta sensación de culpa, satisfechos de apartarse de aquel ambiente sombrío. Candacia advertía cierto humorismo en Clem. Y a Clem ella le parecía una mujer bonita y placentera, sincera además, quizá no muy inteligente, no tan valiosa como Enriqueta, pero agradable para hablar con ella, especialmente después de un sepelio.

—Todo el mundo es igual, Canda...

—Llámame Candy.

—¿Candy, eh? Bonito nombre. Mi padre era un ignorante, Candy, una persona sin instrucción, como yo. Aunque con una diferencia: yo deseaba instruirme y él no veía la necesidad de hacerlo. Creía que Dios lo proporciona todo, incluso comida, ¿comprendes? El doctor Lane lo veía más claro. Ciertamente era un hombre instruido. Y mi padre un mero muchacho campesino.

Candy le miró, sin acabar de comprender las palabras de su cuñado. Pero él insistió:

—Todos los misioneros prósperos nos miraban, naturalmente, con desprecio. Parece que mi pobre padre procedía a veces como un mendigo. Cuando nos veía hambrientos y sin comida a la vista apremiaba un poco a Dios...

—¿Cómo?

El rostro de Clem se puso tan rojo que sus pecas desaparecieron.

—Visitaba a los otros misioneros, y a veces a los chinos, y les decía que no teníamos qué comer.

Esforzóse en reír.

—Y decía no sé qué sobre Dios, o cosa semejante. En cualquier caso, no me gusta pensar en ello.

—Tengo la certeza de que Guillermo ha olvidado todo eso —dijo Candacia, sintiendo un impulso de piedad y vago afecto por aquel hombre.

—Acaso —respondió Clem.

Y, reportándose, volvió a iniciar el tintineo de antes en los bolsillos.

Pero en sus inquietos ojos azules aparecía una expresión que volvió a despertar la piedad de Candacia.

—Eres feliz con Enriqueta, ¿verdad? Creo que ella te adora. Cuando habla de ti no parece pensar sólo en su marido sino en su hijo.

—No hay en el mundo nadie como Enriqueta —aseguró Clem.

El sonrojo de su cara había desaparecido tan de prisa como surgió y sus pecas habían vuelto a presentarse. Continuó:

—Sin ella, no sé lo que haría. Es el cimiento de toda mi vida. Desde luego, yo construiré toda clase de superestructuras en ese plan mío de distribuir comida, pero ella es la base que se mantiene firme. Y no me desalienta nunca.

—¡Maravilloso! Y acerca de lo de la comida, ¿qué piensas hacer, Clem?

—Alimentar al mundo.

—¡Aaaah!

Apoyó su mano, bonita, llena de sortijas, sobre el brazo de Clem. Ambos prestaron oído y Candacia apartó la mano. Guillermo entraba en la sala. Su mujer se volvió.

—Te esperábamos, Guillermo. Todo está ya preparado.

—No sé por dónde andan los demás —declaró Guillermo.

Se acomodó en una ancha butaca jacobina que había junto a un ventanal abierto a una terraza. Llevaba aún su traje de luto y, sobre el fúnebre paño negro, la blancura de su rostro bajo sus oscuras cejas resaltaba más que nunca.

—Clem me hablaba de sus planes de alimentar al mundo.

Guillermo miró a Clem frunciendo las cejas. Clem, volviendo a oír el tintineo de sus bolsillos, sacó de ellos la mano.

—¿Te dedicas a negocios de comestibles? —preguntó Guillermo sin interés.

—Sí —respondió Clem—. Acabo de abrir un nuevo gran mercado en Dayton (Ohio).

—¿Qué tiene eso que ver con el mundo?

—Es sólo un principio —manifestó Clem con humildad.

Le sorprendía descubrir que le agradaba hablar con Guillermo. Había cierto atractivo en ello. Cruzando a paso vivo la estancia, se acomodó en la otra butaca jacobina que había frente a la de Guillermo, y, colocándose de perfil, empezó a hablar con repentina vehemencia.

—Empecé —dijo— del modo más sencillo que puedes imaginarte. Esto es, con una tiendecita de comestibles en una villita: New Point, de Ohio. Aquélla es mi base. Ya sabes que no tengo familia. La rebelión boxer acabó con todos.

—Me lo contó mi padre —repuso Guillermo.

—Bien. No recordemos el pasado. Presumo que nuestra forma de vivir mientras era niño me despertó este interés por la comida. Y no porque yo coma mucho, pues padezco gastritis nerviosa. De todas las espléndidas cosas que hay en la mesa apenas

me verás tocar ninguna. Tal vez una taza de té y un poco de pollo. El pan me emponzoña, y eso que yo hago elaborar un pan muy bueno. ¿Recuerdas el pan chino, Guillermo?

—Mi madre no nos dejaba comer cosas chinas.

—Pues en nuestra casa agradecíamos mucho aquel pan. Muy preferible al hambre. Aprendí a conocer el buen pan que era. Si quieres, te enviaré unas hogazas del que yo produzco...

Guillermo, sorprendido, se olvidó de agradecerse.

—¿Y prospera tu negocio? —preguntó fríamente, pensando que su cuñado tenía, en efecto, el aspecto de un tendero provinciano.

—Vendo más barato que nadie —dijo Clem con orgullo—. Dondequiera que hay un exceso de víveres, allá voy. Veinte hombres se encargan de esa tarea. Algún día me haré cargo de los excesos de vituallas de todo el mundo. Y entonces haré lo que me propongo.

—¿Un monopolio mundial de productos alimenticios? —dijo Guillermo, pareciendo interesado en algo por primera vez en muchos días.

—¡No, demonio! —exclamó Clem animadamente—. No me interesan los monopolios. Me interesa dar de comer a la gente. A los que no pueden pagar, les regalo los géneros.

—¿Te propones regalar la comida? —preguntó Guillermo, con incredulidad.

—¿Por qué no a los que tengan hambre?

—De ese modo no prosperará tu negocio.

Clem se retorció en su butacón, rascóse una mejilla y luego la otra con la misma mano, se tiró del corto cabello que descendía sobre su oreja derecha y se frotó las rodillas.

—No sé cómo sucede —dijo con humildad—, pero el caso es que ya soy millonario... o poco más o menos.

Candacia, que se había sentado en una de las doradas sillas del comedor, rompió a reír. Guillermo se volvió a su mujer.

—¿De qué te ríes?

Ella, ocultando la cara entre las manos, movió la cabeza, sin poder contener la risa. Lo que la hacía reír era el semblante que ponía Guillermo, pero quiso ocultarlo.

—¡Es tan gracioso! —murmuró—. ¡Dar comida gratis y hacerse millonario!

—¡Tontería! —respondió Guillermo—. En primer lugar no la da gratis toda.

—Pero sí parte —musitó ella.

Sacó el pañuelo y se secó los ojos. Luego vio que Clem sonreía mirándola.

—Es divertido —confesó Clem—. Condenadamente divertido. Y ya digo que no sé cómo ocurre. Alguna especie de magia debe de haber en esto. No tiene otra explicación.

Aún duraba la conversación, enteramente repulsiva para Guillermo, cuando entró la señora Lane. La seguían Jeremías y Ruth.

Entró Enriqueta detrás, puesto ya el sombrero, lista para el tren.

Guillermo se levantó.

—Sentémonos a la mesa —propuso con voz tranquila—. Tú ponte a mi derecha, mamá; Ruth a mi izquierda. Candacia y Jeremías enfrente. Enriqueta allí. Y tú aquí, Clem.

Cuando todos estuvieron acomodados, Guillermo, alzando la cabeza, fijó la vista en un punto situado por encima de la cabeza de Candacia, más allá de la mesa cubierta de mantel de encaje. Su esposa comprendió que les quería decir algo.

Guillermo empezó:

—No era costumbre en esta casa dar gracias a Dios antes de las comidas. Quizás en eso hayamos andado negligentes. Pero, a partir de hoy, y en memoria de mi padre, en cada comida que se haga en esta casa se darán las gracias a Dios.

Aunque bajó la vista, Candacia se fijó bien en él. En un impulso de amor y piedad comenzó a derramar lágrimas, y él, para no verlas, apartó la mirada.

—Querido Guillermo... —murmuró la señora Lane.

Y alargó la mano hacia él. Pero él no miró a Candacia ni rozó la mano de su madre. Inclinando la cabeza comenzó en voz baja y tensa:

—Recibe, Padre Nuestro, las gracias por la comida que nos ha dado. Benditas sean estas vituallas para nosotros y bendito sea tu reino. Amén.

Era la plegaria de gracias que su padre dijo durante toda su vida de misionero.

## VIII

Clem calculaba su tiempo. Su fe, confirmada por su continuo éxito, sólo se tornaba belicosa si hallaba oposición. Quedó asombrado cuando descubrió que los que se hubieran reído de su fracaso, se indignaban, primero cuando le vieron triunfar y seguidamente le atacaban, acusándole de perjudicar sus establecimientos. Los grandes almacenes, las compañías de productos alimenticios, las cadenas de almacenes de abastos que formaban una red en torno al país, se irritaban. Afirmaban que también ellos vendían a la gente productos baratos y buenos, e iniciaron las hostilidades con una insidiosa campaña en el sentido de que los géneros procedentes de sobras de cosechas no podían ser productos garantizados, sino que contenían gérmenes de podredumbre y enfermedad. «¡Sólo nuestros artículos envasados — aullaban— deben comprarse! ¡Nuestros artículos con su precinto de garantía!».

—Necesitamos buscar muy buenos abogados —dijo Bump a Clem.

Bump, durante la guerra, había servido como técnico de la alimentación, obteniendo una medalla por ahorrar a la nación millones de dólares en sus compras de víveres, para lo cual había utilizado la experiencia obtenida al lado de Clem, y la ayuda de éste. Terminada la guerra, habíase casado, no muy a su gusto, con una muchacha alemana, Frieda Altmann, a la que había conocido estando en ultramar. Tenía con ella dos hijos rollizos que parecían, como él notaba asaz a menudo, puramente alemanes. Pero Frieda era buena, cocinaba bien y profesaba a Clem la adoración propia de un dios. Se mostraba muy humilde con Enriqueta, a la que amaba con entusiasmo. Pero Frieda ponía mucho entusiasmo en todas sus cosas.

Bastaba que a Clem le acorralasen para que se tornara frío y agresivo. Contrató los servicios de dos inteligentes abogados de Dayton: Beltham y Black. Y entró en la guerra privada que había de durar tanto como su vida.

Para Clem la guerra mundial había representado un incomprensible atavismo. Conocía poco de Europa y tenía la tendencia a considerarla como un pequeño y divertido país en el que estaba incluida Inglaterra. Había andado por allí, como solía decir, el verano anterior a la guerra, acompañado por Enriqueta, desde luego. Seguía negándose a poner el océano entre los dos.

Unas cuantas semanas en Inglaterra le habían bastado.

—A esta gente no se le puede decir nada —explicó a Enriqueta—. Me creen obsesionado por una idea única. ¿Y qué? Si un hombre tiene una idea suficientemente grande, no le hacen falta más.

Contemplaba las pulidas granjitas y las suaves laderas verdes de Inglaterra con cierto cinismo.

—Detrás de todo esto —afirmaba— me parece ver la India. Y Egipto y el Oriente Medio. Alguna vez iremos a la India, monina, y veremos las verdes colinas y las rollizas gentes de aquel país. ¡Y la vaca asada, y las chuletas, y las piernas de carnero que allí deben de abundar!



En Europa, buscando hambre, no encontró mucha. En cambio, descubrió prudencia y habitual escasez. Los franceses no tiraban nada y esto merecía su aprobación. Una cabeza de pescado pertenecía a un plato, no a la basura.

—No hay mejor comida que la cabeza de una carpa —solía decir la señora Fong en Pekín. Y él no lo había olvidado.

Las granjas de Dinamarca fueron la delicia de Clem. Las visitaba sin presentación, mientras Enriqueta esperaba en el camino. A veces él la llamaba; otras no.

Un día salió apresuradamente de una.

—¡Ven, monina! Este hombre tiene una idea.

Desde la ancha puerta del establo, ella divisó a un hombre —el granjero danés— que pintaba las paredes. Botes de pintura verde y azul celeste descansaban en el terroso suelo. Y con un gran pincel, no de un pintor de brocha gorda, sino de artista, el granjero pintaba en las paredes praderas verdes y riachuelos saltarines bajo un cielo azul.

Viendo la admiración y sorpresa del matrimonio, el hombre sonrió y les dirigió unas cuantas palabras en el mal inglés aprendido en la escuela.

—Para invierno —explicó—. Vacas sentirse felices hierba viendo y pensando verano.

Clem se volvió a Enriqueta.

—¿No es admirable? Sabe que las vacas se aburren en invierno, encerradas en el establo, y quiere distraerlas. ¡Buen hombre es!

Dio una palmada en la espalda del robusto granjero y añadió:

—¡Preciosa idea! Apuesto a que así las vacas dan más leche.

Iniciaron una conversación compuesta principalmente de gestos y de no más de una docena de palabras. Clem comprendía rápidamente los idiomas y siempre llevaba en el bolsillo una colección de minúsculos diccionarios. Supo por el danés que era difícil exportar a Inglaterra toda la manteca de Dinamarca, porque Inglaterra producía bastante también. Y, sin embargo, Dinamarca necesitaba más carbón, aquel carbón inglés que iba a parar a Italia a cambio de fruta fresca. Si los nuevos vagones frigoríficos comenzasen a funcionar en gran número, Dinamarca recibiría todavía menos carbón.

Clem se sintió interesado por el perenne problema de la distribución.

La monstruosa locura de que el mundo padeciera hambre le impresionaba cada vez más, noche y día. Abundaba la comida en tierra y mar. Por mucha gente que naciese y viviera, siempre había vituallas de sobra para alimentarla. En América veía manzanas pudriéndose en los huertos; maíz usado como combustible; silos llenos de trigo, sin que el dinero público dejase nunca adquirir más, ni dejaran tampoco construirse más silos; huevos pudriéndose por falta de consumidores; patatas arrojadas a las bestias; pescado convertido en abono. Dinamarca no vendía más que manteca, pero a América le sobraba manteca y no podía comprar más. La Argentina

vendía vaca a pocos peniques la libra porque en la Argentina sobraba carne. La misma historia se repetía por todo el mundo; comida pudriéndose por su exceso y gente padeciendo hambre.

—Debiera haber algo que vigilase todo esto —decía Clem, pensativo—. No gobiernos, por supuesto, sino... ¿El qué?

De los chinos había asimilado una profunda aversión a toda forma de gobierno. Cuando los hombres llegan al poder, había declarado en una ocasión, dejan de ser hombres. Se creen dioses.

Enriqueta, oyéndole, había reído. No reía a menudo, y cuando lo hacía, Clem deseaba saber el motivo.

—También tú a veces actúas como un dios en pequeño —le dijo.

Él se sintió inexplicablemente ofendido.

—No, monina, no digas eso. Como un padre, sí. Quizá como un padre.

Enriqueta iba aprendiendo a disimular con brusquedad, porque no siempre adivinaba lo que podía lastimar a su marido. Era Clem tan espléndido en su esperanza, tan infantil en su bondad, tan inexpugnable en su devoción, que parecía que nada podía herirle. Pero Enriqueta descubrió que únicamente ella podía causarle daño. La oposición, risa o incredulidad de los otros, Clem las desdeñaba, o bien aceptaba su enemiga como inevitable. Pero ella, a quien amaba y que la amaba, tenía medios de perforar su reluciente armadura, y hacerle asomar lágrimas a los ojos. La primera vez que ella lo vio, lloró a su vez, avergonzada, jurándose a sí misma que nunca volvería a burlarse de él, ni a hacerle advertencias, ni a dudar, ni aun siquiera a sentir dudas. Se dijo que sólo podía cometer un pecado: el de lastimar a Clem.

Pasaban los años, no tenían hijos y a Enriqueta no le importaba. Clem llenaba todas las necesidades de su ser y ella se dedicaba a él por entero, encargándose, sin que Clem lo notara, de cuantas cosas no le agradaba a él hacer: los pormenores del negocio, las facturas, las gestiones de carga, la entrega de las partidas de géneros, su refrigeración, conservación y distribución. Cada vez ella y Bump hablaban más de la realización de las disposiciones de Clem, siempre osadas y atrevidas y siempre susceptibles de causar una pérdida de miles de dólares o una ganancia análoga. Ninguno de los dos discutía las resoluciones de Clem. Todo lo que les incumbía era ver el modo de realizarlas.

Durante la guerra, empero, Clem había adoptado una decisión tan especial, tan impropia de él, que Enriqueta se preguntó si no estaría produciéndose en su marido un cambio incomprensible para ella.

En los últimos años Clem había comenzado a leer cotidianamente los periódicos de Guillermo. Nunca expresaba su opinión sobre ellos, pero su intensa atención cuando examinaba una sección determinada, hacía que Enriqueta anhelase dirigirle preguntas. Pero no lo hacía. Clem nunca la dejaba desahogar plenamente su enojo contra Guillermo.

—Es tu hermano, monina —le recordaba—. Pertenece a tu familia. Y una familia

es una gran cosa. China hubiera muerto y desaparecido hace mucho tiempo si no fuese por el apego que tienen las familias entre sí.

—Espero que no querrás que me apegue a la mía —habíale replicado Enriqueta.

En uno de los periódicos de Guillermo, cada vez más atestados de fotografías, Clem descubrió unas referentes a unos *coolíes* chinos que cavaban trincheras en Francia. La encontró un domingo, hallándose en casa. Recostado en un amplio sillón, apoyados los pies en una silla que tenía delante, contempló las atónitas caras de aquellos campesinos chinos que le miraban desde sus instalaciones de Francia, a través de las páginas del periódico.

—Apuesto —dijo a Enriqueta— a que no tienen la menor noción de por qué ni para qué están abriendo esas trincheras.

Aquella mañana era grata en América. La pasaba la gente acompañada de sus niños, camino de la iglesia. Enriqueta miró a Clem. Le conocía tan bien, le eran tan familiares los rasgos de aquel semblante delgado y enérgico y el timbre de su voz presurosa y viva, que en el tono y los ademanes meditativos de su marido comprendió que empezaba a esbozarse un plan en su mente.

Esperó mientras bruñía la vajilla de plata, operación que solía relegar para las ocasiones en que Clem estaba en casa. Sentábase ante la mesa del comedor, cubierta de periódicos, sobre la que había esparcido la plata.

—Seguramente esos chinos habrán sido llevados como ganado —opinó Clem.

Y unos instantes después se levantó.

Enriqueta le siguió con su atenta mirada.

—¿Puedo ayudarte en algo, Clem?

Él, que buscaba papel y pluma, respondió:

—Voy a escribir a Yusan. ¿Qué hacen en Francia esos labriegos chinos? Alguien ha debido de andar en esta danza...

Enriqueta se levantó, cogió papel y pluma, un sobre y los sellos oportunos, y, luego que él hubo garabateado una de sus concisas cartas, ella se encargó de depositarla en correos.

Aquél fue el principio. Ya ella lo había olfateado. El final se produjo meses más tarde, cuando Clem y Yusan se encontraron en París. Clem, dejando a Enriqueta a cargo del negocio —porque Bump estaba en la guerra—, puso por primera vez el océano entre él y su esposa.

—Sólo estaré fuera un par de semanas —dijo, con la tristeza pintada en el rostro—. No sé por qué hago esto, pero algo debo hacer...

—Muy bien, Clem —repuso ella.

No le parecía muy bien, sino todo lo contrario, y su corazón sintió una desgarradura física cuando, de pie en el muelle, vio alejarse a Clem, con la cara cada vez más blanca y el cuerpo más pequeño a medida que el barco se alejaba por el mar.

Y Clem, fijos los ojos en la persona que resumía todo su hogar, volvió a maldecir su propia locura. De estar Bump en el país, Enriqueta le hubiese acompañado, pero, a

falta de Bump, sólo Enriqueta podía dirigir y mantener en marcha la vasta organización de sus mercados. Apenas sabía lo que le empujaba hacia Francia, sino eran los rostros de los desconcertados chinos que había visto en las fotografías. Los imaginaba en sus campos, en sus aldeas, en las calles de las ciudades a las que afluían en tiempos de hambre. ¿Cómo podrían comprender a Francia? Dejaría a Yusan iniciando la cosa y él regresaría con Enriqueta. Acaso volviese un par de veces para vigilar el asunto, pero entonces no dejaría de hacer que Enriqueta le acompañase.

En París halló a Yusan, vestido con ropas occidentales recién compradas. Al principio Clem apenas le reconoció entre la muchedumbre de franceses, salvo porque, mientras todos hablaban, él permanecía inmóvil, silencioso, atento, y, por lo tanto, tan relevante entre los demás como una estatua de oro. Clem le cogió la mano y por un momento olvidó a Enriqueta.

—¡Yusan!

—¡Hermano mayor!

Empezaron a hablar simultáneamente en chino. Franceses y francesas los miraban, admirados de tal facundia, de la que no comprendían una palabra.

Clem simpatizaba con los franceses. Abríase camino entre ellos con tanta seguridad como pudiera hacerlo en América o en China. Porque los franceses poseían la misma mezcla de naturalidad, sencillez, sagacidad, humor, puerilidad y astucia que hacían tan parecidos entre sí a los chinos y a los americanos.

Clem reflexionó mucho en esto, hasta que recordó que los niños y los viejos son todos iguales, unos por jóvenes y por ancianos otros. Los jóvenes, no conociendo nada, lo aceptan todo, y los viejos, conociéndolo todo, aceptan cualquier cosa como posible.

Siguiendo instrucciones de Clem, Yusan había llegado en uno de los barcos cargados de *coolíes*. Se había ofrecido como intérprete y fue aceptado. Su inglés, aprendido tantos años atrás y revivido y sostenido gracias a Clem, le resultaba útil al fin. Ya seis hombres estaban instalados en barracones próximos al frente, donde continuamente se abrían nuevas trincheras. Por la noche dormían al son de los atronadores cañones, y algunos de los chinos de los sectores más cercanos a la línea habían muerto, exactamente igual que los franceses, los ingleses o los americanos. Pero los chinos no tenían la menor idea de por qué estaban allí ni por qué morían. Los habían enrolado con el señuelo de pasarles dinero a sus familias y darles algo a ellos, y allí estaban.

Aquel mismo día Clem salió de París con Yusan, viajando alternamente en trenes y en camiones militares. Poseía un salvoconducto extendido y sellado en Washington y pudo pasar sin dificultad, acompañado de Yusan. Los días en el buque habían llenado a Clem de planes e ideas cuya exposición sólo aplazó para preguntar brevemente por la familia de Yusan.

—Todos bien —dijo Yusan—. He dado dos nietos más a mis padres. Si no, no me hubiesen permitido venir, salvo por pedirlo tú.

—¿Y qué hay de Sun Yatsen? —preguntó Clem.

Yusan meneó la cabeza.

—Una de las razones por las que me alegro de venir, hermano —explicó— es la confusión que hay allí en todo. Sun Yatsen no ha conseguido unir a nuestro país. Ha estado demasiado en el Japón y el Japón desea devorarnos vivos. Ahora eso se ha esclarecido bien en las veintiún exigencias. Verdad es que Sun se ha marchado del Japón, pero ahora no sabe qué hacer. Primero hemos sido una república y después hemos dejado de serlo. Sun ha destruido el antiguo gobierno, pero no sabe cuál establecer.

Clem, recordando aquella oscura noche en la barraca de San Francisco, describió el episodio a Yusan.

—Le dije que tenía que cuidarse del pueblo y que, si no lo alimentaba y atendía, seguramente habría de fracasar.

—Pero siempre será un héroe, hermano mayor —respondió Yusan—. Nunca olvidaremos que nos ha librado del yugo manchú. Eso sí, no ha hecho más. Exige obediencia y, cuando titubeamos en prestársela, nos dice que somos polvo despreciable. Tú sabes, hermano mayor, que los chinos siempre trabajamos de consuno. Pero no creemos que toda la sabiduría se concentre en un hombre.

—Bueno —dijo vivamente Clem, procurando alejar el tópico revolucionario—. Que Sun se arregle a su modo. Lo que yo quería, Yusan...

Notó una curiosa mirada en los largos y estrechos ojos de Yusan, y sonrió.

—No me confundas con Sun —pidió—. Yo te explicaré mis ideas, pero sin imponértelas. Haz con ellas lo que quieras. Mis ideas son un regalo. Tómalas o déjalas.

—Acepto la dádiva, hermano mayor —dijo Yusan.

Ninguno de los dos miraba por la ventanilla los hermosos paisajes franceses, que se sucedían unos a otros. Se hacía de noche. Ya se acercaban al sector de guerra, pero no reparaban en que la belleza había terminado y la esterilidad de la muerte los rodeaba.

Del tren pasaron a un camión y durante la noche recorrieron caminos antes lisos y ahora sembrados de embudos de granada. Llegaron luego a un áspero terreno desnudo. Aquél era su destino.

Clem penetró en un barracón lleno de nostálgicos chinos, ninguno de los cuales sabía escribir ni leer, ni apenas hablar con los que le rodeaban. Yacían sobre petates de campaña, en la penumbra, y escuchaban a uno que tocaba una plañidera melodía en un violín de dos cuerdas, acarreado de su patria.

Yusan, dominando la música, gritó:

—¡Hermanos! Éste es el hermano mayor del que os hablé.

Todos se incorporaron en sus petates. El violinista suspendió su música y se encendieron las linternas. Clem se vio rodeado por los familiares rostros, las morenas caras, los sinceros ojos de los campesinos chinos. Sintió su antiguo amor, acaso

paternal, pero grato, rebotante de fe. Aquéllos eran los buenos, aquéllos los sencillos, aquéllos los comunes de la tierra. Principió a hablar:

—Hermanos, cuando oí que estabais aquí temí que sufrierais y he venido a ver si vuestra vida es buena, y si no, a saber si puedo ayudaros.

—Ha dejado su casa —apuntó Yusan—. Ha venido de muy lejos, del otro lado del mar, y podéis confiar en él. Le conozco desde la infancia.

Los hombres callaban, fijando sus ávidos ojos en Clem.

—¿Estáis bien alimentados? —preguntó Clem.

Los hombres miraron a un joven recio, de cara lozana y cuadrada, que habló por todos:

—Estamos bien alimentados, pero con comida extranjera. Nos tratan con bastante bondad. Pero nos disgusta no poder escribir a nuestras familias ni leer lo que nos escriben a nosotros. No sabemos leer ni escribir.

—Se os pueden leer las cartas —dijo Clem— y también escribíroslas.

El joven, tras de mirar a sus compañeros, continuó:

—Tampoco sabemos por qué estamos aquí. ¿Ha entrado nuestro país en la guerra?

—En cierto modo, sí —dijo Clem—. China ha declarado la guerra a los alemanes.

—No conocemos a los alemanes —repuso el joven—. ¿Qué hombres son?

Clem volvió a experimentar su antiguo desfallecimiento de corazón.

—Ninguno conocemos a nuestros enemigos. Yo no conozco a un solo alemán. No pensemos en ellos. Pensemos en el modo de mejorar vuestra vida.

¿Cómo él ni nadie podría explicar a aquellos chinos que habían abandonado a sus familias para abrir trincheras desde las cuales, escondidos, unos hombres blancos pudieran matar a otros hombres blancos? ¿Cómo explicar tales cosas a nadie? El mundo estaba lleno de descontento y, como la gente pasaba hambre y temía, habían de seguir a cualquier minúsculo cabecilla, esperando encontrar abundancia y pan para ellos y para sus hijos. Aquellos campesinos habían resuelto trasladarse desde tan lejos, no porque creyeran en lo que hacían, sino porque así sus familias podrían recibir cada mes algún dinero y comprar comida.

Clem pasó casi toda la noche hablando con los chinos, haciéndoles preguntas y anotando sus respuestas. Y después dedicó unos cuantos días a conferenciar con Yusan, y más tarde, un mes entero, a trazar unos planes que quería llevar a la práctica y que tuvieron por efecto el que ciertos jefes militares le creyeran loco. Pero Clem estaba acostumbrado y se le daba una higa de lo que pensasen de él, siempre que al fin, impacientes, maldicientes, deseando verle a cien leguas de distancia, cedieran a sus propósitos.

A fines de mes ya había ayudado a Yusan a montar una escuela en la que los chinos podían aprender a leer y escribir, si lo deseaban, y asimismo montó una oficina, regida por dos chinos de París, donde se leía a los hombres las cartas que les llegaban de su patria, y se escribían las cartas que ellos deseaban enviar. Estableció

también una tiendecita, surtida desde París con artículos chinos, dulces y té. Una vez a la semana organizaba una noche de diversión, en un lugar donde los chinos podían oír música propia, comer sus dulces peculiares y beber té, así como presenciar piezas teatrales chinas y películas occidentales. Contrató a un cocinero chino, al cual se le autorizó a ganarse la vida vendiendo sus manjares nacionales. Puso a Yusan a cargo de todo y en su primer momento de ocio descubrió que estaba ansioso de volver al lado de Enriqueta y que anhelaba verla a su lado, aunque en todo el mes no hubiese pensado en ella, como tampoco pensaba en sí mismo.

Se despidió de Yusan, tomó un buque rumbo a América y llegó a su casa una tarde de sábado. Iba tan pálido y consumido, que Enriqueta, al verle cruzar la puerta del jardín, rompió a llorar.

Enriqueta solía estar en casa tanto tiempo como podía, porque esperaba a Clem de un momento a otro, aunque él no la hubiese anunciado su regreso. Su afán por el esposo era tal que cruzaba el mar y la hacía adivinar —o lo creía— el momento en que él debía retornar.

—¡Clem! —gritó, saliendo a la puerta.

—Monina...

Cayeron el uno en brazos del otro. Él sintió el recio cuerpo de su mujer y ella se asustó al advertir la delgadez de los omóplatos que abrazaba.

—¡Te has quedado en los huesos! —exclamó ella, con aterrorizado amor.

—Unos cuantos días en casa, y como nuevo. Hace un par de semanas que he perdido el estómago...

Se separaron, sin soltarse las manos, y ella, conduciéndole a la casa, le hizo sentar y procuró no importunarle mucho, sabedora de que eso a él le incomodaba.

—¿Te hago una taza de té? ¿Un huevo?

—Prefiero un bistec —dijo Clem, dirigiendo al destartalado cuarto una mirada afectuosa—. Hice una locura en irme, monina. Ahora que estoy de vuelta lo comprendo mejor. Pero tenía que irme y no me arrepiento. ¿Cómo van las cosas?

—No te preocupes y descansa, Clem —dijo Enriqueta—. ¿Me oyes?

La faz de Clem mostró asombro.

—¿Te has enfadado conmigo?

Le pasmaba. Enriqueta no se había irritado nunca con él.

Para mayor perplejidad de Clem, su mujer empezó a llorar. En la puerta de la cocina tomó un pico del delantal y se lo llevó a los ojos.

—No estoy enfadada —sollozó—. Pero sí asustada. Si algo te ocurriera, Clem, si murieses... no sé lo que haría. Tantas semanas sin ti... Estoy trastornada.

—¡Dios mío! —murmuró Clem.

Se levantó y volvió a abrazarla.

—No voy a morir, monina, ni pienso en tal cosa.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y él permaneció inmóvil, sosteniéndola, amándola y sin explicarle sus sentimientos.

No iba a morir, pero se sentía terriblemente fatigado. El recuerdo de aquellas perplejas caras oscuras que había visto en Francia no le abandonaba un momento. Ni el de otras tampoco. Caras parecidas había en los campos de Francia, y en los de Ohio, y en las calles de las aldeas, y en los barrios míseros de las ciudades. No todas eran sinceras y muchas distaban de ser bondadosas, pero en todas se veía la misma confusión y perplejidad. Y lo más terrible era que caras así había en el campo de batalla, muchas de ellas muertas ya.

No, no moriría, pero estaba lo bastante cansado para morir. Nadie comprendía lo que él preconizaba: ni siquiera aquellos a quienes deseaba salvar.

Pero no cedería. Seguiría lo que había empezado.

Ello significaba, como descubrió en los años subsiguientes a la guerra, reorganizar sus mercados y afrontar las limitaciones y obstáculos legales que trababan y enloquecían su mente, amante de la libertad. La guerra reñida en pro de la libertad trajo, con la victoria, una mengua de libertad para todos. En ocasiones esa aminoración descendía pesadamente sobre Clem. Estaba hecho a visitar cualquier país sin preocuparse más que de lo que allí le llevaba, como quien visita una comarca contigua. Pero aquella indiferencia había terminado. Pasaportes y visados despertábanle una indignación que Bump no conseguía mitigar haciéndose cargo de todo y procurando abreviar los trámites. Clem consideraba un ultraje a sus derechos no poder marchar repentinamente a la India a mediados de la siguiente semana, o dejarse caer en Siam de pronto para ver cómo andaba la cosecha de arroz.

Su primera visita a la India nació de una breve plática, completamente accidental, con un joven hindú a quien conoció en Londres, durante la guerra. Se encontraron en el ferrocarril subterráneo y pasaron unos minutos sentados juntos. Al principio había sorprendido a Ram Goshal aquel delgado americano, de cabello color de tierra, pero luego no tardó en sucumbir al singular encanto de Clem. Clem, a su vez, descubrió que Ram Goshal, aunque hijo de un indio muy rico, había prescindido de la vida social para servir la causa de Gandhi, a quien Ram había conocido años atrás, cuando Gandhi, personalidad entonces poco conocida, fue a Londres con una delegación de indios del África del Sur. Al principio de la guerra, Ram Goshal acompañó a Gandhi a Londres y en una reunión de hindúes, Gandhi expuso que no sería honorable aprovechar la tribulación de Inglaterra para apremiarla con peticiones de libertad. La abnegación en esa hora, dijo, sería digna y justa y por serlo les beneficiaría más, a la larga.

Ram Goshal, educado en una tradición de sensibilidad, habíase sentido aún más emocionado por la amplitud de la mente de Gandhi. Habíase, pues, declarado discípulo suyo, aunque le turbaba la riqueza de su padre, poseedor en la India de grandes industrias, cosa que Gandhi no aprobaba.

—Dios no quiera —decía Gandhi— que la India se industrialice al estilo de Occidente. El imperialismo económico de una diminuta isla mantiene al mundo encadenado. Si una nación entera, con trescientos millones de almas, inicia semejante



locura, asolaría al resto del mundo como la langosta.

Clem, empero, no estaba enteramente de acuerdo con Gandhi tal como se lo citaba Ram Goshal.

—No nos desembarazaremos de una cosa sólo porque la detengamos —dijo Clem al joven hindú—. El industrialismo debe persistir y nosotros veremos cómo lo usamos. Porque esto no nos guste, no vamos a retroceder al siglo uno.

Ram Goshal pidió a Clem que fuese a la India.

—Usted comprenderá la India —dijo, con la admiración brillando en sus ojos grandes, suaves y húmedos—. Es usted un místico práctico, como nosotros.

Después, aquellos profundos ojos, donde se transparentaba la inacabable historia de su pueblo, relampaguearon humorísticamente mientras contemplaba a Clem.

—¿Recuerda lo que Lord Rosebery dijo acerca de Cromwell?

—Yo no soy un hombre instruido —respondió Clem, humilde ante aquel joven intelectual oriental.

—Pues dijo que Cromwell era un místico práctico, la más formidable y terrible de todas las combinaciones. Usted es lo mismo, y por eso le ruego que visite mi país y conozca a sus pobladores, que se mueren de hambre...

Clem, incapaz de resistir al fervor, a la elocuencia y a la atezada belleza del rostro del joven indio, prometió ir a la India en cuanto pudiera, una vez terminada la guerra.

Así, un día de enero resolvió súbitamente que podía perder unos meses en eludir la enconada hostilidad de sus competidores. Inclínole a ello una carta recibida de Ram Goshal, que se hallaba en la India. Gandhi estaba en plena euforia del movimiento de no cooperación con Inglaterra, y Ram Goshal pasaba por algunas dificultades. Su padre discrepaba de Gandhi y, de no ser Ram Goshal su hijo único, de seguro le hubiera desheredado.

Clem, pensativo, leyó la carta y la alargó a Enriqueta.

—Monina, quiero ir y ver personalmente si los ingleses se proponen en serio alimentar a los indios. Si no, Gandhi tiene razón. Pero deseo cerciorarme de eso de los ingleses.

—Claro, Clem.

Enriqueta sospechaba que, conscientemente o no —que eso ella no lo sabía—, Clem estaba posponiendo así una decisión que Bump y los dos abogados le aconsejaban. Para deshacer a sus enemigos, los intereses alimenticios que le hostilizaban, le convenía formar una sociedad: «Mercados Unidos, S. A.». Clem, con pesar por parte de los tres jóvenes, no miraba bien la solución. Quería que la mayor parte de sus establecimientos fueran ambulantes y sus empleados estuvieran siempre dispuestos a acudir allá donde hubiera comida barata y abundante, para adquirirla. No le interesaban edificios vastos ni personal permanente. No deseaba un nombre determinado. Su propósito se limitaba a procurar comida a quienes la necesitasen. Terminada la necesidad, debía terminar el suministro.

Mientras sobre estas cosas razonaba, Enriqueta vio que Clem la contemplaba con

súbito amor.

—¿Quieres algo, Clem?

—Esas dos palabras que dijiste...

—¿Cuáles?

—Dijiste: «Claro, Clem». Siempre dices así a todo lo que yo pienso. ¡Eres admirable!

Tan raramente decía Clem palabras de cariño, que esta vez las lágrimas se agolparon en los párpados de Enriqueta.

—Lo dije de corazón, amor mío.

—Lo sé.

Y, Clem, inclinándose, besó el grueso moño que su mujer llevaba en la cabeza. Así comenzó su viaje a la India.

En Bombay fueron directos a casa de Ram Goshal, deslumbrante palacio construido extramuros de la ciudad, junto a las Torres del Silencio. El padre de Ram Goshal era gordo, brusco, listo. Como no dio a Clem ocasión alguna de hablar, Clem hubo de escucharle.

—Yo no me opongo a la libertad, señor Miller, compréndalo. Tengo entendido, que ustedes, los americanos, aman la libertad mucho. Pero a mí los británicos no me han oprimido. Ya he dicho a mi hijo que si prosperamos es gracias a los ingleses. Gandhi no prospera igualmente con ellos, pero nosotros no somos Gandhi. No hay razón alguna para que luchemos a su lado.

Ram Goshal, harto respetuoso para discutir con su padre, escuchaba en silencio, esperando a la noche para hablar con Clem, y haciéndole perder horas de sueño. Y esto, combinado con la comida india, abrevió la estancia del matrimonio en el palacio. La mucha y afable cortesía del padre e hijo y su empeño en ganar a América para sus respectivos bandos, no mitigaban la indigestibilidad de la comida india. El delicado estómago de Clem se rebelaba contra la salsa picante, la pimienta y el pan frito. En Inglaterra había rechazado enormes asados y más de un grueso bistec, col hervida y patatas cocidas, pero en la India había de rechazar carnes con zumo de coco, guisantes casi deshechos, pimienta caliente y otras variedades de supersazonadas vituallas.

En vista de que los alimentos indios rebelaban el organismo de su esposo, Enriqueta le llevó a un hotel inglés, donde él ayunó tres días, aplicándose luego al té y a los huevos escalfados.

Ram Goshal le visitaba para cerciorarse de que se reponía.

Clem sonreía puerilmente.

—Parece mentira, Ram Goshal, que yo hable a la gente de comer mucho cuando tengo que alimentarme de purés.

—Es usted como Gandhi —dijo Ram Goshal—. Sus cuerpos no son para ustedes más que frágiles mascarillas, casas donde reposar mientras el espíritu hace su tarea.

Clem, harto americano para comprender aquella fogosidad de la India, respondió:

—Creo ser un hombre de sentido común y nada más. Desde luego, me disgusta la debilidad de mi estómago.

En cuanto estuvo bien resolvió salir de Bombay y, despidiéndose de Ram Goshal, anduvo semanas y semanas por el país, en compañía de Enriqueta, para ver cómo la gente se alimentaba.

Era imposible viajar solos y tuvieron que contratar un guía y sirviente que los atendiera. Llamábase Wadi y era musulmán, por lo cual procuraba hacerles visitar a los mahometanos y evitar a los hindúes, hasta que Clem reparó en el juego.

Desde entonces, cada noche él mismo decretó al ofendido Wadi, con ayuda de libros y mapas, el itinerario del día siguiente. Allí no se trataba de ver cosas pintorescas. Clem quería visitar las aldeas, ver lo que la gente echaba al puchero e inspeccionar lo que sembraba en sus campos.

Lo que encontraba, le deprimía cada vez más. Después de abandonar las llanuras costeras nada parecía existir, fuera de interminables desiertos.

—La tierra es pobre, monina —decía Clem a su mujer—. No comprendo de qué hablan los libros cuando afirman que la gente es pobre, pero la tierra rica. No veo tierra rica por ningún lado.

Al fin se encaminó al norte, rumbo a Nueva Delhi, sintiéndose fortalecido por su creciente furia y resuelto a enfrentarse con los gobernantes del país en sus propias madrigueras.

Las pedregosas colinas que se veían por la ventanilla del tren, los diseminados matojos, el seco terruño, los aislados y desmedrados cultivos, no hacían sino acrecer su rabia.

Cuando llegaron a la monumental capital del imperio, dijo:

—¡Ea, listos para todo!

Sin embargo, había que admitir, en justicia, que no sólo el imperio tenía la culpa de que las gentes anduviesen hambrientas y el ganado esquelético. Rigiese la India quien la rigiese, siempre el sol calcinaría con sofocante furia la ennegrecida tierra. Entonces sería invierno en Ohio, lo que significaba nieve en las planicies y en las redondeadas montañas, y en Nueva York luces brillando en escaparates cubiertos de escarcha, y nieve endurecida en las aceras y pisoteada en las calzadas, y mujeres de rojas mejillas en teatros colmados de público. En la India, empero, significaba un creciente y tórrido calor, tan seco que la tierra quedaba estéril a su contacto. Sobre la desnuda superficie erraban flacos animales soñando con hierba. Delgados cuerpecillos humanos aplicaban sus débiles manos a ruedas de alfarería, convirtiendo, con un poco de agua, seca tierra en arcilla de la que saldrían más escudillas vacías, infinidad de escudillas que habría que romper cuando las tocasen los inmundos labios de los parias.

Clem, que tenía la piel tan reseca como la de un hindú cualquiera, dijo a Enriqueta:

—Con unos cuantos pozos, este desierto podría plantarse de grano.

Pero no había pozos. Y ¿quién censuraría a los hombres por no cavarlos cuando el sol abrasador chamuscaba los bordes de las hojas secas, arrugándolas como las manos de un niño muerto?

En la capital, Clem, inflamado de celo, fue a los marmóreos palacios del Imperio y pidió audiencia al virrey. Un millonario americano siempre tiene acceso, incluso ante los reyes, y, por lo tanto, fue recibido y abrióse camino entre una multitud de paniaguados con turbante. Un indio viejo, astuto y obsequioso, le miró bajo un multicolor cubrecabezas de tafetán, diciéndole:

—*Sir* Girga para servirle, señor. Honrado de conducirle ante Su Excelencia el virrey.

Y la artera faz, campeando sobre un cuerpo menudo como el de una avispa y sobre unas vacilantes piernas, le condujo a un vasto salón donde se sentaba La Presencia.

Clem se halló ante un frío rostro inglés. El esplendor circundante no parecía sino contribuir a aumentar su reserva.

No sabiendo qué otra cosa hacer, Clem se sentó en una silla aislada y empezó a explicar al gobernante la conveniencia de alimentar a sus súbditos.

—Lo primero de todo es la irrigación de la tierra —dijo con su voz nasal de americano.

Sentía un calor insólito. De buena gana se hubiese quitado la chaqueta, pero no lo hizo.

—He notado que en la India el agua está muy cerca de la superficie. Si se cava hasta una profundidad de veinte pies, hay agua en abundancia. A veces basta cavar diez o doce pies. Según mis cálculos, cuidadosamente cotejados en las regiones que he tomado como muestra, la India podría producir alimentos bastantes para nutrirse y para la exportación.

El virrey, inmaculado en su blanco vestido de seda cortado en Londres, miró a Clem como si mirase a un gusano.

—Usted no comprende nuestros problemas —dijo con voz profunda y con acento de Oxford—. Más alimentación significaría sencillamente más habitantes. Porque si viera cómo se reproducen, señor...

Interrumpióse y miró una tarjeta de visita que *Sir* Girga le presentaba obsequiosamente.

—... Miller —acabó.

—O sea, que la política de su gobierno consiste en dejar hambrienta a la gente —preguntó Clem.

—Hemos de tomar las cosas como las encontramos —respondió el virrey.

Clem reflexionó que aquel hombre en Inglaterra hubiera sido simpático. No ofrecía una expresión cruel, sino sólo huera. Ciertamente, el corazón de un hombre tenía que quedar vacío si en aquel vacío continuaba. Clem miró el enorme salón, enriquecido con todas las variedades de la decoración en oro.

—Comprendo —dijo, después de una larga pausa. Y tras otra, añadió—: Pero no coincido con usted.

—¿No?

El virrey hablaba con un toque de sarcasmo, mas el sarcasmo pasaba siempre inadvertido para Clem. Éste prosiguió:

—Jamás se ha intentado alimentar al mundo. ¿No ha visto usted nunca cuánta carne sale de una cerda? Además, cría cochinitos de tal modo que al final no sabe uno qué hacer con tanto cerdo. En América, aparte de comer mucho, tiramos la comida a carretadas. Y opino que ustedes, los ingleses, también comen mucho. Sobre todo, carne.

La Faz, siempre inexpresiva, miraba a Clem. Éste dijo:

—Creo que, en lo que concierne a malgastar, América es el peor de los países.

—¿Quién puede saberlo mejor que usted? —dijo la Faz.

Después de media hora de conversación análoga, Clem se despidió. Siguió a *Sir Girga*, que andaba ante él a un corto paso de trote y que, abriéndole camino entre un bosque de lacayos le condujo a la puerta, junto a la que esperaba a Clem un absurdo vehículo indio llamado *tonga*, que excitó la irrisión de los majestuosos porteros hindúes.

Volvió al hotel. En uno de los cuartos encalados le esperaba Enriqueta, en enaguas y cubrecorsé, abanicándose.

—Antes de volver a América pasaremos por Java —dijo él—. Aquí ocurre lo que me suponía. No les interesa nutrir a la gente.

En Java despertó su entusiasmo la vista de una tierra tan rica que, mientras se sembraba arroz en un campo, ya se cosechaba en el contiguo. Los hombres llevaban a la espalda pesadas cargas de arroz. Los holandeses, se mostraron más que corteses con el millonario americano y se lo mostraron todo, o presumiblemente todo. Cuanto Clem vio fue un pueblo contento y bien alimentado.

Sólo accidentalmente descubrió que existía allí un partido separatista. Andando solo una noche —cosa que nunca debe hacer un extranjero en un imperio colonial bien organizado—, alguien deslizó una nota en su mano.

De regreso al hotel, vio, a la luz de la lámpara, que era una nota en mal inglés aconsejándole que visitara las prisiones. Lo cual, por supuesto, no le permitieron.

¡Buena experiencia fue aquélla para Clem! Durante varios días, mientras retornaban a América, estuvo pensativo. Enriqueta esperaba que le explicase sus pensamientos. Como de costumbre, los exteriorizó en pocas palabras, una noche que paseaban por cubierta.

—En América, por lo menos, tenemos libertad, monina —dijo—. Ahora veré si Bump y los abogados han arreglado aquellas cosas. Si tengo que organizarme lo haré, pero de tal modo que no me estorben el balduque y los chupatintas. Me organizaré buscando más libertad, ¿sabes?

—Creo que ésa es la idea de Bump —señaló Enriqueta.

Clem no aceptó tal sugestión.

—Sí, pero su idea de la independencia del hombre y la idea mía no son iguales. A Bump le gustan los abogados y las leyes le atraen, ¿comprendes?, para conseguir que el prójimo haga lo que a uno se le antoje. Pero mi idea es que las leyes me ayuden a hacer lo que yo quiero. No deseo meterme con los demás, ni perjudicar sus negocios.

Enriqueta veía bien claramente que había en eso una diferencia, una clara y fundamental diferencia. Clem no era luchador en un mundo de luchas. Resultaba extraño pensar que hubiese sido menester visitar la India para enseñar a Clem el valor que tenía la ley en su propio país. Pero así había sucedido. Cuando llegaron a América, Clem se sumió en aquella nueva fase de su existencia. Beltham y Black adujeron en su ayuda un nuevo bufete, donde había dos abogados veteranos, y Bump en seguida apoyó la opinión de los cuatro leguleyos. Contra todos ellos seguía batallando Clem, día tras día, sentado a la vieja mesa de pino que todavía le servía de escritorio.

—¡Lo que quieres es imposible, Clem! —exclamó Bump al fin.

Estaba harto. Y también los abogados, cansados de la obstinación de su cliente. Por añadidura, Frieda esperaba su tercer hijo y sentía nostalgia de Alemania, de manera que Bump no encontraba paz ni siquiera en su hogar.

Clem, alzando la cabeza, los miró a todos. Estaba palidísimo y delgado, pero sus ojos brillaban con eléctrico resplandor azul.

—¿Imposible? —dijo en voz alta y tensa como una cuerda de violín—. ¿No me conoces después de tantos años, Bump? No pronuncies esa palabra.

## IX

En los opulentos años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, los beneficios de Guillermo fueron enormes. Sus periódicos eran los más populares del país y publicaba varias ediciones extranjeras. Las antiguas oficinas habían sido, hacía mucho, abandonadas, y poseía ahora un monumental edificio en East River.

Pero aún no se sentía satisfecho. Deseaba que su país fuese el más grande del mundo, no sólo en palabras, la imaginación o el orgullo nacional, sino de hecho. Veía buques americanos en todos los mares y periódicos americanos —sus periódicos— en todos los países. Y nombres americanos en las calles comerciales, y, sobre todo, escuelas e iglesias americanas por doquier. América era su patria y él la engrandecería.

Aquél era el motor que impulsaba la rítmica energía de su existencia. Daba grandes sumas a las misiones americanas en el extranjero, siempre en memoria de su padre. Estableció en China un colegio llamado la Universidad Lane, aunque se negaba sistemáticamente a recibir en persona a los misioneros cuyos salarios pagaba.

No había vuelto a China, pero a veces soñaba con Pekín por las noches, cuando estaba muy fatigado. Eran sueños tontos relativos a pequeñas corralizas, recintos circuidos de muros, musiquillas de laúd, brillante y caliente sol sobre alguna dormida calle polvorienta. Recuerdos que creía perdidos se deslizaban en su cerebro por la noche cuando su ánimo había quedado exhausto durante el día. Pero procuraba olvidarlos.

Eran aquéllos los tiempos en que podía conseguirse en América todo lo imaginable. Pero Guillermo no hacía nada de cuanto soñaba hacer. La gente ordinaria, como llamaba a las personas corrientes que iban por las calles en autobús, a pie o en tranvía, o reptaban bajo tierra en el metro, o habitaban en granjas, aldeas, pueblos o mediocres ciudades, las que compraban los periódicos de Guillermo tan infaliblemente como su cotidiano pan en la tahona, no tenían importancia suficiente para gobernar, ni siquiera con su sí o su no, el secreto país que él percibía tras la fachada de la presente América. Cuando en el colegio imaginaba su gran periódico, con sus poderosos tentáculos, pensaba que, de poder influir en la gente común, podría guiar al país.

No usaba la palabra «control», e incluso la aborrecía sinceramente. Pero «guiar» era una palabra buena, porque equivalía a aquella guía de Dios que, desde la muerte de su padre, él continuamente buscaba, a medida que su dinero y su poder crecían.

Mas la gente común era apática y débil. Escuchaba a cualquiera. Ahora que las emisoras de radio envolvían en su red todo el país, los periódicos de Guillermo dejaban de ejercer una orientación exclusiva. Y esto le conturbaba mucho. La Prensa tenía ya su rival. Llegó a pensar en hacer sus periódicos exclusivamente ilustrados, de modo que la gente no tuviese que leer, pero después rechazó la idea. No podía evitar así que la gente oyese la radio, que no requería lectura alguna. Tenía que asegurarse

los oídos tanto como los ojos, y principió a pensar en adquirir una red de emisoras.

Candacia no le servía de nada en todo esto. Se había tornado indiferente a las tremendas posibilidades que él consideraba su deber, y un día incluso discutía con su madre. Ni por ella ni por la señora Lane pudo él saber jamás lo que había ocurrido. Cuando pidió pormenores a su mujer, ella se limitó a reír. Todo lo que dijo fue:

—Tu madre ha vivido demasiado tiempo en Pekín.

Su madre fue un poco más allá.

—Siento decirte, Guillermo, que Candacia no te aprecia como una esposa debe. Que comprenda o no el maravilloso trabajo que estás haciendo, ya es otra cosa. Yo nunca comprendí del todo a tu querido padre, ni siempre simpatizaba con sus ideas ni con lo que hacía. Pero siempre le aprecié.

En los años sucesivos a la guerra, Candacia se había vuelto inquieta y rara. Algunas mañanas de domingo anunciaba que se iba con los niños a la playa en vez de enviarlos a la escuela dominical. Que Guillermo no fuese a la iglesia, no obstaba para que desease que sus hijos sí fueran para que aprendiesen alguna religión. Él mismo, a raíz de la muerte de su padre, había sentido la necesidad de volver a encontrar a Dios, pero no quiso tornar a las pusilanimidades de su párroco anterior. Buscaba una fe más libre, una Iglesia más fuerte y en ocasiones pensaba en el catolicismo. Pero esto no tenía nada que ver con Candacia y con los niños.

Otro capricho de su mujer había sido lo de la playa. Él había comprado con ilusión toda una milla de costa privada, en el Maine. Candacia sostenía que le bastaba con una caseta, pero él respondió que, puestos a hacer las cosas, convenía hacerlas bien. Contrató a un joven arquitecto que trazó una extraordinaria mansión en lo alto de un acantilado gris. Una escalera móvil, haciendo las veces de ascensor, llevaba a la playa y a una ancha cabaña. Era una cosa muy impresionante, que enorgullecía a Guillermo.

Tenía al fin que confesarse que Candacia nunca había significado gran cosa para él. Y hacía años que no necesitaba nada de Roger Cameron. Cuando la señora Cameron murió el año antes, Roger dijo a Guillermo que deseaba vender sus acciones del periódico.

—Los dividendos tienden a subir —dijo Guillermo.

—Precisamente por eso —contestó Roger.

La respuesta no tenía sentido común, pero Guillermo se sintió vagamente lastimado. En un arrebató de orgullo escribió a su agente de bolsa diciendo que deseaba comprar todas las acciones del periódico para quedar como único propietario. En las referencias que al respecto vinieron vio el nombre de Seth James. Seth, a la sazón, respaldaba un diario de cuyo fracaso estaba seguro Guillermo. ¿Cómo Seth no vería las cosas más claras?, se preguntó complacido, cuando leyó los primeros ejemplares del diario de Seth.

«Es un periódico que tiene una finalidad», había neciamente anunciado Seth al empezar la empresa. Pero la gente no lo compraría. A la gente no le gustaba que la



enseñasen. Quería divertirse. Guillermo, por su parte, no se divertía. Jeremías tenía la misión de elegir entre miles de fotografías destinadas a los grabados y que escogían una docena de muchachas todas menores de veinte años. Eran fotos destinadas a hacer reír a la gente. En cuanto al horror, que gustaba tanto como la risa, correspondía a Guillermo, que era buen juez de él. Un asesinato diestramente ilustrado, una mujer estrangulada, un niño moribundo, una familia llorando por haber sido su jefe aplastado por un camión, un loco fugado, un avión estrellándose en una casita de Long Island, eran cosas siempre gratas a la gente.

Pero, desde la muerte de su padre, Guillermo había adquirido tal dosis de conciencia, que nunca permitía que uno de los números de su periódico saliera sin llevar una parte de religión. Creía en Dios sinceramente. Su propio ser le convencía de la existencia de Dios y sus grabados llevaban fotografías de iglesias, sacerdotes y monjas. Guillermo no tenía el ánimo angosto. La gente adoraba a Dios de muchas maneras, aunque él rechazase todas las no cristianas. Una vez discutió con Estey, su nuevo director, a propósito de una fotografía del Panchem Lama. Aquello —le dijo— podría ser una información, pero no una religión. A la semana siguiente el público vio la benigna faz del Lama al lado de la esposa del Presidente, vestida con su ropa de cuaresma.

Un día de principios de octubre, Guillermo permanecía sentado, pensando en esas cosas, en su inmensa oficina del piso superior del edificio que ahora poseía. A la oficina se abría una buena alcoba en la que se quedaba a dormir los días en que terminaba muy tarde el trabajo. Caspar Wilde, el joven modernista inglés, había trazado para él aquella habitación. El primer pensamiento de Guillermo fue que la diseñara un arquitecto sueco, pero cuando vio sus planos hubo de reconocer que nada igualaba al modernismo inglés, en el fondo sostenido por un sólido y macizo conservadurismo. Exasperante, sí, pero verdadero... A pesar de la guerra mundial ninguna brecha desfiguraba la armazón del Imperio Británico. Los reporteros de Guillermo, permanentemente estacionados en la India y en los demás lugares del mundo, le informaban sin cesar de la amarga decepción experimentada por los hindúes después de la guerra.

La ilustrada opinión hindú se queja de que la Gran Bretaña no da señal alguna de cumplir las promesas de independencia hechas durante la contienda a los más sobresalientes dirigentes indios. Se rumorea que en la próxima guerra los indios aprovecharán la oportunidad para rebelarse.

Esto sí podía ser una hendidura en la armazón imperial, pero nada más. Guillermo no sentía simpatía alguna por la independencia de la India. Su imaginación, por así decirlo, anclada en aquel antiguo motín de las calles pequinesas, veía en la India las mismas caras oscurecidas por el sol indio y multiplicadas por pululantes millones de gentes. Cuando aquella hendidura se convirtiera en desastre para el Imperio Británico, América tendría que asumir el dominio del mundo.

Porqué América era joven. Cuando el loco período de la posguerra terminase, los

americanos reconocerían su destino y se agruparían. En sus artículos de fondo Guillermo estimulaba el orgullo de sus compatriotas mostrándoles fotografías de las mayores fábricas del mundo, de los mayores aviones, de los más rápidos trenes. Le conturbaba, sí, que ni el ejército ni la armada de los Estados Unidos fueran muy impresionantes. Siempre que la marina organizaba maniobras en algún lugar del mundo, Guillermo enviaba con los barcos un enjambre de fotógrafos. El mar brillante, las banderas al viento, las filas de marineros vestidos de blanco, proporcionaban grabados maravillosos.

La gente seguía sintiéndose animada. Y en aquella esplendente tarde de otoño, ni el mismo Guillermo se notaba inclinado a criticar nada. Corrían buenos tiempos y la gente tenía dinero para tirarlo. Él hubiera podido entregarse al juego, si le hubiese complacido, pero las usuales diversiones no le atraían. En Chefú había aprendido a jugar bien al tenis, con abundancia de triquiñuelas y fintas, leal, pero implacablemente. Mas rara vez jugaba. No encontraba incentivo porque no había competidores dignos de él. Los descuidados partidos con Candacia en Crest House, la casa que poseían en Long Island Saund, o con Jeremías, durante los fines de semana —aquel Jeremías que se negaba a ser adversario de nadie ni siquiera en el deporte—, no entretenían su ánimo. Le gustaba hallar enemigos y con un enemigo en el tenis casi se acercaba a la diversión, la relajación y la alegría. Y esto le placía en el tenis más que en ningún otro deporte, siempre que encontrase un antagonista digno de él.

Sentábase rígidamente frente a su enorme mesa circular, apretados los puños, juntas las manos sobre la blonda superficie de madera, pensando. Nada le faltaba en la vida, excepto compañía humana: estaba apartado de toda criatura, incluso de Candacia y de sus hijos, y desde luego de su madre y hermanas. Nadie, ni hombre ni mujer, tenía a su lado. Hacía mucho que Jeremías se había asentado en la posición de cuñado negligente y ligero, que no podía ser expulsado de la oficina por el escándalo que ello había de motivar. Por lo demás, Jeremías tenía olfato para dar a los periódicos la gracia que otro no hubiera sabido suministrarles, ni siquiera Guillermo, porque no sabía cómo hacerlo, ni el resto del personal, porque le temía. Guillermo pensaba a veces que Jeremías podía haber sido amigo suyo, pero Jeremías no lo deseaba. Acaso no diese valor a los fines para los que Guillermo vivía. Todos los Cameron eran gente ligera de cascos. Roger se mostraba tan alegre como una cigarra vieja y Candacia se hacía cada vez más indulgente y menos cuidadosa con su figura. Cuando las familias se reunían, ella reía todas las ocurrencias de su hermano y ni siquiera Ruth conseguía hacerle recordar lo que a la dignidad se debía. A Guillermo le constaba que Ruth sería moralmente suya mientras viviese, pero, dada la tristeza en que él se debatía, preguntábase, si, de estar él permanentemente alejado, no reiría ella también a carcajada suelta. En resumen, nada propio tenía. Sus hijos no le interesaban. Estaba tan abandonado como un rey.

Y como un rey, reflexionaba, a nadie podía tender la mano sin riesgo de ser incomprendido. Para él era imposible el ademán corriente de la amistad. Si tendía la

mano sería con un propósito que, de todas maneras, no veía claro. Dudaba de que mujer alguna en el mundo pudiera proporcionarle una compañía verdadera. Lo único claro para él era su profunda soledad.

Siempre en este estado mental, salió temprano de la oficina y entró en el coche que le esperaba. El chófer, al verle, sintió placer y sorpresa. Sin duda tenía familia y esperaba volver a casa temprano. Pero Guillermo no se lo preguntó. Con una brusca inclinación de cabeza, se limitó a ordenarle:

—A Crest Hill.

Quería estar en su casa y con su mujer. No había razones para que, habiéndolo conseguido todo, no pudiera darse alguna satisfacción personal. Pequeña cosa parecía aquella, pero en la opulenta tarde otoñal nada valdría tanto.

Candacia había pasado en Crest Hill una jornada agradable y ociosa. Era un día de gracia, como ella solía decir, y de éstos había pocos en cada estación. Aunque las hojas caían y las primeras escarchas mataban los arriates de flores; aunque había hecho sacar sus pieles del guardarropa, el día era cálido como de junio y ella no había hecho cosa alguna. La piscina, vaciada ya y limpia para el invierno, había vuelto a llenarse por orden suya, y Candacia se pasó allí la mañana, entrando y saliendo, sola y feliz. Echaba de menos a los niños, pero éstos llevaban años en la escuela. En cuanto a Guillermo, se había acostumbrado a prescindir de él. La vasta casa era insólitamente hermosa y las puertas, las abiertas ventanas y las mesas estaban llenas de jarros de rosas tardías. Las rosaledas, amparadas por verdes invernaderos, se habían librado de las primeras heladas. Candacia era la mujer menos atareada del mundo y gozaba de su ociosidad. Bastábale empuñar el teléfono para llamar al centenar y pico de amigos y amigas que con gusto acudirían a compartir su holganza, pero les avisaba muy rara vez. Prefería estar con Ruth, con Jeremías y con las niñas, y en todo el mundo sólo una persona le inspiraba antipatía activa: la madre de Guillermo. Por su propio padre sentía un delicado y apreciativo afecto, que le hacía acogerle con placer cuando llegaba, mas nunca solicitaba nada de él. Ni de nadie, porque estaba contenta consigo misma. Si el matrimonio con Guillermo no le había proporcionado gran poesía, tampoco la deseaba. Sabría prescindir de ello.

No esperaba la pronta llegada de Guillermo. Decidió que a las cinco abandonaría la explanada, abrasada de sol, que rodeaba la piscina, y, subiendo, se secaría el cabello y se pondría sobre el traje de baño algún vestidillo vaporoso. No solía llevar faja ni corsé, ni ninguna de las demás prendas con que las mujeres se atormentaban a sí mismas. No sabía lo que hubiese hecho en caso de estar gorda, porque realmente no lo estaba. La delgadez de Roger había favorecido tanto a su hija, que ni siquiera el descuido de ésta la había conducido más que a hallarse suavemente llenita.

A las cinco Guillermo, entrando por el portalón de su casa, preguntó al criado que le cogió bastón y sombrero dónde podía encontrar a su esposa.

—Está en el patio, señor —respondió el sirviente.

Guillermo avanzó por el vestíbulo que dividía en dos partes la vasta casa y se detuvo ante la ancha puerta de doble hoja. Candacia, en aquel momento, salía de la piscina. Su rubia piel, a la que había dado el sol un tenue tinte dorado, resultaba muy linda en contraste con el traje verde de baño que llevaba. Era una figura muy grata para cualquier marido y Guillermo se sintió vagamente irritado al pensar que una mujer como aquélla no le proporcionaba la compañía que él hubiese necesitado.

¿Qué podían, por ejemplo, hacer juntos ya? Ella jugaba al tenis descuidadamente y nunca atendía a su partida de *bridge*. Le gustaba cabalgar y montaba bien, pero ¿qué compañía podía haber en aquello? Él prefería cabalgar solo por la mañana, antes de desayunarse.

—¿Guillermo! —exclamó Candacia—. ¿Ha ocurrido algo?

—Claro que no. ¿Por qué lo imaginas?

—Como vienes tan pronto...

—Hacía mucho calor en la ciudad.

—Ven a la piscina.

—No; gracias.

A Guillermo no le gustaba nadar. Lo hacía bien, empero, porque le habían enseñado en la escuela inglesa. Su odio al agua se remontaba al día en que un severo profesor inglés de natación le había arrojado al profundo mar de China para que, obligado a salvarse, nadara de una vez.

—Entonces, ahora voy —dijo Candacia, quitándose el agua que chorreaba de su cabello.

—No te molestes —respondió Guillermo—. Voy a subir para cambiarme de ropa.

—¿Volverás?

—Si quieres...

—Claro que sí.

Candacia volvió a sumergirse en la piscina y él subió a sus habitaciones. Su ayuda de cámara, previendo lo que necesitaría, le había preparado unas frescas prendas de seda que habían sido empaquetadas ya y que salían a relucir otra vez en vista del insoportable calor. Guillermo se duchó y afeitó, porque el calor excesivo le hacía crecer rápidamente la negra barba. Luego se vistió y tornó a bajar, pensando ansiosamente qué podría encontrar que le divirtiera.

Candacia seguía en la piscina. Un criado había llevado altas copas de una bebida, poniéndolas en una mesa bajo un parasol.

Guillermo, suspirando, se recostó en una cómoda silla. Candacia, al verlo, nadó lentamente hasta el extremo de la piscina y salió. Volvió a retorcerse el cabello, lo anudó sobre su cabeza y se envolvió en una gran toalla inglesa de baño. Guillermo no encontraba en América toallas lo suficientemente grandes para su gusto, y las de color no le agradaban. La undécima señorita Smith había encargado para él a Londres seis docenas de enormes toallas de baño, enviándolas además a Irlanda para que las bordasen. Sólo Candacia usaba toallas distintas. En los anaqueles de su cuarto de

baño las guardaba de tonos de albérchigo y verde jade. Pero en público —esto es, ante Guillermo— utilizaba alguna de las toallas incluidas en las seis docenas.

—Voy a ponerme algo encima y en seguida vuelvo —anunció.

Guillermo parecía tan insólitamente guapo en aquel momento, que ella se inclinó para besarle. Notó por primera vez que el cabello de su marido empezaba a clarear en el occipucio.

—¡Te estás quedando calvo, Guillermo!

Era una observación muy propia de una esposa, pero errónea, según observó inmediatamente después de haber hablado. Él, sin contestar, bajó las cejas y apretó la boca.

—No es que se note —añadió Candacia apresuradamente.

—Si no se notara, no lo habrías visto —contestó Guillermo.

—¡Bah, bah! —dijo ella.

Y se alejó.

Aquella negligente observación había caído sobre Guillermo como una flecha lanzada desde el cielo, recordándole que ya era un hombre de edad madura. Si algo había de disfrutar de la vida, tendría que ser pronto. Se acumuló en él la decisión. Reconocería el usual proceso. Una menudencia, una especie de lenta corriente, un monstruoso río de repentinos sentimientos desembocando en una inevitable decisión final.

Debía divorciarse de Candacia, si era menester, y encontrar una compañera de travesía antes de morir... En alguna parte del mundo hallaría la mujer que necesitaba.

Bajo el cálido sol declinante notó que su habitual tensión se relajaba de pronto. Había tomado una decisión trascendente, pero justa y, por lo tanto, irrevocable. Todas las grandes decisiones habían sobrevenido después de largos períodos de indecisa inquietud. Cuando percibía lo que debía hacer, experimentaba la impresión de salir de un túnel.

Cerró los ojos y apuró la bebida helada. Él no era una simple criatura física, como creía que eran los más de los americanos. No le interesaban las charlas obscenas y pueriles, y las bromas sexuales le fatigaban. Algo en su nacimiento y su infancia, acaso la profunda madurez de los chinos o la intolerable sabiduría de Inglaterra, le había envejecido desde muy mozo.

Al pensar en Inglaterra, sintió una extraña nostalgia. No deseaba tornar a China, pero quizás ir a Inglaterra le proporcionase el descanso que necesitaba. Solo, en Inglaterra durante unas semanas, tan silencioso como pudiera desear, con nada planeado y nada preparado para cualquier cosa que se le ocurriera, se curaría o le curarían de su desasosiego espiritual. Aún podía ser suya aquella paz, superior a toda comprensión, de que solía hablar su padre.

Pero necesitaba estar solo. Únicamente eso le proporcionaba alguna paz. Pensó en su oficina y en la tranquila alcoba que comunicaba con ella y deseó estar allí, donde no tenía que ver ni hablar a Candacia.

Levantóse, entró en la casa y vio bajar a su mujer, vestida con una flotante prenda verde manzana.

—Tengo que volver a la ciudad —dijo él, bruscamente.

—¡Cuánto lo siento!

Candacia hablaba sinceramente, pero sin enfado. Después de tantos años se había acostumbrado a las repentinas decisiones de Guillermo. Esperaría a que se fuera y entonces telefonaría a Jeremías. Si él y Ruth estaban en casa iría a verlos y comería con ellos. Ciertamente que la madre de Guillermo estaba allí, pero en una tarde tan celestial, ella se sentía dispuesta incluso a soportar aquello. La casa de Jeremías estaba a orillas del mar, y ante ella, una pradera descendía suavemente hacia el Sound. ¡Qué bella resultaría la luna sobre las olas!

—¿Volverás tarde, Guillermo?

—No lo sé. Desde luego no me esperes.

—Si no me encuentras, estaré en casa de Jeremías. No me esperes tampoco.

Y poniendo las manos en los hombros de su marido, se apretó contra él. Él, sin responder al apretón, la besó en la mejilla. Pero, razonó Candacia, su padre decía que amar era bastante. Y ella amaba.

A nadie hubiera podido explicar Guillermo el impulso que le arrastraba hacia Inglaterra en aquel momento de su vida. Había ido a menudo a Inglaterra durante los últimos años, pero siempre en breves viajes de negocios. Y ahora deseaba estar un tiempo indefinido, que tanto podía ser corto como largo. Eso, se dijo, dependería de cómo allí se sintiese. De hecho le constaba que partía para una búsqueda romántica, absurda si se mencionaba y, por lo tanto, imposible de participar a nadie. Su verdadera vida había sido siempre secreta. Y a la sazón sentía la necesidad de confiar en alguien. Una necesidad y un anhelo vagos, el deseo, propio de la edad mediana, de vivir antes de morir, la sed de aprender a gozar antes de perder la capacidad de hacerlo... Tales eran sus privadas razones, que no tenía por qué comunicar a nadie.

Pasó en Londres unos cuantos días, con el ostensible pretexto de asistir a algunas conferencias políticas. Acariciaba la idea de montar una oficina puramente inglesa para editar un periódico puramente inglés también, y para discutir esto habló con Lord Northcliffe un fin de semana, reconociendo francamente lo mucho que debía a aquel maestro de periodistas.

—Vi uno de sus periódicos en la sala de lectura de Harvard, milord, y desde entonces proyecté editar algo parecido.

—¿Sí? —dijo el rechoncho Lord sin sorpresa—. Usted y yo tenemos algo en común. El éxito con la gente de clase media, ¿no? Tengo entendido que su padre era algo estrambótico. El mío también.

Guillermo optó por no contestar. Recordaba que aquel *baronet* se había puesto una vez un sombrero usado por Napoleón, comentando sin vanidad:

—Me sienta bien, ¡demonio!

Después había gastado parte de su rápidamente ganada riqueza en fantasías como exploraciones artísticas, imponiendo a sus pacíficos compatriotas la compra de ruidosos automóviles, dando premios a los constructores de modelos de aeroplanos y a los que intentaban volar con ellos... A la sazón prevenía a los ingleses contra el peligro de una renaciente Alemania.

En aquel Lord plebeyo había algo repelente para Guillermo. Se separaron sin trabar amistad. El inglés veía con sorpresa en Guillermo algo que no había visto nunca: un americano con pretensiones de elegancia. Y Guillermo creía que Inglaterra valía más de lo que pensaba aquel inglés indigno de su país. De haber hallado a Alfredo Harmsworth siendo escolares los dos, fácilmente le hubiera golpeado.

Más tarde, dentro de la misma semana, pasó una velada escuchando las ocurrencias de un ya envejecido Heriberto Wells y rehusando participar en los absurdos juegos inventados para distraerle. Permaneció taciturno ante las raras salidas y el incesante fluir de las opiniones fijas, pero a la vez muy oscilantes, de su anfitrión.

Tras tres o cuatro semanas de desempeñar el papel de invitado tranquilo y modesto en varias casas campestres de Inglaterra, Guillermo conoció a un joven por quien se sintió desmedidamente atraído. No podía comprender la singular potencia de aquella atracción, pero se la explicó cuando advirtió en el joven una sutil semejanza con el héroe de su mocedad en la escuela de Chefú: el hijo del embajador inglés.

Aquel hombre se llamaba Miguel Culver-Hulme, nombre antiguo en la historia inglesa y de cuya familia había muchas ramas. En la quietud de una tarde dominical, antes de tomar el té a que Guillermo había sido invitado, en Blakesbur y House, por Lord Saynes, que había oído hablar de la riqueza y el poder del americano, éste conoció a Miguel.

Culver-Hulme, primo lejano de Saynes, había pedido francamente que le presentasen a aquel americano de quien tanto hablaban todos, pero al que pocos habían visto. Lord Saynes rió.

—¿Para qué quieres conocerle? —preguntó a Miguel.

Éste replicó:

—Porque tengo ese capricho y nada más. Mi tío, el hermano de mi madre, fue condiscípulo suyo. Y me ha contado a propósito de él cosas muy raras. Ahora se siente orgulloso de haber estudiado con él, aunque en la escuela todos se burlaban de aquel extranjero. Parece que solía pasear solo por los jardines del colegio, como un taciturno y altanero Hamlet.

Aquella tarde dominical, bajo un cielo de noviembre de tono azul lechoso, el inglés vio a Guillermo que se apoyaba, solo, en un muro de piedra, contemplando las praderas y el valle que al pie de la casa se extendía. Se acercó a él, dirigiéndole con el atrevido y natural encanto que emanaba de su confiada juventud:

—¿No le molesta mi presencia?

—Ni mucho menos.

Y Guillermo esbozó una leve sonrisa.

—Nuestra guerra mundial —agregó— parece haber hecho, por lo menos, efecto sobre el lenguaje inglés.

—No tanto como sus admirables periódicos, señor. No sé si sabrá usted lo muy admirados que son. Creo que el propio Northcliffe ha tomado de ellos alguna que otra idea.

La lisonja juvenil caldeó suavemente el corazón de Guillermo. Solían adularle a menudo, pero aquella adulación inglesa era muy agradable y no la rechazó con su usual cinismo.

—¿No habrá tenido usted por casualidad algún pariente en una escuela de China? No creo en las coincidencias, pero el parecido es tan grave...

—No hay coincidencia, señor. Muchos de nuestra familia han estado en China o en la India. Es una tradición familiar. Debe usted de referirse a mi tío. A menudo habla de usted, y con gran orgullo.

Las antiguas heridas principiaban a cicatrizar en el corazón de Guillermo. Pero, manteniendo su dignidad, se limitó a sonreír ligeramente.

—Le recuerdo. Era un mozo muy autocrático, incapaz de reparar en un insignificante.

—Ahora ha cambiado, señor.

Miguel esperó. Como no le contestaba, reanudó el diálogo con imperturbable facundia.

—Me agradecería que pasase usted una semana en mi casa, señor Lane. Mis padres y yo nos sentiríamos muy complacidos y honrados.

—Como estoy aquí de vacaciones —respondió Guillermo— quizás eso excuse el que acceda desde luego a su amable invitación. Me gustará, en efecto, visitar a su padre. Y si está usted allí, mejor que mejor.

—Así, pues, ¿acepta usted mi invitación? Mi padre le enviará una nota. ¿Para qué semana?

—¿La siguiente a la próxima?

—¡Espléndido! ¿Estará en Inglaterra para Navidad?

—No. He de irme antes. Mis hijos volverán para entonces del colegio.

—¡Espléndido! ¿Dónde se hospeda usted?

—En el «Savoy».

—Bien. Ya tendrá noticias nuestras. Vivimos en el castillo de Hulme, cerca de Kerrington Downs.

—Gracias.

Pronunció la palabra de modo que parecía una despedida, pero Miguel no quiso tomarla en aquel sentido. Adivinaba en el americano un recelo combinado con orgullo, que acababa lindando en arrogancia. Era una sensación de superioridad, aumentada por el temor a una inferioridad incomprensible. Porque aquel americano poseía todos los reinos de la tierra: apostura física, mente despejada, una riqueza fabulosa que daba que hablar a los dos lados del océano y, como corolario de todo, un



poder que, según Miguel sabía, se ponderaba seriamente en el ministerio de Asuntos Extranjeros.

Una inmensa curiosidad brotaba de su mente ligera y un tanto inquisitiva. Se imaginó hablando de Guillermo con su hermana Emory.

«No es un americano verdadero —le diría—. Con un ligero cambio casi sería inglés, si quisiera. Y lo raro es que creo que por un lado querría y por otro no...».

Para alejar de su ánimo tales palabras, principió a describir a Guillermo una cacería en la que había estado con su tía en Escocia. Pero, de pronto, una campana que sonó en la casa interrumpió los esfuerzos de Miguel para divertir a su interlocutor.

—Creo que llaman al té —dijo jovialmente.

Y, satisfecho de no tener que continuar la conversación, fue lo suficientemente magnánimo para preguntarse si Guillermo no sentía igual contento, y le pareció que sí.

Guillermo descubrió que el castillo de Hulme era una reliquia de los tiempos de Guillermo *el Conquistador*. Cerca estaba el bosque de Hulme, a menudo coto de caza de los reyes. En el siglo xv el castillo se hallaba medio desmantelado, habiéndose utilizado la última vez para albergar a una favorita del monarca entonces reinante. A principios del siglo xvi se concedió el feudo a un conde cuyo título era de reciente creación y que reconstruyó el castillo parcialmente. Al reedificar el salón de honor, apareció entre los escombros un cofre dejado allí por el rey Eduardo III.

En el siglo xvii, el rey Jacobo, yendo de caza, visitó el castillo, y en el siglo xviii otro conde llevó a cabo la reconstrucción total del edificio, rehaciendo las cocinas por entero y añadiendo una hermosa galería de pinturas. Desde entonces no se agregó pabellón alguno. Los presentes ocupantes eran el conde, la condesa, su hijo Miguel y su hija Emory. El tercer domingo de cada mes el castillo, a excepción de los cuartos ocupados por la familia, se abría al público.

Todo esto lo supo Guillermo por un librito que halló en el Museo Británico. Queriendo saber todo lo concerniente a Hulme, averiguó que era un feudo pequeño, pero antiguo.

Recorriendo desde los Downs el camino real, en el enorme coche que se había comprado para su estancia en Inglaterra, Guillermo vio erguirse el castillo de Hulme sobre una baja y bonita colina. Torres gemelas de arquitectura normanda protegían la entrada principal, a través de la cual, en un suave día gris, se dirigía a su destino.

El chófer hizo sonar un enorme aldabón. Abrió un hombre de librea.

—¿Es éste el castillo de Hulme? —preguntó el chófer, aunque sabía de sobra que lo era.

—Sí —replicó el criado.

Guillermo se apeó con dignidad y subió los bajos escalones de piedra.

El criado cogió sus efectos.

—¿El señor Lane?

—Sí.

—Sírvese entrar, señor. Le esperábamos. Le enseñaré su cuarto, señor. Por aquí, señor.

Una gran mesa se alzaba en medio del vestíbulo de acceso. Una doble escalera ascendía a izquierda y derecha. Arriba, por un ancho y largo pasillo, Guillermo llegó a un aposento amplio, enteramente moderno en su decoración. Tras una bruñida pantalla, en una chimenea esculpida, ardían brasas de carbón. El único ornamento de la repisa era un jarrón de rosas de un tono rojizo ceniciento.

—El té está servido en el cuarto del zócalo, señor, al fondo de la escalera, a la izquierda —dijo el criado.

Y desapareció.

Guillermo se aproximó al ancho ventanal, de varillajes de plomo, abierto en el espeso muro de piedra. Desde allí, sobre las copas de las encinas, miró al horizonte, aún verde. Junto al muro occidental del castillo el altozano descendía en empinada pendiente. El sol, rojo entre las nubes grises, declinaba en el horizonte. Reinaba en el castillo paz y silencio. No se veía un ser humano. Un sentimiento de reposo y lejanía se adueñó de él. Suspiró.

Recayó en la misma quietud minutos más tarde, cuando, después de lavarse las manos y la cara, bajó la escalera. La puerta de la estancia que le señalaron se hallaba abierta y alguien, dentro, tocaba el piano. Guillermo no entendía nada de música, ni lo deploraba, pero era lo bastante inteligente para comprender que quien en aquel momento ejecutaba, sabía tocar.

Cruzó el vestíbulo, pasó la puerta y vio una escena semejante a la que imaginara. Un cuarto largo, de hermosas proporciones, con zócalo de roble, se extendía ante él. Al extremo opuesto se perfilaba una vasta chimenea y sobre ella el blasón de los Hulme. Ante el fuego estaba servida una mesa de té, y un anciano —el conde sin duda— se hallaba sentado en un sillón de raído cuero rojo. Frente a él se acomodaba *Lady Hulme*, inconfundible, alta, marchita, atezada, vistiendo un viejo traje de cheviot. Tenía entre las manos unas madejas oscuras y hacía punto. Miguel se apoyaba en la repisa de la chimenea, con las manos en los bolsillos, mirando al fuego, y al piano estaba sentada una mujer ataviada con un largo vestido carmesí.

La joven levantó la cabeza y sonrió con gesto de invitación, mientras seguía pulsando las teclas suave pero firmemente. El conde vio al visitante y después Miguel. Ambos tenían la expresión que Guillermo esperaba.

Miguel se adelantó hasta el centro de la estancia. *Lady Hulme* alzó sus grandes ojos, de pálido azul, volvió a bajarlos y reanudó su labor.

Sonó profundamente en el piano un postrer acorde. Miguel, adelantándose vivamente, apretó con fuerza la mano de Guillermo.

—¡Qué amable es usted viniendo a vernos! Le presento a mi padre y a mi madre.

Guillermo rozó la seca mano del conde y correspondió a una leve inclinación de

cabeza de *Lady Hulme*.

—Muy amable, en efecto —murmuró el conde—. Desde Londres hay mucha distancia. Y vivimos tan apartados... y tan quietamente...

—Me gusta la quietud —dijo Guillermo.

Se volvió, inseguro, algo medroso.

—Mi hermana Emory —presentó Miguel.

Miguel tomó entre las suyas una mano larga y fresca.

—Siento interrumpir la música.

—Estábamos esperándole —contestó ella.

—Sirve té, Emory —ordenó *Lady Hulme*—. ¡Ay, se me ha escapado un punto!

Ella obedeció y, por un instante, Guillermo se fijó en sus ojos negros y límpidos, engastados en un rostro pálido y bello. Vio su boca, sus labios tiernos y delicados, que temblaban y sonreían semidesganadamente, como él había imaginado. Emory era alta y tan delgada que hubiese parecido enferma a no ser por el aspecto de clara salud que rebosaban sus ojos y su pálida piel.

—Siéntese —dijo con su dulce voz inglesa, acomodándose por su parte ante la mesita—. Me tiene usted muerta de curiosidad. No conocía a ningún americano.

—Temo no ser el tipo característico —respondió Guillermo.

Y procuró no fijarse en las manos con que la joven llenaba las tazas. Eran unas manos exquisitas, con un aire tan familiar que le hizo fruncir el entrecejo. ¿Qué le recordaban?

La memoria vino a él. Había visto unas manos semejantes cuando, siendo pequeño, contempló al lado de su madre, en Pekín, las manos lisas y menudas de la vieja emperatriz de China.

—¡Vamos, Emory! —dijo *Lady Hulme* con su voz cascada, sin parar de hacer punto vigorosamente.

No obstante, se interrumpió un momento para tirar con fuerza de una campanilla cuando Miguel se sentó. Apareció el criado trayendo bollos calientes en una bandeja.

—¿Cómo es que sirve usted hoy el té, Simpkins? —preguntó Miguel.

—Matthews está enfermo —dijo *Lady Hulme*—. Con anginas. Parece absurdo, pero se las ha pegado la doncella nueva.

—Así es, *Milady* —dijo Simpkins con suavidad.

*Lady Hulme* se volvió a Guillermo.

—Tengo entendido que es usted riquísimo. Aquí tiene el té.

Miguel intervino rápidamente.

—No haga caso a mi madre. Le gusta imaginarse que es muy atrevida. ¿Cómo se te ha ocurrido eso, mamá?

—¿Por qué no se me había de ocurrir? —replicó *Lady Hulme*.

Dijese lo que dijera, su rostro permanecía inexpresivo. Sus grandes ojos eran pálidas lámparas en su cara enrojecida por el sol y el viento.

—No veo que haya cosa mejor que tener mucho dinero. No hay por qué

avergonzarse de ello. ¡Ya quisiera yo que lo tuviese tu padre!

Guillermo tomó su té, con una delgada tostada de pan y manteca y un bollo caliente. Un pastel de grata apariencia aparecía en un veladorcito, pero a Guillermo, por sus recuerdos del colegio, le constaba que no se lo ofrecerían hasta que hubiese comido el pan con manteca y el bollo. Si había dulces, siempre se servían al final.

Nadie notó su silencio. Lord Hulme comía con satisfacción, y bebía en un tazón el té.

—¿No se ha mareado usted? —preguntó *Lady Hulme*.

—No —respondió Guillermo.

—El mareo es una cosa terrible —observó *Lady Hulme*—. Desde luego, los americanos no son tan despiadados como los ingleses. Siempre que me mareo, Malcolm piensa que lo finjo.

—Y así es, querida —repuso el conde.

—¿Ve usted? —dijo *Lady Hulme*—. Hace treinta y cinco años fuimos a Sicilia a pasar la luna de miel y yo me mareé en el barquito en que cruzamos el canal. ¡Pues no hubo quien me ofreciese un almohadón para la cabeza! Mi marido tampoco me dejó apoyarla en sus rodillas.

—¡Vamos, vamos! —protestó el conde—. ¿No recuerdas que no me fue posible dar un mal paseo, porque no quitabas la cabeza de encima de mis rodillas en toda la travesía?

Departían amablemente, discutiendo el antiguo tema. Emory los contemplaba con risueños ojos y de vez en cuando lanzaba a Guillermo una mirada. Pero no interrumpió hasta que *Lady Hulme* se cansó de la plática y mandó:

—Sirve más té.

El conde, reanimado por la discusión y el té, se volvió a Guillermo.

—A veces veo sus periódicos. ¿Qué lectores tienen? Dependientas de comercio y gente así, ¿no?

Miguel saltó a la palestra.

—Los lee todo el mundo, papá.

—¿Sí? Pues casi no tienen más que grabados.

Guillermo habló al inglés con toda confianza.

—Mis compatriotas leen poco. Para que entiendan las cosas hay que darles fotografías.

—¿Así que persigue usted un propósito? —dijo inmediatamente Lord Hulme.

—¿No tenemos un propósito todos? —arguyó Guillermo—. El poder potencial de varios millones de personas implica una responsabilidad. No es posible ignorarlo.

—¡Ah! —dijo el conde.

Alzó la taza, la vació, limpióse el bigote con su servilleta de encaje, la arrolló y la metió en la taza. Luego se levantó.

—¿Quiere dar un paseo? Miguel y yo siempre salimos un rato, antes de comer.

Ya se acercaba el crepúsculo y Guillermo hubiese preferido quedarse en el vasto

apoyado alumbrado por el fuego de la chimenea, junto a la bella mujer que en tal silencio permanecía, pero una mano compulsiva —la mano del pasado— le forzó a levantarse. No salir al aire libre era signo de pereza, de flojedad, de todo lo que es pecado para un inglés.

—¿Va a llevar ese calzado? Hay barro —dijo Miguel, mirando los bruñidos zapatos oxonienses de Guillermo.

—Es igual...

Salieron. Reinaba por doquier una umbría fragancia. Miguel, respetuosamente, seguía a los otros dos. El conde encendió una pipa antigua y corta y rechazó el fósforo que le ofrecía Guillermo.

—Gracias. Yo uso cerillas largas, hechas de encargo. Tienen en su cabeza un producto químico que impide que el viento las apague.

Sintió un largo silencio mientras los tres hombres recorrían las callejas campesinas. Guillermo, conocedor de la taciturnidad inglesa, estaba resuelto a no quebrantarla. ¡Que supieran aquellos ingleses que sabía resistir las más duras pruebas!

El conde, apartándose del camino, bajó por una herbosa pendiente hacia una pradera. En el portillo de un cercado blanco se detuvo para llenar su pipa.

—Yo nunca he estado en América. Miguel quiere ir, pero como es mi único hijo se lo he prohibido... por ahora.

Miguel rió.

—Antes de dejarme marchar desea que me case y le dé un nieto.

—Los chinos opinan lo mismo —dijo Guillermo—. Mas espero que nos visite usted algún día.

—¿Dónde vive usted? —preguntó el conde.

—Tengo una casa en Nueva York y otra en el campo.

La voz de Guillermo sonaba tan indiferente y tranquila como la de cualquier inglés.

—¡Bien se tratan ustedes, los americanos!

—No mejor que los ingleses.

—Pero eso a nosotros nos ha costado miles de años.

—Nosotros, en primer lugar, poseemos más territorio...

El conde sacudió la ceniza de su pipa y abrió el portillo. Una faisana se alzó de la hierba y el anciano la miró volar.

—¡Qué necios fuimos corriendo detrás de la India en vez de conservar América sobre todo!

Llenó su pipa una vez más.

—Piense lo que sería el Imperio si hubiésemos peleado de verdad con ustedes, los rebeldes, en 1776, en vez de andar conquistando esos pedazos de carne con ojos que pueblan aquel otro continente, abrasado por el sol. Ello habría redundado en ventaja de ustedes y en la nuestra. Si formásemos un solo país seríamos invencibles incluso

contra Alemania y Rusia reunidas.

—Por otra parte, nosotros podíamos ser meramente un segundo Canadá —opuso Guillermo—. Acaso necesitásemos la independencia para desarrollarnos.

—¡Tonterías! —replicó el conde—. Lo que importa es la raza. La gente de la India no tiene fibra. Siempre están ardiendo con una fiebre de ánimo u otra. Lo da el clima, tan poco saludable...

—No acierto a imaginar a mi país formando parte de un imperio —dijo Guillermo.

—Ahora claro que no —concedió el conde.

Y lanzó a Guillermo una penetrante y astuta mirada.

—Claro que no —repitió— cuando están ustedes pensando su propio imperio.

—Dudo de que deseemos imperio alguno —contestó Guillermo.

Pero la idea se agitaba en su mente, mientras los tres recorrían la pradera. Los imperios tienen sus épocas, y el antiguo Imperio Británico expiraba tan seguramente como el sol que se ponía más allá de la arboleda pendiente que se alzaba tras el riachuelo. En aquel momento el sol se hundía ya dejando oscurecidas las quietas aguas fluyentes.

—¿Pescan ustedes en este arroyo? —preguntó Guillermo a Miguel.

—No hay gran cosa —contestó el interpelado—. De vez en cuando, alguna trucha.

—Los muchachos de la aldea lo cogen todo —dijo el conde con acritud—. Aquí hay pescadores furtivos a montones.

Tras otro silencio llegaron al arroyo y miraron su clara superficie. El agua era muy poco profunda. Muchos pececillos de río saltaban buscando alguna oportunidad de alimento. El conde los espantó con su bastón.

—Pececillos de éstos, desde luego, no faltan.

Lo dijo con voz meditativa, pero Guillermo, no hallando significado alguno en el comentario, no respondió.

—Sí; hay millones de peces pequeños —reiteró Miguel.

El conde contemplaba el otro lado del arroyo como si pensara en la conveniencia de atravesarlo. Mas debió de cambiar de opinión, porque dijo:

—Más vale que volvamos. La tarde está fría.

De nuevo subieron la pendiente, esta vez en un silencio que ninguno interrumpió. Cuando entraron en el vasto vestíbulo cuadrado del castillo, Simpkins, adelantándose, tomó sus sombreros y bastones. El conde bostezó.

—Nos veremos en la comida... Dentro de una hora...

Y se alejó con su paso pesado. Guillermo quedó perplejo.

Miguel, siempre tan agradable y amistoso, parecía un poco desasosegado.

—Nunca, señor Lane, recuerdo cómo son mis padres hasta que vuelvo a verlos. ¿Nos sentamos junto al fuego, o subimos?

—A mí sus padres y todos ustedes me son muy simpáticos —dijo Guillermo con

insólita gracia.

Miró la vasta estancia del final del vestíbulo y la vio vacía. *Lady Emory* se había ido.

—Casi preferiría subir hasta la hora de comer —agregó.

Desde aquel día, Guillermo no intentó fingirse a sí mismo. Por primera vez en su vida se había enamorado desesperadamente.

Sus ojos reservados, pero agudos, habían escrutado a cuantas mujeres conocía y a otras que no trataba para nada. Ellas, a su vez, le solían mirar con cortés indiferencia. Las jóvenes le consideraban viejo y serio y él apartaba sus ojos de las no jóvenes. Las mujeres inglesas no envejecían al mismo ritmo que su gracia y belleza. Solía él encontrarlas charlatanas o cáusticas, y ante el desparpajo se encogía instintivamente. Deseaba inteligencia, pero no talentos sarcásticos que, por no ser bastante hábil para dominarlos, despreciaba. Si algo desaprobaba lo decía con claridad y firmeza. Acostumbraba a asegurar que el sarcasmo era la exhibición de un ego débil, la insatisfecha agresividad de un cobarde, y el refugio natural de quienes no tenían más armas para luchar que la lengua.

Mas todo lo que había temido y soñado de Inglaterra, todo lo que Inglaterra significaba para él, todo lo que ni siquiera ante sí mismo había querido reconocer que amaba, se centraba ahora en una mujer. No se molestaba en preguntarse si la comprendía porque le constaba que ella le comprendía a él. Al fin pudo hablarle y decirle lo que nunca había dicho a nadie. Ella escuchaba, con ojos afables y pensativos. La afabilidad era su fuerte. No sólo se la dedicaba a él, sino a todos los que la rodeaban. Así lo entendió Guillermo durante la semana que siguió al primer día. Llegaban y partían invitados y recibían la bondad de aquella mujer lo que deseaban. Ella estaba ocupada continuamente y, sin embargo, tenía tiempo para él, prestándole toda su atención en las horas que pasaban juntos.

Guillermo supuso que Emory no era joven, o, mejor dicho, que no era ya una muchacha. Acaso tuviera treinta años. Él no comprendía que estuviese soltera y un día se lo dijo en palabras que temió fuesen crudas. Ella vaciló y después repuso, sin casi un cambio en su aspecto ni en su dulce voz:

—Sufrió la suerte de muchas mujeres inglesas. Mataron a mi prometido durante la guerra. Era Cecilio Randford, hijo del conde Randford. Nos conocíamos desde niños.

Guillermo oyó aquel nombre sintiendo unas punzadas de celos que se esforzó en ocultar.

—Perdóneme —murmuró.

—No hay de qué —respondió ella sencillamente.

Al tercer día Guillermo hubiera deseado que ella le tutease o llamara por su nombre. Decir «*Lady Emory*» implicaba cierta intimidad que no se encontraba al oír «señor Lane». ¡Si al menos hubiese sido un «*Sir Guillermo*»! Pero no lo era. Y respecto a su anhelado cortejo, se airaba no dando con el modo de iniciarlo. ¡Eran tan

escasos los días! Guillermo deseaba resolverlo todo pronto, conseguir su amor en seguida, llevarse a Emory a su tierra y comenzar su vida juntos. Cuando volviese para Navidad esperaba haber despejado todo el molesto asunto de explicarse con Candacia y sus hijos y de consultar con sus abogados —y también con aquellos de sus amigos que tenían una situación pública— acerca de cómo podía tramitar el divorcio y volverse a casar de un modo rápido y discreto. Le hacía rechinar los dientes el pensamiento del placer que las gentes vulgares encuentran en tales negocios, que debieran ser tan particulares como los pensamientos.

Entretanto, descubrió la imposibilidad de hablar del caso al conde o a *Lady Hulme*. Él no existía para ellos, aparte de que a su manera le considerasen importante por saberlo rico. La semana transcurría rápidamente, y él no se sentía a sus anchas con ellos. A aquel castillo y a aquella familia inglesa se aproximaba con una timidez que no quería reconocer, porque contrastaba con el hecho de que había alcanzado en su país alturas tales, que una mera llamada de su secretaria bastaba para abrirle la puerta de la Casa Blanca. Y no la puerta grande ante la que pululaban americanos mirones y patriotas, sino la lateral, siempre cerrada con llave de bronce. Y se recordaba a sí mismo que el conde de Hulme no era el rey de Inglaterra, sino uno de tantos pares.

La primera perspectiva del castillo a la luz del día había sido agradable. Costaría mucho trabajo modernizarlo. Para cincuenta dormitorios no había más que cinco baños, muy poco cómodos y de tan antigua construcción que los depósitos de agua gravitaban encima de los aparatos de aseo y el agua de las enormes cañerías amenazaba asfixiar al bañista si los calentadores de gas no se atendían debidamente. Sorprendió a Guillermo encontrar con él en el baño, la primera noche, a un criado, cuidadosamente vuelto de espaldas. Ello se debía a que el calentador venía amenazando estallar desde hacía meses, si se le recargaba mucho, y era notorio que a todos los americanos les gustaba llenar con exceso los baños.

El criado, sin volver la cabeza, había declarado a Guillermo:

—Cuando usábamos baños de cinc, en los viejos tiempos, era mejor, señor.

Guillermo, sumergido en jabón, inquirió:

—¿Por qué no usan sistemas americanos?

Y pensó que el agua tenía una delicada suavidad.

—Nunca acertaríamos a manejarlos, señor —contestó el criado—. Sírvase avisarme cuando esté listo. Entonces apagaré el calentador y me retiraré para no molestarle.

Hízolo así pocos minutos más tarde y Guillermo, envuelto en una sábana de baño, tornó a su alcoba a lo largo de un pasillo de un octavo de milla de longitud.

Allí, en el vasto aposento, sintió ahondarse a su alrededor un silencio de siglos. Ello le hizo pensar en Pekín, y en sus templos y palacios, y también, de nuevo, en la anciana emperatriz. Era el ambiente que él amaba y a trueque de nacer en el cual hubiese dado su alma, porque era algo que no podía imitarse ni hacerse de pronto.



Pertenecer a él, comprenderlo en toda su intensidad le hubiese tranquilizado. Mas le avergonzaba reconocer aquel anhelo. Ante los ingleses necesitaba aparecer en su mejor talante, esto es, como un americano rico, poderoso, capaz de mantener su terreno, como un republicano entre aristócratas.

Y mirándose en el largo espejo de dorado marco, escogió una corbata más oscura.

*Lady Emory* no sentía deseos de amor, ni lo anhelaba. El dominio de sí misma era absoluto y ya se había introducido en todas las fibras de su ser. La habían educado en ello y creía que de ello dependía el decoro. Sólo con *Cecilio*, en quien había llegado a confiar plenamente, había experimentado la impresión de no tener que pensar en sí misma, y ello porque le había amado de verdad, aunque no con vehemencia. Se alegraba, empero, de no haberse casado con *Cecilio*, puesto que a él le hubiesen matado de todos modos. Y, dado que no había contraído matrimonio, también celebraba no haberse entregado a su novio la víspera del día en que éste debía incorporarse a su regimiento. La tal noche los dos discutieron francamente el asunto. Tan francamente como lo discutían todo, porque su vocabulario era el mismo y sus pensamientos e ideas idénticos. No era cuestión de pecado o decencia, ni de moralidad personal, puesto que estaban irrevocablemente enamorados. Se trataba del asunto, harto más importante, de un heredero. Aunque fuera inverosímil que surgiese descendencia de una sola y única unión, entraba, empero, en lo posible que se diese el caso y que ella tuviera un hijo, heredero de *Randford*.

—De todas maneras, querida, no me gustaría que quedases embarazada —había dicho *Cecilio*.

—Podríamos casarnos... —murmuró ella.

—Aborrezco esas bodas apresuradas, como a la carrera —persistió él—. Quiero casarme contigo con toda pompa, amor mío. Los condes de *Randford* siempre se han casado con sus novias en la abadía, y los colonos, ¿sabes?, no me perdonarían que hiciese otra cosa.

—¿Y si...?

Pero no fue capaz de terminar.

—No —respondió él jovialmente.

Y parecía un dios, joven, desafiando a la muerte.

Así se negaron su satisfacción por temor de un hijo, hijo que nunca había de nacer, aunque esto lo ignoraran. Ella nunca se permitió a sí misma lamentar su aquiescencia. *Cecilio* había cumplido su deber con su raza; y no sólo cumplió su deber, sino que arrastró al suyo a *Emory*. Ella lo comprendía, porque había sido educada en iguales principios. Una mujer noble, aunque la quisieran y halagaran por sí misma, nunca debía dejar de pensar en el sagrado futuro. Y, de olvidarlo, no hubiera sido feliz. El amor de los dos se purificó merced a su fe en sí mismos, en su clase y en su creencia de que ellos y su casta eran más que meros seres humanos.

Puesto que *Cecilio* había muerto, *Emory* quedaba relevada de aquel deber. Nada sagrado había en que ella fuese cualquier cosa, salvo ella misma. No conocía ningún

otro heredero de Inglaterra con quien le agradara casarse, ni que deseara casarse con ella. Y de existir alguno, difícil era que el simple sentimiento de su obligación la hubiese impelido al matrimonio. Con Cecilio sí se hubiera consagrado a tal deber; pero sin él, y por lo tanto sin amor, el deber no le bastaba. No había razón alguna para que ella hubiese de considerar necesario el hecho de dar un heredero a una antigua casa. Ella era completamente libre.

Tal libertad conducía, sin embargo, a una inmensa inquietud que su dominio de sí misma ocultaba bajo un manto de delicadeza y afabilidad, elementos también propios de su buena educación. Sólo Miguel adivinaba que, bajo el disfraz tan graciosamente llevado, su hermana se estremecía de descontento.

—Necesitarías cambiar de vida —le dijo una vez—. Estás nerviosa.

—No lo estoy —respondió ella con insólita brusquedad.

—No finjas —replicó Miguel—. Tienes que casarte. Cecilio ha muerto hace mucho.

—No veo con quién casarme —contestó ella.

—Yo me encargo de eso —prometió él majestuosamente.

A lo que ella sólo respondió, como cuando Miguel era un niño pequeño:

—No seas tonto.

Pero él llegó de Londres, unos meses más tarde, con la singular manifestación de que había encontrado a un tipo americano con quien ella encontraría divertido casarse.

Tal conversación, desde luego, no se mantuvo ante sus padres. Emory incluso acabó irritándose.

—No puedo imaginar que ningún casamiento sea divertido —le dijo.

Estaban en el jardín de tejos y ella, arrodillada junto a la fuente italiana, recogía hojas caídas. Miguel, de pie, la miraba sin ofrecerse a ayudarla. No le gustaba mancharse las manos.

—No es que ese tipo sea exactamente divertido —explicó—. En realidad, más bien resulta aterrador. Es inmensamente alto y delgado, con ojos de un gris verdoso, cejas espesas y negras y todo lo demás que puedes imaginarte. Parece infinitamente desgraciado, como suelen parecerlo los americanos cuando no pertenecen al género risueño. Si no me equivoco, anda buscando...

Ella alzó la cabeza.

—¿Buscando?

—Es rico como el infierno —dijo Miguel—. No debe de sufrir por cosas de dinero, ni sé qué sacar de él en limpio, salvo que es un hombre pujante.

—¿Qué pujanza tiene?

—No sé. Energía, apagada bajo algo indefinible, impaciencia refrenada, enemiga a todos... No es cordial, no tiende la mano a quienes le son presentados... Pero le he invitado. Ya le verás.

Emory se sintió atraída hacia Guillermo Lane en el mismo momento en que,

sentada al piano, le divisó en pie a su lado. Y había seguido tocando para poder mirarle sin hablarle. En primer lugar, él no era joven y ya la juventud molestaba a Emory. Por primera vez en diez años tuvo conciencia de que era una mujer, no joven ya, pero aún bella y deseosa de que por tal la tuviesen.

Comprendió en seguida que Guillermo la juzgaba hermosa no sólo por sí misma, sino por cuanto había alrededor de ella y más allá de ella. Él la valoraba por lo que Emory había heredado, siendo a la vez parte de su personalidad. Y también apreció que Lane la mirase así. Era un hombre que —a juicio de ella— no se enamoraría de la belleza meramente. Una corista capaz de enamorar a un rey a él le hubiera repelido.

Meditando en esto, y preguntándose por qué tantos reyes y pares, a través de la historia de Inglaterra, habían yacido tan alegremente sobre haces de paja con mozas, lecheras y gitanas, que nunca podrían llegar a ser reinas, Emory penetró el secreto del alma de Lane. Necesitaba una reina para poder ser rey. Porque se había hecho su reino, un reino moderno, el del dinero y el poder, en absoluta combinación ahora como siempre, y sobre él reinaba. Pero ese secreto anhelo permanecía irrevelado en su alma. Y acaso desconocido incluso para él mismo. Si ella le aceptaba, él se sentiría seguro. Necesitaba evidencia de lo no visto, para convertir en sustancia lo que anhelaba ser.

A los treinta años, reflexionó Emory mientras pasaban los días de aquella semana, una mujer rechaza o acepta rápidamente. Por su parte, él le llevaba una década y era, por ende, hombre acostumbrado a decisiones prontas. A los pocos días le hizo saber que por su parte se había decidido. Al disponerse a partir del castillo de Hulme, a finales de semana, procuró hablar a solas con Emory, que no dejó de facilitarle el camino.

—¿No podría volver aquí dentro de quince días? —preguntó Guillermo.

—Nos encantará verle —repuso ella, deliberadamente formularia.

—Serán quince días muy largos para mí, *Lady* Emory.

Ella sonrió, y, bajando la vista, advirtió que él le oprimía una mano con la suya. Extrañamente pequeña y peluda era la mano de Guillermo, pensó Emory.

«Vamos —se dijo—, no debo pensar en cosas así».

Y, para disciplinarse a sí misma, le permitió que le estrechase los dedos por segunda vez, y por más tiempo.

Cuando Guillermo volvió, pasado un par de semanas, encontró a *Lady* Emory tan dueña de sí, mientras le conducía, la segunda noche, a una parte del castillo aún desconocida para él, que se preguntó si ella habría adivinado sus pensamientos. Y le sorprendió notar que su corazón latía más de prisa que nunca.

—Creo que no ha visto usted la galería —dijo ella, abriendo una puerta.

Guillermo divisó un espacio, al parecer interminable, adornado con pinturas.

—Vayamos hasta el final. El paisaje que se ve es el mejor de los cuadros.

La siguió durante largo rato hasta los grandes ventanales, rasgados del techo al suelo, que terminaban la galería. Cuando ella se sentó en un sofá de raso amarillo, él se acomodó a su lado, pero no demasiado cerca.

Emory le miró, con sus oscuros ojos en tranquila espera, y él notó, con cierta impresión, que aquella mujer estaba acostumbrada a qué los hombres se enamorasen repentinamente de ella. Se hallaba, pues, preparada... Y temió someterla tan pronto a la prueba de una declaración.

—¿Sabe usted —preguntó bruscamente— que yo me crié en China?

—Sí. Mas ¿a qué viene pensar en eso ahora? —repuso Emory.

—Viene a no sé qué de este castillo y su silencio, y de la luna brillando como solía sobre un palacio de Pekín...

—La luna ha salido tarde hoy.

—¿Está usted muy interesada en las cosas de la luna?

Y Guillermo acompañó esta trivialidad insólita en él con una sonrisa.

—No, si no fuese porque, entrando por una ventana de mi cuarto, me importuna con exceso.

Él no replicó. Pasados unos instantes ella dijo:

—Cuénteme algo de su niñez en China. Yo nunca he estado más que en Europa.

—No deseo pensar en mi niñez —respondió él con la singular brusquedad que, según Emory estaba comenzando a notar, no significaba irritación.

—¿Acaso fue una infancia infeliz? —Persistió Emory.

—No infeliz, sino inútil para mí.

—¿Inútil?

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo era hijo de un misionero. No pensará usted que para mí había ventaja alguna en ser hijo de un misionero, ¿verdad? Lo mantuve en secreto mientras estuve en el colegio. Porque era una terrible desventaja para mí, incluso en la escuela preparatoria a que asistí mientras estuve en China.

Y, como deseaba hacerle conocer lo peor, Guillermo insistió en el tema.

—El que yo fuera hijo de un misionero hacía a mis condiscípulos pensar que yo debía de ser un tipo raro, aunque, en realidad, mi padre era hombre notable. Cosa que no descubrí hasta que fue a morir en mi casa.

—Hábleme de él.

La voz de la joven le estimulaba.

—Otra vez, *Lady Emory*. Ahora no interesa.

—Espere —dijo *Lady Emory*.

Sus oscuros ojos se dilataron y su dulce voz asumió un tono levemente imperioso.

—No sé si desea usted hablarme. Por si es así, permítame recordarle que apenas nos conocemos todavía.

—Puede usted no conocerme, pero yo la conozco —respondió Guillermo.

La pasión le arrastraba con una violencia que resultaba monstruosa incluso para él mismo. No deseaba esperar ni un minuto para tener entre sus brazos a aquella bella inglesa. Tenía que resolverlo todo sin demora.

*Lady Emory* mostró recelo.

—¿Cómo puede conocerme?

—Siempre he conocido a Inglaterra —dijo Guillermo—. Siempre he amado a Inglaterra, aunque confieso que contra mi voluntad. Ahora la encuentro a usted y es usted la personificación de cuanto he amado.

—Miguel dice que es usted casado.

—Eso no tiene que ver con usted ni conmigo.

—No...

Aquella palabra fue un murmullo, un suspiro, que él resolvió considerar como aceptación. Dio un paso adelante, ella se levantó y Guillermo la tomó en sus brazos. ¡Entusiasmo dulce y terrible, orgullo y arrogancia del amor que tenía! Sin hablar, hundió la cara en la negrura de los cabellos de la mujer y no notó el silencio ni la quieta inmovilidad en que ella permanecía.

Emory se sentía extrañada al descubrir que cierta convicción suya, que arrancaba de la última vez que estuvo en brazos de Cecilio, era enteramente falsa. No se sentía repelida por el hecho de hallarse oprimida contra el cuerpo de otro hombre. Había supuesto que sería cosa intolerable y enteramente aborrecible, y no lo era. Incluso resultaba placentera y grata. También sería grato y placentero vivir entre riquezas y abundancias, sin ser, como solterona, una carga para sus padres, ni obligar a Miguel, cuando heredase la hacienda familiar, a mantenerla de caridad. Inglaterra era algo muerto y fatigado y con su muerto amor, Inglaterra, no sabía cómo, había muerto para ella. América, imperio naciente, era fuerte y joven, e ir allí, dejar a Inglaterra y llevar consigo su no desbaratada femineidad, sería lo más cercano a la dicha que pudiera imaginarse. Percibía, que aquel americano, contrariamente a cuanto de los americanos había oído, no era pueril ni estúpido.

—No espero, ni puedo esperar, que usted me ame a mí tan pronto como yo a usted —tartamudeó Guillermo.

Emory, a más de hermosa, era sincera consigo misma y sabía que su conveniencia estaba en hacer lo que deseaba de todo corazón.

Retrocedió ligeramente, sin hacerle soltar sus manos.

—Creo que esto es demasiado prematuro, pero no me parece del todo imposible, Guillermo.

En julio, hacía en Ohio tanto calor como en la India. Un calor que impresionaba a Enriqueta. Había pasado el mes anterior con Clem en Méjico, donde Clem tuvo que conferenciar con el ministro mejicano de Alimentación, que deseaba trigo americano. Él no había reparado en el calor que hacía. Su sangre estaba fría y él más delgado que nunca. La comida de Méjico le envenenaba. Los tamales, calientes como la sangre

india, las legumbres llenas de roja pimienta, las espinacas hervidas hasta adquirir el color y gusto de la hierba seca, le abrumaban. No obstante, allí, como en todas partes, probaba la comida indígena para saber cómo la gente se alimentaba, tras lo cual le torturaba la dispepsia, más grave cuanto más viejo se volvía.

Había prometido enviar el trigo de un modo u otro, y habíanse vuelto a su tierra.

Cuando abrieron la puerta de su casa, el aire era caliente y polvoriento y todo olía a cerrado.

—Quítate el vestido —dijo Clem a Enriqueta—. Sube, ponte un delantal y descansa. Yo abriré las ventanas.

Enriqueta obedeció sin contestar. Empezaba a engordar y era un alivio quitarse el corsé. Subió al amplio baño que Clem había hecho montar según el tipo de los de la India. Se introdujo en la vasta bañera con bordes de cinc, y sacó del grifo un jarro de agua. Después, con un cazo, a la manera india, se vertió el agua por encima. La casa estaba llena de cosas que Clem había admirado en otros países. Prefería, por ejemplo, los palillos a los cubiertos. Decía que eran más limpios.

El agua estaba tibia, pero, con todo, más fría que Enriqueta. Se puso una bata que Clem llamaba siempre delantal. A ella no le importaba. Porque era grato vivir con un hombre que no sabía nunca lo que una llevaba...

Bajó a desempaquetar los artículos que habían adquirido para la cena. Clem se había quitado la americana y, en mangas de camisa, hacía números en una hoja de papel. Los huecos de sus hombros estaban muy salientes y su espalda hundida. El calor mejicano le había hecho perder peso. Mas ella no exteriorizó su disgusto. Nada le enojaba a él más que oír la lamentarse de lo delgado que estaba.

Sentóse Enriqueta en un ancho sillón de mimbre, rasgó un sobre con matasellos de Nueva York y principió a leer. Ya el primer párrafo presagiaba catástrofe. Su madre decía:

Me alegro de que tu pobre padre haya muerto. Nunca hubiese soportado lo que va a ocurrirle a nuestra familia. He llorado y rogado, pero inútilmente. Guillermo se ha vuelto duro como el diamante. No lo puedo comprender. Recuerdo cuando, de pequeñín, le tenía en el regazo. Sé que es mi hijo, pero no lo reconozco. ¿Qué hemos hecho para merecer esto?

Hasta aquí Enriqueta leyó sin comentar nada ante Clem. Luego, leyendo lo siguiente, sofocó un grito.

—¿Qué pasa? —preguntó Clem.

Y abandonó sus números. No era corriente que Enriqueta gritara así. Los grandes ojos pardos de la mujer se habían dilatado mientras miraban la carta que sostenía. Brillaban con el color de los ojos de Guillermo, mas no poseían su profundidad.

—¡Guillermo va a divorciarse de Candacia!

Pronunció las palabras con horror, y con horror las escuchó él mientras los dos se miraban.

—¿Qué ha hecho Candacia? —preguntó Clem con severidad.

—No puede haber hecho nada —murmuró.

Enriqueta tornó a la carta.

—Mamá no lo dice... ¡ah, sí! Asegura que Candacia es la que siempre fue. Que Guillermo no tiene excusa y que ni siquiera intenta tenerla. Ya sabes lo que es. Siempre hace lo que quiere y nunca dice por qué. Mamá añade que es un caso de ofuscación... Se casa con una inglesa a la que conoció en su viaje.

De haber sabido llorar, Enriqueta hubiese llorado, pero no sabía. Su corazón se endureció contra Guillermo. Arrugó la carta en la mano y la tiró a la papelería de mimbre. Nunca había amado a Candacia, pero en aquel momento casi la amaba. Hacía mucho que Enriqueta había renunciado a la profunda fe de su padre, pero tenía una especie de religión, alimentada por el desinterés y la devoción de Clem a su única causa. Los Cameron eran buena gente, tan buena a su modo como el padre de Enriqueta lo había sido, y todas las antiguas nociones de decoro persistían en ellos. Un hombre no debía, sin causa, divorciarse de su mujer y los hombres buenos no se divorciaban de sus mujeres por causa alguna. Guillermo había abandonado las filas de los buenos.

—No quiero volver a ver a Guillermo —exclamó airadamente Enriqueta.

Clem, levantándose de su silla, se arrodilló a su lado. Ella apoyó la cabeza en los estrechos hombros de su marido. Los flacos brazos de Clem la rodearon.

—Vamos, vamos... —murmuró.

—¡Clem! —suspiró ella, con el corazón desgarrado—. ¡Cuánto me alegro de que seas bueno! Sólo confío en tu bondad.

Él, mientras daba rítmicas palmadas en la espalda de su mujer, reflexionó.

—Acaso necesitamos alguna religión, monina —dijo al fin—. Hemos crecido creyendo en Dios y, aunque en rigor no le hayamos abandonado, debiéramos buscar el modo de acercarnos a Él.

—Tú no lo necesitas. Eres bueno por naturaleza.

—Acaso pensar sólo en la comida no baste. Los hombres no sólo viven de pan.

Enriqueta apretó contra su mejilla la cabeza de su marido.

—No cambies de modo de ser, Clem.

Y agregó, tras un momento:

—¡Pobre Candacia! Voy a escribirle.

Levantándose, sentóse donde se había sentado Clem y vio en una de las hojas de papel amarillo que él usaba para sus interminables cálculos:

«Producción media por acre (Méjico)».

Seguían líneas de cómputos sobre los millones de habitantes de Méjico. Enriqueta cogió una de las hojas amarillas. Estaba demasiado furiosa para buscar mejor papel.

Querida Candacia:

Acabamos de llegar de Méjico. He encontrado aquí la carta de mi madre. No acierto a decirte una palabra de consuelo. Me avergüenzo de que Guillermo sea mi hermano. Nunca nos hemos comprendido los dos. Mamá se alegra de que mi padre

haya muerto y creo que a mí me pasa lo mismo, a no ser porque quizá papá hubiese impedido a Guillermo ser tan malvado.

Comprendo que nada puedo hacer. Es demasiado tarde. Ya no rezo como antes. Si no, hubiera caído de rodillas. Acaso debiera todavía hacerlo. Me siento más próxima a ti que jamás en mi vida. Y luego los dos muchachos... ¡Cómo despreciarán a su padre! Todo esto es malvadísimo. Nunca has merecido cosa semejante. No imagino qué razón dará Guillermo. Eres tan bonita y de tan buen carácter... Confío en que Guillermo pague esta maldad.

Candacia leyó la carta en su cuartito de la casa de su padre. Sonrió con cierta tristeza, pensando que no había llegado a conocer a Enriqueta hasta que los vínculos entre ambas se habían roto.

Miró el relojito de plata del tocador. Ya no era la esposa de Guillermo. La sentencia había de pronunciarse a mediodía y pasaban seis minutos de la hora. Había seguido fijamente el tiempo mientras transcurría. Luego se distrajo unos minutos y en el intermedio sucedió una cosa... Dejó caer la carta al suelo, recostó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

No había protestado contra nada. Ése era su orgullo. Jeremías se había despedido para siempre de las oficinas de Guillermo, mas Ruth le había convencido para que volviera. Y no porque Ruth defendiese a Guillermo, ya que era demasiado buena y gentil para tal cosa, sino porque sólo a ella le había explicado Guillermo lo que Ruth quiso en vano hacer comprender a Jeremías y Candacia.

—Es siempre tan diferente de todos... —decía Ruth con su vocecilla dulce—. Ha vivido tan solitario toda su vida... Creo, a veces, que si papá no hubiese muerto... Porque papá empezó a comprender a Guillermo cuando se hizo hombre. Recuerdo que papá lo dijo una vez...

Jeremías replicó:

—Si vive solitario, culpa suya es. Ha querido siempre estar encima de todos. Sí, Ruth, ésa es la verdad. Ha querido dominarnos.

—Reconozco que así parece, pero en realidad está desconcertado.

Jeremías masculló unas palabras. Ruth afirmó repetidamente con la cabeza.

—Sí, Guillermo vive desconcertado. Necesita algo que no tiene y que ninguno de nosotros podemos darle.

Candacia habló:

—Si Emory puede dárselo, me alegraré.

—¡Qué generosa eres, Candy! —exclamó Ruth, con las lágrimas fluyendo de sus dulces ojos azules.

Pero en su corazón defendía a Guillermo y Candacia lo comprendía. Y como Jeremías amaba a su mujer, era natural que dejara seguir a Guillermo su camino. Candacia no tenía paladín alguno, salvo si se presentaba como tal su padre. Pero éste siempre se había evadido, no tanto por falta de amor como por exceso de él. Con la edad se había hecho tan delicado, tan excesivamente tierno, tan deseoso de que los



seres humanos fueran felices, que cuando no lo eran le resultaba insoportable hallarse junto a ellos.

Y como Candacia le amaba, había procurado esconder su corazón a su padre y fingir alegría a propósito del nuevo amor de Guillermo, insistiendo en que desde luego su marido debía casarse con Emory. Incluso aseguró que ella y Emory se tratarían amistosamente, aunque en el fondo sabía que eso nunca podría ocurrir.

Con sus hijos se portó adecuadamente. A Will y a Jerry, aunque ya eran unos mocetones, les preocupaba el fútbol antes que cosa alguna en la tierra.

—No debemos censurar a vuestro padre —les dijo ella animadamente—. La verdad es que nuestro casamiento nunca resultó un éxito completo. ¿Entendéis? Pero ¿por qué habíais de entenderlo? Fue como una flor que no florece del todo. De todas maneras, os he tenido a vosotros, y esto es mucho cuando se trata de un casamiento.

Y alternativamente miró los dos juveniles semblantes.

—¿Volverás a casarte? —preguntó Will.

Ella, contemplando los grisáceos ojos de su hijo, movió la cabeza, fingiendo bromear.

Aquella sería siempre su protección. No preocuparse mucho de nada, no importarle nada. Pensó en unas hojas desprendidas y flotando en la superficie de la piscina, en unas hojas arrebatadas de los árboles, en un pájaro descansando en las oleadas de aire de la atmósfera, en unos pétalos de flor cayendo sobre la hierba. Su padre tenía razón. Convenía escapar... Escapar de la vida, acaso; pero del dolor, sin duda. El golpe había sido bien encajado.

Jerry, el menor, habló con repentina rabia.

—¿Por qué no vas y ves a esa mujer y le dices que no tiene derecho a...?

—Cállate —dijo Will, hablando por su madre—. No comprendes. Eres un niño.

Ninguno de los hijos dedicó a su padre ni una palabra. Era inamovible, incambiable, y ninguno de ellos podía llegar a él. Lo hecho, hecho estaba. Era un hombre absoluto.

A Guillermo no le importaban ninguno de sus hijos, ni Candacia, ni su madre, ni Ruth. Nadie existía para él, excepto él mismo, su ser monolítico, su único y abrasador propósito, más devorador que nada que hubiese conocido. En su oficina era implacable, le indignaba toda dilación, exigía intolerantemente a sus abogados...

Había intentado que Candacia fuese a Reno en un término de seis semanas. Candacia se negó. El viejo Roger le propuso una entrevista. Él la rechazó. Dio órdenes de que no le pusiesen en comunicación telefónica con nadie. Vivía continuamente en su dormitorio de la oficina y no se trataba ni con sus hijos. Mas, después de casado con Emory, permitió que los muchachos viesan personalmente por qué se había casado con ella.

Cuando descubrió que Candacia no iría a Reno, fue él. Soportó semanas de soledad sin Emory, días en que él la llamaba por teléfono para cerciorarse de que oiría su voz y asegurarse de que ella vivía aún, que no había cambiado, que no

pensaba dilatar el casamiento. Concedido el divorcio, salió en el primer tren, y, corriendo a Inglaterra en el buque más rápido, se encaminó en derechura al castillo de Hulme.

Ella le esperaba. Se fijó la boda para dos días después. Cuando Guillermo la tuvo en sus brazos, le abrió su corazón. Hundió la cara en el suave cabello negro de Emory.

—¡Oh amor mío! —dijo.

Jamás había usado con Candacia palabras semejantes.

—Pareces muy fatigado, Guillermo.

—No volveré a estarlo nunca.

Ella no le contestó. Él calló un momento, dejando que su fatiga se disipase silenciosamente.

—Dentro de dos días nos casaremos.

—Dos días —repitió ella.

—Quisiera que fuese ahora.

Emory no respondió.

Se casaron en la estancia donde se conocieron. Emory no quiso celebrar la boda en la abadía de Hulme, donde se habría casado con Cecilio de no morir éste. Sus padres se mostraron acordes, y así el salón se convirtió en templo nupcial. No estuvieron presentes más que la familia, el vicario, su esposa y unos cuantos individuos a los que Guillermo no conocía. «Una boda inmediata y tranquila», había dicho a Emory. Y ella obedeció.

## X

Sobre un pueblo próspero y alegre las tormentosas nubes de la Gran Depresión lanzaban sus chorros de destrucción aplastante.

Ya en el último verano empezó Clem a notar que algo no iba bien. No podía definir, ni siquiera a Enriqueta, su desasosiego. Éste principió por cierto descontento de su ánimo, experimentado el postrer domingo de agosto.

Enriqueta conocía la eterna búsqueda de Clem en pos de las causas primordiales y, con sus atentos silencios y sus cuidadosas preguntas, le ayudaba a ver más claramente las vagas formas que él percibía en el porvenir.

Tiempo hacía que Enriqueta había llegado a comprender que Clem no tenía nada de vidente, sino de profeta. Su instinto de la humanidad era tan delicado, su percepción de las cosas de los hombres tan pronta, que, sin magia alguna y de modo enteramente razonable, era capaz de predecir lo posible en términos asombrosamente definidos.

De haber vivido en los antiguos tiempos —pensaba ella a veces—, de haber nacido en las tempranas edades en que la gente explicaba lo inexplicable —esto es, el hombre místico, considerándole engendrado por un dios, o por haber visto dioses en las montañas o entre las llamas de una zarza ardiente, o quizá por haber sido tocado por el rayo—, todos hubieran gritado que Clem era un profeta enviado por el Señor y le hubiesen escuchado. Y, de sentirse bastante atemorizados, quizás hubieran apelado a él con tiempo suficiente para evitar el desastre.

Aquel domingo, Clem y Enriqueta, acomodados en mecedoras ante el estrecho pórtico de su casa, no parecían al transeúnte nada diferentes de cualquier matrimonio de edad madura sentado en la calle de cualquier poblacioncilla de Ohio. Él hablaba y ella oía y preguntaba. Él, en mangas de camisa, vestía unos viejos pantalones grises y ella advertía que el cuello de la camisa azul de su marido estaba roto. Resolvió tirarla, sin decirle nada, cuando se la quitara por la noche. Clem era muy parvo en cuestión de comprarse ropas, y declaraba que eran suficientemente buenas para usarlas mucho después de que habían alcanzado el momento de ser presa de la polilla.

Clem decía:

—No puedo explicarte con muchas palabras lo que pienso sobre la situación. Es como si, sentados un hermoso día sobre la hierba, notáramos de repente que la tierra temblaba... pero no mucho. O acaso como si estando en los bosques, se preguntara uno mismo si no olía a humo en alguna parte.

—Si estuvieses en los bosques y olieses a humo —dijo Enriqueta—, primero procurarías concretar de dónde venía el olor y luego mirarías en aquella dirección. ¿No es verdad, Clem?

Clem le dirigió una apreciativa mirada.

—Ya he pensado en eso. Pero no sé de dónde sopla el viento. Esto es, no lo sé todavía. Las cosechas son buenas este año, al menos considerado el país en conjunto.

Acaso todo vaya bien. Acaso no vaya mal más que mi maldito estómago. Quizá no hubiera debido de comer anoche aquella papilla de maíz.

—No volveré a hacerla —dijo Enriqueta.

Clem, tras mecerse unos segundos, continuó:

—Lo malo es que, dada la forma en que las cosas se eslabonan ahora en el mundo, todos navegamos en la misma barca, queramos o no. Puede haber en cualquier parte un terremoto y alcanzarnos a nosotros también.

Ella no le contestó. Era un atardecer caluroso y los niños, vestidos con trajes de baño, jugaban a mojarse unos a otros con mangueras, retorciéndose de risa. Clem, profundamente turbado por el pensamiento de lo que sucedía en el mundo, no veía nada.

Ella le recordó:

—De todos modos, Clem, las noticias del extranjero no son malas. Yusan dice que el nuevo gobierno de China va imponiendo el orden, desembarazándose de los caudillos militares y conteniendo al Japón. Y Goshal asegura que Gandhi ha establecido en la India una especie de situación intermedia.

Clem se levantó. Paseó junto al porche, sacó su cortaplumas y aplicóse a cortar las ramitas secas de una enredadera que Enriqueta había plantado el primer año que llegó a New Point. A la sazón, un grueso y serpenteado tronco trepaba hasta el tejado y se ceñía a la chimenea, como para protegerla.

Clem dijo:

—Por mucho que afirme otra cosa, Goshal siempre será un brahmán. Lo que llamas situación intermedia, monina, es sólo una tregua. Goshal no ve que, si Gandhi ha hecho llegar a los ingleses a un acuerdo, es sólo por una razón. El precio de los alimentos ha bajado tanto que millones de campesinos se morirán de hambre si no se hace algo para remediarlo... ¡Y pronto!

—Si la comida es barata, la gente de la ciudad se nutrirá por menos dinero —dijo Enriqueta.

—La mayoría de la gente —contestó Clem— no habita en ciudades. De modo que la cuestión no es ésta, y tu ocurrencia me sorprende, monina. Si los labradores y granjeros padecen hambre, a la larga eso no beneficiará a los trabajadores industriales. Gandhi acierta cuando dice que todo debe hacerse en beneficio de los campesinos. Porque ellos son la base en todas las partes del mundo.

Enriqueta advertía que las aguas del alma de Clem empezaban a clarificarse. Clem cortaba una tras otra las hojas muertas, que caían al suelo de madera del porche con seco y blando sonido.

Clem prosiguió, casi para sí:

—No sé qué pensar de las cosas de China. ¿Nuevo gobierno? Bueno: cualquier gobierno será bueno después de estos años de lucha y acontecimientos. No censuro que Yusan se congratule. Pero ayer le escribí y le dije que si Chang-Kai-Chek no prescinde de todos sus planes y se ocupa en lo que el pueblo necesita en realidad,

volveremos a la misma historia. No hay que ser la anciana emperatriz para incurrir en sus mismo errores.

Enriqueta se mecía silenciosamente. Sus pensamientos circuían el globo.

—No sé... —murmuró Clem—. ¿Cómo voy a saberlo? No creo que el Japón tolere que las cosas sigan como están. Los chinos llevan siglos de temor. Se han cocido en su propia cazuela y no los censuro por ello dada la forma en que las potencias extranjeras les han arrancado grandes jirones de territorio. Durante mucho tiempo los japoneses han pensado: «Luego nos tocará a nosotros. Si no devoramos, nos devorarán». Eso piensan, y ¿quién sabe si no tienen razón? Lo único que sé, monina, es que la tierra se estremece bajo nuestros pies. No me gusta el cariz de las cosas.

Alzó la cabeza y miró más allá de los tejados de las casas.

—Ya que hablábamos de humo, creo que el viento sopla de Europa...

El ciclón se desencadenó en octubre. Alimentado por los vendavales del mundo, había acumulado su furiosa fuerza circular en el hambre y la ira de los pueblos de Europa y, abriéndose sombrío camino por el océano Atlántico, descargó de lleno en Wall Street, es decir en el corazón de Nueva York, en la parte más intensamente concentrada de América.

Aquella primera fatal mañana, Clem, al salir a recoger el periódico matutino, llevaba la cara embadurnada de jabón de afeitar. Vio unas titulares tan negras como las de una esquila mortuoria, sólo que mucho mayores, y comprendió que había ocurrido lo que temía.

Secóse el rostro con la manga del pijama y se sentó en la cocina a leer. Enriqueta estaba haciendo el café. Cuando vio la cara de su marido le puso delante una taza y, saliendo al vestíbulo, cogió su gabán y se lo echó sobre los hombros. Por encima de los hombros de Clem vio el terrible anuncio;

## LA BANCARROTA DE WALL STREET AFECTA A TODA LA NACIÓN

—Di a Bump que venga aquí en cuanto pueda —ordenó Clem—. Tú, él y yo tenemos que trabajar de firme.

Ella obedeció inmediatamente, como hubiese obedecido al capitán de una nave sobrecargada y a punto de hundirse. No había tiempo que perder.

Clem se vistió, se desayunó muy fuerte, y, asaltado en seguida por los demonios de la indignación, empezó a tomar tabletas de pepsina.

Bump llegó a la casa. Ya Enriqueta había quitado platos y manteles, y Clem trabajaba en las hojas blancas de papel de envolver en que solía ejecutar sus cálculos en grande.

—Siéntate —dijo a Bump—. Vamos a sufrir la mayor depresión conocida en la historia del mundo. Tendremos que alimentar a la gente como no lo hemos hecho antes. Voy a abrir restaurantes, Bump. Ya no bastará vender a la gente comida barata.

Tenemos que pensar en darla gratis, cocida y dispuesta para comerla, a fin de que la gente no se muera de hambre en nuestro país.

Explicó, en rápidas y entrecortadas frases, lo que creía que iba a ocurrir. Bump escuchaba, a regañadientes, aunque sabiendo, por experiencias pasadas, lo a menudo que Clem tenía razón.

Al fin dijo:

—Difícilmente podremos alimentar a toda la nación, Clem.

Éste se mostró impaciente:

—No hablo de la nación. Hablo de los hambrientos. Quiero abrir restaurantes en las grandes ciudades tan rápidamente como podamos. Nuestros mercados abastecerán a nuestros restaurantes. Por supuesto, todo el que pueda pagar, pagará. Al principio, casi todos podrán pagar y querrán hacerlo. Pero yo pienso en enero y febrero, y en el invierno siguiente, y acaso en el otro. Entonces se pondrán las cosas mal de verdad.

Era imposible desarrollar un plan tan grande con la rapidez que Clem quería. Pero comenzó a aplicarse milagrosamente pronto. Clem compró una avioneta que Enriqueta, contra su personal inclinación, aprendió a conducir para impedir que lo hiciera Clem, de quien le constaba lo poco que entendía de mecánica. Clem esperaba divinos milagros de los mecanismos hechos por el hombre. Ella había soportado muchos años los malos tratos que su marido daba a los automóviles, estropeando piezas delicadas de las que nada comprendía. Y esto, y la espantosa velocidad a que guiaba cuando tenía prisa, hacía desear a Enriqueta no soportar lo mismo en el aire.

Resultó que Enriqueta, con sorpresa de sí misma, pilotaba bien, cosa rara en una criatura ligada a la tierra y enemiga de la suspensión en el espacio. Clem, como de costumbre, no se sorprendió de ello, convencido como estaba de la capacidad de su mujer para cualquier cosa. A una altura tan baja como Enriqueta se atrevía a mantener, volaban de ciudad en ciudad. La única cobardía ostensible de Enriqueta era que, cuando habían de volar sobre las Montañas Rocosas, las eludía y se desviaba hacia el sur para no tener que remontarlas. Como piloto y sirviente seguía a Clem mientras éste, con su soberbio desdén por todos los principios mercantiles, se ocupaba en montar, en aquel primer invierno, seis restaurantes en tan vasta escala como sus mercados. Contrató para administrar los establecimientos a seis encargados chinos.

—Sólo los chinos —explicó a Enriqueta— saben hacer buenos platos con las vituallas más baratas. Llevan haciéndolo miles de años.

Conociendo la importancia que tenía infundir ánimo en la gente, convocó a su nuevo personal a una conferencia en Chicago, donde los instaló en un cómodo hotel mientras les hablaba del peligro del hambre y de cómo impedirlo. Elaboró un centenar de minutas, basadas en las materias primas de los mercados, y estableció una regla que, debiendo haberle arruinado, no hizo sino conducirle a nuevos pináculos de prosperidad.

—Siempre que alguien desee comer gratis en cualquiera de nuestros restaurantes,

comerá —dijo con voz firme—. Naturalmente, no podrá pedir fresas con nata, pero sí estofado de carne, pan y manzanas cocidas o ciruelas para postre. Nadie sabrá si el cliente paga o no. Todos recibirán su factura e irán a la caja y dirán, sin escándalo, que no pueden pagar el importe.

—¿Cuántas veces podrá comer gratis cada cliente?

La pregunta la hacía el señor Lim, de San Francisco.

—Eso no hace al caso —dijo Clem—. No preguntaremos nada, ¿sabe? Cualquiera que esté hambriento, comerá. A la vez serviremos otros platos, tan bien condimentados que habrá gente que los pague con gusto. Y nuestros restaurantes tendrán un excelente aspecto, para que agrade frecuentarlos. No habrán de parecer figones de barriada.

Los chinos cambiaron sonrisas entre sí. Sus salarios estaban asegurados y les divertía servir a aquel americano loco. Puesto que él había apelado a su honor, responderían con sus más ingeniosas economías y aderezos. Él, a su vez, aceptó sus promesas con completa fe.

El señor Kwok, del Barrio Chino de Nueva York, dijo:

—Podemos hacer lo que indica. Claro que pensamos, no obstante, que valdrá más que cada uno contrate sus propios cocineros y camareros, o sea aquellos que conozca bien.

—Ciertamente —dijo Clem—. Eso es cosa de ustedes. Yo les hago responsables de su puesto a cada uno.

Pan, de Chicago, intervino:

—Hay que andar con orden, ¿eh? Sé que los americanos se creen todos iguales, pero los chinos ven mejor las cosas. Para hacer marchar algo, sobre todo a base de bueno y barato, cada uno que estemos sobre los demás debemos tener a los demás escalonados debajo. Cada empleado será superior al que le siga, y el segundo en importancia será el que informe al principal. Así, cada uno será a la vez subalterno y jefe, excepto el encargado, que, por ser superior a todos, deseará progresar más y procurará portarse lo mejor que pueda.

—Lo expone usted con claridad —dijo Clem.

Con la sencillez de lo espontáneo, Clem organizó sus restaurantes y mercados en una interminable cadena de cooperación. No esperaba la perfección ni la encontró. En dos de los restaurantes el nepotismo fue una fuente de beneficios hasta que, descubriéndolo, despidió a los respectivos encargados y contrató a otros. Con los antiguos encargados se fue el personal antiguo y con los nuevos vino uno nuevo. Los otros cuatro encargados aprobaron los cambios y trabajaron con la mayor integridad y celo. Los «Restaurantes Fraternos» de Clem no se anunciaron, pero en el primer año no perdieron dinero. A la vez libraron del hambre a miles de personas sin que los otros clientes lo supieran. El tres por ciento de los clientes que comían gratis, podían pagar y no lo hacían. Esto lo equilibraban otros a los que, gustándoles aquellas comidas, pagaban más. Clem se vanagloriaba de aceptar aquellos suplementos de

pago. En la parte superior de sus minutas hizo imprimir en grandes y atrevidas letras esta leyenda:

*NUESTROS PRECIOS SON DEMASIADO BAJOS PARA PERMITIR GANANCIAS. SI ENCUENTRA USTED QUE ALGÚN PLATO QUE LE HAYA GUSTADO VALE MÁS QUE SU PRECIO, SÍRVASE ABONAR ALGÚN SUPLEMENTO. ESE DINERO SE EMPLEARÁ EN ALIMENTAR A LOS HAMBRIENTOS*

Un sorprendente número de personas pagaban más, pero Clem no se sorprendía. Su fe en la humanidad aumentaba conforme él envejecía, haciendo innecesaria, aseguraba, cualquier otra fe.

—Yo miro así las cosas, monina —decía una tarde a Enriqueta en uno de los largos vuelos sobre las llanuras del Oeste—: todos necesitan fe. Yo me inspiro en la gente de aquí y de todas partes.

No obstante, a mediados del siguiente invierno Clem se encontró desconcertado. Estaba alimentando a la gente en vasta escala, tanto a través de sus mercados como de sus restaurantes, y, sin embargo, veía que aquello no bastaba. Prescindiendo de sus cálculos, por primera vez comprendió que había acometido una tarea superior a sus fuerzas.

Los efectos que le causó este descubrimiento, asustaron a Enriqueta. Había visto primero, en su marido, su excitación y exuberancia, su inmenso manantial de energía, su confianza en sí mismo, y advertía cómo su fe se trocaba en firme y dura determinación según las hordas de hambrientos aumentaban en el país. Generalmente había más en las ciudades, ya que la gente del campo se escondía en sus predios y se alimentaba con lo que producía. Dejaban de adquirir la maquinaria y los muebles que necesitaban, y que podían pagar a plazos, temerosos de quedarse sin sus ahorros. Antes habían vivido sin radios, sin automóviles y sin máquinas de lavar, y podían volver a hacerlo. Retrotrayéndose al pasado, vivían como sus abuelos y no pasaban hambre. Dormían en camas antiguas, se sentaban a viejas mesas y se acomodaban en sillas sin tapizar.

Las ciudades eran las que asustaban a Clem. Incluso en aquellas donde tenía sus restaurantes, las colas para recibir pan gratuito se extendían a lo largo de manzanas enteras de casas. Una vez que encontró una familia, con siete niños hambrientos, en Nueva York, habló a Enriqueta en el pequeño cuarto de un hotel barato donde solían alojarse.

—No creía, monina —dijo con aire lúgubre—, que esto pudiera suceder. En la India y en China, sí, pero ¿aquí? ¿Cómo me arreglaré, monina, para hacer comprender al gobierno que la gente tiene que ser alimentada? De todo esto saldrá una guerra, monina. La gente no sabe por qué vienen las guerras y las atribuyen a un



montón de cosas, pero la razón esencial es que la gente no puede comprar comida porque no tiene dinero para pagarla. Y eso lleva a los hombres a pelear.

—Creo que estás enfermo, Clem —repuso Enriqueta—. Voy a llamar al médico.

—Lo estoy —repuso Clem—. Pero con una enfermedad que ningún médico puede curar. Estaré enfermo mientras las cosas sigan así.

A mediodía se negó a comer y Enriqueta bajó a yantar sola, avergonzada de su sólido apetito. ¡Si Clem pudiese separar su alma de su cuerpo! Pero su cuerpo compartía las torturas de su alma obsesionada. Se reprochaba a sí mismo que las cosas fuesen como eran y Enriqueta hubiera diputado absurda tal actitud de no haber visto, de niña, a su padre, padecer por los pecados ajenos.

Recordaba que el año en que ellos salieron de China, el mismo terrible año en que Clem quedó solo en Pekín, su padre había dicho:

—Si todos cumpliéramos nuestro deber de cristianos, el mundo habría cambiado en una generación.

Clem era también así. Deseaba cambiar el mundo rápidamente porque creía que debía ser cambiado y le indignaba que otros no viesen lo que él veía.

Triste y turbada, Enriqueta concluyó su sabrosa comida, masticando minuciosamente cada bocado, porque creía que Fletcher tenía razón en eso. Le había interesado el fletcherismo a causa de la enfermedad estomacal de Clem, y especialmente porque él andaba siempre con tanta prisa que devoraba la comida entera.

Cuando Enriqueta volvió a subir, halló a Clem tendido en el lecho. Estaba de espaldas y ella le creyó dormido. Entró de puntillas y le miró. Clem tenía las manos enlazadas tras la cabeza y cerrados los ojos. Pero Enriqueta vio que sus pestañas se movían.

—¿Qué hay, monina? He estado pensando. Creo que tengo una idea.

—Clem, te creí dormido. Si no comes...

—Comería, pero ya sabes como soy. Si como mientras pienso, parte de la comida se me detiene en el estómago. Voy a ver a tu hermano, monina.

Ella se dejó caer pesadamente sobre la raída butaca.

—No valdrá de nada, Clem.

—Pudiera ser que sí. Tiene otra esposa.

—Ninguna puede ser mejor que Candacia.

—Quizá. Era muy simpática. Pero si Guillermo ama a esta mujer, quizás ella le haya cambiado el corazón.

—Supongo que no me obligarás a acompañarte.

—Esperaba que sí.

—Sería inútil, Clem. Guillermo, ahora, es invencible. Dondequiera que vamos, la gente ansia leer sus periodicuchos.

—Pero él debe de sentir algo por la gente, monina.

—No. La odia. La desprecia; si no, no le ofrecería semejantes publicaciones.

Aunque yo sé por qué lo hace. Los nutre de lo peor para tenerlos abatidos. Es como distribuir opio a los chinos o *whisky* a los indios. La gente se acostumbra a que eso le guste y, como le gusta, sigue a quien se lo da.

Clem, siempre generoso, movió la cabeza oyendo hablar así de Guillermo.

—Bien, me iré solo y le veré, monina,

Enriqueta, a pesar de su amor, se sintió molesta.

—Muy bien. Vete si quieres. Pero yo no iré contigo.

Él, suspirando, saltó del lecho. Se puso la chaqueta y se alisó el cabello con la mano. Luego, inclinándose, besó a su mujer con ternura.

—No estás enfadada conmigo, ¿verdad?

—No, Clem, pero...

—¿Pero qué?

Y, callando, la miró, brillantes sus azules ojos en su blanca cara. Sus labios se frunció.

—Clem, eres demasiado bueno, y nada más. No creas que son buenos todos.

—Pues yo tengo fe en la bondad ajena.

Miró desde la puerta, como para decir algo, pero guardó silencio y salió.

*Lady Emory* tomaba sola el almuerzo. Era ya la esposa de Guillermo Lane y se había acostumbrado a ello en todos los aspectos exteriores. Principalmente a sentir que la grande y cómoda casa de Nueva York era suya, mientras, en cierto modo, el castillo de Hulme no lo sería más. Desde hacía mucho tiempo había intuido que el castillo de Hulme era su albergue, pero no su hogar. Guillermo, adivinándolo así desde muy poco después de su casamiento, le ofreció poner a su disposición tanto dinero como fuera necesario para reparar el castillo y modernizar los baños.

—Así te sentirás más libre para ir allí ahora que eres mi mujer —le había dicho muy graciosamente.

Pero el padre de Emory rehusó la dádiva. No veía necesidad alguna de arreglar los baños, puesto que él seguía aseándose todas las mañanas en una bañera de cinc puesta en su propio cuarto.

Replicando a tal prejuicio, Emory había dicho a su padre:

—Creo, papá, que a Guillermo le gustaría pasar temporadas en el castillo. Y se sentiría más en su casa si tuviese alguna parte en él.

Lo dijo con tanta gentileza como Guillermo a ella, pero su padre se limitó a rezongar. Fue necesaria la intervención de Miguel para persuadirle de que, por lo menos, dejara a Guillermo reparar el ala occidental para cuando Emory y su marido fuesen a Inglaterra. *Lady Hulme* había discernido en seguida en Guillermo un deseo, más bien conmovedor que otra cosa, de tener alguna participación en el castillo, y se sintió agradecida por Miguel, que era, a fin de cuentas, aquel a quien más había que tomar en consideración como heredero.

América, según la veía Emory, resultaba desconcertante. La gente era muy

afectuosa, quizá demasiado afectuosa. La invitaban a muchas grandes reuniones y todos insistían en llamarla *Lady Emory*, con lo que venía a sentirse en su casa. Guillermo, en su hogar, también hacía que la servidumbre la llamase *Lady Emory*. Naturalmente, cuando la presentaba lo hacía con el nombre de señora Lane. Ella tenía la impresión de que, a pesar del gran amor que le profesaba su marido, no le conocía aún tan bien como algún día esperaba conocerle. Él poseía una extraña y aislativa dignidad que a ella no le disgustaba del todo, aunque en ocasiones aquello lo apartara de las gentes comunes e incluso de sí misma. Estaba, empero, acostumbrada a eso. A su manera, también su padre poseía cierta dignidad. Le habría parecido ultrajante dar familiaridad a sus inferiores.

Además, existía cierta cosa en aquella dignidad de Guillermo que ennoblecía la vida de su mujer. Estaba orgullosa del cuerpo recto y fuerte de Guillermo y también reparaba en la excelente pareja que los dos hacían.

Él nunca le hablaba de su primera mujer. En la intimidad, los dos estaban completamente solos, lo que a ella le complacía. Por otra parte, él le hablaba mucho de su infancia en Pekín, y ella, aunque jamás hasta entonces se le hubiera ocurrido pensar en China como en un país existente en la tierra, le imaginaba allí como un muchacho alto y solitario, augusto en su puesto de primogénito, hambriento de un trato que allí no podía existir, ajeno a sus padres y hermanas, así como a los chinos que conocía y que al parecer eran todos sirvientes.

—¿No tratabas a ningún muchacho? —le preguntaba.

—No se les permitía entrar en el *compound*. A mi madre no le gustaba que nos visitasen. Incluso el despacho de mi padre tenía una entrada separada para que los chinos que iban a verle no tuviesen que cruzar el vestíbulo.

—¿Ni intentabas —inquirió ella— ver a ninguno en secreto?

—Nunca se me ocurrió —respondió él con sinceridad.

Luego, fragmentariamente, iban apareciendo los recuerdos de su vida en Chefú y ella comprendió que Guillermo se había formado en aquella escuela. Imaginaba ver al orgulloso muchacho befado y humillado por los atolondrados mozos ingleses que ella conocía tan bien, ya que Cecilio había sido uno de ellos. Inconscientemente, Guillermo revelaba así las heridas que no habían sanado nunca.

No todo era amargura. A veces él hablaba de las anchas calles de Pekín y de la belleza de los tejados de porcelana sobre los palacios del moribundo imperio. Una tarde, le explicó sus impresiones de cuando su madre, siendo él pequeño, le llevó a ver a la anciana emperatriz.

—Me incliné ante ella, pero no me arrodillé, porque yo era americano. Los chinos tenían que arrodillarse y apoyar los rostros en el suelo. Recuerdo las delgadas manos de la emperatriz, parecidas a las tuyas. Eran estrechas, pálidas y muy bellas. Las palmas estaban pintadas de encarnado y las uñas protegidas por fundas de laca dorada incrustadas de gemas. La miré a la cara, una cara potente...

—¿Te habló?

—No lo recuerdo. La gente la llamaba la vieja Buddha. La temían y la admiraban. Querían tener alguien como ella. Sentí que muriera y que el revolucionario Sun Yatsen ocupara el poder. Las gentes no respetan a las personas comunes, sus iguales. Acaso ese Chang-Kai-Chek valga más. Es un soldado acostumbrado al mando, sin necesidades democráticas.

Emory sabía, al escuchar, que su esposo le decía cosas que nunca había confesado a nadie, cosas que incluso había olvidado y volvían a brotar de las profundidades de su ser. En el fondo de todo había siempre una queja permanente contra sus padres por haberle privado del orgullo de su nacimiento. Hubiera sido imposible explicarles entonces por qué se sentía avergonzado, y su vergüenza había crecido con el deseo de querer sentirse orgulloso de su padre y con la humillante realidad de saber que él tenía en sí algo de su padre a pesar de su odio. Comprendía que nunca gozaría de lo alcanzado, como sus grandes casas, su dinero y la libertad que sigue al éxito, porque nunca sería libre de verdad. Dios gravitaba sobre él.

No otra era la amargura, la turbación y el terror que ella sentía pesar, sobre el alma de Guillermo. Y esto la hacía pensar que la conciencia de su marido era el gusano que le roía las entrañas.

Pensando en tales cosas, sentada junto al fuego en el salón de su casa americana, Emory tomaba el acostumbrado té en una fría tarde de enero. No era raro que estuviera sola ni que se sintiese fatigada, porqué la insólita actividad del Nuevo Mundo no resultaba corriente para ella. Los habían invitado a unos cócteles que daba Seth James, afortunado autor teatral de Broadway a la sazón. Cuando telefoneó a Guillermo diciéndole que no iría, él respondió que él sí tenía que ir, porque habiendo sido Seth antiguo empleado suyo, si no acudía parecería que le guardaba rencor.

—Pues entonces vete tú —dijo Emory.

Encontraba agradable estar sola durante una hora. Resultaba difícil hallarse sola en América, aunque en el castillo de Hulme ello hubiese sido la cosa más natural. Y ahora, tras comer dos bocadillos y apurar dos tazas de té inglés, se acercó al piano que Guillermo encargara especialmente para ella y tocó durante una media hora, transportándose a sí misma a algún vago lugar, que, sin ser América, tampoco era Inglaterra del todo. No deseaba volver al castillo de Hulme y se sentía feliz por entero en su casa, tan feliz como imaginaba que pudiese serlo cualquiera en la vida mortal. Cecilio había desaparecido de su mente por completo y rara vez pensaba en él, ni siquiera en sueños.

Mientras tocaba, la puerta se abrió y Emory oyó la discreta tos con que el segundo criado anunciaba su molesta presencia.

—¿Qué hay, Enrique? —dijo Emory, amortiguando su melodía sin suspenderla.

—El cuñado del señor Lane, señora.

—¿El señor Jeremías Cameron?

Conocía a Jeremías y a la bastante agradable Ruth, hermana de Guillermo. Le había parecido difícil entenderse con Ruth, tan suavemente vehemente, pero a

Jeremías le encontraba encantador, aunque resultaba una lástima que fuese hermano de la anterior esposa de Guillermo.

La primera vez que se hallaron a solas los dos, Jeremías le había dicho:

—Espero que no me mire mal porque sea el hermano de Candacia. Ella no tendría el menor inconveniente en tratarla a usted. Es una criatura muy cordial.

—En nada me molesta que sea usted su hermano —había respondido.

A la sazón, Enrique contestó:

—Perdón, señora, pero no es don Jeremías, sino el otro cuñado del señor. El señor Miller, me parece.

—¡Oh!

*Lady Emory* dejó el piano. Sabía que *Enriqueta* se había casado con un tipo singular, llamado *Clem*, que había hecho su fortuna con unos monopolios alimenticios.

Mientras permanecía en medio de la estancia, algo indecisa sobre la forma en que debía recibir a *Clem*, si era que debía recibirle, él apareció en el umbral, un tanto espectral de aspecto, con su cabello, entre canoso y color de tierra, desordenado en torno a su frente.

A *Emory* la asombró la extraordinaria delgadez de *Clem* y el brillante azul de sus ojos.

—Creo —dijo ella con su espontánea amabilidad— que viene usted helado. Le prepararemos una taza de té.

Y dijo a *Enrique*, que esperaba en la puerta:

—Una tetera de té caliente, *Enrique*, haga el favor.

—Sí, señora.

Mas la voz de *Enrique* rezumaba dudas mientras se alejaba.

*Clem* vio a una mujer distinguida, toda gentileza y bondad. Se había sentido mal, en efecto, un momento antes de entrar. No había comido nada desde la mañana.

Procuró sonreír.

—Realmente, confieso que creo tener un poco de apetito —dijo.

Ella, haciéndole sentar en una butaca cómoda, le puso un cojín bajo los pies. Ardía gratamente el fuego y reinaba en la estancia una atractiva quietud. Todo era satisfactorio y alegre, y él expresó con un suspiro su premura y la intensidad de sus sentimientos. En su flaco cuerpo se relajaron todos los músculos.

Volvió el criado con té caliente y *Emory* sirvió a *Clem* una taza.

—Tráigale un huevo cocido —dijo al criado.

—No puedo pasar los huevos —protestó *Clem*.

—¡Ya lo creo que puede! —repuso ella con firmeza—. Necesita usted un huevo. Está usted muy pálido.

—No me ponga leche en el té —rogó *Clem*.

Bebió dos tazas de delicioso té y comió un bollo caliente. Resultó que el «huevo» eran dos, servidos en una taza con tapadera. Había también tostadas triangulares de

pan, y él se sintió reconfortado hasta el alma.

—¡Maravillosas cosas prepara usted! —dijo, sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa.

—No sé cómo tratarla... —empezó él.

—Emory, y de tú. Tú eres Clem, ¿no?

—¿No eres *Lady* o no sé qué?

—Eso no hace al caso. Ahora soy americana.

Clem plegó cuidadosamente la servilleta de encaje y la dejó sobre la bandeja.

—Veo que crees que conviene nutrir a la gente. Y acerca de eso vengo a hablar a Guillermo. ¿Te ha hablado él de mí?

—Me parece que me ha dicho que tienes negocios de comestibles...

—Yo preferiría decir que trato con la gente y procuro alimentarla.

Clem se inclinó hacia delante. Parecía muy reanimado. En cierto modo, a ella le recordaba los extravagantes jóvenes londinenses que solían perorar en Hyde Park. Nunca se había parado Emory a escucharlos, pero sí reparado en que eran frecuentes en ellos los cabellos pajizos y los ojos azules.

Mientras Emory le miraba, Clem se entregaba a predicar su evangelio a aquella mujer atenta y amable. Olvidaba que Emory había ocupado el lugar de Candacia y que él no debía mirarla con simpatía; sin embargo, así la miraba. Candacia había sido bondadosa también, mas con una bondad pueril, y él no estaba seguro de que le hubiera comprendido nunca. En cambio, Emory le comprendía y no era pueril. En torno a sus oscuros ojos se notaba una vaga tristeza.

—¿Comprendes lo que quiero decir? —preguntó Clem, después de explicarse.

—Sí. La idea es maravillosa, sólo que te adelantas mucho a tu tiempo. Ésa es la tragedia de las grandes ideas originales. No vivirás bastante para ver creído o practicado tu dogma de que la gente tiene tanto derecho a la comida como al agua o al aire. Ésa es la santa trinidad de la vida humana.

Clem no podía tolerar que ella se limitara a creerle ni a comprenderle. «Cuando se cree —razonaba— se ha de actuar».

Y repitió sus esfuerzos.

—Hay que hacer comprender esto a la gente. Y he venido a ver a Guillermo porque sé el poder que ejerce sobre el público.

Emory le miró con un interés súbitamente nuevo.

—¿Tú crees?

Él, reaccionando ante el interés de Emory, quiso aprovecharlo.

—No sabría decirte a cuánto alcanza su poder. Sus periódicos llegan a todos los pueblecitos y a todas las casas, porque son periodiquillos que todos pueden leer. Y además tienen grabados. Quien no quiere leer, mira los grabados. Yo los leo también y miro los grabados. Lo raro para mí es que uno no aprenda, amiga... *Lady*...

—Emory —le recordó ella.

Él no acertaba a expresarse.

—Lo raro para mí es que, aunque uno se divierta con esos periódicos, no aprenda nada. Uno no puede saber por qué las gentes de Asia no tienen ni desean una vida mejor ni por qué las cosas no van tampoco bien, con el nuevo gobierno.

Al recordar a China, Clem se sumió en pensamientos.

—No sé —murmuró—, no sé... No creo que las cosas marchen bien allí. Quizá yo haga una escapadita en cuanto pase esta depresión.

Alzó la cabeza.

—Quisiera hablar a Guillermo para ver si le convertía, por así decirlo, a la idea de que hay que alimentar a la gente. No nos costará dinero.

Comenzó a explicar la áurea regla que presidía sus restaurantes. Pero, en medio de ello, levantando el rostro, vio a Guillermo en la puerta. El rostro del recién llegado expresó disgusto.

—Entra, Guillermo —dijo Emory—. He estado escuchando al más fascinador de los hombres. Me refiero a Clem.

Y así hizo comprender a Guillermo que debía suprimir su aspecto molesto, y sentarse junto a Clem, y mostrarse amable. Todo porque ella lo deseaba. Los ojos de los esposos se reunieron por un corto segundo y Guillermo cedió. Cedió a Emory como nunca a nadie.

—¿Cómo estás? —dijo a Clem.

—Bien —repuso Clem—. ¿Y tú?

Guillermo, sin responder, se sentó y tomó una taza de té que le alargaba Emory.

—Venía a verte. Pero me ha agradado mucho hablar con tu buena esposa. Me ha tratado bien, dándome de comer incluso. Yo no había almorzado hoy.

Guillermo no mostró interés.

—¿Quieres un bocadillo o un bollo, Guillermo? —preguntó Emory.

—No quiero nada. Gracias.

Clem, sintiendo cambiar el ambiente, se apresuró a exponer el motivo de su visita. Probablemente los esposos deseaban quedarse solos y él, además, llevaba bastante rato en casa de Guillermo.

—No quiero hacerte perder el tiempo, Guillermo, pero deseo darte una idea, o explicártela. Leo a diario tus artículos de fondo y veo que siempre expones alguna idea. No coincido con la mayoría de ellas, pero eso no importa. Éste es un país libre. Sólo que noto que las gentes aceptan tus ideas en su integridad. Ando mucho por el país y he oído a la gente expresar ideas que son las tuyas. Veo que comprendes lo que es el público. No sabe nada, habla mucho y, naturalmente, tiene que decir lo que ha oído a otros, o leído en el periódico. Admiro la forma en que expresas las cosas de una manera breve y sencilla.

—Gracias —dijo Guillermo, sin gratitud alguna.

Clem, que nunca aceptaba la ironía, tomó la palabra literalmente.

—Bueno, ahora mi idea... ¿Qué te parece proponer dar nuestros excesos de productos alimenticios a la gente que no tiene que comer? Me refiero a quienes hacen

cola en las cocinas económicas, y a los que venden manzanas en las calles, y a las familias hambrientas. No costaría nada.

—¿A qué excesos te refieres? —preguntó Guillermo con voz glacial.

—A los nuestros —repuso enérgicamente Clem—. Incluso ahora tenemos excesos de vituallas, mientras la gente padece hambre por no poder comprar comida. Lo que escasea no son los víveres, sino el dinero.

Guillermo dejó su taza en la mesa.

—Si lo que propones se llevase a su lógica conclusión, trastornaría nuestro sistema de gobierno. Si la gente no tiene dinero, no puede comprar. Tu idea es prescindir del dinero y dar alimentación gratuita. ¿Quién pagará a los productores de víveres?

—Los productores tampoco cobran nada —exclamó Clem—. La comida se pudre y hasta ellos sienten la escasez de alimentos.

—Más vale que se pudra la comida que no minar nuestro sistema económico —dijo Guillermo con firmeza.

Clem le miró con extravío.

—Está bien, Guillermo. Entonces, que se pague a los productores con el dinero de los contribuyentes.

Guillermo se sintió conmovido hasta el alma

—O sea, que el gobierno ha de alimentar a la gente. ¡Buen beneficio para el Estado!

—¡Dios mío! —gritó Clem—. ¡Escúchenle! Yo pienso en la gente hambrienta, Guillermo. En el pueblo. ¿Qué es una nación sino el pueblo? ¿Qué sería de los negocios si nadie pudiese comprar? ¿Y qué del gobierno si los ciudadanos muriesen?

—Eso es ridículo —dijo Guillermo a Emory.

Se levantó, gravitando imponentemente sobre Clem, que se levantó también para afrontarle.

—Nunca estaremos de acuerdo —dijo Guillermo con gravedad—. Yo dirigiré mis publicaciones como lo crea oportuno. Créeme que siento que haya gente hambrienta, pero entiendo que los que pasan hambre, por alguna razón la pasan. Mi vida lo demuestra. Nadie me ayudó a triunfar. Lo que yo hice otros pueden hacerlo. Ésa es mi doctrina como americano.

Emory, que miraba a los dos contendientes, temió por un momento que Clem se arrojase contra Guillermo. Estaba concentrado, crispados los puños, relampagueantes sus azules ojos, donde destellaba, eléctrica, la cólera.

Miró a Guillermo un largo instante. Luego su cólera se extinguió.

—No sabes lo que dices.

Las palabras brotaban de la boca de Clem como un suspiro de muerte. Volviéndose, salió con el aire de un hombre ciego y sordo.

Cuando se fue, Guillermo volvió a sentarse.

—Dame otra taza de té, Emory —dijo, procurando hablar con su voz usual.



Ella tocó la tetera.

—Toma, Guillermo. Pero ¿estará bastante caliente?

—Está bien.

Guillermo esperó a probar el té. Luego dijo:

—¿Ves, Emory, qué tipo tan insoportable?

—No comprendo vuestro sistema americano, Guillermo. ¿Hay, en efecto, gente que pase hambre?

Con voz paciente, Guillermo dijo:

—Desde luego hay personas a quienes les escasea la comida. Pero las organizaciones benéficas vigilan. Se alimenta gratis a la gente, que es de lo que habla Clem. Este invierno he entregado dinero, en tu nombre y en el mío, para limosnas.

Guillermo calló. Pero, como Emory no le daba las gracias, siguió diciendo:

—¿Quiénes son los menesterosos sino los que siempre lo han sido? Los ineptos, los ineducados, los vagos, los haraganes que hay en toda moderna nación industrial. En la antigua civilización agrícola de la vieja China se los atiende mediante la inmensa organización familiar. La industria, claro, lo modifica todo.

—¿No podrían hallarse medios sustitutivos de la familia?

—Los hay —dijo Guillermo, con un asomo de impaciencia—. Créeme si te aseguro que nadie se muere de hambre en América si desea trabajar. Y aunque no trabaje, no se muere de hambre. En todas partes hay obras benéficas.

—Ya... —repuso Emory con voz tan suave como un murmullo.

Durante unos minutos no hablaron. Guillermo tendió la mano a Emory, que la retuvo entre las suyas. Aquella plácida hora entre el té y la comida era la mejor de su jornada. Si tenían invitados, eran amigos y, si no, Guillermo siempre se mostraba tierno con su esposa. Ella sabía que él la amaba sinceramente. Estaba segura de que no amaba a nadie más. En cierto modo, Emory no llegaba a comprender que había abierto el corazón de su marido, hasta entonces cerrado como una tumba. Y aquel amor la amedrentaba, porque nunca había conocido cosa parecida. Cecilio la había amado, pero acaso menos que ella a él. Le había pertenecido, mas Guillermo le pertenecía a ella. En ocasiones temía que tal posesión le impusiese una exagerada carga. Ya no se sentía completamente libre, porque su amor la hacía vibrar a su ritmo.

—Deploro que mi cuñado haya perturbado tu tranquilidad —dijo Guillermo.

—No. Es muy interesante. Y en realidad...

Dejó la frase en suspenso. Guillermo no le pidió que terminase. Levantándose, se inclinó para besarla. Satisfecha, Emory echó la cabeza hacia atrás y recibió el beso.

—Quiero que seas feliz —dijo Guillermo, con voz sofocada por el amor— y que nadie te incomode.

—Gracias, querido. No me he incomodado.

Guillermo salió. Ella le oyó subir la escalera. Tenía que cambiarse y bañarse, y bajar mejorado y apuesto, porque era un señor rico y cada vez más dueño de sus horas. Ya no necesitaba trabajar como antes, según había dicho el día anterior. Podían

ir a Italia en invierno, no sin pasar por Hulme.

Por un momento Emory pensó en eso y en Clem. Luego, con decidido movimiento, pulsó el timbre. En nada podía favorecer a Clem. Había escogido a Guillermo y el mundo de éste era el suyo.

Se abrió la puerta.

—Llévese las cosas, Enrique —dijo Emory con su argentina voz inglesa—. Voy a subir. Si alguien telefonea, no me importunen.

—Bien, señora —contestó Enrique.

Desde casa de Guillermo, Clem bajó a la ciudad. Quería consolarse y tranquilizarse. Enriqueta siempre le consolaba; pero nadie, ni ella siquiera, podía proporcionarle en aquel instante la tranquilidad privada de los hechos. Quería conocer, por pruebas positivas, si lo que él estaba haciendo era más de lo que temía que fuese: una gota de agua en el inmenso cubo del hambre humana.

Sin ir al hotel tomó un autobús y marchó a Mott Street, donde radicaba el mayor de sus restaurantes. Era un local de no muy grato aspecto, mas no necesitaba ser otra cosa. La gente —demasiada gente— había aprendido ya que allí podía comer gratis. Vio a muchos hombres y a algunas mujeres con niños en una movediza cola que esperaba bajo el crepúsculo de invierno, y él, quitándose el cuello, se colocó el último. En pocos segundos, veinte personas más se habían situado tras él.

Se movían paso a paso, con intolerable lentitud. Tenía que hablar de eso a Kwok. En noches tan frías había que servir más de prisa a la gente. La rapidez era esencial. Habría que contratar todos los camareros necesarios.

Entró y se sentó a una mesa muy llena. Se acercó un camarero que no reconoció al parroquiano.

—¿Qué quiere comer? —preguntó, mientras limpiaba la mesa.

Clem pidió la minuta clásica. Esperó, mirando de un lado a otro, y percibiéndolo todo. El comedor, aunque muy hacinado, estaba caliente y razonablemente limpio. Era grande, aunque no mucho. Habría que alquilar el piso superior... A pesar de la multitud, había silencio, o poco menos. La gente se agazapaba sobre las mesas, comiendo. Sólo unos cuantos hablaban o reían, con relativa jovialidad.

Sirviéronle su plato. La comida era bastante buena, abundante y caliente. El camarero le miraba y Clem le vio inclinarse por un momento hacia la caja. Clem comió cuanto pudo. Después se volvió a su vecino en la larga mesa, un joven sin afeitar que había arrebañado la salsa de su plato.

—¿Desea esto que me sobra? —murmuró Clem.

En el famélico rostro se encendieron los hundidos ojos juveniles.

—¿No lo quiere usted?

—No puedo terminarlo.

—Claro que sí.

El camarero volvía a mirar. Clem se levantó y, con su factura, se acercó a la caja.

Inclinándose hacia la ventanilla dijo en voz apagada:

—Siento no poder pagar.

La muchacha china, de rostro tajante, que había tras el enrejado metálico, respondió con voz y acento enteramente americano:

—Sí puede. Con ese traje, no debe de tener hambre.

—Es mi único traje decente —murmuró Clem.

—Pues empeñelo —respondió ella vivamente—. Todos hacen eso para pagar lo que comen.

Volviéndose con repentina furia, Clem se abrió camino entre los camareros. Encaminóse directamente al despachito de Kwok, a quien encontró en mangas de camisa, chorreándole el aceitoso sudor por la cara.

Kwok se levantó:

—Señor Miller —dijo, señalando su única silla—, siéntese.

Clem seguía enfurecido.

—No me sentaré. He venido a ver cómo marchan las cosas. Dije a la cajera que no podía pagar, sólo para probar cómo va el sistema. Y la condenada chica de la ventanilla me dijo que empeñase la ropa.

El sudor de Kwok acreció.

—No se enfade tanto, señor Miller. No se hace usted cargo. Vamos de cabeza; come demasiada gente cada día. Ya sabe usted que en China los hambrientos no piensan siquiera en comer a diario, sino una, dos o tres veces por semana. Los americanos, en cambio, quieren comer todos los días aunque no puedan pagar. Nadie, señor Miller, puede soportar esto, ni siquiera con un corazón tan grande como el suyo. Es imposible que los que pasan hambre coman igual que los que tienen dinero. No tiene sentido común. Al principio era muy sensato, porque la mayoría pagaba, pero ahora hay exceso de gente que no paga, y come como antes. ¡Qué infierno! Estamos en la depresión.

La ira se extinguió en Clem. El chino tenía razón. Había demasiada gente que no podía pagar. La tarea le superaba y superaba a cualquiera. Había demasiados hambrientos.

—Puede que acierte usted —dijo, tras larga pausa.

Cuando se levantó estaba tan pálido y se tambaleaba tan singularmente, que Kwok, asustado, le sujetó por los codos.

—¿Le pasa algo, señor Miller?

Clem se reportó.

—No. Tengo que pensar algo y nada más. Buenas noches, Kwok.

Se separó de las amables manos que le sujetaban y salió a la calle. Su idea no resultaba. Nada resultaba. La gente empeñaba su ropa en pleno y crudo invierno. Se les pedía que empeñasen sus ropas y cuanto tenían. Se mandaba a los camareros que se fijasen en lo que la gente llevaba. Recordaba al hambriento que comía, como un perro, las sobras de un plato. Esto había llegado a suceder en su propia tierra... Algún

día se devorarían hojas y hierba y raíces como en China.

En la fría oscuridad murmuró:

—Marcharé a Washington. Iré y les diré...

Volvió al hotel, donde Enriqueta le esperaba, alarmada por su larga ausencia.

—Clem... —principió.

Pero se interrumpió en seco.

—Haz el equipaje, monina. Vamos a tomar el primer tren para Washington. Voy a ver a ese tipo de la Casa Blanca aunque para ello tenga que entrar a puñetazos.

Pero no entró. Ella lo sabía. Esperó en el vestíbulo y leyó uno de los folletos que había sobre una mesa llena de publicaciones enviadas al Presidente para que las leyera. Como él no tenía tiempo para hojearlas, se ponían en el vestíbulo a fin de que sirvieran de entretenimiento a los que esperaban.

En un folleto de cortas páginas, con palabras tan secas como la arena, con frases tan vibrantes como exclamaciones, pero sin pasión alguna, Enriqueta leyó la simple verdad. Los negocios americanos llevaban veintinueve meses de contracción. La producción industrial alcanzaba sólo el cincuenta por ciento de lo que era tres años antes. En todos los precios había un treinta y cinco por ciento de deflación. Los dividendos habían bajado en un setenta y cinco por ciento. Diecinueve compañías de ferrocarriles habían quebrado el año último. Los precios de las tierras de labor habían disminuido en un cuarenta y nueve por ciento y seguían bajando. Pero —y en esto veía Enriqueta cómo acertaba Guillermo— los géneros alimenticios abundaban más que nunca. Los labradores y granjeros habían producido, en aquel año de hambre, un diez por ciento más que tres años antes, en una época de abundancia.

«¡Oh, Clem! —pensó Enriqueta—. ¡Cuán a menudo les hablaste y ellos no escucharon! ¡Oh, Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces...!».

Volvió a poner el folleto en la mesa y, cruzando las manos sobre el regazo, inclinó la cabeza para que el sombrero ocultase las lágrimas que henchían sus ojos. Lloraba por Clem, en quien nadie creía, excepto ella, y ¿quién era ella para sentirse excepción de nadie? Guillermo la había herido enormemente, pero no sabía en qué forma, porque Clem no le había dicho lo que sucedía. Apenas le había hablado una palabra en el tren. Enriqueta había intentado hacerle dormir, aunque viajaban en un coche diurno porque Clem no quería gastar en coches camas; mas aunque su marido se recostase y cerrara los ojos, a ella le constaba que no dormía.

De pronto él llegó a la sala de espera. En el acto Enriqueta comprendió que había fracasado. Se levantó. Los dos salieron, emparejados, del edificio. Enriqueta le cogió la mano, pero, notándola insensible, volvió a soltársela.

—¿Viste al Presidente? —preguntó ella cuando estuvieron en la calle.

El sol era brillante y frío y las palomas andaban en busca de sustento, aunque nadie había que las alimentase.

—No —dijo Clem—. Estaba muy ocupado. Hablé a no sé quien y entendí lo

bastante para comprender que era inútil perder el tiempo.

—¿Por qué, Clem?

—Porque tienen sus ideas propias. ¿Quieres saber cuáles? Te lo diré. Es una: aconsejar a los campesinos que no produzcan tantos alimentos. Ésa es su idea. Maravillosa, ¿no?, cuando el país está muerto de hambre.

Y, volviéndose a su mujer, soltó tal carcajada, que la gente le miró, aunque él no reparó en ello. Hablaba con la celeridad de quien disputa una carrera, y ella no conseguía mantenerse a su ritmo.

—¿Adónde vamos ahora, Clem? —preguntó.

—A Ohio. A casa. Estoy harto de todo.

La nación fue rehaciéndose lentamente en un par de años, como un navío que ha capeado un temporal. Guillermo escribió para su red de periódicos un artículo de fondo claro y bien razonado, señalando a sus millones de lectores que las reformas no habían sido iniciadas por Franklin D. Roosevelt, el nuevo Presidente, sino por Herbert Hoover, quien en buena justicia, debiera haber sido reelegido para terminar lo que había terminado. Era obvio, aseguraba Guillermo, que el nuevo Presidente haría incurrir a la nación en deudas inauditas.

El hombre a quien veía Guillermo en la Casa Blanca no era el individuo maduro e incomparable, endurecido por la experiencia de su invalidez. Seguía viendo al joven que recordaba del colegio, alegre, caprichoso y bonachón, nacido en ello tan naturalmente como Emory en su castillo y en su no ganada riqueza, si bien no, como ella, fiscalizado por parentela alguna. Roosevelt era infiscalizable y, por lo tanto, aterrador, y Guillermo, en sus editoriales, comunicaba esos terrores en su habitual estilo periodístico excesivamente simple y dogmáticamente conciso.

Con gran sorpresa suya, experimentó la primera rebelión contra su poder. Millones de asustados individuos que leyeron aquellos artículos sintieron una inexplicable furia y las ventas descendieron tanto que la administración se creyó obligada a advertir a Guillermo. Éste contestó con un memorándum diciendo que marchaba a Inglaterra y Europa, especialmente a Alemania, donde quería ver cómo iban las cosas, y que en su ausencia podían hacer lo que les pluguere.

Emory recibió la noticia del viaje con su calma habitual. Los dos habían estado en Inglaterra e Italia el año anterior y otro cambio no le parecía desagradable. A solas con Guillermo, descubría bien lo que le mantenía perpetuamente insatisfecho, no con ella, sino con todo.

Nunca, desde luego, le manifestó que ella discernía la causa de su descontento, porque se daba buena cuenta de que era un descontento espiritual, aunque sólo entonces empezaba él a advertirlo. Rechazó un pensamiento que únicamente ahora empezaba a inquietarle, ¿encontraría Guillermo incompleto el amor que ella le tenía? ¿Y sería verdad? No acertaba a responderse. ¡Tenía Guillermo tantas cosas! Poseía tanto dinero como nunca soñara ganar y era dueño de la red más difundida de

periódicos populares del país. Ya estaba planeando a qué candidato presidencial apoyaría, porque aquel hombre de la Casa Blanca no lograría, de seguro, ser reelegido. Era ya cosa clara, quizás incluso para el propio Guillermo, que él necesitaba algo más de lo que podían ofrecerle las mujeres.

¿No sería que su espíritu volaba en pos de su padre? Un día, en su viaje, Guillermo dijo:

—A menudo pienso en mi padre. Quisiera que le hubieses conocido, Emory. Os hubierais entendido bien. Era un gran hombre ignorado.

—Sí, querido. Me hubiese agradado mucho conocerle.

Acababan de desayunarse, hallábanse en cubierta y el sol brillaba sobre el mar, de un duro azul.

—A veces pienso... —empezó Guillermo.

Emory dejó de abrir la novela que se preparaba a leer.

—¿En qué?

—Si él aprobara lo que hago, lo que soy...

¡Aprobación! Ésa era la clave de todo. Emory la captó en el acto. Guillermo necesitaba la aprobación de alguien a quien considerara superior espiritualmente. Porque ella sabía que era un hombre de fuerte naturaleza espiritual, un ser religioso sin religión. Emory no era espiritual ni devota y no podía ayudarle. No llevó más adelante la conversación, limitándose a comentar:

—Segura estoy de que te aprobaría, Guillermo, y siento que no esté aquí para ratificármelo.

Y en su interior, tras aquella plática, se entregó a la busca de la religión que podía convenir a Guillermo. Necesitaba ser fuerte, organizada y antigua. No el budismo, demasiado suave, ni el hinduismo, demasiado clemente, ni el taoísmo, demasiado alegre, imbuido como estaba de la independencia humana, incluso respecto a Dios. En cuanto al confucianismo, estaba muerto.

Emory sabía bastante de religiones, porque después de la muerte de Cecilio había ahondado en muchas, quedando indiferente a todas. Suplía la religión con su profunda paciencia nativa y, aislada por su primera fuerte impresión, nada lograba conmover la calma que, protectora como la concha de una madreperla, envolvía su alma. Querría, por supuesto, haber conocido al progenitor de Guillermo, porque en aquel padre muerto —tenía la seguridad de ello— habría hallado la clave de su marido viviente. En cuanto a la madre de Guillermo, había sido un mero instrumento de creación.

Aparte de lo cual, Emory no le disgustaba tal instrumento. Pronto comprendió, con su sutil humor, que no había una onza de espiritualidad en el activo cuerpo de la señora Lane. Ésta se valía siempre de Dios para sus propósitos, enteramente literales y materiales, como el éxito de Guillermo, su riqueza, su enlace con la familia condal inglesa. A poco de casarse Guillermo, ella anunció que pensaba ir a Inglaterra y que le agradecería pasar una temporada en el castillo de Hulme. Emory escribió a su madre

con completa franqueza, diciendo que su suegra sería una invitada fácil de tratar y que no se parecía en nada a Guillermo.

Emory escribió:

La buena señora Lane siempre está presta a adorar alguna cosa.

Y dibujó la cara de un gato sonriente en las anchas márgenes del grueso papel elaborado a mano que llevaba su nombre y el escudo de armas de los Hulme.

Había hablado últimamente a la señora Lane en la cubierta del transatlántico. Dio a su suegra un gran ramo de orquídeas «que no se marchitarían en todo el viaje», unas novelas religiosas y una caja de bombones.

—Sustento para el cuerpo y para el alma —había dicho Emory con su peculiar cinismo.

La señora Lane, que digería muy bien y a la que le gustaban los dulces, no lo comprendió. Agradeció la atención a su nuera con la vehemencia que siempre mostraba al tratar a la gente de buena cuna. Y, apoyada en la barandilla, envuelta en un abrigo de pieles y con un espeso velo en el sombrero, los saludó vigorosamente con la mano.

Al principio, el divorcio le había parecido una cosa horrible, hasta que descubrió cuánto le agradaba Emory y sus parientes de Inglaterra. Llegó a una transacción consigo misma. No hubiera sido igual de seguir necesitando Guillermo el dinero de los Cameron. En su condición presente, Emory le convenía mucho más que Candacia. Los hombres siempre envejecían más tarde que las mujeres. Era inútil pensar otra cosa, aunque, gracias a Dios, ella no había envejecido antes que su marido. Tales comentarios dirigió a Ruth, que la escuchaba.

Al principio creyó percibir Emory que a Guillermo no le servía de nada su madre. Juzgó que toda relación entre los dos había terminado con el corte del cordón umbilical. Más tarde reconoció su equivocación. La señora Lane había creado una escisión dentro de Guillermo. A ella debía él su respeto por la riqueza, los castillos, la cuna, el...

Emory, al llegar a este punto, se refrenó. Obraba mal. ¿Acaso la riqueza de Guillermo no le complacía? Además, era injusta con él, ya que el alma de su esposo ansiaba cosas mayores de las que tenía. Emory deseaba que Guillermo fuese realmente feliz y no como en América se estimaba la felicidad, lo que representaba algo meramente ocasional y férvido. Anhelaba satisfacer a Guillermo en cosas que, según le constaba, no le satisfacían. Aspiraba a aquietar su aguijoneante ambición y sanar las heridas de su vida. Algunas de ellas habían curado ya por el hecho de casarse con una inglesa y hacerse, en cierto modo, inglés él mismo.

El castillo de Hulme aparecía insólitamente bello aquella tarde en que los dos ascendían el largo y serpenteante camino que venía de los Downs. El invierno, afirmaba el chófer, había sido insólitamente benigno, lo que explicaba el verdor que cubría las viejas murallas y torres.

Los padres de Emory esperaban en el largo salón. No era aún mediodía y a Emory la conmovió pensar que el matrimonio la aguardaba, prescindiendo de sus usuales ocupaciones mañaneras.

—Papá, mamá... —murmuró, inclinándose para besarlos.

Guillermo, serio y cortés, no habló gran cosa. Notaba que sus suegros no se sentían a sus anchas con él, ni casi siquiera con su hija. Mas llegó Miguel, con traje de montar, y con su llegada la naturalidad se enseñoreó del ambiente.

—¡Ya estáis aquí! ¿Os han enseñado vuestra parte del castillo?

—Nos dijiste que no lo hiciéramos —le recordó *Lady Hulme*.

—Cierto. Venid y os lo enseñaré todo —dijo Miguel.

Le siguieron, riendo de su impaciencia. Emory advirtió que Guillermo, tan parco en sus elogios, estaba emocionado por lo que Miguel había hecho. Realmente, había convertido toda una ala del edificio en un pequeño castillo privado. Tenía una entrada separada, una cocina propia y cuatro baños.

—Aquí podré descansar bien, Emory —dijo Guillermo con una gravedad que hizo comprender a su mujer que, en realidad, necesitaba reposo.

Cuando lo hubieron visto todo, Miguel dijo a Guillermo:

—Vámonos, Guillermo, y dejemos un rato a Emory con su madre. Voy a la villa a ver un tractor. Podemos almorzar allí. Ya me aconsejarás. Es un aparato americano.

Emory rió.

—No eres nada hábil, Miguel, ni lo has sido nunca.

Todos corearon su risa. Emory se quedó a comer con sus padres.

Halló Emory que el castillo se encontraba en un extraño estado de agitación. Su padre, profundamente enojado por el incremento de los impuestos sucesorios, amenazaba con retirarse al pabellón del portero en unión de su esposa y un par de sirvientes, dejando a Miguel que tomara posesión del castillo y del título si le era posible.

Ante la inmensa mesa del comedor, ella escuchaba estas palabras. Su padre estaba a un extremo, su madre al otro y ella en medio, como de costumbre.

—Es triste que uno no pueda acabar sus días en su propia casa —dijo el conde.

Y calló, dedicándose a su vino de oporto y a su «rosbif». Su mujer no permitió que el silencio durase mucho.

—¿En qué piensas, Malcolm, si se puede saber? —preguntó *Lady Hulme*.

No bebía oporto, porque le hinchaba las venillas de la nariz.

—¿Recuerdas, querida, aquel tipo que desenterramos en la iglesia cuando se cavaba para tender las tuberías del agua? —preguntó el conde, con cierta incoherencia.

—¿Por qué piensas ahora en él, papá? —inquirió Emory.

—Yacía allí hacía ciento cincuenta años y sus huesos, blancos como la cal, permanecían completamente ligados unos con otros.

El recuerdo divirtió a *Lady Hulme*. Se acordaba perfectamente de la mañana de



julio en que, años atrás, se presentaron los obreros a decir que habían desenterrado un ataúd en la capilla de Hulme. Conde y condesa fueron a mirarlo. El ataúd, de madera, estaba completamente deshecho, salvo en sus partes de metal. En medio de aquel polvo descansaba un esqueleto espléndidamente plateado. No era, por suerte, un antecesor de los Hulme, sino un médico que, por haber servido a la familia, recibió el honor de ser enterrado en la capilla.

—¿No sería que tomaba alguna droga que le blanqueara los huesos así? —preguntó la condesa.

—Tal vez —concedió el conde—. O quizá se debiera a la sequedad de la capilla. O a los cientos de sermones predicados por el vicario, ¿eh?

Cesando en su humorismo, estalló en una tos violenta. *Lady Hulme* esperaba. Su marido parecía ahogarse con frecuencia, especialmente cuando bebía oporto. Cuando la tos cesó estaba muy encarnado, tenía los ojos inyectados en sangre y jadeaba. A su mujer le pareció prudente cambiar de conversación para no provocar un nuevo acceso de tos con otra broma.

Antes de que ella hablase, Emory levantó la cabeza.

—¿No están ahí los caballos?

Prestaron oído.

—Sí, ya vienen Miguel y Guillermo.

Emory se alzó con su arrebatadora gracia y salió. *Lady Hulme* expresó en alta voz lo que todo aquel tiempo había estado pensando.

—¿Te agrada, sinceramente hablando, el marido de Emory?

—¿Cómo va a agradarme? —repuso el conde con voz devuelta al sentido común—. Le noto un no sé qué de febril...

—Pues hoy me parecía tan frío como el que más.

—Es querida, de esa clase de personas que arden por dentro, como aquel no me acuerdo quién, que venía de la India y con quien comimos en casa de Randford. No sé lo que pensaría el conde, pero por mi parte te aseguro que me alegré mucho de marcharme después de comer.

Aquel «no me acuerdo quién» era un hombrecillo moreno llamado Mohandas Gandhi. Había ido a Inglaterra a pronunciar conferencias y se negaba a vestirse apropiadamente y a comer los manjares oportunos. El gobierno había tenido que tolerarle, sin embargo, y hasta se publicó una horrorosa fotografía del rey al lado de aquel tipo, que apenas llevaba ropa, salvo una especie de sábana en que envolvía sus desnudeces. Parecía mentira que cuando un hombre llegaba a un país civilizado no se condujera mejor.

Cuando el conde de Hulme murmuró esto, entre sus bigotes, al conde de Randford, éste, sonriendo, le respondió:

—Eres muy simple, amigo mío. Gandhi es demasiado inteligente para que le comprendas tú. Su poder sobre las masas de la India es inmenso y precisamente porque no viste más que una sábana. Es así como visten los campesinos de su país y,

en consecuencia, les agrada pensar que uno de ellos lleva la misma ropa en tu presencia y en la mía, e incluso en la del rey. Gracias a eso confían en él. Si le vieran encajarse unos pantalones a rayas y una levita mañanera, creerían que los había traicionado.

El conde de Hulme, estupefacto ante tal independencia, pensó que, de haberse tomado a tiempo medidas para impedirla, no estaría entonces la India pensando en separarse del imperio. ¿Qué le ocurriría al mundo si se permitiera a muchos individuos presentarse, vestidos como apacentadores de vacas, ante los que valían más que ellos? Durante aquel día miró largamente al hombrecillo de sonrisa fría como el viento, y tras una hora de persistente observación, descubrió en aquel sujeto lo que él llamaba febrilidad. La reconocía por haberla visto en otros lugares. Había existido en su mocedad un coadjutor de la parroquia que ardía en celo de mejorar la suerte de los colonos del padre del actual Lord Hulme. Aquél se había enfurecido.

—¡Lea su Biblia, señor! —tronó el aristócrata, dirigiéndose al sacerdote con ávidos ojos—, y déjese de monsergas. ¿Quiere usted afirmar que debo instalar a mis aparceros en palacios?

—Lo que afirmo es que los fuertes deben llevar la carga de los débiles —respondió el otro.

Ello significó el fin del coadjutor. Se había hecho a sí mismo tanto daño como si se pusiera una soga al cuello. Partió, caído en desgracia, y no se tuvieron más noticias de él. Malcolm, que entonces era joven, al presenciar la escena, notó la fiebre que abrasaba a aquel cura. El último día, cuando pensaba que el coadjutor ya había partido, se encontraron cara a cara en el parque, donde el que marchaba le había ido a buscar.

—Malcolm —osó decirle—, eres joven y acaso me escuches.

—No le comprendo —respondió él, retrocediendo un paso y sintiéndose asombrado de tan extraordinario atrevimiento.

—No intentes comprenderlo —dijo el cura.

La «fiebre» era demasiado clara en él. Se veían literalmente alzarse en su interior las llamas y brillar a través de sus pálidos ojos.

—Recuerda esto —añadió—. Si no se da de comer a los hambrientos, a ti te desposeerán de todo lo que tienes. Y eso llega, y tú tienes tiempo de salvarte. Yo te lo advierto. Oye la voz de Dios.

Malcolm giró sobre sus talones, sin responder, y el cura permaneció allí. Pero Malcolm no volvió la cabeza.

—¡Tonterías! —decía *Lady Hulme*—. Guillermo es un hombre cabal. No se parece a ningún hindú, y menos a ese tipo extravagante.

Se interrumpió y reparó en lo mucho que lucía el sol a través de la botella de oporto. Y pensó de repente que era lamentable no paladear tan sabroso líquido. Si la nariz se le enrojecía, no importaba. Hacía mucho que Malcolm no se fijaba en su aspecto.

Sirvióse lentamente una copa. El sol se transparentaba a través del vino carmesí.

Fuera, bajo el suave sol inglés, Emory escuchaba los postreros fragmentos de una conversación que había tratado de otras cosas que de tractores americanos.

—No sé —decía Miguel— si eso es bueno o malo. Sólo me consta que en Italia y en Alemania está sucediendo algo nuevo. Tampoco puedo afirmar que sea nuevo o muy viejo acaso. Si resulta bien, habrá una nueva era para Europa y para todo el mundo. No creo, en todo caso, que las cosas marchen debidamente.

—¿Supones que la democracia no triunfará en Europa?

—Claro que no —repuso Miguel con impaciencia—. Pero esos tipos, Hitler y Mussolini, no tienen educación alguna. Pon a un hombre común en el puesto más alto y te apuesto diez contra uno a que no sabrá conservar el sentido común.

Notando cierta reserva en el aspecto de Guillermo, Emory intervino:

—Eres tonto, Miguel. ¡Como si todos no fuéramos iguales en principio! ¿Quién fue el primer conde de Hulme? Un gobernador del castillo de Hulme, traidor a su rey, además.

Miguel no cedió.

—Precisamente eso es lo que dije. No supo conservar el sentido común. Se creyó más grande que el rey.

—¿Y qué le ocurrió? —preguntó Guillermo con reprimida curiosidad.

—La reina —dijo Miguel— no se intimidó. Hubo un largo asedio y nuestro arrogante antepasado fue forzado a rendirse por hambre.

Alzó la fusta para señalar.

—Mira allí las señales de la batalla. Aún se ven, a pesar de los quinientos años transcurridos.

En las gruesas murallas de piedra, Guillermo divisó añosas cicatrices.

—Un buen argumento —dijo, pensativo— contra los que se proponen alimentar a todos. La comida es una buena arma. Acaso la mejor del mundo.

El día terminó tan pacíficamente como de costumbre, pero Guillermo pasó la noche muy desazonado y se levantó temprano. Deseaba, explicó a Emory, ir a Alemania y ver personalmente lo que allí sucedía. Y a Alemania fueron.

En Berlín, Guillermo decidió repentinamente que Emory debía visitar Pekín. Guillermo había conocido a Hitler y se sentía tranquilizado. Tras las locuras de la guerra y la confusión del gobierno de Weimar, Hitler había devuelto al pueblo alemán la confianza en sí mismo y en su destino. Todo el país despertaba de su desesperación y desánimo. Los trenes estaban limpios y no se retrasaban, y Berlín se presentaba muy agradable.

—No hay que preocuparse —comentó Guillermo, algo sorprendido—. No sé a qué podría referirse Miguel.

Su satisfacción creció después de entrevistarse con Hitler.

—Es un caudillo nato —dijo a Emory—. Una figura carlyliana.

Por entonces decidió ir a China, explicando a Emory que nunca sabría describirle aquel país si ella no lo veía directamente. Embarcaron en un gran avión holandés que los llevó a la India y Singapur, y de allí, en otro aeroplano, siguieron a China. Emory no vio nada de la India, ni nada preguntó. La familia de Cecilio había estado relacionada con la India y la curiosidad de Emory acerca de aquel país había muerto con él.

Pasaron unas dos semanas en Pekín. Anduvieron por los palacios, a la sazón abiertos a los turistas, y Guillermo buscó los pintados corredores, los pabellones esculpidos y la sala del trono, adonde, siendo niño, le había llevado su madre a ver a la emperatriz.

—¿Es posible, Guillermo, que recuerdes esas cosas después de tanto tiempo? —preguntó Emory incrédula.

—Recuerdo a la emperatriz como si hubiera grabado en mí su cuño —repuso Guillermo.

Al fin encontró la sala y hasta el trono. Pero ¡en qué decadencia y abandono se hallaba!

—Éste era el sitio —dijo Guillermo.

Inmóviles y silenciosos, miraron alrededor. Ya las puertas no estaban barreadas, y las palomas habían ensuciado los suelos de lisas baldosas. El oro del trono había sido arrebatado por los ladronzuelos y el soñoliento guarda que holgazaneaba en el patio les ofreció una sagrada teja amarilla por un dólar chino.

Guillermo movió la cabeza.

—¿Es posible —murmuró Emory en voz muy baja— que el palacio de Buckingham llegue a encontrarse así algún día?

—No acierto a imaginarlo —dijo Guillermo.

Y como si no pudiera soportar lo que veía, apartó la vista del trono.

—Vámonos. Ya lo hemos visto.

—Quizá hubiera valido más —indicó ella— no verlo y recordarlo tal como era.

Guillermo no contestó.

Una decadencia semejante había en el *compound* donde Guillermo había nacido y tenido su hogar. No estaba, con todo, vacío. Lo ocupaba un misionero, hombrecillo desmedrado y pálido que acudió a la puerta de la misión. Parecía la sombra de un hombre.

¡Qué sujeto tan despreciable —pensó Guillermo— había ido a ocupar el lugar de su padre! El hombrecillo los miró con ojos desconcertados, detrás de sus gafas.

—Creo —dijo Guillermo— que aquí solía residir el doctor Lane.

Mas no le explicó quién era.

—Hace mucho de eso —repuso el hombrecillo.

—¿No podríamos visitar la casa? —preguntó Emory—. Nosotros conocíamos al matrimonio Lane.

—Pueden pasar. Claro que no está mi mujer. Ha ido a la Asociación Bíblica

Femenina.

—Gracias —intervino Guillermo bruscamente—. No deseo ver la casa.

Se fueron. Emory adivinó que Guillermo pensaba en su padre.

Y pensó mucho, en efecto, en aquellos días de Pekín, siempre con la antigua amargura, mezclada ahora con un sentimiento de asombro por la felicidad en que su padre parecía haber vivido.

—Mi padre estaba sólidamente anclado en su fe —declaraba Guillermo—. A menudo he admirado su capacidad de creencia.

Emory manifestó en aquel momento lo que llevaba pensando hacía mucho.

—Me parece, Guillermo, que debías consultar con un sacerdote. A ser posible, católico.

Él le dirigió una mirada sombría.

—¿Para qué?

Pero Emory imaginó que no estaba nada sorprendido. Y le respondió con una mirada clara y benévola.

—Yo no puedo ofrecerte paz. Y si es paz lo que necesitas...

Él negó en redondo.

—No necesito paz.

—Puedes necesitar otra cosa —encomendó ella.

Él no contestó, mas Emory no olvidó su silencio. Corto rato después, aquel mismo día, salieron de Pekín, y pocas semanas más tarde estaban en Nueva York, donde Guillermo se entregó a una laboriosidad febril.

Viéndose casi abandonada, Emory empezó a salir más que antes. Incluso ella estaba tornándose inquieta. ¡El mundo era tan extraño y estaba tan lleno de posibilidades horribles!

Muchos meses más tarde, en una reunión donde se bebía en abundancia, Emory reparó en una figura inusitada que le recordó la inolvidable conversación de Pekín. Un sacerdote alto, con sotana, estaba junto a la puerta. Tenía la faz marchita y angulosa y miraba a Emory mientras ella bebía, no combinados, sino té. El hombre había juntado las manos, rugosas y toscas. Tenía el cabello de color castaño oscuro y un tanto rubicundo el rostro.

Como si adivinase la mirada de Emory, se volvió hacia ella. Sus ojos eran muy azules. Emory apartó la mirada. En aquel momento una mano se posó en su hombro.

Era Jeremías. Le sonrió.

—Sois unos sinvergüenzas Ruth y tú. No habéis estado en casa desde que volvimos.

—Ruth está veraneando todavía, con los niños. Hay aquí una persona que quiere conocerte. Emory, te presento al padre Malone. Mi cuñada, padre. Es *Lady* Emory de Hulme, o la señora Lane, según usted prefiera.

Emory notó que Jeremías había bebido mucho. Sus oscuras pupilas estaban muy

dilatadas sobre los blancos de sus ojos, inyectados en sangre, y la fina tez de su rostro aparecía arrebolada.

Emory, sonriendo, saludó al padre Malone, quien se inclinó sobre su mano.

—En realidad, señora, a quien quiero ver es a su esposo, y esto explica mi presencia en un lugar tan ajeno a mí —dijo el cura con voz bronca—. Acabo de venir de China, donde creo que él ha nacido.

—¡Cuánto lo celebro! —dijo Emory, con auténtica satisfacción—. ¿Por qué no viene a casa conmigo, ahora? Allí hablaremos hasta que llegue mi marido, que desde luego tardará. Recientemente hemos estado en China los dos.

—Me lo han dicho —repuso con sencillez el padre Malone. Jeremías se balanceaba sobre los talones.

—Guillermo —explicó— tenía que haber mirado hoy las fotografías del padre Malone. ¡Unas fotos maravillosas! Gente pereciendo de hambre en China, niños que parecen ratones muertos, con unos brazos y piernas que... ¡Portentoso! Como Guillermo no tuvo tiempo para examinarlas, me las entregó a mí. De todos modos, le interesan.

—¡Hambre! —dijo el sacerdote con sencillez—. Por eso estoy aquí. Vengo a hacer colecta de fondos.

Sus oscuros ojos despedían un fluido magnético. Emory se encontró mirándole. Y un momento después halló que no había apartado la vista suficientemente pronto. A él le resultaba indiferente que le mirasen cuanto quisieran, porque no era de los que responden a los incentivos de una mujer hermosa.

—Vamos —dijo Emory impulsivamente.

La gracia de sus movimientos era deliberada, mas no por ello menos gentil. A los pocos minutos estaban fuera. Tras ella iba el sacerdote, como una sombra ascética, pero gallarda. En el cómodo coche a prueba de sonidos, atravesaron el tráfico de la tarde en perfecta quietud, Emory empezó a formular preguntas. El padre Malone respondía —o así lo imaginaba ella— con sencilla franqueza.

Sí, había pasado muchos años en China. No en Pekín, ni en las grandes ciudades, sino en su misión, en una región campesina. Era un sacerdote rural y llevaba veinte años en el país.

—Muy joven debía de ser usted cuando fue allá.

—Sí, muy joven. Tenía entonces poco más de veinticinco años. Había ido como ayudante de un sacerdote provento, que a los pocos años murió del cólera.

Entonces le sucedió Malone.

—¿Cree usted que su labor es fructuosa?

—Yo no pienso en el éxito.

La voz de aquel hombre, expresiva de cuantos sentimientos quisiera su interlocutor imaginar, convertía en música cada palabra.

—En el largo trabajo de la Iglesia —explicó— la tarea de un solo hombre es un mero eslabón de la eternidad.

—Yo creo —dijo ella, con voluntaria franqueza— que usted me ha sido enviado por Dios en este momento particular. No pretendo ser una mujer religiosa, porque le bastará mirarme para comprobar que no lo soy. Pero amo a mi marido y él necesita algo que yo no puedo darle. Es por naturaleza un hombre religioso y no se da cuenta. Se ha enriquecido demasiado de prisa. ¿Sabe usted que su padre era misionero?

—Lo sé —dijo el padre Malone—. Por eso he querido visitarle. Por eso y por su gran riqueza.

—Por supuesto —siguió Emory—, su padre era protestante. No le conocí, pero sé que dejó en el alma de Guillermo una huella indeleble. Guillermo, como hombre de talento, no podía aceptar la religión que le ofrecía su padre. Necesitaba, por decirlo así, algo mucho más sutil.

—La Iglesia tiene recursos para todas las almas —aseveró el padre Malone.

Su voz, llena de confianza, su manso y a la vez apuesto perfil, que contemplaba el torbellino de las bulliciosas calles, renovaron la admiración de Emory sin conmover en lo más mínimo su corazón. Pero su corazón no sentía apetito.

El macizo coche se detuvo ante la casa y el chófer, saltando a la acera, abrió la portezuela.

Subieron los escalones de mármol. El aire vespertino era suave y fresco. Parpadeaban las luces de la ciudad. En la meseta de la escalera Emory tocó el timbre y, con un impulso que pareció súbito, miró al erguido sacerdote.

—Yo soy muy feliz. Y quisiera que mi marido lo fuese.

—¿Y por qué no ha de serlo? —respondió el padre Malone.

Y, aunque célibe y monástico, sonrió a la mujer. Con aquella sonrisa la hizo aliada suya.

Guillermo, que llegó más tarde de lo previsto, entregó sus prendas a Enrique. Oyó una voz de hombre.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Un amigo de la señora, señor. Un sacerdote, señor. Le trajo con ella. Se quedará a comer, señor.

Enrique desapareció, mientras Guillermo subía lentamente las escaleras. ¿A qué iba allí un sacerdote? Se sentía cansado y deseaba estar solo.

La antigua sensación de vacío volvía a acometerle. ¡Y eso que llevaba tan pocos años de casado! Procuraba rechazar aquella impresión. Si Emory no le satisfacía, nada en la tierra podría devolverle la paz. Negábase a pensar en ello y procuraba concentrarse en cosas menudas. Por ejemplo, en Jeremías, continuamente borracho y a menudo irrumpiendo en la oficina para anunciar que estaba harto de todo y que deseaba que le despidiesen. En cuanto Ruth regresase, Guillermo hablaría con ella. Hacía mal en permanecer a orillas del mar, dejando a Jeremías entregado a la bebida.

Se encogió bruscamente de hombros. En su situación, ¿por qué había de preocuparse por nadie? La dura corteza familiar gravitó sobre su ánimo calmándole.

Se bañó y se puso el acostumbrado traje de etiqueta que le llevaba su ayuda de cámara. Tenía apetito. La jornada en la oficina había sido larga y las pruebas de su artículo de fondo tenían más erratas que de costumbre. Había de encontrar otro redactor. Resultaba estúpido que sus jóvenes subalternos no supieran ajustarse a sus exigencias. Procuraba no tener más que jóvenes, tendiendo a despedirlos cuando cumplían los treinta y cinco años, porque la juventud era esencial al estilo que había desarrollado.

Su mente, oscilando entre rostros y hombres, se detuvo en Seth James. Hacía mucho que no le veía, pero no ignoraba cuanto Seth había hecho desde su éxito como autor teatral en Broadway.

Seth había publicado otra revista, que fracasó. Los informadores privados de Guillermo aseguraban que Seth había perdido en la empresa más de un millón de dólares. Acaso conviniera llamarlo otra vez. Pero ¿accedería Seth? Hablaría de ello a Emory y quizá la utilizase como mediadora cerca de Seth. Ella poseía cierta integridad que Guillermo no podía conseguir.

No contó a su mujer que días atrás había visto a Candacia en la calle y que había vacilado entre hablarle o no. Ella decidió el asunto tendiéndole la enguantada mano.

—¿Tan caro te vendes, Guillermo, que no me saludas?

Él, embarazado, tocó la mano de Candacia y procuró sonreír.

—No estaba seguro de que te agradase.

—No veo por qué no me había de agradecer, Guillermo.

—¿Cómo está tu padre?

—Va envejeciendo, duerme mucho y una santa quietud desciende sobre él.

—¿Está enfadado conmigo?

—No se enfada con nadie.

Estaban entre dos filas de transeúntes y Guillermo se daba al diablo pensando en la posibilidad de que algún condenado periodista los viese juntos y publicara o radiase algún comentario. Sería intolerable. Así, quitándose el sombrero, se separó bruscamente de su antigua esposa. No había razón para contar nada a Emory. Aquel encuentro nada significaba.

Mientras se vestía, le asaltó de nuevo la sensación de vacío. Un desconcertante desasosiego del corazón que no acertaba a explicarse. ¿Hacía algo que no debiera hacer? Poseía todos los triunfos. Había cesado de averiguar cuánto dinero tenía. En todo caso, mucho más de cuanto podía gastar, dados sus gustos parsimoniosos y frugales. Sus casas eran buenas y completas, y pasaba a Emory una cantidad extravagantemente grande. No había olvidado tampoco a Candacia, y sus hijos gozaban de asignaciones superiores a sus necesidades. Su dádiva anual a la misión que había sido de su padre constituía un sólido cimiento sobre el que podían construir los demás. A su madre le pasaba una pensión anual de diez mil dólares. Había hecho cuanto debía.

Acaso le hubiese convenido entrar en la política en vez de consagrarse a sus



periódicos. Este pensamiento, que le conturbaba mucho hacía largo tiempo, le llevaba con frecuencia a recostarse en su butacón de cuero y cerrar los ojos. Sus pequeñas manos peludas se crispaban sobre los esculpidos brazos del butacón. No le contentaba su poder para modelar las mentes del público, escogiendo las fotografías que éste debía ver, las noticias que debía leer, las ideas, en resumen, que debían ser ofrecidas a los espíritus de los lectores. Pero eso sólo era un gobierno pasivo. En América no existía nada estable. Aquel país que Guillermo anhelaba amar y amaba con temor, ira y desprecio, no tenía ningún semillero de clase, ningún elemento gobernante como el que imperaba en Inglaterra. La única ventaja conocida era la riqueza, Guillermo despreciaba el poder de la fascinación y sabía, además, que a él le faltaba. Y sin ello le constaba que no podría imponerse en América, en su país. ¡Pensar en aquel tipo de la Casa Blanca!

Prescindiendo de las cosas de la política, abrió los ojos. No descendería a tan sórdidas competiciones. Por añadidura, podían derrotarle. ¡Locura, locura! Se sentía preeminente tal como era y en ello no conocía rival. ¿A qué desear más de lo que tenía? Debía estar satisfecho de sí mismo... y no lo estaba.

Un golpe en la puerta le hizo incorporarse. Se acercó a la ventana.

—Adelante.

—La señora pregunta si está usted listo, señor —dijo Enrique a sus espaldas.

—Ahora bajo.

Pasando ante el sirviente, descendió las anchas escaleras curvas, muy confortado, como le sucedía a menudo, por el buen aspecto de su casa y de los vastos y hermosos aposentos que se descubrían desde el ancho vestíbulo. Tenía motivos de contento. Roger Cameron se hubiera hallado más que satisfecho con la mitad de lo que poseía su antiguo yerno. Éste, cuando trepó cierto acantilado, años atrás, jamás había soñado en tales perspectivas.

Cruzando el vestíbulo penetró en el salón que había a la derecha. Una elevada figura se levantó al verle entrar y permaneció con las manos cruzadas.

Desde la baja butaquita de terciopelo rojizo, Emory habló.

—Guillermo, te presento al padre Malone. Ha ido a tu despacho para enseñarte unas fotografías. Jeremías las llevó a la reunión que sabes. Luego el padre ha venido a casa conmigo.

Las fuertes manos del sacerdote se descruzaron y una de ellas se alargó. El sacerdote no hablaba. Guillermo sintió el poderoso contacto de aquella mano con la suya, mucho más pequeña, y la retiró rápidamente.

—Sentí mucho estar ocupado cuando anunciaron su visita en mi despacho —dijo.

Y apartó la mirada. De una bandeja que aportó el mayordomo, tomó una copa de jerez.

El padre Malone se sentó. Una perfecta quietud rebosaba de todo su ser. Miró a Guillermo con tanta fijeza, que le obligó a corresponderle. Guillermo vio unos ojos profundamente hundidos en sus órbitas.

—La razón por la que le he traído —dijo Emory— es que el padre Malone viene de un sitio próximo a Pekín, por lo que me ha parecido que te gustaría hablarle.

Guillermo se sentó.

—¿Sí?

—Sí. ¿No era su padre misionero?

—Así es.

—También yo soy misionero —dijo el padre Malone.

Y, tras un momento, agregó:

—Me han enviado aquí por algún tiempo a fin de recolectar fondos para combatir el hambre en China. He traído conmigo las fotografías que usted debe de haber visto. Confío en que hará usted que se publiquen, puesto que sus periódicos tienen millones de lectores americanos, que pueden sentirse inclinados a enviarme dinero para comprar víveres.

—Todas las semanas recibo miles de fotografías —dijo Guillermo—. Temo no poder utilizar muchas de las suyas. Además, tenemos nuestros fotógrafos propios, que saben exactamente el material que yo quiero.

El sacerdote dijo con voz serena y a la par inquisitiva:

—¿No se siente usted inclinado a hacer una llamada en pro de los hambrientos?

—Siempre temo embarcarme en esas empresas de beneficencia —respondió Guillermo—. Dudo de la eficacia fundamental de ello en un país tan vasto como China. Además, por lo que recuerdo, el hambre es endémica allí.

—¿No siente usted ningún deber de humanidad hacia aquellas gentes?

Guillermo le miró y repuso muy a regañadientes:

—Si lo siento, sólo es en memoria de mi padre.

—Pues niega usted su memoria —dijo el padre Malone.

Hablaba con una voz resuelta que exasperó instantáneamente a Guillermo.

—La comida está servida —anunció el mayordomo desde la puerta.

Se levantaron. Emory, vestida de rosa y gris, iba la primera. La seguía el padre Malone, severo y envarado en sus hábitos negros, y Guillermo marchaba a corta distancia de él. Las palabras del sacerdote habían atravesado su enojado corazón como una espada.

—Ha estado usted tratando de ahogar su alma —dijo el padre Malone a Guillermo Lane.

Se sentía muy fatigado. La misión especial que se le había confiado: visitar a Guillermo Lane, estaba casi concluida. Y no había sido fácil. Mucho más difícil, de hecho, que alimentar a los niños hambrientos y rogar por los campesinos ignorantes que constituían su grey en China. La Iglesia era allí benigna con los ignaros. No esperaba que un campesino comprendiese los sacros misterios. En que fuesen a misa, en que llevasen una insignia, en que conociesen el nombre de la Virgen y de un par de santos se centraba todo aquello en que él insistía en el pueblo donde estaba. Ni

siquiera pretendía que se confesasen, porque ¿qué podía confesar un viejo, ni siquiera una mujer joven, cuando no habían cometido pecado alguno? El conocimiento del pecado se reservaba para los hijos de aquellos feligreses, para la segunda generación, a la que él debía instruir en tal conocimiento. Para la quinta generación ya podía salir de los conversos algún sacerdote. La Iglesia era infinitamente paciente.

—Ha negado usted al Señor —había dicho Malone.

El cura llevaba días en aquella vasta y malvada ciudad porque sentía que así debía hacerlo. Cuando supo que la mujer de un hombre rico y poderoso creía que su marido buscaba a Dios, se había sentido incapaz de emprender a solas responsabilidad tan vasta. E inmediatamente acudió a su superior local, monseñor Juan Lockhart, para pedirle instrucciones.

Juan Lockhart era inglés y un sacerdote de alta inteligencia y convicciones, que hubiera llegado a cardenal de ser ambicioso. Pero no deseaba entrar en las esferas superiores donde, sin incurrir por ello en deslealtad, creía que el aire no era tan puro como podría haber sido. Quizá los príncipes de la Iglesia estuvieran sometidos a las mismas tentaciones de los reyes temporales. Esto no le impedía creer que la Iglesia era el mejor medio imaginado y desarrollado para guiar y orientar la flaca y débil naturaleza humana.

Así, escuchó atentamente a aquel sacerdote, de raídos hábitos, que venía de China y que, sentado al borde de su silla, hablaba con recelo de su posible visita a Guillermo Lane.

Después de escucharle, monseñor Lockhart dijo:

—Lane es un hombre obstinado en su orgullo. Pero ha visto la religiosidad y la pureza de su padre y eso no puede olvidarlo. Ha sido educado en el principio de que se debe tener una conciencia. Claro que la ha repudiado hasta ahora. Como usted me ha dicho, basta verle la cara para comprender que la conciencia le tortura.

—¿Y él lo sabe? —preguntó el padre Malone.

—No, y es deber de usted hacérselo conocer —respondió monseñor.

El padre Malone no contestó. Siguió sentado al borde de la silla, cruzadas las manos, según su costumbre. Sabía, y muy bien, lo que era un simple misionero, algo así como un leñador o un aguador en los palacios de la Iglesia.

Monseñor continuó:

—Sé que en las épocas de hambre muchas almas se acercan al seno de la Iglesia. Nuestro deber es alimentar almas y cuerpos. Pero en ciertos momentos un solo hombre vale más para la Iglesia que otros diez mil. Uno de esos hombres es Guillermo Lane. Es muy poderoso y no sabe qué hacer con su poder. Desea dirigir, pero él mismo necesita dirección. En su descontento ha vuelto a casarse, mas las mujeres no pueden satisfacerle. Tiene avidez... y avidez espiritual.

El padre Malone, después de escuchar, oró por la noche, pidiendo que se le mostrase su camino. No presumía que sus palabras llegasen directamente a Dios, pero, mientras articulaba las bellas sílabas latinas, su corazón rebosaba de deseo de

atraer a Dios a aquel hombre tan poderoso y singular. La tarea no era fácil y él conocía, en su humildad, que no podía realizarla. Se necesitaría un sacerdote más importante, una mente más sagaz, para realizar la misión. Acaso monseñor mismo... Había en Guillermo Lane distancias que un sacerdote común no podría salvar y profundidades ante las que se encogería.

A la sazón, Guillermo decía con cierta impaciencia:

—Una vez usted me afirmaba que yo había negado al Señor. No tenía yo noticia de haberlo hecho así.

El padre Malone se sintió alarmado ante la energía de los ojos de Guillermo y la vehemencia de su voz. Había vivido mucho tiempo entre gentes amables y las echaba de menos. Su alma aborrecía los trozos de carne con ojos entre los que ahora habitaba. Por orden de monseñor continuaba aceptando la hospitalidad de Guillermo en su casa forrada de terciopelo. El lecho era tan blando, que el sacerdote no podía dormir en él. Pensó tenderse en el suelo, pero aún le resultaba demasiado muelle, con la alfombra y la estera que protegía la alfombra. Luego pensó en el cuarto de baño y se tendió allí, pero resultaba que el suelo estaba demasiado caldeado por los tubos de calefacción. Anhelaba su celda de piso de tierra, y las frías mañanas invernales del norte de China, y su escudilla de gachas de mijo. El centelleo de la plata y el vaho de las comidas calientes de aquella casa, le daban la impresión de estar pecando. ¿Cómo hablar de Dios allí? ¡Y la mujer, siempre agradeciéndole cuanto hacía por su marido y sin atender a una sola palabra de las que a ella le dirigía!

Cada vez iba más a ver a monseñor y pedirle consejo. En su última visita le había dicho:

—¿No convendría apartar a ese hombre del lujo en que vive? ¿Cómo hallar un alma hundida entre marañas de carite?

Los hondos y sagaces ojos de monseñor le miraron.

—¿Apartarle? —preguntó—. ¿En qué sentido?

El padre Malone respondió:

—En el fondo, Guillermo Lane es un asceta. Posee mucho, pero come poco y tiene hábitos frugales. No bebe demasiado vino ni fuma en exceso. Si consiguiéramos enviarle al desierto le convertiríamos en sacerdote. Si yo pudiese llevarlo a mi aldea, le enseñaría a amar al prójimo, que es el principio de la bondad.

—¿Y eso para qué? —preguntó su superior.

El padre Malone quedó sorprendido.

—¡Para salvar su alma!

Monseñor, incorporándose, dio unos cuantos pasos por la biblioteca. Era una majestuosa estancia, con anaqueles de caoba desde el suelo hasta el techo. Monseñor poseía la mejor biblioteca religiosa de América, como personalmente, a pesar de su ausencia de ambiciones, figuraba entre los más cultos prelados.

—Rebasa usted su deber —dijo bruscamente—. Me he limitado a pedirle que despertase el alma de Lane.

—Y lo he hecho —replicó el padre Malone.

Se sentía allí casi tan a disgusto como en casa de Lane. No le correspondía discutir las cosas de sus superiores. El mismo Padre Santo habitaba un gran palacio que era una de las maravillas del mundo. Se recordó a sí mismo que Dios, para su gloria, usa la riqueza tanto como la pobreza.

Monseñor dijo:

—Continúe hasta recibir nuevas instrucciones.

Y el padre Malone había vuelto a la casa rica. Mas en un solo instante, sentado con Guillermo en la opulenta estancia, lejano a todo cuanto conocía, creyó que el final de su trabajo había llegado, y que podía pedir a monseñor que le relevase de él. Sabía que Guillermo negaba al Señor, porque era una negación aquella casa y cuanto contenía, sin excluir a la esposa del dueño. Pero no podía explicar cómo ni por qué sentía tal cosa. Monseñor había desaprobado que hablase de pobreza. De no ser por esa desaprobación, Malone hubiera dicho a Guillermo:

—Deje cuanto posea y siga a Cristo.

Pero no se atrevió. Se sentía desconcertado y fatigado y, a pesar de sus constantes negativas, le constaba que había comido mucho y demasiado bien. Sentado en una silla jacobina de alto respaldo, que eligió porque tenía el asiento de madera, se retorció las encallecidas manos.

—Ya es hora de que me separe de usted —dijo a Guillermo—. Dios me ha retenido aquí para hacer que usted recordase a su padre y la tierra en que nació y pensara en esas cosas. No puedo hacer más. Le recomiendo que vea a monseñor Lockhart, que es hombre, en la Iglesia, más sabio que yo. Yo tengo poca cultura. Mis libros no pasan de ciento. Él tiene millares y en muchos idiomas. Está continuamente en comunicación con los que tratan al Padre Santo, cuyo rostro yo nunca veré.

Guillermo no se opuso. De hecho, Malone le había conmovido hasta el fondo del alma. Envidiaba al sacerdote su fe incommovible, su confianza en la oración, su convicción del deber. Porque era la misma fe, confianza y convicción que había poseído su padre. Pero Guillermo no era de los que se dejan arrastrar por la emulación y el anhelo. Su apetito espiritual, acrecido, no quedaba satisfecho. Su soledad había aumentado en vez de disminuir.

—Acaso acierta usted —dijo—. Le agradezco mucho lo que ha hecho.

—No yo, sino Dios a través de mí.

—Entonces, lo agradezco a Dios. Acaso mis pies hayan emprendido ya un camino que aún no veo.

—Monseñor Lockhart le guiará en el resto del camino —repuso Malone.

Y se separaron. A poco, el padre Malone preparó su saco chino de viaje, hecho de un raído tejido, y rechazó la oferta del coche de Guillermo.

—Tengo que informar a mi superior —manifestó— y él vive muy cerca, en esta misma avenida. Déjeme ir andando. Tendré así la impresión de que vuelvo a mi casa.

Guillermo, harto comprensivo para entender lo que el cura indicaba, le dejó

marchar.

Cuando, al atardecer, regresó Emory, echó de menos aquella tercera presencia en su hogar. Volvía de casa de la peluquera y cuando Enrique le abrió la puerta, anunció que el señor no había ido a la oficina.

Emory le encontró en el gabinetito que usaban cuando estaban solos. Acomodado en una silla extensible, Guillermo miraba las ascuas del moribundo fuego. No había encendido la luz, y reinaba en el cuarto un ambiente extraño, entre vital y letal: Emory tocó el conmutador y las luces se encendieron.

—¿Estás enfermo, Guillermo? —preguntó.

—No —repuso él—. He pasado la tarde pensando. El padre Malone se ha ido.

—¿Se ha ido?

—Sí y me ha dicho que cree oportuno que yo vea a monseñor Lockhart.

Ella, arrodillándose a su lado, le apoyó la mano en las suyas, cruzadas.

—No hagas sino lo que deseas, Guillermo —le dijo.

Él apartó rudamente las manos.

—No hay quien me lleve a hacer otra cosa.

—Ya sé que siempre sabrás lo que intenten hacer contigo.

—No me adules, Emory. Todos me consideran bastante astuto.

Estaba determinado a que lo zahiriesen, pero ella no quiso.

—Estoy volviéndome tonta —comenzó.

Levantóse y se sentó frente a él.

—Hace calor aquí. ¿Abro la ventana?

La casa, con su calefacción central, siempre resultaba calurosa en demasía para su sangre inglesa.

—Yo no tengo calor.

—Entonces será que, como vengo de la calle...

Permaneció quieta unos minutos. Al mirar a su marido, le alarmó la palidez de su faz. Volviendo a levantarse se acurrucó en el suelo, a su lado. Le cogió una mano, apoyó en ella su mejilla y le formuló una queja que no le había hecho jamás.

—Me tienes olvidada desde que vino el padre Malone.

Y apoyó la palma de la mano de Guillermo en su boca roja y suave.

Había aprendido a conocer entre las mujeres americanas algo que a todas les complacía decir y que olía a cinismo.

«No se conoce a un hombre hasta que se convive con él», solían decir.

Tal era el credo común entre ellas. Eran mujeres guapas y saludables, que no consideraban la castidad una joya de precio. Ninguna aceptaba la posibilidad de un amante porque sus maridos eran más ricos que cualquier galán. Admitían que la diferencia entre los hombres no radicaba en sí mismos, sino en sus cuentas bancarias. Se consideraban mujeres afortunadísimas y deseaban vivir honestamente. Pero en Emory la virtud era espontánea.

Sintió crisparse la palma de la mano que tenía en su mejilla. A Guillermo le era

imposible hablar de amor. Emory oprimió más aquella mano, aspirando su olor a jabón y sales. Si pasado un instante él no respondía, ella se burlaría de sí misma y diría a su marido, bromeando, que tomaba demasiado en serio las cosas.

«No seas tan grave, querido —comentaría—. Hagamos cualquier cosa que no hayamos hecho antes. Será divertido y nadie lo sabrá».

Pero aquella noche no procedía. Notaba Emory los síntomas ya familiares: el endurecimiento de nervios y músculos de su marido, la respuesta de sus dedos algo cortos y extrañamente torpes. Levantándose súbitamente, Guillermo la oprimió contra su pecho. Emory retuvo la respiración. Él era siempre un tanto brusco, pero ya se había acostumbrado. Él la dominaba y, si bien Emory había intentado resistir al principio, había desistido de ello hacía mucho. El sexo para una mujer —pensaba— no era nada. No expresaba parte alguna de su ser. Era el acto de una comedia, una cesión simbólica, un rasgo agradable, el placer de recibir y de dar, algo efímero, el preliminar de una posible maternidad con la que el hombre tenía poca relación.

No deseaba la maternidad desde que vio a Will y a Jerry. Candacia había dado hijos a Guillermo y Emory adivinaba que más hijos serían cosa vacua para Guillermo... y para ella. Con la muerte de Cecilio se había disipado la necesidad de un vástago propio.

Y adivinaba que tampoco a Guillermo le interesaba tener hijos.

—Cierra la puerta —mandó Guillermo.

Emory tenía un cuerpo sano y no resistía a nada que Guillermo le pidiese. Aceptaba el hecho sexual lo mismo que pudiera aceptar una comida o una taza de té. No había en ello nada misterioso ni siquiera interesante. Lo interesante era Guillermo.

Había de conocerle mejor en aquella media hora que en todo un mes de convivencia. Existía en él cierta crueldad. No crueldad absoluta. Sólo necesidad de convencerse a sí mismo de que tenía razón en todo. En su niñez y su adolescencia algo había resultado lesionado en él. Y algo que cada vez conocía mejor. Mas su confianza en sí mismo, su destreza, su determinación de hacer que los demás le obedeciesen, carecía, en el fondo, de una base sólida.

Y así sucedió entonces. En aquella quieta hora entre el día y la noche, mientras los sirvientes andaban ocupados en remotos lugares de la casa, ambos consiguieron la intimidad completa que él anhelaba. El padre Malone se había ido. De estar allí, no habría ocurrido «la cosa».

Sin embargo, Guillermo fracasó. Un fracaso que ya había ocurrido antes, aunque no siempre. ¿Por qué precisamente aquella vez...?

Ella esperó un momento para cerciorarse de lo que sucedía. Él yacía tendido, exhausto. Hundiendo su cabeza en el cuerpo de su marido Emory le acarició suavemente. Pero él no hablaba una palabra. Nunca lo hacía.

Pasó lo que parecía un tiempo interminable. El cuarto se oscurecía cada vez más. Sonó un batitín lejano anunciando que faltaba media hora para la comida. Ella,

soltando la mano de Guillermo, se sintió aliviada. Acaso la próxima vez hubiera más suerte.

—Creo —dijo con su voz habitual— que el padre Malone está en lo cierto. Debes ir a ver a monseñor Lockhart...



## XI

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Clem decidió proceder como si tal cosa.

—Que pase lo que sea —dijo a Enriqueta, con una ira casi cómica—. Esto rebasa cuanto yo pueda pensar.

—¿Cerrarás los restaurantes? —inquirió Enriqueta, recordando que a la sazón todo el mundo tenía trabajo en las ocupaciones bélicas.

—He pensado en ello —dijo Clem—. No quiero continuar el negocio de los restaurantes. Los cederé a los administradores. Pueden seguir como ahora o hacer lo que les parezca. No obstante, me prometerán seguir dando comidas gratuitas cuando sea necesario.

—Puesto que ganarán dinero, creo que no les importará.

Así dijo Enriqueta. Le constaba que los chinos siempre manejan las cosas del dinero con su atávica prudencia.

Por aquel entonces el gobierno había dispuesto que se dieran cantidades a las gentes menesterosas. Nadie sabía en qué proporción eran esas dádivas el fruto de cierto día en que Clem se avistó al fin con aquel fabuloso hombre de la Casa Blanca, que no podía sostenerse en pie si alguien no le ayudaba.

Clem se había entendido bien con él. Procuraba recordar que el hombre sentado tras la mesa cubierta de pequeños objetos era el Presidente de los Estados Unidos, pero casi continuamente lo olvidaba. Hablaron de todas las cosas imaginables. El hombre de detrás de la mesa mostraba a la vez profundos conocimientos y profunda ignorancia, y le tenía sin cuidado que los demás lo notasen o no. Clem intentó hablarle de China y luego renunció a ello. Había demasiadas cosas que su interlocutor no conocía.

Asimismo sabía poquísimos sobre la India, limitándose a estar informado de que allí había exceso de habitantes. Clem se esforzó en hacerle entender que no era verdad. La India podía producir alimentos para sus moradores y para mucha más gente.

—China, por ejemplo —dijo Clem—, casi se basta a sí misma en cuestión de víveres. Apenas necesita importar nada. Produce inmensas cantidades de alimentos.

—Creo haber oído hablar toda mi vida de que en China había hambre —dijo el otro, con su amplia sonrisa.

—Porque allí necesitan ferrocarriles y autopistas —repuso Clem—. No se pueden transportar los excesos de alimentos. Se padece hambre en ciertos parajes. Es, localizada, la situación mundial. Antes de poder conseguir una paz firme hay que movilizar los excesos de víveres.

Había estallado la guerra en China y en Europa y ello significaba que en China habría algunas carreteras más que antes. Pero al Presidente no le importaba mucho China. No le importaría hasta más adelante.

Clem se sintió a la vez atraído y confuso. El gran hombre no veía el mundo como

una esfera. Lo consideraba plano. No podía imaginar lo que pasaba en los antípodas. Había de dirimirse una cruenta guerra para que el gran hombre reconociera que el mundo era redondo.

Nunca había sido fácil para Clem escribir cartas, pero cuando volvió al lado de Enriqueta inició una serie de epístolas conducentes a demostrar al Presidente que el mundo era redondo. A veces esas cartas resultaban prolijas, pero ordinariamente no. El gran hombre nunca las contestaba, mas Clem confiaba en que las leyese. En ellas procuraba explicar cuanto sabía, llegando a incluir extractos de la correspondencia de Yusan.

*Desde luego convendría —escribía Clem— que ayudásemos a combatir a los japoneses en China, pero eso sólo como un primer paso. En realidad, la guerra comenzó cuando les dejamos ocupar Manchuria. Lo importante vendrá después de la guerra, en cuanto Chang-Kai-Chek tenga que mantener a su pueblo unido. Más fácil para un soldado es pelear que mantener la paz después. Luego empezarán a actuar los comunistas y tendremos que enfrentarnos con eso. Mi consejo es mostrar alguna amistad a la India para granjearnos la de toda Asia. Ya sé que no desea usted molestar a Winston, pero podría usted, en una de sus próximas charlas junto a la lumbre, deslizar unas palabras afectuosas para la India, lo que estimularía a millones de hindúes y chinos. Si usted dice —pero ha de ser ahora, dentro de esta semana— que cree usted en la libertad de los pueblos, ello significaría algo, porque estamos en el momento culminante de una crisis de la que sabemos muy poco. El mes que viene sería tarde. Todos están esperando.*

Clem compró su primera radio precisamente para oír al Presidente. Pero en la próxima «charla junto al fuego» presidencial no se habló una palabra de la libertad de los pueblos. La famosa voz sonaba opulenta, en el receptor:

«Amigos míos...».

Y no llegaba a China, a la India ni a Indonesia. Clem cerró el conmutador y pasó tanto tiempo sombrío, que Enriqueta llegó a disgustarse. Ella y Clem no eran jóvenes ya, y Enriqueta hubiese querido que Clem dejara de preocuparse del mundo. Que otros se encargasen de ello y, si no, que todos se aguantaran. Clem había mejorado del estómago al pasar la Gran Depresión, pero la Segunda Guerra Mundial había vuelto a agravarle.

Cuando Enriqueta habló de ello a Clem, él no quiso escucharla.

—Ya me he acostumbrado a mi estómago, monina. Hasta ahora no ha podido conmigo.

—Ni tú con él, Clem. Es una lucha continua, como bien lo sabes.

Él sonrió, aunque nada risueño había en el caso. Pearl Harbour le había hecho internamente tanto daño como a las Islas Hawai, y Clem no se atrevía a decir a Enriqueta que todos los antiguos síntomas habían vuelto, y que no tenía ánimos para comer.

Cuando América se lanzó finalmente a la guerra, Clem se ofreció como

superintendente de cocinas y le pusieron, en efecto, a cargo de los comedores de los cuarteles de Dayton. Mientras seguía la guerra, y él continuaba queriendo dirigir a distancia, aunque sin respuesta, a la Casa Blanca, Clem hizo felices a unos miles de jóvenes mediante buenas comidas y limpios comedores donde se permitía fumar y donde cantaban canarios enjaulados. Fuera del comedor, Clem enfureció a la administración por las economías que proponía, e incluso aplicaba, de manera que sus regimientos, como los llamaba él, llegaron a ser conocidos y deseados, ya que en ellos no se hacía distinción de grados en lo referente al rancho.

Clem consideraba todo aquello una menudencia. Estaba haciendo cálculos para cuando la guerra terminase, porque entonces pensaba articular sus teorías en un vasto evangelio y presentarlas primero a la Casa Blanca, y después a las naciones. Hacía mucho que había olvidado la negativa de Guillermo y no recordaba más que la gentileza y gracia de Emory. Soñaba secretamente, pero ahora sin decirlo a Enriqueta, en ir a ver a Guillermo después de la guerra, no ya para abogar por una teoría, sino con una fórmula en la mano. Una fórmula para producir comida baratísima que, hasta que el mundo organizara la distribución de alimentos, impidiera a las gentes morir de hambre.

Había montado un pequeño laboratorio en el sótano de la casa y, con ayuda de Enriqueta y de los conocimientos de química que ella tenía —más lo leído en algunos libros nuevos—, empezó a trabajar con los mejores ejemplares de soja que pudo encontrar. Era un producto que los campesinos chinos sembraban abundantemente en sus predios, para su alimentación. Clem plantó aquellas simientes y las cuidaba como espárragos de invernadero.

Continuaba la guerra y Clem llegó a disponer de harina de soja en cantidad suficiente para hacer experimentos. Él y Enriqueta probaron una fórmula tras otra y estudiaban su sazón y lo que se perdía al convertirla en alimento.

Un día Enriqueta le dijo:

—Deberíamos contratar un químico especializado en alimentación. Yo no sé cómo dar a esto el gusto que tú quieres, Clem. No sé lo que buscas.

—Algo parecido a uno de los rollos de carne que yo comía en casa de Fong —repuso Clem, meditativo.

—Pero tú entonces eras un muchacho medio hambriento y todo debía de parecerte maravilloso —repuso Enriqueta.

—Sí, más nunca he olvidado aquello.

Clem no olvidaba nada. No había olvidado lo que era ser un muchacho medio hambriento y su mente, incapaz de olvidar, le hacía comprender lo que sentía la gente y lo que la gente necesitaba. El hombre de la Casa Blanca podía haber sabido, mediante Clem, cuál era el promedio de las aspiraciones de los pueblos de la pobladísima Asia, pero no lo sabía, ni quizás pensara que necesitaba saberlo.

Entretanto, Clem se había aislado de la guerra y no vivía más que para los años venideros, cuando debiera comenzar un nuevo mundo.

—La guerra —decía a Enriqueta— no es más que una epidemia. Hay que prevenirla y, si se declara, combatirla. Me alegro, monina, de que no tengamos hijos.

—Podríamos tener una hija —dijo Enriqueta, con una sonrisilla.

—Prefiero lo contrario. Acabaría enamorándose de un muchacho.

El largo proceso a cuyo final Guillermo acabó convirtiéndose a la religión católica fue una mezcla de lógica y fe. Su conciencia, siempre el más delicado de sus elementos componentes, se había irritado hasta el paroxismo por la monstruosidad de su éxito, sin fiscalización posible.

Ya no necesitaba hacer nada, salvo leer con ojos de crítico sus periódicos y luego conservar o expulsar a los directores. De sus antecesores, y destilada a través de varias generaciones de abogados, predicadores y reformadores de Nueva Inglaterra, había heredado una facultad crítica adecuada a su época. Hacía mucho que había llegado a ser tan independiente como un barón feudal. Su red de periódicos descansaba sobre las sólidas acciones de sus imprentas, y éstas, a su vez, se apoyaban en sus fábricas de papel, que, por su parte, se basaban en vastas extensiones de bosques que ocupaban millas de terreno del Canadá y del norte de los Estados Unidos. Se mantenía impertérrito ante los peligros de las restricciones que podían alcanzarle incluso a él.

En cuanto a Hitler, ¡qué lástima! Bien aconsejado, podría haber sido un salvador contra el comunismo, el enemigo definitivo.

La terrible mañana que siguió al ataque contra Pearl Harbour, cuando su ayuda de cámara recorrió las cortinas de la ventana, Guillermo se encontró en la necesidad de dar instrucciones inmediatas a su personal. La gente tenía que saber su actitud.

Como siempre que se sentía confuso, telefoneó a monseñor antes de levantarse.

—Diga, Guillermo —repuso monseñor, que desde hacía dos años era íntimo de él—. ¿En qué puedo servirle?

—Me siento confuso —respondió Guillermo—. Esta guerra plantea muchos problemas. He de resolver algunos esta mañana. Quisiera hablarle antes de ir a la oficina.

—Estoy a su disposición —contestó el sacerdote.

Y allá fue Guillermo en cuanto se desayunó. Emory siempre se desayunaba en su alcoba, y él no vio a nadie aparte de los criados, que no contaban para él.

El sol matutino brillaba sobre la magnífica catedral de granito, cercana a la casa particular del sacerdote. Ambas se hallaban en la parte alta de la ciudad, sobre un fondo de rascacielos, y tenían una solidez confortadora. Hasta a las bombas les costaría trabajo desbatar la gris estructura del templo, formidable como un castillo medieval.

Pulsó Guillermo el timbre de una puerta gótica y fue inmediatamente recibido por un sacerdote joven, el cual le condujo por una escalinata de piedra cubierta de una espesa alfombra. No hubo un momento de espera. Era un ambiente mucho más cortés

que el de la Casa Blanca, donde la semana anterior había tenido Guillermo que visitar al Presidente, reprimiendo su antipatía personal en aras del deber patrio, a pesar de lo cual le hicieron aguardar un cuarto de hora. Al final Roosevelt, aunque mostrándose jovial, no agradeció la oferta de ayuda que le formuló Guillermo.

La biblioteca de monseñor era muy hermosa. El carmesí de las alfombras hacía su juego con los cortinones de las ventanas ojivales, y las librerías de caoba llegaban hasta los abovedados techos. El aire era caliente y ligeramente fragante. En un macizo crucifijo que pendía en una hornacina había profusión de adornos dorados, que se repetían en las anchas cintas de raso usadas como señales en los libros y también en los marcos de dos o tres espléndidas pinturas.

Monseñor Lockhart era un hombre alto, erguido y digno. Tenía las facciones bien perfiladas y unos ojos hundidos de límpido y duro color azul.

—Siéntese Guillermo —dijo.

Guillermo se acomodó en un sillón gótico con cojines y principió a considerar sus preocupaciones. Nada marchaba mal en su vida ordinaria. No pecaba. Era enteramente fiel a su esposa y ella a él. Sabía que Emory, aunque bella, era también exigente y confiaba completamente en ella, sin lamentarse nunca de su casamiento. A su manera, ella era su igual. No había nadie en América con más influencia que él y muy pocos más ricos. De haber sido inglés, indudablemente habría tenido un título. En ese caso hubiera sido más pobre de lo que era y a Emory la pobreza no le hubiera agradado. Emory tenía las mejores joyas que mujer alguna poseyera. Cuando vestía de fina tela negra, cerrada hasta el cuello y con mangas largas, llevando sus diamantes, era tan bella como pudiera serlo cualquier mujer del mundo. Le gustaban los diamantes y los trajes negros cerrados. Se había convertido al catolicismo a la vez que él. Y cuando vestía ropas de color gris paloma, usaba perlas.

Las preocupaciones de Guillermo estaban enteramente relacionadas con sus responsabilidades respecto al mundo, esto es, a los millones de personas que miraban los grabados que él escogía y leían las noticias que él suministraba. Deseaba que Dios le orientase en su enorme responsabilidad y en la administración de su gran riqueza. No quería dar dinero a ninguna organización o causa que no se sometiese a su dirección. A menos que él dirigiese, no podía estar cierto del adecuado uso de su ayuda. Nunca daba dinero a un párroco.

Hizo conocer su deseo de proceder bien, sobre todo al avanzar la guerra. Monseñor le escuchaba, pensativo, cruzadas las manos. Aquellos dos hombres se parecían mucho, y no lo ignoraban. Se sentían casi igualmente paternales hacia los seres humanos. Tanto el sacerdote como el hombre poseían aproximadamente todo lo que este mundo podía ofrecerles.

—Yo padezco por los pueblos —dijo monseñor—. En las guerras son los inocentes los que sufren. La Iglesia tiene que atenderlos. Y usted, Guillermo, también. Va a haber muchas calamidades y muertes. Usted y yo sabemos cómo encontrar un consuelo más hondo, pero los pueblos son niños y como niños han de

ser consolados. Dios se vale de caminos misteriosos. Tanto las riquezas como las necesidades pueden ser usadas por Él. Continúe como hasta ahora, Guillermo. No ponga a la gente en situaciones serias y difíciles, que puedan atemorizarlas. Muéstreles la vida familiar, muéstreles la bondad y el amor que aún persisten, y muéstreles el siempre protector poderío de la religión. La Iglesia es eterna y sobrevive a todas las guerras y catástrofes. Incluso utiliza Dios las catástrofes y las guerras. Cuando los hombres temen y sufren acuden a la Iglesia en busca de refugio. Y todo seguirá siendo como ha sido siempre.

Había un ambiente de serena tranquilidad en cuanto decía y hacía el sacerdote. Guillermo, escuchando su voz, tan poderosamente humana, tan profundamente dominante, notaba el consuelo que se infiltraba en su alma. Era grato que le dijese que debía seguir haciendo lo que siempre hiciera, y grato recordar que formaba parte del histórico cuerpo de la Iglesia que, como había continuado a través de las edades, continuaría mientras hubiese hombres sobre la tierra. El orden, la estructura, las relaciones interiores de la Iglesia le confortaban. Fuera, todo era desorden y confusión, pero dentro de la Iglesia todos tenían su lugar y lo conocían.

Aquellos dos hombres se comunicaban singularmente entre sí. Los rodeaba el hondo silencio de la casa, dedicada, en su riqueza, a Dios. Aunque la mañana era fría, en el cuarto tapizado de terciopelo, la atmósfera estaba templada con el grado de humedad requerido por los libros encuadernados en cuero. Ardía el fuego junto a los dos hombres. Bajo la alta chimenea esculpida, las llamas temblaban, intensas y azules, sobre una capa de duro carbón. Ambos hombres se admiraban, sabían que buscaban igual objetivo y cada uno sentía el penetrante pensamiento de su interlocutor.

Entre ellos existía el profundo lazo de su conocimiento mutuo. Ambos hablaban de la Iglesia con reverencia, sabedores de que la Iglesia era una red de alcance mundial, en la que se reunían todos los hombres. Era un instrumento del orden divino, lo contrario del caos humano...

Guillermo mantuvo un largo silencio. Con el sacerdote no necesitaba hablar mucho. El vasto cuarto constituía una zona de descanso para él.

—Este aposento es hermoso —dijo al fin—. A menudo he procurado analizar el efecto que me produce. Yo creo que el orden expresa el secreto de las cosas. Todo tiene su lugar y está en su lugar.

—El orden es el secreto del universo, sí —respondió el sacerdote—. Sólo dentro del orden pueden los hombres funcionar.

Una hora después, Guillermo marchó. La sabiduría que anhelaba, la guía que buscaba, la confirmación de sí mismo y de su voluntad, la aprobación de lo que deseaba hacer, eran cosas que había encontrado como siempre lo encontraba todo. Se sentía fuerte, dominador, seguro de sí mismo. Los antiguos cimientos resistían. La Iglesia estaba fundada sobre una roca.

Entró en su oficina poco antes de mediodía. La señorita Smith de turno, esperaba, con eléctrica nerviosidad, la llamada del timbre conectado con su mesa de trabajo.

Cuando entró en la oficina de su jefe, ya él estaba sentado tras su mesa circular. Ella se acercó, intentando sonreír. Hubiera valido más —pensaba— que su despacho estuviese a un lado de la mesa, para poder entrar en un momento, con su cuadernito y un lápiz. Pero sólo había una puerta en el vasto e imponente aposento y todo el que entraba había de acercarse gradualmente a la flaca y severa figura sentada tras la mesa.

La secretaria llegó, al fin, sacó su taburete, escondido bajo la mesa, y se sentó.

—Un memorándum —dijo Guillermo.

Hablaba sin la menor altanería. Le hubiera sorprendido saber que la señorita Smith le temía, y que a menudo tenía crisis de llanto cuando se separaba de su lado.

—Un memorándum a los directores —añadió Guillermo—. «He decidido apoyar al Imperio Británico. En la inminente contienda estaremos al lado de Inglaterra para restablecer el orden en el mundo. Seguirán detalles en las próximas veinticuatro horas». Nada más, señorita Smith. No deseo que me interrumpen hasta que yo llame.

Pasó solo el resto del día. Sumíase en profundos pensamientos. Escribía lentamente en gruesas hojas de papel blanco. Cuando terminó su meditación, todo estaba claro. Había trazado sus planes para los dos años venideros. Pasados dos años, se habría ganado la guerra o estaría clara la victoria. Sentíase fuerte y despejado, el pulso firme, el corazón en paz. Un impulso de agradecimiento se elevó en él. Bajó la cabeza y se entregó a una de sus frecuentes y breves plegarias. Había aprendido de monseñor a encontrar en las plegarias solaz y descanso.

Mientras inclinaba la cabeza, con los ojos cerrados y las manos cruzadas, tuvo un relámpago de intuición. Al otro lado del mundo, también Chang-Kai-Chek oraba. Guillermo había escogido la semana anterior, entre muchas fotografías, una del «Viejo Tigre» en la que se le veía orando. El «Viejo Tigre» llamaban a Chang-Kai-Chek en China. Un nombre muy apropiado. Todos los hombres fuertes oraban. Casi creía Guillermo ver al «Viejo Tigre». Una vaga añoranza de China invadió su alma. Los hombres fuertes debían mantenerse unidos. Tomaría un avión, cruzaría el Pacífico e iría a China otra vez, en la persona de aquel hombre tan sobresaliente.

Esos pensamientos se mezclaban a su plegaria sin conturbarla. Cuando terminó de orar, volvió a pulsar el timbre. Sonó, irritablemente débil, la voz de la señorita Smith. No duraría mucho en la oficina, pensó él con momentáneo desprecio.

—Quiero hablar con mi mujer —manifestó.

Un momento más tarde, el zumbido del teléfono le indicó que su mujer esperaba.

—Emory, ¿tenemos algo que hacer esta noche?

—He prometido ir a la inauguración de la exposición de Picasso.

—Cancela el compromiso. Me esperan muchos trabajos y quiero distraerme. Encargaré una mesa para cenar en el Waldorf y después iremos al teatro. ¿Qué ópera representan? ¿Te gustará «Noche en Pekín»?

—Me gustará mucho. Yo sacaré las entradas.

Emory hablaba con voz complaciente y dulce. Siempre estaba dispuesta a acceder a los deseos de su marido. Cuando él le pidió que ingresase en la Iglesia con él, no vaciló un momento.

—Ya lo había pensado —afirmó—. Es una religión sólida que te convendrá, Guillermo.

—¿Qué quieres decir?

—Que la vida no te basta —repuso ella, con su singular reflexión.

Meditaba mucho en efecto, pero no permitía que sus pensamientos la oprimiesen ni le oprimieran a él.

—También creo que te convendría a ti.

—¿Por qué no? —repuso ella, con su graciosa sonrisa.

Aquella noche Guillermo se manifestó muy enérgico. No sufrió fracaso alguno. De un modo u otro, debía de haberle salido bien algo en la oficina. Acaso, pensó Emory, se tratase de uno de sus grandes planes, del que le hablaría después. Aquel hombre estaba hecho de una pieza. Su pujanza fluía de él a borbotones, salvo cuando, comprimida en su ánimo, le perturbaba el cerebro, volviéndole impotente. Como siempre, hacía de ella su instrumento, sin que Emory se rebelara. ¿Para qué? Él le daba cuanto de lujo y de belleza había en el mundo. Las necesidades de Emory eran pocas, pero grandes, y para la belleza se necesitaba dinero, una mina de oro, un caudal inextinguible. Sólo Guillermo poseía la llave áurea. El antiguo capitalismo hereditario estaba casi liquidado, pero él era el nuevo capitalista. Había encontrado una fresca fuente en la necesidad de la gente de ser conducida y divertirse. Y él la conducía a pastos muy verdes.

Tan pronto como el personal se reunió, todos comprendieron que el trabajo del día sería feroz y sin descanso. Guillermo llegó temprano a la oficina y su gente calculó que iba a ser aquél uno de sus buenos días. Cualquier pensamiento de flojedad, cualquier desasosiego que la noche antes hubiera sufrido alguno, se disiparon instantáneamente. Iba a exigirseles el máximo y todos sentían excitación y cierto terror. Era dudoso que todos ellos conservasen su cargo aquella noche. En los buenos días de Guillermo inevitablemente alguno quedaba despedido. Los más débiles resolvieron no salir a almorzar. Guillermo no almorzaba nunca.

—Señorita Smith —dijo Guillermo—, deme todos los despachos de China. Quiero examinarlos.

Esta noticia, emanada de la mesa circular, corrió por todos los despachos, produciendo verdadero alivio. Centrarse en China significaba centrarse en Lemuel Barnard que acababa de regresar para informar sobre la situación de los chinos.

El primer subdirector inició la búsqueda de Lem, el cual, a aquella hora de la mañana, podía estar en cualquier parte menos en su despacho. Mensajes telefónicos, apremiantes, aunque cautos, empezaron a correr por la ciudad. La encargada de



recepción, Luisa Henry, una linda muchacha castaña, del Tennessee, estaba al teléfono tanto tiempo como se atrevía. Había pasado con Lem, en un círculo nocturno, las horas comprendidas entre la medianoche y la madrugada.

Poco antes del mediodía, le encontró donde menos lo hubiera esperado: en el cuarto de su hotel, durmiendo. Luisa lo despertó.

—¡Lem, arriba! El jefe lleva toda la mañana examinando tus telegramas.

—¡Infierno! —gruñó Lem, saltando del lecho.

A la una, la señorita Smith llevó a Guillermo un sobre que no había abierto por reconocer la letra de la antigua mujer de su patrón. En el vestíbulo, Lem y Luisa esperaban.

—No quisiera interrumpirle... —empezó la señorita Smith.

—Ya me ha interrumpido —dijo Guillermo.

—Es que... —tartamudeó ella, poniendo el sobre en la mesa.

Guillermo advirtió en el acto que era de Candacia. No dejó inmediatamente los planes en que trabajaba. Y en un mapa descubrió lo que estaba buscando: una antigua ruta camellera de Pekín a Sinkiang. Entonces, dejando el mapa, abrió el sobre. Candacia, por lo que sabía a través de sus pocos contactos, no había cambiado. Seguía usando el papel de color cremado que había usado siempre. Las finas letras doradas del membrete rezaban «Candacia Cameron» en Jugar de «Señora Guillermo Lane».

Rasgó el sobre y leyó.

Querido Guillermo:

Hace muchos meses que no te escribo porque hasta ahora nada tenía que escribirte. Supongo que tendrás regularmente noticias de los muchachos. Yo vivo sin hacer nada, como siempre. Pero hoy hay un motivo para que te escriba. Voy a casarme de nuevo. No creo que te interesara si no fuese porque me caso con Seth James. Ha estado enamorado de mí desde que yo era una niña, antes de que nos prometiésemos tú y yo. Reanudamos la amistad después de la muerte de mi padre, y ahora parece natural que nos casemos. Espero ser feliz. Seguiremos viviendo aquí. A Seth siempre le ha gustado esta casa. Además, tendremos la tuya. Ya sabrás que su periódico fracasó, con lo cual le ha quedado el dinero justo para vivir sin emprender nada más, salvo, tal vez, la representación de alguna otra obra. Pero dice que le gustará mucho vivir conmigo. Nos casaremos el día de Nochebuena. Will y Jerry aprueban mi matrimonio. Son muy buenos.

Adiós, Guillermo.

Candacia.

La carta era tan propia de su antigua esposa, que por un momento Guillermo sintió una punzada en el corazón. Candacia era infantil, pero buena. Sentía una emulativa reverencia por la bondad pura, cualidad que el padre de Guillermo había poseído en abundancia y que a veces él mismo hubiera anhelado poseer. Ese anhelo lo soterraba en las oscuras profundidades de su corazón, aquellas a las que ni siquiera

tenía acceso Emory, por la que sentía algo tan cercano a la admiración como jamás había sentido por persona alguna.

Ella encajaba bien con él en todos los aspectos de su ser. Su mente era más rápida que la de su marido y hasta quizá más honda, como él sospechaba. Llenaba de música su hogar. Aunque completamente independiente de él, nunca hablaba en exceso, ni dirigía ninguna conversación estando su esposo presente, ni dejaba nunca de ceder ante él sin esa ostentación que se trueca en malicia, ni tampoco con mofa, como tantas mujeres hacen. Él creía que ella le admiraba y esto le hacía confiar en sí mismo y en su esposa, aunque la admiración de Emory no fuese clara y exenta de críticas, como la de Candacia. Y, con todo, Emory no tenía aquella bondad pura que él había visto en su padre y ahora, a su pesar, percibía en Candacia.

Volvió a fijar la vista en la carta. ¿Nochebuena? Él marchaba a China al día siguiente de Navidad. Ello le hizo recordar a Lem Barnard. Tocó el timbre sin interrupción hasta que apareció la señorita Smith, muy abiertos los ojos en la forma que tanto a él le desagradaba.

—Diga a Barnard que venga. Supongo que estará en la oficina.

—Sí, señor. Hace horas que vino —dijo ella, que simpatizaba con Lem, como todos.

Guillermo no respondió. Frunció las cejas y empezó a tablear en la mesa. A los cincuenta segundos llegó Lem. Era alto, de movimientos torpes, demasiado grueso, y llevaba, como siempre, un sucio traje de cheviot. Tenía el pelo demasiado largo y le faltaba un botón de la chaqueta.

—Siéntese, Lem —mandó Guillermo.

Abrió un archivador puesto en la mesa.

—He leído sus recientes crónicas. China va a tener ahora mucha importancia para nosotros. Hemos de mantener una política clara y bien definida para todos. No ha de haber confusión alguna entre redactores y reporteros. Ha de encontrar usted la clase de noticias que se ajusten a nuestra política.

Las venas de las sienes de Lem se hincharon ligeramente. Pero Guillermo no le miraba. Siguió manoseando, mientras hablaba, los bordes de las hojas mecanografiadas.

—Los informes que nos ha enviado usted durante los tres últimos meses han sido muy conturbadores. Los he examinado en persona y encontrado muy pocos utilizables. Ésta no es ocasión de difundir habladurías sobre el matrimonio Chang.

Lem estalló:

—¡Yo sólo decía lo que dicen los chinos!

—No me importa —replicó Guillermo— lo que digan los chinos. Ni lo que diga nadie. Me interesa decirles lo que han de decir.

Golpeó las hojas con las puntas de los dedos.

—Si me interesara lo que dice la gente, pronto mis periódicos se convertirían en una crónica de chismes. ¿Y sabe por qué tienen éxito? Porque indican a la gente lo

que ha de pensar. Es usted listo, Lem, pero no lo suficiente. La gente no quiere leer lo que ellos piensan ni lo que piensan otros, porque eso lo saben de sobra. Desean saber lo que deben pensar. Es un anhelo espiritual profundamente arraigado en el corazón humano.

Interrumpióse, miró a Lem, muy corpulento en su silla de madera, de la que su corpachón rebosaba. Por su rostro encarnado y sus ojos turbios era obvio que comía y bebía con exceso. Ofrecía un aspecto desagradable.

—El hombre es un ser espiritual.

Guillermo hablaba severamente, con una pronunciación incisivamente clara.

—El hombre busca la verdad, busca la orientación divina, anhela la seguridad de su alma. Sírvase recordar esto en todos sus despachos.

Lem volvió a devorar su deseo de despedirse, de retar a Guillermo, de gritarle. Pero no podía. Tenía a su mujer en una costosa casa de enfermos mentales. Mordióse la lengua y paladeó el gusto salobre de su propia sangre.

—¿Qué impresión quiere usted que dé? —preguntó, con voz enfurruñada, aunque suave.

—Nuestro pueblo no desea creer en los chinos, sino confiar en el mando chino.

Lem cerró los ojos, inyectados en sangre. Tras los entornados párpados veía a los chinos desnutridos y sin hogar. Cinco años duraba ya la guerra en China, aunque nadie la tomaba en serio. Ni el jefe parecía creer en ella. Luego, durante un minuto, pensó en su pobre mujer. Había sido feliz con ella durante dos años. Habían andado de un punto a otro de China. La había conocido en Shanghai. Era una bella rusa blanca y él sospechaba que en su vida había cosas que no le decía ni le diría nunca. Pero como esposa resultó admirable y le había hecho perder el gusto por las demás.

Una mañana, al despertar en el «Hotel Catay», Lem la vio inclinarse sobre él. Empuñaba una navaja de afeitar y Lem comprendió que quería matarle. Tras un instante de horror, advirtió que estaba loca. Y no había curado. La llevó a América. No podía dejarla con nadie, pues intentaba matar a cuantos trataba. La dejó en un sanatorio cercano a San Francisco. Ella no le conocía cuando la visitaba. Le daba nombres de personas de las que él no había oído hablar jamás. Cada mes las facturas eran exorbitantes y si él no las pagaba, la echarían fuera. En ningún sitio, le afirmaban, tomarían a una paciente en tan furioso estado.

Cuando cerró los ojos, dejó de ver a los chinos. Ya no veía más que a Anastasia.

Abrió los ojos y dijo a Guillermo, con su voz entre afable y enfurruñada:

—Quisiera, jefe, que fuese usted mismo a China y viera las cosas tal como son. Hace mucho que no ha estado allí. Si ahora fuese...

—Ya he decidido ir —respondió Guillermo—. Quiero hablar con el «Viejo Tigre».

La ciudad de Chunking se alzaba en una colina. Las lentas y amarillentas aguas del río la rodeaban, y escaleras de baldosas conducían a sus calles. No se parecía en

nada a Pekín. Todo era a la vez familiar y extraño. No había palacios, ni techos brillantes, ni majestuosas arcadas marmóreas, ni calles anchas. Las callejas se alargaban entre casas de ladrillo grisáceo y tapias roídas por la humedad. Los guijarros del suelo eran resbaladizos y estaban mojados y llenos de suciedad. La continua guerra y los constantes bombardeos habían contraído los rostros de la gente. Aquellos chinos no eran como los altos y apuestos chinos del Norte. Guillermo se alarmó al ver que tales tipos eran los aliados de América. ¿Qué podían prestar en tal sentido? No constituían más que un peligro y una responsabilidad. Y, sin embargo, a Chang había que respaldarle, que sostenerle, que estimularle...

El coche americano, guiado por un chino de uniforme, le llevó a casa del «Viejo Tigre», extramuros de la ciudad. Era consolador entrar en un edificio que no pareciera un chamizo. El aire era frío y húmedo, como en todas partes, pero le condujeron a un salón donde ardía un buen fuego.

—Sírvase sentarse —dijo un criado, en chino.

Las palabras sonaron extrañamente en los tímpanos de Guillermo. Hacía años que no hablaba en chino, pero el lenguaje persistía en su memoria. Las sílabas afluían a su lengua. Acaso pudiese hablar con Chang en su propio idioma, ya que el «Viejo Tigre» no conocía el inglés. De todos modos, nadie sabía lo que él pudiera conocer. Probablemente más de lo que todos pensaban.

Se abrió la puerta y Guillermo miró. No era el «Tigre», sino una mujer esbelta y bella, de grandes ojos llenos de emoción. Tenía una boca exquisita y triste. Le tendió ambas manos.

—¡Señor Lane! ¡Usted es América, que al fin viene a socorrernos!

Sintiendo las febriles y suaves manos de la mujer apoyadas en las suyas, Guillermo permaneció silencioso. No sabía cómo explicarse con una china que parecía tan joven y hablaba el inglés con tanta facilidad. Nunca había conocido una china de aquella clase. Las de Pekín llevaban los pies ligados, salvo si eran manchúes, pero manchúes y chinas le eran igualmente ajenas, excepto su antigua niñera, simple sirvienta, y excepto la emperatriz.

La hermosa mujer se sentó, con imperial gracia, y con un gesto le invitó a imitarla.

—Mi marido sólo tardará un momento. Tenemos malas noticias del frente. Claro que todo se remediará ahora que América se une a nosotros. Lamento el triste suceso de Pearl Harbour, pero creo que, en realidad, era necesario para despertar en el pueblo americano la conciencia del peligro mundial que nos amenaza. No sólo pienso en China. Hemos de pensar en el mundo.

Abrióse la puerta y la mujer calló. Entró un chino delgado, con largo ropón. Era el «Viejo Tigre». Ningún otro hubiera tenido a aquellos audaces ojos negros, aquella boca tan determinada. Pero parecía muy frágil. ¿Era aquél el hombre que durante quince años había vencido a los señores de la guerra y matado a tantos comunistas?

El «Tigre» tendió la mano y la retiró tan rápidamente como si odiase el contacto

de otra. En esto se revelaba como un chino a la antigua, poco apegado a las costumbres extranjeras. Con un brusco ademán indicó a Guillermo que volviera a sentarse y él mismo ocupó una silla junto al fuego.

—¿Habla en chino este americano? —preguntó a su mujer.

—¿Cómo va a hablarlo? —respondió ella.

—Confieso que conozco algo de chino —dijo Guillermo—. Pasé mi infancia en Pekín.

El «Viejo Tigre» asintió vigorosamente con la cabeza.

—¡Muy bien, muy bien!

Hablaba en voz alta y chillona. Parecía natural que, oyéndole, sus soldados se achicasen ante su presencia.

Guillermo contempló a aquel hombre calvo, huesudo, que era señor de millones de chinos. El nombre de «Tigre» le convenía. Parecía, en reposo, un monstruoso gato, manso y suave, menos por la expresión de sus ojos, que desmentía lo demás. Era la vieja China. Odiaba lo nuevo y se arraigaba a lo pasado. Guillermo recordaba de China lo suficiente para saber adónde el «Tigre» pertenecía. De no haber surgido una revolución en China, Chang habría ascendido al Trono del Dragón y sido un digno sucesor de la Vieja Buddha. Espectacular figura habría ofrecido cuando, envuelto en imperiales ropas bordadas en oro, hubiese ejercido el papel de Hijo del Cielo. Y a los chinos, aquello les habría ido mejor. ¿Qué habrían llegado a ser sino un rebaño diseminado? La gente necesita adorar algo. Si no se les da un dios, adoran un becerro de oro. Era trágico pensar en aquel hombre privado de un trono por la época en que había nacido. Una extraña y respetuosa ternura brotó en Guillermo. Se inclinó hacia el «Viejo Tigre».

—He venido a saber cómo podemos ayudarle. En dos formas puedo serle útil. Influyo en millones de personas y me cabe decirles lo que usted quiera que les diga. También puedo informar a mi gobierno.

Hablaba en inglés. La bella mujer traducía sus palabras en un chino sencillísimo, que él comprendía perfectamente. El «Viejo Tigre» movía la cabeza, respondiendo:

—¡*Hao, hao!*

Equivalía a expresar: «Bien, bien». Hablaba en un ronroneo. No el de un gato, sino el áspero y gutural de una fiera.

La hermosa mujer parecía borrarse entre los dos hombres. Se convertía en un suave, casi tímido instrumento. Guillermo, mientras razonaba con el Tigre, casi la olvidó. Pero, en realidad, ella no era ni suave ni tímida. Suprema actriz por don natural, tomaba las palabras inglesas y las remodelaba en un fluyente chino, subrayando tal vocablo, suavizando tal otro. Mas cuando advirtió que Guillermo la entendía, modificó sus palabras, explicándose en dialecto y excusándose hábilmente:

—Mi marido procede de Fukien y entiende esa lengua mejor que la mandarina. Es esencial que comprenda todas las palabras de usted.

Guillermo ya no entendió nada de lo que ella decía. No deseaba creer que ella

añadiese nada. Estaba presto a ofrecer el máximo.

Pasaron una hora, dos. De pronto el «Tigre» se levantó.

—*Hao* —dijo con su voz chillona—. Todo eso es muy bueno. Haremos esas cosas. Mandaré a mis hombres. No descansaré hasta que los demonios amarillos sean arrojados al mar.

Cruzó las manos, esta vez sin pretensión alguna de seguir la costumbre extranjera, se inclinó dos veces ante Guillermo y con su paso rápido y silencioso salió del cuarto.

Guillermo quedó solo con la hermosa mujer. La suave y pálida mano de ella se apoyó delicadamente en su manga.

—Querido señor Lane, su llegada responde a una plegaria. Lo creo así. Confío mucho en la oración. ¿Y usted? Mi marido y yo oramos juntos todas las mañanas.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. Sacando de su manga un pañolito de encaje, se las enjugó.

—Usted conoce bien a China —dijo en un murmullo entrecortado por los sollozos—. Puedo, pues, hablarle. Ya ve a mi marido. Es fuerte y bueno, realmente bueno. Desea salvar a nuestro pueblo, no sólo de sus presentes enemigos, sino de otros peores. Estoy segura de que usted me comprende, señor Lane. Pero mi marido necesita ayuda. No tiene las ventajas de la instrucción. Siente muchos impulsos. Procuraré dominárselos orando con él. Lo que yo no pueda hacer, Dios lo hará.

Guillermo la escuchaba con creciente simpatía.

—Tarea de mucha responsabilidad es la de usted —expuso—. Quizá se encuentre usted en una posición clave para el mundo entero.

Hablaba con voz grave y con sinceridad. Ella le miró patéticamente. De sus grandes y lucientes ojos negros habían desaparecido las lágrimas. Volvió a tender los brazos hacia él.

—Tiene usted que ayudarme. Prométamelo.

Él cogió sus manos.

—Está prometido.

Una semana después, tras incesantes vuelos desde las arenosas provincias del noroeste a las verdes del sur, sin otra interrupción que breves paradas en ciudades donde se daban fiestas en su honor, Guillermo, a través de los mares, regresó a su patria.

La hermosa mujer le había acompañado por doquiera, siempre con un tercero, casi siempre un general, que solía darles las últimas noticias de la guerra. Ella servía de intérprete, como había servido entre Guillermo y el «Tigre», explicándole el continuo drama de un bravo pueblo maltrecho por la pobreza, de unos patriotas que sólo necesitaban fusiles y unos cuantos tanques y aeroplanos para tornarse invencibles.

—Como su Washington —insistía—. Como Jefferson, como Lincoln.

Aunque él hubiese podido desconfiar de aquella vehemencia, ella se le adelantaba

siempre en todo. La mujer sabía el momento oportuno de verter lágrimas, pero también el de endurecer su expresión y hacer su voz firme. Sabía cuándo procedía mostrar enojo a un subordinado, cuándo ser reina y cuándo mujer. Mirándola, Guillermo deploraba que el Trono del Dragón hubiese sido destruido. Aquella china hubiese sido una idónea emperatriz al lado del «Tigre». Era obvio que la gente la temía, y esto suscitaba la admiración de Guillermo. Siempre convenía que el pueblo temiese a alguien.

Al fin de una semana, partió, convencido de que ella aseguraba la eficacia de la ayuda que se prestase al «Tigre». Sin ella podía haber traición, mas con ella no existía peligro alguno. Cuando se separaron en el último aeródromo, la mujer volvió a llorar.

—¡Querida América! —murmuró—. Transmítale mi cariño. Diga que pasaré mi vida enseñando al pueblo la lección que aprendí allí.

Guillermo llegó a Washington exactamente cuando se había propuesto, informó donde procedía y en otro avión siguió a su casa. Cuando se apeó, nevaba ligeramente. El chófer le esperaba. En el coche estaba Emory, muy linda con su vestido y sombrero gris plateados.

—Eres muy buena, Emory.

—Te he echado muchos de menos.

Estrechó los hombros de ella entre sus brazos y la besó. Emory olía a un delicado, limpio y cálido perfume, y él agradeció en ella cuanto era suyo. Su mujer, su hogar, sus negocios, su patria.

—Celebro haber regresado. China es un infierno ahora.

—¿Sí? ¿Ha sido infructuoso tu viaje?

—Al contrario. He hecho sentir a los chinos que América los respaldará. He prometido cosas que quiero que se cumplan. Es un trabajo apropiado para mí, Emory. He de moldear la opinión pública de modo que sostenga a los dos pueblos que están entre nosotros y la derrota en Asia.

—No hables de eso ahora. Pareces muy cansado.

—¿No habrá hoy invitados?

—Nadie. Tú y yo solos.

Él suspiró y descansó. Todo adquiría para él nueva trascendencia. Sentía como nunca la valía de ser americano. El enorme coche deslizándose por las anchas avenidas, las chimeneas de las fábricas, la ciudad que se recortaba a lo lejos: aquello era América. Si China era el infierno, aquello era el cielo, y ese cielo le pertenecía. Ni entonces ni nunca se debía permitir que nada lo destruyese. Mientras estrechaba entre sus manos la de Emory, resolvió dedicarse como nunca a su patria.

Reflexionando, tras una noche de sueño, Guillermo concluyó que su viaje a China había sido fructuoso. Lo había realizado en la forma privada y tranquila en la que solía realizar las cosas grandes, limitándose a volar a través del mundo en un avión por el que había pagado sumas fabulosas. Gastaba el dinero como le gustaba gastarlo,

para sí, con un fin determinado y con miras que debían afectar al mundo. Y el mundo no lo conocía ni quizá, mientras él viviese, sabría la deuda que tenía con él. Pero algún día, cuando los historiadores penetrasen las sombras del pasado, sabrían que, acaso gracias a él, por encima de todos los hombres, una guerra que pudo perderse se ganó. Que otros aplicasen sus energías a los pequeños y atormentados países de Europa. Él salvaría a China y, salvándola, el enemigo sería batido en aquel vasto territorio.

Mandó a Emory que no invitase a nadie ni aceptara invitaciones. Durante dos semanas estaría de continuo en la oficina, sin ir a casa más que para dormir. Entretanto, daría instrucciones a todo su personal. Prescindiría de los que no le obedeciesen con eficacia. Toda su organización habría de concentrarse en sus instrucciones. Se habría de estudiar para los periódicos una técnica sencilla, a base de argumentos sutiles, presentación idónea y toda clase de ayudas visuales y persuasiones mentales.

Al final del primer día despidió a cuatro personas, entre ellas a Lem Barnard y la señorita Smith. La última no significaba nada. Ordenó a su administrador que le tuviese otra dispuesta para poderle dictar al día siguiente. Pero Lem resultaba difícil de sustituir. Los chinos no hablaban a un extranjero, a no ser que tuviera cierto encanto. El encanto no le interesaba a Guillermo en su oficina, pero en China...

Entonces pensó en Jeremías. Éste se entendería muy bien con la hermosa mujer y hasta con el «Viejo Tigre», siempre que le acompañase alguien que le sacara los billetes, se cuidara del equipaje y se lo tuviera todo a punto. Además, con eso eliminaría a Jeremías de la oficina, donde no hacía más que dar mal ejemplo. Actuando en el acto, con la coordinación completa que era el manantial de su extraordinaria energía, oprimió un timbre.

Atardecía. Hubo una pequeña demora que hizo afluir la sangre a su cabeza. Resultó que la dilación se debía a que la señorita Smith no había esperado al fin de la jornada para marcharse. En cuanto le entregaron su cheque se fue, haría una media hora. Guillermo estuvo a punto de despedir al jefe de personal, pero se sentía demasiado impaciente para pararse en eso. A los pocos minutos oyó la suave voz de Ruth, siempre infantil, pero insólitamente débil.

—Ruth, ¿eres tú?

—¡Hola, Guillermo! —repuso ella, más reciamente—. Me alegro de tu llamada.

—¿Está Jeremías?

—Aún no.

—Pues ¿dónde está? No ha venido a la oficina.

—No se encuentra bien, Guillermo. Volverá dentro de un par de días...

«Acaso —reflexionaba Ruth— hubiera ella hecho mal pidiéndole a Emory que ocultase la verdad. Quizá conviniera que lo supiese Guillermo...».

—Si puede venir mañana, tengo que entregarle un trabajo. ¿Te gustaría que le enviase a China como representante personal mío?



Guillermo, asombrado, oyó sollozar a su hermana. Quería a Ruth, aunque no le guardaba consideración, puesto que dependía de él. Algo en el casamiento de Ruth marchaba mal, pero Guillermo no había ahondado en el asunto. Las cosas personales invertían mucho tiempo y todas las horas eran importantes en aquellos terribles días. Mas entonces tenía que averiguar...

—¿Qué pasa?

—Guillermo, tendré que contarte la verdad. No quería enojarte, pero... Jeremías se encuentra en un sanatorio.

—¿De qué clase? ¿Está enfermo?

—No... Es decir, sí... Enfermedad es, a fin de cuentas. Bebía demasiado y cuando te fuiste... Ha quedado hecho pedazos.

—Nadie me lo ha dicho.

—Yo quería ocultártelo.

Guillermo meditó rápidamente, mientras la voz de su hermana, a la que ya no prestaba atención, farfullaba palabras en su oído. Aquél sería el pretexto para deshacerse de Jeremías. Fingiría suponer que estaba enfermo.

—Deja de llorar, Ruth. Lo siento mucho y quiero ayudarte. Doy a Jeremías licencia ilimitada. Que no se preocupe de volver. Pero, para proporcionarte independencia, y como sé que él no aceptaría una pensión mía, haré un seguro a tu nombre y al de las niñas. Así, aunque algo le ocurra, estaréis garantizadas...

—Querido Guillermo... —La sollozante voz parecía ahogarse—. No quería indicarte que...

—Que Jeremías siga cuidándose hasta que mejore. Avísame cuando vuelva a casa. Ya le veré. Adiós. Estoy tremendamente ocupado.

Pensó un momento y decidió enviar a Barney Chester a China. Era un joven despejado, que había salido de Harvard pocos años antes. Barney sabría entenderle.

Se levantó, negándose a reconocer que estaba fatigado, tomó el ascensor y se dirigió al automóvil. Eran cerca de las diez, y nevaba. Caía la nieve, cual una multiplicidad de puñalitos de plata, contra el parabrisas. Le rodeaban la oscuridad y el frío. Andaba la gente por las húmedas calles, inclinando las cabezas para resguardarse del viento. Él se sentía caliente y seguro, dueño de sí mismo y de cuanto poseía.

Todo lo que tenía lo había ganado por sí solo. Había llegado de China siendo un muchacho joven, desmañado, oscuro y desconocido, y sin ayuda alguna había conseguido ser lo que era. América le había dado una oportunidad. En Inglaterra, su nacimiento le hubiese condenado. Ni siquiera un título le hubiera protegido. Sonrió mirando los puñalitos de plata que no logran herirle. La gente había olvidado a su padre y su cuna. ¿Dónde, sino en América, podía acontecer una cosa así?

Por la mañana, despertó sintiéndose otra vez inexplicablemente deprimido. No había razón alguna, decidió, salvo que su conciencia le reprochaba no haber hablado a monseñor de su viaje a China. Ni siquiera le había telefoneado, temeroso de que la

tranquila voz del sacerdote le incitara a dedicarle un tiempo que no podía malgastar. No era como cuando necesitaba consejo. Ya había resuelto qué camino seguir. Pero no existía razón alguna que le impidiera concederse el lujo de unas horas de comunión espiritual.

Aún no era hora habitual de levantarse. A pesar de ello, empuñó el teléfono y llamó a monseñor Lockhart.

La amable voz del sacerdote sonó como de costumbre.

—¿Qué hay, Guillermo?

—Hubiera ido en cuanto volví, pero ya se hará cargo...

—Siempre.

—Lo sabía. ¿Le veo esta mañana?

—Cuando quiera. Estoy ya en mi despacho.

Guillermo había proyectado volver a dormir. No había clareado aún. Mas sería curioso y estimulante encaminarse a pie a aquel vasto cuarto dorado. Las mentes de los dos estarían despejadas, vivaces...

Veinte minutos después caminaba por las calles, cubiertas de fresca nieve. Nunca salía a tales horas y la ciudad tenía un aspecto extraño. Las gentes que solía ver estaban acostadas. Pero las calles no se hallaban del todo desiertas, particularmente la lateral que tomó para pasar de una avenida a otra. Erraban por ellas dos o tres personas. Una mujer pasó junto a él y se detuvo mientras un viejo, cuyo rostro podía distinguirse a la claridad del alba, le tendía en silencio la mano.

Guillermo siguió. Tenía por costumbre no ver nunca una mano tendida. Anualmente enviaba un generoso cheque a la Caja de Beneficencia.

—Deme para un taza de café, por amor de Dios —balbució el viejo.

Guillermo continuó. La sucia mano rozó su brazo, luego cayó inerte.

La mujer gritó a sus espaldas:

—¡Condenado capitalista! ¿Quiere que nos muramos de hambre?

Apareció un policía en la esquina.

—¿Le decían algo, señor? —preguntó.

Guillermo reflexionó un momento si debía acusar a la mujer, pero prefirió no hacer caso.

—Nada. Un viejo que me pedía para beber.

—Siempre lo mismo... —dijo el policía, como disculpándose.

Guillermo le hizo un levísimo signo con la cabeza y prosiguió. Cinco minutos después estaba en la acogedora y hermosa casa del sacerdote.

—Tiene usted buen aspecto —dijo monseñor.

—Pues no me siento bien —repuso Guillermo.

Mientras hablaban, despachó un buen desayuno inglés a base de riñones, jamón y pan con mantequilla y mermelada. El café era americano y delicioso. Entró un criado, se llevó la bandeja y salió, cerrando la puerta silenciosamente.

—Con todo —dijo monseñor— le noto... esperanzado.

—Sí, en el sentido de que juzgo posible socorrer a China. Creo que debemos dejar que Inglaterra lleve las riendas de Europa, mientras nosotros debemos llevarlas en Asia ahora, y después de la guerra. Puesto que China es un país libre, allí debemos concentrar nuestro poder.

—Supongo —repuso monseñor— que no se referirá a un poder permanente. Guillermo se mostró conforme.

—En el sentido de eterno, no. Mas espero que una completa victoria americana contribuya a garantizarnos en parte la eternidad.

El rostro de monseñor ofrecía una expresión benigna, aunque cierto rictus de cansancio delataba horas de meditación y acaso de plegaria. Guillermo se fijó un instante en aquel hombre admirable que tanto le atraía.

—Está usted fatigado —dijo sin rodeos.

El sacerdote pareció sobresaltarse. Luego su faz se aquietó.

—Si estoy fatigado no soy digno de mi fe. Cierto que la Iglesia tiene grandes y nuevos problemas. En Europa, nuestros sacerdotes se enfrentan con una opresión como no hemos conocido en la historia. Los más graves informes me llegan de Austria. Hemos llegado a la era del Anticristo. Hay un demonio en las gentes.

—En ese caso, ¿es algún mal individual el que leo en su rostro? —preguntó Guillermo.

El fino entrecejo de monseñor Lockhart se frunció.

—¿Qué mal individual puedo sentir? —repuso—. La aflicción de la Iglesia es la mía. No tengo otra.

Guillermo, prescindiendo de su amistad, le miró escrutadoramente. El rostro del sacerdote parecía haberse tornado de pronto remoto y frío. Recordaba a Guillermo los templos de su niñez, con sus dioses solitarios. Mas no pensaba en un dios, sino en el palacio donde la vieja Buddha miraba, indiferente, a un niño extranjero.

Monseñor entornó los párpados.

—Usted y yo nos entendemos bien. Continuemos como estamos, asistiendo mutuamente a nuestra respectiva historia.

Por primera vez se levantó antes de que Guillermo se despidiese, y le bendijo con la mano. En su severa faz se podía apreciar una gravedad muy profunda.

—Muchos son los llamados y pocos los elegidos —dijo sencillamente.

Y, santiguándose, salió.

Las palabras del sacerdote conturbaron todo el día, como una vaga alarma, la mente de Guillermo. Llamó a la nueva señorita Smith y no alzó la cabeza cuando la joven entró.

—Dictado —dijo.

Durante una hora dictó, sin interrupción, varias cartas y muy extensas instrucciones para Barney Chester. Luego despidió a la secretaria e hizo acudir al redactor jefe de noticias.

—Venga inmediatamente, Barney. Le mando a China como mi representante

personal.

Y durante dos horas expuso a un silencioso y un tanto aterrorizado joven lo que deseaba que hiciera en China.

—En resumen —concluyó al cabo de las dos horas—, espero de usted los más minuciosos informes de lo que hace allí la diplomacia norteamericana. También espero que mantenga relaciones confidenciales con el «Viejo Tigre»... y con su mujer.

—Sí, señor —dijo Barney Chester.

Era un joven pálido y moreno, muy delgado y vivo. A Guillermo le gustaba que todos sus subalternos fuesen así. Barney era hombre de corazón blando, aunque lo negaba. Y lo hubiera negado más que a nadie a la severa y cetrina figura que se sentaba tras la mesa semicircular. Concedían a Chester el trabajo mejor pagado que un joven de su edad podía lograr en su país y probablemente en el mundo. Lane hacía trabajar mucho a su gente y la pagaba bien. Chester deploró que Peggy, su esposa, estuviese esperando su segundo hijo. Pensaba pedir sus vacaciones para cuando naciera el vástago. Pero nadie podría en adelante atender al caso, más que una criada. No se le ocurrió mencionar a Guillermo, que seguía dándole órdenes, aquellas dificultades menudas.

—Prepárese para marchar pasado mañana. Haré que le den prioridad en la plaza del avión.

—Sí, señor —dijo Barney.

## XII

En la casa, ya maltrecha por los años y que Enriqueta nunca pensaba en renovar, Clem leía los periódicos. Corría el primer verano después de la guerra. Clem había estado a punto de no sobrevivir a las bombas atómicas lanzadas sobre dos ciudades japonesas. Como muchos otros americanos, ignoraba que las bombas atómicas existieran hasta que el 5 de agosto de un año atrás había descubierto, con horror y auténticas lágrimas, al abrir el diario, que la bomba había sido arrojada, matando a cientos de miles de personas que él nunca viera. Aunque, como los demás americanos, excepto un puñado, no tenía de ello culpa alguna, se recriminaba a sí mismo por lo ocurrido. Andando a ciegas, con las lágrimas corriéndole por las flacas mejillas, fue a buscar a Enriqueta. Cuando la halló arriba, haciendo la cama, el llanto le impidió hablar durante un rato. Se limitó a señalar los titulares del periódico. Ella, viéndolos, le pasó los brazos en torno al cuello y los dos lloraron, avergonzados y espantados de lo que sucedía.

Durante varias semanas después, Clem estuvo tan mal que Enriqueta prohibió a Bump que le molestase para nada. Clem hacía muy pocas preguntas. Con toda su menguada energía trabajaba en los problemas de la comida y se negaba rotundamente a que le visitasen los médicos ni radiografiasen su sistema digestivo, ya perennemente en rebeldía.

A las desesperaciones e insistencias de Enriqueta sólo contestaba:

—No me molestes, monina.

El gran hombre de la Casa Blanca había muerto y lo sustituía un hombrecillo. Clem acudió a verle inmediatamente, para predicar por última vez su evangelio de la nutrición de los hambrientos. El hombrecillo, sonriendo, le describió el plan mundial de alimentación de las Naciones Unidas. Clem salió con la idea de que había convertido a un Presidente de los Estados Unidos. Pero nada ocurrió.

En primavera, Clem habló de ir a la Conferencia de San Francisco para explicar la necesidad de nutrir a la gente si se quería que las cosas marchasen bien. No se debía tolerar que los comunistas llevasen ventaja, como la llevarían si no se alimentaba a los pueblos.

Enriqueta le disuadió. Sabía ya que todos, incluso en New Point, se burlaban de Clem. Le tenían por loco y fanático y nadie escuchaba a un hombre que había consagrado su vida a una sola idea.

Enriqueta aborrecía a los hombres porque se mofaban de Clem. Le retenía en casa, le buscaba ocupaciones, trabajaba en su fórmula nutricia, queriendo escudarle contra las befas de quienes no valían ni para desatarle los zapatos.

Aquella mañana de verano, mientras ella lavaba los platos y él leía el periódico en la cocina, Enriqueta le oyó lanzar un grito de repente:

—¡Monina!

—¿Qué, Clem?

—¡Hemos perdido la guerra!

—¿Qué diablos quieres decir? La guerra ha terminado. —Soltó una cazuela que sostenía, con las manos húmedas de jabón, y se inclinó sobre el hombro de su marido.

—Se nos dice que no vamos a ayudar a los pueblos sojuzgados. ¡Es el principio de la tercera guerra mundial!

—No será tanto, Clem.

—Sí. Lo que se ha dicho en San Francisco no puede desdecirse. Llega un momento en que los negocios humanos...

Levantándose bruscamente, se fue al laboratorio y ella siguió lavando los platos.

Hasta marzo de 1950 no fue Clem a ver a Guillermo por tercera y última vez. Había pasado tanto de lo que previera, que esperaba convencerle al fin. Los comunistas se habían adueñado de China y morían las gentes de hambre por decenas de millones. Yusan había logrado decírselo. El señor Fong y su mujer habían muerto. Yusan era el cabeza de familia. Pekín estaba lleno de consejeros rusos. Y la producción alimenticia de Manchuria se cambiaba por maquinaria.

«Si América enviase víveres...», decía Yusan.

Venía la carta en una tirita de papel, en un sucio sobre sin sello. Kwok, a la sazón director de un próspero restaurante neoyorquino, la había llevado a Clem, quien corrió a Nueva York sin decir a Enriqueta que estaba resuelto a ver otra vez a Guillermo y pedirle que dijera a los americanos, que, si eran comprensivos, aún podían salvar a China y al mundo...

Tres días después Enriqueta vio avanzar a Clem por el sendero del jardín. Volvía cargado con su maleta de cartón. No llegó a la puerta. Se desplomó en el caminito. Ella corrió a levantarlo.

No se había desmayado. Conservaba el conocimiento.

—No me han sostenido las piernas, monina —explicó.

—¡Acuéstate inmediatamente! —exclamó ella, con rabioso amor.

Pero él no lo hizo. Y dijo al doctor Wood que no quería ir al hospital. Puesto que Guillermo no le escuchaba, urgía más que nunca completar su fórmula. Así supo Enriqueta que Clem había visitado a Guillermo y sufrido otra repulsa.

—Estoy fatigado de verdad —afirmaba Clem.

En pocos días se repuso y tornó a su fórmula, experimentando con una mezcla de leche en polvo, habas, minerales y patatas picadas. Enriqueta no le molestaba en nada. Inútil era negarle que estaba muy mal, pero Clem se obstinaba en no recibir al médico.

Era una carrera contra la dolencia. Clem casi había dejado de comer y beber, y ella le ponía al lado una taza de té con azúcar y un huevo batido. Clem bebía un trago de vez en cuando y así iba sosteniéndose.

En el verano, ambos comprendieron que él no podría ganar la carrera. Una mañana, al levantarse, se cayó de la cama. Su cuello ofrecía triangulares cavidades, sus orejas parecían enormes y sus ojos denotaban la enfermedad a leguas.

—¡Clem! —exclamó ella—. Tienes que pensar en mí por una vez.

—¿No pienso en ti, monina?

Hablaba con voz sepulcral, carente de toda energía.

—No te levantes —dijo ella—. Espera a que venga el doctor Wood.

Él se hundió en la almohada, procurando sonreír.

—Me has convencido —cuchicheó.

Enriqueta corrió al teléfono. El doctor estaba desayunándose.

—Iré en cuanto...

—¡Venga ahora mismo! —aulló Enriqueta—. ¡Venga sin un momento de retraso!

Me parece que Clem se está muriendo.

Voló al lado del anticuado lecho de matrimonio donde dormían los dos desde que ella lo dejó todo para casarse con él. Clem yacía en idéntica postura, pero, al sentir entrar a su mujer, abrió los ojos, como amodorrados, y sonrió.

—Ya viene el médico, Clem. ¿No te duermes?

—No tengo sueño.

Permanecieron silenciosos un instante. Enriqueta retenía entre las suyas la huesuda mano de su marido. Era inútil hacerle agotar la fuerza en pláticas.

Pero él empezó:

—Monina... la fórmula, en el estado en que están mis experimentos...

—¿Qué, Clem?

—La guardo en el cajoncito de la derecha de mi escritorio, en un cuaderno. Si no llego a concluirlo...

—La terminarás, Clem. Sólo necesitas descanso. Te llevaré a California, y...

Hablaba para tranquilizarle, y él lo comprendía. En cuanto ella calló, Clem siguió diciendo:

—Creo que lo de la leche en polvo es un error. Hay personas, por ejemplo los chinos, a quienes la leche no les gusta. Debiera haberlo pensado antes, porque, habiéndome criado en China...

Se interrumpió de pronto y la miró horrorizado.

—Monina... —jadeó.

—¿Qué te pasa, Clem?

—Un dolor espantoso aquí.

Se apretó la mano contra el estómago. El sudor le bañaba cara y cuerpo.

—¡Oh, Clem, no sé qué hacer!

No tuvo que hacer nada. Clem perdió el conocimiento.

Tres horas después, el doctor Wood salía de la sala de operaciones del hospital Dayton. Enriqueta esperaba, inmóvil, hacía más de una hora, negándose a aguardar nada, bueno ni malo. Los años vividos siendo la sombra de Clem la habían enseñado a esperar, a no pensar, a no impacientarse, contentando su mente con lo que veían sus ojos, concentrándose en el ir y venir de las gentes, en el florero de la mesa, en las

ramas de un árbol a través de la ventana.

—La supongo casi preparada para lo que voy a decirle —manifestó el doctor.

Era un hombre amable, de edad mediana, que evidenciaba en todo su aspecto su calidad de médico provinciano. Su fuerte consistía en reconocer que a veces había cosas que ignoraba. Cuando por la mañana vio a Clem, lívido, sobre la almohada, dijo simplemente:

—Hay que llevarlo al hospital.

Y encargó una ambulancia.

Mientras el vehículo corría hacia Dayton, el doctor, sentado junto a Clem y Enriqueta, nada habló. En el hospital llevó al paciente a la sala de operaciones y en ella permaneció mientras un joven cirujano actuaba.

—No estoy preparada para nada —dijo Enriqueta con suavidad—. Me limito a esperar.

—A su marido no le queda literalmente estómago —dijo el doctor Wood.

La enérgica cara de aquella mujer le inclinaba a no ocultarle ni un ápice de la verdad.

—Debería haberse operado hace mucho. La enfermedad es crónica, su marido se disgustaba por todo y la cosa se ha tornado súbitamente maligna.

El corazón de Enriqueta se había detenido por un momento, pero volvía a latir con fuerza.

—No es que se disguste —murmuró—. Es que considera el mundo una responsabilidad suya. Sufre con el hambre de todos y se crucifica a diario a sí mismo.

—¡Lamentable! —repuso el doctor—. Es inútil. Un hombre solo no puede resolverlo todo. Presumo que usted se lo diría así con frecuencia.

—Gracias a Dios, nunca lo hice —contestó ella, levantándose.

—No quieren que pase usted ahora...

—No me separarán de él —repuso Enriqueta.

No preguntó cuánto viviría Clem. No se apartaría de él una noche, ni siquiera una hora. Cruzó la puerta por la que había salido el doctor y nadie trató de impedirlo.

Clem no llegó a vivir ni una semana. Enriqueta no sabía si él se daba cuenta de su presencia, pero permanecía a su lado. Dijeran médicos y enfermeras lo que dijeren, Clem podía recobrar el conocimiento y...

—Es imposible, señora —aseveraba la enfermera de noche—. Le han dado drogas para quitarle el dolor. Ha debido de sufrir terriblemente durante mucho tiempo.

—Nunca lo dijo —replicó Enriqueta.

¿Era posible que Clem hubiese sufrido sin decírselo? Sí, era posible. Pudo temer que ella le impidiera continuar la carrera a la que se había entregado. Más ¿cómo ella no lo notó? Había advertido, desde luego, su aspecto, las ocasiones en que él apoyaba la cara en las manos, inclinándola como bajo el peso de una cruz.



Siempre relacionaba Enriqueta a Clem con una cruz. Muchos le suponían un loco fanático. Pero ella, conocedora de su corazón, sabía que no podía ser de otro modo que era. Le habían moldeado sus padres con sus mentes sencillas y sus corazones tiernos, con su crédula fe, su fantástica locura, su terrorífica muerte... Él había convertido el hambre de su niñez en hambre mundial.

—Monina —le decía a menudo, con palabras que permanecerían para siempre en su alma—, no se puede predicar sin dar trigo. Yo daré el trigo. Que prediquen los otros.

Era elegir lo peor. Predicar estaba al alcance de cualquiera.

—Tiene usted que comer algo, señora —decían a Enriqueta en el hospital.

Comía lo que le llevaban o al menos tanto como podía. Clem hubiera deseado que ella comiese. De despertar de las sombras en que se hallaba, le hubiera mandado:

—Come, monina.

A él le inyectaban alimentos en las venas. Ya no tenía ni restos de estómago.

—El cirujano se vio y se deseó para cosérselo —dijo una enfermera—. Su estómago es un pedazo de goma podrida. No sé cómo conseguía mantenerse derecho.

—Siempre sacaba fuerzas de no sé dónde —respondió Enriqueta.

—¿No sabía usted que estaba enfermo?

Y la enfermera comentaba con sus colegas lo rara y torpe que era aquella mujer. Nunca se podía saber lo que pensaba.

—Jamás quise mezclarme en sus cosas —afirmó Enriqueta.

—¡Una verdadera estúpida! —dijo la enfermera a las demás.

¿No podía una mujer sensata hacer examinar médicamente a un enfermo si él lo necesitaba? Podía haberle salvado así la vida.

—Sí, podría haberle salvado la vida —murmuró Enriqueta muy despacio—. Pero yo le conocía bien. Había cosas que estimaba más que la vida. Y por eso no quise mezclarme en ellas.

Y no salía de ahí. La enfermera manifestó a las otras:

—Se pensaría que no se preocupaba por él ni tanto así, si no fuese por la forma en que permanece a su lado. Cuando él muera, puede decirse que en ella no quedará nada vivo.

Clem murió a las dos de una madrugada. No recuperó el conocimiento. Enriqueta no quiso permitir que le hiciesen reaccionar. El doctor Wood se presentaba varias veces al día, y a las diez de aquella noche estuvo también allí. Afirmó que Clem no saldría de la noche.

—Si quiere, señora Miller, suspenderé las inyecciones para que recobre el sentido.

—¿Con dolores?

—Temo que sí.

Sería estéril y egoísta producir dolores a Clem. Un momento no era nada en

comparación con los años que ella había vivido con él y los que sin él habría de vivir. Movi6 la cabeza. El m6dico aplic6 la inyecci6n y se fue.

Clem muri6 pl6cidamente. Ella not6 el instante en que expiraba. Estaba sentada, inm6vil, en su sitio de costumbre. A medianoche rehus6 una taza de caldo de vaca que le llevaba la enfermera. Poco despu6s, tuvo la sensaci6n de la inminencia de la muerte tan claramente como si fuese a participar de ella. A cada momento que transcurría experimentaba una creciente opresi6n. A las dos, su carne sinti6 como un choque y su coraz6n se paraliz6 un segundo. La fría y leve mano de Clem estaba entre las suyas. Se inclin6 hacia el p6lido rostro. Inútil tocar sus labios. Un beso no era ya una comunicaci6n.

M6s valía recordar los actos de amor cambiados entre ellos, mientras 6l vivía, que poner en sus labios una irrespondida dádiva. Clem había sido un perfecto enamorado, no muy frecuente, no muy apremiante, siempre dulce y cort6s con ella. En la vida cotidiana había sido directo y a veces brusco, sin que le sobrase mucho tiempo para dedicarlo a su esposa. Pero Enriqueta sabía que su alma estaba siempre con ella. Las raras ocasiones en que Clem buscaba su amor eran perfectas, porque tornaba a ganarla de nuevo, nunca insistiendo, conduciéndola y no obligándola. Juntábanse los cuerpos y luego venía su tierna gratitud.

—Gracias, monina. Sabes amar muy bien.

Nunca volvería a oír aquellas palabras. Las lágrimas, hasta entonces reprimidas, fluyeron lentas y ardientes.

—Temo que esto haya terminado, seńora.

La enfermera estaba al otro lado del lecho, con los dedos en el pulso de Clem.

Enriqueta se levant6. Latía el coraz6n vertiginosamente. Le temblaban las piernas.

—Si pudiera volverse... un minuto.

La enfermera movi6 la cabeza. Debía hallarse acostumbrada, pero la muerte era siempre terrorífica. Imposible habituarse a ella.

Enriqueta se inclin6 sobre Clem y apret6 su mejilla contra la del muerto. Aplicándole los labios al oído dijo con todo su coraz6n, salvando el espacio que había entre ella y las estrellas.

—Gracias, queridísimo mío. Sabías amar muy bien.

Era la última vez en su vida que pronunciaba la palabra «amor». La enterr6 con 6l, como una flor.

Muerto Clem, nada podía hacer sino procurar realizar lo que 6l deseaba. Ahora que 6l se había ido, era sorprendente ver lo poco que a Enriqueta le quedaba. Hasta el rostro de su esposo parecía borrarse de su mente. Pocas horas antes 6l había sido exclusivamente suyo. La mayor parte de su convivencia —y ella advertía que su única convivencia real fue ésa— había sido la destinada por Clem a hablarle de su trabajo, sus planes, su sueńo, su obsesi6n...

Clem había sido su único enamorado, el único que se declaró a ella, el único con quien se había casado... Su infancia en el extranjero había moldeado a Enriqueta. Ahora era una mujer de edad mucho más que madura, aislada, sola... Bump era, en cierto modo, su más cercano allegado y se portaba bien, pero siempre se sentía ansioso, acerca de las cosas, y ahora más que nunca, a causa de la carga que Clem le había echado sobre los hombros. Propuso vender los mercados y Enriqueta accedió. No tenía arrestos para los grandes negocios y sin el genio de Clem no hubiesen salido adelante.

No fue difícil venderlos. En cada uno de los grandes establecimientos había algún encargado deseoso de adquirirlos. Los precios marcados por Enriqueta fueron absurdamente bajos y no puso límite alguno a los plazos de pago. Al principio quiso exigir que se cumpliesen los propósitos de Clem y que los artículos hubieran de venderse en aquellas tiendas más baratos que en ninguna.

Pero tuvo que desistir de ello. Ser tan osado exigía genio y ella no lo hallaba en ninguna parte. A Bump le regaló la lonja de Dayton y, tras pensarlo algo, también le cedió la casa. Esto fue seis meses después, fecha en que ella resolvió marchar a Nueva York para hablar con Berckhardt Feld, famoso químico alemán especialista en alimentación.

Aquel anciano sabio había huido secretamente de Alemania cuando vio a Hitler pavoneándose como un palomo orgulloso ante una ofuscada masa humana ansiosa de tener algo que adorar. Afortunadamente, Feld carecía de familia. Su esposa — fallecida poco antes— no le había dado hijos, hecho que él agradecía infinitamente a Dios, previendo lo que iba a ser de Alemania. Sintió desesperadamente la muerte de su esposa Raquel, porque era un hombre solitario, sin más amistadas ni parientes que ella. Feld incluso celebró que su mujer muriese cuando vio lo que Hitler hacía. Le fue fácil anudar sus pocas pertenencias personales en un pañuelo y, metiendo en unos calcetines de lana la fórmula a que consagrara toda la vida, se vistió sus ropas más viejas y emprendió el camino de la frontera. La gente no había llegado aún al extremo de matar a todo judío que encontraba y él hallaba desprecio más que insania en las miradas que le dirigían. Tenía bastante dinero para pasar la frontera y en Francia encontró derechos de autor por su reciente obra «Análisis de la Química Alimenticia en relación con el carácter humano».

De París fue a Londres e inquieto por hallarse demasiado cerca de Alemania, gestionó de sus amigos que le proporcionasen trabajo en Nueva York. Allí se hundió en el enjambre de la abigarrada humanidad norteamericana. No gastaba casi nada. Halló ocupación con Bryan Holt, el cual trabajaba en el laboratorio de una compañía de productos alimenticios y consideraba a Feld como un genio. Holt procuró al sabio una habitación barata en una casa de huéspedes y, nombrándole su ayudante, le asignó un pequeño sueldo y le dio una mesa de trabajo. Si descubrían juntos alguna cosa, Holt sería generoso y repartiría los provechos con él. Pero como pertenecía a la compañía, no era verosímil que las ganancias fuesen elevadas. Al doctor Feld no le

importaba el dinero y se limitaba a no deber a nadie un centavo. Pagaba cuanto adquiriría y prescindía de lo que no podía comprar.

Enriqueta tuvo noticias de Feld a través de una carta que halló entre los papeles de Clem, dirigida a Bryan Holt. Clem había pretendido que el joven sabio le ayudase a encontrar una fórmula de comida nutritiva y barata que sirviese de paliativo hasta que el mundo se tornara lo bastante sensato para comprender que la comida debía ser gratuita. No hubo tiempo de recibir respuesta, porque Clem murió una semana después de enviar la carta. Mas para ella fue un tesoro, porque allá encontró la voz de Clem, las palabras que anhelaba oír y que él no había pronunciado, merced a que su mujer no quiso hacerle recobrar el conocimiento si había de ser con dolores.

Aquella era la recompensa de su amor, de la negativa que había dado a su corazón anheloso.

Clem, consciente de que moría, mucho antes de que ella lo comprendiera, escribía al joven químico:

Tengo prisa, porque padezco una enfermedad incurable y puedo fallecer de un momento a otro. Eso no importa. He sido muy afortunado. He descubierto en mi vida una verdad fundamental, que no morirá conmigo. Lo que ha sido el fin de mi vida se probará, porque es cierto. Aun yaciendo yo en la tumba, ésa será mi victoria.

¡Clem victorioso! Claro que vencería. ¿Quién podría destruir su verdad? Aquél era su mandato, que ella obedecería, como siempre.

Decidió visitar a Bryan Holt. Dio al Ejército de Salvación los pocos trajes de Clem. Se encontraba dueña de una asombrosa cantidad de dinero situado en una veintena de Bancos de otras ciudades donde Clem depositaba el dinero que le rendían sus establecimientos.

Los papeles de Clem eran escasos, pero muy claros en lo que afectaba a «La Comida», como la designaba él. La Comida era una mezcla de química y productos naturales. Una base de habas con minerales y vitaminas que, debidamente elaborada por un químico, permitiría alimentar a millones de seres humanos por unos pocos centavos cada uno. Aquella era la forma final del sueño —o, como decía Guillermo—, la obsesión de Clem. Quizá para el caso fuese lo mismo.

La primera entrevista con Holt no fue prometedora. Holt no había respondido a la carta de Clem porque le parecía absurda. Se sintió respetuoso ante la recia presencia de Enriqueta, ante su cara grande y pálida, ante su bien formadas manos. Emanaba de ella una dignidad inmensa.

Aunque Holt explicó su opinión delicadamente, ella le comprendió en seguida. El joven no era lo que buscaba, pero otro se encontraría. Clem había muerto, mas seguía viviendo.

Con voz serena, Enriqueta dijo:

—Muchos creían a mi marido un desequilibrado porque se adelantaba mucho a su época. De aquí a veinticinco años, si antes no tenemos otra guerra, los estadistas

comprenderán que mi esposo no hablaba sino con el más elemental sentido común. No cesará de haber agitaciones en el mundo mientras la gente no pueda comer. No es necesario que usted se muestre de acuerdo con mi marido ni conmigo. Sólo vengo a hacerle unas preguntas acerca de su fórmula.

Bryan Holt, que deseaba desembarazarse de su visitante, a la que trataba, sin embargo, con cortesía, porque ella podía ser su madre, le dijo:

—Trabaja conmigo un excelente hombre de ciencia europeo... Él le será más útil que yo.

Y llamó a una desmañada y anciana figura que trabajaba en una mesa apartada y que resultó ser el doctor Berckhardt Feld.

De este modo accidental encontró Enriqueta un aliado. Tras hablar unas horas con Feld, le propuso instalarle un pequeño laboratorio, con un cuartito anejo para residir. Si él la enseñaba a ayudarlo, ya que ella sabía rudimentos de química, ella acudiría a diario y acaso consumase el sueño de Clem.

Aquello fue para Feld como si se le abriera el cielo inesperadamente. Ninguna de las ideas de Clem le parecían fantásticas, sino meramente axiomáticas. No sería difícil encontrar la fórmula que Clem estableciera adecuadamente sobre una base de habichuelas. Quizá todo se lograra en pocos años, porque era natural que los hombres prudentes resolvieran estudiar lo que convenía hacer en favor de los millones de seres, huérfanos y hambrientos, que existían en el mundo.

—*¡Ea, liebe Frau Müller!* —dijo Feld, germanizando a Enriqueta tanto como podía—. Acaso pronto arreglemos lo de La Comida.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Enriqueta. Con su voz seca y áspera dio las gracias a Feld y le dijo que se preparara a trasladarse en cuanto ella fuese a su casa y recogiera sus cosas.

Tomada esta decisión, comenzó a eliminar de su casa todo lo que quedaba de sus años con Clem. Entre lo que no tiró figuraba la cajita encarnada de metal en que guardaba las cartas de Clem y el pequeño amuleto que él le había regalado y que seguía envuelto en el papel doblado con que se lo envió.

Abrió el papel y exclamó, como si él estuviese presente:

—Siempre pensé preguntarle qué significaba esto.

¡Cuántas cosas había querido preguntarle en los largos años que contaba seguir conviviendo con él! Esos años que ya nunca transcurrirían... Cerró la caja, la puso en el baúl y se dispuso a marchar a Nueva York. Algún día, cuando tuviese ánimos, volvería a leer todas las cartas del muerto. ¡Cuántas cosas de Clem ignoraría siempre a causa de lo muy preocupado por la humanidad que él había vivido!

La noche antes de su partida, invitó a comer a Bump y a Frieda, mujer de buen corazón, estúpida y amable.

—Deseo, Bump —dijo—, que me cuentes todo lo que recuerdes de Clem cuando le conociste en la granja. Nunca me relató gran cosa sobre ello.

Pronto advirtió que Bump no tenía mucho que narrar.

—Era poco más o menos como ha sido siempre —dijo Bump, esforzándose en recordar a aquel muchacho pálido y polvoriento que se había introducido en su reducido y sórdido mundillo tantos años antes—. Sólo recuerdo que no tenía a nadie. Supongo que había visto muchas cosas. Pero no sé cuáles. Siempre presumía de haber tenido aventuras en China. Mas nunca hablaba de ellas. Los Berger no le pegaban como a nosotros. Incluso les impedía que nos maltratasen cuando andaba cerca. Resolvió marchar y los demás no se atrevieron a huir con él. Temían que la inspectora los alcanzase y que las cosas se pusiesen peor. Yo también temía, pero cuando Clem se marchó, me dio más miedo quedarme. Claro que creo que no le agradó mucho verme llegar. A menudo lo he pensado así. El caso fue que no me mandó que volviera.

Al parecer, no existía nada más. Los rasgos de Clem persistían siendo sencillos y rotundos como siempre.

Después de que Bump se fue, Enriqueta volvió a examinar las notas dejadas por Clem acerca de La Comida. Si ella continuaba haciendo lo que él quería, quizá pudiera retener consigo la memoria del difunto. Y cuando envejeciera no olvidaría cómo había sido él y creería oír el sonido de su voz...

A Enriqueta no se le ocurrió buscar a su familia y decirles que estaba en Nueva York. Ni siquiera les comunicó la muerte de Clem, aunque ellos la sabían por las gacetillas de la Prensa neoyorquina. Clem era hartamente conocido para que no se le hubiese dedicado un recuerdo. Guillermo telegrafió dando el pésame y Ruth envió una corona de flores. La señora Lane estaba en Inglaterra y a las pocas semanas llegó una carta suya diciendo que no le sorprendía lo ocurrido, porque Clem siempre había tenido mal color. Enriqueta debía cuidarse. Por suerte, le quedaba abundante riqueza. Si Enriqueta quería, su madre iría a vivir con ella, pero no en el Oeste Medio. Nueva York o Boston serían mucho más agradables. Enriqueta no contestó.

Ahora que Clem le faltaba, había vuelto a quedar sola, más no lo mismo que si Clem no hubiera existido. Había compartido con ella, y en su memoria seguía compartiendo, una niñez extranjera que no podía comprender quien hubiera sido niño en América. Sin amar a China, sin sentir por los chinos la estricta afección de Clem, Enriqueta vivía eternamente dividida en alma y espíritu.

A veces, en su vida solitaria, se le ocurría que acaso tal escisión explicase también el carácter de Guillermo. Quizá cuanto él hacía tendiese a zanjar aquella división íntima y a integrarle en un todo. El todo que ella había encontrado en Clem, porque los dos comprendían mutuamente sus recuerdos. Guillermo no había encontrado con quien compartirlos. Ni tal vez pudiera conseguirlo mediante el amor.

Decidió visitar a Candacia. Y, tomada su decisión, marchó al laboratorio, como de costumbre.

El doctor Feld, observando a la corpulenta y taciturna mujer que trabajaba pacientemente a sus órdenes, pensaba a veces en lo remota que le parecía. Podía,

como él, prescindir de todos. Sus vidas habían terminado. La de él, en Alemania. La de ella, ¿dónde? Acaso en China, acaso en una tumba... Los dos no hacían más que invertir útilmente el tiempo que les restaba. Con gusto hubiera conocido Feld al hombre que había dejado tras de sí aquellas extraordinarias aunque defectuosas notas. Ella le había dicho que su marido sólo tenía unos años de instrucción y ningún conocimiento científico.

—Pues debía de poseer conocimientos intuitivos, señora —respondía él.

—Sabía estudiar a los seres humanos —decía Enriqueta—. Sentía sus necesidades y fundaba su vida en lo que encontraba. A eso lo llamaba darles comida, pero era algo más que mera comida para el cuerpo. De la necesidad humana había hecho su filosofía y su religión. De conocerle, le habría parecido a usted un hombre muy simple.

—También lo es Einstein —dijo Feld.

Apenas hablaba, salvo de la fórmula de Clem. Feld explicaba la peculiar, casi atómica, vitalidad de las vitaminas.

—La fuente de toda vida está en el átomo —decía con solemnidad—. Dios no se encuentra en la enormidad de lo grande. Se esconde en la enormidad de lo pequeño. No en lo general, sino en lo particular. Cuando comprendamos lo particular lo comprenderemos todo.

Siempre que Feld hablaba con vehemencia lo hacía en alemán. Enriqueta celebraba no haber olvidado el alemán aprendido en el colegio.

Una tarde de verano, ella, quitándose la bata blanca, cogió su sombrero.

—Voy a hacer una visita, doctor Feld.

Él se mostró plazeramente sorprendido.

—Celebro que tenga usted amistades, querida señora.

Enriqueta tomó el metropolitano y se encaminó a Sutton Place.

La residencia de Candacia se hallaba en una calle tranquila, en una fila de casas blancas y negras, con persianas a la veneciana. El sol declinante ponía en la calle zonas de esplendor y de sombra.

Abrióse la puerta en seguida y una doncellita uniformada de blanco y negro la invitó a entrar, con fresca voz de acento irlandés.

Enriqueta pasó a una amplia sala cuadrada, inmaculadamente amueblada en blanco y oro. La doncella salió. Enriqueta se sentó en un sillón dorado, tapizado de raso. Un momento después entró Candacia. Parecía muy dulce y aún juvenil. Sus ojos eran suaves y su cabello de un tono entre dorado y argentado. Su gordezuela boca sonreía mientras daba a Enriqueta en la mejilla un fragante beso.

—Eres muy buena, Enriqueta, viniendo a visitarme. Nunca creí que la familia de Guillermo... Siéntate y déjame que te mire. ¡Cuánto lloré al saber lo de Clem! Debí escribirte, pero...

Vestía una bata de tarde de color violeta, muy larga y ancha, con cinturón de plata. Aún estaba muy esbelta y más bella que nunca.

—Deja también que te mire yo —repuso Enriqueta—. ¿Eres feliz, Candy?

Candacia se ruborizó.

—Soy más feliz que nunca. Feliz en la forma que deseo serlo.

Apoyó la mano en la de Enriqueta.

—Con Guillermo fui feliz también. Para mí es sencillo conseguir la felicidad. Pero entonces casi siempre era feliz a solas y ahora lo soy con Seth.

—Comprendo —dijo Enriqueta.

No cogió la mano de Candacia porque no sabía hacer tales cosas. Candacia, comprendiéndolo, acarició la mano de su antigua cuñada y luego la soltó.

—No censuro a Guillermo —manifestó suavemente—. Ni he permitido que Seth le odie. Guillermo necesita alguien que le comprenda. Y Seth y yo hemos crecido en el mismo ambiente...

Sonrió con dulzura.

—Visítanos con frecuencia, querida. Aunque estamos pocas veces aquí... Casi siempre vivimos en la casa de la costa.

—¿Dónde trabaja Seth? —preguntó Enriqueta.

—Apenas trabaja en nada, salvo en sus comedias. Asegura que, de no haberle galvanizado Guillermo en el colegio, seguramente nunca habría trabajado.

Candacia soltó una risa juvenil.

—Seth es muy gracioso. Suele decir que Guillermo moldeó su vida. Primero influyó para que trabajase con él y luego contra él. Y ahora asegura que no piensa trabajar en nada, porque ya se siente libre de Guillermo. Somos muy malos los dos, ¿eh?

—Ser felices no es ser malos —dijo Enriqueta.

Candacia tornó a oprimirle la mano.

—¡Cuánto me alegro oírtelo! Yo solía decírselo a Guillermo, pero él no me comprendía. Y también yo lo digo a los muchachos, pero como son hijos de Guillermo... se sienten terriblemente orgullosos de él.

—Háblame de ti —pidió Enriqueta.

Candacia seguía apretándole la mano. Miró hacia fuera. Su rostro se iluminó.

—Ahí está Seth.

Se acercó a la puerta y llamó. Seth entró en la sala.

Enriqueta vio un hombre alto y canoso, con un rostro bien formado y resueltamente risueño. Siempre lo recordaba igual...

Le tendió la mano.

—Eres muy amable al visitarnos —dijo él—. Candacia y yo no esperamos ya atenciones de nadie...

—Yo aprecio a Candacia. Quería saber si te portabas bien con ella.

—No juzgues por la primera impresión —rogó él—. ¡Tengo flaquezas tan manifiestas!

Ella sonrió, porque no sabía contestar humorísticamente, y él miró a Candacia.



—Amor mío, estoy sin comer ni beber nada desde el almuerzo.

—Ahora pediré el té.

La morada falda de Candacia cruzó la alfombra gris plateada. Su mano tiró de un cordón negro decorativamente suspendido sobre la chimenea.

Tomaron el té juntos. Había abundancia y todos se sentían dichosos. Enriqueta sonreía levemente, gozando de la palidez de aquella tela de araña en que la pareja parecía haberse envuelto y en que la envolvían a ella también. Eran alegres sin crueldad y jovialmente francos con ella.

Candacia le dijo:

—¿Sabes que tu madre está cultivando, por así decirlo, a Inglaterra? Trata con toda la parentela disponible y deja atónitos a todos. ¿Tienes la carta de *Lady Astley*, Seth?

Seth abrió el cajón de un escritorio de caoba y lanzó un sobre al regazo de su mujer.

—¿Te importa que lea esto? —preguntó Candacia.

Y la risa brillaba en sus ojos.

—Conozco a mamá —dijo Enriqueta.

Candacia desplegó una hoja de papel azul celeste y leyó en voz alta:

En Inglaterra no comprendemos que la señora Lane no sea la madre del Presidente. Imagino que ella no lo comprende tampoco. Es una alegría y un tesoro. Nos hace desternillarnos de risa, incluso ahora que tenemos que entendérselas con los socialistas. Es muy divertida y nos agrada. Hay (no sé si me explico) algo tremendamente inglés en ella. Se siente maravillosamente segura de sí misma. Siempre persistirán las cosas inglesas, y resulta prodigioso pensar que en América persisten también. Nos disgustará que se marche. ¡Qué me maten si la Reina Madre americana no odia al laborismo como nosotros! Se califica de republicana y dice que su hijo Guillermo es también republicano. ¿Qué es un republicano, querido? Dímelo cuando me escribas.

—No está bien haber leído eso en alta voz —observó Candacia, mirando con cómico patetismo a Seth que, hundido en una butaca, fumaba su pipa.

—¡Bobadas! —dijo él—. Enriqueta conoce a su madre tan bien como nosotros. ¡Cómo envidia a los viejos! Para ellos todo es claro en el mundo, cielo e infierno, paz y guerra, Dios y diablo, bondad y maldad, moralidad e inmoralidad, ricos y pobres...

Candacia se unió a la letanía:

—Jóvenes y viejos...

—Negro y blanco...

—Oro y plata...

—Este y Oeste, y las paralelas que nunca se encontrarán...

—Rey y súbdito...

—Ciudad y campo...

—Capital y trabajo...

—Sindicalismo y antisindicalismo...

—Capitalista y comunista...

—Blancos y negros...

—Basta —dijo Candacia—. ¡Vamos a volver loca a Enriqueta!

—No —repuso Enriqueta—. Me regocijáis. ¡Bendita sea vuestra felicidad! ¡Ea, tengo que irme!

La dejaron marchar, insistiendo en que volviera y en que pasase con ellos un mes, en su casa de la costa.

Claro que no iría. Pero no dijo nada, para impedir que le exigiesen prometerlo.

Se fue. Tomó el tren subterráneo y, ciudad abajo, buscó su nido.

Estaba muy avanzado el crepúsculo. Feld debía de seguir trabajando, pero ella no iría ya a verlo. Cuando se cerró la puerta tras aquella atolondrada felicidad de Seth y Candacia, fue como pasar de la claridad de la luna a las tinieblas. Tan hecha estaba Enriqueta a la soledad, que no comprendía cómo esa soledad parecía haberse ahondado, ya que había descubierto que Candacia era feliz y, por lo tanto, Enriqueta no se hallaba en deuda con ella por culpa de Guillermo.

Recordó que ni Seth ni Candacia le habían preguntado dónde vivía ni lo que estaba haciendo. No se les había ocurrido. No porque fueran crueles, ni siquiera egoístas o negligentes. Eran simples ignorantes. Candacia, por naturaleza. Seth, quizás a propósito. Él volvía al mundo en que había nacido. Candacia jamás había salido de él. Para ellos no existía otro. No conocían, ni conocerían jamás, lo que conocía Clem.

Después, mientras estudiaba un texto de química, se le ocurrió que quizá por eso no hubiese comprendido Candacia a Guillermo. Guillermo también conocía otro mundo.

Dejó caer el libro al suelo. Largo rato permaneció meditando en un hecho sorprendente: el de que Clem y Guillermo, tan enormemente diferentes, eran, en el fondo, iguales.

Guillermo Lane ya no era joven. Cuando vio a sus hijos casados y con descendencia, cuando se encontró con nietos, se sintió alarmadamente anciano. Por otra parte, su madre, aunque ochentona, se mantenía robusta y esto hacía sentirse a Guillermo joven todavía. Casi se sentía orgulloso de ella, aunque le alarmase la creciente irresponsabilidad de la buena mujer.

Por ejemplo, cuando Ruth estaba tan disgustada con lo de Jeremías, que se había idiotizado por completo, su madre andaba por Inglaterra.

Quejóse de ello a Emory, quien le atendió con su usual gracia y formuló una propuesta muy discreta. Guillermo confiaba mucho en la prudencia de su mujer.

—¿Por qué no cablegrafías a tu madre diciéndole que venga a vivir con Ruth? —sugirió Emory.

—Excelente idea —repuso Guillermo.

Al día siguiente, la señora Lane recibió el cable. Estaba en una casa de campo de Surrey, donde los colonos, en Navidad, se habían reunido en casa de su señor para beber a su salud, a pesar del gobierno.

Había en la vida inglesa algo que a ella le recordaba a Pekín. Le hubiese gustado pasar el resto de su vida en Inglaterra, aunque los socialistas estuvieran echándolo todo a perder. No había razón para que un americano —y en especial una americana— viviese con la mayor austeridad, preconizada por Stafford Cripps. La señora Lane habría permanecido más tiempo con su amiga, la condesa de Burleigh, de no recibir el despacho de Guillermo. Al parecer, Jeremías se hallaba en determinado hospital y Ruth necesitaba a su madre.

La señora Lane encogió sus macizos hombros cuando el criado le entregó el cablegrama. Ella y la condesa estaban tomando el café plácidamente, a solas. La condesa, vieja, también, anhelaba diversión y la señora Lane la divertía con su larga visita.

—No comprendo por qué mis hijos han de pedirme que acuda a ellos en todas las crisis de sus vidas —quejóse la señora Lane a la condesa—. Creo que, viéndome vieja, bien podían dejarme más libertad. Pero parece que Guillermo cree necesario que yo vuelva a mi tierra. Mi hija mayor anda muy disgustada (ya le conté que ha perdido a su esposo), y ahora mi pobre hija menor desea mi presencia. Su marido está muy mal.

—¿Qué *l'ha pasao*? —preguntó la condesa.

En los días de su juventud había sido estrella de café cantante y continuaba muy vivaracha, a pesar de cierta tendencia a la apoplejía. Hablaba con acento plebeyo, que fingía usar a propósito.

—Creo que se emborracha demasiado.

—Si es eso —dijo la condesa—, la veo a *usté fastidiá*. Mi pobre Haroldo era lo mismo. Le gustaba empinar el codo y terminó como el yerno de *usté*. Y no había remedio. Yo, al principio, le armaba escándalos, pero luego vi que no servían más que *pa* hacerle beber más. Le tuve que dejar beber lo que quisiera, y *d'eso* murió.

Esto no era muy alentador, y la señora Lane volvió a su país tan pronto como encontró asiento en el avión, lo que ocurrió en seguida, no sin indignación del viajero que había contratado la plaza. Ella sabía usar el nombre de Guillermo en ciertos lugares secretos.

Encontró sola a Ruth. Emory, que había ido a esperarla al aeropuerto, la acompañó. Ruth empezó a llorar al ver a su madre en el vestíbulo de su casa, mientras la doncella quitaba a la recién llegada abrigo y sombrero. La señora Lane advirtió que Ruth, ya mujer madura, lloraba sin ruido y con desconcertante sentimiento, como de niña.

La oprimió entre sus rollizos brazos.

—Vamos, vamos —dijo—. Todo se arreglará. He venido a quedarme contigo. Tú me necesitas más que Enriqueta. Y a propósito, ¿qué es de ella?

—No sé —sollozó Ruth—. No puedo pensar más que en Jeremías. Yo no sé por qué... El doctor dice que el beber tanto es un síntoma... Que debe de ser desgraciado por algo... Por mí, no; estoy segura. Yo hago todo lo que él quiere.

—¡Tonterías! —repuso la señora Lane, sujetando firmemente a su hija con el brazo derecho, mientras la hacía avanzar por el salón—. A los hombres les gusta beber... Bueno, a algunos. Y nada más. La culpa no es de las mujeres.

Emory ofreció a Ruth un beso que quedó a una o dos pulgadas de la mejilla.

—Guillermo está desesperado. Todos haremos lo que podamos por salvar al pobre Jeremías.

—Nos engañaba de un modo, mamá... —lamentóse Ruth—. Todos los días salía como si fuese a la oficina y lo que hacía era tomar un cuarto en su círculo y empezar a beber a solas. Cuando vimos que no venía a casa, tuvimos que andar en su busca. Se había encerrado por dentro y nos fue preciso mandar que echasen la puerta abajo. Estaba inconsciente. Llamé al doctor Blande. Le llevaron al hospital. Desde entonces no le he visto. El doctor afirma que no debo ir ahora.

Y comenzó a llorar de nuevo. La señora Lane suspiró. Emory, bella y tranquila, miraba a aquellos parientes americanos. Sabía lo que le había pasado a Jeremías. Era su venganza sobre Guillermo, la venganza de un hombre débil contra otro invencible. Ella sentía simpatía por los débiles, pero procuraba unir su suerte a los invencibles. Guillermo tenía derecho a serlo en un mundo como el existente. Era la única probabilidad de supervivencia que en tales tiempos había. Ella, al lado de Guillermo, se sentía invencible también.

Compadeció a Ruth y sintió crecer su admiración por la madre de Guillermo, viéndola tan enérgica, sin lágrimas.

—Ahora que estoy yo, Ruth, es inútil que llores —dijo la señora Lane—. Siento lo que te pasa. Tu padre era un santo. Guillermo también es bueno. Estás acostumbrada, pues, a los hombres bondadosos. Es natural que un hombre como Jeremías haya sido una prueba para ti. Pero tú perteneces a la familia y hay que atenderte. Te aconsejo que dejemos a Jeremías donde está hasta que Guillermo diga lo que se ha de hacer. Convendrá avisar a Candacia, para que le visite.

Ruth se estremeció.

—¡No quiero! Ella imagina que la culpa es nuestra.

—Entonces es una mema —dijo la señora Lane—. Lo malo de Jeremías es que estaba muy mimado. No ha podido amoldarse a la forma de ser de Guillermo. Anda, lávate y péinate. Te sentirás mejor. Nada puedes hacer por Jeremías. Comamos un bocado y vayamos a ver una función. ¿Por qué no nos acompañas, Emory? Llevas un vestido bonito. Siempre me ha gustado ese matiz amarillo, sobre todo combinándolo con jade. Y ese jade es precioso.

—Me lo trajo de China Guillermo —dijo Emory—. La señora de Chang se lo regaló para mí.

Quedaron solas, porque Ruth, obediente como una niña, había salido del cuarto.

La señora Lane se inclinó hacia Emory.

—Él jade va bien a las morenas de ojos negros. Guillermo no debió casarse con Candacia, que era rubia. Siempre prefirió a las morenas. Algunas chinas tienen la piel muy bella. Parecida a la tuya. Yo conocía a la antigua emperatriz. Casi teníamos intimidad. Poseía esa clase de cutis, suave y dorado. Usaba muchas joyas de jade. A Guillermo siempre le gustaba oír hablar de ella. Una vez, con permiso especial, le llevé a verla.

—Me lo ha contado —dijo Emory.

—Nadie podía olvidar a la emperatriz caso de verla —manifestó complacidamente la señora Lane.

Llegó Ruth, ya con mejor aspecto. Su corto cabello rizado, ya casi blanco, le sentaba muy bien. Salieron. Era tarde. No había localidades y tuvieron que conformarse con ver una opereta.

Mientras aquella noche comían, Emory describió a Guillermo, que escuchaba con gravedad, sus impresiones de la tarde. Rara vez tenían ya invitados. Desde la guerra llegaban menos extranjeros distinguidos y pocos americanos eran tan interesantes que mereciesen una velada.

—Voy a aconsejar a Ruth que se divorcie —dijo decididamente Guillermo.

Con los años había mejorado de aspecto. La expresión de descontento grabada en su rostro desde la niñez, se había disipado casi.

—¿Sí? —murmuró suavemente Emory.

—¿Por qué no? Ruth no es católica. Además, a su edad no volverá a casarse. Por mi parte, celebro desembarazarme de Jeremías.

Emory no contestó. Guardaron silencio. A ella le alegraba no tener que vivir en Inglaterra. ¡Qué horrible hubiese sido su vida en la penuria que Miguel y su familia soportaban! El pobre se esforzaba en hacer que sus tierras produjesen, porque, si no, el gobierno amenazaba con apoderarse del castillo de Hulme. El único sitio realmente seguro del mundo era América.

Este pensamiento le inspiró una idea insólita en ella por completo.

—Ahora que tu madre ha vuelto, ¿qué te parece si diésemos una comida familiar, para reunimos todos? No estaría mal en estos tiempos tan turbados. Al fin y al cabo, nada hay como la familia. Ello consolaría a tus pobres hermanas e impresionaría a los muchachos. No necesitamos invitar a los nietos.

Las cejas de Guillermo se movieron. Apartó la ensalada. No le gustaba y decía que era alimento de conejos.

—Tengo que ir a Washington la semana que viene. Quiero pedir más armas para Chang. Se lo prometí y he de cumplirlo a pesar de lo que pasa en Corea.

Emory no le hizo caso. En los últimos años Guillermo iba volviéndose divertidamente dictatorial.

—¿Quieres que les telefonee para mañana? En resumen, somos de la familia y no hay que andar con cumplidos.

Guillermo, tras corta reflexión, consintió:

—Bueno. Pero díles que no se retrasen. La mujer de Will llega siempre tarde a todo.

Emory, levantándose, recorrió el comedor con su paso perezoso y largo.

—Telefonaré a Enriqueta primero.

Ninguno de ellos dijo ni pensó que Enriqueta podría negarse a acudir... salvo si no tenía que trabajar en su absurdo laboratorio. Le advertirían que no necesitaba vestirse de noche.

—Conque ¿no tendré que vestirme? —preguntó Enriqueta por teléfono—. Sin embargo, tengo un traje negro bastante bueno. Me lo hice cuando a Clem, en Dayton, le dieron la Medalla de la Ciudad por sus méritos locales durante la guerra.

—Entonces, vístete —repuso Emory—. De todos modos, Guillermo siempre se pone de etiqueta.

Telefonó a todos que acudiesen con trajes de noche. Y así fue una familia muy bien arreglada la que se presentó a Guillermo al siguiente día. Se pronunció la acción de gracias, como de costumbre.

La comida resultó excelente y abundante, aunque no pesada. Emory sabía organizar las cosas mucho mejor que Candacia y despedía sin vacilar a una cocinera incompetente. Nunca entraba en reparos sobre la situación doméstica de un servidor, defecto que había sido notorio en Candacia. Una vez Guillermo estuvo soportando durante tres años unas tortillas abominables a causa de que la cocinera tenía un hijo tullido. Al fin, Guillermo despidió en persona a la cocinera cierta mañana de domingo en que encontró en el plato una especie de pedazo de cuero amarillento y reseco.

El caldo, el *souflé*, el faisán asado, y las legumbres estaban deliciosos. A Guillermo no le agradaban los dulces, pero Emory había preparado un excelente postre ruso al ron.

—Es lástima —observó él— que nuestras relaciones con los rusos no se limiten a sus dulces.

Todos rieron. La misma Emory sonrió.

La señora Lane aparecía imponente, vestía de terciopelo lila, con un encaje cremoso en el pecho. Nadie hubiera imaginado que era la viuda de un misionero de China. Mantenía la robustez de su figura a pesar de la edad, y su prolongada visita a Inglaterra le había dado un aire imperial, realzado por la abundancia de blancos rizos que le gustaba ostentar. Guillermo se sentía orgulloso de ella. Concluido el pequeño festín, la condujo a la más cómoda butaca de la sala.

—Estás muy bien, mamá.

—Gracias a Dios —dijo ella con voz sonora—, gozo de espléndida salud. Pero hace siglos que no te veo, malo. Nunca tienes tiempo para atender a tu anciana madre...

Mientras los demás se instalaban, agregó, inclinándose sobre el brazo de la butaca:

—Quisiera que hablaras a Enriqueta. Vive sola en la parte baja de la ciudad, en un miserable chamizo. No está bien eso en una hermana tuya.

—¿Qué hace ahora? —preguntó Guillermo.

Sabía vagamente por Emory que Enriqueta trabajaba en la realización de una de las absurdas ideas de Clem. Mientras hablaba, fijó los ojos en ella, sentada con su característico reposo.

—Trabaja en un laboratorio con un judío viejo. No sé lo que hace. Clem era un extravagante.

En aquel momento Enriqueta les sonrió con sus oscuros ojos. Se había vuelto más amable de lo que solía ser, aunque más reservada todavía.

—Quisiera hablarte después, Enriqueta —dijo él.

Ella asintió y apartó la vista.

Ruth, a pesar de sus tribulaciones, estaba guapa. Había ganado algún peso, probablemente por comer demasiado para olvidar a Jeremías. Con sus huesos finos y sus facciones delicadas era la que más se parecía a su padre. Pero en su rostro, no había la espiritualidad que Guillermo recordaba, severamente, haber observado en la cara de su progenitor. Las hijas de Ruth le parecían dos insignificantes matronas jóvenes. Las encontraba iguales a todas las mujeres modernas, con cabellos deslumbrantemente rubios, bocas grandes y pintadas, tacones altos y tintineantes. Las suponía buenas y en todo caso, puesto que estaban casadas, no tenía que preocuparse por ellas.

No había invitado a más parientes, ni siquiera a los niños de sus hijos. Deseaba la libertad para prescindir de incompetentes como Jeremías. No porque sus hijos fueran incompetentes. Los dos se distinguían en su profesión. Will era abogado; Jerry, cirujano. Estaban casados y le habían dado dos nietos y una nieta. Guillermo no conocía bien a sus nueras y se le acusaba de cruzarse con ellas en la calle sin reconocerlas. Había censurado a Jerry por casarse con una enfermera mientras estaba interno. Guillermo opinaba que sería mucho mejor para los jóvenes ser casados por sus padres, a la manera china, con lo que uno podía asegurarse de quiénes entraban en la familia.

Cuando así lo dijo a Emory, ella había estallado de risa.

—Eres el menos idealista de los hombres. ¿No sabes que viven en la moderna América?

Él no la entendió y su orgullo le impidió reconocerlo.

Sus hijos y las hijas de Ruth parecían entenderse inmejorablemente con Emory. Sentada entre ellos, tras la mesita del café, parecía —y así lo juzgaba él, felicitándose— enteramente feliz. Su regia cabeza oscura se inclinaba sobre las tazas. Llevaba un vestido de color de coral que él no recordaba haber visto antes. La ancha falda la rodeaba como un cáliz invertido. Ostentaba muchos diamantes.

Todo aquello era muy placentero y él no recordaba haberse sentido nunca tan dichoso. Todo le marchaba bien y hasta empezaba a pensar que incluso la guerra le

había beneficiado. El mundo necesitaba ser dirigido en más proporción que nunca. No pensaba en retirarse, por mucho que Emory le instase a ello. Monseñor Lockhart le había dicho, la semana anterior, que la nueva guerra de Asia podía ser el principio de la más titánica contienda del género humano. Y en los años venideros...

—Guillermo —dijo Emory—, tu madre desea saber qué piensas que sucederá en China. ¿Por qué no nos das tu opinión?

Recostándose en su sillón de alto respaldo, Guillermo repuso:

—China será algo muy distinto a lo que tú recuerdas del antiguo Pekín. No se parecerá en nada a la antigua China, mamá. No creo que Ruth recuerde...

Escucharon la descripción de una China comunista.

Nadie le interrumpía, salvo su madre, que lanzaba exclamaciones de agravio y horror.

—¡Es repulsivo, Guillermo!

Añadió al final:

—Celebro que tu padre no viva para verlo. Hubiera querido volver, aunque, como siempre he dicho, no sé qué puede hacer un hombre solo. Siempre le indicaba que estaba estropeando su vida para nada.

—Un hombre puede hacer mucho —manifestó Guillermo.

Ella exhaló un fuerte suspiro y movió la cabeza.

—Un hombre cualquiera —insistió Guillermo—, no, pero el que confía en Dios tiene un poder infinito.

Su madre se obstinó.

—Tu padre creía también saber las cosas, Guillermo. Estaba seguro de que Dios le dictaba lo mejor. No sé que haya diferencia entre entonces y ahora.

—Una gran diferencia —dijo Guillermo con gravedad—. Ahora nos consta que...

Emory, olfateando la discusión —siempre posible si estaba presente su suegra—, buscó un tema menos espinoso.

—Guillermo asegura que la mujer del «Tigre», aunque china, es muy bella.

La señora Lane se apresuró a contestar:

—También lo era la vieja emperatriz. Claro que no era exactamente china, sino manchú. Pero viene a ser lo mismo. Sí: yo la encontraba bellísima. Nunca la olvidaré. Tenía los ojos muy alargados y brillantes. Poseía mucho carácter, como toda mujer digna de tal nombre. Tenía una boca muy roja. Pintada, eso sí... y tenía un cutis maravilloso, tan liso y blanco como el de cualquiera de nosotras. Nunca he llegado a saber si era culpa suya que las cosas marchasen como marcharon. Era deliciosa y siempre se mostró muy amable conmigo. Llevé a Guillermo a verla. ¿Lo recuerdas?

—Nunca lo he olvidado.

—Era una mujer pujante. ¡Y con un encanto!

—Mató a un extraordinario número de personas —dijo Enriqueta con una voz que, por lo tranquila, parecía casi indiferente.

—No sabemos hasta qué punto la habrían provocado —repuso la señora Lane.



—Nunca es justo matar a nadie —insistió Enriqueta con un tono en que su madre creyó hallar su antigua obstinación pueril.

Guillermo respondió a su hermana:

—A veces es necesario con miras al fin. Los medios pueden en ocasiones ser severos.

—Entonces el fin fracasa —adujo Enriqueta.

Y alzó la cabeza. Emory pensó que aquella familia era, en verdad, difícil de tratar. Todos parecían decididos a complicarse la vida. Se volvió a los jóvenes.

—Will, Jerry, ¿por qué no abris las puertas de la sala de música, y quitáis las alfombras y bailáis con las muchachas? Yo tocaré y los demás os mirarán danzar.

Mientras sonaba la música y los pies trenzaban nuevos e intrincados pasos de danza, Guillermo habló a Enriqueta.

—Ven a la biblioteca. Quiero que me cuentes lo que estás haciendo.

Ella se levantó casi obediente, y lo siguió, muy erguida y digna su figura, vestida de negro. Desde la muerte de Clem no se había cortado el cabello, ya casi enteramente blanco, por lo que lo tenía bastante largo para arrollárselo en un moño sujeto con una peineta de plata.

Los ojos de Emory, sentada al piano, siguieron a las dos elevadas figuras. Era sorprendente lo mucho que se parecían Guillermo y Enriqueta. Y, sin embargo, diferían en absoluto. Enriqueta preconizaba la pobreza y la causa de Clem. Emory había oído hablar mucho de su solitario laboratorio y del anciano sabio que allí se afanaba. Con todo, existía una semejanza entre Enriqueta y Guillermo. Los dos eran capaces de aplicar mucho carácter y energía espiritual a un objeto dado, que sabían cambiar, transubstanciar y deificar.

Emory comprendía esto sin participar en ello en nada, porque en el fondo de su corazón era amablemente cínica, tristemente agnóstica. América era ya su país y aquella su familia. Sus padres habían sido muertos por una de las últimas bombas volantes. Habían ido a Londres, creyéndolo seguro ya, y entonces empezaron a caer aquellas horribles bombas. El pobre Miguel, en su castillo de Hulme, se esforzaba en producir una de las imposibles cosechas que exigían los ojos cruelmente críticos del increíble gobierno que el pueblo británico había designado para regirle después de la guerra. Guillermo afirmaba que nunca iría a Inglaterra hasta que aquel gabinete cayese. Podía ser dentro de mucho tiempo, o nunca...

Las manos de Emory corrían sobre el teclado. Tocaba tan bien como siempre, con un ritmo natural que tan fácilmente se adaptaba a un vals como a una rumba. Nada importaba mientras continuaran la música y el baile.

—Sí —decía Enriqueta, en la biblioteca, cuya gruesa puerta impedía que llegara el son de la música—. Continuaré el trabajo de Clem hasta que logre lo que él deseaba.

Guillermo, en su estupefacción, no acertaba a hablar. Mientras Clem vivió le

había tenido por un fanático y un loco, y si después de muerto le había dedicado algún pensamiento era para decirse que Enriqueta estaba mejor sola. Siempre que recordaba a Clem, le veía como un muchacho pálido, a quien conoció en Pekín enzarzado en una estúpida pendencia con un mozalbete chino, cosa que no le parecía más digna ahora que cuando aconteció. El Clem joven, con un cuello demasiado ancho para él, que se casó con Enriqueta, le repelió siempre, y la locura final se remontaba al día en que Clem llegó a su oficina, sin haber sido citado, para plantearle una propuesta absurda. Clem era de los que nunca aprendían nada. Su vida había sido de una sola pieza. Insensata en todas sus partes, salvo en lo de ganar algún dinero para Enriqueta. Guillermo, que nunca reconoció a Clem como miembro de la familia, seguía manteniendo igual actitud.

Ahora, respetando por una vez los sentimientos de su hermana, no hizo referencia alguna a Clem. Le hablaba enteramente por su bien.

—Si, como afirmas, tienes por casualidad una fortuna respetable, no es cosa de que la dilapides en una idea tan fantástica. Si a la gente se le diera comida, que es, en resumen, la única necesidad fundamental, la mayoría no volvería a trabajar nunca.

Enriqueta insistió una vez más:

—Mira, Guillermo, no se trata sólo de impedir que los hombres pasen hambre. Yo creo, y Clem creía, que los pueblos, si no están alimentados, se levantarán contra cualquier gobierno que tengan. El gobierno que primero comprenda la ira de los hambrientos será el que se imponga. La gente no considera justo morir de hambre, cualquiera que sea la razón que haya por ello. El doctor Feld afirma que las promesas de Hitler para nutrir a todos, le proporcionaron los primeros cimientos de su poder.

Miraba a Guillermo, que paseaba incansablemente por la habitación.

—¡Qué idea tan fantástica! —repetía—. ¡Pensar en dar de comer a todo el pueblo chino! Es irrealizable.

—Pues habrá de hacerse —repuso ella—. Y hay que nutrir también al pueblo hindú y a todos los demás.

—Fantasía, fantasía... —murmuraba Guillermo.

Ella le contradijo rotundamente.

—Nada de fantasía, sino mero sentido común. ¿Sabes por qué no lo ves así? Porque Clem y tú operabais desde polos opuestos. Él creía que el mundo mejoraría cuando la gente fuese mejor. Pensaba que la gente podría hacer un mundo bueno si se libraba de la miseria. Ésa era la fe de Clem. La tuya no. Tú crees que la gente ha de ser dirigida desde fuera, ordenada, disciplinada, mandada... No sé cómo es tu fe, pero sí me consta que, a tu manera obstinada, trabajas por la misma finalidad que Clem.

Guillermo estalló en violenta ira.

—Me niego a admitir el menor parecido con él. Y te digo, Enriqueta...

Alzó sus crispadas manos. Viendo que temblaban las dejó caer.

—Clem era un hombre peligroso, una amenaza. O lo hubiera sido de haber triunfado. Minaba las mismas raíces de nuestra nación para destruirlas. No me gusta

decirlo, Enriqueta, puesto que eres mi hermana, ahora que él ha muerto, más vale que reconozcas la verdad.

Enriqueta permaneció serena.

—Tú y yo no nos comprendemos, Guillermo. Nunca nos entendimos. Algún día se probará que Clem tenía razón. Ésa es mi creencia. Y cuando se demuestre que él estaba en lo justo, tú serás derrotado, y el «Viejo Tigre», y su bella mujer, y todos los de vuestro estilo. ¡Cuán errada andaba aquella emperatriz a la que mamá aún sigue adorando!

—Hablas de un modo muy atrevido, Enriqueta.

—Así es.

Permanecía tan serena, tan inamoviblemente tenaz, que por un momento él se sintió dominado por la rabia, exactamente como cuando eran niños los dos, en China. Pero, reportándose, la siguió al vestíbulo y le ayudó a ponerse su chal de lana negra. Ella estaba resuelta a dejarle y, al parecer, a dejarlos a todos. No le permitió avisar a los demás de que se marchaba.

—Es inútil molestarlos —dijo concisamente.

Guillermo la acompañó hasta la puerta y la miró partir desde una ventana. Enriqueta no buscó taxi. Anduvo calle abajo, llevando muy alta la destocada cabeza. El viento hacía ondular el chal a sus espaldas. Era una noche clara y Guillermo veía en el cielo una franja estrellada. En la esquina, Enriqueta se detuvo a esperar el autobús. Él hubiera seguido mirándola a no ser porque entonces un desharrapado se acercó a ella. A la luz del farol, Guillermo la vio abrir su monedero, sacar dinero y darlo al mendigo. Eso constituía —pensó él con acritud— una manera de alentar a gentes de tal estilo. Corrió las cortinas, temblando de cólera. ¡Toda su vida le habían enfurecido Enriqueta y aquel Clem!

Permaneció tras las cortinas de espeso terciopelo, procurando concentrar todo su arrogante espíritu antiguo. ¡No toleraría a los insensatos! Cerró los ojos y esperó. Ninguna certeza acudió a la llamada de su alma. Hubiera deseado no pensar en Clem. Pero tornaba a verle. Dentro de su cerebro, a través de sus cerrados párpados, veía a Clem, aquel intrépido muchacho, peleando en la calle china; a Clem, penetrando en su oficina, adonde no había sido citado. Un tipo sin educación, que nunca conocía el lugar que le correspondía. Por fortuna había muerto. Muerto Clem, el mundo sería para Guillermo...

Abrió los ojos. Oía tenuemente la música de Emory y el sonido de los pies de los bailarines. Se apartó de la ventana. Notó el familiar escalofrío de su corazón. La antigua e infantil duda de sí mismo, la profunda y eterna duda que le asaltaba desde que tenía conciencia de su persona, volvía a gravitar sobre él tan pesadamente que le hacía sentirse fatigado al punto de no atreverse ni a intentar alejarla.

¿Y si él se hubiera engañado siempre? La vaga sombra de la victoria ¿era suya o de Clem? Su imaginación, enferma y torturada por la perpetua incertidumbre de su alma, alzaba a Clem de la tumba, le devolvía a la vida, le ataviaba con los negros

ropajes de la duda y el temor.

¿Habría tenido razón Clem? En ese caso, él se habría equivocado y condenado, en consecuencia. Pero ¿estaba en lo cierto Clem? ¿Cómo podría Guillermo saberlo jamás?



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

*La buena tierra* forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.